

Historia de las Escuelas Pías de Aragón

(Tomo III, Religiosos)



P. Ángel Clavero

Historia de las Escuelas Pías de Aragón

Tomo III

Claros varones de las Escuelas Pías de Aragón

“Los retratos de los antiguos exhortan, predicán sin cesar, y no hieren el amor propio”.

Lorenzo Ramo de San Blas, *Ejercicios de piedad y Bellas Letras*. Valencia, en la imprenta y librería de Manuel López. Página 15.

*P. Ángel Clavero de la Asunción.
Cronista de la Provincia.*

Contenido

Historia de las Escuelas Pías de Aragón.....	1
(Tomo III, Religiosos).....	1
Historia de las Escuelas Pías de Aragón.....	2
Tomo III	2
Claros varones de las Escuelas Pías de Aragón	2
Prólogo	1
Capítulo I. Excmo. Y Rmo. Padre Basilio Sancho de Santas Justa y Rufina, Arzobispo de Manila	6
Patria y nacimiento del P. Basilio	7
Tomás, estudiante en Zaragoza	7
El novicio y el junior de las Escuelas Pías	9
El P. Sancho en la escuela.....	10
Secretario Provincial y Procurador en la Corte.	12
El P. Sancho preconizado Arzobispo de Manila. Su consagración, su viaje y su entrada	15
En plenas funciones episcopales	17
Las Pastorales del P. Basilio Sancho	20
Obras del Arzobispo P. Basilio Sancho	27
Memorial al Rey	28
Nuevos Memoriales al Rey y al Papa.....	33
Última enfermedad y muerte del P. Sancho	38
Honores póstumos	40
Escritos del P. Basilio Sancho	43
Capítulo II. Rmo. P. Cayetano Ramo de San Juan Bautista	44
Liminar.....	44
Nacimiento, infancia y adolescencia	45
Cayetano, Novicio y Estudiante	46
El P. Ramo, maestro	48
El P. Ramo, Superior local	49
El P. Cayetano Ramo, Provincial.....	51
El pleito con los Padres valencianos.....	53
Escribe y publica su Catecismo.....	56
Controversia contemporánea sobre la paternidad del Catecismo Escolapio.....	59
El Prepósito General de la Orden.....	62
Cumplido su generalato, el P. Ramo regresa a España	65

Escritos del P. Cayetano Ramo.....	66
Capítulo III. Ilmo. P. Melchor Serrano de San Nicolás, Obispo de Arca	68
Primeros años, Noviciado y Juniorato	68
Magisterio del P. Serrano	69
Honores dentro y fuera de la Orden	71
Persecución y destierro del Señor Fabián y Fuero	73
Lealtad del P. Melchor Serrano al Arzobispo	76
En Belchite. Testamento y muerte	77
Capítulo IV. M. R. P. Benito Feliu de San Pedro	79
Nacimiento, estudios e ingreso en la Orden.....	80
Noviciado y juniorato	81
El joven Feliu perfecciona sus estudios en el extranjero	83
El P. Benito, profesor de juniors	84
Magisterio en Valencia: el Maestro y el Pedagogo.....	86
Rectorado y Provincialato del P. Benito	88
Cargos y honores del P. Benito fuera de la Orden	90
Trabajos del P. Feliu en la Universidad y en la Sociedad de Amigos del País de Valencia.....	91
Arte del Romance Castellano.....	93
Escritos del P. Benito Feliu	96
Capítulo V. P. Pantaleón Blanquer de San Miguel	98
Capítulo VI. Hermano Clemente Barcos de Santa Orosia.....	102
Capítulo VII. M.R.P. Marcelino Boira de San Ildefonso.....	104
Capítulo VIII. P. Anselmo Estevan de San Francisco	108
Capítulo IX. P. Ramón Polo de San Francisco	112
Capítulo X. Rmo. P. Gabriel Hernández de San Félix	115
Nacimiento, infancia y adolescencia	115
El junior y el maestro.....	117
El Rector y el Provincial.....	118
El sacerdote y el pregonero de la palabra divina.....	121
Las Cuaresmas del Hospital General de Zaragoza.....	122
Es nombrado Vicario General de la Orden en España	124
Últimos días y publicaciones del P. Gabriel Hernández	126
Capítulo XI. M.R.P. Camilo Foncillas de Santa Teresa	127
Capítulo XII. P. Antonino Ribetés del Dulcísimo Nombre de Jesús	135

Capítulo XIII. Hermanos Bernardo Gracia de la Virgen del Pilar y Antonio Arroyo de San Medardo.	139
Capítulo XIV. P. Alberto Esponera de la Virgen del Carmen	141
Capítulo XV. P. Mariano Bayod de San Joaquín	148
Capítulo XVI. H. Mariano Cortés de la Virgen del Pilar	152
Capítulo XVII. P. Manuel Torres del Rosario	154
Capítulo XVIII. P. Tadeo Gimeno de Santa Teresa.....	156
Capítulo XIX. P. Luciano Novel de San Antonio de Padua, y Hermanos Salvador Gonzalvo de San Joaquín y José Lamarca de San Roque	160
Capítulo XX. M.R.P. Francisco Martínez de la Virgen del Carmen.....	164
Capítulo XXI. Clérigo Subdiácono Agustín Ferrero de la Asunción y Padre Diego Tornos de la Virgen de los Mártires	167
Capítulo XXII. Padres Vicente Lajusticia de San Anselmo y Andrés Martínez de San Jorge	172
Capítulo XXIII. Clérigos Antonio Layala de la Virgen del Carmen y Miguel Salinas de San Joaquín	177
Capítulo XXIV. Rmo. P. José Balaguer de los Dolores	180
Capítulo XXV. M.R.P. Juan Crisóstomo Sena de San Joaquín.	185
Capítulo XXVI. M.R.P. Cosme Vallés de San Joaquín	188
Capítulo XXVII. Padres Luciano Naval de San Francisco y Alejandro Masetti de San Simeón.	192
Capítulo XXVIII. M.R.P. Eugenio Torrente de San José de Calasanz	197
Capítulo XXIX. Clérigo Remigio Dediós de Santa Isabel, y Padre Francisco Puy del Dulcísimo Nombre de María	202
Capítulo XXX. Padre Francisco Romero de la Virgen de los Albares y M.R.P. Manuel Acero de San Francisco.	208
Capítulo XXXI. Padres Toribio Estevan de San Esteban y Valero Paricio de la Virgen de Loreto	213
Capítulo XXXII. Padre Sebastián Vallespí de la Virgen del Pilar	216
Capítulo XXXIII. Reverendísimo Padre Francisco Baroja de San José de Calasanz.	218
Capítulo XXXIV. Padre Tobías Domenech de San Ramón, y Clérigo Luis Pascual de la Asunción	224
Capítulo XXXV. Padres Casto Arauz de la Virgen de las Escuelas Pías y Jenaro Arauz de San José	228
Capítulo XXXVI. Padre Jerónimo Gracia de la Virgen del Carmen	233
Capítulo XXXVII. P. Mariano Guiu de la Virgen del Pilar, Clérigo Macario Ramírez de San Nicolás, y Padre Mariano Lafuente de la Virgen del Carmen	237
Capítulo XXXVIII. Muy R. P. Marcos Calvo de la Imaculada Concepción.....	242

Capítulo XXXIX. Padre Isidro Puyol de la Inmaculada, Diácono Faustin Martí de la Virgen de los Dolores y Padre Elías Mardones de la Sagrada Familia	246
Capítulo XL. Padres Emeterio Aoiz de la Inmaculada Concepción y Faustino Divasson del Sagrado Corazón	251
Capítulo XLI. Padre Salvador Cabos de San Ramón y Hermano Ignacio Goñi de San José	258
Capítulo XLII. Padre Juan Ramón San Martín de la Virgen del Pilar y Hermanos Ezequiel Sagaruy de San José de Calasanz y Rufino Monreal de Santa Teresa	262
Capítulo XLIII. Rmo. P. José Godos de la Inmaculada Concepción	268
Capítulo XLIV. P. Nicolás Yábar de la Virgen de los Dolores y Clérigo Javier Egaña del Dulcísimo Nombre de María	273
Capítulo XLV. M.R.P. León Vidaller de San José de Calasanz.	278
I. Infancia del joven León Vidaller.....	279
II. El junior y el maestro novel	280
III. El Maestro de Juniores y el Secretario Provincial	282
IV. El Director de Colegiales.....	283
V. El Rector y el Fundador	285
VI. El Visitador de América	287
VII. El P. León en el Consejo de la Vicaría	290
VIII. Últimos años del P. León Vidaller	291
IX. Dos retratos del P. León Vidaller	293
X. Escritos del P. León Vidaller.....	295
Capítulo XLVI. Padres Mariano Gimeno de la Virgen del Pilar y Manuel Laborda de la Virgen del Carmen, y Clérigo Máximo Plaza de San José de Calasanz.	296
Capítulo XLVII. M.R.P. Manuel Gazo de la Virgen de los Ángeles	303
Capítulo XLVIII. Clérigo José Cases de la Virgen de los Dolores, Padre Cirilo Cenoz de San Francisco Javier y Clérigo José Grau de la Virgen del Pilar	306
Capítulo XLIX. Muy Reverendo Padre Federico Vicente de la Virgen del Carmen	310
Bibliografía.....	316

Prólogo

Una observación del P. Lasalde da la clave de la ignorancia que se tiene en España de nuestros hombres eminentes y de las empresas que realizaron. Y los pocos que han salido a la superficie y se han salvado del anonimato ha sido para ponerlos en la picota del ridículo, para desfigurar su verdadera fisonomía moral, y para desnaturalizar sus obras mejor inspiradas, más fecundas y beneficiosas. “Puede decirse, advierte el ilustre polígrafo calasancio, que desde que los escolapios españoles dieron a luz el primer libro no se ha dejado de clamar contra ellos, acusándonos de ignorantes, de falsarios, de impíos, empleando unas veces la sátira, otras el desprecio, y algunas la violencia”.¹ Iniciamos, pues, un trabajo de rehabilitación histórica sin propósitos polémicos, ni con la vana pretensión de desvanecer la densa niebla que envuelve a cuanto hemos realizado en España los Escolapios, durante los 250 años de nuestra existencia en ella. Ni esta obra alcanzará la difusión necesaria para tamaña empresa, ni, aunque lo lograra, habría de producir el milagro de modificar ciertas mentalidades enquistadas, y de cambiar las disposiciones de quienes siempre tuvieron una opinión pobre de las Escuelas Pías y de sus hijos. Será un trabajo meramente expositivo, para conocimiento de propios y extraños, documentando en cuanto sea posible las afirmaciones, y sirviendo a la verdad, no a la vanidad, porque “en la historia convendrá alguna vez pasar en silencio los vicios de los personajes, pero nunca atribuirles virtudes que no tuvieron”,² y jamás ofrecer como oro de ley lo que no pasa de ser oropel, ni presentar como grandes hombres a quienes nada hicieron que lo compruebe.

Esta es la parte más difícil, más laboriosa y más vidriosa de las que comprende nuestra historia. Es la más difícil porque exige un trabajo previo de selección en cualidades individuales que no se miden ni se pesan, y en las que no hay casi otra regla y norma que el criterio de quien selecciona. Si al menos hubiéramos convivido con esos religiosos, podríamos tener juicio formado de sus condiciones personales de talento, religiosidad, empresas, de cuanto contribuye a formar la personalidad, y es la base de la grandeza y de la gloria de los mortales. Pero la mayor parte de los escolapios que han de figurar en las páginas que siguen nos son conocidos solo a través de las pocas líneas de su necrología oficial, tan parca por lo común en noticias. La opinión formada con esa base es precaria, no puede ser muy completa y objetiva, y esa es la dificultad mayor de nuestro trabajo, la que más nos embaraza en la empresa que acometemos.

Pero además de difícil, es sumamente laboriosa. Nos exige un largo proceso informativo, con la lectura de las necrologías de centenares de religiosos, con la búsqueda afanosa en papeles viejos de noticias que amplíen y completen el conocimiento que aquellas nos han proporcionado; con el estudio de sus libros y manuscritos, los que los hayan dejado. Esto demanda tiempo, pide mucha perseverancia y reclama no poca paciencia, si queremos reducir al mínimo los lunares de un trabajo que forzosamente ha de tenerlos. Confesamos sinceramente que esta parte de nuestra obra nos impone, y que nos da miedo la responsabilidad de la selección y de la realización de tarea tan delicada. Solo el amor a la Orden y a su gloria, y la esperanza fundada de que no han de faltarnos las luces de lo alto nos alientan para emprender tarea tan complicada, y en la que es forzoso incurrir en errores de información, de criterio y de concepto.

Es, además, asunto sumamente vidrioso. ¿Por qué incluir a este, y qué razones hay para excluir a aquel de esta galería de CLAROS VARONES de la Provincia de Aragón de las Escuelas Pías? Son cuestiones imponderables, no existe un metro, ni hay un peso, ni tenemos una medida que nos

¹Historia Literaria y Bibliografía de las Escuelas Pías de España. Madrid, Agustín Avrial. Imprenta de la Compañía de Impresores y Libreros, S. Bernardo, 92. 1893. Prólogo X/XI

² Carlos Lsalde, obra citada, pág. XXVI.

den su valor exacto, y que señalen los matices que distinguen a un hombre de otro. No existe más criterio que el de la apreciación personal, sujeta como tal a varias causas de error, que resulta inevitable. Entran, y pesan poderosamente sin pretenderlo quizás, las simpatías y las antipatías, la mayor o la menor información, el silencio o á publicidad que se haya hecho en torno de las personas. Y como, por otra parte, no existen contemporáneos de la inmensa mayoría, no hay posibilidad de contrastar la opinión propia y el ángulo visual de uno con el concepto y el juicio de los otros, y ver así de llegar a un punto medio. Cualquiera comprenderá las dudas que han de gravitar sobre el cronista antes de incluir a un religioso en este elenco de CLAROS VARONES, y los temores que han de acongojarle cuando ha de excluir a otro del mismo.

Varias razones aconsejan proceder con un saludable rigor; pasar inexorablemente la podadera, y reservar las páginas de este libro para los Escolapios más calificados de la Provincia, para aquellos maestros que le dieron nombre y prestigio, para aquellos humanistas que le proporcionaron triunfos resonantes, para aquellos calígrafos que formaron discípulos eximios, para aquellos oradores que arrastraban las multitudes con la elocuencia de su palabra, pero que sobre todo las mejoraban y conducían a Dios con los documentos de vida eterna que les proporcionaban. Son el fruto que han producido las Escuelas Pías, y si el árbol se conoce por sus frutos, esos Escolapios eminentes darán la medida de la calidad del tronco de que proceden. Si el árbol malo no puede dar buenos frutos, y los que ha producido la Escuela Pía son excelentes en los diversos aspectos de sus actividades, habrá derecho a concluir que la savia que circula por el cuerpo de la Orden Calasancia en su Provincia de Aragón es divina, puesto que se ha cuajado de frutos de virtud y de buenas obras para la vida eterna.

Queda indicado, en lo dicho, el plan que seguiremos en el desarrollo de ese tercer tomo de nuestra historia. Constará de una primera sección consagrada a aquellos escolapios aragoneses que se distinguieron por su piedad religiosa, que brillaron por sus virtudes y por su observancia y que dieron la tónica, que es carácter de norma de nuestra Provincia. Con el fin de no dar a nuestros escritos una extensión desmesurada, además de proceder por un criterio de suma severidad para que no figuren más que las cumbres, prescindiremos casi en absoluto de todos aquellos religiosos que el P. Eduardo Llanas incluyó en sus ESCOLAPIOS INSIGNES, y de los que presenta el P. Manuel Pérez en su inconclusa CORONA CALASANCIA. Exceptuaremos algunos, que acaso no lleguen a la media docena, que, a nuestro juicio, reclaman una biografía más extensa y más documentada.

Una segunda parte, o sección, la reservaremos para los humanistas que más descollaron entre nuestros hermanos de los siglos XVIII y XIX, que los produjeron tan eminentes. Las Humanidades fueron el fuerte de los Escolapios, y constituyan, como sabemos, lo céntrico y fundamental de la enseñanza de sus colegios; por lo mismo, era su preocupación constante dominar los autores clásicos, y superarse en la exposición de los mismos. Hay, pues, que poner bien de relieve lo que en ese terreno trabajaron nuestros mayores, y dar la nómina de los profesores que más se destacaron en esa clase de conocimientos.

Eran nuestros antepasados, somos nosotros, y serán nuestros continuadores, maestros de primeras letras, y muchas Escolapios encanecieron en las escuelas de escribir, llamadas así, porque la escritura era lo esencial, no lo exclusivo de su enseñanza. Del estudio y de la lectura de los cuadernos que han quedado de los ejercicios públicos de esta materia, se deduce que la escritura se daba por principios que los alumnos debían aplicar en sus trabajos prácticos, y así salir consumados pendolistas. Hubo, pues, entre nosotros no solo una escuela caligráfica escolapia, sino grandes calígrafos que, si no dejaron colecciones de muestras grabadas, comunicaron a sus alumnos un hermoso carácter de letra, la esbelta y conocida letra escolapia.

Hemos, por lo tanto, de reservar un espacio para los notables calígrafos que ha producido nuestra Provincia.

Nunca han faltado escolapios de espíritu apostólico, inflamados en el amor de Dios y acuciados por el celo de la salvación de las almas que han consagrado las horas que la escuela les dejaba libres al púlpito y al confesonario. Entendían, y entendían bien, que si somos maestros, también somos sacerdotes; y que hacían una obra buena, grata a Dios y provechosa para las almas, atendiendo a los ministerios sacerdotales, y que quedaban disminuidos y faltaba algo a su carácter sacerdotal si no dedicaban algo de su tiempo libre a esas actividades puramente religiosas. En consecuencia, desde los orígenes de la Provincia florecieron en ella esos hombres apostólicos que hicieron de la predicación arma de santificación de sus hermanos e instrumento de proselitismo cristiano, y que proporcionaron así gloria a Dios y prestigio, la sotana calasancia.

Muchos de nuestros hermanos sobresalieron como pregoneros de la palabra divina, y corrieron todo Aragón en misiones religiosas de las que recogieron abundantes y sabrosos frutos y no poco lustre para la Orden. Reservaremos, pues, un lugar en esta galería para esos oradores sagrados que, buscando a Dios y a las almas, hallaron también la gloria para ellos y para su Instituto,

Era natural que las actividades de los Escolapios florecieran en la poesía y en la literatura. Si por la misma naturaleza sentimos cierta inclinación al número y a la carencia en el lenguaje, no debe extrañarnos que los Escolapios, obligados por su ministerio a explicar los poetas y a enseñar las bellas letras, se sintieran tentados, y cayeran en la tentación de hacer sus escarceos poéticos, y que, con más o menos inspiración, con vuelo elevado o rastrero, trataran de traducir en verso sus ideas y sentimientos. Contamos, pues, con una larga serie de poetas en el sentido lato de la palabra; que en el restringido del que siente aquella forma divina que lo agita y lo levanta a expresar bellamente conceptos elevados, es muy reducida. También para estos mimados de las musas hemos de reservar una parcela en esta galería de Escolapios eminentes, porque la poesía y la literatura son otros desarrollos que han contribuido a formar el caudal de la producción del Instituto Calasancio.

La aportación de este y de aquel religioso serán pequeñas y parecerán insignificantes, pero no olvidemos que todas las cosas grandes no son más que la suma de muchas cantidades en sí despreciables. El océano, tan majestuoso en su grandeza, y tan terrible en sus iras, es la suma de una gota de agua con otra tan sin fuerza como ella, pero que, reunidas en millones de millones de millones hasta el infinito, forman ese camino maravilloso, ese poder que espanta cuando se desequilibra, y esa reserva de fuerzas que algún día, cuando se hayan agotado otras fuentes de producción, utilizará el hombre para su industria. Pues bien, el haber intelectual de una Orden religiosa, de la nuestra, está constituido por trabajos que pueden ser modestos en sí, que sumados a otros tan modestos como ellos, y a otros de más empeño, constituyan el acervo de la producción científica y literaria de las Escuelas Pías, y forman el aporte del Instituto Calasancio la cultura universal. De aquí que no debe omitirse ni un nombre ni un escrito, por insignificantes que parezcan, y lo sean en realidad; porque son los granos de arena con que se da cohesión todo, que es la producción científica y literaria del Pío Instituto.

Tal vez no falten quienes miren con desdén el acervo intelectual de la Orden Calasancia y hagan un mohín de compasión o un gesto de desprecio ante su cortedad y pobreza. No por eso perderemos la calma ni dejaremos de presentar el elenco de nuestros escritores. Si se considera la vida de trabajo del Escolapio, aferrado todo el santo día a la instrucción y el cuidado de los niños, y que no sabe lo que es vagar y descanso hasta que los años y la falta de fuerzas le

imposibilitan para la clase, se comprenderá que son imposibles los infolios o las obras de aliento en varios volúmenes que son bastante frecuentes en individuos de otras órdenes religiosas. Esas modestas producciones de la minerva calasancia cobrarán entonces su verdadero valor y tendrán un alto significado, porque son trabajos hechos en horas robadas al recreo y al sueño después de un día intenso y duro bregar en la escuela. Entonces esas publicaciones de escasas páginas se transfiguran, porque son hijas del sacrificio, y tienden acaso más mérito moral que los infolios en varios tomos escritos por religiosos de otras órdenes que disponen de tiempo y de reposo, dos cosas de que ordinariamente carece el escolapio. Esos folletos en que algunos alcanzan a volcar sus ideas están generalmente hilvanados a ratos que pocas veces llegan a contarse por horas, con el cuerpo cansado y el cerebro fatigado después de un día consagrado a las rudas y agotadoras tareas escolares. Cuando la materia y el espíritu reclaman el descanso, en altas horas de la noche, ha de trabajar el escolapio que se siente con vocación de escritor y que tiene algo que decir a sus semejantes. ¿Y cuántas naturalezas hay tan robustas que puedan robar horas al descanso sin resentirse su salud? ¿Y cuántas voluntades existen tan recias y disciplinadas que se impongan el cansancio y el sueño? Por no tener en cuenta estas realidades de la vida del religioso de las Escuelas Pías, se juzga mal y se tiene en menos la bibliografía calasancia, y se desdeña a sus escritores. En realidad, son dignos de todo respeto, y verdaderos héroes, en el más noble y elevado sentido de la palabra.

Aparte de esta consideración muy digna de ser tenida en cuenta, el escolapio que tiene algo que confiar al papel y que se decide a escribir, tiene que pasar por la tragedia de ver condenada su obra a permanecer inédita, a quedar sepultada en la oscuridad de los archivos. De no encontrar un mecenas que le edite sus libros, puede tener la certeza de que ni la Orden ni el Colegio de su residencia se lo publicarán, por la sencilla y potísima razón de que son pobres y no disponen de capitales para esos menesteres. El “*primum vivere, deinde philosophare*” diríase que fue formulado para las Escuelas Pías y para los escolapios. Y en esas circunstancias, sabiendo de antemano que su obra está condenada a la oscuridad, ¿quién se decidirá escribir y a sacrificar su descanso, con peligro de debilitarse, enfermarse y quedar imposibilitado para el trabajo? Véase como razona este punto de vista el profundo escritor P. Fernando Garrigós. “Ese es, si así se le quiere llamar, el castigo que la índole de la Institución y la situación precaria de las casas imponen a los atrevidos que se sienten llamados al manejo de la pluma. Como el trabajo escolar es improbo, y nadie en buen estado de salud está dispensado de dedicar a él las mejores horas del día, solo tiene para dar satisfacción a sus gustos y aficiones literarias el tiempo que roba el descanso de la noche, con el consiguiente agotamiento de las fuerzas físicas. Y aún esto fuera llevadero y tolerable si pudiera luego darse el gusto de ver sus elucubraciones en manos del público, servidas en hojas de papel impreso. Pero no sucede así, que la penuria de la Orden no lo consiente, y allí, en los archivos calasancios yacen en completo olvido muchos de estos héroes innominados, mártires sin nombre del trabajo intelectual, vencidos por la fatiga, envueltos en el montón de sus cuartillas y completamente ignorados del mundo por falta de un generoso mecenas”.³

Se nos plantea un problema de orden práctico en la redacción de este tercer tomo, después de adoptar una norma para la prelación de los religiosos. Según queda indicado en páginas anteriores, dada la división del material en las secciones enumeradas, ¿qué criterio seguiremos en la colocación de los religiosos, el alfabético, el de nacimiento, el de la muerte? Vistas y consideradas las cosas, pesados el pro y el contra, adoptaremos un orden cronológico por siglos,

³ Las escuelas pías y el Estado español. Valencia, establecimiento tipográfico Domenech, sin año. Capítulo XI, página 56.

y en cada siglo por antigüedad en la muerte. Como muchos religiosos tienden a figurar en varios de los grupos en que los presentamos, y no es cosa de ir repitiendo nombres allí donde los coloquemos, haremos su biografía completa y resultarán todas acabadas. La extensión que forzosamente adquirirá este volumen pedirá agregar a nuestros hombres eminentes por orden alfabético de actividades, y a los escritores por las ramas del saber humano que preferentemente cultivaron

Que Dios, Nuestro Señor, se digne iluminarnos por los ruegos de nuestro Padre San José de Calasanz, a cuya gloria se dirige esta HISTORIA DE LAS ESCUELAS PÍAS DE ARAGÓN.

Zaragoza, 18 de febrero de 1949.

Capítulo I. Excmo. Y Rmo. Padre Basilio Sancho de Santas Justa y Rufina, Arzobispo de Manila

Somos admiradores sinceros del eminente polígrafo, ilustre patriota y católico ferviente que fue Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Su magna labor de reivindicación española y cristiana le hace acreedor al respeto, al cariño y admiración de todos los buenos hijos de España. Pero no sabemos qué triste sino se interpuso entre él y los Escolapios, pues no hay uno que caiga bajo su crítica, que no salga malparado, si no es infamado, como nuestro piadoso y apostólico Arzobispo de Manila. Se le había escrito oportuna y respetuosamente, a raíz de la publicación de su *Historia de los Heterodoxos Españoles*, sobre la severidad con que trataba y enjuiciaba al P. Basilio Sancho, y prometió, según nuestras noticias, enmendar y corregir en una segunda edición lo que fuera necesario; pero, por lo visto, estaba bien informado, y no hubo lugar a rectificación, porque el P. Sancho de la segunda edición es el mismo “funestísimo arzobispo de Manila” que apareció en la primera. Hay, sin embargo, en las advertencias preliminares de la segunda edición (manejamos la hecha en Buenos Aires el año 1945) unas declaraciones que, si bien no modifican el juicio del autor, podrían interpretarse como una rectificación vergonzosa general de lo que la necesitara. Vamos a fijar las palabras de Menéndez y Pelayo, firmadas en julio de 1910, aunque la obra se reimprimió más tarde. “Otro defecto tiene, sobre todo el último tomo, y es la excesiva acrimonia e intemperancia de expresión con que se califican ciertas tendencias o se juzga de algunos hombres. No necesito protestar que en nada de esto me movía un sentimiento hostil a tales personas. La mayor parte no me eran conocidas más que por sus hechos y por las doctrinas expuestas en sus libros o en sus enseñanzas. De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces, pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando a la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo o de veintitrés años, apasionado e inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica, y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra. Hasta por razones estéticas hubiese querido dar otro riesgo a los últimos capítulos de mi obra, pero he creído que no tenía derecho para hacerlo”⁴. Y eso es todo, que para reivindicar la memoria de nuestro excelentísimo hermano no es nada. Es una confesión de que se dejó dominar por los años y por la inexperiencia, pero ahí quedan, en las páginas de los *Heterodoxos*, con su sambenito, los personajes que ha marcado con fuego, porque el señor Menéndez y Pelayo “ha creído que no tenía derecho” a modificar ciertos criterios y algunos excesos del lenguaje. No deja de ser raro en un hombre de sus condiciones: comprende y confiesa que debería rectificar y poner sordina a sus expresiones, pero no lo hace porque no cree tener derecho a modificarlas. Si “sapientis est mutare consilium”, bien pudo Don Marcelino, si no redactar de nuevo ese tercer volumen, suprimir ciertos epítetos extremadamente duros, ofensivos e infundados, o aclarar, por medio de una nota, que se había equivocado en sus juicios por información unilateral, interesada y deficiente. No lo hizo, sin embargo, y él sabría sus motivos. Perdónenos el lector esta digresión que no creemos importante, y emprendamos la gran tarea de trazar un esbozo de biografía de aquel eximio escolapio que fue el P. Sancho, al que daremos la extensión que se merece, y que será como un programa y apunte de lo que deberá ser su vida el día que se escriba.⁵ Estamos firmemente persuadidos de que es una necesidad y un deber de nuestra parte, ya por los méritos excepcionales que tiene el P. Basilio

⁴ Edición Emece, tomo I, página 70 de las advertencias preliminares.

⁵ No estará de más advertir al futuro biógrafo del P. Sancho que en el Archivo de Indias debe haber abundancia de material virgen para conocer su actuación en Filipinas. Todos los Prelados del Nuevo Mundo escribían al Rey por intermedio del Consejo de Indias, y esa correspondencia se conserva en el archivo citado.

Sancho, ya por la obra magnífica que realizó al frente de su arzobispado, ya por los rudos ataques de que ha sido objeto de parte de Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Si la gloria de los hijos es la corona de la madre, su deshonor constituye su vergüenza, y la Provincia de Aragón tiene el deber sagrado de vindicar la memoria y de poner en plena luz la vida y las empresas de ese hijo cuyo esclarecido que fue el P. Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina.

Patria y nacimiento del P. Basilio

Era en el mes de septiembre del año 1728, y en la villa de Villanueva del Rebollar nació un niño de familia acomodada, que sería más tarde su mejor gloria, y constituiría el honor y la corona de la Orden Calasancia. Nacido el 18, recibió las aguas bautismales el 19, de manos del Regente de la Iglesia parroquial, Mosén Juan Martínez. Se le impuso el nombre de Tomás, que cambió por el de Basilio al ingresar en las Escuelas Pías. Vástago de una familia profundamente cristiana, y dotado por la naturaleza de excelentes disposiciones, creció el niño hermoseando su alma con las más brillantes virtudes, practicando fervorosamente los actos de piedad, y enriqueciendo su inteligencia con los primeros conocimientos. Fue, pues, un niño de inocencia angelical, respetuoso y amante de sus padres, atento y delicado con sus compañeros, que por la dulzura de su carácter se hacía querer de todos, por la bondad de su corazón se conquistaba todas las simpatías, y por la grandeza de su alma se ganaba todas las voluntades. En la iglesia era un serafín inflamado en el amor divino; en el hogar un ángel que lo alegraba con sus virtudes; en la escuela, dechado y modelo de sus compañeros; y en todas partes, objeto y centro del cariño más acendrado. Como del Bautista, los felices padres del niño Tomás y sus convecinos podrían preguntarse ¿quién creéis que será este niño? Porque las maneras distinguidas que le eran como innatas; los talentos que se manifestaban en sus estudios; las perfecciones que embellecían su alma; el fervor que ponía en la recepción de los sacramentos; su seriedad admirablemente conjugada con su poder comunicativo; su timidez templada por su despejo natural; todo hacía presentir en aquel niño grandes destinos, y que estaba llamado a salirse de lo vulgar y corriente.

En Villanueva del Rebollar se deslizó la infancia del niño Tomás Sancho, y crecía en edad, en gracia y en sabiduría en la presencia de Dios y de los hombres. Preparaba su corazón con las prácticas de las virtudes, y disponía su inteligencia con la adquisición de los conocimientos básicos que habían de ponerlo en condiciones de cumplir la misión a que Dios lo destinaba, y que por entonces era un enigma. Puede ser que ni él ni sus padres pensarán en esto, que era prematuro; pero la mano de Dios que nos conduce a la realización de los planes que ha trazado sobre cada uno de nosotros, disponía evidentemente las cosas para que aquel muchacho encaminara sus pasos hacia el santuario, que era donde lo quería, para que en el momento oportuno fuera “quam lucerna lucens et ardens”, como una antorcha que luce y calienta. No era, sin embargo, Villanueva del Rebollar centro apropiado para la formación espiritual y para la preparación intelectual que necesitaría el joven Sancho si había de cumplir la misión que el cielo le reservaba, y hubo de pensar en ponerlo en condiciones de adquirir los conocimientos y de adornarse con las virtudes que habían de capacitarlo para las empresas que había de realizar en el futuro.

Tomás, estudiante en Zaragoza

Los padres del joven Tomás Sancho poseían bienes de fortuna, y podían permitirse el lujo de desplazar a su hijo hasta la capital para que iniciara sus estudios preparatorios y formara su espíritu en la práctica de las más elevadas virtudes. A la sazón, los Padres Jesuitas tenían la hegemonía de la enseñanza del latín en Zaragoza, y en su Colegio se matriculó e inició Tomás el aprendizaje de la lengua latina. El de las Escuelas Pías era un anhelo más que una realidad, pues

no era otra cosa que un hospicio con alguna escuela, tolerada más que permitida, y los padres del joven Sancho no podían ni pensar mandarlo a un colegio incipiente, sin tradición y sin arraigo. Empezó, pues, nuestro Tomás sus cursos gramaticales en las escuelas de la Compañía de Jesús, pero los terminó en las de los Escolapios. Es que la fama de la enseñanza de estos llenaba Zaragoza, corría de boca en boca, y llegó a conocimiento del estudiante de Villanueva del Rebollar, y se matriculó en las Escuelas Pías. Era la Providencia que lo guiaba al logro de sus fines y al cumplimiento de los planes que tenía sobre él, y con la cual cooperaba con ese que podría parecer capricho de niño. No lo era, sin embargo, aun mirando las cosas de tejas abajo, porque realmente nuestras aulas de latín estaban servidas en Zaragoza por excelentes profesores, entre los que destacaban el P. Celma y el P. Martín Martínez, que fue el maestro cuya fama le llevó a las clases del hospicio calasancio. Los hechos demostraron que profesor y alumno estaban destinados a entenderse y apreciarse, pues se estableció entre ellos un afecto tan profundo y sincero que duró toda la vida. En nuestro Colegio zaragozano, el alumno Sancho “se entregó totalmente a las letras, acuciado por su ingenio, y de tal modo se consagró a ellas que se concilió el amor de sus padres y la admiración de sus maestros. Hallaban en el niño muchas cosas que admirar: ingenio vivo, empeño y ardor de aprender, cierto anhelo de gloria, con la que se conquistara un puesto eminente en las letras, que si en los jóvenes es digno de alabanza, lo era en él, principalmente, que unía a esas virtudes una docilidad y modestia singulares”.⁶

En nuestras escuelas, el joven Tomás nutrió su alma con el néctar de la piedad y enriqueció su inteligencia con la adquisición del conocimiento a fondo del idioma del Lacio. “Fueron sus maestros los Padres de las Escuelas Pías, que al mismo paso que lo encaminaban por los más sólidos principios del saber, lo dirigían en materia de costumbres por el camino real del Evangelio, pues para eso fundó esta Orden el gran San José de Calasanz; para que por medio del cebo de las letras quedaran presos los jóvenes estudiantes en la red de la religión”.⁷ Pero aprendió, sobre todo, a conocer, apreciar y admirar a sus maestros. Y como del aprecio y la admiración al amor hay solo un paso fácil de dar, Sancho lo dio, y no solo amó entrañablemente a sus profesores, particularmente al P. Martínez, sino que sintió el atractivo de su vida, surgió en su espíritu la idea de imitarlos y decidió finalmente abrazar el estado religioso en el Instituto de las Escuelas Pías. Queda evidenciado por qué caminos y en qué forma tan imprevista condujo Dios a su santa casa a este mozo de tan bellas cualidades, y que tan halagadoras esperanzas hacía concebir con sus talentos y con sus virtudes. Hay en su vida de estudiante un episodio que no han referido sus biógrafos, pero que conviene recordar, porque comprueba el cuidado especial que Dios tenía de él, puesto que lo reservaba para tan gloriosas empresas. Lo refirió el Maestro Antonio Sanz de la Orden de Santo Domingo, en la oración fúnebre que pronunció en la Catedral de Manila en el solemne funeral que el Cabildo le hizo, y lo sabía, sin duda, por relación del mismo Señor Arzobispo o de alguno de los escolapios que le acompañaban. Un día fue al Ebro a bañarse con algunos de sus compañeros, pero como no sabía nadar, se quedó en la orilla, viendo las evoluciones y admirando las cabriolas que esos hacían en la parte más profunda y caudalosa del río. No les satisfizo a sus amigos que Tomás quedara en la orilla; y ¡cosa de muchachos, que no discurren ni ven el peligro! lo llevaron al medio del Ebro para que

⁶ Oración fúnebre latina, del Dr. D. José Patricio de Molina. Magistral de la Catedral de Manila, en “Demostración fúnebre que a la buena memoria del Ilmo. R. Vmo. Señor D. Basilio Sancho hizo la Santa Iglesia Metropolitana de Manila”. En el Real Colegio y Universidad de Santo Tomás de Manila, por Vicente Adriano, año 1788. Páginas 25/26.

⁷ Demostración fúnebre por el licenciado Francisco Díaz de Durana, canónigo, con las licencias necesarias. En el Real Colegio y Universidad de Santo Tomás de Manila, por Vicente Adriano, año 1788. En el archivo del Colegio de Zaragoza, tabla 2, letra. C, 70.

aprendieran a dar, y no bien lo dejaron solo se fue al fondo, sin que ellos lo pudieran evitar. Lo peor fue que perdieron el dominio propio y la serenidad, y lo abandonaron a merced de las aguas creyéndolo abogado. En el 99% de los casos así ocurre, pero entonces “demostró Dios con una señal muy singular y rara, que su providencia lo tenía designado para alguna cosa fuera del orden regular”,⁸ y sin saber cómo, al recobrar el sentido, se halló en la ribera. Es un hecho providencial muy significativo, que no puede interpretarse en otra forma que, como lo hizo el P. Sanz, como una muestra de las grandes empresas para que Dios lo reservaba. ¿Quién no ve aquí el dedo de Dios Omnipotente, y una especial Providencia con que velaba sobre nuestro Basilio para librarlo del peligro de las aguas y hacerlo después como a otro Moisés, caudillo de su pueblo escogido?”⁹

El novicio y el junior de las Escuelas Pías

Con los antecedentes de virtud y de piedad que conocemos en el joven Tomás Sancho, era natural que aspirara a la vida perfecta, y con la aplicación de que dio muestras en sus estudios, no es extraño que sus maestros le abriesen de par en par las puertas de la Orden, cuando llamó a ellas pidiendo ser admitido. Conocían el tesoro que se les llegaba a las manos; sabían los quilates de la virtud que adornaban su alma; y no ignoraban qué talentos enriquecían su inteligencia; por lo que lo recibieron con los brazos abiertos y lo consideraron como un don del cielo. Y en verdad que ni los profesores se engañaron en sus cálculos, ni el joven Sancho defraudó sus esperanzas. Enviado al noviciado de Peralta de la Sal, vistió el santo hábito de manos del P. José Borruell de la Presentación el 15 de diciembre del 1743, cuando había cumplido los 15 años. Y entonces cambió su nombre de pila por el de Basilio, que había de honrar tanto. “El día de su entrada fue un día feliz para aquellos venerables Padres, que ya prenunciaban alguna cosa grande acerca de nuestro Basilio”.¹⁰

La casa de Peralta ha sido en nuestra Provincia la fragua en que se han purificado las almas de nuestros novicios, y el yunque en que se han forjado los caracteres recios de nuestros religiosos, y el troquel en que se han modelado nuestros sacerdotes. Y el joven Basilio Sancho se puso sin reservas en manos de sus superiores, como el barro en las del alfarero, para que formaran su espíritu, y lo ejercitaran en la práctica de las más eminentes virtudes. Y con la gracia de Dios, con la cooperación decidida del novicio y la experiencia y el celo de sus maestros, no corrió, sino que voló por las vías de la perfección religiosa. Era asiduo en la oración, ferviente en la recepción de los sacramentos, exacto en la observancia de la regla, de una pureza angelical en sus costumbres, de una austeridad asombrosa en su vida, de una dulzura inmovible en sus obras y en sus palabras, de una caridad jamás desmentida en todos sus actos, de una humildad de ley en todos los momentos. Un joven de tales disposiciones, preocupado de su santificación, y de adquirir las virtudes y los conocimientos que habían de capacitarlo para los ministerios propios del Instituto Calasancio, no podía pasar inadvertido, y se granjeó el cariño y la admiración de los Padres del Colegio de Peralta de la Sal, quienes cuando llegó su día, lo admitieron, unánimes, a la profesión religiosa, que lo ligaría por vida a Dios y a las Escuelas Pías. “Post biennium probationis, quod Scholarum Piarum Institutum ordinatum est ad tyrones virtute et litteris informandos, dignus est habitus, qui admitteretur ad profitandam regularum observantiam”¹¹. Terminado el bienio de prueba establecido por el. Instituto para. Informar a sus novicios en la virtud y en las letras, fue hallado digno de ser admitido a profesar la observancia regular. Así lo

⁸ Allí mismo.

⁹ En el mismo lugar.

¹⁰ Obra citada, página 78.

¹¹ Ibidem, Oración fúnebre del Dr. Molina, pág. 29.

dijo el Doctor José Patricio de Molina en el elogio fúnebre del Arzobispo de Manila, pero no llevaba más de catorce meses de noviciado cuando el joven Basilio Sancho emitió sus votos en Peralta de la Sal el día 18 de febrero de 1745. Se le dispensaron diez meses, y le tomó la profesión el P. José Borruel, que era Rector de Peralta y el mismo que le había vestido la sotana.

El noviciado no es, en lo espiritual y en lo literario, más que la base sobre la que los religiosos deben levantar el pedestal de su personalidad como maestros y como sacerdotes. Por eso, a la primera formación sigue otra más duradera y profunda, en lo específicamente religioso y en lo particularmente científico, en los años de juniorato, una vez, pues, ligado a Dios por los votos. El neoprofeso Sancho pasó al profesorio para emprender la carrera de sus estudios superiores, y para esculpir y afianzar en su espíritu las virtudes propias de su estado. Como en la casa de probación, en el juniorato no se dejó ganar por ninguno de sus compañeros, y si en los días de noviciado iba delante de ellos, durante los años de estudios tampoco se dejó aventajar por ninguno. No por un sentimiento de vanidad o de amor propio, sino por una exigencia de su espíritu, y por el concepto que tenía del deber y de las obligaciones que le imponía. “No es fácil decir lo que hizo en la flor de la juventud, qué es lo que aprendió. Baste decir únicamente que no se ha hallado ningún censor de las costumbres de los hombres, por acerbo que sea, que pudiera criticar en él nada. De tal manera se consagró al cumplimiento de sus obligaciones, que no pudo pedirle más. En cuanto al aprovechamiento literario, se ganaba la admiración de todos los Padres”.¹²

Los progresos que el Junior Sancho realizó en el conocimiento de las Humanidades, la extensión y la profundidad que logró en el campo de la Filosofía, y el dominio que alcanzó de la Teología correspondieron a lo que sus talentos, su inteligencia despejada, su aplicación al estudio y su voluntad tenaz permitían esperar a sus superiores. No fue flor de un día, sino que llegó a cuajarse de frutos que más tarde distribuiría sin reserva a sus alumnos. Tuvo la suerte de ser discípulo en filosofía y en teología de un maestro sapientísimo, que era considerado por su ingenio y por su doctrina, como un milagro entre propios y extraños. Y esto explica también que realizara sus estudios con tantos aprovechamientos. Un estudiante aventajado que consigue el magisterio de un hombre de talento y de mucho saber, forzosamente avanzará en su carrera y profundizará sus conocimientos. Es lo que le ocurrió a Basilio Sancho: “Aproveché tanto bajo su enseñanza que, con excepción de uno, sobresalía sobre todos sus condiscípulos, y como su lector lo llevaba consigo a los certámenes literarios públicos para que diariamente cultivara más su ingenio con frecuentes ejercicios, en estas funciones conseguía siempre las alabanzas de todo el cuerpo de sabios”.¹³

Cuando nuestro héroe terminó su carrera, estaba en condiciones para iniciar su tarea docente, puesto que dominaba cuanto podía ser objeto de sus enseñanzas. Los superiores conocían perfectamente el grado de preparación de Basilio, y no ignoraban la lucidez de su inteligencia ni les era desconocida la profundidad de sus talentos ni la madurez de su juicio; por lo que, no bien ordenado, lo colocaron allí donde pudiera hacer más bien y dar la medida de su capacidad para los ministerios propios de la Orden Calasancia.

El P. Sancho en la escuela

Con la terminación de sus estudios, había sonado la hora de que el P. Basilio comunicara a otros los conocimientos que había adquirido durante su carrera. Fue enviado a Daroca, donde enseñó

¹² José Patricio de Molina, *ibídem*, página 29.

¹³ En el mismo lugar.

retórica y filosofía, y luego a Valencia, para dictar teología a nuestros juniors. Con la concisión clásica de su estilo, el P. Gabriel Hernández, autor del elogio póstumo del P. Sancho, resume todo el tiempo de su magisterio en menos de tres líneas. “Daroca reversus maxima cum nostris Ordinis laudi rethoricam et philosophiam interpretatus est: hinc Valentiam Edetanorum theologicis disciplinas tradidit”¹⁴. Vuelto a Daroca, explicó la retórica y la filosofía con la mayor alabanza de nuestra Orden; y enviado de aquí a Valencia de los edetanos, enseñó las disciplinas teológicas. Este resumen abreviado de las actividades docentes del P. Basilio no dice nada del trabajo que suponían, de la constancia y perseverancia que demandaban, de la preparación próxima y remota que exigían, y de las preocupaciones y de las satisfacciones que proporcionaban al maestro. Le tocó al P. Basilio de Santas Justa y Rufina desempeñar las clases de más lucimiento, y también de mayor responsabilidad, de las que ocupaban el lugar más evidente en la estimación de sus contemporáneos, de las que daban jerarquía a un colegio y prestigiaban o des prestigiaban al profesor que las dictaba. Lo mismo podía ser el pedestal de su gloria que constituir la tumba de su prestigio. Para el joven escolapio fueron lo primero, como sus antecedentes de estudiante permitía esperar, y como sus talentos parecían prometerlo. Formó discípulos aprovechados que fueron su gloria y su corona. “Terminado el curso de los estudios, decía uno de sus panegiristas, y repletísimo de buena semilla, fue hecho profesor de las predichas facultades, cuyas cátedras desempeñó con tanto provecho de sus discípulos y gloria de su nombre, que satisfizo a la expectación común plenamente. Viven al presente muchos de sus discípulos, cuya doctrina y erudición no solo prueban, sino que convencen de la verdad de estas cosas”¹⁵.

A fuer de hijo legítimo de San José Calasanz, el P. Sancho era también tomista convencido, y no tuvo en cuenta en sus lecciones de filosofía ni el epicureísmo, ni el platonismo, ni el cartesianismo, ni a las ideas de Newton; y no precisamente por ignorancia, sino por fidelidad al Angélico Doctor, y porque esas teorías no ayudan a la explicación de la inteligencia de la ciencia sagrada. “Leyó a sus discípulos la Peripatética, que desde los tiempos de Santo Tomás es la que se halla acomodada por el trabajo de esta príncipe de los teólogos a la Teología Escolástica, cuyo método e idioma jamás se entenderá bien, ni se penetrará como conviene, sin el socorro de la filosofía de Aristóteles”.¹⁶

Esto, por lo que hacía las lecciones de filosofía, que el P. Sancho dio a nuestros juniors y a los estudiantes extraños en el Colegio de Daroca. Pero lo que más lustre dio de eximio profesor y más fama proporcionó a nuestro P. Basilio fue el curso de teología que dictó en Valencia a nuestros estudiantes, y las conclusiones que lo coronaron. Esa ciudad era escenario mucho más vasto que Daroca. El ambiente universitario lo envolvía todo; y el ser sede metropolitana, asiento de numerosos conventos, le daba una jerarquía teológica de primer orden. Abundaban, pues, los teólogos profesionales; eran muchos los doctores de esa facultad que en Valencia residían, y no era posible pasar por oro de ley lo que era de bajo metal, ni ganarse la aprobación y el aplauso de los doctos si no había dominio pleno de la materia en el lector y en los alumnos. Unas conclusiones de teología en tal medio eran la piedra de toque para conocer los quilates de las ciencias de los escolapios, y suponía en ellos una gran confianza que no quedó, por cierto, fallida. Fue todo un éxito, pero le granjeó los celos y le valieron la Exacerbación de la antipatía que algunos le profesaban por el nombre que sus sermones le habían dado. Al ocuparse el P. Llanas en su bella, pero breve biografía del P. Sancho, de ese asunto dice que la animosidad que

¹⁴ Archivo del Colegio de Zaragoza. Consueta del P. Basilio Sancho. Cartapacio nº 6.

¹⁵ D. José Patricio de Molina. Oración fúnebre citada.

¹⁶ P. Antonio Sanz, Oración fúnebre, página 81.

algunos religiosos le profesaban “se hizo más viva y ostensible desde que en mayo de 1760 dirigió unas conclusiones públicas de Teología Escolástica que llamaron mucho la atención, y se publicaron en un cuaderno de 65 páginas, sin contar la portada y la dedicatoria.”¹⁷

El P. Fray Antonio Sanz también tocó ese punto del magisterio teológico del P. Basilio, “cuyo cargo desempeñado con singulares aprobaciones y alabanzas de los mayores hombres de aquella Atenas”, y se ocupó del acto público con que lo coronó, que mereció “la aclamación de los hombres más sabios de aquel tiempo”. Habló asimismo de las condiciones de profesor que adornaban al P. Sancho, y de los aprovechados que salieron sus discípulos. Pero no es eso lo que más nos interesa, sino la razón del interés que produjeron y de la polvareda que levantaron. “Sus conclusiones teológicas metieron mucho ruido, como que eran tan comprensivas de materias que ordinariamente no se daban entonces en las aulas de España, y a él como a otros grandes talentos de su edad, se debe el honor de haber roto el muro que tenía en la angustia a las almas eminentes, sin poder dar paso a la historia de la religión y de la verdadera teología”.¹⁸ De suerte que el P. Sancho fue un libertador de las cadenas que aherrojaban los espíritus en su anhelo de volar hacia Dios y un precursor de métodos más racionales en la exposición de la ciencia divina. Pero ¡hay de aquel que se deba sobre la mediocridad ambiente! Todos los tiros de la envidia y todos los recursos de la ignorancia se dirigirán contra él; todas las armas se considerarán lícitas para combatirlo, y no se descansará hasta socavar el terreno y derribarlo del pedestal de gloria al que sus obras le han elevado. Algo de eso le ocurrió a nuestro P. Basilio, cuya estatura prócer no podían sufrir los pigmeos, y cuya grandeza moral y sinceridad intelectual diríase que chocaba con la ruindad que lo envidiaba porque no sabía emularlo, y no podía superarlo. Esas conclusiones ampliadas, completadas y sistematizadas se convirtieron en un Tratado de teología que no sabemos si llegó a publicarse.

Tales fueron los episodios del magisterio del P. Basilio Sancho de Santas Justa y Rufina. Esos los frutos de sus enseñanzas, ese el nombre que le crearon, y tal el prestigio que ganó para las Escuelas Pías. Había llenado con amplitud y honor los diez años de enseñanza que las Constituciones de la Orden exigen como condiciones previas para las prelacías en la misma, y los superiores determinaron retirarlo de la escuela para emplear sus talentos en otros menesteres de sumo interés para el Instituto.

Secretario Provincial y Procurador en la Corte.

Para que el P. Basilio descansara de las fatigas de un curso agotador como el de teología, seguido de las famosas Conclusiones, y para sustraerlo a aquel ambiente valenciano que por los manejos de la envidia se le tornaba irrespirable, los superiores lo sacaron de aquel teatro de sus triunfos y dieron otra dirección a sus actividades. Hombre de muchos talentos, el P. Sancho apenas si había manifestado una que otra faceta de su recia personalidad, y convenía colocarlo en otro medio, y consagrarlo a otros ministerios, y ponerlo en condiciones de dar la medida de su valía en otros órdenes de cosas. En consecuencia, el P. Pedro Celma de Santa María Magdalena, Provincial entonces de Aragón, determinó asociarlo a su gobierno con el cargo de Secretario. Entendemos que, por lo general, quien desempeña ese oficio no cumple exclusivamente la función mecánica de autorizar con su firma los documentos provinciales, sino que es el hombre de confianza, algo así como un asesor y consejero de quien lo ha elegido. Por la gravitación natural de las cosas, entre el gobernante y su secretario debe establecerse un cambio de ideas sobre los problemas que al primero se le presentan, ha de pedir al segundo sus

¹⁷ Escolapios Insignes, volumen IV, capítulo XXI, página 170.

¹⁸ Oración fúnebre citada. Página 83.

puntos de vista sobre ellos, y colaborar ambos eficazmente en el gobierno. Las decisiones y acuerdo serán, en gran parte, el resultado de esas consultas, y reflejarán el pensamiento del titular, con mucho de las ideas del Secretario. Creemos sinceramente que ese es el verdadero concepto del Secretario; y por lo tanto, le cabe mucha parte en los aciertos y en los desaciertos del jefe, llámese este como se llame.

El P. Basilio Sancho fue, pues, asociado al gobierno del P. Celma, si no en forma jurídica, sí en el orden confidencial y administrativo. No le llevaban por esos caminos ni sus anhelos, ni sus gustos personales. Pero se sometió dócilmente y acató todos los mandatos de la obediencia. Fue, pues, un colaborador incansable y un fiel confidente del P. Provincial, poniendo al servicio de la Provincia, en el desempeño de su secretaría, todas las luces de su talento, todas las energías de su alma, todo el celo de su espíritu, y todas las fuerzas de su naturaleza. Sus más vivos deseos eran servir a Dios, a la Iglesia y al Instituto en el trabajo escolar, pero renunció generosamente a sus más caras ilusiones en aras de la obediencia que había prometido. “Y aunque obedeció para dar a sus hermanos una singular prueba de que no tenía voluntad propia, no fue esto sin una gran repugnancia que sintió en sí mismo, como él lo declaró a sus amigos varias veces”.¹⁹ Ya hemos visto en qué forma desempeñó sus funciones de Secretario, con qué lealtad colaboró con su Superior, y qué interés y cuánta actividad desarrolló en el cumplimiento de su oficio. Eran con su Provincial como un solo corazón y una sola alma, y esa unidad de vidas, y esa uniformidad de criterio cristalizaron en el gobierno ejemplar del P. Pedro Celma; pero no es aventurado suponer que en muchas de las disposiciones del P. Provincial estaba la mano y se reflejaba la inteligencia y se trasuntaba el corazón del P. Secretario.

Tampoco era este, sin embargo, el verdadero campo de acción ni el centro adecuado que el temperamento y las cualidades del P. Sancho reclamaban. Poseía “unas maneras muy distinguidas, gran perspicacia de ingenio, una prudencia consumada, y habilidad extraordinaria para resolver las dificultades en el despacho de los asuntos”²⁰, y todas estas prendas lo señalaban para vivir en la Corte, y cuidar y poner en marcha los negocios de la Provincia. Así lo comprendió el P. Celma, quien no trepidó en desprenderse de su fiel y hábil colaborador en bien de otros intereses, cuya gestión y éxito exige un conjunto de condiciones que pocos poseen, y que el P. Sancho reunía en su persona. La necrología de este escolapio traza una vigorosa semblanza de las aptitudes que el P. Basilio poseía en este orden de cosas, en muy pocas palabras. “Deinde vero propter ingenuam quandam indolem, ac liberalem animum, in cogitando celeritatem, in ageto alacritatem, multasque ac magnas virtutes Matritum Hispani Imperi sedem mittitur, qui Ordinis nostri negotiis administraret”; pero después, por cierta ingenuidad de carácter, por su ánimo generoso, por la rapidez en el pensar y la habilidad en el obrar, y por las muchas y grandes virtudes, fue enviado a Madrid, asiento del Imperio Español, para gestionar y administrar los negocios de nuestra Orden. Puesto en la capital de las Españas, el P. Basilio Sancho, por exigencia de su oficio, hubo forzosamente de tratar con muchas personas, y ese relacionó con lo más granado de la Corte por su nacimiento, con lo más destacado por su influencia, y con lo más calificado por sus talentos y virtudes. Como además empezó a predicar, y lo hacía con celo apostólico, buscando la gloria de Dios y la salvación de las almas, procurando convencer “non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensionem spiritus et virtutibus”²¹, no con la persuasión de palabras de la ciencia humana, sino con la manifestación del espíritu y de la verdad, y su vida era diáfana como el cristal y pura como el perfume de las

¹⁹ R. Antonio Sanz, Oración fúnebre, página 84.

²⁰ P. Eduardo Llanas, obra y capítulo citados, página 170.

²¹ San Pablo, 1 Cor 11,4.

flores, fue pronto conocido, estimado, respetado y solicitado por los más altos personajes y por las más ilustres Corporaciones. “Le había dotado el cielo de todas las prendas que constituyen un buen orador, una vida arreglada y verdaderamente religiosa, una ciencia profunda de la católica religión, unos modos insinuantes y persuasivos, un pecho robusto acompañado de una voz elegante y sonora, era para cuantos le oían un aliciente tan dulce y tan fuerte que jamás quisieran dejar de oírle Predicaba siempre al alma, procurando ilustrarla con las verdades de nuestra Santa Religión, y encenderla en el amor divino, por cuya razón se decía de sus sermones que estaban llenos de pan, a diferencia de otros predicadores de cuya presencia salían las gentes ayunas de la doctrina de Dios”.²²

El amor y el respeto que el P. Basilio se captó en la Corte se manifestaron en los honores que llovían sobre él y en las responsabilidades que instituciones y personalidades echaban sobre su conciencia. En efecto: el Infante Don Felipe, hermano del Rey, lo tomó como consultor suyo; el Supremo Tribunal de la Santa Inquisición lo distinguió primero con el nombramiento de su teólogo, y después con el de Calificador; y prendado Carlos III de su facundia en el decir y de su celo en el predicar, quedó tan satisfecho que dio orden de que se le nombrará Predicador de la Real Capilla. Esto es lo que dice la necrología oficial del P. Sancho, y coincide en todo con ella el elogio fúnebre del P. Sanz de la Orden de Santo Domingo. Eran muchos los personajes de la Corte que buscaban al Procurador de las Escuelas Pías de Aragón en demanda de un consejo o en súplica de un consuelo, y a todos les satisfacía cumplidamente. Y hasta el propio Gobierno “lo abrumaba con consultas sobre materias las más delicadas y difíciles, y con tanta mayor frecuencia le cargaban, cuanto veían su fácil expedición y su acierto”. Puede ser que haya en estas palabras una velada alusión al pedido que le hizo Campomanes de que censurara su obra “Tratado de la regalía de la amortización”, que tanto ha escandalizado a Don Marcelino Menéndez y Pelayo; y a la consulta del Rey sobre el extrañamiento de los Jesuitas, que también ha merecido los más duros calificativos al escritor citado. Como nosotros no somos polemistas, no nos reconocemos condiciones de tal, ni un pigmeo debe tener el atrevimiento de luchar con un gigante, aunque haya desgraciadamente desaparecido; y como, por otra parte, oportunamente pusieron al Señor Menéndez y Pelayo los puntos sobre las íes los Padres Lasalde y Rabaza, nos concretamos a esta referencia. Abrigamos además la esperanza de que algún día acometa un escolapio la empresa de escribir una historia documentada y extensa del P. Basilio Sancho, y entonces será el momento y la ocasión de hacer plena luz estudiando a fondo el asunto, a base de hechos veraces y de documentos insospechables. Se agitaron muchas pasiones alrededor del P. Sancho; hubo muchos intereses de por medio que, acaso, hirió con sus disposiciones el escolapio que rigió la diócesis de Manila. Y eso explica en gran parte ciertas actitudes, acusaciones y excesos de lenguaje. Pero punto final, y a otra cosa, que quien puso al P. Basilio sobre el candelero, lo colocó en magnífica posición para ser fácil blanco de los tiros de sus enemigos²³.

²² Fr. Antonio Sanz lugar citado, página 86.

²³ Aunque no se trata exactamente de una biografía del P. Basilio Sancho, el P. Victor Mnauel Asensio, de Aragón, escribió su tesis doctoral en Derecho Canónico sobre el “Concilio 1 Manilano”, defendida en la U.P. de Salamanca en 1993. Por cierto, resulta también sorprendente que el P. Calvero dedique insistentemente su atención a las dificultades del P. Sancho para realizar su Visita pastoral, y en cambio no diga una palabra de este magnífico logro que fue la celebración del Concilio I Manilano, al que dedica su tesis el P. Asensio (nota de J.B.).

El P. Sancho preconizado Arzobispo de Manila. Su consagración, su viaje y su entrada

Tarde o temprano, el verdadero mérito se impone; el oro de subidos quilates se aprecia debidamente; y el diamante se irisa cuando un rayo de sol cae sobre su superficie. Es lo que ocurrió con nuestro P. Basilio de Santas Justa y Rufina, quien muy pronto se impuso a la consideración de sus contemporáneos, pues su fama llegó hasta las gradas del trono, y hasta los círculos del gobierno. Dejamos para el futuro biógrafo de nuestro ilustre hermano el trabajo de dilucidar si su propuesta y nombramiento para la sede Manileña fue el precio de su prevaricación, o, por el contrario, el premio de su fidelidad a Dios y a las doctrinas de la Santa Iglesia. Cuando se trata de hombres de la rectitud del P. Sancho, de una vida tan virtuosa como la suya, y de un celo sacerdotal tan palpable como el de este hijo esclarecido de San José de Calasanz, nos parece una impertinencia insigne explicar con razones ocultas y motivos inconfesables una exaltación que se podía fundar en títulos nobles e irrefutables. A nadie que no tenga prejuicios preconcebidos extrañará que sea elevado a la dignidad episcopal un religioso de vida austera, abillantada con las más preclaras virtudes sacerdotales; que predicaba a Jesucristo y este crucificado, como el Apóstol; que era consejero y paño de lágrimas de muchas personas; que un Infante de España había tomado por consultor; que el Santo Oficio de la Inquisición había honrado con el título de Teólogo y Calificador; y que el Rey había nombrado Predicador suyo, cuando tantas medianías y tantos sacerdotes sin títulos parecidos eran elegidos obispos sin que a nadie le ocurriera buscar explicaciones caprichosas y denigrantes. Esto estaba reservado para el humilde escolapio, y no estaría de más que sus impugnadores mostraran sus cartas y dieran las razones verdaderas de la guerra que le hicieron.

Por fortuna, en Roma, donde se tiene buena y leal información de los hombres y de sus obras, no hallaron reparo alguno que oponer a su nombramiento; y el Papa Clemente XIII lo preconizó arzobispo de Manila. El 17 de agosto de 1766, domingo y fiesta de San Joaquín, fue solemnemente consagrado por el Excmo. Señor Inquisidor General Don Manuel Quintana y Bonifaz, Arzobispo de Farsalia. El acto, celebrado con toda pompa, se realizó en la Iglesia de los Padres Mercedarios Calzados, y fue algo excepcional porque a muy pocos se les permitía consagrarse en la Corte. No era época propicia para la navegación a Filipinas, y el nuevo Prelado hubo de esperar que pasara el mal tiempo. Mientras tanto, Carlos III encomendó al Arzobispo de Manila ciertos negocios espinosos y graves. Y tan buena mañana se dio en ellos, y tanto tacto puso en sus gestiones, que el éxito más completo coronó sus esfuerzos, superando así las esperanzas del soberano.

Hijo amantísimo de la Escuela Pía, que lo había amamantado desde niño, nutriendo su alma con la leche de la piedad, modelando su corazón con una esmerada educación, y enriqueciendo su inteligencia con los conocimientos que le permitieron destacarse en todos los ministerios, y fecundar aquello en que ponía las manos, el P. Basilio Sancho no olvidó a su Madre, ni la abandonó más que por obediencia al Rey y al Papa para servir a Dios y a la patria, solo corporal y materialmente, pero siguió unida a ella espiritualmente. Buena prueba dio de ello con sus larguezas y con sus obras los 22 años de su episcopado, y con la carta de despedida que envió al Colegio de Zaragoza antes de embarcarse para el Extremo Oriente. “Llegó ya el tiempo de salir de España para mi Iglesia de Manila, y en esta hora última no tengo otra cosa más vivamente fija en la memoria que esa Provincia, a quien considero deber participar esta noticia, y al mismo tiempo, despedirme de todos sus colegios, estrechando desde aquí con todo el afecto de mi corazón a todos esos mis amados Padres, en cuya compañía gustosamente he vivido muchos

años”.²⁴ Es el lenguaje del corazón, como cuadraba a un religioso de la contextura leal del P. Sancho; es el reflejo de los sentimientos que dominaban a aquel escolapio que no conservaba más que buenos recuerdos del trato de sus hermanos. Era la traducción fiel de las emociones que le embargaban en aquella hora decisiva, cuando iba a alejarse hasta los confines del mundo, arrancado por los mandatos de la obediencia a los brazos de la Escuela Pía, su Madre bien amada, y a la compañía de sus buenos compañeros.

A estas palabras, que compensan los más nobles sentimientos que dominaban el corazón del arzobispo, sigue una sencilla exposición de sus anhelos más íntimos, que se cifraban en perseverar en el Instituto, consagrado a su noble y humilde ministerio, y en vivir con sus hermanos, de cuyas voluntades y atenciones tan gratos recuerdos conservaba. Escolapio cien por cien, el P. Basilio hallaba sus delicias con los niños, y en su educación y enseñanza de tan fecundas proyecciones para el cielo y para la tierra, tenía puestas sus ilusiones y esperanzas para toda la vida, cuando su consagración episcopal vino a separarlo de los niños y de la escuela. “Sus buenos oficios conmigo me han dejado tan agradecido que, a no haber ordenado Dios otra cosa, lo más agradable fuera para mí proseguir con Vuestras Reverencias la vida religiosa en el ejercicio de su Instituto, tan excelente como útil a la República Cristiana. ¡Tan enamorado estoy con el ventajoso partido que abrazan los profesores de las Escuelas Pías, y tan reconocido me tienen, por otra parte, los beneficios que me han comunicado Vuestras Reverencias mientras nos fue permitido habitar y vivir juntos!”.²⁵ A través de estos conceptos, se trasunta algo de la nostalgia que experimentaba Su Excelencia al abandonar la escuela y separarse de aquellos hermanos con quienes había compartido trabajos y satisfacciones, con los que había cultivado el mismo campo del Padre de familias, y con quienes se había afanado en el propósito de ganar y defender las almas de los niños. Como hombre de talento y como educador experimentado, el P. Sancho estaba en condiciones excepcionales para captar la importancia de la educación de los niños, y para justipreciar los frutos admirables que produce y las ventajas que de ella se derivan sobre la sociedad y sobre los individuos.

Sabía que si se alejaba materialmente, estaría muy unido en espíritu a sus hermanos; le constaba que si en la distancia el alejamiento era enorme, en el afecto no había cambio alguno; y comprendía que si la separación corporal podía ser definitiva, las almas no se alejarían, y estarían unidas por los más puros y elevados sentimientos. Esto confortaba el ánimo contristado del Señor Arzobispo, y ese pensamiento le animaba a arrostrar los peligros de la navegación y las molestias del clima enervante que le esperaba; y esa seguridad ponía aliento en su espíritu para el cumplimiento de sus graves deberes en el gobierno de la diócesis. Contaba al efecto con las oraciones de sus hermanos escolapios, y eso daba lugar al optimismo en su alma, un tanto atemorizada ante las responsabilidades de su ministerio. “Moraremos, pues, lo que nos resta de vida, extremadamente separados, pero en esa larga distancia viviremos perpetuamente unidos en espíritu y amor. El mío renuevo en este lance con todo el posible encarecimiento a Vuestras Reverencias, confiado en el que me tienen, que no cesarán en sus sacrificios y oraciones de pedir a Dios la prosperidad que deseo en mi navegación y después de ella, virtud para ejercer el alto Ministerio que me ha confiado la divina Providencia”.²⁶ Ya veremos a su debido tiempo cómo llenó los deberes de su cargo, y cómo a pesar de las acusaciones que se le han hecho, el P. Basilio

²⁴ Archivo del Colegio de Zaragoza, miscelánea de documentos, impresos y manuscritos formada por el P. Juan Miguel Casajús de Santa Orosia, en un grueso volumen en pergamino con varias numeraciones, una a mano que dice. T 30, otra impresa en el lomo con el número 4, y otra manuscrita y en papel verde con el número 31. La carta está sin numerar, y carece de fecha y del lugar en que fue escrita.

²⁵ Carta de despedida citada.

²⁶ De la Carta dicha en el número citado.

Sancho de Santas Justa y Rufina fue un grande y celoso arzobispo. Quede aquí la expresión de su gratitud a la Escuela Pía que lo había formado, y los sentimientos fraternales hacia los escolapios en cuya compañía tan feliz se había sentido, y acompañemos a Su Señoría en el viaje a Filipinas.

Ninguna persona medianamente ilustrada ignora lo que era y significaba viajar hace dos siglos, y menos un viaje de España al archipiélago de Magallanes. Los peligros de la navegación en barco, sin comodidades y de escaso tonelaje, eran lo de menos importancia. Lo temible, que convertía la empresa en una epopeya o en una tragedia, eran las calmas que mantenían los navíos semanas enteras en el mismo punto; las tormentas que los llevaban de una parte a otra como plumas y los ponían en trance inminente de ser estrellados contra las rocas o tragados por las aguas removidas hasta el fondo; el agotamiento de los víveres y la falta de agua potable; los asaltos y la persecución de los corsarios; el escorbuto o cualquier enfermedad epidémica, constituía los verdaderos constantes y terribles peligros de un viaje marítimo a cualquiera de las posesiones españolas ultramarinas. Se necesitaba mucho valor para emprender la navegación, y hacía falta la ayuda del cielo para sortear tantos peligros; y aunque la experiencia había enseñado cuáles eran las estaciones del año más propicias, nunca había plena seguridad, nunca se estaba a salvo de las asechanzas y de los ataques de los corsarios. Nuestro arzobispo se embarcó en Cádiz a mediados de marzo de 1767, y tuvo una feliz travesía, si se exceptúa el paso del Cabo de Buena Esperanza, que es siempre peligroso. En cuatro meses exactos hizo el viaje, y el 17 de julio el navío que lo conducía penetró sin novedad en el puerto de Manila. Le había precedido, sin duda, la fama de sus virtudes, la noticia de sus talentos y el conocimiento de sus condiciones de carácter, porque los que iban a ser sus feligreses dispensaron al nuevo Arzobispo P. Basilio Sancho, un recibimiento que tuvo todas las exterioridades de una apoteosis. Autoridades y pueblo, españoles y tagalos, habitantes de la capital y de las poblaciones circunvecinas, acudieron al puerto a dar la bienvenida al que venía en el nombre del Señor, y a manifestar su regocijo por su llegada. “Aquel fue un día de júbilo, de entusiasmo delirante para la ciudad de Manila, que no recordaba haber hecho a nadie semejante recibimiento. Habíanse concebido muy halagüeñas esperanzas acerca del régimen espiritual del Arzobispo Basilio Sancho”.²⁷ Vamos a ver inmediatamente cómo respondió el Prelado escolapio a esa expectativa que su elección había despertado. Dejémosle hacerse cargo del arzobispado, cumplir con las visitas de protocolo y descansar de las fatigas del largo y penoso viaje, para lo que haremos un alto en el camino.²⁸

En plenas funciones episcopales

Fuera de las condiciones que San Pablo exigía en los Obispos, el Concilio de Trento fijó taxativamente los deberes específicos de sus cargos.²⁹ Nosotros nos fijaremos en tres, que son las fundamentales en relación con nuestro P. Basilio Sancho, para ver a la luz que ellas irradian cómo cumplió sus funciones episcopales este gran escolapio. Les encarga el Concilio encarecidamente la predicación de la divina palabra, el cuidado de las buenas costumbres y del depósito de la fe entre sus feligreses; que visiten con detención la diócesis; y que erijan el

²⁷ P. Eduardo Llanas, obra y lugar citado.

²⁸ Nos sorprende que el P. Clavero no mencione a los escolapios que acompañaron en su viaje al P. Sancho: los PP. Martín Martínez (su querido maestro), José Vallano, Ildefonso Gracia y el Cl. Joaquín Traggia, que regresó a España con los documentos del Concilio I Manilano. Con ellos quiso formar una comunidad escolapia en Manila, cosa que no le fue permitida por el Consejo de Indias, que había reservado el “monopolio misionero” a otras cuatro órdenes religiosas.

²⁹ 23 bis. Sesión XXIV, cap. 111, de Reforma.

seminario donde no exista, y lo amplíen y vigilen la formación de los clérigos donde ya esté funcionando. En la cura de almas no puede faltar la catequesis del pueblo en forma de sermones o de repaso de la doctrina cristiana; y ni el párroco, ni el obispo que descuidaran esta obligación cumplirían con sus deberes más sagrados. Pues bien, nuestro P. Basilio fue un misionero de sus diócesanos, a los que alimentaba con el pan de la doctrina, de palabra y por escrito; visitó varias veces su dilatada diócesis, sin que la aspereza de los caminos, la dificultad de las comunicaciones, las incomodidades de los alojamientos, la inclemencia del clima o los peligros de los salvajes y de los animales fueran razón o pretexto para dejar de cumplir con este capítulo de sus deberes pastorales. Por lo que toca a evangelizar al pueblo que Dios le encomendó, dice el P. Sanz: “Sería cosa difícil encontrar otro Prelado de su tiempo, no solo en Indias, sino también en la Europa, que de palabra y por escrito haya desempeñado más cumplidamente su obligación”.³⁰ Predicaba frecuentemente; tenía su confesonario en la catedral, que ocupaba particularmente en las fiestas y en tiempo de cuaresma; recibía, escuchaba y alentaba a los atribulados que le pedían consejo y consuelo; escribió muchas de oportunas pastorales repletas de doctrina, y publicó folletos de sana y abundante enseñanza. El arzobispo Don Basilio Sancho no defraudó a sus ovejas, y les suministró sin reserva el pasto espiritual que las nutriera para la vida eterna.

Para la visita diocesana que en su largo pontificado realizó varias veces, se revestía de entrañas de caridad, a fin de cumplir el encargo que San Pablo hacía a todos los obispos en la persona de su discípulo Timoteo, cuando le decía: “Predica la palabra, insta oportuna e importunamente; reconviene, suplica, reprende con toda paciencia y doctrina. El visitador de una diócesis, como el profeta, está llamado a edificar y plantar, a destruir y erradicar: “Ut aedifices et plantes; ut evellas et destruas”. Ha de edificar las almas con el ejemplo de su santa vida, y con la persuasión de su palabra ha de arrancar abusos inveterados y destruir costumbres perniciosas; ha de perfeccionar al bueno, corregir al que yerra; llamar y atraer al extraviado; levantar al caído; perdonar al que ha faltado. La Visita pastoral es una misión y un remedio de los males que aquejan a los diócesanos. ¡Y cuánta caridad necesita, cuánta comprensión ha de tener, cómo ha de ser amigo y mostrarse padre de todos sus hijos, y particularmente de los descarriados, el que la realiza! El Visitador, llámese como sea, y visite una diócesis o una iglesia sola, una Orden o una Casa religiosa, debe considerar que es doctor y médico, más que juez y verdugo, y que, conforme al espíritu de Jesucristo, debe revestirse de entrañas de misericordia, llevar en alto el ramo de olivo de la paz, y tener palabras de perdón para el que, si pecó por debilidad o malicia, se arrepintió sinceramente. En esas almas, el óleo de la misericordia es bálsamo que cicatriza las heridas; y la dureza, veneno que las encona. Nuestro P. Sancho, en su Visita pastoral, hizo oficio de médico, de samaritano, diríamos mejor, y tuvo para los pecadores palabras de aliento y de perdón, y los ganó para Dios y para la Iglesia. Únicamente tuvo frases condenatorias y reservó los anatemas eclesíasticos para aquellos espíritus recalcitrantes, encenagados en sus vicios o perseverantes en sus errores, que se mostraban sordos a sus silbos de pastor, y resistían sus llamadas de padre.

En su inmensa mayoría, los feligreses del arzobispo de Manila eran indios, que ignoraban el castellano, y aquel no conocía sus idiomas. Era una serie de dificultad para la comunicación del padre con los hijos predilectos, por más débiles y desvalidos. Pero el amor no encuentra obstáculos insalvables, y el celo se ingenia de mil maneras para procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas. El P. Sancho tenía un concepto claro de lo que debía a su rebaño; y como además tenía sumo interés en ponerse en contacto con la porción más miserable de él, que eran

³⁰ Oración Fúnebre. Página 91.

los indígenas, cuando emprendió la Visita llevó su intérprete, y fue provisto de sermones doctrinales y morales, y de cartas pastorales impresas para instrucción de los fieles. El fruto que recogió correspondió a su celo; y el cariño que se captó entre los diocesanos fue sincero y profundo. No en vano había sembrado la palabra divina y el ejemplo de sus virtudes; no había hecho inútilmente del sacrificio, ley de su vida; ni derramado en torno suyo bondades y beneficios; porque si parte de la semilla se pierde, queda otra que cae en tierra preparada y germina en forma de virtudes y de enmienda de vida, y florece y fructifica en la de respeto y reconocimiento. Oigamos al P. Gabriel Hernández cómo expresa estas cosas con la sobriedad del estilo clásico en el elogio fúnebre que tejó de la vida y de las obras del Arzobispo de Manila. “Corrigió las costumbres de su grey depravada por la licencia de las armas; visitó muchas veces todo el territorio de su arzobispado, sin que le atemorizara ni las fragosidades de los caminos, ni las desiertas soledades, ni los lugares infestados por las incursiones de los bárbaros; y tomada razón de los que sellaba con el signo de la sagrada confirmación, se halló que en cada Visita excedían el número de los cien millares³¹. Escribió mucho, hizo mucho, sufrió mucho y acerbamente en bien del rebaño que le había sido confiado; predicaba al pueblo diariamente y escribió muchas cartas pastorales”.³²

Otro de los más característicos deberes que el Concilio Tridentino impuso a los obispos fue el de la construcción del Seminario para instruir y nutrir espiritualmente a los aspirantes al sacerdocio. En efecto, en el capítulo XVIII de Reforma, ordenó que todas las iglesias diocesanas tenían “obligación de mantener y educar religiosamente, e instruir en la disciplina eclesiástica, según las facultades y extensión de la diócesis, cierto número de jóvenes de la misma ciudad y diócesis, o a no haberlos en estas, de la misma provincia, en un colegio situado cerca de las mismas iglesias, o en otro lugar oportuno a elección del obispo”.³³ Allí mismo determina el Concilio de dónde podían sacar los obispos los recursos para labrar el edificio y sostener a los seminaristas. Quedaban autorizados para tomar “alguna parte, o porción de la masa entera de la mesa episcopal y capitular, y de cualesquiera dignidades, personados, oficios, prebendas, porciones, abadías y prioratos de cualquier orden”.³⁴ Si la archidiócesis de Manila tenía seminario, debía ser insuficiente para satisfacer las necesidades del clero, puesto que el Excmo. Padre Don Basilio Sancho fundó uno que puso bajo el Real Patronato. Creemos, sin embargo, que no existía, porque su erección levantó tempestades, fue ocasión de los mayores disgustos que experimentó Su Excelencia, y constituyó uno de los capítulos de acusación más graves que contra él lanzaron sus enemigos. Nada menos que de antipatriota y fautor de la independencia de Filipinas se le ha tildado, por haber creado el clero filipino. No hacía con ello más que cumplir las prescripciones del Concilio de Trento; en lo material, edificando seminarios; y en lo formal, educando religiosamente e instruyendo en la disciplina eclesiástica “a cierto número de jóvenes de la misma ciudad y diócesis, o a no haberlos en estas, de la misma provincia”. La letra y el espíritu del Concilio eran que el clero fuera nativo de la tierra en que debía ejercer su ministerio, como más compenetrado de las necesidades y más comprensivo de la psicología de los fieles que debía evangelizar en las parroquias. Si el P. Basilio Sancho se atenía en lo material y en lo formal a las prescripciones conciliares, ¿con qué derecho y con qué justicia se le ha atacado, se ha dudado

³¹ No debe asustarnos esta cifra. En el “Libro Singular de Venezuela”, conservado en nuestro Archivo Provincial, se narra la Visita del Obispo de Caracas (toda la Venezuela de entonces) D. Mariano Martí a su diócesis en los años 1771-1784, y se contabiliza el número de confirmaciones realizadas por él, en número muy superior a las del P. Basilio Sancho.

³² Consueta del P. Sancho en el lugar y cartapacios dichos.

³³ Sesión XXIII.

³⁴ Sesión XXIII, cap. XVIII de Reforma.

de su patriotismo y se le ha acusado de secesionista? De tres obispos españoles, aragoneses los tres, todos Prelados celosísimos, con una hoja de servicios brillantísima, que sirvieron diócesis del Nuevo Mundo, se ha hecho la misma acusación: del Venerable don Juan de Palafox y Mendoza, del P. Sancho y de Fr. José Antonio de San Alberto. Después de siglo y medio de la muerte del Arzobispo de Manila, el Papa Pío XI le ha dado la razón, al insistir en la formación del clero indígena y consagrar obispos nativos para las diócesis en tierras de infieles. ¿Qué mejor sanción podía esperar nuestro arzobispo de sus afanes pastorales? Ninguna, y con ese recuerdo cerramos este capítulo de la vida del P. Basilio de Santas Justa y Rufina.

Las Pastorales del P. Basilio Sancho

Donde no llega fácilmente la palabra hablada, penetra sin obstáculos la escrita. Y, si bien lo tradicional es en la Iglesia la enseñanza oral, ya en los tiempos apostólicos se acostumbró a adoctrinar a las cristiandades nacientes por medio de cartas. A medida que aumentaban las comunidades cristianas y que los fieles se diseminaban, se hacía difícil la instrucción oral, y tomó carta de naturaleza la escrita; y en las diócesis ultramarinas, vastas como naciones, sin caminos, con ríos como mares que carecían de puentes y era difícil y peligroso vadear; con bosques tupidísimos, que eran barreras insalvables; con montañas de una elevación fantástica y bordeadas de precipicios; con desiertos pavorosos, donde acechaba la muerte por hambre y por sed, por las acometidas de las fieras y de los indios, más feroces que ellas; era materialmente imposible hacer la Visita y los Obispos, si querían cumplir con el deber de apacentar a sus ovejas con la palabra divina, tenían muchas veces que emplear forzosamente la palabra escrita por medio de pastorales que les llevaran las enseñanzas de Jesucristo. Es lo que con frecuencia hizo el Arzobispo de Manila, que, según hemos visto, no escatimó las Visitas a sus diocesanos. De esos documentos dijo uno de sus contemporáneos: “Todas debían andar impresas con letras de oro, pero especialmente las cuatro que dio a luz para los sacerdotes, los confesores, los predicadores y los párrocos”.³⁵ En estas pastorales volcó todo el celo de la gloria de Dios, que devoraba su alma; en sus páginas palpitaba todo el amor que profesaba a sus hijos espirituales, particularmente a los indios. Allí dejó los anhelos más ardientes de su corazón y la piedad que sentía hacia sus feligreses con motivo del terremoto que asoló Manila; allí vibra el intenso patriotismo que lo animaba. No hay medio más seguro para conocer a un hombre que sus escritos, pues reflejan fielmente los sentimientos y las ideas que lo dominan en el instante que los redacta. Por eso, para llegar hasta el fondo del alma del Primado de las Filipinas, nos vamos a servir de sus pastorales como de hilo conductor que nos lleve hasta sus más íntimas reconditeces.

La veremos grande, generosa, abrasada en el amor de Dios, y acuciada por el celo de la salvación de sus hermanos, preocupada de los intereses espirituales y eternos, desprendida de lo material y caduco. Para conocer al P. Sancho, tal como fue, y para enjuiciar al Arzobispo de Manila a base de hechos, no con el fundamento deleznable de la pasión, hay que entrarse en el espíritu y en la letra de esos macizos escritos que, si brotaron de su inteligencia, pasaron antes por su corazón bondadoso y por el de Cristo, en el que se desprendieron de la ganga humana que pudiera desnaturalizar su pensamiento. Ha volcado en ellos, además de su saber teológico, que era mucho, y de su experiencia, que no era poca, todo su celo de pastor y todos sus afanes sacerdotales. Están de antemano descalificados quienes hablan, juzgan y condenan a este escolapio eminente y arzobispo ilustre, sin leer antes y meditar sus hermosas pastorales. Las hay doctrinales, de perenne actualidad, cuya lectura sería hoy mismo provechosa, y circunstanciales, inspiradas por un acontecimiento particular, que perdieron gran parte de interés, aunque no

³⁵ P. Antonio Sanz, dominico, en su Oración fúnebre, página 91.

perdería el tiempo quien las leyera actualmente, porque las personas de talento esmaltan sus producciones de ideas elevadas y brillantes, y dejan en ellas las fulguraciones de su genio, cuajadas de muy hermosas enseñanzas de carácter general y de interés permanente. Nos vamos a referir a las contenidas en tres volúmenes de 280 por 182 mm que se encuentran en la biblioteca de nuestro Colegio de Zaragoza.

Hay una importantísima, la más antigua por su fecha, pues es de 1771, dirigida “A todos los fieles de nuestra diócesis...”, sin otro título, ya que carece de cubierta, si es que la tuvo. Para entrar en materia, el Padre Sancho sienta este hermoso principio, cuyas consecuencias y aplicaciones son innumerables, y dan al Arzobispo oportunidad para escribir una pastoral de 90 páginas, saturada de enseñanzas. “No son las misericordias de Dios, amados míos, para que las echemos en olvido, sino para tenerlas siempre presentes, darle por ellas continuos agradecimientos y convertirlas en provecho de nuestras almas”.³⁶ Como los frutos del árbol están contenidos en la semilla, así, en estas palabras se encierran y condensan las enseñanzas que el P. Basilio Sancho proporciona a sus feligreses a lo largo de esta pastoral, que nosotros llamaríamos “sobre la vida cristiana”. Opinamos sinceramente que le cuadra este título, puesto que el Arzobispo recuerda a los feligreses las principales obligaciones que tienen como cristianos. Contra lo que acostumbra a hacer la mayor parte de sus escritos, el P. Sancho no divide y subdivide este en capítulos, artículos y números diferentes que le den variedad y atractivo, y resulta en su impresión un poco amazacotada.

La que sigue, rotulada “Pastoral que, dividida en cuatro partes, dirige a los sacerdotes, predicadores, confesores y párrocos de su diócesis, el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de Manila” es un tratado completo de teología pastoral que el P. Sancho brindó a sus colaboradores en la cura de almas. La primera consta de introducción, páginas 1-11, y de 12 capítulos, páginas 11-128, en la que recuerda a sus clérigos el deber que tienen de considerar las obligaciones de su estado; la eminente dignidad del sacerdocio, y los exhorta a que mediten seriamente la alteza de las funciones que le son propias, a cuyo objeto deben reavivar la vocación que recibieron del cielo. Entra luego en lo referente a la santa misa, que es sustancialmente el mismo sacrificio de la cruz; enumera los principales frutos de la misma, y termina indicando las consideraciones que debe hacerse el sacerdote para disponerse a celebrarla digna y devotamente. Cierra esta primera parte con un capítulo dedicado al rezo del Oficio divino, y a la forma en que debe hacerse, para lo cual da algunos avisos y formula ciertas advertencias. En el capítulo 12 recomienda los estudios propios de los sacerdotes, y les recuerda qué libros debe figurar en su biblioteca, y cuáles no deben verse jamás en ella.

La segunda parte de la Pastoral, más corta y compendiosa, se desarrolla en seis capítulos que abarcan 45 páginas bien nutridas. Está especialmente dedicada a los sacerdotes que hacen del púlpito el medio ordinario de su apostolado. Contiene una serie de interesantes instrucciones a los predicadores que, fielmente observadas por los interesados, los haría apóstoles de Jesucristo, expositores de la verdad evangélica, fustigadores del error y del vicio, y defensores y promotores de las virtudes más extensas. Sentadas en muy sólidas razones la dignidad, la finalidad y las obligaciones del orador sagrado, el P. Sancho da varias instrucciones de cuya observancia se proponía obtener abundante fruto, y se prometía grandes resultados para la mejora de sus feligreses. Señala luego las normas y principios a que deben atenerse los predicadores en la elección del asunto de sus sermones, para continuar exponiendo los pecados que más se han de esforzar en combatir, y las virtudes y buenas obras que han de proponer al pueblo para defenderlo, convertirlo y mejorarlo. Una de las enseñanzas que el Arzobispo P.

³⁶ Pastorales, volumen 4, página 1, en la biblioteca del Colegio de Zaragoza.

Basilio Sancho recomienda especialmente a sus colaboradores, es la de los sacramentos y de la mejor forma de recibirlos, para que expliquen bien al pueblo cuanto sobre el particular le interesa. Todas estas instrucciones serían estériles en absoluto si los predicadores carecieran de la ciencia necesaria y su vida no fuera diáfana y pura, por lo que el Señor Arzobispo exhorta a sus sacerdotes a que sean aplicados y virtuosos, y así se pondrán en las mejores condiciones para que su predicación sea fructífera, lleven las almas a Dios y las mejoren. Estas dos primeras partes se Comunicaron el año 1773, en la imprenta del Seminario.

La tercera parte apareció el 8 de enero de 1774, y está dirigida especialmente a los sacerdotes en cuanto confesores. Comprende 269 páginas, distribuidas en 14 capítulos que abarcan 467 puntos. Después de una rápida introducción, el Excmo. P. Don Basilio Sancho de Santas Justa y Rufina sienta y demuestra la tesis de que es necesario para salvarse, que quien pecó gravemente después del bautismo se confiese. De ahí brota espontáneamente la necesidad de que el confesor posea la ciencia suficiente, bastando que sea regular, mediana; y se concreta en que sepa, por principios generales, distinguir entre pecado mortal y venial las causas agravantes y atenuantes; las circunstancias, la especie, los actos que tienen censura y cuáles están reservados al Papa; cuándo obliga la restitución; en qué casos se debe dar o negar la absolución; cuándo convendría repetir las confesiones. Para llegar a esto debe buscar la verdad objetiva, no las opiniones de los moralistas. Esa verdad está supeditada al estudio, y es su fruto. Si los confesores estudian, su ciencia moral será suficiente y desempeñarán su cometido con aprovechamiento de los fieles. Naturalmente que el sacerdote discreto no tomará en sus manos el primer libro de moral que le caiga en ellas, sino solo los de autores probados, y con el asesoramiento de otros compañeros experimentados y del mismo Señor Obispo. Las fuentes donde el confesor debe ir a sacar la ciencia son las Sagradas Escrituras, el Derecho Canónico, los decretos del Papa por medio de sus Congregaciones, los Santos Padres y los moralistas de recto criterio. En la tradición hallará también abundante y sana doctrina para avanzar seguramente por este camino tan sembrado de escollos. Deben preocuparse asimismo los confesores de conocer bien los casos, y de opinar en los dudosos; les ayudará a tener en cuenta que lo seguro y aprobado es lo antiguo, que se apoya en la Sagrada Escritura, en los Cánones y en los Santos Padres, y que además ha pasado por el tamiz de los siglos, mientras que lo moderno no tiene más fundamento que la opinión de unos cuantos autores que no se elevan más allá de dos siglos. Por otra parte, además de la ciencia absoluta, el buen confesor debe poseer la que se refiere al tema especial de las costumbres, estar dotado de una prudencia exquisita para no hacer preguntas indiscretas, y armarse de mucha caridad para recibir amablemente a los fieles, escucharlos con paciencia y amonestarlos con dulzura, lo que no excluye la severidad necesaria. Con una exposición de las intrusiones que San Carlos Borromeo dio a sus sacerdotes, y con los cánones penitenciales que el Santo dictó para gobierno de los mismos, se termina esta tercera parte del histórico documento que hemos sintetizado.

El 9 de enero de 1775 aparece firmada la cuarta parte de esta magnífica pastoral, encaminada particularmente a la instrucción de los párrocos. Consta de 188 páginas divididas en 7 capítulos que abarcan 380 puntos. Se concreta recordar a los sacerdotes con cura de almas sus principales obligaciones para con sus feligreses, y lo hace con la libertad de quien cumple un deber sagrado, con el celo de quien llena una función ministerial, y con la fe de quien sabe que realiza un acto al que se vincula la gloria de Dios y la salvación de almas. Inicia el P. Sancho su instrucción pastoral con un breve proemio de dos páginas incompletas, al que sigue un corto capítulo de advertencias generales a los curas. Puesto este preámbulo y fundamento de sus enseñanzas, el Arzobispo pasa a explicar algunas de las principales obligaciones que los párrocos tienen con sus feligreses; y en primer lugar, la de conocerlos, y para ello ordenaba que se llevara en cada

parroquia a un libro en el que estuvieran empadronados todas las familias de la misma por barrios, calles, casas y cuartos; padrón, que deberían renovar cada cuatro años con la precaución de. Ir anotando cada día en un cuadernillo auxiliar cuantas novedades se ofrecieren. Deben aplicar la misa por su pueblo en los días señalados, y predicar por lo menos los domingos y días festivos. Tema de esas explicaciones será, según el Concilio Tridentino, los sacramentos, las ceremonias que se usan al administrarlos, y la santa misa. Es asimismo deseo manifiesto del Prelado que se instruya a los fieles acerca de la santidad del matrimonio, y de las obligaciones que contraen los que toman ese estado; que se hable a los feligreses del purgatorio, de la invocación de los santos, y de la indulgencias; que se les explique el ayuno, la abstinencia y la Bula de la Santa Cruzada, las fiestas y la obligación de guardarlas y santificarlas. Por último, háganles conocer el respeto que deben a toda clase de autoridades, pues todas derivan de Dios sus fuerzas y su origen, como enseña San Pablo.

Dedica el P. Sancho el capítulo VI de esta cuarta parte de su Pastoral a los sacerdotes a explicar otra de las graves obligaciones que tienen de enseñar la doctrina cristiana dedica al tema 30 nutridas páginas, hace una incursión histórica para recordar algunos de los personajes que a través de los siglos se distinguieron como catequistas, y se detiene complacido en San José de Calasanz. No queremos privar a nuestros hermanos del placer de escuchar los conceptos que este escolapio, elevado a la dignidad episcopal, exponía hablando de su Santo Padre. “Nos ofrecen estos últimos siglos un ejemplo de singular admiración y estímulo en San José de Calasanz, el que, compadecido de la Juventud y de la República Cristiana, entró, llamado de Dios, en el empleo de dirigir una Religión que fundó con innumerables trabajos y amarguras, cuyo Instituto, confirmado desde luego por Paulo V, consiste especialísimamente, con obligación de cuarto voto, en instruir a los niños en piedad y letras desde las primeras, y esta es la Religión de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, de la cual fuimos Nos asunto a esta Metropolitana”.³⁷ Deben, pues, los párrocos explicar la doctrina cristiana a los niños, recordar a los padres de familia y urgirles la obligación de enviarlos al catecismo, yY la vigilancia exquisita con que deben de dar para que en las escuelas se les enseñe. Finalmente, recuerda a los párrocos el sacratísimo deber que pesa sobre ellos de administrar los sacramentos en general y en particular. Es decir, a los fieles sanos en la iglesia, y a los enfermos y moribundos en sus domicilios.

Una magnífica pastoral, como se ve, que bastaría para absolver al Arzobispo de Manila de los pecados que sus enemigos le achacan, si realmente los hubiera cometido; pero que limpio, gracias a Dios, de ellos, sirve para agigantar su figura, y es con otras obras suyas el pedestal de su gloria. Veamos otra Pastoral de Su Excelencia que nos ayudará a conocer mejor al Primado de las islas Filipinas. Es de julio de 1775, lo de que demuestra que el P. Sancho, fiel a la doctrina del Apóstol, no descansaba en lo relativo a la solicitud de su Iglesia ni en la enseñanza de sus feligreses. Importuna y oportunamente instruía, rogaba y corregía con toda paciencia y con encendido celo. La dirigió a todos, “los indios, naturales y mestizos, estantes y habitantes en este nuestro Arzobispado y Obispados de nuestro gobierno”, y se preocupó de enseñarles las obligaciones que como cristianos tenían para con Dios, con el Rey, con la República, con la Patria y consigo mismos. Cada una de estas que el autor llama “doctrinas”, se divide en capítulos, y estos en puntos. Es, como las anteriores, extensísima, un verdadero tratado de moral cristiana, con expresión de todos los deberes del ser humano. Comprende 240 páginas y 302 puntos.

Expone en la Introducción el espanto que le causa la responsabilidad del honor episcopal y cómo resuena constantemente en sus oídos y repercute en su conciencia aquella palabra con que San

³⁷ Pastoral a los sacerdotes, predicadores, favores y confesores, cuarta parte, página 77. Manila, 1775.

Pedro recordaba a los pastores de almas que apacentaran el rebaño de Dios que está en medio de ellos. “Pues para cumplir con nuestra obligación, y poder librar nuestra alma de tan terrible cargo, no podemos omitir ni excusar el predicar, amonestar y enseñar a todos nuestros feligreses, especialmente a los que andan errados y apartados del camino de la salvación, que es la ley de Dios; pero con más cuidado debe dirigirse nuestra predicación a vosotros..., porque sois como nuevas plantas de la Iglesia que necesitan de regarse de continuo”.³⁸ En un preámbulo de página y media, explica el contenido de la Pastoral, su división y el orden que observará, y entra inmediatamente en la Doctrina primera, que trata de las obligaciones del hombre para con Dios en doce capítulos, sentado pero como tesis en el primero, que Dios únicamente es nuestro fin, y que a él debemos encaminar todas nuestras obras y sentimientos. Insiste en el tema en el capítulo siguiente, y recuerda el P. Basilio a sus indios y mestizos que “no nos creó para que permanezcamos en este mundo, sino para que por el tiempo de nuestra vida, le sirvamos y amemos, para merecer el gozarle después eternamente en la patria del cielo”.³⁹ Avanzando más, recuerda y pondera los beneficios de la creación, redención y justificación, para manifestar como el cristiano debe ejercitarse en actos de fe, esperanza y caridad, si quiere alcanzar la bienaventuranza. El Arzobispo dedica el capítulo quinto a exponer lo que es verdaderamente de fe, y desvanece en el siguiente algunos errores, supersticiones y vanas observancias tan propias de gentes que acaban de salir del paganismo y que vivían rodeadas de paganos, y les proponía medios eficaces para desarraigarlas. En el séptimo recordaba el precepto de hacer pública confesión de la fe cristiana; y el octavo explicaba la doctrina general de los sacramentos, dedicando el nono en particular a la Eucaristía. En el siguiente se ocupaba el P. Basilio Sancho de la virtud de la esperanza y de los vicios que se oponen a ella, para explicar en el undécimo cómo la caridad es la más excelente de las virtudes, y la más necesaria para alcanzar la felicidad eterna. En el último se refería a la virtud de la religión y a sus actos principales: oración, santa misa, culto de los Santos, en especial de la Santísima Virgen.

El P. Sancho consagró la segunda Doctrina a explicar a los indios y mestizos los deberes que el hombre tiene para con el Soberano. Los concretó en tres capítulos de corta extensión, y los redujo al amor, al honor y al servicio del Rey en cuanto es lugarteniente de Dios cerca de nosotros. Un poco más se extiende en la exposición de la tercera Doctrina, dedicada a los oficios del hombre para con la Patria. En el primer capítulo define y explica el concepto de Patria, y pone de relieve las ventajas materiales de la vida civilizada. Consagra el segundo a demostrar el bien grande que es para un vecindario que sus habitantes vivan en armonía y conformidad de opiniones, pues su progreso está vinculado a esas condiciones de vida. Inculca en el capítulo tercero las ventajas que reportará a todos los filipinos que se comuniquen los unos con los otros, para lo que les interesa sobremedida conocer la lengua española, que ha de ser el lazo de unión y el aglutinante de todos, de isleños y de peninsulares. En el último capítulo habla el Arzobispo a sus feligreses del amor y de la piedad que los hombres deben tener a la Patria. Estos sentimientos han de cristalizarse en las obras, y “extenderse a cualquiera ciudad o pueblo donde estuviésemos avecindados, aunque no sea nuestro nativo suelo; porque de la Patria reciben grandes beneficios todos cuantos en ella habitan, a los cuales está obligado por justa correspondencia cualquier vecino”.⁴⁰

En la Doctrina cuarta, el Arzobispo de Manila acomete un asunto de vital importancia, el de la familia. Si es este tema de perenne actualidad siempre y en todas partes, entre los indios tenía y tiene especial interés, por lo poco arraigada que está la familia. En cinco capítulos resumió Su

³⁸ Pastoral a todos los indios naturales y mestizos. Introducción sin paginar, folio 11 vuelto.

³⁹ *Ibidem*, capítulo II, página 9.

⁴⁰ Pastoral, Doctrina 3ª, capítulo 4º, página 147.

Señoría esta importante materia. En ellos reveló bien claramente a sus indios y mestizos la dignidad y la santidad del Matrimonio, elevada por Jesucristo a la categoría de sacramento, que es lo que le ennoblece entre los cristianos, y lo distingue del que celebra paganos y judíos, que es un mero contrato. Sentada, esta base, deduce todas las consecuencias que se hallan implícitas en ella, y traza un cuadro brillante de lo que es el matrimonio cristiano. Dediqué el primer capítulo a explicar los deberes del marido con su mujer, y los de esta con aquel, y trata en el segundo de los tres bienes principales que el matrimonio proporciona a los casados, que son los hijos que “cuando son obedientes y temerosos de Dios son de gran consuelo a sus padres”; la fidelidad, es decir, “que de tal suerte se amen y reverencien el marido y la mujer, que no se hagan traición, ni por pensamiento, ni de palabra ni menos de obras”; finalmente, la indisolubilidad del matrimonio, que es una atadura tan fuerte que solo con la muerte se rompe. Como si le pareciera poco lo que ha dicho de los bienes del matrimonio en general, el P. Sancho vuelve en el capítulo tercero al tema de la fidelidad, sin duda de particular interés, sobre todo en tierra de cristianos nuevos, y recalca en el cuarto el bien que son y significan los hijos. Explica detenidamente los deberes de los padres para con la prole, también de excepcional importancia en aquellas feligresías de neoconvertos; y el último capítulo lo reserva para “explanar las obligaciones que los hijos tienen para con sus progenitores”. Se ve que el Arzobispo escolapio de Manila conocía perfectamente a sus indios, que buscaba la gloria de Dios y la salvación de las almas, y que escribía para ser entendido y proporcionar a sus feligreses el pan de la doctrina. A través de estas Pastorales, el P. Sancho se revela un gran Arzobispo, y no es extraño que se conquistara la admiración de los buenos, el afecto de las personas rectas, y el amor de los pobres y de los humildes, de los indios particularmente.

Nada más que dos capítulos y 17 páginas de la Pastoral que comentamos abarca la Doctrina quinta. Trata de las obligaciones que tenemos para con nosotros mismos. Las reduce a las que tienden a cuidar el cuerpo y a las que ayudan a preservar el alma. Las primeras son las cosas que necesita para vivir y conservarse honesta y decentemente. “Todas, dice, deben ser reguladas y moderadas por la virtud de la templanza, para que ni por exceso ni por defecto falte a aquella medida y proporción que enseña la misma razón y la Ley Cristiana, y consiste en que el hombre las debe medir y regular todas conforme a la necesidad de su cuerpo para su honesta y decente conservación”.⁴¹ Y dispone lo que es lícito y lo que está prohibido en la comida y en la bebida, en el vestido, que debe corresponder en su calidad a la posición de cada uno; en el trabajo y en la ociosidad, que deben evitar cuidadosamente por los excesos a que conducen. Al hablar de los deberes que el hombre tiene para con el alma, el P. Sancho hace serias reflexiones a sus indios, para que se preocupen de su bien espiritual, y las sintetizan estas palabras: “Debemos caminar con cuidado y vigilancia, mirando por dónde y cómo andamos, para no deslizarnos y caer en algún despeñadero del pecado en que se pierda y perezca miserablemente nuestra alma”.⁴² Hay, pues, que sujetar la carne a la razón, mortificar los sentidos, guardar el corazón, mantener a raya la fantasía para que no divague y nos extravié. Recomendaba el temor de Dios a sus feligreses: “Pues así vosotros, si vais a comer o a dormir, o a alegraros, o a hacer cualquier otra cosa pensad que estáis en la presencia de aquel Señor, y así siempre temeréis, y no haréis ni pensaréis cosa alguna que pueda ofenderle, y con eso haréis un gran negocio para el bien de vuestras almas, conservándola sana, limpia y hermosa todo el tiempo de vuestra vida, para que en llegando el término de ella, recibáis por premio de vuestras obras una eterna corona de gloria en el cielo”.⁴³

⁴¹ Pastoral dicha, quinta doctrina, página 216.

⁴² En el mismo lugar, página 234.

⁴³ Final de la pastoral, de 25 de julio de 1775.

Esta magnífica pastoral que acabamos de sintetizar y describir fue seguida por otra dirigida a los párrocos una semana más tarde, que es su complemento. Está dividida en dos partes, y cada una en párrafos, y estos en puntos numerados. Bien evidentemente se demuestra la conexión entre ambas pastorales al escribir a sus párrocos que, para que no se malogre el fruto que espera de la primera, deben “cooperar y coadyuvar a tan importante designio, aplicando todo su celo y concurriendo con los más oportunos y eficaces medios para que prendan y se conserven en los corazones de nuestros amados hijos y vuestros el fuego de la divina doctrina que les administraos por medio de nuestra pastoral”.⁴⁴ Abre el P. Sancho el desarrollo de su trabajo con un párrafo dedicado a poner de manifiesto la obligación que tienen los curas de almas de instruir a sus feligreses con la palabra y con el ejemplo. Está tan convencido de la verdad de su afirmación, que sienta este principio, que es como la piedra angular de todo su raciocinio: “El ejemplo, pues, y la doctrina son dos medios tan propios y necesarios, a los que incumbe la cura de almas que, como decía el padre San Bernardo al Abad Balduino (y en él, a cuantos administran almas) en el ejemplo y la doctrina, está vinculada la suma de su oficio y la seguridad de sus conciencias”.⁴⁵ Hace hincapié en el párrafo segundo, en el mismo tema, y dedica el tercero a proponer a sus párrocos varios ejemplares a quienes pueden imitar, y en los que deben mirarse, con lo que cierra la primera parte.

En la introducción de la segunda parte, el Excmo. Señor Arzobispo encarga a los párrocos muy encarecidamente que expliquen la Pastoral dirigida a los indios y les da normas pedagógicas para que la explicación resulte provechosa. Enseñen los curas a sus feligreses que fueron creados para Dios, que es su último fin, es la materia de los dos primeros párrafos, estando el tercero consagrado a exponer la estrechísima obligación que tienen los párrocos de instruir a sus parroquianos sobre las virtudes teologales. No deben descuidar hacerles conocer la doctrina de los sacramentos y de la Misa, y la devoción con que deben practicar las cosas del culto, la oración y la veneración de los santos, especialmente de la Santísima Virgen. En esto están resumidos los deberes que la criatura tiene con el Creador, y el P. Basilio pasa a explicar los que tienen con el Rey sus vasallos, los que deben observar con la República, los que nos ligan a la familia y los que debe el hombre observar consigo mismo. Esa rápida enumeración del contenido de esta Pastoral pone bien de manifiesto que el Arzobispo de Manila no se iba por las ramas, ni escribía para que le aplaudieran, sino para cumplir con el deber sacratísimo que tenía de apacentar a sus ovejas. Les había proporcionado pasto espiritual sano y abundante, y no faltaba más que sus colaboradores inmediatos cumplieran la parte que les tocaba en la instrucción de los feligreses, y a eso se dirigen y reservan las últimas palabras de la Pastoral: “A esto, pues, os exhortamos una y otra vez en el Señor; y esperamos de vuestro celo y amor el que así lo cumpláis, para gloria del mismo Señor y beneficio de las almas de vuestro cargo y nuestro”.⁴⁶

No contienen más Pastorales estos tres volúmenes, pero no está en ellos contenido todo lo que el Señor Arzobispo don Basilio Sancho escribió y publicó para enseñanza de sus feligreses. Falta una por lo menos que hemos tenido nuestras manos, pero que no tenemos ahora al alcance, y que tampoco es de mayor importancia doctrinal, y es la que escribió con ocasión del terremoto que azotó y destruyó Manila. Los resúmenes que hemos hecho basten para dar a conocer el pensamiento y las inquietudes episcopales del P. Sancho. Para no alargar ese capítulo desmesuradamente, damos el tema por concluido y pasamos a estudiar el contenido del tercer

⁴⁴ Introducción de la pastoral de 1 de agosto de 1775, página 3.

⁴⁵ *Ibíd.*, parte 1ª, número 1, página 6.

⁴⁶ Pastoral de 1 de agosto de 1775, página 128, número 139.

tomo, llamémosle así, de los escritos del Arzobispo de Manila, aunque no están señalados con números correlativos.

Obras del Arzobispo P. Basilio Sancho

De dos habla particularmente cuantos han escrito de este gran Prelado: del Seminario y de la restauración de la Catedral, saqueada, profanada y resentida en sus cimientos por los ingleses. La del Seminario le pertenece por completo, pues fue personal suya. Fuera por lo que fuera, pero seguramente por el hecho de que los religiosos atendían las parroquias y doctrinas, los predecesores del P. Sancho no se habían preocupado en dos siglos en cumplir las prescripciones taxativas del Concilio de Trento sobre el particular, y si lo habían hecho, no lograron que sus buenos propósitos cristalizaran en edificio destinado a la formación de los futuros sacerdotes. Era empresa que Dios reservaba al celo y a la entereza del Arzobispo escolapio. Fue uno de los capítulos de acusación de sus adversarios, que todavía se ha repetido modernamente, y la piedra de escándalo en que tropezaron ciertos espíritus, más tímidos que timoratos, pero ni el escándalo de los fariseos, ni las acusaciones interesadas de sus enemigos fueron suficientemente poderosos como para impedir que el Arzobispo cumpliera su deber, ni para que aquel aragonés de raza cediera un ápice en los propósitos que había concebido y creía bien inspirados. No era la terquedad de quien sostiene una idea, aunque sea un contrasentido, por el mero hecho de habersele ocurrido, sino la condición de quien cumple con un deber sagrado y sabe que está en lo cierto, aun cuando todo el mundo lo critique y rechace.

Erigió, pues, nuestro P. Basilio el Seminario Conciliar de Manila desde sus fundamentos; y al hacerlo, tuvo en cuenta lo que el Tridentino determinó sobre ello, y la idea de formarse unos colaboradores que dependieran de él para el desempeño de los ministerios, y el pensamiento de tener una fuerza de reserva que le perteneciera en absoluto. Había sufrido mucho, y tuvo que luchar denodadamente para conseguir que se admitiera su Visita en las parroquias servidas por regulares, y no lo consiguió más de lo que de las que atendían los Dominicos, que siempre acompañaron lealmente a Su Excelencia, y aspiraba a tener su clero diocesano propio que fuera el colaborador y quien secundara sus tareas ministeriales. A eso obedeció la fundación del Seminario de Manila: a dar cumplimiento a una disposición terminante e ineludible del Concilio de Trento, a propender a la mejor y más eficaz evangelización de los fieles que le habían sido confiados. Esto solo la pasión exacerbada podía mirarlo mal, y los temores que algunos han manifestado y han convertido en anatema contra el Padre Sancho, como reo de lesa patria, eran tan infundados y valen tan poco en comparación de las almas, que causa extrañeza haya podido formularlos un hombre como Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Al siglo y medio, la autoridad Suprema de la Iglesia, el Papa Pío XI, ha venido a dar la razón al arzobisp de Manila. Apuntemos, pues, como una gloria del gobierno arzobispal del Padre Sancho, la construcción del plantel sacerdotal de Manila. Para la dirección espiritual y para la enseñanza de los seminaristas, puso a su frente a varios escolapios que le acompañaron desde España, o que llegaron más tarde para secundar el al Prelado en sus elevadas funciones.

Los ingleses se apoderaron y dominaron Manila durante un tiempo, y, a fuer de protestantes, profanaron las iglesias; y como conquistadores, hicieron un gran botín de alhajas, de ricos ornamentos, de objetos preciosos; y como guerreros destruyeron muchos edificios, siendo la catedral uno de los que más experimentaron los efectos del bombardeo, desolación y ruina. No se desanimó el espíritu del varonil Arzobispo, ni se limitó a estériles lamentaciones, sino que acometió valientemente la empresa de reparar tantos destrozos y males, y pronto tuvo el consuelo de verlo todo restaurado, renovado y mejorado. “Tuvo también un cuidado incansable de dotar a la Iglesia Catedral de toda clase de ornamentos, de los que había quedado necesitada

en la pasada guerra británica. Habiendo los ingleses tomado de repente esta ciudad, y avidísimos de las riquezas que entonces abundaban, lo robaron todo de los templos y de las casas indiferentemente. También despojaron a la iglesia Catedral, entonces muy adornada de sus ornamentos, y ciertamente con aquella ferocidad e impiedad que en estos casos es propia de los herejes”.⁴⁷ Las reparaciones materiales fueron bastante cortas y fundamentales, pues consistieron en la construcción de la cúpula, toda de piedra; en reparar todos los techos y tejados, que estaban en peligro de desplomarse; en refeccionar las tres capillas del Sagrario, de la Virgen de los Dolores y de San Pedro. Las dotó de altares nuevos, entre ellos el dedicado a San José de Calasanz en el crucero, y el de la Purísima, titular del templo catedralicio, y de centros y lámparas de plata, blandones, candelabros, incensarios, sacras, etc. de plata labrada, en lo que gastó sus tres mil marcos, en gran parte de su peculio. “Desde luego, afirma el P. Sanz, mandó hacer de piedra la media naranja, que ejecutada con gran parte y solidaridad da, con su linterna, hermosísimo realce a todo el edificio”.⁴⁸

Una observación queremos hacer antes de abandonar ese tema, y que deberíamos haber hecho al hablar del Seminario. Lo dotó de imprenta, no adquirida por el P. Sancho, pero sí conseguida por él como un depósito del Gobierno. No nos interesa tanto el propietario de la imprenta cuanto el hecho de que se instalara en el Seminario, pues es un argumento revelador de las inquietudes espirituales del P. Basilio Sancho, y una demostración palmaria de que el Arzobispo quería fomentar la ilustración de sus feligreses. Es un fenómeno casi general que la imprenta ha penetrado en el Nuevo Mundo llevada de la mano por la Iglesia o por sus representantes. Todas las publicaciones que hasta ahora conocemos del Excmo. Señor Padre Basilio Sancho de Santas Justa y Rufina, y que forman tres grandes volúmenes, salieron de esos tórculos del Seminario. Tenemos entendido que la Universidad de Santo Tomás de Aquino también tenía su imprenta propia.

Memorial al Rey

Se puede decir en tesis general que los escritos que llenan el volumen tercero de las obras del P. Sancho son de controversia y autodefensa. El que abre la serie, dirigido al Mariscal de Campo don José Raón a propósito de unas hojas impresas con todos los permisos que, no bien llegadas, hizo recoger un oidor de la Audiencia, trata de la conducta y de las doctrinas de los Jesuitas, que en aquella se refutaban. Hubo en Manila un teólogo que contestó, o pretendió contestar, al autor de dichas hojas, y sacó y repartió copias que otros difundían clandestinamente. No se llevó el asunto con tanto sigilo y silencio que al cabo del tiempo no llegara el hecho a conocimiento del Arzobispo de Manila, quien entonces escribió una extensa y razonada carta al Capitán General de Filipinas, denunciando el secuestro de los papeles impresos con todas las licencias, ordenado por el Oidor Don Domingo Blas de Basaraz, y la circulación clandestina del escrito redactado por un teólogo que se esconde tras el anónimo. Además de esta carta a la primera autoridad civil y militar del archipiélago, el Arzobispo Padre Basilio Sancho escribió otra a sus diocesanos, diciendo que todos ellos podían y debían leer los papeles de que se trataba, pues su lectura les ayudaría a conocer las falsas doctrinas y máximas escandalosas que enseñaban los regulares expulsos. Tenemos la firme convicción de que el párrafo inicial de esta carta ha perjudicado enormemente al P. Sancho, y abrigamos la seguridad de que no lo olvidarían jamás los Jesuitas. Creemos que el Arzobispo de Manila lo escribió en un mal momento, y que tal vez se arrepintiera cuando ya era tarde de haberlo publicado. Será siempre una cabeza de proceso contra él, y seguramente es más conocido de los miembros de la Compañía que de los

⁴⁷ Oración fúnebre Latina del Dr. Molina, página 41.

⁴⁸ Oración fúnebre del Allí.P. Sanz, página 97.

Escolapios.⁴⁹ Bien es verdad que no estaba solo ni entre los obispos, ni entre los religiosos, ni entre los que sabían y conocían algo de ciertas opiniones y doctrinas morales que los autores jesuitas defendían. Pero como con el P. Basilio Sancho tuvieron serias divergencias por cuestiones de jurisdicción, será siempre uno de tantos enemigos a quienes hay que combatir implacablemente.

Viene a continuación la respuesta en cien páginas a la carta en dos pliegos de un Doctor que defendía la justicia del secuestro de los asendereados papeles. El Arzobispo sabe o presume de qué aljaba salió el dardo que el ignoto teólogo le disparó, y no dudaba de que sus enemigos “habían de valerse de sus antiguas mañas para conmover cuanto pudiesen los ánimos de los que pudiesen contra el Arzobispo, para imponerle la nota del luterano y calvinista, ya que antes de su reclusión le tenían destinado para ponerlo en el suplemento de las bibliotecas de los jansenistas”.⁵⁰ La respuesta al teólogo innominado es un estudio y condenación del laxismo a que conduce el probabilismo, enseñado, defendido y practicado por los Jesuitas, y que como buen canonista, rechaza el P. Sancho, pero no a tontas y a ciegas, sino razonándolo a la luz de las enseñanzas de la teología, de los Santos Padres, de los Concilios y de las declaraciones de las Congregaciones romanas. Es un folleto de muy buena doctrina en el que se esfuerza el Arzobispo en refutar al famoso P. Escobar, principal fautor y propagandista de las teorías probabilistas. El P. Sancho será para sus adversarios todo lo que quieran, un hereje inclusive, pero en cuestiones de moral es de una estrictez y seguridad admirables. En cien páginas y 169 puntos, contesta el Arzobispo, y condensa toda la doctrina sobre la debatida cuestión entre los molinistas y concinistas.

Uno de los asuntos que mayores disgustos ocasionó al P. Sancho en su arzobispado de Manila fue el de la Visita y jurisdicción sobre las iglesias de los religiosos, que eran parroquias, y en cuanto tales. Toda la enemiga que le profesaron y la guerra que le movieron vinieron de ese concepto erróneo que los regulares tenían de su exención y de sus privilegios. Posiblemente entonces no se había estudiado la cuestión a fondo, o los obispos habían dejado correr las cosas sin usar de su derechos indiscutibles, pero nadie duda en la actualidad de que una iglesia de religiosos que es parroquia está como tal sujeta a la jurisdicción y visita del Diocesano. Pues bien, el propósito que el Arzobispo de Manila manifestó, y el empeño que puso en visitar canónicamente tales iglesias, fue la piedra de escándalo y el obstáculo con que chocó el P. Sancho, y que no cesó hasta poco antes de la muerte del Prelado. No pudo este proceder con más prudencia y extremar las muestras de respeto y consideración a las Órdenes religiosas, pues lo que pudo hacer, fundado en su derecho indiscutible, lo consultó previamente a los Provinciales de las que servían parroquias en Filipinas. Eran cinco: dominicos, ermitaños de San Agustín, franciscanos, agustinos recoletos y jesuitas. Las respuestas fueron disconformes: los Padres Dominicos contestaron aceptando la Visita, pues el derecho del Prelado era evidente; los Padres de la Compañía de Jesús oficialmente tampoco pusieron reparos, pero bajo mano combatieron el propósito del Arzobispo, y empezaron entre sus amigos una campaña para desacreditarlo; y los otros religiosos se opusieron en absoluto al proyecto, y sobre todo, al hecho de la Visita. Las líneas estaban tendidas, y todos se mantuvieron en sus puntos de vista sin ceder

⁴⁹ Dice así: “No podemos negar el gran gusto y complacencia de que se ha llenado nuestro corazón al ver por nuestra propia experiencia, la lealtad sumisión y fidelidad con que nuestros amados súbditos, en prueba a su más profundo y rendido vasallaje a la Real persona de nuestro Augusto Soberano, el Señor Carlos Tercero, que Dios guarde, han recibido las justísimas determinaciones de Su Majestad sobre la expulsión de los Regulares de la Compañía nombrada de Jesús de todos sus dominios de España, América y las Filipinas y demás adyacentes”. Página 3.

⁵⁰ Carta a un teólogo, página 2. Manila, 27 de diciembre de 1770.

un ápice, si bien quince días antes de su muerte tuvo el Señor Arzobispo el consuelo de ver que los más renuentes se llegaban hasta él para pedirle perdón y reconciliarse con Su Excelencia.

Esta lucha enconada con los religiosos y las derivaciones que tuvieron obligaron al P. Sancho a dirigirse al Rey y al Papa para defender sus derechos indiscutibles a la Visita y jurisdicción de las iglesias de los regulares que fueran parroquias en cuanto tales; y para poner en claro su situación ensombrecida por sus enemigos. Las luchas con los Regulares puede afirmarse que empezaron con la llegada del Arzobispo a Manila y con la manifestación de su propósito de realizar la Visita parroquial, pues llegada a Manila el 17 de julio de 1767, su primer Memorial al Rey lleva la fecha del 10 de mayo de 1768. Tan a mal llevaron los religiosos el proyecto de Visita que en “cumplimiento de las Bulas de La Santidad de Benedicto XIV y Reales Cédulas de V.M. que mandan a los Regulares que ejercen la cura de almas en Filipinas, se sujeten a la Visita del Metropolitano”,⁵¹ había anunciado el P. Sancho; que resolvieron “de mancomún, de llegar esta a verificarse, desamparar todas las Doctrinas, y pasando en su consecuencia a hacer por dos veces su renuncia de ellas en manos de vuestro Vice-Patrono, sin hablarles palabra este Prelado, ni darles el menor fundamento para semejantes inquietudes”.⁵² Los privilegios y exenciones que alegaban los religiosos contra la Visita no eran tales, porque son bien taxativas sobre el particular las decisiones del Concilio de Trento en sus capítulos de Reforma, las Leyes de Indias concordantes con ellas, las Bulas de los Papas y las cédulas de los Reyes. Fundaban los regulares su resistencia a la Visita en una Bula de San Pío V de 1567, mal interpretada y luego derogada, aunque no fue publicado el decreto correspondiente. Lo que no alcanzó a realizar este Santo Papa lo hicieron los Pontífices Gregorio XIII, XIV y XV, y otros. En los últimos tiempos, Benedicto XIV, de Motu proprio “Et ferta scientia”, de modo que no podían los religiosos objetarlos de obrepción o subrección, había vuelto a derogarla, como lo habían hecho con el Breve de la Santidad de Clemente XI, expedido como resultado de lo que su antecesor en la Silla manileña, Don Diego Camacho, había informado, al Rey, y este al Papa. Eran tan pertinaces en la defensa de sus privilegios, inventaban tantos subterfugios, y se deslizaban tan fácilmente de la malla de bulas, breves y decretos derogatorios de sus privilegios, que parecía que bastaba una concesión para que durara eternamente, aunque llovieran los decretos que la revocaban. Y “Antes se cansará el Sumo Pontífice de revocar, decía el P. Sancho, que los regulares de discurrir nuevos modos de eludir sus revocaciones”.⁵³

A la objeción de los regulares, demuestra el Arzobispo que en el breve de Clemente XI no pudieron existir los vicios de obrección y subrección, porque fueron citados y oídas las partes, y porque se ventilaba un punto puramente doctrinal. Pero “los Regulares no se detienen en tanto, cuando solo piensan en buscar nuevos modos de hacer inútiles las determinaciones pontificias a trueque de salirse con sus intentos de no ser visitados”.⁵⁴ Y así ocurrió, porque, como hicieron caso omiso del breve clementino, así pasaron por alto las disposiciones de las Bulas de Benedicto XIV. Alegaban contra estas que no habían pasado por la vista y aprobación del Consejo de Indias, y que por faltarles el plácet regium, eran nulas, sin valor ni efecto alguno. El P. Sancho consideraba perdido el caso de los Regulares, y pensaba que no había más argumento contra ellos que hacerles sentir todo el peso de la ley como a desobedientes y rebeldes, y lo expresa con frases fuertes y duras. “Primero es que en muden de ánimo, mas esto no podrá conseguirse si de la contemplación con que por tantos años se les han sufrido sus atrevimientos, no se pasa

⁵¹ Primer Memorial al Rey, folio 1 recto, Manila, 1778.

⁵² En el mismo lugar, folio 1 vuelto.

⁵³ En dicho lugar, folio 4 vuelto.

⁵⁴ *Ibidem*, folio 6 vuelto

a tomar otras providencias que les hagan conocer que hay Dios en Israel”.⁵⁵ La palabra Visita, no obstante ser un derecho y un deber de los Obispos, por prescripción del Concilio de Trento, por imperio de las leyes y por repetidas declaraciones de los Papas, inspiraba a los religiosos un horror tan grande y una resistencia tan tenaz, que bastaba nombrarla para que se alteraran y conmovieran profundamente, celebraran sus reuniones alborotadas y sus cabildeos, de los que salían amenazas y calumnias contra la Arzobispo. “De aquí salen las infames voces que se derraman con escándalo de las almas de que Dios ha pegado al Arzobispo, de que éste ha venido a inquietarlos, de que es enemigo de los religiosos”.⁵⁶

Perteneciente a un Instituto regular, el P. Sancho, por ese mero hecho, tenía que mirar a los frailes con complacencia, pero una cosa es la simpatía y otra la conciencia. Una cosa es la amistad y otra muy diferente, el cumplimiento del deber. Y entre éste y aquella, y en un conflicto entre la conciencia y la simpatía, cualquier persona temerosa de Dios, consciente de sus deberes y que mire a la cuenta que tiene que dar de sus actos, se abraza con el deber, y cortará con la amistad, seguirá los dictados de la conciencia y acallará los gritos de la simpatía. El P. Sancho amaba entrañablemente a los religiosos, pero amaba más a su alma; respetaba sinceramente a los regulares, pero prefería los imperativos del deber; admiraba a las Órdenes que trabajaban en su diócesis, pero su conciencia no le permitía transigir con sus pretensiones. Tenía deberes sacratísimos que cumplir, y los cumpliría costase lo que costase, aunque hubiera de perecer en la demanda. El propio Arzobispo se encarga, en unas cuantas palabras que trasuntan los sentimientos de su alma bellísima, de desvanecer la idea que se habían forjado de él sus adversarios al presentarlo como enemigo de los frailes. “El Arzobispo quiere mal a los religiosos desobedientes y perturbadores de la paz pública, o por mejor decirlo, a estos ama y aborrece solo y detesta sus malos procedimientos, sus travesuras y los infinitos males que con su dolorosa conducta causan. A los religiosos buenos, no solamente los ama, sino que los venera, u por solo uno de estos diera la vida”.⁵⁷ ¡Qué elevación de alma, qué nobleza de sentimientos, qué grandeza la de ese Prelado que así se expresa! ¡Y aún se le tilda de enemigo de los religiosos, cuando lo era nada más que de su terquedad en el error, y de su oposición infundada a admitir la Visita canónica, con lo que imposibilitaban al Arzobispo el cumplimiento de uno de sus más graves y sagrados deberes!

A estos antecedentes sigue un magnífico estudio de la cuestión desde el punto de vista legal, en base y a la luz de las Reales Cédulas expedidas por S.M. sobre este tema de la Visita canónica, y para la diócesis de Manila particularmente. Es un alegato contundente cuyos resultados ignoramos porque los regulares se escurrían como anguilas, y de todo sacaban partido para mantener su negativa a aceptar la Visita. El título específico de una carta del Rey a los Provinciales en la que manifestaba toda su gratitud por el celo con que trabajaban en la evangelización de los indios. El P. Sancho comentó esa posición ideológica en esta forma: “De dónde infieren: luego S.M. se da por bien servido; luego S.M. quiere que perseveremos administrando como hasta aquí; luego no quiere que los Ordinarios nos visiten”.⁵⁸ El P. Sancho era pesimista respecto al arreglo del asunto, porque nunca les faltaban pretextos a los regulares para suplicar y representar, suspender en tanto la aplicación de lo legislado, ganar tiempo y seguir usando de un privilegio derogado y en el que no existía la expresión en que se fundaban. Pasa el Arzobispo de Manila a estudiar este asunto, las consecuencias que sacaban los religiosos,

⁵⁵ Folio 7 recto.

⁵⁶ Memorial primero, folio 10 vuelto y 11 recto.

⁵⁷ En el mismo lugar.

⁵⁸ Allí mismo, folio 15 vuelto.

y en unas páginas serenas, fundadas y confirmadas con las prescripciones de Derecho Canónico y con las opiniones de los canonistas, tritura y hasta pulveriza las consecuencias y aplicaciones que hacían. No vamos a detenernos en el examen de los otros fundamentos que daban los religiosos para oponerse a la Visita del Diocesano. Nos parecen tan ridículos, que no comprendemos que pudieran tomarse en serio.

El segundo argumento que daban era la monstruosidad de tener que obedecer a dos Superiores, con grave detrimento de la observancia. No vale la pena detenerse a considerar este aspecto de la cuestión, puesto que son dos Superiores que operan en esferas diferentes, y entre los cuales no son posibles las interferencias. El P. Sancho se acompaña bien, de canonistas y de Concilios, y con ellos en la mano arremete contra ese gigante que no es más que un molino de viento, y termina con esta reflexión que se parece a un sinapsismo, o a una banderilla de fuego inspirada en la amenaza que hacían de abandonar las parroquias si se realizaba la Visita. “Tal es la caridad con que las administran, pues aman más una pretendida y fingida (y aunque fuera verdadera) exención que la pérdida de las mismas, dejando las Doctrinas. Por cierto, que este nuevo género de caridad no se ve en el Evangelio”.⁵⁹

El tercer pretexto que los Regulares oponían al cumplimiento de la Visita era que, si se hacía, se perdían las Filipinas. Esto sí que nos parece peregrino, y francamente confesamos que no vemos la relación que puede existir entre la Visita Canónica del Diocesano a las parroquias y feligreses, y esa hipotética pérdida de las islas. Por más vueltas que le damos al asunto, no se nos alcanza cómo lo uno puede ser efecto de lo otro. Se ve que la imaginación de los frailes era fecunda en arbitrios, y que cuando les faltaban razones, les sobraban invenciones, aunque carecieran de fundamento y no tuvieran pies ni cabeza. Debían contar mucho con la sencillez y acaso con la ignorancia de sus amigos, para que se atrevieran a inventar semejantes desatinos. El P. Sancho rebate esa idea tan especiosa con la Sagrada Escritura y con los Concilios en la mano, y argumenta de esta manera: “Si los Ordinarios visitan, se pierden las islas porque los Regulares dejan todos las Doctrinas: luego de la Visita se sigue la ruina de las Islas. ¡Qué lógica tan infeliz, tan mal empleada! Si la Visita es santa y justa, como lo es y se ha demostrado, y por no quererla sufrir y pasar los regulares por ella huyen de los ministerios, y dejándolos solos se retiran a sus conventos de Manila, originándose de aquí la ruina de estas cristiandades, ¿cómo esto puede nacer de la visita?”⁶⁰

Daban como cuarto argumento la incapacidad radical de los naturales para los estudios y ministerios, con lo que se destruirán las cristiandades existentes, y se volverían a la barbarie primitiva. “Los Regulares, escribía el Arzobispo, han apocado tanto la capacidad y aptitud de estos naturales en los informes que han enviado al Consejo, que si por ellos ha de juzgar V.M. en esta causa, es preciso que diga que tiene en estos indios una especie de gentes que no saben hacer con perfección otra cosa que perder en una hora todo lo que los europeos ganaron en dos siglos”.⁶¹ Según el P. Sancho, la experiencia de los casos en que algunos indígenas habían llegado al sacerdocio no podía ser más satisfactoria ni más concluyente de su capacidad para las funciones sacerdotales. Y argumentaba como argumentará cualquiera que no esté dominado por la pasión o señoreado por los prejuicios, como seguramente ha reflexionado Su Santidad el Papa Pío XI al insistir en la formación del clero indígena, y al consagrar él personalmente a obispos nativos para los países de misiones. ¡Qué aliado tan poderoso, y qué vindicador tan autorizado de sus ideas, ha tenido el Padre Basilio al correr de los años! Pero copiemos sus

⁵⁹ Folio 29 recto.

⁶⁰ Memorial primero, folio 31 vuelto.

⁶¹ En el mismo lugar, folio 32, recto y vuelto.

palabras y reflexiones, que valen por un libro. “¿Solo la Europa es la cantera de donde se forman las claves que unen y mantienen la fábrica de este místico espiritual edificio? ¿La racionalidad de estos indios no se extiende ni puede llegar a otro ejercicio más acomodado a su innata cortedad que el manejo de un arado o un remo?”.⁶² Refuta rápidamente las ideas de los Regulares y fundamenta las razones que aconsejan fomentar las vocaciones de indígenas, con lo que pone de relieve las ventajas que se seguirían para la evangelización, y termina su Memorial, que es una refutación magnífica de las afirmaciones de los Regulares.

Nuevos Memoriales al Rey y al Papa

Cinco meses después de enviar este hermoso Memorial, las cosas seguían en Manila en el mismo estado. Los Religiosos mantenían su oposición a la Visita, y el Arzobispo insistía en su propósito de realizarla. El conflicto seguía en pie, y las soluciones no aparecían por ninguna parte. El P. Sancho debía sentirse algo fatigado de esta lucha titánica que no conducía a ningún resultado. Sin embargo, el 1 de octubre de 1768 escribía de nuevo al Rey pidiéndole su ayuda para cumplir con su deber de visitar su arzobispado: “Vuelvo a repetir mis clamores a V.M. porque vuelven los regulares, sin darles motivo este Prelado, a sus antiguas turbulencias, y cuando por aquí no tienen estas remedio, me veo en la necesidad de manifestarlas a V.M., para que con más pleno conocimiento de todo se logre alguna vez que las Reales Providencias tengan su debido efecto en Filipinas”.⁶³ A falta de razones, los Regulares echaban mano de la injuria, y presentaban al Arzobispo como enemigo de España, como causante de la pérdida de las Islas. El P. Sancho, hombre superior y, sin ningún género de duda, muchos codos sobre sus adversarios, escuchaba y perdonaba. “El último complemento de sus dictados es decir que este Prelado desde que vino a la isla ha hecho más mal que el inglés. Se perdona el atrevimiento y el oprobio, pero de esta clase son los elogios con que para la edificación de estas gentes recomienda el celo del Arzobispo, qué está sacrificando a su salud y su vida en la reformation y esplendor de esta Iglesia”⁶⁴. Era dar golpes contra el aguijón, e hincarse más la espina que llevaba en el alma, pues el Prelado, que sabía lo que quería y a dónde iba, no cesaría en sus propósitos por la oposición y por los dicterios de los Regulares; antes al contrario, le servía de estímulo para perseverar en sus propósitos y en llevar adelante sus empresas, “que no las representarían tan apreciables, útiles y grandes, si no experimentara tan fuertes oposiciones en la resistencia de los regulares”. El P. Basilio Sancho, carácter dulce y temperamento blando, cuando tomaba una resolución y se interesaba en el cumplimiento del deber, era inflexible y no cedía por nada ni ante nadie, y en la cuestión que ventilaba con los Regulares estaban interesados la gloria de Dios, la salvación de las almas, los derechos de la Mitra y los deberes del Prelado, y el P. Sancho no podía ceder y abandonar el campo al enemigo, pues había pensado y reflexionado seriamente sobre el asunto, llegando a la conclusión, y tomando la resolución de cumplir con las prescripciones del Concilio Tridentino.

Hace a continuación una apretada síntesis de lo que ha hecho para resolver los problemas que la actitud de los religiosos con cura de almas le ha planteado, y responde a las diatribas y acusaciones de estos con elevación y dignidad; y su equivocación, si existe, no exime a los curas regulares de la jurisdicción diocesana, y si él ha errado, él contestará ante el tribunal divino en el día del juicio. Los argumentos luego ad hominem, les retuerce el argumento y pone en claro cómo dejaban mucho que desear en cuanto a conocimiento pues iban a Filipinas sin haber terminado sus estudios. Merecen recordarse las palabras del P. Basilio Sancho, porque acaso

⁶² Folio 32 vuelto.

⁶³ Memorial segundo. Folio 1 recto.

⁶⁴ Hoy en el mismo lugar, folio 2.

sean de actualidad hoy mismo en varios países del Nuevo Mundo, y en más de una Orden religiosa. “Las remesas de Religiosos que a costa del Real Erario se transporta de España a estas Islas no son, como en los principios, misiones compuestas de hombres ya hechos y beneméritos en sus Religiones por sus letras y por sus virtudes, sino escuadrones de jóvenes recién nacidos a la vida religiosa, poco radicados aún en ella, arrancados de en medio de los estudios cuya carrera rara vez y pocos logran consumarla aquí..., porque luego que llegan tienen que dedicarse a aprender la lengua y lo necesario de teología moral para entrar inmediatamente, mozos como vienen en la administración de los pueblos, donde solos y dejados en plena libertad, ya se ven los adelantamientos que pueden hacer”.⁶⁵ No resulta muy halagadora para los religiosos esa pintura que hace de ellos el Prelado, y no quedaban muchas pulgadas por encima del clero indígena, tal como lo describe el propio arzobispo.

Encara este a continuación el asunto de la incapacidad del clero nativo para las funciones parroquiales, de la que hacían los Regulares su argumento Aquiles, y la estudia en el doble aspecto en que puede considerarse: como una nulidad absoluta y natural, y como falta de instrucción suficiente para cumplir los ministerios sacerdotales. No puede admitir esa incapacidad radical, porque siendo racionales, son aptos para todos los estudios, como han demostrado serlo para todas las artes y oficios. Lo que sucede es que no se les proporciona una instrucción adecuada, y lo que parece incapacidad es falta de conocimientos. Es un fenómeno que ha ocurrido en todas las naciones, en nuestra España inclusive, cuyos habitantes primeros parecían ineptos, sencillamente porque no habían sido instruidos; pero cuando fueron adornados con los conocimientos necesarios, mostraron que eran capaces para el cultivo de todas las ciencias y para el desempeño de los más elevados ministerios. La falta de preparación era real, porque carecían de estímulo para el estudio, sabiendo que una vez terminada su carrera no tendrían dónde y en qué colocarse. Las aulas de la Universidad estaban vacías. Pero desde que los indios se han percatado de que tenían acceso a los beneficios, curados y no curados, han invadido las aulas, y lo que antes era un desierto, se ha convertido en un rumoroso trabajo de colmena donde acuden los naturales a estudiar y a prepararse para las Órdenes y encargarse de las parroquias.

El P. Sancho tomaba todas las precauciones que la prudencia humana aconseja para no errar en cuestión tan importante y trascendente como la de admitir los candidatos al sacerdocio. Antes de ordenarlos, los examinaba en sínodo, presidido por él en persona, y del cual formaba parte lo más docto del Cabildo metropolitano y lo más calificado de las Órdenes religiosas radicadas en las islas. Lo mismo se practicaba antes de encargarles el cuidado de las parroquias, y solo recibían la investidura y las órdenes los que eran conceptuados dignos por su preparación. Los que no lo demostraban eran excluidos sin contemplaciones. Aunque el Arzobispo no duda de la fe que el Rey da a sus palabras, para mayor seguridad de Su Majestad y para asegurar su conciencia en cosa que tan de cerca le toca, quiere que los examinadores sinodales den testimonio jurado de la forma en que se procede a examinar para órdenes y para la atención de las parroquias. Y que el Secretario lo refrende en forma que de fe ante cualquier Tribunal de Justicia. Ordenó que se remitieran asimismo los procedimientos de que habían usado los Regulares para buscar quienes depusieran contra la insuficiencia de los indios. Al buen pagador no le duelen prendas, y al Arzobispo Sancho de Manila, a quien sobraba razón y solvencia moral, todo le parecía poco para demostrar la limpieza de su conducta y la rectitud de sus procederes. No le movía más que la gloria de Dios y la salvación de las almas; la observancia de las prescripciones conciliares y la defensa de los derechos de su iglesia; y eso ponía la pluma en su

⁶⁵ *Ibíd.*, folio 3 vuelto y 4 recto.

mano y eso le hizo descender a la arena de la lucha, y eso le llevaría a perecer en la demanda si fuera preciso. No había en su actitud nada de subalterno; todo era elevado; nada pequeño, todo era grande; nada ruin, todo generoso; nada egoísta, todo era impersonal, hecho en función de la gloria de Dios y del bien de sus semejantes. Pero estos hombres superiores no suelen ser comprendidos por la mediocridad, que es lo corriente. Y como no son comprendidos, sus acciones más desinteresadas y sus actos más oscuros son interpretados erróneamente, porque sus censores no saben elevarse hasta la altura en que ellos se mueven. Son pequeños, y no comprenden la grandeza de los seres superiores.

En su afán de anular al Arzobispo, los Regulares quisieron complicar en el asunto al confesor del Rey, lanzando a los cuatro vientos la especie de que compartía sus puntos de vista, y que los apoyaría contra sus pretensiones. Pero lo que pone en evidencia el verdadero estado de la cuestión es lo que el propio Señor Arzobispo comunicaba al Soberano en su segundo Memorial, la razón última de la actitud levantisca de los religiosos que no querían ser visitados para no ser reformados. Debía haber mucho que podar, arrancar y trasplantar, y por eso no querían la Visita, no ya del Prelado secular, pero ni la de sus propios Superiores. Eran enfermos que no querían sanar, y a quienes no se podía hablar del médico sin ponerlos frenéticos y como fuera de sí, dominados por la ira. “Recientes están y chorreando sangre, escribía el P. Sancho, las turbulencias y escándalos que causaron dos Provincias de diferentes órdenes por el arribo de sus Visitadores, varones verdaderamente píos, prudentes y dignos de este cargo, a quienes no solo no quisieron obedecer ni reconocer sus mismos hermanos, sino que los persiguieron cruelmente hasta verse obligados a refugiarse el uno en los Padres Dominicos, con quienes vivió dos años, y el otro a retirarse al convento de Padres Agustinos Calzados, que le guardaron con gran cautela por dos años también, y con todo no se tenían aún por seguros de las asechanzas de los suyos”.⁶⁶ No era posible luchar con personas de esta catadura y tan inescrupulosas. Toda persona de sentimientos delicados y de ideas nobles había de sentir repugnancia a discutir con seres de moralidad tan extraña, y solo la conciencia del deber podía sostener a quien, como el Arzobispo de Manila, demostraba ser tan equilibrado, respetar a los demás y respetarse a sí mismo. El P. Sancho estaba muy por encima de sus contradictores, y basta leer la historia de los conflictos que ellos le promovieron, la objetividad con que trata la cuestión, la elevación del pensamiento y la dignidad de las palabras, para darse cuenta de que era un hombre superior. En el que no harían mella las diatribas, ni las amenazas, ni las acusaciones. Se sentía en posesión de la verdad, tenía la conciencia tranquila y no le importaba la gritería ni las alharacas de sus enemigos. Véase como encara el asunto de la negativa de los Regulares a recibir la Visita de sus propios superiores claustrales. No se puede tratar más objetivamente ni con mayor elevación de forma y de fondo. “La virtud no está reñida con la reformación que introduce la Visita, sino que la ama; no es enemiga de la santa obediencia a los Superiores, antes es un grande amiga; no es inhumana con los próximos, sino suave, mansa, misericordiosa; no es tumultuosa y causadora de escándalos, sino pacífica y edificante”.⁶⁷

Después de razonar. La conveniencia de ir retirando los Regulares de las parroquias y de sustituirlos por clérigos nativos, el Arzobispo Sancho pone bien en evidencia la paralización que han tenido y el retroceso que han experimentado las misiones entre infieles, reducidas a uno que otro fraile. Lo que se ha hecho en Filipinas para predicar y extender el Evangelio data de los primeros tiempos, cuando llegaban varones evangélicos, saturados del espíritu de Jesucristo, y plétóricos del anhelo de salvar almas. En los tiempos del P. Basilio, sin llegar que llegaba alguno

⁶⁶ Memorial segundo al Rey, folio 7 vuelto y 8 recto.

⁶⁷ En el mismo Memorial. Folio 8 recto.

que otro religioso abrasado en el celo de la gloria divina y devorado por la sed de almas, la mayor parte se quedaba al servicio de las parroquias, con lo que el cristianismo no realizaba progresos. Se habían convertido las tribus cercanas a las costas, pero las que habitaban en el interior de las islas se mantenían tan paganas como antes del descubrimiento. Una de las razones que tenía el Prelado para ir retirando a los religiosos de las parroquias y sustituirlos por clérigos del país era ponerlos en condiciones de cumplir el propósito que tuvo la Corona al enviarlos a Filipinas: que fueran los apóstoles y evangelizadores de los indios naturales. Evidentemente que el Arzobispo estaba bien inspirado, y el proyecto era bueno y laudable, pues propendía con eso por su parte a la realización de los fines expresados que tuvo Alejandro VI al conceder a los Reyes Católicos el dominio del Nuevo Mundo. Todo fortalecía la posición del P. Sancho frente a la actitud rebelde y levantisca de sus contradictores; y los móviles de sus actos y los puntos de vista de sus resoluciones no podían ser ni más elevados ni más conformes a los intereses de Dios y de las almas, de la Iglesia y del Estado.

Terminemos la síntesis del Memorial copiando unas palabras que dan la medida de la grandeza moral del Arzobispo, que revelan sus propósitos y manifiestan las nobles disposiciones de su alma. Como nuestros escritos son un espejo que refleja los sentimientos que vienen a nuestro corazón en el momento en que los trazamos, los que el P. Sancho volcó en el párrafo que sigue son como una fotografía de su alma, como la cristalización de su sentir y de sus pensar en aquella circunstancia. “Este Prelado no perderá momento en cumplimiento de su obligación de llevar adelante lo comenzado, tanto en defensa de su jurisdicción como en orden al Seminario Eclesiástico. De su parte, pondrá todos los medios posibles para que se perpetúe el establecimiento de este, se aumenten sus individuos, se instruyan y ejerciten en todo lo conducente al Ministerio y cura de almas. Padecerá el Arzobispo mientras tanto, en su honor y en el de sus clérigos; le darán los Regulares ocasión de mil sentimientos; lloverán trabajos sobre trabajos, pero los que por esta causa ha padecido hasta aquí, los que padece y espera padecer, los dará por bien empleados como merezca conseguir tan santos fines como se ha propuesto en beneficio de esta Iglesia”.⁶⁸ Ante un hombre que así se expresa, no cabe más que el respeto y la admiración, que nosotros le rendimos sin reservas. Pasemos por alto el tercer Memorial al Soberano, que no aduce hechos nuevos, y parece no tener más objetos que advertir y prevenir al Monarca acerca de un expediente que los Provinciales de las tres Órdenes que se negaban a aceptar la jurisdicción del Metropolitano respecto a sus párrocos, estaban preparando. Y demos cuenta del contenido del Memorial que el Arzobispo de Manila elevó hasta el Solio Pontificio.

Está redactado en latín, como es de rigor, y consta de 10 folios y media página, como es de etiqueta. El P. Sancho, cuya situación era muy semejante y cuyo calvario se parecía mucho al que amargó la vida del Venerable Juan de Palafox, aprovecha la circunstancia de haber declarado el Papa que constaba la fama de santidad del celoso Obispo de Puebla de los Ángeles, para felicitar a Clemente XIII, formular sus gozos por la pronta beatificación, y poner en su conocimiento el estado de sus relaciones con los Regulares respecto a los dos puntos de Visita y Seminario. Termina el Exordio con estas palabras que traducimos: “¡Ojalá, Beatísimo Padre, quienes sostenemos luchas semejantes merezcamos imitar al valiente soldado de Cristo! Por lo menos, ya hemos empezado. Nos esforzaremos en continuar con alguna esperanza de vencer, al ver que parte de los enemigos ha caído divinamente, aunque por otra parte veamos a las otras falanges de los Regulares atacar con la fuerza que pueden, herir con diversos géneros de ofensas, y encender la guerra contra Nos y contra nuestro Clero con el sonido de palabras

⁶⁸ Memorial citado, folio 11 vuelto.

inicias”.⁶⁹ Consolaba al Prelado, en medio de las angustias que lo oprimían, la fidelidad de la Sagrada Orden de Predicadores que, sin vacilación y desde el primer momento, lo había acompañado con su sumisión y con su ayuda en los ministerios.

Entra en materia exponiendo los dos capítulos sobre que versaba la discordia con los Regulares, y que el lector ya conoce, y explicando la resistencia que oponían, fundados en ciertos privilegios que parecen eternos e inmortales, pues revocados repetidas veces pretenden que están en vigencia todavía. Por lo que los Obispos de las Indias azotan el aire cuando pretenden persuadir a los religiosos que tales presuntos privilegios han caducado por las Bulas de Clemente VIII, Gregorio XV, Clemente XI Y Benedicto XIV, que allí se recuerdan. Para que no quede duda de su intención y del significado de sus palabras, el Papa últimamente recordado dio otras cuatro Letras Apostólicas, explicativas y aclaratorias a instancias, las dos últimas, del Rey Fernando VI. Pero es inútil: los Obispos del Nuevo Mundo se estrellan ante la tenacidad de los frailes en defender sus supuestos privilegios, y no había modo de hacerles cumplir los artículos de Reforma del Concilio Tridentino. En cuanto a la Visita de las parroquias que servían, y en lo referente a la colación del beneficio de parte de los Obispos, no conseguían estos que los Superiores les presentaran los candidatos para su examen de nombramiento, de suerte que en realidad los párrocos carecían de jurisdicción, y era nulo todo lo que hacían. Pues ni por esas: los Regulares no cedían, encastillados en sus presuntos privilegios. Y los Prelados quedaban maniatados en el gobierno de sus diócesis, y en el cuidado espiritual de sus diocesanos.

Como la actitud de los Regulares era una especie de jeroglífico, algo así como un rompecabezas insolubles, el Padre Sancho se pregunta al dirigirse al Papa, cuál es esta fuerza de sus privilegios, que no mueven, a pesar de las reiteradas condenaciones de los Romanos Pontífices, o qué facultad y virtud potentísima les asiste para resistir temerariamente a las más sublimes potestades de la Tierra, la regia y la pontificia, y cuál es su libertad de vivir y de obrar que les permite resistir temerariamente a las dos autoridades supremas, a vuelta de unos ficticios privilegios, repetidos veces abolidos. Cuando se han visto estrechados por las Bulas papales y por las Pragmáticas regias, los religiosos han pretendido atemorizar al Prelado y coaccionarlo con la amenaza verbal y escrita de abandonar en masa las parroquias si el Arzobispo insistía en el ejercicio de sus derechos y en cumplimiento de sus deberes. Era un conflicto grave el que esa tesitura de los frailes planteaba al Prelado, pues había antecedentes de que en casos similares habían cumplido sus amenazas. Dispuestos a todo, tergiversan las cosas, llaman bien al mal y a este bien, y no dudan en injuriar al Espíritu Santo que puso a los Obispos para gobernar la Iglesia de Dios; se burlan del Concilio de Trento que, inspirado por el mismo Espíritu, decretó que los párrocos regulares estuvieran inmediatamente sujetos a la jurisdicción de los Obispos; hacen caso omiso de las repetidas declaraciones de los Soberanos Pontífices que declararon y mandaron que así fuera; y no muestran mayor docilidad a las órdenes de los Reyes de España, que han manifestado muchas veces y de la forma más clara y perentoria que se cumplan en las Indias las prescripciones del Concilio sobre este punto determinado. De lo expuesto, puede deducir Su Santidad con qué clase de hombres tienen que habérselas los Obispos del Nuevo Mundo, que esgrimen todas las armas y recurren a todos los medios, a trueque de salirse con la suya y de anular los mejores y más piadosos propósitos de los Prelados. La lucha con tales adversarios no es posible, porque las armas son desiguales. Espero, sin embargo, el Arzobispo de Manila, que Su Santidad el Papa Clemente hará de su parte cuanto pueda para dar un corte definitivo, y cercenar la cabeza de esta hidra, que renace constantemente y amenaza eternamente por falta de un Hércules que la mate. Una alusión al probabilismo y un nuevo

⁶⁹ Memorial al Papa Clemente. Manila, 1768, folio 2 vuelto.

recuerdo a las obras y a los sufrimientos del Venerable Juan de Palafox ponen fin a esta exposición, que se distingue por su elevación y por la sobriedad en las expresiones y en los conceptos.

Última enfermedad y muerte del P. Sancho

Tantos trabajos, las luchas que hubo de sostener para asegurar los derechos episcopales en las parroquias servidas por religiosos, que eran la casi totalidad, y los disgustos que esto le produjo, minaron la robusta naturaleza del Arzobispo de Manila, quien, por otra parte, había llegado a los sesenta años. Una vida de la actividad de la del P. Sancho, una existencia tan agitada como la de este Prelado, y particularmente los cuatro lustros de gobierno en una diócesis tan vasta, que visitó varias veces en toda su extensión, forzosamente tenían que hacer brecha en su salud, debilitar aquel cuerpo y herir de muerte aquella vida que se había prodigado sin reservas en aras del servicio de Dios, del cuidado de las almas, del gobierno de su Iglesia, de la defensa de sus derechos, y de la atención a sus feligreses. Parece que tuvo como un preanuncio de su próxima muerte, y si siempre había estado dispuesto para recibirla, desde aquel momento, con la serenidad del justo, con la tranquilidad de quien ha cumplido siempre con su deber, con la resignación de quien descubre en todo la voluntad de Dios, y con la firme esperanza de quien va a recoger el fruto de una vida consagrada a hacer el bien en todas las formas, que se ha distinguido por su espíritu de sacrificio, y que se ha cuajado de empresas, en que brilla la gloria de Dios y se manifiesta la salvación de las almas. En una conversación secreta que tuvo el P. Sancho con Fray Antonio Sanz en que le refirió, en qué forma le había dado Dios a entender la proximidad de su muerte, y cómo se confirmó en su certeza mientras asistía a un sermón de la Virgen de los Dolores, y al quererse retirar necesitó la ayuda de los que le acompañaban. “Entre confuso y turbado, se fue para Palacio; y aunque la memoria de la muerte es triste y amarga, sentía en mi alma especial consuelo, dulzura y alegría, de que daba a Dios y a su Santísima Madre repetidas gracias”.⁷⁰ ¡De este temple cristiano era aquel Arzobispo escolapio que ha sido tildado poco menos que de hereje! El hecho es que el P. Sancho enfermó, empezó a descaecer, y no obstante haber acudido a los médicos tomando aguas indicadas para la dolencia que le aquejaba, y aplicado cuantos remedios le fueron recetados, se fue debilitando y sintiendo la proximidad de la muerte.

La afrontó con la serenidad del justo, con la alegría de quien tiene la absoluta certeza de que trueca un valle de miserias por el lugar de gozo inenarrable. En sus confidencias al P. Sanz le decía: “Sé casi con certeza, según los fundamentos que tengo y acabo de proponer, que me muero este año sin remedio. Estamos ya a principios de noviembre. Falta poco, y no quiero diferir más las disposiciones cristianas y prevención necesaria para la partida a la eternidad”.⁷¹ Arregló sus asuntos con Dios, dictó su testamento y perdonó generosamente a sus enemigos, teniendo la satisfacción de ver entregados y arrepentidos a los más recalcitrantes pocos días antes de su fallecimiento. “Sentía los golpes enemigos porque le herían vivamente, y mucho más siendo de natural colérico y sanguíneo. Pero estos eran, digámoslo así, como unos prontos de la naturaleza que después mitigaba la razón, y Dios le iba después preparando los lances para que sus enemigos vinieran a caer en sus manos, y entonces ¡Santo Dios!, cómo experimentaban ellos el paternal amor que les tenía”⁷² Quien así se reconciliaba con Dios y con los enemigos que habían amargado su vida, quien tan serenamente afrontado la muerte, cuando llegara el

⁷⁰ Oración fúnebre, página 109.

⁷¹ En el mismo lugar, páginas 109/110.

⁷² Lugar dicho.

momento de separarse de las cosas de la tierra y de disponerse a partir para la eternidad, no había de sentir grande repugnancia, y estaría dispuesto a emprender el viaje sin retorno.

Así fue realmente. Cuando le llegó la última hora, recibió fervorosamente los Santos Sacramentos y pidió antes perdón a los Superiores de las Órdenes Religiosas con quienes había luchado y discutido en defensa de sus derechos de Obispo, de cualquier palabra ofensiva que pudiera haber dicho. Y recomendó a su Cabildo la iglesia, la diócesis y el seminario: “*Tum ad Canonicos conversus, vobis, inquit. Meas oves, meam vobis Ecclessiam vobis meum Seminaarium commendo: in quo aedificando quot labores atque acerbitates pertulerim, oblivisci nolitote*”. Con tan hermosas disposiciones recibió el Viático el P. Sancho, y así, resignada y cristianamente, falleció este Prelado verdaderamente apostólico que vivió para su Iglesia y para sus feligreses; que luchó y sufrió persecución por defender los derechos inalienables de su investidura episcopal; que escribió hermosas pastorales, monumentos de ciencia teológica y testigos del cielo que lo devoraban, para instrucción de su clero y de sus fieles; y que se creó por eso tan poderosos y tenaces enemigos que un siglo después de su muerte todavía lo atacan y echan sobre su nombre el sambenito deprimente de hereje. No opinaban así sus contemporáneos, que vivían cerca de él y conocieron la vida diáfana, la fe sencilla, sin distinguos ni reservas mentales, el celo activo y fervoroso que desarrolló en su gobierno episcopal, las obras maravillosas que realizó en su arzobispado de Manila. “Habiendo la fama llevado muy lejos la noticia de su fallecimiento, de todas las provincias, hasta de las más remotas, una multitud extraordinaria, abandonando las ciudades y dejando desiertas las colonias, inundó los caminos y se dirigió a Manila. Se distinguieron particularmente los indios, que buscaban al muerto al que tanto habían amado, y que lo llenaban todo con su llanto”.⁷³ Semejante tributo, no se rinde a los seres vulgares, ni se hace objeto de tales homenajes a quien no se ha ganado las voluntades con sus obras y ha conquistado los corazones con una bondad jamás desmentida. El Arzobispo P. Basilio Sancho había sido padre de los indios; había evangelizado a sus diocesanos; había edificado a todos con sus virtudes; había restaurado la casa de Dios; había erigido el Seminario; había defendido los derechos de la Iglesia; dejaba en pos suyo la estela de sus obras fecundas y la luz de sus ejemplos y de una vida austera, y por eso, después de muerto, recogía en esas muestras de dolor y en los honores que le fueron rendidos el fruto de la semilla de abnegación y de amor que había arrojado en sus 22 años de gobierno episcopal en Manila.

No hay argumento más convincente del amor que una persona se ha conciliado, ni obras que mejor prueben la estimación que se le profesa, que los honores que se le tributan después de muerto, cuando nada se puede esperar ni temer de ella. Nuestro Padre Basilio Sancho, cuando no podía otorgar favores, ni estaba en condiciones de castigar agravios, ni la propia Orden de las Escuelas Pías estaba capacitada para lo uno ni para lo otro, fue objeto de solemnísimos funerales, de dos hermosas oraciones fúnebres que tanto hemos aprovechado en esta semblanza. Se reunieron ambas en un folleto, y sus familiares más inmediatos le dedicaron una lápida cuya leyenda reproducimos, porque no es conocida. Los Padres Llanas y Rabaza han reproducido el texto de la que la Provincia de Aragón le consagró, pero nadie, que sepamos, ha copiado esta, que merece ser vulgarizada. Dice así. “*D.O.M.S. Hic jacet D. Illimus. ac Rmus. D. Basilius Sancho a Sanctis Iusta et Rufina e Clericis Regularibus Scholarum Piarum Regi Carolo III acceptissimus, ob idque Regius concinator electus ; postea vero Archiepiscopus Manilae ubi dum jurium episcopalium acerrimus, sed aeque moderatus vindex, omnibus carus, sed Deo carior, quippe frequentibus, et concionibus, et visitationibus, et scriptis operibus, quae plurime ad populum habuit, adque in lucem dedit, Ecclesiam Dei aedificavit : postremum, Sanctorum*

⁷³ *Ibidem*.

consortio dignus, in Coelum abolabit die 12 decembris anni 1787 aetatis sexagessimo, Consecrationes vero 22 cum paucis ante obitum diebus ad Archiepiscopatum Granatensem in Hispania promotus fuisset. In tanti viri honorem familiares ejus lugentes et lubentes hoc monumentum posuere ". Tratamos de traducir al castellano esa síntesis en la vida del ilustre escolapio: al Dios óptimo, máximo Salvador. Aquí yace Don Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina de los Clérigos Regulares de las Escuelas Pías. Aceptísimo al Rey Carlos III, y por este hecho Predicador de S.M. y después Arzobispo de Manila, donde fue acérrimo pero moderado defensor de los derechos episcopales, querido de todos pero más querido de Dios, que edificó la Iglesia de Dios con frecuentes sermones, visitas y obras escritas, muchas de las cuales las dijo al pueblo y las dio a luz. Finalmente, digno del consorcio de los Santos, voló al cielo el día 12 de diciembre de 1787, En el 60º de su edad y el 22º de su consagración, promovido pocos días antes de su muerte al Arzobispado de Granada en España. Sus familiares, llorosos y complacidos, pusieron este monumento en honor de varón tan esclarecido.

Honores póstumos

Solo quien ha dejado tras sí una brillante estela de virtudes y ha plasmado su vida en obras fecundas para la gloria de Dios y la salvación de las almas, se hace acreedor a honores fúnebres como los que la Catedral de Manila rindió al que fuera su Arzobispo, el P. Basilio Sancho de Santas Justa y Rufina. Ya nada podían esperar ni tener de él: la Escuela Pía carecía de influencia, y en nada podía servir a los canónigos para sus adelantos. Carecía de parientes que pudieran ser un apoyo para sus pretensiones. La Orden Calasancias no había establecido ningún colegio en Filipinas. Podían considerarse rotos los vínculos con el Arzobispo y con sus hermanos de hábito, y quedar bien salvando las apariencias. El Cabildo Metropolitano no procedió así, sin embargo, y celebró unos solemnes y fastuosos funerales por el alma del difunto, homenaje elocuente a la santidad de vida, al celo incansable, a la rectitud de proceder, a la fecunda laboriosidad, al espíritu de sacrificio, al tesón en defender los derechos de la Iglesia, al empeño de dirigir y sostener el seminario, a la tenacidad en proseguir la visita diocesana, en extirpar los abusos, en fomentar la frecuencia de sacramentos, en cultivar la piedad de los fieles, encuadrado todo en una conducta ejemplar de que dio muestras tan cabales el P. Sancho durante los 22 años que gobernó la diócesis de Manila. Todo esto le había merecido un gran prestigio, le había conquistado la simpatía de los buenos, el respeto de todos y los mismos Regulares que habían obstaculizado su gobierno con la oposición de que hemos hablado largamente, habían reconocido y confesando su error pocos días antes del fallecimiento del ilustre escolapio.

Su paso por la sede primada del Oriente se había distinguido por las grandes obras que emprendió y cristalizaron en proyectos que, convertidos en hechos, han rodeado su nombre de una aureola de gloria que persistía fresca medio siglo después en las islas Filipinas. "Muy joven era el que esto escribía, leemos en ESCOLAPIOS INSIGNES, cuando oyó de labios de unos Padres Franciscanos, recién llegados de Filipinas, tan entusiastas elogios de la persona y de los hechos realizados por el Arzobispo P. Basilio, que creyó de buena fe que aquellos religiosos habían conocido y tratado al Prelado. Después, al conocer la vida de ese, vio que un siglo antes había fallecido, de modo que debía ser muy meritoria su existencia para que su recuerdo se conservara tan vivo en la conciencia de los filipinos".⁷⁴ Le sobra razón al P. Llanas. Para que perdure vivo en la memoria de los pueblos el recuerdo de un personaje, ha tenido que ser un hombre extraordinario, cuya vida se haya cuajado en obras de celo, de beneficencia, de cultura excepcionales, que pregonen sus talentos, que confirmen sus virtudes y den testimonio de su

⁷⁴ Vol. IV, cap. XXI, pág. 172.

generosidad y de sus afanes. Así fue el P. Sancho, Arzobispo de Manila, y por eso un siglo después de su desaparición, todavía se recordaban sus gestas religiosas y sus empresas culturales.

El Cabildo Metropolitano, al decretar las honras solemnes por el alma de quien en realidad ya no gobernaba la diócesis, no hacía más que cumplir y observar la costumbre establecida, pero creemos que se excedió y quiso rendir un homenaje especial y significativo al P. Basilio, que tan acérrimamente había defendido los derechos de la Mitra, y tanto trabajó y sufrió por el clero secular, cuando atento a la dignidad y mérito sobresaliente de tan buen Prelado, diligente Pastor y amoroso Padre, ordenó que levantase en el espacioso presbiterio del gran templo, un suntuoso túmulo de figura ochavada.⁷⁵ Se componía de seis cuerpos de mayor a menor. Era de forma piramidal, guardando unos y otros la debida proporción en el tamaño, y pintados al óleo, imitando jaspe. En los ángulos se colocaron estatuas que parecían de piedra, y representaban, excepto una, a los planetas. En el primer cuerpo estaban las figuras alegóricas de la luna, clara y alegre cuando llena, lúgubre y triste en el menguante. De Venus, bella y lozana, como fue la vida de su Ilustrísima, pero de corta duración, como la criatura. De Júpiter con un rayo en la mano, que representaba el que hirió de muerte a nuestro Prelado. De Urano, musa celestial, que convida a llorar la muerte del Arzobispo. En un segundo cuerpo se habían colocado imágenes del Sol, de Mercurio, de Marte y de Saturno, que eran alegorías de las modalidades del finado Arzobispo. Los lienzos del túmulo contenían jeroglíficos, décimas, octavas y cuartetos en elogio suyo. Los versos resumían los hechos más importantes de la vida del P. Sancho. Los otros cuerpos contenían dibujos que explicaban las actividades principales que desarrolló el Prelado; el tercero, por ejemplo, exhibía un pavo real con este mote a sus pies: “Tot oculos nox occupat una”, con lo que se significaba la vigilancia exquisita que el P. Basilio ejerció para defender a sus párrocos y a sus ovejas. El frente del cuarto cuerpo representaba una calavera mitrada con báculo y club pastoral, con lo que se quería indicar la caducidad de las cosas humanas. No ofrecía particular interés la pintura del quinto y último cuerpo, pero llamaba poderosamente la atención una mesa cubierta de terciopelo carmesí, y sobre la que se había colocado un cojín, la mitra, el rectoral, el báculo y el sombrero del difunto. Todo este armazón descansaba sobre una gran mesa cubierta de paños negros. Todo era expresión sincera del dolor que todos experimentaban, e invitaba al “mayor sentimiento, muy debido por la muerte de tan amado Padre, que llenó en vida los corazones y deseos de todos con su prudencia, sabiduría, moderación y virtud; cuyo aprecio de sus hijos se manifestó claramente en su entierro y honras”.⁷⁶

En los dos funerales solemnes que organizó el Cabildo Metropolitano para los días 3 y 31 de enero de 1788 se pronunciaron sendas oraciones fúnebres, que nos han ayudado mucho a tejer ese ensayo de biografía del P. Sancho, cuya recia personalidad y altas empresas, así como los injustos ataques de que ha sido objeto, están reclamando un libro documentado que lo despoje de la hopa de ignominia que se ha arrojado sobre su nombre. En el primer funeral hizo el elogio del extinto Arzobispo el M.I. Señor Canónigo Magistral Doctor Don José Patricio de Molina. Habló en latín. Su oración fúnebre de 38 páginas impresas es un panegírico cumplido que no cae en adulación, y no habría por qué ni para qué, del Prelado, poniendo de relieve con sobriedad y elegancia cuanto hizo en vida el P. Basilio, pero insistiendo en sus actividades episcopales, el orden jurídico eclesiástico y material, como la restauración de la catedral y la edificación del Seminario. Es una pieza oratoria de clásica sobriedad, en la que no falta nada y en la que tampoco sobra ni una palabra. Supo mantenerse en el justo medio. Al día siguiente, 31, se

⁷⁵ Demostración fúnebre, página 11.

⁷⁶ Demostración fúnebre, página 22.

celebró el segundo funeral en sufragio del alma del Señor Arzobispo, y habló el P. Fr. Antonio Sanz, de la Orden de Predicadores, ex catedrático de filosofía y de teología del Colegio y Universidad de Santo Tomás, Comisario del Santo Oficio, Misionero Apostólico y Presidente del Real Colegio de Niños Huérfanos de San Juan de Letrán de Manila. Presumimos por algunos pasajes de su oración fúnebre que era el confesor del Arzobispo, y que, por lo tanto, lo conocía perfectamente. Desarrolla la historia de lo que planeó e hizo el Metropolitano; de las satisfacciones y de los sinsabores que experimentó en su elevado cargo; de lo que fue y pudo ser su gobierno diocesano con haber hallado docilidad en sus colaboradores religiosos. Son 65 páginas impresas henchidas de noticias curiosas, palpitantes de interés y empapadas de cariño. La coincidencia de sus afirmaciones y la conformidad de los juicios que formula con los del orador que le precedió en el elogio del difunto son argumento de la objetividad con que acometió su empresa, y confirma en la idea de que buscaba la edificación de los fieles, con la verdad sobre la vida y las virtudes del fallecido Arzobispo, no alabar a nadie tejiendo una semblanza ficticia, con hechos y con virtudes imaginarias. Ambas oraciones se complementan y confirman, y proporcionan abundante material histórico para conocer a fondo al hijo de San José de Calasanz que llevó al Extremo Oriente el nombre y el espíritu de las Escuelas Pías⁷⁷.

No faltó una persona piadosa y agradecida, el licenciado Don Francisco Díaz de Durana, familiar del Señor Arzobispo, Canónigo de Manila, y en el momento de aparecer la publicación Vicario General en Sede Vacante, quien en nombre propio y en el de los que eran familiares del P. Sancho, se encargaron de recoger las dos Oraciones Fúnebres y de publicarlas en un volumen, junto con la descripción del catafalco que se elevó en la iglesia metropolitana. Era un lujo y un gasto sin compensación, porque esas publicaciones nadie las compra, y son para regalarlas. ¡Tanto más meritorio el homenaje que significaba, puesto que apenas si podían esperar los editores otra cosa que la expresión de la gratitud de las Escuelas Pías! A distancia de 170 años, se justiprecia bien el servicio que prestaron al extinto Arzobispo y a la Orden Calasancia, porque ese folleto es un arsenal de datos y noticias que se habrían perdido si no se hubiera publicado. En su modestia, esa publicación constituirá una fuente de información de primera agua para quien se decida a escribir la biografía de este Arzobispo de Manila, tan benemérito de Dios, de la Iglesia y del Estado.

No pararon en esto los homenajes rendidos al P. Sancho después de su muerte. Su Madre la Escuela Pía y los que habían constituido su familia episcopal dedicaron sendas lápidas funerarias a su muerte. El texto de la que le consagró la Provincia de Aragón es muy conocido, pues lo han publicado en su obra respectiva los Padres Llanas y Rabaza, y va inserto en su consuetud impreso; y el de la que costearon sus familiares queda copiado y traducido más arriba, y está en su redacción original en el folio folleto del Señor Díaz de Durana, de donde lo hemos trasladado a estas cuartillas. Quien tales demostraciones de respeto y de afecto recibió después de su muerte no debió sin duda ser uno de tantos, una de esas personas amorfas que lo deben todo al favor o al nacimiento, sino un hombre de recia voluntad, de ideas propias, de convicciones arraigadas, de inteligencia clara, y de constancia para llevar adelante sus proyectos. Pero tuvo que ser algo más: un sacerdote según el corazón de Dios, adornado con las más eminentes virtudes, devorado por el celo de la gloria divina y de la salvación de las almas, acuciado por el

⁷⁷ Una anécdota personal. Cuando en 1998 fui a Manila con el P. Rafael Buitrago para pedir al Cardenal Sin, su Arzobispo, permiso para fundar una comunidad de formación (juniorato) en Manila, nos recibió muy amablemente. Tenía sobre la mesa un libro en el que se contaba la historia de los primeros siete sacerdotes filipinos, que el P. Sancho había preparado en su Seminario. Pensaba que nuestro carisma era la formación de seminaristas diocesanos... Nos concedió sin ninguna dificultad permiso para abrir nuestra casa, y además (cosa excepcional) para reclutar vocaciones filipinas desde nuestra llegada (Nota de JB).

cumplimiento del deber, y decidido a defender los derechos de la Iglesia. Eso fue el Arzobispo de Manila, Excmo. Señor Padre Don Basilio Sancho de Santas Justa y Rufina. Para eso vivió; para eso luchó, se sacrificó y trabajó incansablemente. La historia del P. Sancho, Arzobispo de Manila, es la de un gran Prelado cortado según el patrón de San Carlos Borromeo, cuyas obras frecuentemente cita en sus escritos; hecho a imagen del Venerable Juan de Palafox y Mendoza, que tuvo las mismas dificultades que él en su obispado de Puebla de Los Ángeles, y en cuya vida y en cuya obra se inspiró para encauzar sus controversias con los Regulares. Nuestros votos más sinceros porque alguien acometa la empresa de escribir una biografía extensa y documentada de este ilustre Arzobispo Escolapio.

Escritos del P. Basilio Sancho

El P. Sancho tenía excelentes condiciones de escritor: educado en el estudio e imitación de los clásicos latinos, escribe con periodos rotundos, y sus frases son elegantes y armoniosas; el estilo es noble y el léxico castizo. No hay palabra de más, y dentro del número y de la cadencia de sus periodos se advierte en ellos una sobriedad admirable. Hombre de elevados pensamientos, el lenguaje que emplea para traducirlos al exterior tenía que ser asimismo elevado; alma en la que anidaban los más delicados sentimientos, el vehículo de que se servía para expresarlos debía ser también de la mayor delicadeza; y, obligado a usarlos para tratar en sus escritos los asuntos más Santos y dignos, las palabras que usaba para volcar sus ideas en el papel forzosamente tenían que ser de una dignidad y majestad extraordinarias. Es lo que se advierte, apenas se inicia la lectura de sus producciones. Pureza y propiedad de las palabras es una nota que se pone de manifiesto en los escritos del P. Sancho. Además, no hay en ellos ni rastro del culteranismo y de la indigesta erudición de los autores del siglo XVII y de parte del XVIII. Por su manera de escribir, salvo en la ortografía, el P. Sancho está más emparentado con los autores del siglo XIX que con los del XVIII.

Por lo que ha podido ver el paciente lector, hemos manejado las principales obras del P. Basilio Sancho porque, como lo hemos dicho, las pastorales examinadas son verdaderos tratados de teología pastoral. Otras no las hemos visto y las citamos fiados en la autoridad del gran Bibliógrafo aragonés, Don Félix de Latassa, que estaba bien enterado de lo que decía; y en lo que afirma del P. Sancho y nosotros conocemos, se ve que había manejado los escritos del Arzobispo de Manila. Pero ni él ni el P. Lasalde, que escribió mucho más tarde, han citado dos sermones impresos de la Inmaculada Concepción, a los que se refirió el P. Fray Antonio Sanz en su Oración Fúnebre: “además de haberse esmerado en predicar varias veces las grandezas de este misterio en su día, sobre cuyo asunto andan impresos dos excelentes panegíricos...”

Posiblemente las circunstancias y el cumplimiento del deber hicieron escritor al P. Sancho. La necesidad, por un lado, de defender la jurisdicción episcopal, y de exigir el cumplimiento de las restricciones del Concilio Tridentino; y por otro, la obligación de nutrir a su pueblo con la sana doctrina, pusieron la pluma en su mano y escribió esas magníficas pastorales, esos memoriales tan documentados, esa carta apologética al doctor Bernaola, esos panegíricos que constituyen el haber literario del Arzobispo de Manila. Citados por orden de antigüedad, los escritos del Padre Basilio Sancho son:

1. Conclusiones teológicas. Valencia, 1760. Cuaderno de 65 páginas útiles. Según el P. Carlos Lasalde, el P. Sancho desarrolló esas proposiciones hasta convertirlas en un Tratado de Teología que se conservaba, suponemos que manuscrito, en el convento de Dominicos de Manila.
2. Primer Memorial a S.M. de mayo de 1768.

3. Segundo Memorial a S.M. sobre el mismo asunto, de octubre de 1768.
4. Comunicación a la Santidad de Clemente XIII sobre el mismo asunto, 1769, en latín.
5. Tercer Memorial al Rey, 1769.
6. Actas del primer Concilio Provincial de las islas Filipinas, preparado, convocado y presidido por el Señor Arzobispo, 1771.
7. Carta apologética al doctor Bernaola en respuesta a las razones que daba este para que el Arzobispo hiciera recoger unos escritos sobre los Jesuitas.
8. Pastoral con motivo del terremoto que asoló Manila, 1771, 90 páginas en folio.
9. Carta pastoral en cuatro partes, dirigida a los sacerdotes, predicadores, confesores y párrocos de su diócesis. Consta de 536 páginas en folio, y la publicó en varias veces.
10. Pastoral dirigida especialmente a los indios y mestizos, rebosante de amor y de interés por estas ovejas de su rebaño. Está dividida en 5 doctrinas y les recuerda en 240 páginas sus deberes con Dios, con los padres, con los semejantes y consigo mismos.
11. Otras pastorales de menor extensión, pero de excelente doctrina, publicadas con diferentes motivos.
12. Carta Pastoral a los Vicarios Foráneos en 19 páginas, en folio, mayo de 1783.
13. Alocución a la Real Sociedad de Amigos del País de Manila, 1783.
14. Oración panegírica al Príncipe de los Apóstoles, San Pedro. Manila, Francisco de los Santos, 1786.
15. Panegírico primero de la Inmaculada Concepción.
16. Segundo panegírico de la Inmaculada Concepción.

Tal es la producción literaria conocida hasta la fecha del P. Basilio Sancho, que no dudamos crecerá cuando se examine detenidamente los tomos de “varios” de nuestras bibliotecas antiguas, si se hurga en el fondo inexplorado respecto al P. Sancho del Archivo de Indias, y si se puede consultar alguna bibliografía de Filipinas. 22 años de permanencia en el archipiélago de Legazpi, por muchas que fueran las exigencias oficiales, dejaban un amplio margen de tiempo disponible para que un hombre laborioso de la jerarquía intelectual y de la índole moral del Arzobispo de Manila, tuvo que aprovechar digna y avaramente para escribir otras cosas, o que no han llegado hasta nosotros, o que no salieron de la categoría de manuscritos. De todas maneras, lo que ha dado a la imprenta, por su calidad y por su cantidad, por su fondo y por su forma, le acredita de escritor, y lo señala como uno de los escolapios más distinguidos de la Provincia de Aragón, aun prescindiendo de los honores que escaló por sus virtudes y por sus talentos.

Capítulo II. Rmo. P. Cayetano Ramo de San Juan Bautista

Liminar

No encontramos palabras más adecuadas para iniciar este esbozo biográfico de quien fue el primer Escolapio de su tiempo, que las que abren el elogio oficial que la Provincia de Aragón le consagró después de su fallecimiento, y se envió a todas las casas de la Orden. En su sobriedad clásica son un resumen acabado de la vida y de las obras de este meritísimo religioso. “Sufragios acostumbrados por el alma del R.P. Cayetano Ramo de San Juan Bautista, hijo de la Provincia de Aragón, y Padre óptimo, natural de Lechago, archidiócesis de Zaragoza, varón ciertamente egregio y sumamente recomendable, por su agudo ingenio, por su erudición preclara, por su índole dulce, por sus costumbres morigeradas, por su reconocida integridad, por su prudencia singular, por su celo tenacísimo de la observancia regular, y por la igualdad de toda su vida y de

cada una de sus acciones, por todas las gracias naturales y por todas las virtudes evangélicas”.⁷⁸ No se puede decir más de un hombre en menos palabras; y en ellas se comprende lo más interesante de la vida del P. Cayetano Ramo de San Juan Bautista. Ellas bastan para dar una idea compendiada de lo que fue y realizó este hombre extraordinario; pero no son suficientes para quienes deseen tener un conocimiento detallado de la vida y de las costumbres de este varón eminente. Como opinamos que un hombre de su talla moral y de su calibre intelectual merece una biografía de cierta extensión, que se salga de los moldes que dio a las suyas el P. Eduardo Llanas, nos proponemos hacer un ensayo de semblanza del P. Ramo que nos permita mirarlo desde diferentes ángulos visuales, y formar de él un concepto más acabado. Al efecto, lo estudiaremos en los diferentes planos en que se ha movido y se desarrollaron sus actividades; lo seguiremos en sus empresas; lo miraremos en sus publicaciones y lo admiraremos en los honores que recibió fuera de la Orden. Dedicaremos un apartado de varia extensión a cada uno de estos temas y aspectos, con lo que creemos prestar un servicio a la Escuela Pía, y rendir al P. Cayetano Ramo el tributo que le debemos por sus preclaras virtudes, por sus talentos más que comunes, por sus grandes empresas, por sus elevadas funciones en el Instituto.

Nacimiento, infancia y adolescencia



Poco podemos decir de estos hechos y edades, porque ordinariamente nadie se preocupa de reunir datos que ilustren los primeros años de los hombres. Solo de aquellos cuya vida se ha escrito, por una razón o por otra, cuando aún existían, o se han recogido noticias antes de su muerte, se cuenta con elementos ciertos y con informaciones seguras de lo que hicieron en su infancia y adolescencia. De los demás, y a este gremio pertenece nuestro Cayetano Ramo, no se conservan recuerdos especiales que den interés o pongan una nota de relieve en su vida. Nos habremos, pues, de concretar a lo que es verosímil, y se supone en esa edad en que la gracia bautismal reina en el hombre y la inocencia informa todas sus acciones. Nacido en Lechago, diócesis de Zaragoza y provincia de Teruel, fue bautizado el 11 de septiembre de 1713 por Don

Domingo Ororbía, vicario de la parroquia. Hijo de un lugar en el que se practicaba la vida cristiana en toda su integridad, las virtudes crecieron en él con la edad, como efecto de la gracia y de su esfuerzo personal, pero también como fruto natural de los ejemplos familiares. Sin caer en el determinismo, y respetando los fueros de la libertad de que Dios nos ha dotado, podemos afirmar, en tesis general, que somos lo que es el ambiente en que vivimos, y que nuestro espíritu se plasma a imagen y semejanza del medio que respiramos. La explicación es bien sencilla y fácil. El ejemplo es una fuerza que se impone de manera irresistible pero real; constituye un imponderable que nos penetra, nos domina y nos arrastra; y sin saber cómo, ha ido captando nuestra voluntad y perfilando nuestra fisonomía moral. Y cuando queremos darnos cuenta, ya se han fijado los rasgos característicos definitivamente. Pues bien, las lecciones del hogar paterno, los ejemplos de sus mayores, el ambiente familiar, hicieron al niño Ramo devoto, piadoso, puro, obediente, dócil, perfecto, en una palabra. La inocencia de su alma se transparentaba en aquella mirada serena, como las aguas de un lago en calma; y la castidad de su cuerpo se manifestaba en la fuerza y en la nobleza de sus facciones. Era una promesa, y constituía una esperanza. Y al verle tan despejado en el estudio, tan recogido en el templo, tan modesto en su porte, tan inflamado en la recepción de los sacramentos, era fácil presagiar que estaba destinado para el santuario.

⁷⁸ Archivo del Colegio de Zaragoza, Cartapacio nº. 6.

La adolescencia del joven Cayetano Ramo no desmintió estos antecedentes, y a medida que aumentaban sus años y adelantaban sus estudios, con las limitaciones necesarias, podía decirse de él, como del Niño Jesús, que crecía en edad y en gracia y en sabiduría, delante de Dios y de los hombres. La severidad de su continente, que no estaba reñido con la bondad de su corazón; la limpieza de sus costumbres, que no se oponía a sus honestas disecciones; las manifestaciones de su sincera piedad, perfectamente compatible con sus relaciones sociales y amistades; su aplicación al estudio y sus progresos en ellos, que se casaban fácilmente con su modalidad expansiva; todo indicaba que el joven Ramo estaba predestinado para el sacerdocio. Que Dios lo había señalado por suyo, para que llevara su nombre delante de los pueblos y de las gentes. Era un mozo de un equilibrio perfecto entre los diferentes elementos constitutivos del compuesto humano. Inteligencia robusta; cuerpo de noble prestancia; costumbres de una elevación moral extraordinaria; espíritu de singular delicadeza, enmarcado todo por una religiosidad ilustrada y fervorosa, se unían y completaban para formar un adolescente de grandes condiciones intelectuales, morales y humanas. El complejo que esos elementos formaron fue aquel varón perfecto que admiró la Escuela Pía, y que dondequiera que se presentara se imponía por su virtud, se destacaba por sus prendas intelectuales y se adueñaba de las voluntades por sus cualidades de carácter.

Vida semejante; virtudes tan preclaras; piedad tan sólida, y ejemplos tan edificantes tenían forzosamente que desembocar en la vocación religiosa, en la huida de Cayetano del mundo, que no era digno de él; en el refugio seguro de la Religión, que lo defendiera de las seducciones que lo rodeaban, y le ayudaran a fomentar, y dar pábulo a las ansias de perfección que experimentaba. El germen de la vocación fue madurando y desarrollándose poco a poco, como suele acontecer ordinariamente. Al principio es una nebulosa informe, un aliento más que un propósito, un deseo más que una resolución; que el tiempo va aclarando, que la oración y la mortificación definen lentamente, que la recepción de los sacramentos y los consejos y las seguridades de un director prudente convierten en certeza. Tal la génesis y la realidad de la vocación de Cayetano Ramo; y desde ese momento en que tuvo la seguridad de que Dios le llamaba, no pensó más que en seguir el camino que le señalaba, en vencer las dificultades que se oponían a la realización de sus propósitos, y en correr a encerrarse en el noviciado para transformarse como la crisálida en mariposa que surca el espacio en busca de aire y de luz. Él se cernería por las alturas para aleccionar y mejorar a sus hermanos.

Cayetano, Novicio y Estudiante

No dicen nuestras crónicas si el joven Ramo halló dificultades en su familia para el cumplimiento de sus deseos de consagrarse a Dios por medio de los votos religiosos. Pero nuestros historiadores han consignado la impresión que sintió el P. Ignacio Cistué de San José al recibir en el noviciado e imponer la librea calasancia el 3 de julio de 1729 en Tramacastilla al hijo de Lechago. Según el P. Eduardo Llanas, el Rector P. Cistué “creyó que aquel día hacía la Escuela Pía una adquisición muy valiosa. Raras veces se hallaron en un novicio tantas prendas recomendables: inocencia de costumbres, candor inmaculado, carácter abierto, bondadoso, suavísimo; talento excepcional, belleza física, porte modesto, aire distinguido y, sobre todo, un espíritu de piedad, un deseo de santificación, un anhelo de imitar al Santo Fundador de las Escuelas Pías”.⁷⁹ La Orden calasancia recibió un tesoro, y lo guardó como tal; una piedra preciosa en gran parte tallada, por cuyas facetas se reflejaba el iris de todas las virtudes, y a la que no faltaban más que ligeros toques para tornasolar perfectamente los más elevados carismas. Consciente del valor de lo que recibía, la Escuela Pía cuidó amorosamente al novicio Cayetano Ramo de San Juan Bautista, y se esmeró en hermosear aquella alma escogida cultivando los gérmenes cargados de promesas que en ella se manifestaban.

⁷⁹ Escolapios Insignes. Volumen IV, capítulo XXV, página 212.

Fue la tarea confiada al Maestro de novicios, quien durante el año que lo tuvo bajo su dirección y magisterio más tuvo de contener que impulsar a aquella alma que corría como gigante por el camino de los santos mandamientos. Hizo progresos maravillosos en las vías de la perfección religiosa, y eran tan palpables y visibles que a todos causaba admiración contemplar aquel prodigio de virtud que Dios bondadosamente regalaba las Escuelas Pías. Observante y fervoroso; fiel a las reglas y obediente a los Superiores; pobre y puro; desprendido de las criaturas y deseoso de unirse con Dios, en un año avanzó tanto en la obra de su santificación que fue hallado digno de consagrarse a Dios por los votos religiosos. Contaba 17 años, y por su prudencia, por su gravedad, por su madurez de juicio, por el dominio de los propios sentimientos, parecía un hombre en el pleno desarrollo de sus facultades, por lo que el 16 de julio de 1730 pronunció sus votos en Barbastro en manos de su Rector, el P. Ambrosio Lasala de San Agustín, delegado al efecto por el P. Vicario General Juan Crisóstomo Plana de San Jaime. Oigamos nuevamente el juicio autorizado del P. Llanas sobre este escolapio recién profeso. A continuación de las palabras que hemos citado más arriba, añade: “Mayores esperanzas aún concibió el P. Ambrosio Lasala, Rector de Barbastro, que le admitió a la profesión el 16 de julio de 1730, y bajo cuya dirección había de hacer sus estudios filosóficos y teológicos. En el clérigo Cayetano Ramo hacían vislumbrar al Escolapio eminente del porvenir tanto adelanto en las ciencias, tanto incremento en la virtud y tanto fervor en la piedad, y tanta gravedad e inocencia en las costumbres y tanta exactitud en el cumplimiento de las Reglas, y tanto celo por la educación de la niñez, y tanta dulzura y entereza de carácter y tanta elevación de ideas y generosidad de sentimientos”.⁸⁰ Esta semblanza del neoprofeso Ramo, trazada con la maestría propia del P. Llanas, que tan elegantemente manejaba la pluma, nos dice que era un religioso ejemplar y un espíritu ponderado, que la naturaleza y la gracia se complementaban admirablemente en él, y que sus prendas de inteligencia y carácter eran excepcionales. Era natural que la Provincia cifrara en él grandes esperanzas, y que trabajara esa joya con el interés con que el lapidario trabaja y talla una piedra preciosa de valor extraordinario.

Hoy fue la labor del juniorato, o segundo periodo de formación que, por exigencias de la crisis crónica de personal que ha experimentado la Provincia de Aragón, fue sumamente corto para el joven Ramo. Hubo de simultanear sus estudios con la enseñanza, si bien solo en carácter de auxiliar de algún maestro. Ese suplemento de trabajo no fue óbice para que aprovechara bien sus estudios, que realizó con toda la brillantez y solidez que se podía esperar de su robusto talento y de su clara inteligencia. Cursó Humanidades con el interés que tenían para quien casi seguramente había de enseñarlas. Estudió la filosofía en el sentido restringido que hoy tiene, y en el amplio campo de conocimientos que entonces abarcaba, como quien sabía que contenía un caudal de conocimientos de gran porvenir; se empapó de las ciencias sagradas, como quien estaba convencido de que los labios del sacerdote deben guardarla, y de que los pueblos le pedirán que les enseñe la ley; consagró su tiempo y sus talentos a la adquisición de la verdad religiosa, filosófica y científica que había de enseñar más tarde en las escuelas. Ese ardor por la conquista del saber no perjudicó lo más mínimo al joven Ramo, porque con aquel equilibrio que le era propio, y con aquel concepto claro que tenía de las cosas, sabía qué debía dar a la inteligencia y qué deberes tenía para con su alma. La formación cultural no perjudicó a la espiritual; y la vida sobrenatural, la oración, la frecuencia de sacramentos, la presencia de Dios, el examen de conciencia, la lectura espiritual eran los elementos con que la nutría y la mantenía en el lugar que le era debido. En el joven Ramo, lo espiritual primó siempre sobre lo intelectual, y por eso mantuvo siempre robusta su vida sobrenatural, avanzó constantemente por las vías de la perfección y adquirió aquellas virtudes que iluminaron su vida y hermosearon su alma.

Cuando terminó sus estudios, estaba preparado intelectual y sobrenaturalmente para iniciar el apostolado de la enseñanza, para el ejercicio de los ministerios sagrados, no bien recibiera el sacerdocio. Era un gigante de virtud y un prodigio de saber, y no faltaba para verlo destacarse

⁸⁰ Obra citada, páginas 212/213.

sobre los demás, más que ponerlo en condiciones de repartir el pan de la palabra divina y las lecciones de la enseñanza humana.

El P. Ramo, maestro

Parece que, fuera de los ensayos que como ayudante hizo mientras cursaba sus estudios, este joven escolapio no pasó por las escuelas inferiores. Su personalidad se imponía; su preparación gravitaba poderosamente; y los superiores, que conocían bien las prendas intelectuales y las virtudes religiosas que adornaban al novel maestro, desde el primer día lo dedicaron a la enseñanza de la gramática, y muy pronto, de las ciencias mayores como lector de nuestros escolapios. “*Confectis suma cum diligentia studiis in grammatica, philosophia et theologia edocenda, sedula navavit operam*”; terminados sus estudios con suma diligencia, leemos en la Necrología del P. Ramo, trabajo cuidadosamente en la enseñanza de la gramática, de la filosofía y de la teología. Hombre consciente de sus deberes y de sus responsabilidades, preparaba detenidamente sus clases y así era clara, metódica y eficaz su enseñanza. Y así salieron preparados y aprovechado sus alumnos. No confiaba en su saber ni descansaba en sus talentos, que son indudablemente una preparación remota, y cada día bajaba a las escuelas con una preparación minuciosa, inmediata y sólida que comunicaba a sus discípulos con una facilidad pasmosa. “No aspiraba, dice el P. Llanas, a ser sabio, aunque lo consiguió; aspiraba a ser buen maestro y en eso puso todo empeño”. ¿A qué otra cosa podía aspirar un escolapio? Si no es un buen profesor, todo lo demás, excepto la virtud, por mucho que sobresalga y por grande que sean los triunfos que consiga, será secundario y de relativa importancia. El hijo de San José de Calasanz primeramente es maestro, y solo subsidiariamente, como una expansión de su celo, después de dar a la enseñanza lo mejor de sus talentos y de sus energías, será orador, conferencista, escritor, misionero. No son dos cosas incompatibles, sino jerarquizadas. Y aunque parezca extraño, en el escolapio la predicación, las misiones, las conferencias, la producción literaria y científica están subordinadas a la enseñanza. Y se comprende, desde el momento que se tiene en cuenta que esta es objeto de voto solemne, un acto de religión, por lo tanto, y lo otro solo de supererogación, algo que depende y se deja a la voluntad y al celo de las fuerzas de cada uno.

El novel sacerdote y flamante profesor Cayetano Ramo lo entendía perfectamente, e hizo de la escuela el centro de sus actividades y el taller donde forjaba las almas en el amor de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas. Empapado hasta la saturación del espíritu calasancio, espíritu de piedad y de inteligencia, hallaba sus delicias en la escuela, y se servía de la enseñanza, de los conocimientos humanos, para destilar en los corazones los más puros y delicados sentimientos, para fortalecer las almas en el bien, para robustecer la fe en las inteligencias. Maestro celoso y pedagogo al estilo de San José de Calasanz, el P. Cayetano hacía del ejercicio escolar una misión continua, sin descuidar en lo más mínimo en las enseñanzas de los conocimientos humanos. Eran las Humanidades una materia que se prestaba mucho para que un profesor cristiano y celoso hiciera aplicaciones y reflexiones que fijaran en la mente las verdades de la religión, que arraigaran en la voluntad las convicciones. “Miraba la enseñanza, leemos en su biografía, no como obra de caridad evangélica, sino como acto de religión, como ocupación sagrada, teniendo siempre presente que era materia de un voto solemne. Se consideraba en la escuela, por tanto, como un profesor cuanto como un apóstol cuyo fin primario era la educación cristiana, dando a la instrucción el valor de medio conducente a aquel fin y a él subordinado”.⁸¹

⁸¹ En el mismo lugar, volumen y página.

Quien así pensaba y obraba en su enseñanza a los extraños, calcúlese con cuán solícito cuidado se prepararía para las clases, y con qué entusiasmo y fervor explicaría sus lecciones cuando fue aplicado a la preparación de nuestros juniore. Puesto que sabía que la Provincia ponía su porvenir en sus manos al confiarle la formación científica de su juventud, todo le parecía poco para disponerse bien y dictar sus enseñanzas en la forma que mejor pudiera aprovechar a sus oyentes. Lo mejor de su talento, lo más claro de su inteligencia, lo más poderoso de su voluntad, todo su celo, toda su experiencia docente y pedagógica, cuanto sabía y cuanto podía, todo lo puso al servicio de esa empresa que los superiores le habían encomendado. No debió durar mucho tiempo este magisterio, a no ser que lo continuará durante su rectorado. Pero debió ser lo suficientemente largo como para desarrollar completamente los cursos de filosofía y de teología de una promoción de juniore.

Si para explicar los poetas, oradores e historiadores latinos, el P. Ramo preparaba sus lecciones con toda diligencia, cuando hubo de revelar a nuestros jóvenes los secretos de la filosofía, y cuando hubo de iniciarlos en los conocimientos de la teología, todo le parecía poco. Exponía con claridad, elegancia y dominio total de la materia el pensamiento de los filósofos; criticaba y aprobaba o trituraba sus sistemas, y proponía luego la doctrina tomista, que es la adoptada por la Orden Calasancia. Cuando le tocó leer teología, manejaba admirablemente la Sagrada Escritura, los Concilios y los Santos Padres; presentaba con perspicuidad el estado de la cuestión, la reducía tesis o cuestiones, y con argumentos de razón, de autoridad o de congruencia, según los casos y los temas, las aprobaba o las refutaba. De esta manera, abría a sus alumnos amplios horizontes, les facilitaba el estudio y la comprensión de materias tan elevadas, y prestaba a la Orden un servicio eminente en la formación filosófica y teológica de sus jóvenes estudiantes. Cuánto suponía esto de preparación, de consulta y de trabajo al joven lector, es más fácil de suponer que de explicar, máxime tratándose de quien, como el P. Ramo, tenía el sentimiento de la responsabilidad tan profundamente grabado en el alma.

Eran aquellos tiempos de notable expansión de la Orden en España, y no obstante funcionar tres noviciados, por lo menos el personal que profesaba cada año era escaso, y los superiores se veían siempre agobiados para reclutar el que había de ir a las nuevas fundaciones. Esto explica en muchos casos el poco tiempo que permanecieron enseñando gran parte de nuestros primitivos antepasados: los investían del cargo de superiores, y los retiraban de la escuela, si bien creemos que muy frecuentemente continuaban dictando sus clases. Pensamos que fue el caso de nuestro P. Cayetano Ramo, nombrado Rector de Alcañiz a los 27 años de edad y 3 de sacerdocio. De haber dejado la enseñanza, no hubo tiempo desde la terminación de sus estudios hasta entonces para enseñar humanidades a los extraños, y la filosofía y la teología a nuestros estudiantes.

El P. Ramo, Superior local

Según acabamos de ver, el P. Cayetano Ramos de San Juan Bautista estaba en su primera juventud cuando fue encargado del gobierno de la Casa de Alcañiz, una de las más importantes que a la sazón tenía la Orden en España. Había que colocarlo sobre el candelero para que luciera e iluminara a sus hermanos, y les señalara los caminos de la perfección religiosa. De pocos años, había, sin embargo, avanzado notablemente en el ejercicio de todas las virtudes, y podía presentarse a sus colegas como ejemplar de escolapio perfecto, y como modelo de religiosidad y de observancia. A la manera que se había impuesto a sus compañeros de noviciado por sus talentos y por su fidelidad a las Reglas, había de adueñarse de la voluntad y del corazón de sus súbditos por la bondad de su carácter y por la dulzura de su trato. Austero consigo mismo, sabía ser condescendiente con los demás en lo que no fuera un abuso o un capricho. Celador de la ley,

veló sin descanso por su imperio. Para él no había otras razones valederas para dispensarla que la enfermedad, y defendía sus fueros como quien sabía la importancia que el respeto y la fidelidad a la ley tienen en el progreso de los Institutos religiosos. Aflojar en su cumplimiento es abrir boquetes a la regularidad, producir goteras, causar la ruina de la Religión a plazo fijo. Por eso el P. Ramo fue austero en la guarda de las Reglas, y se mostró inflexible en mantenerlas en su vigor en las casas cuyo gobierno le fue encomendado. La asistencia a la oración de la mañana y de la noche era ejemplar; la pobreza brillaba el ajuar doméstico y en lo que era de uso particular de los individuos; su obediencia era la que gobernaba los actos y los movimientos de todos; la caridad constituía el aglutinante divino de todas las voluntades; y el silencio y el retiro del mundo en que vivían los religiosos, la garantía de la santidad de su vida. Con eso se concilió el amor de los suyos, el respeto de los seglares y prestigió los colegios cuyo gobierno le fue confiado. “Designado, dice su necrología, al régimen de varias casas, de tal modo se portó que no se sabía ciertamente si sus súbditos temían más a su gravedad, o amaban su mansedumbre”.⁸²

En esta primera etapa de su responsabilidad como Superior, el P. Ramo gobernó las casas de Alcañiz, San Fernando de Madrid y Zaragoza. Eran años difíciles, puesto que eran de los primeros de la fundación, cuando la Orden no había arraigado, y cualquier incidente podía dar con ella en tierra. Es cuando se necesitan superiores de exquisita prudencia; cuando de modo especial hay que cuidar las obras y las palabras; cuando se impone prestigiar el Instituto, y los rectores deben poseer un cúmulo tal de condiciones de carácter, de virtud, de tacto, de simpatía y de don de gentes que les permita ganar las voluntades y vencer todas las dificultades. Tal fue el P. Cayetano Ramo en las tres casas que le tocó gobernar antes de ser elevado al provincialato: comprensivo y compasivo con sus subordinados; amable y complaciente con los de fuera; cariñoso y exigente con los niños. Colocado al frente del Colegio de Alcañiz para suceder a aquel gran escolapio que se llamó el P. Agustín Paul, no solo no desmereció, sino que mantuvo y acaso aumentó su prestigio, porque, como dice el autor de los ESCOLAPIOS INSIGNES, “procuró que se mantuviera la observancia regular en toda su pureza primitiva, alentando a sus súbditos más aún con su conducta edificante que con su palabra llena de unción y de persuasiva elocuencia. Atendía con celo infatigable el buen orden de las escuelas y al adelantamiento y religiosa conducta de los discípulos, como si todos ellos estuvieran confiados a su personal vigilancia”.⁸³ Esto que el P. Llanas dice del primer rectorado del P. Cayetano Ramo, puede extenderse a los que sucesivamente ejerció en Madrid en Zaragoza, porque sus ideas y su conducta no cambiaron, sino que, fruto de los años y de la experiencia, se arraigaron y perfeccionaron. Fue un gran rector, que permitía presagiar a un Provincial de cualidades excepcionales, como este hacía soñar en el Preósito General que la Escuela Pía necesitaba. Suscribimos por eso, y hacemos nuestras, estos conceptos del P. Eduardo Llanas: “Rector según el espíritu de San José de Calasanz, templaba la entereza de la autoridad con el consejo de la discreción y de la prudencia, hermanando admirablemente la severidad del Superior con la benignidad del Padre”.⁸⁴

De Alcañiz, el P. Cayetano pasó al rectorado de Madrid, de donde lo sacó la renuncia que el P. Antonio Porqued hizo del cargo de Superior de Zaragoza. Esta determinación planteaba a los Padres Provincial y General un problema muy serio, y hubo con ese motivo mucha correspondencia oficial y privada entre Zaragoza y Roma. Ya hemos tratado este punto en su lugar apropiado, que era la crónica del Colegio de Zaragoza, y lo volveremos a encarar cuando tracemos la semblanza del P. Antonio de Santos Justo y Pastor, y allí remitimos a los lectores;

⁸² Archivo del Colegio de Zaragoza, cartapacio citado.

⁸³ Vol. IV, cap. XXV, pág. 212.

⁸⁴ *Ibidem*.

solo diremos aquí que el P. Paulino Chelucci supo hallar al hombre que necesitaba para el Colegio zaragozano, bien necesitado entonces de un rector enérgico y prudente, activo y tranquilo, que moviera los hilos de la influencia palaciega, sin que se transparentaran sus trabajos. Era uno de los momentos más críticos del duelo a muerte con los jesuitas, cuando estábamos condenados sin apelación y podía dárse nos por muertos, cuando se habían clausurado nuestras escuelas de latinidad y se nos había prohibido tener internos. La situación no podía ser más desesperada, y cualquier otro rector habría fracasado. Sin embargo, en el hecho de la renuncia del P. Porqued y en el nombramiento del P. Ramo para sucederle, debemos descubrir la mano de la Providencia que gobierna el mundo, pero que respeta las causas segundas como colaboradoras, a veces inconscientes, de sus planes. En aquellos momentos, el Colegio de Zaragoza necesitaba un rector dinámico, emprendedor y resuelto, conocedor de los hombres y de los resortes con que se le gobierna y que, al mismo tiempo, procediera con el mayor sigilo y con toda cautela. El P. Porqued, hombre de gabinete y consagrado a sus libros y a sus estudios, no era el que se necesitaba, y su renuncia llegó como una oportunidad maravillosa. El P. Ramo procedía de Madrid, donde sus talentos y sus virtudes le habían puesto en contacto con personajes influyentes de la Corte; sabía los elementos que había que poner en juegos, y cuál era el instante oportuno; estaba dotado de una actividad pasmosa, pues no había cumplido 40 años, y por lo uno y por lo otro, era el indicado para recoger la herencia que el P. Porqued dejaba vacante. Si ha habido elecciones acertadas, fue la del P. Cayetano Ramo para el gobierno de la Casa de Zaragoza en aquellos días críticos.

No es el caso de repetir aquí lo que he extensamente hemos tratado en el segundo volumen de esta obra,⁸⁵ y hemos de concretarnos a decir que, terminando el periodo de su antecesor, el P. Ramo fue reelegido para un nuevo trienio. Su rectorado de Zaragoza fue en lo religioso, en lo pedagógico, en lo económico, una reproducción ampliada y mejorada de los que había sido el de la ciudad del Guadalupe. De rigurosa observancia regular en lo interior; de gran actividad docente en lo exterior, limitada por el momento a las escuelas primarias; de activo trabajo para ver de aliviar, aunque fuera solo parcialmente, el rigor de la sentencia del Consejo de Castilla; de celo expansivo en la predicación y en la dirección espiritual, consolidó el prestigio del Colegio; puso bien de manifiesto, sin pretenderlo, la reciedumbre de su personalidad, que se agigantaba cada día y se iba perfilando para más altos cargos y para más graves responsabilidades. Las altas posiciones buscaban al P. Ramos sin que él las pretendiera ni las ambicionara. Era la gravitación de su recia personalidad; era el peso de sus grandes talentos; era el influjo de sus virtudes; era la atracción de sus dotes de gobierno; era el conjunto de sus cualidades morales que se imponía y lo señalaba como el hombre adecuado para el puesto: *the right man in the right place*.

Todavía volvió el P. Cayetano a ocupar el rectorado de Zaragoza después de haber ejercido el provincialato, pero no nos ocuparemos de su gestión al frente del gobierno de la Casa, porque habríamos de repetir los mismos conceptos, y ya queda expuesto en su lugar propio de la crónica del Colegio de Zaragoza.

El P. Cayetano Ramo, Provincial

En cuatro frases concisas, pero que encierran un mundo de ideas, concreta la necrología del P. Ramos su gobierno provincialicio. Es admirable la concesión del latín clásico y del que lo imita, como el de esta consuetud que nos sirve de guía. En muy pocas palabras, resume varios años de gobierno y de fecundas iniciativas. “Anno 1757 Provincialis renuntiatus, mirum est quantum in studia nostrorum promovendis, in Auctoribus pro singulis Instituti nostri classibus deligendis,

⁸⁵ Crónica del Colegio de Zaragoza, capítulo IX.

annotandisque, certa methodo stabilienda, atque in regulari observantia promovenda inaudiverit”⁸⁶. Elegido Provincial el año 1757 es admirable cuánto trabajó en promover los estudios de los nuestros, en seleccionar y anotar los autores para cada una de las clases de nuestro Instituto, en establecer un método uniforme para todas las escuelas, y en promover la observancia regular de las casas de la Provincia. A cuatro capítulos, pero importantísimos, reduce esta rápida enumeración de las gestas provinciales del P. Ramo las empresas que él llevó a feliz remate. El impulso dado a los estudios de nuestros juniores, la selección y conveniente anotación y purga de los autores clásicos que habían de servir de texto en nuestras escuelas de Humanidades, el establecimiento y promulgación de un método uniforme que debía seguirse invariablemente en todos los colegios y por todos los maestros de la Provincia, y el celo de la observancia regular por todos y en todas partes.

De su solo enunciado se reduce y comprende la importancia de promover los estudios de nuestros juniores. Esa palabra, promover, es sinónimo de impulsar, fomentar y ampliar. Un Instituto docente no puede enquistarse en materia de estudios, porque sería la muerte. Debe sintonizar constantemente con las estaciones emisoras del pensamiento científico más adelantado, y ser de una sensibilidad exquisita para captar cuanto sea un progreso real, e incorporarlo inmediatamente a los programas de sus propios estudiantes. Es lo que hizo el P. Cayetano Ramo durante su provincialato. Estuvo alerta a lo que ocurría en el extranjero, señaladamente en nuestros colegios de Italia y de Alemania, que iban a la cabeza del espíritu científico, y procuró aclimatar en su Provincia lo más aceptado, lo que ofrecía garantía de seriedad y estaba comprobado por la experiencia. El Provincial de una Orden dedicada a la enseñanza debe prestar especial atención a los problemas relacionados con ella, y proporcionar a sus futuros maestros los conocimientos más completos, las últimas conquistas de la ciencia, si ha de cumplir satisfactoriamente sus funciones magisteriales. El P. Ramo, que era muy ilustrado y que tenía conciencia de sus deberes de Provincial, y de la responsabilidad que le cabía, se preocupó seriamente de que sus cursantes hicieran estudios sólidos y adquirieran una buena preparación como maestros y como sacerdotes.

No era de menos importancia la empresa de seleccionar, anotar y aclarar los autores clásicos que habían de manejar nuestros alumnos. Era una cuestión tan antigua como el cristianismo, y que se ha debatido con calor en pleno siglo XIX. Es indiscutible, para el estudio de los idiomas sabios hay que poner en manos de nuestros adolescentes a los autores clásicos paganos, pero eso está erizado de peligros graves para su fe y para sus costumbres. Los textos originales no pueden, evidentemente, ponerse en manos de la juventud estudiosa, so pena de corromperla y volverla al paganismo, y esto no podía, no ya permitirse, pero ni exponerse a que ocurriera. Vino entonces el expurgo, la selección, la anotación y el acomodo de los autores clásicos a la mentalidad y a la moralidad del cristianismo. Ese fue el trabajo que nuestro P. Cayetano Ramo mandó que se hiciera, o lo realizó él personalmente, con los oradores y poetas romanos que se ponían en manos de los alumnos. Obra de gran empeño, no obstante su aparente modestia, exigía a su autor un profundo conocimiento de los clásicos latinos, un dominio completo de la mitología y de la historia romana, una sensibilidad exquisita para captar las alusiones más o menos veladas a cosas que los niños debían ignorar, y un golpe de vista seguro para ver las relaciones de un pasaje con otro del mismo o de diferente autor que se aclaran o se complementan, y con hechos y acontecimientos históricos que es preciso poner bien en evidencia. Pues bien, el P. Ramo realizó satisfactoriamente esa empresa, dio a sus maestros un útil instrumento de trabajo, y entregó a sus discípulos un libro en el que, si no se extirpaban

⁸⁶ Necrología, en el Archivo de Zaragoza.

radicalmente todos los peligros, se reducían al mínimo posible. Este era el nudo de la cuestión: neutralizar, ya que no anular, la acción disolvente del espíritu pagano con notas explicativas adecuadas, con su presión de pasajes demasiado crudos, con la extirpación previa de todo lo que pudiera dañar a su fe o corromper sus costumbres. El P. Ramo es por esta obra benemérito de la cultura, de la pedagogía y de la educación patrias, pues facilitó un aprendizaje indispensable en aquellos tiempos, y lo rodeó de las mejores garantías en cuanto a la salvaguarda de las creencias y a la defensa de la inocencia de sus alumnos.

Poco hemos de añadir a lo que ya hemos escrito en el primer volumen de esta obra respecto al método uniforme que el P. Cayetano, en su carácter de Provincial, impuso a todos los colegios de su dependencia. Fue una medida de alta pedagogía en beneficio de nuestros discípulos, cuya enseñanza no se resentiría ni atrasaría si en pleno curso se les cambiara el profesor, puesto que el que viniera en un lugar sabía dónde y cómo empezar las clases. Ese método uniforme se elaboró y se editó con la mira puesta en los niños, en evitarles retrocesos por el movimiento de personal, a veces después de inicio de curso, en facilitarles el adelanto por la preparación inmediata a los maestros para hacerse cargo de una escuela en cualquier momento. Es una nueva faceta de ese escolapio eminente, digno también de que se le consagre un libro, pues sus obras, sus virtudes y sus talentos lo merecen.

Por último, el elogio fúnebre oficial del P. Cayetano Ramos de San Juan Bautista dice que veló solícitamente por mantener el rigor de la observancia. A quien arrastraba con el ejemplo de una vida ejemplar, no había de costarle mucho persuadir a los otros para que vivieran como religiosos. Como, por otra parte, el prestigio de su virtud y la santidad de su vida le ganaban las voluntades, no necesitó de otros argumentos para arrastrar hasta a los más remisos a hacer un culto de la regla. Según es notorio, el P. Ramo fue Provincial en dos ocasiones distintas, y de sus dos provincialatos dejó los más gratos recuerdos.

El pleito con los Padres valencianos

La constitución de la Provincia de Castilla trajo su cola en forma de un movimiento secesionista de los Padres de origen valenciano que pertenecían a la nuestra. En las piezas documentales que han quedado en el Archivo de la Provincia de Aragón no se dice cuántos y quiénes eran, pero de sus propias palabras se colige que eran pocos. Tres son los documentos que se encuentran en él, y ninguno lleva fecha, ni firma: una carta, una exposición al P. Prepósito General y una minuta de la contestación que el P. Ramo dio al comunicado de esta. La carta está escrita por algunos de esos Padres valencianos recibidos en Castilla cuando se efectuó su separación y contienen estas acusaciones:

- a) Nuestro Instituto no se propagará nunca por el Reino de Valencia, por la incuria de los aragoneses.
- b) Se perdió la fundación de Castellón de la Plana, ofrecida en muy buenas condiciones, porque los mismos Superiores la rechazaron.
- c) Asimismo, se malograron las fundaciones de Alicante, Gandía, Carcagente, Alcalá de Chivert, Algemesí, Albaida, Játiva, Onteniente y Elche.

Pedían, en consecuencia, que la Casa de Valencia se agregara a Castilla, y se prometían crecer y multiplicarse hasta constituir nueva Provincia, mientras que siguiendo unidos a la de Aragón se extinguirían. Precisamente porque los valencianos eran despreciados por los aragoneses, particularmente el autor de la carta, quien “ha estado durante veinte años enseñando las

primeras letras a los niños sin merecer ser ascendido a las clases superiores ni de gramática siquiera”.⁸⁷

Hay un segundo documento más extenso, dirigido al P. Vicario General, que también carece de firma y de fecha. Se refieren en él los redactores a una exposición anterior en la que denunciaban ciertos hechos realizados en Valencia por los Padres aragoneses, y que les había valido ser dispersados por varios colegios de la Provincia y ahora ponían en conocimiento de su Paternidad Reverendísima:

1. Que el Colegio de Valencia recibía sumas respetable ese dinero, ya de limosnas espontáneas, ya de misas, pero los firmantes ignoraban qué se hacía con tales limosnas. La explicación que hallaban a ese fenómeno es que los religiosos aragoneses son muy propensos a ayudar a sus parientes y compatriotas. Aunque confiesan que carecen de confirmaciones en este juicio, avanzan más y exclaman: “Sed o Patres!, qui venerabilem Domum speluncam efficitis latronum!”
2. El detrimento que experimenta la Religión de la dependencia de la Casa de Valencia de la Provincia de Aragón, pues en 16 años que hacía que estaba construido el Colegio, pocos habían ingresado en la Orden, “no existiendo en todo el orbe otro Reino que dé a la viña del Señor más operarios que el de Valencia, pues sus hijos cifraron siempre su felicidad en prometerse y consagrarse a Dios”.⁸⁸ Con estas características del Reino, todas las religiones, excepto la nuestra, florecen en numerosos y fervientes hijos.
3. Los Padres aragoneses se oponen a la dilatación del Instituto no ya negando el hábito a los que lo solicitan, sino rechazando fundaciones como la de Castellón, que se ofrecía tan ventajosamente.

Estos son los principales capítulos de acusación de los Padres valencianos. Lo demás son ruegos al P. General para que se compadezca de ellos arrancándolos del yugo de la Provincia de Aragón. E incardinándolos o bien directamente a la Prepositura General, o a la Provincia de Castilla.

En cinco hojas sueltas que parecen un borrador escrito en 1771 en contestación a un pedido de informes del P. General sobre las acusaciones formuladas por los Padres valencianos, el P. Ramo se hace cargo de todos y cada uno de los puntos, que en la respuesta son seis en vez de los tres que nosotros hemos presentado. Califica de falsa la aserción que hacen los Padres valencianos en su Memorial, pues las cartas en que la fundan carecen de fecha y de firma, por lo que pueden ser falsificadas y anteriores a la época que se les atribuye. Si algún religioso particular ha dicho algo imprudentemente, él será el responsable de sus palabras, no los Superiores. Respecto a la postergación de que se queja, no hay tal, pues nunca han sido tratados más liberal e indulgentemente, después de hecha la separación de Castilla. El año 1759 fue candidato y propuesto para Rector de Tamarite el P. Manuel Segarra de San Mateo, valenciano, elegido para un trienio. En 1752 fue propuesto para la misma casa; y en 1765 el P. Bautista Zapater de Santa María Magdalena fue nombrado rector de Benabarre. Como en el Capítulo de 1768 no se propuso para los rectorados a ningún valenciano, el P. Provincial Ramo eligió Secretario suyo al P. Segarra; y no bien tuvo noticias de que el P. Torralba había conseguido el buleto de secularización, envió a Valencia al P. Agustín Pueyo de San Francisco, natural de Játiva, que no era, por cierto, el más indicado. Por otra parte, puestos en Valencia se insolentaban y no había cómo gobernarlos.

⁸⁷ Archivo de la Provincia de Aragón. Caja 17, legajo 4, carta sin fecha ni firma. Hay tres copias.

⁸⁸ En el mismo archivo, exposición de los Padres valencianos al P. Vicario General.

Se hace cargo el P. Cayetano Ramo del segundo capítulo de acusación, y reconoce y confiesa que su antecesor, el P. Pedro Celma, vistió durante el sexenio de su provincialato a numerosos novicios valencianos, aunque no tantos como afirman los recurrentes. Pero hay que tener en cuenta que hubo de mandar religiosos a la nueva fundación de Sos, y que tuvo casi ultimadas las de Alcira, Borja y otras, para las que necesitaba personal abundante y seleccionado. Pero, cambiado el aspecto de las cosas, “se hubiera creído más fácil tomar el cielo en las manos que conseguir del Rey el decreto que las autorizase”. Era cierto que el P. Joaquín Segura de la Virgen de Los Ángeles había traído tres candidatos valencianos, pero

1. No se encuentra en las Actas de la Congregación Provincial el Decreto a que el autor o los autores del Memorial se refieren.
2. Que, sin previo aviso ni solicitud de los candidatos, fueron introducidos súbitamente en la habitación del P. Provincial por el citado P. Segura, pidiendo arrogantemente que fueran examinados y admitidos.
3. Que no eran conocidos ni por propios ni por ajena información, sino completamente desconocidos.
4. Que todos ellos eran del mismo pueblo que el P. Joaquín Segura, de donde habían salido casi todos los Padres valencianos, todos los cuales, excepto uno, eran de tan cortos alcances que no habían podido salir de las escuelas inferiores. Durante el gobierno del P. Molina, se presentaron varios aspirantes valencianos cuyo examen confió el P. Provincial al citado P. Segura y a otros religiosos, y todos, por voto unánime, fueron rechazados.

La tercera acusación se refería al malogro de la fundación de Castellón de la Plana, que se atribuye a la mala voluntad de los aragoneses. La verdad es que los Superiores la acogieron con toda simpatía y la deseaban vivamente, y se llevaron las capitulaciones convenidas para su aprobación al Consejo Supremo de Castilla, pero “los oidores reales de Valencia, consultados por aquel organismo acerca de la fundación, cuando los nuestros esperaban de un día para otro el decreto propicio, con la habilidad y la astucia de los jesuitas, y en particular de su Procurador, P. Sales, que particularmente persuadieron a los consejeros reales de que la donación del Señor Climent era confidencial y dispuesta para arrancar el Decreto, contra la esperanza de todos fue rotundamente denegado”.⁸⁹

El cargo cuarto referente a la fundación de Vinaroz, es en sentir del P. Cayetano Ramo una fábula sin fundamento documental de ninguna naturaleza. Se cita al difunto P. Tomás Plana, que bien pudo expresar como individuo los conceptos que se le atribuyen, pero son inexactas las afirmaciones que se hacen sobre el pedido formal de las autoridades de Vinaroz para que abriésemos allí un colegio. Pudo haber algo en el trienio 1754-1757, último provincialato del P. Tomás Plana; posteriormente falleció allí una señora que para después de la muerte de su marido, legaba por testamento una casa y un huerto para abrir en ella las Escuelas Pías. Con este motivo, el que escribía, que no era otro que el P. Ramo, se trasladó de Valencia a Vinaroz el año 1769 para obtener copia de la cláusula testamentaria que nos interesaba, y durante su permanencia allí de varios días, ni los ciudadanos, ni las autoridades, ni nadie dijeron una palabra de fundación, y que no tenían esperanza de que se produjera tan feliz acontecimiento a no ser que un señor Araziel, rico y sin hijos, dejará su pingüe patrimonio, como solía repetir, para la fundación de las Escuelas Pías. De la de San Felipe de Játiva hay que decir que efectivamente existió el permiso del Consejo de Castilla, pero cuando se trató de firmar las capitulaciones lo

⁸⁹ En el mismo lugar, minuta de contestación del P. Ramo.

negó por la exigüidad de las rentas; y respecto de Alcira, las cartas en que las apoyan adolecen de los mismos defectos que las del número uno ya expuestos.

Se hace hincapié en la quinta acusación de que los estudiantes aragoneses tienen curso teológico y no los valencianos. El autor del Memorial sabía perfectamente las razones que había para ello, pero le convenía hacer del hecho un argumento y un manantial de quejas, y lo esgrimía. Como resultado de la difusión y aumento que la Orden tuvo en España desde 1728 hasta 1748, nuestros juniors, terminados sus estudios filosóficos eran destinados a la escuela, y no existieron cursos formales de teología. Los que poseían talentos suficientes, terminadas las clases, hacían sus estudios privadamente, y recibían explicaciones particulares de algún sacerdote de la Comunidad a que pertenecían. En esta forma realizó sus recursos teológicos el valenciano P. Mariano Gimeno de San Agustín, bajo el magisterio del P. Pedro Valero de Santo Tomás, y solo en 1748 se establecieron en Alcañiz los estudios formales de teología. Lo que se afirma en el cargo sexto del P. Ignacio Romance de Santa Bárbara, no es cierto si no se entiende debidamente. El P. Rector permitió a los Padres Silvestre y Juan Bautista, valencianos, que salieran con los compañeros que fueran de su agrado, como lo atestiguarán ellos mismos si se les pregunta. A los demás, no; con lo que donde quiera que iban, murmuraban de los aragoneses, para satisfacerse de la envidia que sentían. A otro, señalaba compañero aragonés, porque le constaba que vendía el instituto y solicitaba dinero de los padres de sus alumnos.

Termina su informe el P. Cayetano con un resumen vigoroso en el que sucinta y rápidamente recapitula lo expuesto y rebate los argumentos de los Padres valencianos. Recogeríamos con gusto algunos de sus juicios, que son lapidarios, y algunas de sus observaciones, que resultan muy curiosas, y algunas de sus palabras, tajantes con una espada de fino temple. Pero preferimos no hacerlo para no alargar desmesuradamente ese capítulo, y por razones de elemental prudencia. Nos concretaremos a copiar las últimas palabras de este estilo que nos revelan un incidente del que no han quedado rastros en los libros de la Provincia. “Testor tamen me non factione, nec odio valentinorum, quos paterno amor complector, et quibus omnis fausta a Deo precor, sed pro veritate et conscientia scripsisse”. Testifico, sin embargo, que he escrito no por facción u odio contra los valencianos, a los que abrazo con paternal amor, y para quienes pido a Dios toda felicidad, sino por la verdad y por la conciencia.⁹⁰

Escribe y publica su Catecismo

Podría sentarse como un axioma a que el escolapio, por definición, debe ser catequista. Digámoslo como un honor de la Orden Calasancia, y como un estímulo si hiciera falta. Los mayores y los más brillantes triunfos los ha conquistado la Escuela Pía en sus famosos Ejercicios de Doctrina Cristiana, asignatura central de nuestros colegios, y de enseñanza diaria obligatoria en las escuelas, y de explicación, al principio pública, en los domingos. Se formaron entre nosotros eminentes catequistas y lograron, como queda dicho, triunfos resonantes. “Esa nuestra misión catequista, hizo que los Escolapios concretaran la materia y la forma de su enseñanza religiosa en un libro de oro que escribió el P. Cayetano Ramo de San Juan Bautista, que parece que ha merecido los más entusiásticos elogios de los Obispos y de los teólogos de España”⁹¹ Este catecismo fue, según vamos a ver muy pronto, la concreción de muchos cuadernos particulares de nuestros maestros, a quienes la experiencia enseñó muy pronto que los catecismos en uso adolecían de muchos defectos, pues eran excesivamente compendiados, y nuestros alumnos de Humanidades necesitaban y eran capaces de más abundante doctrina. El de Ledesma, de uso

⁹⁰ Caja 17, legajo 4.

⁹¹ P. Calasanz Rabaza, obra citada. Tomo II, capítulo IV, número 33, página 280.

frecuente en Aragón, fue poco a poco siendo adicionado por nuestros maestros con nuevas preguntas y respuestas que a su juicio eran indispensables, pero como era natural, reinaba una verdadera anarquía, faltaba aquella uniformidad tan recomendada por el Santo Padre en las Constituciones. Durante su provincialatos, se dio cuenta cabal el P. Ramo de la necesidad de ampliar y completar el Catecismo de Ledesma, y de uniformar los cuadernos de nuestros maestros, por lo que al quedar el año 1760 vacante de oficios de superioridad, se consagró a escribir el catecismo que lleva su nombre. “Cumpliendo el cargo de Asistente Provincial, y disfrutando de algún descanso, consagró sus ocios a escribir un catecismo para la más sólida instrucción de nuestros alumnos, que fue recibido cuando salió a luz con aplauso por los varones piadosos, sensatos y doctos”.⁹² Así dice la necrología, pero en la DEFENSA PACÍFICA DEL CATECISMO O EXPLICACIÓN DE LA DOCTRINA CRISTIANA QUE USAN LOS PADRES DE LAS ESCUELAS PÍAS, legajo de 57 páginas en folio, se lee “A expensas del Santo Hospital se hizo una impresión el año de 1759 de 3000 ejemplares, y con ser tan copiosos duró pocos años, pues fue tanta la extracción, concurriendo a su despacho todo género de gente, eclesiásticos y religiosos y seglares, aun de los reinos vecinos, que el Santo Hospital creyó hacer reimpresión igualmente copiosa el año 1762, otra el 1766, y así otras de tiempo en tiempo hasta el presente”.⁹³

No hemos visto hasta la fecha la que podríamos llamar edición príncipe de este libro de oro del que tantas y tantas reproducciones se han hecho. El P. Cayetano Ramo y la Provincia no buscaban el lucro con la publicación del catecismo, pues más que el dinero les preocupaba la educación cristiana de la infancia, por lo que cedieron todos los derechos que pudieran tener a beneficio del Hospital de Gracia. “Pudo el autor hacerlo imprimir a expensas y utilidad de su Provincia, pero como no se movió a ese trabajo por aliciente del propio interés, sino de la utilidad de los niños de sus escuelas, y por otra parte, el Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza tenía privilegio para imprimir y vender los libros de que usaban las escuelas de aquel Reino, el autor puso su escrito en manos de la Ilustrísima Sitiada y Regidores, para que usasen de él como juzgaran conveniente”.⁹⁴

El Catecismo de 365 páginas, de 138 por 70 mm, lleva un prólogo breve pero muy jugoso de todos los sentidos que se lo considere, que empieza por justificar su aparición, siendo tantos los que se habían publicado. “Si consideras que esta sale de las Escuelas Pías, instituidas principalmente para enseñar la doctrina cristiana a la juventud, cesará toda admiración, reflexionando que es muy justo dé al público algún testimonio impreso de su doctrina, la que por Instituto hace voto y profesión solemne de enseñanza”. Hombre experimentado e inteligente, San José de Calasanz sabía que, si llamaba a los niños nada más que para catequizarlos, sus aulas quedarían desiertas, pero que si los cebaba con el lamín de los conocimientos, acudirían a bandadas. Y así lo hizo, con gran provecho espiritual de la República Cristiana. A pesar de existir otros textos de doctrina cristiana, la Escuela Pía, guiada por su experiencia pedagógica, creía que faltaba uno más acomodado a la capacidad de los niños, ni tan breve de apenas expusiera lo más indispensable, ni tan difuso y profundo que los alumnos fueran incapaces de digerirlo. Además, los catecismos existentes adolecían del defecto de preguntas y respuestas excesivamente largas, que los muchachos no podían aprender, con lo que se perdía el trabajo de la clase. Por lo que “Deseosa la Escuela Pía que los niños que quedan a su cuidado tengan también su espiritual alimento, les ofrece este pan copioso, pero partido, pero desmenuzado, casi actuado y convertido en leche, de modo que aún el parvulillo, a quien

⁹² Consueta en el Archivo de Zaragoza.

⁹³ Archivo de la Provincia de Aragón Caja 9, nº 4, noticias preliminares, nº 8.

⁹⁴ P. Rabaza, lugar citado, nº 36 pág. 281.

no han salido los dientes, podrá mamarlo”⁹⁵. Adviértase de paso el sentido pedagógico que revelan estas palabras, en las cuales se encierra el secreto del éxito de la enseñanza de los Escolapios.

Los que hemos aprendido ese catecismo en nuestra niñez, y lo hemos enseñado y explicado en nuestra juventud, sabemos por experiencia, cuán cierto es lo que afirma el P. Ramo, y cuán hermosas son las condiciones pedagógicas del viejo catecismo. Se echa de ver inmediatamente que está escrito por quien conoce la escuela y sabe lo que son niños. Su autor demuestra, en la claridad de la explicación, en el acierto del método, en la brevedad de las preguntas, y en la concisión de las respuestas que ha encanecido en la enseñanza, y que tiene idea clara de lo que debe ser un texto de enseñanza. En cuanto al contenido del catecismo, es de una discreción tan oportuna que no falta nada de lo que debe saber el cristiano, ni sobra nada que resulte superfluo o impertinente. Da la sensación de algo acabado completo, donde no se puede añadir un concepto, ni suprimir una palabra, porque su unidad se resentiría, y su eficacia disminuiría. Por eso llamó tanto la atención y tuvo tan buena fortuna que fue adoptado hasta nuestros tiempos en todas las diócesis de Aragón y en muchas del resto de España. Sale, en fin, el autor al paso y reconoce el fundamento con que se harán dos objeciones: a lo difuso del catecismo, y a su contenido, pues hay cosas muy altas para la inteligencia de los niños. Se desentiende de ambas dificultades, con el símil de un banquete en el que se sirve abundantes manjares a la primera, y con una sencilla reflexión a la segunda: “Esta explicación se ofrece a niños que no han de ser niños siempre, y que con el tiempo pasarán a mayores; y ha parecido justo darles un alimento que lo mamen en la niñez y los rumien en la mayor edad”.⁹⁶

Era raro que una obra de la Escuela Pía no chocara con la piedra de la contradicción, que todo le fuera viento en popa. Se multiplicaban las ediciones, corría triunfalmente de Aragón a Castilla y Navarra, y durante un cuarto de siglo gozó de todos los honores y consideraciones, puesto que contaba con la aprobación y censura de varios teólogos de Zaragoza y de la Corte. Pero en 1786 hubo un hombre inescrupuloso que quiso explotar en beneficio propio y a espaldas del autor, la popularidad del catecismo escolapio, y solicitó del Real Consejo autorización para reimprimirlo. Parece que se interpuso un tal don Joaquín de Moles, ex jesuita que había traducido el Catecismo de Belarmino, y lo había publicado con escaso éxito de librería, logrando interesar al Arzobispo de Toledo, Cardenal Lorenzana, en su reedición y mecenazgo. Entre unos y otros se las arreglaron de suerte que al pedido de licencia del librero madrileño se nombraron censores segunda vez, y que estos fueran dos canónigos de Toledo. Estos señores, que serían sin duda grandes teólogos, pero que ignoraban qué son los chicos, y cuál es su capacidad cuando se les enseña bien, no comprendieron tampoco las ideas del autor del catecismo. “Educados en universidades mayores y con el trato de personas sabias e instruidas, saben poco de instruir niños y otras gentes que, aunque desiguales en la edad, son iguales a ellos en la capacidad e inteligencia. Consiguientemente, califican de inútiles las instrucciones humildes y sencillas”.⁹⁷ En vista de esta calificación desfavorable de los canónigos toledanos, el P. Ramo escribe al Señor Arzobispo Primado explicándole la historia de su catecismo, de las censuras favorables que había tenido, de las ediciones que se habían hecho en Zaragoza, Madrid, Pamplona y Manila, de los arzobispos que lo habían aprobado y adoptado en sus diócesis respectivas y poniendo en evidencia lo deshonroso que la censura de los prebendados toledanos era para el autor, para su Orden y para los teólogos aragoneses y madrileños que los habían aprobado. Le rogaba, por

⁹⁵ Prólogo, página 5.

⁹⁶ Prologo, página 6.

⁹⁷ Defensa pacífica del Catecismo, noticias preliminares. Cero 26.

consiguiente, que revocara el auto prohibitivo de reeditar el catecismo. Su Eminencia contestó por medio de su Secretario en carta del 29 de enero de 1787 “que sobre el hecho no le quedaba arbitrio; que si el hospital de Zaragoza quiere hacer la reimpresión en aquella ciudad, podrá ejecutarlo, suprimiendo todo lo que se expresa en la censura de Toledo”.⁹⁸

El P. Cayetano Ramo no podía aquietarse con la censura de los prebendados de la Primada, y escribió esa DEFENSA PACÍFICA, que es un valiente alegato en favor de la ortodoxia de su catecismo, no puesta en dudas, cierto, y una serie de brulotes arrojados a la desgraciada censura de los señores Felipe Antonio Fernández Vallejo y Pedro Manuel Hernández. La concreta en cinco puntos principales comprensivos de otros secundarios relacionados con otros tantos aspectos de la censura. No hemos de seguir paso a paso este escrito de 57 folios, aunque bien lo merecería por la importancia del asunto, por la elevación y dignidad con que el P. Ramo lo encara, y por las pruebas que da de hábil polemista y del señorío que ejerce sobre sus sentimientos, sobre sus ideas y sobre sus palabras. Campea alguna vez una ironía fina y retozona, pero nada que signifique ensañamiento. De este episodio diremos con el Rabaza: “Bendita hora en que la necesidad o el compromiso de dejar libre la reventa del catecismo Moles forzó una censura siniestra para el catecismo escolapio, porque ella dio lugar a la defensa más amena, sólida y convincente que pudiera soñar el más diestro literato, el más profundo teólogo, y el más afortunado polemista”⁹⁹ Nada más, pues lo que nos interesa es dar a conocer la génesis, las vicisitudes y la suerte del famoso Catecismo de las Escuelas Pías.

Controversia contemporánea sobre la paternidad del Catecismo Escolapio.

En el número 2627 del semanario de Zaragoza EL PILAR, correspondiente al 2 de junio de 1934, se publicó un artículo rotulado “El Catecismo del P. Basilio Sancho, Escolapio, arzobispo de Manila”, Al que seguía este subtítulo: “¿Es el P. Cayetano Ramos, escolapio, el verdadero autor del popular Compendio de la Doctrina Cristiana que corre bajo su nombre?”. El artículo, muy bien escrito, sin fines polémicos, con el anhelo puramente científico de resolver un problema de crítica histórica, palpitante de amor y respeto a la Orden Calasancia, estaba firmada por D. Francisco Izquierdo Trol, a la sazón beneficiado del Templo Metropolitano del Pilar, actualmente dignísimo Deán de la Catedral de Barbastro. El artículo es muy reposado en el tono, como de quien busca la verdad, y se abre con unas frases que, no por justicieras y ciertas, son menos dignas de gratitud, por lo cual queremos conservarlas en estas páginas dedicadas al P. Ramo. “Aragón tiene grandes deudas contraídas con la preclara y benemérita Orden Calasancia. Las generaciones de dos centurias le deben exclusivamente su instrucción religiosa primaria. El popularísimo “Compendio de la Doctrina Cristiana del P. Cayetano Ramo de San Juan Bautista ha sido y es el libro de oro que todos siendo niños hemos tenido en nuestras manos, y hemos aprendido de memoria, con sus preguntas y respuestas. Por su medio, nuestra formación elemental cristiana ha sido un hecho”.¹⁰⁰ Estas palabras son un homenaje a las Escuelas Pías y a su catecismo, que agradecemos entrañablemente al señor Izquierdo.

Tenemos entendido que, ordenando y catalogando la biblioteca del Seminario de San Carlos de Zaragoza, el distinguido sacerdote encontró un catecismo que daba por autor al P. Basilio Sancho, Arzobispo de Manila, también escolapio. Con la circunstancia de que éste se parecía al del P. Ramo como una gota de agua a otra. “La Divina Providencia colocó hace muy poco tiempo en mis manos una obrita suya (del P. Sancho), titulada “Explicación de la Doctrina Cristiana,

⁹⁸ Ibídem, número 31.

⁹⁹ Obra citada, tomo II, capítulo IV, número 38, página 285.

¹⁰⁰ El Pilar. Número citado, página 258, primera columna.

dispuesta en forma de diálogo entre maestro y discípulo”. La curiosidad me hizo mirar y remirar el libro hasta cerciorarme: primero, de que el autor era el P. Basilio Sancho, nombre que me era conocido; segundo, hasta comprobar que todo el texto del Padre Ramo se halla exactamente. Igual en el librito del Padre Basilio Sancho, con la especial circunstancia de extenderse mucho más el diálogo en este último y de ampliarse con símiles, ejemplos y datos de la historia sagrada”.¹⁰¹ Prima facie, aunque el señor Izquierdo Trol no estampa la fea palabra, parece que se estuviera en un caso de plagio evidente. ¿Pero quién fue el plagiarlo? ¿El Arzobispo? ¿El ex General de la Orden Calasancia? Es el autor del artículo hombre fino, prudente y delicado, y no opina ostensiblemente, pero leyendo un poco entre líneas se echa pronto de ver que todas sus simpatías se inclinan hacia el Arzobispo de Manila; y que si alguno ha de caer, no será seguramente el hijo de Villanueva del Rebollar, sino el de Lechago. Plantea resueltamente el problema con estas palabras: “¿cuál de los dos catecismos fue redactado primero?” Anuncia tratar el asunto a fondo en un segundo artículo, y a él le hemos de remitirnos.

No se hizo esperar este escrito, pues apareció en el número siguiente de la misma publicación, y en él expuso el P. Francisco sus puntos de vista sobre la paternidad del famoso catecismo. Estos puntos de vista ya se insinuaban en el primer artículo, y son favorables al P. Sancho, sin atreverse a dar la cuestión por definitivamente resuelta. En el párrafo inicial y en el final, expresa la misma idea en sus ansias de luz y de datos concluyentes para resolver satisfactoriamente el problema bibliográfico que él mismo había planteado. Este artículo se cierra con esta invitación y ruego: “Rebusquen, pues, los diligentes Padres Escolapios, los manuscritos y ejemplares antiguos impresos; escudriñen en sus archivos y bibliotecas y esclarezcan para la historia de la Orden Calasancia esta oscura cuestión con el verdadero padre del Catecismo de la Escuela Pía”¹⁰². Como lo pedía y deseaba D. Francisco Izquierdo Trol, hubo un escolapio que recogió su invitación, y no sabemos si el guante que con mucha finura nos echaba: el P. Ángel Aznar, gran amante y muy conocedor de las cosas de la Orden. Y lo hizo con altura con respecto al adversario, objetivamente, como quien busca la verdad, no la satisfacción de un punto de amor propio, viendo en el sacerdote preopinante un amigo de las Escuelas Pías. Titulaba el P. Aznar su alegato “Contestando a una duda”. Y después de exponer los antecedentes, da sus razones probatorias, apoyadas en documentación impresa contemporánea nuestra, que es ciertamente de poco valor demostrativo, y en piezas manuscritas coetáneas del hecho en cuestión que zanján el asunto y resuelven satisfactoriamente el problema, pero no tuvo la precaución de acotarlas debidamente. Siguiendo el tono mesurado del señor Izquierdo Troll, y reconociendo la elevación de miras con que había procedido, el P. Ángel Aznar termina: “Por lo demás, es de agradecer el cariño y admiración con que el señor Izquierdo escribe de la Orden Calasancia y de sus hijos, y los elogios que tributa a su obra bienhechora”.¹⁰³ Conocido por el ilustrado beneficiado del Pilar el artículo del P. Aznar antes que se publicara, puso al pie del mismo una “breve contestación” que contenía cuatro reparos, y respecto a la pieza documental aducida por el P. Ángel, como no citaba archivo, caja, legajo, etc., y la transcripción no la hizo con el lenguaje y la ortografía de la época, la rechaza, no él personalmente, pues le basta la palabra de su contendor, sino la crítica que exige toda suerte de garantías.

Permítasenos terciar en el debate antes de seguir adelante. No uno, sino varios documentos contemporáneos con todos los requisitos que aseguran su autenticidad y que demuestran pertenecer a la época que se les atribuye por la clase de papel, la calidad de la tinta, las

¹⁰¹ Ibídem, segunda columna.

¹⁰² El Pilar, nº 2628, pág. 273, 2ª columna.

¹⁰³ En el mismo semanario, número 2630, página 307, segunda columna.

abreviaturas, el estilo, la forma de las letras y la grafía de las palabras, existen en el Archivo de la Provincia de las Escuelas Pías de Aragón, demostrativos de que el Padre Cayetano es el autor único e indiscutible del catecismo que lleva su nombre. Prueban además que la primera edición se hizo el año 1759, durante el provincialato del P. Ramo. Y acaso esa es la razón de que en el Libro de Memoria de las Escuelas Pías de Aragón, donde se consignaban día por día todos los actos de la Congregación Provincial, no haya quedado rastro de la licencia para imprimirlo. Vamos a copiar el primer párrafo de uno de los documentos probatorios, y adoptaremos el criterio, creemos que un poco anticuado, de escribir con la misma grafía del siglo XVIII, como lo desea el actual señor Deán de Barbastro¹⁰⁴. “El P. Cayetano de San Juan Bautista, viendo que no había uniformidad en las Escuelas Pías de Aragón en cuanto a la enseñanza de la Doctrina Cristiana, pues cada maestro añadía preguntas y respuestas a su arbitrio, hallándose Provincial de las de Aragón y Valencia, pensó poner remedio. A este fin, ordenó el catecismo que al presente se usa, y pasó el manuscrito a la Ilma. Sñda por tener el Santo Hospital la privativa de Imprimir los libros que se usan en las escuelas”.¹⁰⁵ Explica a renglón seguido cómo el Hospital hizo examinar los manuscritos por dos teólogos, y “con las aprobaciones de ambos se dio a la prensa en el año de 1759”. Quedan resueltas las dos dudas fundamentales, y hecha plena luz en el problema que el hallazgo del catecismo impreso en Manila, a nombre de su Arzobispo, P. Basilio Sancho, habían planteado al diligente sacerdote.

Y de hecho, cuando el señor Izquierdo Trol conoció estos documentos, se dio por satisfecho, y puso punto final a ese principio de polémica, que no pasó nunca de un flirteo amistoso sobre un punto que parecía apasionante, dada la categoría de las personas cuya honradez literaria parecía quedar un tanto malparada en una carta abierta publicada en EL PILAR.¹⁰⁶ El P. Ángel Aznar invitaba a su distinguido contrincante a que pasara por el Colegio, donde tendría el placer de mostrarle “libros impresos en la época del P. Ramo, en los que taxativamente va por frente su nombre como autor, y sobre todo, el escrito autógrafo a qué hacía referencia en mi anterior artículo, en el cual el mismo Padre Cayetano Ramo de San Juan Bautista hace la historia y una brillante defensa del mencionado catecismo”.¹⁰⁷ Enamorado de la verdad más que de sus opiniones, noble y caballeresco, el señor Izquierdo Trol no se contentó en reconocer la paternidad del catecismo a favor del P. Ramo en forma privada, una vez que escudriñó las ediciones y dos documentos que se lo demostraron, sino que, como cuadraba a un hombre de bien y a su honradez literaria, en la misma revista donde había hecho sus publicaciones anteriores, espontáneamente reconoció en un breve artículo titulado “En respuesta a una carta”, que las pruebas aducidas por su adversario del momento eran convincentes. “Queda, pues, decía satisfecha la crítica con todos estos antecedentes y disipada la duda que pudiera haber sobre el particular duda, únicamente producida por el hecho de llevar el nombre del P. Basilio Sancho como autor la edición sacada en Manila”.¹⁰⁸ Esta se hizo con autorización del P. Ramo, según se afirma en la “Defensa pacífica del catecismo”, y no hubo plagio alguno ni cosa parecida. No sabríamos explicar a qué obedeció que el Arzobispo de Manila lo publicara a su nombre, pero se nos ocurre pensar si sería para darle mayor autoridad, y porque el Primado de las Filipinas lo dirigía a sus sacerdotes.

¹⁰⁴ No sigo este criterio, en este caso ni en ninguna otra cita del P. Calvero (Nota de JB).

¹⁰⁵ Archivo de la Provincia de Aragón, “Defensa pacífica del catecismo o explicación de la doctrina cristiana que usan los Padres de las Escuelas Pías de Aragón”. Compendio de la historia de que se trata en la antecedente defensa, sin foliar.

¹⁰⁶ Nº 2632, pág. 336.

¹⁰⁷ Ibídem, carta abierta citada.

¹⁰⁸ El Pilar nº 2633, página 352, segunda columna.

El Prepósito General de la Orden.

Tres veces tomó el P. Cayetano Ramo parte en las deliberaciones de la Orden reunida en Capítulo General en Roma. La primera en 1754, como Vocal de la Provincia de Aragón, cuando acababa de cumplir 41 años y estaba en la plenitud de su edad, y ya entonces se dispuso a la consideración de los Capitulares. “Ya entonces, dice el P. Llanas, llamó mucho la atención por su noble continente, por la sagacidad de su ingenio, por la dulzura de su carácter, por la gravedad de sus costumbres, por su modestia, por su pobreza y por su gran prudencia el Padre Cayetano Ramo de San Juan Bautista”.¹⁰⁹ En su carácter de Provincial asistió también a la Asamblea de 1760, que debía elegir Prepósito General para 12 años, y en ella “recibió muestras de gran consideración y afecto por parte de los Capitulares, que ya saludaron en él a una de las más bellas esperanzas de las Escuelas Pías. Cuando en 1772 se celebró Capítulo General para dar sucesor al P. José María Giuria, el P. Ramo era también Provincial de Aragón, y con esa investidura acudió tercera vez a Roma. Su figura prócer se imponía; su trato afable le ganaba los corazones; sus maneras nobles y sencillas le conquistaron todas las simpatías; sus talentos le merecían la admiración de todos; sus virtudes religiosas lo señalaban como una esperanza y una promesa y su observancia regular lo indicaba como un candidato a la primera magistratura de la Orden. El nombre del Provincial de Aragón estaba en la mente y en el corazón de todos los Capitulares, y todos unánimemente lo votaron, excepto uno, que fue él mismo. “Conocido el resultado de la elección, una aclamación unánime y entusiasta manifestó el júbilo que experimentaban aquellos Padres al ver que todos habían coincidido en el mismo pensamiento y deseo. Al nuevo general solo le faltó su propio voto”.¹¹⁰

Quien así contaba con la confianza de la Orden, era forzoso que dispusiera de la colaboración de todas las Provincias y de todos los religiosos, y era de esperar que haría un gobierno ejemplar, y que el suyo sería un generalato histórico en todos los conceptos. Y, efectivamente, el duodeno del P. Cayetano Ramo marca la más alta cumbre que ha alcanzado la Escuela Pía en su desarrollo y en su gloria. Sus hijos brillaban en las academias; sus profesores desempeñaban cátedras en las universidades; sus sabios publicaban obras que abrían nuevos cauces a la ciencia; sus literatos daban norma de buen gusto; sus colegios eran los más afamados y atraían a alumnos de toda Europa; sus religiosos eran llamados a las Sagradas Congregaciones como asesores; y muchos escolapios eran solicitados por las familias más nobles, por las mismas casas reinantes para educar y enseñar a sus hijos. Cuál era pensionado para instruirse y viajar al extranjero, cuál recibía el encargo de formar los planes de estudio de las universidades de su patria; este era comisionado para traducir la Santa Biblia; aquel era honrado con las ínfulas episcopales. Razón tenía, pues, el P. Llanas para afirmar que los doce años de este glorioso y fecundo generalato constituyen así como la Edad de Oro de la Escuela Pía. Ninguna Corporación podía presentar un elenco de hombres eminentísimos por su virtud, por sus letras y por su ciencia más nutrida y honroso que el que podía formar nuestro propio Instituto”.¹¹¹

Se veía en todo la mano y se palpaba en los menores detalles la influencia del Prepósito General que, encarnación de la Regla, arrastraba a los demás con su ejemplo; y ya se sabe que cuando en una Orden Religiosa hay observancia, se cuaja en obras fecundas y se manifiesta en toda suerte de progresos. Nada impulsa al trabajo como un concepto claro y cabal del deber, y nada es tan rico en empresas grandes y en hechos gloriosos como una vida fiel a Dios y al cumplimiento de la regla que se ha profesado. Este y no otro es el secreto de esa fecundidad

¹⁰⁹ Obra citada, volumen IV, capítulo XXV, páginas 205/206.

¹¹⁰ P. Eduardo Llanas, lugar dicho, página 207.

¹¹¹ *Ibidem*, páginas 207/208.

maravillosa de ciertas Congregaciones; como la razón única y profunda de la esterilidad de otras estriba en la infidelidad a Dios y en el desprecio de las Reglas. El P. Cayetano Ramo mantuvo en alto el lábaro de la observancia, y logró elevar las Escuelas Pías al pináculo de su gloria, y rodearlas de un prestigio y comunicarles un esplendor antes y después desconocidos. Recojamos la semblanza que el autor de su Necrología hace de lo que fue el gobierno del P. Ramo. “Con qué consejo, con qué destreza, y con qué trabajos administraba la Religión, lo conoce Roma, lo conoce Italia, lo conocieron todas las Provincias que recibieron de él editada la obra tanto tiempo pedida y en muchos Capítulos Generales insistentemente solicitada, a saber, el volumen de nuestras Constituciones”.¹¹²

Fue la obra maestra del generalato del P. Cayetano, que solo por ella merecería pasar a la historia, aunque no hubiera acometido otra empresa ni realizado otros empeños. Hay que ver lo que significaba reunir las Bulas Pontificias y los Decretos de los Capítulos Generales que habían modificado esta o aquella disposición, no en nada referente a la esencia de los votos o de la vida religiosa, sino sobre asuntos disciplinarios, del vestido, de la capacidad corporativa de poseer en común, y luego clasificarlas, articularlas, darles forma, de suerte que constituyeran un todo orgánico que se pudiera aplicar uniformemente a todas las Casas y Provincias de la Orden. Pues bien, el P. Ramo realizó esa empresa de titanes, que le llevó nueve años de intenso trabajo, de muchas meditaciones, de no poco estudio para acertar en el método y en la forma que menos dificultades y más garantías ofrecieran. La edición apareció en 1781, y entró en vigencia inmediatamente, con lo que “Uniformose entonces en todas las partes la vida común; pudieron corregir muchos abusos que se habían introducido; restablecieron algunas prácticas que habían caído en desuso; la ley escrita reguló las prácticas tradicionales unificándolas, y llegando a conocimiento de todos la ley reguladora de la vida religiosa, quedó muy expedita la acción de los Superiores para asegurarse en todas partes la regular observancia”.¹¹³ Es un volumen de 387 páginas de 174 por 109 mm, en el que además del texto de las Constituciones que escribió San José de Calasanz. En cada capítulo se insertan por vía de notas las aclaraciones o mitigaciones decretados por los Soberanos Pontífices, o por los Capítulos Generales, y se han añadido las Reglas Comunes, los ritos particulares y los cánones penitenciales. Todo lo cual, advierte la portada, se ha extractado de los autógrafos y lugares auténticos, y reproducido en sus mismas palabras. En el permiso para imprimir el volumen, refrendado por el Asistente General y Secretario de la Congregación, Constantino Jakucewicz, el P. Cayetano Ramo se declara autor de la compilación que ofrece a sus religiosos.

La encabeza una Circular que refiere la historia de la edición, los esfuerzos y votos presentados a diferentes Capítulos Generales para que se publicaran las Constituciones, el ensayo que se hizo con la aparición de la Sinopsis, que jamás gozó de autoridad, porque los Capítulos Generales se la negaron justamente, pues “carecía de las constituciones autógrafas de Nuestro Santo Fundador, y en su lugar se pusieron ciertas sentencias breves, tomadas de las Constituciones y elegantemente acomodadas, pero que no merecían otra fe que la que el escritor tuviera”.¹¹⁴ Parece que del Capítulo General de 1736 iba a salir el ansiado volumen, pero como se encomendó a una comisión que debía nombrar el P. Prepósito, y no resultó fácil ni práctico reunirla, y por otros inconvenientes ignorados, nada se hizo. Reproducidos los votos y anhelos de la Orden, en el Capítulo de 1772, se aprobó por la unanimidad de los votos, que se editara de

¹¹² Necrología del P. Cayetano Ramo.

¹¹³ P. Llanas, lugar dicho, páginas, 209/210.

¹¹⁴ Constituciones, página 6.

una vez por todas. Y, aleccionado el P. Prepósito por la experiencia pasada, determinó cargar él personalmente con el trabajo y con la responsabilidad de cumplir lo aprobado.

Se pregunta el P. Ramo si la publicación será del gusto de todos los escolapios, y se adelanta a creer que no, que habrá quienes alabarán el intento en sí y lo reputarán necesario, pero que piensen que serviría para desprestigiarnos ante los extraños que vean el texto del Santo Fundador y a su pie las acotaciones y mitigaciones impuestas por los Capítulos Generales. Otros veían dificultades en la diversidad de estilo de los diferentes Capítulos, en la falta de unidad y de elegancia, lo que cederá en descrédito de nuestra Orden, consagrada a la enseñanza de la lengua latina. Contesta al primer reparo con la historia y con el sentido común en la mano. Este le dice que todo cambia en la vida; y aquella le enseña que la Iglesia, las Órdenes Religiosas, las instituciones humanas, todas han modificado, suprimido, mitigado leyes que o habían caído en desuso, o que no resultaban prácticas, por este o por aquel motivo. Nadie nos creería si afirmáramos que observamos al pie de la letra lo que escribió y mandó San José de Calasanz en las Constituciones. Se fija en particular en la pobreza, y recuerda que en vida del Santo Fundador y en su presencia se acordó mitigarla, porque no era posible vivir de limosnas religiosos que estaban todo el santo día en la escuela; y añade que la misma Santa Sede ordenó se mitigase regla tan rigurosa. Cita a los Papas que espontáneamente, por propia iniciativa, han introducido ciertas modificaciones en el hábito, y han moderado algo del rigor de las Constituciones, y concluye que no debe admirar a nadie que los Capítulos Generales hayan propuesto y decretado algunas mitigaciones. “Creemos poder afirmar verdaderamente que, aunque muchas cosas se haya mitigado, queda aún en nuestras Constituciones y Reglas tanta severidad de la disciplina que, si las observamos fielmente nada tendremos que envidiar, mayormente a algunas Órdenes más severas”.¹¹⁵

Al hacerse cargo del segundo reparo, aparte de afirmar que no ha hecho más que cumplir lo mandado por el Capítulo General de 1700, cuando ordenó que los Decretos se reprodujeran. “per eadem verba ac sunt”, el P. Ramo se muestra un crítico inteligente. Advierte que el cambio de palabras involucra la modificación de los conceptos, y entonces, ¿qué autoridad tendrían aquellas, y qué fe merecerían estos? Téngase en cuenta, sobre todo, que este libro se edita no como un texto para la enseñanza del latín, sino para que regule y uniforme la vida de los religiosos de las Escuelas Pías. Con toda su elegancia, la edición expurgada carecería de autoridad, y se repetiría lo que ocurrió con la edición de las Actas y Decretos de los Capítulos Generales, tirada en la imprenta de Zempel, el tipógrafo de la Orden en Roma. Se le encomendó a uno de los nuestros, humanista excelso, que diera unidad al estilo y forma elegante a los mencionados Decretos y Actas. Realizó un trabajo literalmente impecable, inobjetable, pero que reflejaban las ideas del autor, y ya no contenía el pensamiento auténtico de las magnas Asambleas de la Orden. Los Superiores no se atrevieron a presentar al Capítulo de 1754 aquel magnífico trabajo, porque les constaba que el autor había usado de su arbitrio y criterio personal más de lo que era justo, y lo retiraron condenándolo al olvido.

Termina la Circular explicativa con una cálida exhortación a los religiosos para que se consagren con todas sus fuerzas a la fiel observancia de las Reglas, porque no son justos en la presencia de Dios los que oyen la ley, sino que serán justificados los que la cumplan. Como muestra del sentir del P. Cayetano Ramo, y del vigor con que expresa sus ideas en latín, copiaremos sus últimas palabras. “Vox interim, quod reliquum est, pro nostri Muneris ratione adhortamur, ut ad ea omnia, quae ad aeternam vestram salutem praescripta sunt, observanda studiose incumbetis,

¹¹⁵ Constituciones, edición de 1781, página 13.

ac ómnibus viribus contendatis. Si quidem optimarum Legum instituta, ni si rite custodiantur, pro nihilo aventur; neque satis est ea libro consignari, sed oportet altius in corde defigere”.¹¹⁶ Vosotros en tanto, por lo que resta, os exhortamos en razón de nuestro cargo, a que os consagráis atentamente a observar todas las cosas que están mandadas para vuestra eterna salvación, y que lo intentéis con todas vuestras fuerzas. Las prescripciones de las mejores leyes no sirven para nada si no se cumplen; y no basta consignadas en un libro, sino que conviene fijarlas en el corazón profundamente.

Cumplido su generalato, el P. Ramo regresa a España

Terminado el duedenio de su generalato, el P. Cayetano regresó a España, a ser uno de tantos religiosos, sin usar de exenciones o prerrogativas. Podía regresar satisfecho de lo que había trabajado por la Orden, y del esplendor a que la había elevado; no por él, por lo que hubiera de acción personal suya, pues no ignoraba que toda nuestra capacidad viene de Dios, sino por lo que había contribuido a prestigiar el Instituto con sus talentos, con sus virtudes, con sus ejemplos, y con sus disposiciones. Hombre modesto, se preocupaba de esconder sus buenas cualidades, y no tenía aspiración alguna a los honores. Sin embargo, lo buscaban y perseguían, porque el mérito verdadero se impone inconscientemente a la consideración de nuestros semejantes. Quien esté adornado de valores legítimos, sin quererlo ni buscarlo, se verá solicitado por los honores. Es lo que le sucedió al P. Ramo, hombre extranjero y nuevo en Roma, que permanecía en su casa, consagrado a su santificación, al gobierno y al esplendor de las Escuelas Pías y a redactar la obra de las Constituciones. Y allí, en su retiro, donde ni envidiado ni envidioso trabajaba pensando en Dios y en sus religiosos exclusivamente, fue a buscarlo un Motu proprio del Papa Pío VI, que lo nombraba Examinador de Obispos. “El Santísimo Vicario de Jesucristo Pío VI, Pontífice Máximo, que de Motu proprio designó Examinador de Obispos al P. Cayetano Ramo, hombre forastero nuevo en Roma, y muy ajeno a procurarse honores, sin otra recomendación que la de su sabiduría y la de su virtud, conocía bien el brillo de su juicio y de su equidad en la Doctrina Sagrada”.¹¹⁷ Es uno de los cargos más honrosos, y también de los más difíciles, y no dice poco de la preparación teológica del P. General de las Escuelas Pías y del concepto que de él habían formado en la Curia Romana, ese nombramiento que exige en los candidatos una larga serie de cualidades intelectuales, morales y sociales que no suelen reunirse frecuentemente en un mismo individuo. Si el P. Cayetano Ramón merecía tan elevada distinción, significa que se salía de lo vulgar, y que en la capital del catolicismo, donde suelen ser buenos cazadores de hombres, se consideraban, apreciaban y conocían su preparación teológica y canónica, los quilates de su virtud y su ecuanimidad e independencia.

Vuelto a España y establecido en Zaragoza, el ex Prepósito General fue, como lo había sido siempre, modelo de observancia, espejo donde todos podían mirarse, porque era la encarnación de la Regla, que cumplía “a la letra, sin glosa”. Era ya anciano, pues había cumplido 71 años, y parecía un novicio en la fidelidad con que guardaba lo que se disponían nuestras Constituciones. Podía haber usado de alguna mitigación en los ayunos y mortificaciones de regla, pero no se permitió la más mínima libertad que supusiera un privilegio; podría haber hecho valer su condición de ex General para algunas exenciones y dispensas, y precisamente ese hecho era para el P. Ramo razón eficaz para mostrarse exigente consigo mismo; podría por motivos de edad haber remitido algo en el rigor de la observancia, y eso mismo era estímulo poderoso de su voluntad y acicate de su espíritu para mostrarse más celoso en la guarda de la regla.

¹¹⁶ Ibídem, pág. 15/16

¹¹⁷ Necrología del P. Ramo, en el lugar citado.

Todavía vivió once años después de su vuelta a España, viviendo con la mayor sencillez, sin que en sus obras en sus palabras hubiera nada que recordara los cargos que había desempeñado y las dignidades que había obtenido. Si grande se mostró el P. Cayetano Ramo durante los doce años que gobernó las Escuelas Pías, más grande aún se mostró durante los once que sobrevivió en su retiro de Zaragoza. El autor de su necrología, que sabía dar a las palabras la plasticidad del mármol y la clara concisión de un escritor clásicos, resume en unas pocas frases, que son otros tantos poemas de fidelidad a Dios y a la Regla, la vida del P. Cayetano en Zaragoza, después del cariñoso recibimiento que la Provincia hizo al hijo esclarecido. “Felizmente cumplido el duodeno de su generalato, la Provincia de Aragón abrazó con singular benevolencia, piedad, amor y con los debidos honores, al Padre óptimo que volvía a España, y durante once años completos ha admirado que, condecorado con tantos y tan grandes cargos, viviera la vida privada, usara de la mesa común, asistiera con toda diligencia a los ejercicios espirituales, y adelantada a todos en la observancia religiosa”.¹¹⁸ Así, siguiendo estas normas de vida, siendo luz de sus hermanos y ejemplo viviente del perfecto escolapio retirado y humilde, encomendándose a Dios y preparándose para la muerte, transcurrieron los once años que aún pudo gozar la Comunidad de Zaragoza de la presencia y del honor de albergar en su seno a tan excelente religioso.

Murió como mueren los santos, con muestras de gran piedad, con una total entrega al querer divino; con una esperanza firme en la eterna salvación; con los nombres de Jesús y de María en los labios y en el corazón; fortalecido con los Santos Sacramentos, y rogando una y otra vez a los presentes, él, que a todos había colmado de beneficios, que le perdonasen. La serenidad de los justos se reflejaba en sus facciones tranquilas y en el abandono en las manos de Dios, a pesar de los dolores que la gangrena le producían. Le rodeaban sus hermanos, que le acompañaban con sus oraciones y sus lágrimas, y expiró plácidamente en el Señor el día 3 de julio de 1795, en el día precisamente que se cumplían 66 de su toma de hábito en Tramacastilla. Contaba 81 de edad, y era el decano de la Provincia.

Escritos del P. Cayetano Ramo

Se puede distinguir entre los que vieron la luz pública y los que permanecieron inéditos en nuestros archivos. Latassa, o su continuador, al iniciar la bibliografía del P. Ramos, dice que “se apreciaron sus conocimientos en las humanidades, la filosofía, teología y oratoria sagrada, juntamente con otros que poseyó de otras ciencias”.¹¹⁹ Los escritos impresos del P. Cayetano Ramo, que cita y recuerda Latassa y que nosotros conocemos, excepto los dos sermones, son por orden de publicación los siguientes.

1. Oración fúnebre que dijo en las reales exequias que celebró la M.N. y L. Ciudad de Alcañiz a la feliz memoria de su Rey el Señor Felipe V el Animoso, que publicó la misma ciudad e Imprimió en Zaragoza en la oficina de Francisco Moreno, Año 1745, en cuarto.
2. Oración panegírica que en los solemnes cultos que a su Protectora y Patrona Santa Bárbara, Virgen y Mártir, obsequio el muy ilustre Cuerpo de Artillería en la iglesia parroquial de San Felipe y Santiago de Zaragoza, en el día 4 de diciembre de 1755. En esta ciudad, en cuarto.
3. Explicación de la Doctrina Cristiana, según el método con que la enseñan los Padres de las Escuelas Pías a los niños que frecuentan sus escuelas, dispuesta en forma de diálogo entre

¹¹⁸ Necrología.

¹¹⁹ Bibliografía antigua y nueva de escritores aragoneses de Latassa, aumentada y refundida en forma de diccionario bibliográfico-biográfico, por Miguel Gómez Uriel. Tomo 3º. Zaragoza imprenta de Calixto Ariño. Coso 100, 1886, página 23, primera columna.

maestro y discípulo. Zaragoza, por Francisco Moreno, 1759, en octavo. 336 páginas. Ha tenido innumerables ediciones.

4. Relación encomiástica de las demostraciones festivas con que el Colegio de las Escuelas Pías de Zaragoza festejó a su glorioso Patriarca San José de Calasanz, con motivo de su solemne Canonización, desde el 24 de octubre hasta el 3 de noviembre de 1767. Zaragoza, por Francisco Moreno, 1768. En cuarto, de 128 páginas.
5. Constitutiones Religionis Clericorum Regularium Pauperum Matris Dei Scholarum Piarum. Romae, 1781 Juan Zempel. Un volumen de 387 páginas de 174 por 109 mm, no en folio, según afirma Latassa.
6. Otros papeles y sermones de conocida instrucción.
7. Método uniforme de las escuelas de la Provincia.

Además de esta labor literaria impresa del ilustre ex General de las Escuelas Pías, hay bastante producción inédita, parte de la cual hemos aprovechado en este ensayo biográfico, parte cuando nos hemos ocupado del P. Ramo como Provincial de Aragón, y parte que debe andar dispersa o catalogada en nuestros archivos y bibliotecas. Podemos, pues agregar a la producción literaria del P. Cayetano Ramo que ordinariamente se cita.

1. Varias circulares a los religiosos de su jurisdicción como Provincial, recordándoles sus obligaciones sobre ciertos puntos de las Reglas.
2. Defensa pacífica del Catecismo, manuscrito de 57 páginas en folio. Los Padres Rabaza y Aznar la reducen a menos de la mitad, tal vez porque cuentan nada más que las destinadas a la defensa propiamente dicha.
3. Circulares latinas enviadas a toda la Orden sobre puntos de observancia y disciplina, en su carácter de Propósito General de la misma.
4. Sermones y panegíricos varios cuya existencia suponemos, aunque no la conocemos, pero predicando como lo hacía, es muy verosímil que escribiera, al menos en su juventud, sus oraciones, y que anden perdidas o sin catalogar por nuestras bibliotecas.

Por lo expuesto, se ve que este ilustre hijo de Lechago fue uno de los escolapios más brillantes de la Orden, e indiscutiblemente la figura más destacada de nuestra Provincia de Aragón en los pasados y en los presentes tiempos. Por su figura propia, por sus maneras distinguidas, por sus talentos sobresalientes, por su bondad ingénita, por su mansedumbre en el trato con los demás, por sus virtudes religiosas y sacerdotales, el P. Cayetano Ramo es acreedor a nuestra admiración, y le corresponde ocupar a justo título un lugar eminente en esta galería de CLAROS VARONES en nuestra Provincia, y convenía extenderse un poco en diseñar su semblanza, porque sus obras lo merecen; porque sus virtudes lo exige; porque los cargos que ha desempeñado lo reclaman; y porque lo discutido que fue su catecismo, por causas ruines e intereses materiales, pedía a gritos que se disiparan las sombras que una censura parcial pudiera haber echado sobre esa egregia personalidad de las Escuelas Pías.

Aquí quedan estas páginas en las que hemos volcado todo nuestro cariño a quien conocemos desde que aprendimos a leer y pusieron su catecismo en nuestras manos, y toda nuestra admiración al escolapio ilustre, al Superior prudente, al Provincial celoso, y al General afortunado que llevó la Orden al pináculo de su gloria. No creemos que esa admiración haya deslumbrado nuestra mente, ni que aquel cariño nos haya cegado hasta influir en nuestro juicio, Pues tratamos de ser objetivos y de mantener nuestra independencia de criterio. Es, por otra parte, tan grande el P. Cayetano Ramo, resulta tan colosal por sus obras y por sus virtudes, que por mucho que se diga de él, siempre se quedará por debajo de lo que se merece. Es una de esas figuras históricas que, en el medio en que Dios las ha colocado, llenan toda una época de

la que son una expresión y símbolo. El P. ex Prepósito fue en las Escuelas Pías, en el período de su mayor esplendor, en su Siglo de Oro, la personalidad representativa de las mismas, el motor que impulsaba todas sus actividades, y el eje en cuyo entorno se desenvolvían todas sus empresas. Ponemos, pues, punto final a esa biografía abreviada, pero algo extensa, de un escolapio eminente cuyas gestas se prestan para escribir un libro interesante que, por desgracia, nunca llegará a componerse. Que este ensayo supla, al menos en la medida de lo posible, a esa vida extensa.

Capítulo III. Ilmo. P. Melchor Serrano de San Nicolás, Obispo de Arca

Primeros años, Noviciado y Juniorato



Bádenas, humilde pueblo de la actual provincia de Teruel y arzobispado de Zaragoza, fue la cuna de este escolapio eminente, que por sus talentos, méritos y virtudes fue elevado a la plenitud del sacerdocio. Perteneciente a una familia honrada y cristiana a machamartillo, recibió una educación esmerada; y cuando, llamado por Dios al estado religioso, intentó ingresar en las Escuelas Pías, tropezó con la oposición irreductible de su padre, que le negó su permiso para vestir la sotana calasancia. Por lo visto, este no conocía bien a su hijo y los quilates de su virtud, ni la reciedumbre de su carácter, ni el valor cristiano que poseía para seguir el llamado divino, desafiando todas las iras paternas. En efecto, había cumplido ya sus 18 años, era tiempo de tomar una

resolución que orientara su vida. Y un buen día “ut Ordine nostro nomen daret a Deo vocatus, ne Dei iussa tantillum retardare, insciis parentibus habitum nostrum in hac Aragoniae Provincia suscepit, atque patris minas, qui eum a sancto proposito evertere conabatur, ut divinae voluntati obtemperaret, nihil fecit”.¹²⁰ Para dar su nombre a nuestra Orden, a la que se sentía llamado por Dios, para no retardar lo más mínimo los mandatos divinos, sin conocimiento de sus padres, recibió nuestro hábito en la provincia de Aragón, y no hizo caso de las amenazas de su padre, que se empeñaba en apartarlo de su santo propósito, con el fin de obedecer a la voluntad divina. Una vocación así probada debía florecer naturalmente en las más exquisitas virtudes, y manifestarse en un fervor extraordinario durante el noviciado. Y eso fue, efectivamente: el joven Melchor Serrano de San Nicolás vivía para santificarse, para observar con toda fidelidad las santas reglas, para desprenderse de los hábitos y costumbres del siglo y adquirir los de la más severa disciplina regular, para despojarse del hombre viejo y vestirse del nuevo. Semejante tenor de vida debía cuajarse en una perfección cristiana, que hizo del novicio Serrano el modelo, no ya de sus compañeros, sino de los mismos profesos. Más que correr, volaba por las vías de la vida religiosa, y no es extraño que al año de vestir la sotana, los superiores lo juzgaran digno y suficientemente preparado para emitir los votos. Había recibido el hábito de manos del P. Alejandro Castillazuelo de San Antonio Abad en Peralta el día 8 de julio de 1756, y el mismo le recibió la profesión el 6 de octubre del año siguiente. En una breve frase compendia su necrología las disposiciones del novicio durante los meses de probación y en el momento de unirse a Dios indisolublemente por medio de los votos religiosos: “Tyrocinio summa cum laude exacto, atque solemne votorum professione ingenti animi laetitiae emissa”, terminado el

¹²⁰ Necrología, en el Archivo del Colegio de Zaragoza, cartapacio 6.

noviciado con suma alabanza, y emitida la solemne profesión de los votos con gran alegría de su alma, fue dedicado a los estudios.

Esos abrazaban, entre nosotros, lo fundamentalmente profesional, que preparaba a nuestros juniors para la función docente, y lo específicamente eclesiástico, que los habilitaba para el sacerdocio y para los diferentes ministerios que le son propios. Los primeros estudios especializaban en el culto de las Humanidades y de los conocimientos afines, porque ellas eran lo céntrico de la enseñanza de nuestros colegios, y alrededor de ellas giraba la cultura que se estimaba y apreciaba. El primer ciclo de estudios de nuestros neoprofesos era profundizar y conocer bien a los poetas y prosistas latinos, y lo hacían con interés y cuidado, puesto que para la mayoría había de constituir la materia de enseñanza de toda la vida. Como un complemento de estos estudios, y a modo de preparación de los teológicos, seguían los cursos de filosofía, que eran hechos también con miras prácticas relacionadas con la enseñanza. Se coronaba la carrera con los años de teología, y entonces se consideraba al escolapio preparado para recibir las órdenes sagradas y para iniciar su magisterio.

El joven Melchor Serrano se consagró a la adquisición de todos estos conocimientos por motivos religiosos y a impulsos de un ideal elevado. Puso en ello sus talentos no vulgares y su recia voluntad; y así aprovechó tanto, llegó a dominar de tal suerte esas materias, que pudo enseñarlas con honor apenas terminado sus estudios. *“Humaniorum litterarum atudio Philosophiae deinde, et Theologiae admotus, adeo in his disciplinis, quo erat ingenio, profecit, ut eas per plures annos in variis Provinciae nostrae Domibus, et nostris et exteris non sine magna sui atque ordinis commendatione tradiderit”* ¹²¹. El joven Melchor Serrano fue, pues, un estudiante aplicado, como había sido un novicio fervoroso. Es lo que tenía que ocurrir, dada su contextura espiritual. Religioso estricto en el cumplimiento del deber, tenía naturalmente que consagrarse al estudio con toda la intensidad de que era capaz, y con el interés de quien no ignoraba cuánto necesita la ciencia el escolapio como maestro y como sacerdote fiel que aspiraba a ser un ministro del Altísimo, adornado de todas las virtudes y enriquecido con el tesoro de la ciencia sagrada, y un profesor en posesión de los conocimientos necesarios para honrar la cátedra que le fuera confiada, no podía descuidar el estudio durante su carrera.

Ese afán por aprender y el empeño que mostraba en adquirir los conocimientos humanos no fueron razón para que descuidara la práctica de la virtud, ni pretexto para cortar las alas a su espíritu, ávido de remontarse a las altas regiones por donde se ciernen las almas superiores. Si el junior Serrano se afanaba en perfeccionar la inteligencia, el religioso no descuidaba lo atañadero a la disciplina de la voluntad para su santificación y para la educación de los futuros alumnos. Así progresó en la virtud y avanzó por las vías de la perfección hasta poder ser presentado como modelo de los más adelantados.

Magisterio del P. Serrano

Valencia fue el principal centro de acción del joven escolapio. Su Colegio primeramente, y el Seminario Andresiano después fueron las palestras de su magisterio y los testigos del celo que ponía en la educación de los niños, y de la habilidad que tenía para transmitirles los conocimientos. El P. Serrano, que sabía que el ministerio docente es para el escolapio objeto de un voto, y que constituía por lo mismo un acto de religión, trabajaba en la escuela con fervoroso entusiasmo: conocía el valor de las almas que le eran confiadas, y se esmeraba en formarlas y hermosearlas hasta que por sus múltiples facetas reflejaban todas las virtudes. Se reveló como

¹²¹ Necrología citada, en el lugar dicho.

un maestro consumado y como un educador celosísimo; y a la manera del diamante que se revela por sus destellos, el P. Melchor Serrano se impuso al respeto de la consideración de los demás, de propios y de extraños, por el brillo de sus obras. por los frutos maravillosos de sus afanes de educador y de maestro. Hay cosas que no se pueden ocultar por mucho que uno se lo proponga, porque las empresas que realiza se encargan de ponerlas de manifiesto. Es lo que ocurrió con el P. Melchor de San Nicolás; era tan brillante en su trabajo en clase, y resultaban tan exquisitos los frutos de su educación, que bastaba conocer a sus discípulos para comprender los quilates de virtud y los tesoros de sabiduría que adornaban a su maestro. Eso movió al Arzobispo de Valencia, D. Andrés Mayoral, a confiarle la dirección del Seminario Andresiano, que acababa de erigir desde sus fundamentos. Y por cierto, que no se equivocó en su elección y en las esperanzas que en ella cifraba, pues el P. Serrano dio completa satisfacción a los anhelos del Prelado, ya que se concilió el amor y el respeto de los colegiales, conquistó grandes alabanzas para nuestro Instituto, y todos los consideraban benemérito del mismo. “Pero lo que más recomienda su prudencia, la suavidad de sus costumbres, el amor a nuestro Instituto, las restantes dotes preclaras de su ánimo, es que el Ilmo. Y Rmo. Dr. D. Andrés Mayoral, Arzobispo de Valencia, nunca nombrado por nosotros sin muestras de gran honor, pusiera al frente del gobierno del Seminario Andresiano, recientemente erigido por él desde sus cimientos, para la óptima educación de los jóvenes nobles a nuestro P. Melchor, todavía joven y apenas ordenado de sacerdote”.¹²²

Era una experiencia un poco peligrosa, de la que, sin embargo, el joven escolapio salió con honor para él, con lustre para el Colegio y con gloria para la Orden. La inexperiencia, por un lado, el envanecimiento, por otro, eran escollos serios y ciertos, podían amenazar a aquel maestro novel y malograr definitivamente a un joven que se presentaba como una esperanza de la Escuela Pía. Pero su virtud sólida conjuró el peligro de la vanidad, y su talento despejado le enseñó la forma de desenvolverse en aquel medio que no carecía de complicaciones, y donde un error podía significar la muerte del Internado. El P. Serrano, joven en los años, demostró ser hombre cabal en la madurez de su juicio, en la rectitud de sus costumbres, en la seriedad de su continente, en el gobierno severo y moderado del Seminario, en el trato afable que daba a los colegiales, en la forma práctica, con que organizó e Andresiano. Era la condición para mantener el crédito de que gozaba aquel plantel de educación, y no solo lo mantuvo, sino que lo aumentó notablemente. Por eso escribimos y hacemos nuestras estas palabras del P. Eduardo Llanas: “No salieron fallidas las esperanzas del Señor Arzobispo. El Seminario Andresiano, bajo la dirección del P. Melchor Serrano, adquirió en breve una reputación inmensa, y a él acudían en busca de una sólida instrucción literaria y de una esmerada educación social y cristiana los hijos de las familias más aristocráticas”.¹²³

Ordinariamente, la obra de un Colegio es el fruto de la colaboración del profesorado y de los directores con el Rector; pero nos faltan casos en que hay superiores de tan recia personalidad, de cualidades morales tan insinuates, de condiciones intelectuales tan brillantes, que lo llenan todo, que arrastran las voluntades y sojuzgan los caracteres más refractarios, y son la fuerza que da cohesión al todo, el alma que anima todas las actividades del Colegio. El P. Melchor Serrano pertenecía a esa clase de seres privilegiados, y con su ejemplo, con su palabra, con su entusiasmo, persuadía a todos y convertía en colaboradores decididos a cuantos lo rodeaban y acompañaban en el gobierno del Seminario Andresiano. Sin afirmar en absoluto que el vuelo que cobró y los progresos que realizó se debieron exclusivamente a su acción personal, es

¹²² En el mismo lugar.

¹²³ Escolapios Insignes. Tomo 4º, capítulo XXXII, página 265.

indudable que mucho del prestigio que cobró fue efecto de aquella dulzura de carácter y de aquella bondad que ponía en el trato con los niños y con sus familias, sin atribuir a su influencia exclusiva la cantidad de colegiales que llenaban el Andresiano en demanda de educación y de enseñanza. Es evidente que gran parte de aquella afluencia era la concreción de los sentimientos tan humanos que afloraban en sus obras y en sus palabras. La bondad hace más que el talento en el empeño de conquistar voluntades; pero cuando a un corazón delicado se suma una inteligencia robusta, entonces el educador realiza prodigios. Que es lo que hizo el P. Melchor, como lo afirma su necrología en esas palabras que ya hemos recordado: “De tal manera se portó en el cargo de Director del Artesiano, que se concilió admirablemente el amor de todos los colegiales, engendró gran alabanza para nuestro Instituto, y todos lo llamaban benemérito del mismo. El P. Serrano había cumplido fiel y exactamente los deberes de Director del Seminario Andresiano, y dado plena satisfacción a los propósitos del fundador y a los anhelos de las familias de los educandos. Sobre todo había formado en su escuela a otros educadores capaces de recoger su herencia y en condiciones de continuar su obra en el internado de las Escuelas Pías de Valencia.

Honores dentro y fuera de la Orden

En 1778 en la renovación de superiores que se produjo en toda la orden en el celu que era el rector de Valencia. ¿Fue cumplido? Hola mugido con la dignidad de provincial y el Melchor Serrano recibió el nombramiento rector de esa casa en la que tanto había trabajado. Y que era tan querida y tan conocida. Quien tanto se había afanado por mantener y acrecentar el prestigio del seminario Andrés Ilano. ¿Y quién no había perdonado sacrificios para que fuera? Tal como el arzobispo fundador. Lo había soñado. Al tener sobre sí la responsabilidad del Colegio y de la Casa. No había. ¿De descuidar nada que pudiera afirmar la nombradía conseguida, conocía el valor? De las almas sabía la importancia del Tesoro que debía guardar y no ignoraba la magnitud de los intereses que se le confiaban y hombre de conciencia delicada y de un concepto claro de su responsabilidad. Todos los cuidados y toda la diligencia puestos al servicio de los colegiales de la Iglesia y de los alumnos del Colegio, habían de parecerle pocos para defender su inocencia y para adornarlos con las hermosas virtudes.

Es lo que dijo el Serrano durante los 11 años y estuvo al frente de los vecinos de la Casa de Valencia. Tenía también confiados a su celo los intereses materiales y Morales de la misma. Debía velar por la defensa y el incremento de estos y no podía olvidar aquellos. La observancia de las reglas, la vida espiritual de los religiosos, sin la fe, nada de provecho podía hacerse con los alumnos. “Consultor provincialis ac Rector valentinus renunciatus Praepositum Provinciale consilio plurimem iuvit, regularem observantiam qua verbo, qua exemplo promovit, rem familiarem in modum auxit, Scholarum nostrarum laudem et Seminarii Andresiani splendorem ac dignitatem suis opera, studio ac diligentia egregie amplificavit”¹²⁴. Hola nombrado consultor provincial y rector Valencia ayudó mucho al propósito provincial. Con sus Consejos promovió la observancia regular ya con su palabra, ya con su ejemplo, aumentó el patrimonio familiar en forma admirable. Y amplió el regimiento el prestigio de nuestras escuelas y con sus obras, con sus estudios y diligencia, el esplendor y la dignidad del seminario. Andrés Siano.

En esto el Melchor era 1 de los primeros valores de la provincia y se había convertido en una de sus figuras más calificadas. Así lo dio a entender el capítulo provincial de 1783 al elegirlo vocal para que al año siguiente. Día de celebrarse en Roma toda la orden. Todavía le esperaban

¹²⁴ Ibidem.

mayores honores en la provincia y quién sabe si en la orden de no haber sido promovido a la dignidad Episcopal, pues iba el primero en terna para el próximo provincialato. Era una de las bellas esperanzas de la provincia de Aragón y seguramente que muy pronto hubiera regido sus destinos, virtudes y cualidades poseía para influir muy decisivamente en el presente y porvenir de las escuelas pías de España. Y ese escolapio de cuyas virtudes, prestigio, talento y consumada prudencia tanto esperaba la escuela tía murió en cierto modo para ella el día en que fue promovido al episcopado.¹²⁵

Hoy, fuera de la orden, también persiguieron los honores al Melchor de San Nicolás. De la hispano de Valencia y un poco más tarde censor de las causas de fe y desempeñar ambos cargos con tanto celo y actitud que el arzobispo doctor Francisco Fabián y fuero, que le profesaba gran estimación, aumentó en grado. Increíble del aprecio y la benevolencia con que le distinguía. Serrano, ideas de los que están convencidos de que el honor humus de que todo implica una carga. Y este, quien lo acepta, debe ser con la obligación implícita de corresponder a él, poniendo a su servicio todos los talentos y todas sus energías. El Melchor de San Nicolás llenó esos cargos entregándose sin reservas al desempeño. Las funciones que les eran propias, cuanto era y cuanto valía su inteligencia y su voluntad. Su triunfo fue su descanso. Todo estuvo a disposición de los grandes intereses de la Iglesia y así resultaron brillantes y valiosas los trabajos que realizó como examinador y como censor. Rafe. Diocesano tanto satisfizo al señor Fabiani fuera y de qué manera se ganó su estimación, y al grado que cuando por razón de su edad avanzada y de los achaques que traen los años, hubo de pensar en un colaborador que le ayudara a levantar las cargas de su oficio. Siendo Valencia tierra fecunda en ingenios y habiendo en su Catedral, Universidad y clero tantos sacerdotes dignísimos, no se fijó más que nuestro Melchor para que fuera un obispo auxiliar en el Gobierno de la Iglesia Valentina. *“Cum ob virium imbecillitatem et corporis aegritudinem onus sibi impositum ferre vix posset, ac de Adjutore sibi fideli, quocum administrationis curam partidetur, deligendo cogitare; hunc unum inter viros beme multos, quibus Urbs Valentia abundat, virtute, ingenio, ac doctrina praestantes, in partem sollicitudinis absciverit”*¹²⁶

Una vez consagrado obispo, el 30 de noviembre de 1789, continuó viviendo con nosotros como 1 de tantos, sin otra diferencia que la del cambio. De la sotana Calasancia por las Insignias Episcopales hasta que tuvo su casa y habitación propias en el seminario que había fundado, señala arzobispo. Conocedores de de las prendas que adornaban a su obispo auxiliar y de la habilidad que tenía en la dirección de internados y en la formación espiritual de los jóvenes, lo nombró rector de ese establecimiento eclesiástico, plantel de vocaciones en el que tantas esperanzas cifraba. Y el Melchor Serrano respondió plenamente a los anhelos del señor Fabián y fuero y se consagró con celos. Sacerdotal y con ardor Apostólico, a la obra de formar en lo espiritual, en lo científico y en lo literario, a aquellos jóvenes que un día serían un giro sacerdotes y de cuya acción futura era en cierto modo responsable, todo le parecía poco al rector para. Inculcar a sus seminaristas el amor y el temor de Dios jamás se cansaba de ponderales el valor de las almas y las graves obligaciones que los bancos tienen de Adoctrinarlas, aconsejarlas y ayudarlas nunca cesaba. Es recomendarles la oración, el retiro y el alejamiento del mundo, las buenas costumbres que le sirvieran luego de cuota y contrapeso para las luchas que les esperaban en el ejercicio de sus funciones sacerdotales. Los sacerdotes que salieron de la escuela de Serrano fueron celosísimos y dieron copiosos frutos de piedad y de apostolado en las diferentes parroquias o cargos que sirvieron.

¹²⁵ P. Eduardo Llanas. Lugar citado, página 263.

¹²⁶ Necrología. En el lugar dicho.

Dirigir un seminario no es ministerio específico de un Obispo auxiliar, y el oficio de Rector que el Señor Fabián y Fuero confió al Ilustrísimo Señor Melchor Serrano, de ninguna manera podría ser como ocupación única de sus actividades. Su misión particular era suplir al Señor arzobispo y cumplir aquellas funciones ministeriales que el Prelado no podía desempeñar por sí mismo, por razones de edad y achaques. El P. Serrano visitaba, por lo mismo, la diócesis; administraba el sacramento de la Confirmación; daba órdenes sagradas; gobernaba las casas religiosas; hacía, en una palabra, todo lo que era propio del Prelado titular, pero que este no podía realizar por sus enfermedades y por sus años. Ya se sabe que lo Obispo Auxiliar no es otra cosa que un mandatario y simple ejecutor de las órdenes de su Superior, y el P. Serrano interpretaba tan bien el pensamiento, y realizaba tan fielmente las indicaciones del Señor Fabián y Fuero, que se estableció entre ellos una compenetración tan completa de ideas y de sentimientos que, como de los primeros cristianos, podía afirmarse de ellos que no tenían más que un corazón y una sola alma. No surgió entre ellos jamás una dificultad, ni se produjo una desinteligencia, y las relaciones entre ambos fueron como de padre a hijo. El Obispo Auxiliar fue siempre un intérprete inteligente del pensamiento, y un ejecutor fiel de los mandatos del arzobispo.

Persecución y destierro del Señor Fabián y Fuero

En Terzaga, pueblo del Señorío de Molina y de la diócesis de Sigüenza, vino al mundo el 7 de agosto de 1719, el niño Francisco Javier Fabián y Fuero, que con el tiempo había de escalar las más altas dignidades eclesiásticas que sirvió con fervoroso celo, y había de sufrir también inicu persecución que sobrellevó con paciencia y dignidad ejemplares. Estudió en la Universidad de Alcalá, ganó luego una beca por oposición en el Colegio San Antonio de la Universidad de Sigüenza, donde se graduó en artes y teología, y antes de los 24 años fue rector del mismo y de la Universidad. Ordenado de sacerdote el año 1744, era tanto el brillo de su virtud y de su saber, que se le buscó para que opositara a una de las plazas de colegial del Colegio Mayor de Santa Cruz de Valladolid, como lo hizo, y ganó la beca. Pero disfrutó muy poco de ella, porque unos meses después optó a la Canonjía Magistral de Sigüenza, y habiéndola logrado, abandonó aquella ciudad y se estableció en esta. Durante los siete años de su permanencia en Sigüenza, el señor Fabián y Fuero fue modelo de sacerdotes virtuosos, que edificaba por su vida intachable y por la actividad que desarrollaba en beneficio de sus semejantes. El mismo tenor de vida observó los nueve años que vivió en Toledo, donde tuvo una canonjía. Como campo de acción más amplio, las actividades religiosas y caritativas del Señor Fabián y Fuero alargaron su radio y se extendieron a otros sectores que no había rozado siquiera en Sigüenza. Dirigió varias comunidades religiosas, colaboró con el Cardenal Lorenzana en sus empresas literarias, fundó con él una Academia de Historia Eclesiástica, dirigió el Hospital de Santa Cruz y estableció en él una fábrica de lana, para que los niños expósitos del mismo aprendiesen a prepararla y tejerla, y se pusieran en condiciones de ganarse honestamente la vida cuando salieran del santo asilo.

Presentado para el obispado de Puebla de Los Ángeles en nueva España, aceptó por lo que tenía de abnegación y de sacrificio. Se propuso como dechado a su venerable predecesor, D. Juan de Palafox y de Mendoza, y es indecible cuánto trabajó para cuidar y apacentar el rebaño que Dios confiaba a su solicitud y que la Iglesia encomendaba su vigilancia. No es cosa de seguir al Señor Fabián y fuero en sus andanzas episcopales de América, pues se necesitaría un libro para dar cuenta de sus correrías apostólicas, de su preocupación por los indios, de su atención del clero y del seminario, de su interés por el esplendor del culto y de su celo en fomentar la frecuencia de los sacramentos, de su empeño en que se enseñara a los niños la doctrina cristiana. “En toda la serie de su vida, y especialmente en la de todo su ministerio episcopal, lo veremos un varón justo y un Prelado perfecto en quien se reunió todo lo que se requiere para ser un completo

obispo”.¹²⁷ Ocho años permaneció en México el Señor Fabián y Fuero, siendo como luz que ilumina y que calienta, que iluminaba a sus feligreses con los deseos de su doctrina y que los enfervorizaba con los ejemplos de su santa vida, al cabo de los cuales fue promovido por Carlos III a la sede de Valencia en el año 1772, y estaba en la juventud de su edad y en el pleno desarrollo de sus facultades.

Su vida en Valencia se inspiró en las graves obligaciones que su carácter episcopal le imponía, y no tuvo mayor preocupación que la de servir los intereses y defender los derechos de la Iglesia, de distinguir el bien en torno suyo en todas las formas, y de alimentar a su pueblo con el pábulo de la doctrina cristiana por medio de interesantes pastorales. Era un pastor según el corazón de Dios; le adornaban las más preclaras virtudes, y era preciso que la tentación lo probara. Y la prueba, que fue persecución deshecha sin respeto a sus años y a su investidura, le vino de la autoridad militar de Valencia, cuya actitud, un si es no es ruda, hace sospechar si no habría detrás otros personajes más encumbrados. Terminó con el destierro del octogenario Arzobispo a un pueblo de Aragón, que luego fue su tierra natal, y finalmente, por la devoción que profesaba a San Pascual, Torrehermosa, donde el Santo había nacido. El pretexto de la persecución fue la negativa del Prelado a expulsar a los sacerdotes franceses que caritativamente había acogido. Para atenderlos y cuidarlos, suspendió la construcción de una magnífica sacristía en la catedral, cuyo proyecto había aprobado. La iba a principiar cuando le fue preciso desistir de su ejecución por tener que ejercer la hospitalidad con los pobres sacerdotes emigrantes franceses, de los cuales mantuvo en su Palacio y en varias comunidades a todos los que vinieron, que fueron de pronto 350, asistiéndolos con la generosa caridad que juzgó debida a unos beneméritos confesores de Cristo”.¹²⁸

Entre los papeles que dejó el P. Melchor Serrano hay una colección preciosa que vamos a utilizar parsimoniosamente, cuya importancia reconoció el P. Provincial Tomás Báguena, que escribió lo siguiente: “Los que me ha parecido conveniente reservar a la posteridad, que espero hará de ellos el aprecio que se merecen”. Se había dictado una Real Orden sobre la situación de los eclesiásticos franceses refugiados en España, y se encargó al cardenal Arzobispo de Toledo que la comunicara a todos los Prelados de España. Se determinaba en ella que los Señores Obispos mantuvieran en sus diócesis a los citados sacerdotes durante todo el invierno, y que no se les extendieran pasaportes. El Señor Fabián y Fuero se atuvo fielmente a esta orden, pero el Capitán General de Valencia se empeñó en que se diera inmediato cumplimiento a lo mandado. El Arzobispo se vio “precisado a ceder a las órdenes particulares de aquel Capitán General, opuestas enteramente a lo mandado en la citada Real Orden de V.M. y dirigidas a hacer salir fuera del arzobispado a todos los eclesiásticos franceses destinados a él, como se ha verificado, sin reparar en la ancianidad y achaques de algunos, sin atender a los atentos oficios que le pasó el Muy Reverendo Arzobispo”.¹²⁹ Además de sacerdotes, había en Valencia religiosas francesas, eran Ursulinas dedicadas a la enseñanza que se habían establecido allí con todos los recaudos legales. No importaba eso al Capitán General Enrique de la Roca, que debía odiar todos los

¹²⁷ Sermón fúnebre en las solemnes sequias que celebraron en la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia su Excmo. e Ilmo. Arzobispo y Cabildo en sufragio por el alma de su difunto Prelado, el Excmo. Ilmo y Rmo. Señor D. Francisco Fabián y Fuero, el día 13 de octubre de 1801. Predicado por su Canónigo Penitenciario el Dr. D. Felipe Miralles. Zaragoza, 1802, página 5.

¹²⁸ Sermón fúnebre citado, página 7.

¹²⁹ Archivo del Colegio de Zaragoza, Provincia de Aragón, caja 56, Exposición del Ilmo. Señor D. Melchor Serrano al Rey, de 28 de enero de 1794, en 8 folios.

franceses por el mero hecho de serlo. Se empeñó en que las Ursulinas abandonaran el colegio, y al efecto soliviantó al populacho que invadió el convento en actitud amenazadora.

No pararon en eso las cosas, pues él, desorbitado Capitán General tampoco respetó la morada del Señor Arzobispo, y el mismo día en que asaltaron el convento de las Ursulinas. Cuando “ya estaban cerradas las puertas del Palacio del Arzobispo, llegó a ellas una multitud de tropas armadas con el gobernador interino de aquella plaza, que manifestó quería hablar con dicho Prelado, y conducido a su habitación, le comunicó la inesperada y violenta orden del Capitán General en que le mandaba se mantuviese arrestado en su habitación”.¹³⁰ No pararon en esto las vejaciones al venerable septuagenario, pues se le puso guardia armada, como si tratara de un malhechor peligroso. De nada sirvieron las protestas y representaciones del Señor Fabián y Fuero, que no había agotado todavía la amargura de aquella noche triste. Quiso salir de Palacio, y al llegar a la puerta principal, el retén de guardia le cerró el paso, y fue ultrajado en su carácter episcopal y en su persona, “pues fue detenido por la ropa con tan poca moderación que le llevaron a empujones en tales términos, que a no sostenerlo sus capellanes hubiera caído en tierra varias veces”.¹³¹

No es posible seguir paso a paso los acontecimientos de aquel 23 de mayo de 1793 tan vergonzoso y desconsiderado para con un anciano de más de 70 años, gran figura del clero español y dignísimo Arzobispo de Valencia. Digamos sumariamente que el Señor Fabián y Fuero hubo de encerrarse en sus habitaciones con guardia a la puerta; que fueron descerrajados varios escritorios y puertas; que los soldados robaron lo que quisieron; que profanaron aquel santuario de virtud introduciendo mujerzuelas de vida equívoca que pasaron en él la noche; que le fueron ocupadas sus rentas, y que al fin fue desterrado, varios de sus canónigos encarcelados y el Obispo Auxiliar amenazado de seguir la misma suerte que su arzobispo, la que él abrazó voluntariamente. Hizo un viaje a Madrid a interponer los ruegos por el venerable Arzobispo; presentó el Memorial a que nos hemos referido, y no consiguió otra cosa que la prohibición formal de acompañar y consolar al Señor Fabián y Fuero.

Nos parece muy fútil el pretexto de los sacerdotes y de las religiosas francesas para llegar a las vías de hecho en la forma afrentosa en que lo hizo el Capitán General de Valencia contra su anciano y virtuoso arzobispo. En el fondo y en las sombras, tal vez se agitaran otros personajes y se ventilaran otros intereses, pues no hay ecuación posible entre los hechos Conocidos y las derivaciones prácticas que tuvieron. Tal vez algún día un solícito historiador de las cosas eclesiásticas de Valencia encare el estudio de ese turbio asunto, y dilucidado en sus antecedentes, en su tramitación y en sus consecuencias; en sus fautores, visibles e invisibles, se lleguen a conocer todos los hilos de este drama y se logre saber quién los movía. El tema no es de nuestra incumbencia, pues no entra más que episódicamente en esta semblanza del Ilmo. Señor Padre Melchor Serrano. Vamos a terminar ese tema con unas valiosas palabras de nuestro biografiado, en las que hace al Capitán General los cargos debidos por haber procedido contra el Arzobispo, que no había hecho más que cumplimentar una Real Orden; contra las Ursulinas que estaban en Valencia con licencia superiores, y contra su confesor, que no había hecho más que llenar sus deberes ministeriales. “Si el Capitán General quiso dar así gusto a aquella gente tumultuosa, debió haber reparado antes contra quién iba a obrar; debió haber considerado las funestas resultas que de ello podían ocasionarse contra ambas Majestades; debió haber dictado sus providencias con la prudencia que exige la paz y la unión tan recomendada; y sobre todo

¹³⁰ Ibídem. Memorial al rey del P. Serrano.

¹³¹ Memorial citado.

debió haber manifestado las órdenes superiores, si las tenía, para oponerse tan abiertamente a algo mandado por V.M.”¹³²

Lealtad del P. Melchor Serrano al Arzobispo

En la hora de la tribulación es cuando se conocen las amistades de ley y las que son egoísmo disfrazado. En esos momentos en que todo se presenta oscuro, y cuando dar la cara por el amigo puede ser interpretado torcidamente, es cuando se conocen los verdaderos amigos. Nuestro P. Melchor, Obispo Auxiliar del Señor Fabián y Fuero cuando se desató sobre este la furiosa persecución de que hemos hablado en el capítulo anterior, estuvo al lado de su Arzobispo, habló por él, viajó a Madrid para interceder por él, y escribió valientes Memoriales, que ponían de relieve la inocencia de su superior, y dejaban bien a la vista la arbitrariedad y la pasión con que procedía el Duque de la Roca. Se jugaba en ello su tranquilidad, se exponía a duras represalias, y se preparaba acaso el camino del destierro, como se lo dio a entender el propio Capitán General de Valencia. Pero no se trataba ahora de su persona ni de sus intereses y conveniencias, sino del venerable anciano Arzobispo de la sede valentina, de los fueros de la verdad, y de los derechos de la justicia. Honradamente no podía callarse, y como veneraba a su Arzobispo, estaba tan obligado con él, le debía tantas atenciones como particular, como Obispo y como escolapio, y se interesaban tanto los derechos de la Iglesia, saltó a la palestra y terció en el combate, y se puso del lado del inocente perseguido, olvidado de sí y aceptando de antemano las consecuencias de sus actos. Era lo menos que podía hacer, y no escatimó pasos, palabras, obras ni sacrificios a trueque de aliviar los sufrimientos del venerable Señor Fabián y Fuero.

En dos extensos Memoriales al Rey, que en el fondo son iguales, si bien con más detalle en uno que en otro, el Padre Melchor Serrano hizo objetivamente la historia de los sucesos que tuvieron una Valencia por escenario; expuso los abusos de autoridad del Duque de la Roca y las vejaciones de que hizo objeto al Señor Arzobispo; la huida de éste y su persecución por los satélites del Capitán General; los peligros que corrió y lo mucho que tuvo que caminar el venerable Prelado hasta salir de la jurisdicción del obcecado Duque y descansar algo tranquilo. Fue una triste odisea para un anciano de 75 años que el P. Serrano pinta muy al vivo, a pesar de escribir con naturalidad y sencillez, como cuadraba a quien informaba la verdad de los hechos al Soberano. No fue afortunado en sus gestiones. Por la contestación de Godoy se ve que había en las esferas de gobierno mucha prevención y animosidad contra el Arzobispo de Valencia. “S.M., enterado del contenido de ella (la representación de 28 de enero de 1794), y teniendo presentes los documentos que la acompañan, como igualmente las providencias que se ha visto en precisión de tomar en consecuencia de los excesos de aquel Prelado, se ha servido mandar se responda a V.S. que, como Patrono y Protector de la Iglesia, y Soberano de su Reino, atenderá a sostener su misma justicia, y la ejecutará con cada uno según corresponde a su mérito”.¹³³

También escribió el P. Serrano a Roma, a uno de nuestros Padres, cuyo nombre no da, haciendo una relación sumaria de los acontecimientos referidos, rogando a su anónimo corresponsal que entere al Papa de todo lo que ocurre, y que exponga la situación a los de la Curia para que estén advertidos y tomen las precauciones que los hechos aconsejen. Como dirigido a la Santa Sede, bien que indirectamente, el escrito hace hincapié en la intromisión del Obispo de Orihuela y en el peligro de un cisma. No podemos saber, no conociendo al destinatario de la carta, la influencia que pudiera tener en los centros papales; pero, a juzgar por los hechos, sus gestiones no fueron

¹³² En el mismo lugar.

¹³³ Archivo de la Provincia de Aragón. Oficio del Duque de la Alcudia de 31 de enero de 1794 al Obispo Auxiliar de Valencia.

más afortunadas que las que el Obispo Auxiliar había hecho personalmente ante el Rey de España. Eso no obstante, nada quita a su lealtad al Señor Fabián y Fuero, porque no debemos juzgar el valor de las obras humanas por el éxito de las mismas, sino por el interés que en ella se ha puesto, por la perseverancia e inteligencia con que se ha trabajado, por el celo y el sacrificio que en ella se ha puesto. Y en asuntos como este, en que el elemento sobrenatural es tan importante, menos debemos fijarnos y contentarnos con los resultados materiales, sino que debemos elevarnos hasta las altas regiones de lo divino.

Con todo lo hecho, no queda satisfecha la lealtad del Auxiliar a su Arzobispo, pues parece que quiso imprimir uno de sus Memoriales, para difundirlo sin duda por España y que se conociera la verdad de los hechos que habían llevado al destierro al Prelado valenciano. Necesitaba que brillara la inocencia del Señor Fabián y Fuero, y que quedara patente la maldad de sus enemigos. Pero, por lo visto, eso no convenía a quien así se había ensañado contra un anciano sacerdote, y la autoridad no solo prohibió la impresión, sino que encarceló al impresor que solicitó el permiso para publicarla. “Señor, al tercer día que V.S. salió de esta Corte, se le comunicó a mi amo una orden del Rey dimanada de haber solicitado la impresión de la representación consabida presentada a S.M.”¹³⁴ Parece que a Godoy los dedos le parecían huéspedes, y que veía delitos en el simple intento de publicar unos papeles por las vías legales. Si no le agradaba la publicación, con prohibirla bastaba, pero privar de la libertad a quien no ha cometido ningún delito, ni piensa cometerlo huele a despotismo y a miedo. Quien teme a la luz es porque tiene algo que ocultar. Y esa actitud del omnipotente ministro de Carlos IV, da a entender que no tenía muy tranquila la conciencia en el sonado y escandaloso asunto del Arzobispo de Valencia. Quién o qué se ocultaba tras esto, es lo que no sabemos, pero indudablemente existía una “mano oculta”, moviéndolo todo, según lo decía el P. Serrano en una minuta que se encuentra en el Archivo de la Provincia. Por cierto, que ese retrata tal como lo hemos presentado en el encabezamiento de la misma, “Sería un mal Auxiliar del Arzobispo de Valencia, y faltaría a una de las más esenciales funciones de mi oficio si no lo auxiliara por todos los medios posibles en la tribulación en que se halla, viéndose precisado a ceder a la fuerza el imperio del Capitán General de Valencia, que hace prevalecer sus edictos y mandatos a las expresas y terminantes Reales órdenes”¹³⁵. No era el miedo precisamente lo que le dominaba al obispo de Arca, ni la ingratitud y el olvido florecía en el corazón de este ilustre hijo de San José de Calasanz. Su lealtad hacia el Arzobispo caído en desgracia fue consecuente, y demostró con su comportamiento que el Señor Fabián y Fuero había tenido ojo certero en la elección de su colaborador en las funciones episcopales, porque además de un auxiliar celoso, tuvo un amigo sincero y un hijo abnegado. La lealtad del Padre Melchor Serrano hacia su Arzobispo es algo edificante, que por su firmeza y abnegación merece toda suerte de alabanzas.

En Belchite. Testamento y muerte

Después de la agitación y de los viajes que le impuso el destierro de su Arzobispo, el P. Melchor Serrano halló su refugio y su descanso en Belchite. Su vida fue una preparación para la muerte, hecho todo para todos, consagrado a la oración y a los ministerios episcopales. Si antes había sido Auxiliar del Prelado de Valencia, lo era ahora de todos los Obispos de Aragón, a quienes aliviaba ordenando a los clérigos que se presentaban con las dimisorias en regla, confirmando en esta y en aquella parroquia, según se lo encargaban los diocesanos propios, desempeñando cuantas funciones pontificales le pedían. Esto, por lo que hacía a los ministerios; que en el trato

¹³⁴ Archivo de la Provincia de Aragón, Oficio de 15 de febrero de 1794, al Señor Obispo Auxiliar de Valencia, firmado por Ramón Gómez, empleado del dueño de la imprenta. Caja 56.

¹³⁵ En el mismo archivo y caja, borrador de un Oficio.

con los demás se mostraba como un dechado de todas las virtudes, amable con todos, misericordioso y benéfico con todos. “Deo vacans, et in Aragonensibus Episcopis adiuvandis tum in Sacrorum Ordinum, tum in confirmationis, aliorum episcopalium munerum administratione assiduus omnis omnibus, et exemplar bonorum operum factus, comes in omnes, erga pauperes misericors et beneficus et quasi impendentis mortis praestius, orans atque obtestans ne solus absque aliquo Ordinis nostri socio linqueretur”¹³⁶. Vacando a Dios, y asiduo en la ayuda de los Obispos aragoneses en la administración, tanto de las sagradas órdenes como de la Confirmación y de otras cargas episcopales, hecho todo de todos, modelo de las buenas obras, urbano con todos, misericordiosos con los pobres y bienhechor; y como presintiendo la muerte que le amenazaba, oraba y solicitaba con insistencia que no se le dejara solo sin compañía de alguno de nuestra Orden. Podía nuestro P. Melchor esperar tranquilamente su última hora, puesto que, después de una vida consagrada al servicio de Dios y a la propia santificación, ocupaba el ocaso de su vida en los ministerios propios de su carácter episcopal y en dar a sus hermanos el ejemplo de sus buenas obras

Dispuso antes de sus bienes, y otorgó su testamento ante el notario de Belchite, don Vicente Castro de Gistau, el 12 de diciembre de 1800, después de encomendar su alma a Dios. Expresa su voluntad de ser enterrado en el Colegio de las Escuelas Pías de Zaragoza. Ordena que se paguen todas las deudas ciertas, estuvieran o no comprobadas por escrito, y deja herederos universales de todos sus bienes, muebles o raíces, habidos o por haber, a sus dos sobrinos, Mariano y Pedro Serrano y Burillo. Como legados particulares, dejó para el Colegio de Zaragoza un pontifical blanco precioso y una bandeja de plata; a las Escuelas Pías de Valencia, dos pontificales preciosos, negro y morado, y otra bandeja de plata. A la iglesia parroquial de su pueblo, Bádenas, el pontifical precioso colorado, para que lo usen el día de Santiago; un cáliz, vinajeras, campanilla y platillo, todo de plata. A la parroquia de Belchite, una bandeja y jarra de plata; a la capilla del Santísimo Misterio de Daroca, la mejor de sus albas; al primer escolapio de la Provincia de Aragón que fuere elevado a la dignidad episcopal, le legaba el pectoral precioso de piedras con el báculo, anillo bueno correspondiente al pectoral, y el Libro Pontifical, todo lo cual quedaría depositado en el Archivo de la Provincia hasta que se produjera el caso¹³⁷. A su otro sobrino carnal, Don Antonio Sampela, legaba los breviarios de su uso, y los libros de su biblioteca a María Serrano. Quería que los ejecutores testamentarios gratificaran a su familia, a proporción de los individuos de que cada hogar contara. El resto, después de cumplida la preferente, debía repartirse por partes iguales entre sus dos sobrinos, Mariano y Pedro Serrano y Burillo. Nombraba albaceas y “exonerados de mi alma y conciencia” al P. Tomás Báguena de San José, Rector de las Escuelas Pías de Zaragoza, y muerto él, el que fuera Superior de la misma, y al P. Joaquín Ibáñez de Jesús y María, ex Provincial de la misma Orden.

Antes de transcurrir los 20 días de haber otorgado ese testamento, el 31 de diciembre de 1800 fallecía cristianamente, como había vivido, este digno hijo de San José de Calasanz, que si había visto los honores perseguirle, experimentó también los dolores y las amarguras del destierro, más o menos impuesto, más o menos voluntario. Desde lo alto de la gloria se vio, de la noche a la mañana, precipitado por ser consecuente con su Arzobispo, a una situación humillante, a vivir casi de limosna, ¡Cuántas veces meditaría en la caducidad de las cosas humanas, y en lo fugaces que son los honores que proporcionan las criaturas! Recibió antes de morir los sacramentos de la Penitencia y de la Extremaunción, no así el Viático, porque no lo permitía su estado. El día 1

¹³⁶ Consueta, Archivo del Colegio de Zaragoza. Lugar dicho.

¹³⁷ Se produjo en 1833, en la persona del P. Lorenzo Ramo, nombrado Obispo de Huesca, cuya biografía presenta el P. Clavero más adelante (nota de JB).

de enero de 1801, embalsamado su cuerpo, el cadáver fue conducido a la iglesia parroquial, con la asistencia de todo el clero, de la Comunidad de Padres Agustinos, del Ilustre Ayuntamiento y de todas las cofradías; y depositado en él féretro, se cantó la misa de cuerpo presente y se rezó el oficio de difuntos. Al día siguiente, de acuerdo con las disposiciones de su testamento, fue cerrado en la caja y conducido a las Escuelas Pías por el coadjutor D. Miguel Lecha y otro eclesiástico, quienes hicieron entrega formal y según derecho del cadáver del Señor Obispo al P. Provincial y Comunidad de Zaragoza. Había cumplido los 62 años, de los cuales 33 los había pasado en la Orden. Tales fueron la vida, las obras y las vicisitudes de este gran escolapio de quien no nos queda por decir más que cuatro palabras que recuerdan los escritos que dejó. Pocos y de escasa importancia, porque el Melchor Serrano fue hombre de acción más que de gabinete, y cuando fue sacado de las Escuelas Pías estaba en sazón para haber producido obras que le dieran nombre. Elevado al episcopado, y puesto en otras funciones que absorbían sus horas y su tiempo, ya no tuvo oportunidad y descanso para escribir nada. La biblioteca de la Casa recuerda como escritos del P. Melchor Serrano:

1. De litterarum cum bonis moribus affinitate. Academia, celebrada en Daroca el año 1770, en cuarto.
2. De latinitate cum romana historia cum chronographia et geographia conjungendam. Acto público de Zaragoza, el año 1777, en cuarto.
3. Sermones y papeles sueltos sobre humanidades.

Capítulo IV. M. R. P. Benito Feliu de San Pedro



Es sin disputa el escolapio más ilustre de la Provincia de Aragón durante el siglo XVIII, desde el punto de vista de sus conocimientos y de la influencia que ha ejercido en el progreso de los estudios en España. Ni antes ni después de él ha habido otro que haya descollado tanto ni que haya gozado de un prestigio parecido al suyo. Como el sol se destaca entre los astros, así el P. Feliu se destacó entre sus hermanos escolapios, pues iluminaba a todos con el brillo de sus conocimientos. Diríase que estaba “destinado a ser uno de los principales ornamentos de la Escuela Pía española, a quien sus hermanos de Religión habían de dar aún en vida el apelativo de Grande”.¹³⁸ Por sus vastos y profundos conocimientos; por su habilidad en la educación de los niños; por la sabia orientación científica y por el sello de seriedad y de religiosidad que imprimió al Seminario Andresiano; por las obras que comunicó; por la prudencia y comprensión con que gobernó a sus súbditos; por eso, y por mucho más, el P. Feliu era ciertamente acreedor a ese calificativo, pues resultaba en verdad grande. Grande por su ciencia, por su virtud, por su amor a los niños, por su cariño al Instituto que lo había hecho hombre, el P. Benito de San Pedro merece un pedestal adecuado a su grandeza, para que se ponga de manifiesto en toda su magnificencia. ¡Lástima que no se le pueda consagrar una semblanza acabada, y que solo en escorzo se pueda proyectar su personalidad eminente! Las páginas que siguen son un esfuerzo para presentar un remedo de

¹³⁸ P. Llanas, obra citada, volumen IV, capítulo XXXIV, página 283.

biografía de este hombre de tan variadas e interesantes facetas, y un tributo de admiración a quien fue gloria de la Escuela Pía¹³⁹.

Nacimiento, estudios e ingreso en la Orden

Más de las Matas, población insignificante¹⁴⁰ de la actual provincia de Teruel, fue la cuna de este varón eminente, donde nació el 9 de julio de 1732. Después de haber recibido en su hogar los principios de la religión y de la piedad cristiana, y de aprender en la escuela pública las primeras nociones de lectura y escritura, fue enviado por sus padres a nuestro Colegio de Alcañiz para que, bajo la dirección de los nuestros, cultivara su inteligencia y hermoseara su corazón, puesto que “ya desde sus primeros años manifestó rara disposición para las letras y una inclinación muy decidida a las prácticas de la virtud cristiana”.¹⁴¹ Dotado de grandes talentos, ansioso de saber, enamorado del estudio, y con un concepto cabal del deber, el joven Feliu se consagró con verdadera fiebre a la noble tarea de ilustrar su inteligencia y de adquirir los conocimientos básicos para ulteriores estudios más elevados, para frecuentar con honor y aprovechamiento las universidades. Naturalmente que esto ni él lo pensaba, ni sus propios maestros lo podían prever en esa edad en que todo es una nebulosa en torno del hombre; pero es cierto que aprovechaba el tiempo como un avaro, que estudiaba con pasión, que fijaba con tenacidad en la memoria y con caracteres indelebles en la inteligencia, las enseñanzas que recibía, y que sus progresos fueron admirables, dejando atrás a todos sus compañeros. Paralelos a estos adelantos en las vías del saber fueron los avances que nuestro joven realizó en su formación espiritual. Las ansias de conocimientos humanos no ahogaron en él los anhelos de perfección cristiana, y si corría como gigante en pos de la ciencia humana, volaba cual águila caudal en busca de la divina. “Luego sobresalió entre sus condiscípulos por sus adelantos literarios, a la vez que se recomendaba por la inocencia de sus costumbres y por sus aficiones piadosas”.¹⁴²

Era muy natural que el germen de la vocación religiosa brotara espontáneo y creciera Lozano en aquella alma generosa, y que el ejemplo de sus maestros fuera estímulo para imitarlos y se convirtiera en la fuerza que movió su voluntad para decidirse a pedir la sotana calasancia. Tiempos de fe profunda aquellos, las familias españolas se sentían aún honradas con tener un hijo, sacerdote o religioso; no acostumbraban a poner obstáculos a los que manifestaban deseos de consagrar su vida a Dios, bien en una Orden monástica, bien en el sacerdocio. Suponemos que, por consiguiente, nuestro Benito Feliu, no halló mayores dificultades para el cumplimiento de sus propósitos, ni de parte de su familia, ni del lado de sus maestros. Estos sabían el tesoro que se les entraba por sus fuerzas, y no habían de cerrárselas para impedirle el paso, y aquella no ignoraba los derechos de Dios, y acató resignadamente sus adorables disposiciones. Hizo el holocausto de aquel pedazo de su corazón, y lo hizo con la generosidad y con el abandono de los buenos cristianos. Flor apenas abierta, la vida solícitamente cuidada por sus educadores para que el cierzo de la indiferencia no la helara, ni el bochorno de la pasión la secara; recibió el riego abundante de la gracia por la frecuencia de sacramentos, y fue presto trasplantada de los eriales

¹³⁹ Puede que no tanto como el P. Clavero esperaba, pero un trabajo sobre el P. Feliu (que mereció el premio de un concurso organizado por su pueblo, Mas de las Matas, en 1982, con motivo de los 250 años de su nacimiento) de 77 páginas, obra del que añade esta nota, puede verse en la página Web de Escolapios Emaús, <https://www.escolapiosemaus.org/wp-content/uploads/2026/01/P.Benito-Feliu.pdf> (nota de JB)

¹⁴⁰ No creo que a los masinos les caiga bien este calificativo: en 2025 el Mas contaba 1230 habitantes, lo que para la “España vaciada” no está nada mal. Nada de insignificante, y no solo por el número de sus habitantes (nota de JB)

¹⁴¹ En el mismo lugar que la nota primera de este capítulo.

¹⁴² Llanas, *ibidem*.

del mundo al huerto cerrado de la religión, donde fuera guardada de la influencia malsana de los malos ejemplos, se la defendiera del gobierno corrompido y corruptor del mundo y se la cultivada con esmero para que se cuajara de los espléndidos frutos que prometía. “Tenía catorce años y estaba cursando retórica, leemos en Escolapios Insignes, cuando se sintió llamado por Dios al estado religioso, y pronto, a la voz del cielo, pidió ser admitido en la Escuela Pía”.¹⁴³ Recibido en Alcañiz, donde tan estimado era por aquella comunidad, le impuso la librea calasancia y le vistió el hábito aquel escolapio eminente que se llamó P. Cayetano Ramos de San Juan Bautista, buen catador de almas. El Rector de Alcañiz debió sin duda darse cuenta de la adquisición que hacía la Orden con aquel mozo de Mas de las Matas, que era algo más que una promesa, y del que se podían esperar grandes obras en el futuro. El acto de la vestición del joven Feliu, que desde entonces se llamó Benito de San Pedro, se realizó el día 5 de enero de 1747, cuando no había cumplido aún los 15 años.

Estaba en la mejor edad para modelarlo y forjar su alma a imagen de la de San José de Calasanz; se encontraba en las mejores disposiciones para que su espíritu se plasmara en conformidad con el del Santo Fundador de las Escuelas Pías, y como contaba con la base de una educación cristiana selecta, y era de una docilidad grande, no necesitaba más que de la mano experta de un maestro experimentado para que tallara aquel diamante en forma tal que por sus múltiples facetas reflejará el iris de las más esclarecidas virtudes. Benito Feliu no había de oponer resistencia de ninguna índole, y podía tenerse por seguro que prestaría la más dócil y completa cooperación, pues era de los que van a la casa de Dios para perfeccionarse y santificarse, no para vegetar y vivir lánguidamente. El tiempo dirá la última palabra, y había de esperar que aquella vida se tradujera en obras para juzgar de la forma en que había correspondido a la vocación recibida.

Noviciado y juniorato

Apenas vistió la sotana el novicio Benito Feliu de San Pedro, fue enviado a Peralta de la Sal para que iniciase el periodo de formación religiosa en la Casa Noviciado. Puesto bajo la dirección de un maestro experimentado que conocía bien el corazón humano, las grandezas a que puede elevarse y las miserias a que es capaz de descender, y que tenía el don de discernir los espíritus, se produjo entre ambos la fusión perfecta de voluntades, porque el joven novicio se entregó sin reservas al magisterio de aquel, para que cortara lo que se creyera conveniente, quemara lo que juzgara necesario y sembrara en su corazón los gérmenes de la más alta vida religiosa. Había entrado en la Orden para santificarse, y no se contentaba con menos que ser santo. Sabía que debería aspirar a la perfección, y se empeñó en obrar lo más perfectamente que le fuera posible. Aprendió que debía morir al mundo y a sí mismo, y no tuvo mayor empeño que desprenderse de la propia voluntad y renunciar a todas las cosas de la tierra. Fue el trabajo del noviciado, durante el cual el alma se transforma y transfigura, como el gusano que se encierra en el capullo y en la oscuridad de la soledad opera lentamente su metamorfosis, hasta convertirse en mariposa de hermosa y variada policromía, que surca el espacio y va de flor en flor, en vez de arrastrarse por el fango y de alimentarse de las sustancias corrompidas que en él se encuentran.

Encerrado el hermano Feliu en Peralta de la Sal, se dedicó con todo el fervor de su alma y con el mayor tesón de su voluntad a esa obra de transformación propia del noviciado, y bajo el riego de la gracia y la sabia dirección del maestro, realizó admirables progresos. Como de estudiante había sobresalido en Alcañiz sobre todos sus condiscípulos, de novicio excedió a sus compañeros en la modificación, a la fidelidad a las reglas, en la guarda del silencio, en la práctica de la oración,

¹⁴³ En el mismo lugar, capítulo y página.

en la obediencia y en el fervor con que recibía los santos sacramentos, y así corrió como un gigante por las vías de la perfección, así adelantó en la obra de su santificación, dejando rezagados a los más fervorosos, siendo el modelo y el estímulo de los otros novicios. Puesto el pensamiento en el cielo, la mirada en su fundador, beatificado durante su noviciado, y atento nada más que al negocio de su perfeccionamiento espiritual, eran admirables y se palpaban cada día los progresos que realizaba en todas las virtudes. Por eso, a pesar de ser el más joven de los novicios y de no apurarle el tiempo por la edad, fue el único a quien se dispensaron algunos meses del segundo año de probación, cosa excepcional por lo raro y poco frecuente. “Tales progresos hizo en la virtud y en las letras, que apenas llegado a la edad canónica, fue admitido a la profesión solemne, la cual hizo junto con los novicios Miguel de la Presentación y Pedro de San Andrés, el día 8 de agosto de 1748”.¹⁴⁴ Debidamente autorizado, le tomó la profesión el P. Miguel Pequerul de San Pedro Mártir, Rector de Peralta.

El neoproceso Benito Feliu fue puesto inmediatamente a cursar los estudios sacerdotales y profesionales, que habían de capacitarle para cumplir los ministerios propios del escolapio. Dotado de brillante inteligencia y poseído de un ansia de saber difícil de colmar, no hay que insistir mucho para expresar el afán con que se consagró al estudio, y la pasión con que se apoderaba de los libros, y los leía y meditaba hasta extraer de ellos todas las ideas que encerraban y asimilarlas. En Daroca siguió con atención y constancia los cursos de filosofía, y manifestó como una singular y natural propensión a las ciencias naturales; aplicado finalmente a la Sagrada Teología en Valencia, de la que terminado su carrera, defendió públicamente unas tesis con gran aplauso y admiración de los teólogos de la ciudad levantina. “Exacto Tyrocinio, philosophiae sedulam operam Darocae navavit singularemque ad scientias naturales, et quasi nativam indolem ostendit. Sacrae deinde Theologiae Valentiae adictus in mensam, quam sibi divinarum cognitionum suppellectilem comparaverat, finito curriculo thesibusque publice propugnatis notam fecit non sine magno theologorum plausu et admiratione”.¹⁴⁵ Los frutos respondían a las esperanzas que en el aventajado junior se habían cifrado. Su inteligencia y su voluntad estaban sin reserva al servicio de la Orden y a la disposición de los Superiores, y la brillantez de esos estudios, y el aprovechamiento de los mismos, eran promesas y garantía de lo que puesto en la escuela daría de sí aquel joven y eminente escolapio. Quien de muchacho se había habituado a trabajar sin descanso y a sacrificarse en aras del cumplimiento del deber, no era de temer que cuando tuviera la responsabilidad de un curso se dejara dominar por la pereza. Y es que el entusiasmo por el estudio no apagó en el junior Feliu el fervor religioso; que si cultivaba la ciencia con verdadera pasión, ponía todo su interés en practicar y adquirir la de los santos, y el mismo cuidado con que buscaba los conocimientos humanos, ponían en procurar las virtudes sobrenaturales.

Como había sido Benito Felíu el primero de sus condiscípulos en las Escuelas Pías de Alcañiz; como fue en el noviciado el sus modelo de sus hermanos; en el junior rato se destacó entre sus compañeros y los sobrepasó por su aplicación y por su talento, por su dominio de las ciencias humanas y divinas y por la práctica de las más elevadas virtudes. Todo en él hacía presentir al escolapio eminente que estaba llamado a grandes destinos dentro y fuera del Instituto. Por eso los superiores facilitaron la ampliación de sus estudios en el extranjero.

¹⁴⁴ Escolapios Insignes, en el lugar dicho.

¹⁴⁵ Necrología de Peralta, número 2. Necrología del P. Feliu.

El joven Feliu perfecciona sus estudios en el extranjero

En vista de las notables disposiciones que manifestaba para el estudio el joven Benito de San Pedro, y de la brillantez con que había cursado su carrera los Superiores de la Provincia, que deseaban impulsar y ampliar el cultivo de las ciencias por nuestros juniores, decidieron que el hijo del Mas de las Matas fuera al extranjero a completar su formación científica y literaria. Italia iba aún a la cabeza del progreso científico, y sus sabios arrancaban uno tras otro sus secretos a la naturaleza; y nuestros hermanos no eran ajenos a ese movimiento iniciado por Galileo, ni figuraban los últimos entre los que investigaban y descubrían relaciones y aplicaciones nuevas a las verdades conquistadas. Italia era, pues, un excelente campo para el estudio y la experimentación, y nuestros colegios y nuestros religiosos estaban en condiciones de iniciar a la juventud escolapia italiana y extranjera en los altos secretos de las ciencias físicas y naturales y matemáticas, y de comunicarles la última palabra en lo atañadero a lenguas sabias, antigüedades grecorromanas y filosofía. Coincidió, pues, la terminación de la carrera del hermano Benito Feliu con el nombramiento del P. Eduardo Corsini para Prepósito General de la Orden. Y una de las primeras preocupaciones de este hombre eminente que tanta gloria había dado a las Escuelas Pías, fue la de elevar el nivel intelectual de sus maestros para que alternaran con honor con cualesquiera otros, y nuestra enseñanza conservara y acrecentara sus prestigios. “Lo enviaron a Roma, donde lo pusieron a cultivar un nuevo campo literario, a saber, la matemática, la sagrada liturgia y las lenguas orientales y las antigüedades romanas, en las que trabajó diligentemente y aprovechó muchísimo. Publicó selectísimas lucubraciones de estas materias y las defendió elegantísimamente”.¹⁴⁶

Tres años permaneció en la Ciudad Eterna esta escolapia, que ya se iba perfilando y contorneando como un hombre extraordinario; y habría permanecido más tiempo, según lo deseaban nuestro Padre General Eduardo Corsini y el Cardenal Portocarrero, pero pudo más en el ánimo del P. Feliu el amor y la gratitud que debía a su Provincia de Aragón que la esperanza de los triunfos y de los honores que Roma pudiera ofrecerle. “Entregado al estudio de la filosofía, penetró los secretos y arcanos de la naturaleza, y los sabios admiraron en él un filósofo cristiano adornado de nuevas luces naturales. Él se aprovechaba de cuanto ofrece la naturaleza apto para elevar el corazón al Hacedor Supremo”.¹⁴⁷ Esos tres años de estudios realizados por un hombre avezado al trabajo intelectual bajo la dirección de profesores competentísimos fueron de una fecundidad admirable, y capacitaron al P. Benito para las grandes empresas próximas y remotas que había de realizar durante su vida. Cristalizaron por lo pronto, en unas tesis filológica relacionada con los códices hebreo y griego del Antiguo y Nuevo Testamento, en las que se dio libertad a todos los concurrentes para que arguyeran al disertante. Fueron favorable y elogiosamente comentadas. Pero como, por su contenido y por sus derivaciones, se prestaban a ampliarlas, se convirtieron en un libro en cuarto que se publicó en 1757. Su título lo daremos cuando enumeremos las publicaciones que dio a la imprenta, y ahora nos concretaremos a copiar la opinión que le merecieron al padre Horany, el ilustre escolapia húngaro, compañero de estudios del P. Benito en Roma. “El esclarecidísimo autor, con grande competencia filológica y raro conocimiento de la antigüedad, trató los tres puntos señalados, y los ilustró con breves y muy oportunas observaciones, lo cual consigno con tanto mayor gusto cuanto me es muy grato

¹⁴⁶ Necrología dicha.

¹⁴⁷ Conde de Contamina, “Elogio del M.R.P. Benito Feliu de San Pedro”, página 8, Valencia, en la imprenta de Don Benito Monfort, año 1802.

el recuerdo de aquellos tiempos, puesto que asistí a este erudita controversia y tuve amistad con el Padre Benito”.¹⁴⁸

Al regresar después de esos tres años a España con el prestigio de tantos triunfos, y coronada su frente con tantos laureles, el P. Feliu fue recibido con todos los honores. No había para menos, puesto que con su aplicación y con los frutos de su consagración al estudio, había rodeado el nombre de su Provincia de enorme prestigio, y la Madre, agradecida al hijo que así la honraba y enaltecía, no le regateó las muestras de su aprecio. No fue la menor, ciertamente, aprovechar sus talentos en la enseñanza de nuestros juniors y utilizar sus aptitudes y conocimiento en la formación de la juventud escolapia de la Provincia. Era poner en sus manos el porvenir de las Escuelas Pías de Aragón, y confiarle todo su prestigio, lo que constituye, en nuestra opinión, el grado más elevado de la confianza que un Instituto religioso puede otorgar a uno de sus hijos. La magistratura de novicios y de juniors son los cargos de más responsabilidad y honor que puede discernir una Orden monástica a uno de sus miembros, y el hecho de que la Provincia de las Escuelas Pías de Aragón confiara al P. Benito de San Pedro la formación y la educación de sus estudiantes, revela el aprecio en que lo tenía, y lo mucho que esperaba de sus talentos, de su celo, de su preparación, de su virtud, de sus anhelos de escolapio. Para esto, con las miras puestas en ello, había sido enviado a Roma, y era natural que, terminados felizmente sus estudios universitarios, los pusiera al servicio de Aragón, que lo había amamantado a sus pechos y que no había escatimado sacrificios para proporcionarle una formación completa, extensa, profunda.

El P. Benito, profesor de juniors

Era sin disputa el cargo de lector de nuestros estudiantes, el que más cuadraba a la psicología y a la preparación especializada que el P. Benito de San Pedro había recibido. La Provincia, que no había perdonado gastos para proporcionarle una preparación adecuada, era la que primera y principalmente debía beneficiarse de sus sacrificios. Así lo hizo; y no bien estuvo en Zaragoza de regreso de Roma, le encomendó el cuidado de instruir a los nuestros, primero durante un trienio en la filosofía y en las matemáticas, y después en la teología, el Derecho Canónico y otras disciplinas con ellas relacionadas. Los frutos correspondieron a la preparación del lector, y fueron lo que se podía esperar de un escolapio de su espíritu, preocupado del esplendor de la Orden y de poner a sus maestros a la altura de los mejor preparados. “Formó alumnos de gran preparación, que fueron luego el honor y la gloria de la Provincia, con lo que he satisfecho plenamente los anhelos de los Superiores. Tan cumplidamente llenó durante muchos años continuos este gravísimo oficio de instruir a los nuestros, que de su escuela salieron muchos discípulos utilísimos a nuestro Instituto”.¹⁴⁹ A tal maestro, tales alumnos; y bien recogía el fruto de su aplicación y de los sacrificios de la Provincia, devolviéndole esos religiosos perfectamente bien informados en los conocimientos eclesiásticos y profesionales que necesitaban para llenar su doble ministerio de sacerdotes y de maestros.

El P. Feliu desempeñó su cargo de lector en Daroca y en Valencia por espacio de varios años, y se creó en su ejercicio un nombre ilustre de filósofo y de teólogo, ya por la preparación que proporcionaba a sus discípulos, ya sobre todo por los conocimientos que demostraba poseer cuando hablaba o cuando escribía. Por imperio de nuestras leyes, y por condición íntima de su espíritu, el P. Benito era un fervoroso tomista, pero no en vano se había asomado al resto de Europa y había residido en Roma, donde se daban cita sabios de todas las ideas y de todas las

¹⁴⁸ Necrología citada.

¹⁴⁹ Necrología citada.

escuelas. No había frecuentado inútilmente las universidades italianas, y algún rastro tenían que dejar en su inteligencia los métodos de las ciencias físico-naturales que había cursado con gran interés y notable aprovechamiento. De ese contacto con la mentalidad europea y con las ciencias experimentales, nuestro Padre Benito sacó no un divorcio con el tomismo, al que se mantuvo fiel durante toda su vida, pero sí una afición y gusto grande por los métodos inductivos que de los hechos particulares, permiten al investigador formular las leyes generales según las cuales se producen. “En resumen, diremos con el P. Lasalde, las tendencias del P. Benito Feliu son escolásticas, y su propósito era hermanar en cuanto fuera posible los modernos descubrimientos con las doctrinas escolásticas, pero inclinándose a estas cuando una y otras no podían hermanarse”.¹⁵⁰

No debieron ser escaso, sino abundantes; ni mediocres, sino espléndidos los frutos que las enseñanzas de este escolapio eminente produjeron en sus alumnos de la Orden, puesto que al terminar el primer ciclo presentó y dio a la estampa unas conclusiones públicas de filosofía. Se publicaron en Calatayud el año 1760, y merecieron muchos elogios. En el segundo volumen de esta obra nos hemos ocupado de esta clase de exhibiciones muy arraigadas en el espíritu de la época, y allí hemos expuesto claramente nuestro criterio al respecto. Aquí diremos únicamente que eran una prueba de fuego para maestros y discípulos, y que se necesitaba estar muy seguro de su preparación, de su severidad y del dominio de sí mismos para jugarse en una carta el prestigio del profesor y de los alumnos y todo el trabajo de tres o cuatro años. Sin embargo, el P. Feliu no dudó en someterse él a ese riesgo, y en exponer a sus uniones a una experiencia tan terrible. Y triunfó en toda la línea, porque había destilado excelente doctrina, y sus alumnos la captaron bien y la asimilaron perfectamente. ¡Bella condición de los profesores, además del dominio pleno de la materia que profesan, tener habilidad para que llegue y penetre hasta lo más íntimo de la inteligencia de sus alumnos! El P. Benito de San Pedro pertenecía a esta privilegiada clase de maestro, según lo hemos recordado ya con palabras de su necrología. Y esos alumnos que formó para la Orden fueron su corona y constituyen su gloria.

No duró el P. Feliu en sus elevadas funciones de lector más allá de seis años, tiempo suficiente para comunicar sus ideas e insuflar su espíritu a unas cuantas generaciones de escolapios que recogieran las palpitaciones de su corazón y los destellos de su inteligencia, capaces de continuar su obra. Un maestro de las condiciones morales y de la preparación científica del P. Benito de San Pedro capta fácilmente la voluntad de sus alumnos e influye en forma eficaz en su inteligencia. Ordinariamente piensan como él y sin darse cuenta siquiera lo imitan en todo. De aquí que entre los discípulos a quienes leyó filosofía y teología, hubiera quienes pudieran sucederle y ser los continuadores de sus trabajos para elevar el nivel científico de nuestros profesores. “Pero aún le es todavía más deudora la Religión, porque enseñó a los jóvenes religiosos y seculares cuyos estudios dirigía a fundar la ciencia teológica sobre las firmes bases en que se apoya, esto es, en la continua lección de meditación en las Santas Escrituras, en el conocimiento de la tradición y noticias de los Concilios, y, por decirlo todo de una vez, en las reglas infalibles de que la Iglesia solo puede alardear en la calificación de sus augustas verdades”.¹⁵¹

Los Superiores podían echar mano de los talentos del P. Feliu y emplear su don de gentes en otros medios y en otros oficios con la seguridad de que había formado hombres capaces de sustituirlo discretamente, y con la certidumbre de que, como hasta el presente, respondería con generosidad, comprensión y sacrificio a lo que le pidieran. Religioso abnegado y amante de la

¹⁵⁰ Obra citada, parte segunda, capítulo VI, pág. 305.

¹⁵¹ Elogio citado del Conde de Contamina, página 13.

Orden, no había sacrificio que le pareciera grande ni ocupación que juzgara excesiva cuando se trataba de sus servicios y de su prestigio. Su voluntad era la de los Superiores, y estos sabían que podían disponer de ella sin reservas.

Magisterio en Valencia: el Maestro y el Pedagogo

De su permanencia en Italia y de sus visitas a varias naciones, el P. Feliu no solo trajo un riquísimo caudal de conocimientos científicos, sino que progresó con ideas renovadoras que el tiempo y las circunstancias se encargarían de hacer cristalizar en reformas de lo anticuado y enquistado e introducción de novedades avaladas por larga experiencia en el extranjero. El hombre de talento es generalmente observador, y capta y sintoniza y conserva lo que en sus viajes haya digno de ser imitado. El P. Benito Feliu pertenecía a esa especie de viajeros que se desplazan de una parte a otra no para satisfacer una curiosidad, sino con el ansia de aprender, y por eso tomó nota y archivó en su memoria de cuanto algún día podría ser útil a su patria y dar prestigio a las Escuelas Pías. Desde ese punto de vista, una de las cosas en que más se fijó y más hondamente procuró grabar en su mente fue en la organización y funcionamiento de los grandes internados que la Orden tenía en Italia y en otras naciones, y en los que otros Institutos poseían en los países que visitó antes de su regreso a España. Cuando, terminado el curso escolástico, los Superiores creyeron que era hora de utilizar el celo, los conocimientos y la experiencia del P. Benito, le encargaron de una de las escuelas de Valencia, y entonces fue cuando surgieron en su espíritu las ideas que había captado, y salieron a la superficie las observaciones que había acumulado. Nuestros colegios de España eran pobrísimos comparados con los de otras naciones; nuestros seminarios no existían realmente, y nuestra enseñanza debía ampliarse y renovarse para elevarlos a la altura de nuestros hermanos italianos, alemanes, húngaros y polacos. Y a eso dirigió sus esfuerzos, a ese fin encaminó sus influencias, y al servicio de esas ideas puso todo su prestigio.

Desde su llegada a Valencia, frecuentó el trato de las personas más ilustradas, y su aposento fue el lugar de reunión de las mismas, y el P. Feliu, la cabeza indiscutida de aquel cenáculo literario. Allí se hablaba de temas científicos, se trataba de educación, se encaraban los problemas de la enseñanza superior, se fomentaba el buen gusto, ya que el centro fue la cantera de donde se extraían ideas renovadoras y hombres capaces de realizarlas. De esas conversaciones y de la reflexión con que luego las ponderaba, dedujo la necesidad de que “las clases nobles y distinguidas diesen las primeras el ejemplo: sabía que los grandes talentos, que suelen de tiempo en tiempo descollar entre la muchedumbre, quedan por lo común sepultados entre los medianos y confundidos con los medianos, cuando no hayan algún aprecio y favor en la porción más ilustre y acomodada de los ciudadanos”.¹⁵² En consecuencia, empezó a considerar la posibilidad de erigir en el Colegio un Seminario de Nobles, y a reflexionar sobre las ventajas y los bienes que la sociedad recogería de darles establecimiento; y llegó a que si la Escuela Pía era impotente para acometer la empresa con sus recursos propios, ayudada por algún mecenas generoso, podría realizarla. Respecto a los beneficios que el presunto Seminario produciría, resultaban tan evidentes, tan numerosos, que no había lugar alguno a vacilaciones.

Se daba precisamente el caso de que ocupaba a la sazón la sede valenciana un Arzobispo acuciado por las mismas inquietudes, que honraba al P. Feliu con su amistad, y que era desprendido y sabía hacer las cosas a lo grande, el Excmo. Señor Andrés Mayoral, de tan grata memoria. De la conjunción de esas dos recias voluntades, de la fusión de sus dos anhelos, y del ayuntamiento de ambas inteligencias nació el famoso Seminario Andresiano de las Escuelas Pías

¹⁵² Elogio del P. Feliu por el Conde de Contamina, páginas, 14/15.

de Valencia. El Arzobispo había comprendido al escolapio, y puso su fortuna a disposición del P. Feliu para que este ensayara sus proyectos y realizara su ideal de un internado para los hijos de la nobleza. “Él fue también agente ante el Ilmo. Dr. D. Andrés Mayoral, Arzobispo de Valencia, a quien era afectísimo, para que erigiera el Seminario Andresiano para la educación de los jóvenes nobles, y su primer Prefecto nombrado por el mismo Ilmo. Señor, y tanto pudo con él por su gracia, que por sus ruegos y exhortaciones principalmente se encargara aquel dignísimo Prelado de ampliar nuestra Casa de Valencia y de erigir desde sus cimientos su magnífico templo”.¹⁵³

Con la construcción del Andresiano, hermoso plantel donde cultivar los jóvenes de las clases elevadas, acostumbrándolos a la práctica de las virtudes, y adornando su inteligencia con los conocimientos propios de una persona distinguida; con el nombramiento del P. Feliu para Prefecto, es decir como alma que animara aquellas paredes; y con el sabio y completo reglamento de que lo dotó, el Seminario de las Escuelas Pías de Valencia estaba en condiciones de cumplir la misión que le era propia, y de ser fragua donde se forjaran caracteres viriles, cristianos fervorosos y probos ciudadanos. Debía ser, en la mente de su mecenas y de su fundador, semillero que produjera generaciones de hombres conscientes de sus derechos, pero esclavos al mismo tiempo de sus deberes. Y el Seminario Andresiano respondió ampliamente a lo que de él se esperaba, puesto que los jóvenes formados en él llevaban el sello de la piedad y el espíritu de inteligencia propios de la educación calasancia. Convencido el P. Benito Feliu del valor de las almas que se le confiaban, no perdonó sacrificio para forjarlas según el modelo divino; y conocedor de los subidos intereses que la sociedad y la familia ponían en sus manos, todo le parecía poco para cuidar y defender tales tesoros. Puso al servicio de sus seminaristas cuanto era y cuanto podía: lo más claro de su inteligencia; lo más firme de su voluntad; todo el celo que devoraba su alma; todo el entusiasmo de su corazón; todo su amor a los niños; todo su fervor calasancio.

Los directores que colaboraban con el P. Feliu en el gobierno del Seminario Andresiano, impregnado de sus mismas ideas y partícipes de sus mismos anhelos, vivían para los internos, para su educación religiosa, para su formación social, para su enseñanza de los conocimientos humanos. El Andresiano era un centro de educación de primer orden, en el que todo se sacrificaba a la moralidad, al orden y a la disciplina. Todo se encaraba y juzgaba desde el punto de vista de los altos valores espirituales, y no había consideraciones de orden material que influyeran o pesaran en las resoluciones que se tomaban. El Colegio reflejaba la robusta personalidad del fundador, y realizó una labor muy profunda en la formación de los sentimientos, en el desarrollo de la mentalidad y en el cultivo de las virtudes y de las maneras distinguidas, tan apreciadas en las relaciones sociales. Nada extraño entonces que el nombre del Andresiano fuera llevado de boca en boca, con elogio, que su fama llegara hasta muy lejos y que solicitaran su ingreso y admisión en él para niños de regiones muy distintas. Antes era natural: un colegio tiene tantos propagandistas de su nombre y de sus buenas condiciones cuanto son los alumnos que lo frecuentan. El mejor pregonero de su educación y de su enseñanza es el mismo alumnado que concurre a sus aulas; así como si la educación es descuidada y la enseñanza deficiente, ya se encargarán de pregonarlo a los cuatro vientos. Por fortuna, el P. Feliu afirmó el Seminario Andresiano sobre bases muy sólidas, y las cuidó solícitamente, y su prosperidad inicial se conservó sin eclipse hasta nuestros tiempos. “Él fue su primer director y maestro; él formó a otros nuevos; él les comunicó su espíritu de inteligencia; él les hizo herederos de su celo a beneficio de la juventud; logrando por fruto de sus desvelos la dulce satisfacción de ver salir cada día de tan útil establecimiento como de un taller precioso,

¹⁵³ Necrología del P. Feliu, en el lugar dicho.

jóvenes bien educados que, ocupando después los más altos empleos de la nación, han dado sucesivamente y darán en lo futuro nuevos realces al celo ilustrado con que su fundador se hizo benemérito de la Patria.¹⁵⁴

Además de educador celoso, el P. Feliú fue un maestro modelo. Todo le parecía poco para dar gusto a las familias de sus educandos, y no había recursos que no intentara para tornar más fácil la enseñanza y más asequible a los niños lo que les explicaba. Para él, la escuela no era perder el tiempo, sino aprovecharlo avaramente para grabar las ideas como a fuego en la mente de los niños. Pero no se contentó con enseñar en la forma más amena y comprensible, con desmenuzar la verdad y hacerla más agradable, con ir de lo fácil a lo difícil, de lo conocido a lo desconocido, sino que escribió y publicó libros dedicados a la enseñanza. Tenemos a la vista su ARTE DEL ROMANCE CASTELLANO, obra en un volumen de la que hemos de ocuparnos detenidamente en su lugar propio, por lo que nos concretamos ahora recordar su existencia. Se daba enteramente a sus alumnos y educandos: para ellos estudiaba; para ellos trabajaba; para ellos vivía, convencido de que lo que hacía por uno de aquellos pequeñitos, por Jesucristo lo hacía: “quod uni ex his fratribus meis minimis fecisits, mihi fecistis”. Ver a Jesús en los niños es el secreto de la abnegación de los maestros; la fuerza de su voluntad para el sacrificio; la razón y el sostén de su paciencia; el apoyo de su debilidad y flaqueza. Porque el P. Benito Feliu se movía en ese círculo de ideas, pudo realizar los prodigios de bondad que le ganaba los corazones, y los milagros de sacrificio que le conquistaba los corazones.

Rectorado y Provincialato del P. Benito

“Iba a cumplir nuestro P. Benito los 40 años de edad y no había figurado en el cuadro de nuestros Superiores, habiendo siempre estado ocupado en las tareas de la enseñanza”¹⁵⁵, escribe el P. Llanas. Tenemos la firme convicción de que entre nosotros el mejor Rector será el que de maestro haya guiado a los niños con dulzura y seguridad por las vías de la virtud, quien, es especialmente, haya gobernado un internado con mano firme, sin mostrarse por eso duro con los niños. Es el secreto de las almas superiores, aliar en perfecto maridaje la severidad con la dulzura; la exigencia del cumplimiento del deber con una condescendencia prudente que le permita adueñarse de las voluntades y guiarlas por el camino recto que las conduzca al logro de los fines de su vida. El P. Felú estuvo en posesión de ese secreto, y de una manera insensible, pero segura, se adueñaba de las almas de sus educandos, y sin violencia, sin coacción de ninguna especie, con el solo fluido que se desprendía de su persona, les arrastraba tras sí y los llevaba a donde quería. El P. Benito de San Pedro ofrecía, pues, por sus antecedentes de religioso observante, por sus condiciones de maestro ejemplar, y por su experiencia de experto director de colegiales, las máximas garantías para encargarle el gobierno de una Casa. Muy grande debía ser la confianza que los Superiores tenían en él cuando le entregaron la principal de la Provincia, que indiscutiblemente era la de Valencia. Naturalmente que le era muy conocida, que sabía cuáles eran sus problemas propios y no ignoraba cuáles eran sus necesidades más urgentes. Además, gozaba de la confianza completa del Arzobispo, señor Mayoral, y era el caso de aprovechar las felices disposiciones que éste manifestaba a las Escuelas Pías y de utilizar el ascendiente del P. Felú sobre su Excelencia para inclinar su voluntad a construir el templo y renovar las escuelas del Colegio de Valencia. Eran una serie de causas y de razones que se unían para extender la patente de Rector del Colegio de San Joaquín a favor del P. Benito de San Pedro.

¹⁵⁴ Elogio citado, página 16.

¹⁵⁵ Obra y capítulo citados, página. 291.

Por cierto, que el rectorado le ajustaba perfectamente; no le era grande, ni le venía ancho. Durante su régimen del Seminario Andresiano había dado la medida de su capacidad para los cargos de gobierno. Y ese fue su noviciado y preparación inmediata para tomar sobre sus hombros la responsabilidad de la Casa de Valencia. Además, lo nombró aquel hombre eminente, tan conocedor del corazón humano, tan acertado en sus juicios, y tan feliz en la elección de sus colaboradores, que fue el P. Cayetano Ramo. Le había acompañado al Capítulo General de 1772, que lo eligió Prepósito de toda la Orden, y regresó de Roma con el nombramiento de Rector de Valencia. No ha habido Superior que más escrupulosamente cuidara de la observancia regular que el P. Felú; no había quien le aventajaba en la preocupación de los intereses materiales; ninguno le ganaba en la solicitud de los bienes espirituales; nadie más hecho que él al sacrificio; nadie tampoco que impulsara el progreso de su Casa con la uniformidad y el provecho con que lo hizo el P. Benito de San Pedro. En pocas palabras sintetiza la necrología las gestas rectorales de este escolapio eminente, y sería difícil decir más con tan contadas frases. “Nombrado entonces Rector del Colegio de Valencia, lo gobernó con suma prudencia y con sumo celo de nuestro Instituto, y procuró acrecentarlo con grandes rentas y con una selecta y copiosa biblioteca”.¹⁵⁶ El P. Feliu debía ser de una simpatía contagiosa, que le ganaba inmediatamente las voluntades de los personajes más encumbrados. Apenas llegó a Valencia el nuevo Arzobispo, D. Francisco Fabián y Fuero, se concilió de tal suerte su benevolencia y su gracia, se lo atrajo de tal manera y lo unió tan fuertemente con nuestra Orden, que nada le era tan caro como nosotros, no solo de palabra y por escrito, sino con larguezas y beneficios demostró el amor que profesaba a las Escuelas Pías.

Los talentos y las inquietudes del P. Felú necesitaban más ancho campo que el que ofrecía un colegio, siquiera fuera de la importancia y de la responsabilidad del de Valencia. El ámbito de una Casa era muy restringido para dar expansión a las ideas que bullían en su mente, y para que sus proyectos cristalizaran en obras tangibles que llevaran una renovación general a la Provincia. Gobernó por espacio de seis años aquel gran colegio, imprimiendo en todo el sello de su personalidad, y en 1778 fue nombrado Provincial de Aragón, “para que los bienes que había proporcionado a una Casa los procurara con igual empeño a toda la Provincia, lo que ejecutó ampliamente, pues bajo su gobierno las Escuelas Pías y la familia religiosa tomaron en Aragón el máximo incremento, y en todas partes se dedicaron con más diligencia a los estudios literarios y a la educación de los niños”.¹⁵⁷ En estas palabras está hecha la apología del P. Feliu como Provincial: no se le podía pedir más, pues, descartada la observancia regular, que es lo básico, un Superior escolapio de su categoría no tiene obligación más sagrada que la de incrementar las escuelas y fomentar el estudio y estimular la mayor solicitud en la educación y en la enseñanza de los niños. Estuvo ojo avizor, y dio impulso en toda la Provincia a las ideas que había puesto en marcha, y tan hermosos frutos le habían dado en el Seminario Andresiano. Pasadas por el tamiz de la experiencia, ya no eran una novedad ni una interrogante, y pudo arrojarlas en el surco de las inteligencias de sus religiosos, y arraigarlas en ellos profundamente. “Ahora se vio de cerca que no solo era justa la fama que tenía, sino que era inferior a su mérito verdadero, pues en todas las disposiciones se advertía una prudencia consumada, en todas sus empresas una destreza y trato exquisito, y en sus discursos y en sus conversaciones, una erudición escogida y un saber tan profundo, que a su lado se sentían confundidos y humillados los hombres mejor conceptuados en la república de las letras y de las ciencias”.¹⁵⁸

¹⁵⁶ Archivo del Colegio de Peralta.

¹⁵⁷ Necrología en el Archivo de Peralta.

¹⁵⁸ P. Eduardo Llanas, lugar citado.

Cargos y honores del P. Benito fuera de la Orden

Un hombre de las dimensiones de Benito Feliu debía naturalmente desbordar los estrechos límites en el claustro, no por falta de acomodación del sujeto a la vida monástica, que era perfecta, no dejaba nada que desear, sino por la gravitación propia. De una personalidad tan relevante como la de Benito de San Pedro, teólogo, filósofo, humanista, matemático y Cultor de las Ciencias Naturales, fue centro de la atracción de las personas ilustradas de Valencia y su influencia se proyectó fuera del Colegio de muy diversas maneras. Su misma consulta lo indica al afirmar que su fama se extendió. Más latamente de todo El Mundo, conocía su prudencia a su admirable conocimiento de las ciencias. ¿Y la suma destreza en los negocios? Eran cualidades que se ponían por sí mismas. En evidencia y que no era fácil ocultar, eran cosas que saltaban a la vista, apenas hablaba o escribía y su figura gigante se. Proyectaba más allá de los muros del colegio, era una de esas personas. Unas privilegiadas que se imponen sin pensarlo ni pretenderlo. Que por sus talentos. Las negaban. Sus conversaciones las. Descubren. Y sus obras se encargan de conquistarle amigos que y de ganarles admiradores, y la primera que adivinó lo que valía aquel humilde escolapio fue la Santa Inquisición, que lo nombró inquisidor ordinario de la fe y de. Le encargaba las causas más difíciles que tenía a estudio el Tribunal de la fe. Busco las luces y la colaboración de feliu. Porque se percató de los aspirantes, de su virtud y de la variedad de sus talentos y guiso aprovecharlos para la misión que le era propia.

Hasta las gradas del trono hasta el trono mismo llegó la noticia de las condiciones excepcionales que adornaban a feliu y el Rey Carlos Mandó que se presentara en Madrid y no bien llegó. Le encomendó asuntos graves, donde otros habría. Fracasado, el Benito de San Pedro triunfó tan rápidamente que podría repetir como César, Veni, Vidi, vici. Su necrología refiere este episodio de la vida de Benito. Con un laconismo clásico que me encanta: “urbem ergo adit regiam, regia item ibit negotis suscipit, explet, perficit pro votis Regis”. Hoy llega, pues, a la Ciudad Real y también allí recibe, cumple y acaba los negocios de conformidad a los deseos del Rey. Tan satisfecho quedó Carlos del desempeño de este ilustre Escolapio que les añadió una pensión anual de 1900 ducados que debía cobrar de los dineros públicos y que empleó en ampliar la biblioteca del colegio y informar. Quién se acordaba de estas cosas en aquellos tiempos. Más adelante, un gabinete de Historia Natural, un Museo Arqueológico y un monetario. Los hombres de gobierno. Habrían. “querido con su favor y dedicación, colocar esa clara antorcha sobre los primeras dignidades eclesiásticas, pero Benito era humilde, era modesto y atendiendo solamente al bien y gloria de la nación, miraba los empleos y honores. Como grandes estorbos para poder. Entender en el servicio de la misma”¹⁵⁹.

Se volvió el celio a Valencia porque el aire de la corte moral y materialmente de perjudicaba. Ni su nobleza, la Conesa, su espíritu recto, liso de educación religiosa, ni sus convicciones íntimas se avenían con la intriga y con la falsedad que con moneda corriente y como Por otra parte, su salud se resintió bastante. Ayuda en este suceso un motivo plausible para alejarse del ambiente tenso y asfixiante de Madrid. Para. Sustraerse a la influencia malsana y nefasta de las costumbres palaciegas tan diferentes de las del rastro. Que le da tranquilidad, pero hasta su retiro de Valencia le negaron las comisiones REGI. Y esta vez en un todo, de acuerdo con sus gustos y actitudes, conforme con los sentimientos amistosos que lo unía con el estío, y primero, la de preparar y dirigir la primera edición de la Sagrada Biblia traducida al castellano por siglos. Escolapio. Repuestas las fuerzas en Valencia, es reclamado por nuevas órdenes religiosas. Se encomienda a su cuidado y a su pericia de las lenguas dar a luz por primera vez en la Sagrada

¹⁵⁹ Elogio del P. Feliu dicho, página 19.

Biblia, cuidadosamente traducida al español por el señor Felipe. Exilio de las escuelas pías, obispo de Segovia. Y maestro del Serenísimo, Príncipe de Asturias.¹⁶⁰ Según el Conde de Contamina, el Felipe procedió en esta edición como si la obra fuera parto de su ingenio, suprimiendo aquí, introduciendo allí, modificando ese punto, aclarando y anotando aquel concepto y escribiendo las introducciones de varios de los libros. La amistad que le unía al estudio y la aquiescencia de éste le autorizaban para proceder de esa manera. Se cuenta y bajo la responsabilidad del autor del elogio del Benito de San Pedro, decimos que él corrigió, enmendó, anotó. Añadió. Quitó de la savia traducción del exilio, lo que juzgo cornudo consultando antes. Los intérpretes y los padres con el mayor cuidado y poniendo a la frente de esta inmortal obra de altísima prólogos y sabias ilustraciones que apenas dejan que desear en la materia.¹⁶¹

Hoy, sin descansar apenas de ese trabajo agotador, el feliu acometió otros de no menor importancia que también le. Exigió largas vigiliass de trabajo y no poco tiempo robado al descanso. Antonio de la vida y convertido de sus juveniles muestras de incredulidad, escribió un libro que ha hecho mucho bien y ha convertido. Acaso millares de almas, pero la vida no era teólogo ni escritor. Corrector y su obra necesitaba ser retocada para que literalmente fuese aceptable y debía ser corregida para que no se convirtiera en conductora de errores y no permitiera a sus lectores. Nos referimos al Evangelio en triunfo, que si tal cual salió. De las manos de su autor era muy discutido en lo dogmático y en lo literario. Cuando el Benito Feliu lo entregó, retocado y corregido, se convirtió en una hermosa apología que ha ganado muchas almas para la verdad y para Jesucristo. No hubiese logrado, leemos, la reputación y estima que se mereció del público. A no haber puesto la mano en ella, nuestro socio. Olavide lo confesó en esa ciudad cuando felicitándole los sabios por esa hora, dijo esas idénticas palabras, todo se debe a Benito de San Pedro.¹⁶² Hoy una noticia que generalmente se desconoce por no haberse escrito nuestra historia hasta los tiempos modernos y por lo poco aficionados que somos los escolapios a dar a conocer. Nuestras glorias y debemos convencernos los de fuera no vendrán a ponerlas de relieve. Eso debe ser preocupación y obra nuestra.

Trabajos del P. Feliu en la Universidad y en la Sociedad de Amigos del País de Valencia.

Respecto a la intervención del P. Feliu en el cambio de planes de estudios y de método de enseñanza en la Universidad de Valencia, se lee en su necrología lo que sigue: “Sed Academiae Valentinae mirum in modo profit. Ipso enim hortatore et duce, et vetus evanuit philosophis, et nova inducta est iusta severioreis Physices placita, et renovata studia litterarum et exquisitor docendi methodus invecita”¹⁶³ Pero aprovechó de modo admirable a la Academia Valenciana. Por su consejo, y bajo su guía se desvaneció la antigua filosofía y se introdujo la nueva, conforme a los más severos postulados de la física, se renovó el estudio de las letras y se introdujo un método de enseñanza más exquisito. Es que todo el mundo en Valencia reconocía la preparación especializada que el P. Feliu poseía; y todos, la Universidad y su claustro de profesores inclusive, confiaban en sus talentos y en su experiencia. Y por eso le confiaron la hermosa y difícil misión de renovar los estudios y de implantar métodos más racionales para transmitirlos. “De sus luces quiso también servirse en la Universidad de Valencia, cuyos catedráticos le reconocían una superioridad científica indiscutible. A su vista, desarrolló horizontes científicos no explorados

¹⁶⁰ Consulta del P. Benito en el Archivo de Peralta.

¹⁶¹ Páginas 20/21 del Elogio.

¹⁶² Elogio del P. Benito de San Pedro, página 21.

¹⁶³ Archivo del Colegio de Peralta, caja XII.

aún por la ciencia española, y les expuso los resultados de investigación y de exposición no aplicados aún en nuestras universidades”.¹⁶⁴ Fue la reforma del P. Feliu como una invasión de luz que disipó errores y ahuyentó prejuicios; a manera de una corriente de aire fresco que renovó el ambiente pesado y enrarecido de los viejos claustros. No era, el que patrocinara el P. Benito de San Pedro un movimiento iconoclasta, ni un atentado contra el tomismo, que llevaba profundamente adherido a su corazón y fijo en su inteligencia en forma indeleble, sino una protesta contra el escolasticismo degenerado que perdía miserablemente el tiempo con cuestiones impertinente y era óbice para el desarrollo científico y para el progreso de las universidades. El P. Feliu no se rebeló contra la doctrina de Santo Tomás, sino contra la manera anticuada de exponerla, y contra las necedades que ocupaban gran parte del año lectivo. No era cuestión de fondo, sino de método; buscaba la experimentación y luchaba contra las cavilaciones que habían bautizado con el pomposo nombre de filosofía. Quería, en fin, que se introdujeran en la Universidad los medios modernos de investigación, y que se diera en ella a las ciencias físicas, naturales y matemáticas carta de ciudadanía.

Tal era el prestigio del P. Feliu en Valencia, que el Arzobispo, el Rector y el Claustro universitario aceptaron las ideas y los proyectos que les presentaba el docto escolapio, y los pusieron en marcha, que es lo que importaba. No hubiera conducido a nada práctico aprobar y aplaudir los planes del P. Benito si no hubieran cristalizado y pasado a los programas de estudio, y no se hubieran modificado los procedimientos. Los hechos dieron bien pronto la razón al P. Benito de San Pedro, y las nuevas ideas y los métodos modernos renovaron absolutamente el ambiente universitario. La Universidad de Valencia se puso así a la cabeza de los centros de enseñanza superiores de España, y eran tan brillantes los resultados que se obtenían, que sus destellos iluminaron toda la península, y las demás universidades trataron de renovar métodos y programas. Era natural que se inspiraran en el ejemplo de la de Valencia, y que pidieran a ella luces, orientación y datos, con lo que el gran escolapio es, en realidad, su restaurador de los estudios en España en el fecundo reinado de Carlos III.

Otro hecho que la historia calla y que por incuria de los mismos escolapios no ha tenido la difusión debida: Existe un documento que no deja lugar a dudas sobre la influencia preponderante que el P. Feliu ejercía en la Universidad de Valencia, y de la parte que tuvo en la reforma de sus estudios. Es una representación de sus catedráticos al Consejo de Estado, en la que suplicaban la pronta resolución del expediente sobre autores y métodos de enseñanza en la Universidad nombrada. “Pues bien, escribe el P. Rabaza, aquella representación estaba redactada por el P. Benito, y tenemos en ese momento en la mano el borrador autógrafo con tachaduras y enmiendas e interlineados. La prueba no puede ser más concluyente, y no es gloria tan insignificante para la Universidad de Valencia ponerse a la cabeza de las Universidades de España, para que Valencia olvide el nombre de aquel gran restaurador”.¹⁶⁵ En este particular y en tantos otros, triste o benéfico, de todos los escolapios, el P. Feliu es un perfecto desconocido, pues nadie se ha preocupado de poner en evidencia ni de recordar la intervención que tuvo en la reforma de los planes de estudios de la Universidad valentina, primero de todas las españolas, más tarde.

Más consecuente fue con el escolapio de Mas de las Matas, la Sociedad de Amigos del País, a la que pertenecía, pues aparte de hacer y de imprimir su elogio que tanto nos ha servido en estos apuntes para una biografía suya, conserva su nombre en el salón de actos. Naturalmente, que le sobraban títulos y merecimientos para ello. Si hubo socio que trabajara como el P. Feliu, y que

¹⁶⁴ P. Eduardo Llanas. Lugar citado, página 287.

¹⁶⁵ Obra citada. Volumen II, capítulo IV, número 66, páginas 348.

trabajara temas tan interesantes como los que él presentaba o publicaba y que la honrara como este escolapio, no lo hubo, ciertamente, que lo superara. Si no fue de los socios fundadores, fue de los primeros que dieron su nombre y más energía a la Sociedad citada. Su intervención en los trabajos de la misma fue constante y eficiente. Las memorias que escribió sobre asuntos en íntima relación con los fines de la Sociedad de Amigos del País son numerosas, y su influencia resultaba decisiva en muchos casos. Escuchemos al autor de su Elogio. “Él fue uno de sus primeros socios; él contribuyó mucho a consolidarla con sabios estatutos; él tuvo a su cargo la contestación sobre asuntos relativos a sus progresos; él presentó a este cuerpo varios discursos sobre la segunda cosecha de la seda como importantísimo en ese país, y que mereció toda la atención del soberano”¹⁶⁶. Era el P. Benito uno de los socios más activos, y luego se destacó sobre los demás como el sol entre los astros; y si bien ellos, reconociendo su preparación y superioridad, quisieron nombrarlo para algunos de los cargos de la Corporación, jamás su modestia quiso admitirlos, contentándose solo con ser uno de sus individuos.

Diez títulos de memorias presentadas por el P. Benito de San Pedro a la Sociedad de Amigos del País, cita el Conde de Contamina en el Elogio oficial que hizo de socio tan honorable y antiguo, pero de propósito los pasa por alto para recordar “cuánto contribuyó con sus luces y grandes conocimientos a levantar el plano y formalizar el provecho de un canal para la conducción de géneros desde la playa del Grao hasta Valencia”.¹⁶⁷ ¿Quién recuerda esto en Valencia? Acaso ni por tradición se ha conservado esta noticia entre los nuestros. El P. Rabaza, que con tanto cariño se expresa del P. Feliu no tiene ni una referencia a este asunto y, por consiguiente, a la intervención destacada que en él tuvo nuestro benemérito hermano. Aunque parezca extraño, tal vez no tuviera conocimiento del hecho, porque estos folletos de pocas páginas suelen ir encuadrados en otros de igual tamaño, pero que no guardan relación ideológica entre sí, en esos tomos de Varios que tan agradables sorpresas reservan a los investigadores curiosos. La Universidad y la Sociedad de Amigos del País de Valencia, todo su Reino, España entera, son deudores del P. Feliu de grandes beneficios, y la capital del Levante español deberá rendir un homenaje de gratitud al P. Benito de San Pedro de la Escuela Pía, que tanto hizo por el progreso de la ciencia y de la riqueza.

Arte del Romance Castellano

Vamos a hacer una excepción con esta obra, dedicándole un artículo por la sencilla razón de que fue blanco de un furibundo ataque de un tal Gobellos, seudónimo intencionado, y objeto de una saladísima diatriba de este y de una valiente defensa del P. Feliu, hecho por un señor Platina, que también ocultaba su verdadero nombre. El Arte del Romance es una obra de 145 por 100 mm. Después de una dedicatoria al Duque de Alba, Director de la Academia Española, en quien toda la nación reconocía un “perfecto ejemplar de la pureza, elegancia y grandeza de la tabla castellana”, trae la licencia de la Orden para darlo a la imprenta, y una casa de Don Gregorio Mayans y Siscar, que se congratula de que el P. Feliu haya “compuesto para enmienda de sus frecuentes abusos, una Arte de la Lengua Castellana, la que he leído con mucho gusto, reconociendo en ella el gran ingenio de V.R., su oportuna y amena erudición y sublime juicio, practicando al mismo tiempo aquello que enseña”.¹⁶⁸

¹⁶⁶ Conde de Contamina, lugar dicho. página 24.

¹⁶⁷ *Ibidem*. página 26.

¹⁶⁸ Arte del Romance Castellano, dispuesta a según sus principios generales y el uso de los mejores autores, por el P. Benito de San Pedro. En Valencia, en la imprenta de Benito Monfort, año 1769.

En un prólogo, que luego estudiaremos, el autor expone sus ideas sobre el asunto; y en dos libros titulados “Del origen y épocas de la lengua española” y “De la analogía de las partes de la oración”, desarrollados en 228 páginas y 16 lecciones respectivamente, expone las principales ideas de cada una de esas dos cuestiones. Sienta como base de su sentir respecto a los idiomas, este principio que, si no es un axioma, constituye un postulado fácil de conceder: “Las lenguas han seguido la condición de los pueblos que las han hablado”. Deduce inmediatamente que “Una lengua es tanto más excelente en riqueza de palabras, variedad y artificio de colocarlas en ingeniosas y agradables frases o maneras de hablar, cuanto ha sido la nación que la ha cultivado mayor en grandeza de ánimo, fuerza de ingenio, elegancia de costumbres y extensión de imperio”.¹⁶⁹ Como el español había sido tan dilatado, y nuestro idioma ha tomado palabras de tantas lenguas diferentes, antiguas y modernas; como tiene sus formas propias y sus idiotismos, son muchas las dificultades de reducirlas a reglas que, forzosamente, habrían de ser muy numerosas y difíciles de retener, por lo que es preferible reducirlas a ciertos principios generales. “Se han de imitar los buenos físicos que unen diferentes experiencias, y fundan sobre ellas un sistema que las reduce a un común principio. Así se abrevia el camino, porque los principios generales siempre son pocos y sencillos”.¹⁷⁰

Expuesto el plan que sigue en el desarrollo de su Arte, el P. Feliu repite e insiste en que las reglas deben ir acompañadas de la lectura de los escritores que mejor han manejado la lengua castellana y quiere que se estudien simultáneamente, y comparando sus modismos, su régimen y su construcción, la lengua nativa y la latina. Abomina del memorismo, porque aprendiendo de memoria, ocurre que los niños saben la gramática, pero desconocen la lengua, y preconiza el estudio reflexivo por los principios, no por las reglas. “Se ha de leer el Arte con reflexión, si se ha de tener conocimiento de las reglas generales y aun de la razón en que se fundan, pero eso ha de ser por la práctica de los buenos libros, guiada por la lección de la gramática y explicación del maestro”.¹⁷¹

Es muy interesante todo el primer libro de la Gramática del P. Feliu, que constituye una hermosa síntesis de la historia de nuestro idioma hasta el siglo XVIII. Creemos sinceramente que no perdería el tiempo quien leyera esas páginas pletóricas de noticias sobre el origen y la formación de nuestro romance, y llenas de observaciones oportunas, que bien pudieran resultar novedades. El libro II, que trata de la Analogía, abarca las cuatro primeras partes de la oración, y las trata bastante por extenso. En el siguiente, continúa hasta terminarlo, el estudio de las seis partes de la oración restantes. La sintaxis se trata, muy bien, por cierto, en el libro III, que comprende siete capítulos en los que con suma sobriedad agota la materia. Para explicar la prosodia, dedica el capítulo único del libro IV, que no es extenso ni podía serlo, dada la exigüidad de su contenido. En seis capítulos, que integran el libro V y último, resume toda la doctrina referente a la ortografía. Es notable el dominio que el P. Feliu demuestra tener de nuestra literatura, pues todas las reglas gramaticales las confirma con ejemplos tomados de nuestros clásicos. Sencillamente, calladamente, según es el estilo escolapio, el P. Benito prestó un notable servicio a la cultura española con la publicación de esa gramática en la que volcó todo su saber, que era mucho; sus preocupaciones pedagógicas, que eran grandes; y todo el amor a los niños que constituían el encanto de su vida. Así lo juzgaron cuantos conocieron la obra, que circuló libremente como moneda de ley durante varios años, con aplauso y aprobación de los entendidos.

¹⁶⁹ Prólogo, VII.

¹⁷⁰ Prólogo, VIII/IX.

¹⁷¹ *Ibidem*, página XXII.

Pero llegó un día en el que cayó en manos de un escritor atrabiliario, que puso al Arte del Romance Castellano y a su autor como no digan dueñas. No se atrevió a dar la cara, él sabía por qué, y ocultó su nombre tras el seudónimo Antonio Gobellos, escogido con toda malicia para hacer creer que el padre del monstruoso engendro era el eminente gramático Benito Galloso, cuyo nombre tiene las mismas letras que Antonio Gobellos. El P. Lasalde siguió la pista al tal Gobellos, y por el estilo, por su humor acre, por su crítica acerada y envenenada, por ciertos rasgos personales que el autor de las Conversaciones Críticas sobre el libro intitulado Arte del Romance Castellano dejó en sus páginas, cree que fue el P. Isla. “Para concluir ese asunto, diré que el autor de las Conversaciones Críticas es, en mi opinión, ni más ni menos que el P. Isla, que, viejo ya de 79 años, quiso despedirse del mundo con este rasgo de genialidad, haciendo, como quien dice, su último disparo contra el enemigo a quien más aborrecía”.¹⁷² Fue una crítica sangrienta en la que lo que menos interesaba era el Arte del Romance Castellano. Lo que importaba era zaherir a su autor, a sus hermanos de hábito y al Instituto Calasancio. No ha llegado a nuestras manos esa impugnación de la obra del P. Feliu, por lo que nos concretaremos a repetir con nuestros historiadores que fue airadamente atacada. Pero conocemos al impugnador de las Conversaciones Críticas, D. Alonso Platina, que demostró poseer una pluma tan acerada y un estilo no menos cáustico que el P. Isla, o quien o quien quiera que fuese el autor de las tan traídas y llevadas Conversaciones. Su verdadero nombre era Antonio Pallás, según lo ha individualizado el P. Rabaza.

Diríase que era un Quijote de la pluma que salía a desfacer entuertos literarios, y a romper lanzas en defensa de los oprimidos. Lo que es cierto es que él manejaba la pluma con soltura, y que escribió maravillosamente. La carta que tenemos a la vista¹⁷³ lo demuestra en forma concluyente. Había corrido la voz pública de que el señor Platina era el padre de las Conversaciones Críticas, y para convencer al público de que no lo era, se decide a escribir esa carta. “Como el público hasta ahora no ha visto ningún escrito mío en prosa, no puede juzgar por el estilo si soy o no, y así presento a mis lectores esta carta, para que se convenzan por medio de ella de que no acostumbro o ser pesado en mis escritos y conversaciones”.¹⁷⁴ En esta primera carta, el supuesto Platina contesta a la primera Conversación Crítica, la toma punto por punto, la desmenuza en un severo análisis y deja al pobre Gobellos en un títere de alambre. Lo hace con mucha medida y dignidad, sin perder el dominio de sí mismo ni faltar al respeto que se debe a los lectores, pero derramando el gracejo a raudales: “Usaré de mi carta de estilo algo más serio que V.M. en sus Conversaciones, porque las graciosidades y chufletas hacen que quien las profiera sea el hazmerreír de los doctos que buscan la verdad desnuda”.¹⁷⁵ Es el escritor dueño de su palabra y de su pensamiento, que conserva en todo su escrito; pero no faltan situaciones en que se torna risueño y mordaz, y aplica al buen Gobellos muy duros palmetazos. Había tenido este un lapso grande, el de confundir el telescopio con el microscopio, y el fingido Platina lo toma por su cuenta y le dice: “No tiene V.M. que apelar a yerro tipográfico, porque con aquel paréntesis de la página 27 se ha cerrado la puerta para que le sea admitida esta excusa, y así, cuando llegue el caso de escribirle a V.M. sobre la acusación que acerca de la ortografía hace al Reverendísimo Autor, no se le perdonará escribir anatomía con th, sustancia con b, ni otro defecto alguno que se pudiera haber atribuido a descuido del impresor, si V.M. por acriminar más a nuestro Autor, no hubiese negado la entrada a la compasión que se le podía

¹⁷² Obra citada, parte segunda, capítulo III, página 227.

¹⁷³ Carta que en defensa del autor del Arte del Romance Castellano escribe Don Añonso Platina a Don Antonio Gobellos. En Valencia, en la oficina de José y Tomás de Orga. 1780.

¹⁷⁴ Carta dicha, Advertencia a los lectores, pág. 1.

¹⁷⁵ Allí mismo, página 4.

tener”.¹⁷⁶ Lo dicho basta para dar una idea de lo que fue el ataque y la defensa. Y aquí dejaremos este incidente de la publicación del *Arte del Romance Castellano*, que si tuvo un impugnador brioso, no le faltó un defensor hábil y desinteresado.

Escritos del P. Benito Feliu

En este hombre eminente se pone bien de relieve lo difícil que es que el escolapio produzca obras voluminosas y matizadas. Ocupado todo el día con los niños, no le queda más que la noche libre para sus estudios y ocupaciones favoritas. Pero ¿qué va a hacer un hombre agotado por el trabajo, desecho por el cansancio, cargado de sueño, después de una jornada de una labor intensa? Nada, o poca cosa. Quien goce de una salud a toda prueba, y tenga un cuerpo insensible al cansancio, y posea una voluntad recia para imponerse a sus sentidos y potencias, podrá utilizar dos o tres horas de la noche robadas al descanso; hará algo, muy poco, y es lo que no se tiene en cuenta cuando se nos juzga a los escolapios de nuestra escasa producción literaria. Y ¡sin embargo! Esos folletos, esos libros de texto, esos modestos ensayos, son el fruto de la abnegación, de la floración del sacrificio, están amasados con sangre de sus autores, a costa de su salud que será en la vejez un conjunto de dolencias y de goteras. Pocos escolapios hubo en aquellos tiempos que poseyeran una preparación tan vasta y profunda como la del P. Feliu; y ninguno, seguramente, había adquirido una cultura tan extensa como la suya, y, esto no obstante, sus escritos son escasos, su volumen corto y su difusión no muy amplia. Las ocupaciones escolares, y la atención y el cuidado del Seminario Andresiano absorbieron de tal suerte la atención del P. Feliu y gastaron sus fuerzas que apenas se pudo redactar unas cuantas obras de menor empeño, y quién sabe qué equilibrios y sacrificios tendría que realizar para terminarlas.

A pesar de todo, fue en Valencia la persona más relevante, y su nombre, como lo hemos advertido, corrió en alas de la fama por toda España, y llegó hasta el mismo trono. Latassa, en su Biblioteca, resume la preparación del P. Feliu, sus gestas y su nombradía en estas palabras: “Tres años continuos que trató con los sabios y primeros maestros de Italia, que visitó sus escuelas, academias y universidades más ilustres, que frecuentó su trato literario... que observó el método de varones notables en gobiernos, que hasta aquel año de 1769 había ejercitado doce años continuos de enseñanza, según las leyes de su profesión, y manifestado sus talentos ilustrados en otros cargos y destinos, han hecho tan conocido su mérito que en 1787 tuvo el honor de ser llamado de la Corte de Madrid por orden de S.M. y nombrado, entre otros, para el arreglo del método de estudio que debieran observar las universidades de estos reinos”.¹⁷⁷ No coinciden el señor Latassa y el P. Lasalde en la numeración de las producciones conocidas del P. Benito, y nosotros no estamos acorde con ninguno de ellos. Individualizaremos, por lo menos algunos más escritos, a favor de la bibliografía de este escolapio eminente. Lo conocido como obra original o traducción del P. Benito Feliu de San Pedro es lo que enseguida expresamos.

1. De Integritate atque Auctoritate Hebraeorum Graecorumque utriusque Foederis Codicum. Roma, J. Zempel, 1757, folio.
2. Theses philosophicas. Calatayud, 1760.
3. Ex Universo disciplinarum theologicarum systemate secundum Angelici Doctoris doctrinam constituto illustiores propositiones. Fueron dedicadas estas proposiciones al Excmo. Señor Arzobispo Don Andrés Mayoral, y constituyen un folleto de 72 páginas de 195 por 135 mm. En Valencia, en la tipografía de Benito Monfort.

¹⁷⁶ Carta de Platina, páginas 10/11.

¹⁷⁷ Obra citada, volumen I, página 480, columna 1ª, artículo Feliu de San Pedro (P. Benito).

4. Conclusiones de Teología y Derecho Canónico impresas en Valencia.
5. Discurso inaugural del Seminario Andresiano, Valencia, 1763, en la imprenta de la viuda de José Orga.
6. Oración panegírica en honor de Santo Tomás de Aquino, Valencia, 1788. En la imprenta de la viuda de José Orga.
7. *Sacra Doctrina ex toto theologicarum disciplinarum orbe ac praesertim ex efficaci Dei praedestinationes ad mentem S. Thomae et ex praecipuis antiquae ecclesiae Hispanae ornamentis constituta*. Valencia, 1778, en la tipografía de Benito Monfort, impresor del Seminario Andresiano. Consta de 24 páginas, de 190 por 140 mm, de letra muy apretada. También está dedicada el acto al Señor Mayoral.
8. Oración fúnebre en las honras solemnes del Ilmo. Y Rmo. Señor Don Andrés Mayoral, dignísimo Arzobispo de Valencia. Benito Monfort, 1789, Valencia. En cuarto, de 47 páginas.
9. Arte del Romance Castellano. Un volumen de 228 páginas de 150 por 100 mm. Valencia, 1769, Benito Monfort.
10. Monumentos sagrados de la salud del hombre, desde la caída de Adán hasta el juicio final. 72 odas latinas escritas por Don Benito Arias Montano, y traducidas en verso castellano por el P. Benito de San Pedro. Valencia, en la Oficina de Benito Monfort, año 1774. Un volumen de 288 páginas de 172 por 115 mm. Dedicado al Excmo Señor Don Francisco Fabián y Fuero, Arzobispo de Valencia. Son notables los motivos que el P. Feliu tuvo al traducir esa obra y los fines que perseguía al ponerla en manos de los alumnos, según lo expresa en la Dedicatoria. Quería elevar y purificar la enseñanza de las humanidades y buscaba que los niños pudieran hablar de los misterios de nuestra redención y conocieran la Historia Sagrada y de la Iglesia, preferentemente a las patrañas e inmoralidades de la mitología. “Considerando yo el mérito de esa obra y el grande provecho que de su uso podía seguirse a la Religión y a la Enseñanza Cristiana, la puse en versos castellanos, para que por ese medio se divulgase y viniese a manos e inteligencias de todos, y especialmente con vivos deseos de que se introduzcan en las escuelas cristianas; por donde en los tiernos corazones de los niños, al aprender latinidad y poesía, se graben en adelante no ya los nombres de Júpiter y de Cibeles, de Apolo y de Minerva, sino los de Jesús y María, de Moisés y de David, de Pablo y de Juan, ni se repitan con embeleso las envidias de Juno, las disoluciones de Venus, las violencias de Marte y los engaños de Neptuno, sino, por el contrario, oigan muy por menor, la fe de Abraham, la paciencia de Job, la inocencia de José, las lágrimas de Pedro y la caridad de Pablo, y, sobre todo, la vida de Jesucristo. Estos son mis designios en la publicación de este y otros libritos que tengo dispuestos a uso de las escuelas”.¹⁷⁸
11. Oración gratulatoria en la Junta General de la Sociedad de Amigos del País. Valencia, en 1774, Benito Monfort, un volumen en octavo.
12. Descripción del hundimiento y cortaduras del Monte Baladre, territorio de Alzira, acaecido en noviembre de 1883. En Valencia, en la oficina de Benito Monfort, año 1784. 8 páginas.
13. Memoria sobre el cultivo de la caña dulce, en 1793.
14. Nuevo Arte de Gramática Latina. Valencia, 1796. Un volumen, en octavo.
15. Novena de San José de Calasanz. Se han hecho repetidas ediciones.
16. Vida de Don Martín Pérez de Ayala, Arzobispo de Valencia, escrita en latín. Va la cabeza de su obra Tradiciones Apostólicas, edición de Valencia. Sumamente recomendable por su verdad, estilo y modo de tratarlas.
17. Elogio histórico del Excmo. Señor Don Luis de Urbina. Valencia, en las actas de la Real Sociedad Económica de Amigos del país.

¹⁷⁸ Hola, dedicatoria sin Paginar.

18. Reglamento interno del seminario Andresiano. Lo publicó el P. Rabaza en su conocida Historia.
19. Discursos latinos y castellanos escritos para las academias o actos públicos de la Universidad.
20. Según el Conde de Contamina, diversas memorias, en número de 8 por lo menos, sobre temas del mayor interés para el fomento de la riqueza de la región levantina.

MANUSCRITOS

1. Catecismo de la Doctrina Cristiana.
2. Tratado de Geografía, de 300 páginas.
3. Dictámenes y cartas.
4. Varios trabajos en latín y castellano para el uso de las escuelas.
5. Circulares como Superior de la Provincia.
6. Panegíricos y discursos.

Había en tanto cumplido el P. Feliu sus 70 años, y sus fuerzas empezaron a debilitarse, y hubo que pensar en la preparación inmediata para la muerte. Su vida virtuosa no permitía abrigar temores sobre el porvenir de su alma, pero era preciso ponerse a bien con Dios, como lo hizo con todo el fervor de su corazón. Y “hallándose cada día más adornado de cristianas virtudes, más llenos de conocimientos científicos, más querido de todos, más agradable a todos, y habiendo merecido bien de la Religión, de la Patria, del Rey, de los Prelados, de los magnates y de todas las clases sociales”¹⁷⁹, recibidos piadosamente los sacramentos, expiró con placidez en Valencia el 13 de noviembre de 1801, a los 55 años de profesión religiosa.

Capítulo V. P. Pantaleón Blanquer de San Miguel

Uno de los escolapios que más ilustraron con sus virtudes a la Provincia de Aragón durante el siglo XVIII fue sin duda este benemérito religioso nacido en Zaragoza en 1733. Fue posiblemente uno de los primeros frutos que el Colegio de la Ciudad Imperial dio a las Escuelas Pías. Bautizado en la parroquia de San Pablo, todo hace presumir que frecuentó nuestras escuelas, y que en ellas nacieron las ansias de piedad de su alma ferviente. Llamado por Dios a la vida religiosa, pidió y obtuvo ser admitido en el Instituto Calasancio, cuyo hábito recibió canónicamente en Peralta de la Sal el día 25 de diciembre de 1747, de manos del P. Rector Miguel Pequerul de San Pedro Mártir. Ángel de pureza y de piedad, enamorado de Dios y de la Orden, el novicio Blanquer se consagró con toda solicitud y con un empeño incansable, constantemente renovado, a la adquisición de las virtudes propias del religioso, a formar su espíritu en la práctica del sacrificio, y a conformar su alma con las normas del perfecto escolapio. Y de tal suerte se empapó en el espíritu de San José de Calasanz que parecía modelo de sus connovicios y mereció ser admitido a pronunciar sus votos dos años exactos más tarde. Le recibió la profesión el mismo P. Miguel de San Pedro Mártir que le había vestido la sotana.

Inmediatamente fue consagrado a los estudios que necesitaba para el sacerdocio y para el ministerio docente, y los hizo con tanto aprovechamiento que mereció, en su día, ser lector de filosofía y de teología de nuestros juniors. “Post professionem, philosophiae et Theologiae studiis summa cum laude peractis, humaniores litteras, Rethorcam, Philosophiam, Theologiam, et nostris et exteris tradidit”.¹⁸⁰ El P. Pantaleón Blanquer tuvo en sus manos el porvenir de la Provincia, lo que dice de su preparación y de su virtud, y del

¹⁷⁹ Necrología.

¹⁸⁰ Necrologio del Colegio de Peralta, caja 12, nº 2.

predicamento en que lo tenían los superiores. Como todas las personas de auténtica valía, él era el único que ignoraba los talentos y que desconocía los méritos que con sus trabajos se había granjeado. Contento y satisfecho en el lugar en que la obediencia lo había colocado, allí permanecía sin pensar en otra cosa que en santificarse por el ejercicio de las virtudes cristianas y sacerdotales, y en formar el corazón y la inteligencia de sus educandos, comunicándoles el doble espíritu propio de la educación calasancia. En ambos conceptos, en el de religioso y en el de educador, el P. Pantaleón brilló con luces propias y realizó una labor magnífica, pues fue santificándose más y más cada día, y se esmeró constantemente en hacer de sus discípulos seglares cristianos modelo; y de los religiosos, escolapios perfectos. Lo consiguió ampliamente merced al celo que desplegaba, al ejemplo vivo que en él tenían y a las bendiciones del cielo que fecundaron sus fatigas y sacrificios.

Con esto hemos dicho que el P. Blanquer era “sicut lucerna lucens et ardens”, como una antorcha que disipaba las tinieblas de la ignorancia y del error en torno suyo, y que comunicaba a cuantos lo trataban el fuego que consumía su alma. Lo hacía desde su cátedra, transmitiendo los conocimientos que caracterizaban las diferentes materias cuya enseñanza le encomendaron los superiores; desde el púlpito, derramando torrentes de luz y tesoros de doctrina sobre los fieles que asistían a sus sermones, ansiosos de alimentarse con las palabras divinas; desde el tribunal de la penitencia, dando consejos de vida eterna y señalando normas eficaces para observar una estricta moral cristiana. Dondequiera que la obediencia colocara al P. Pantaleón de San Miguel, se tenía la seguridad de que cumpliría fielmente sus deberes, y podía tenerse, por cierto que su vida austera, observante y retirada sería un estímulo y un ejemplo para propios y extraños. Su paso por los diferentes colegios en que vivió quedó marcado con una estela de luz y señalado como con jalones por sus grandes virtudes y por sus obras santas. Y era natural que los fieles aprovecharan su experiencia, su virtud y sus talentos para pedirle dirección y consejo, y que la Orden aprovechara sus buenas cualidades y primero en la formación religiosa y científica de sus juniore, y luego en el gobierno de varias de las Casas de la Provincia.

Había cumplido sus 36 años, cuando fue nombrado Rector del Colegio de Daroca, y durante un cuarto de siglo ejerció sin interrupción el rectorado de alguno de los colegios, señal. evidente de que llenaba a satisfacción los deberes del cargo. Así lo da a entender su consuetud con estas palabras: “Rector variis Provinciae domibus semel et iterum renunciatus, rem domesticam auxit, sibique subditos verbo et exemplo ad pietatem informandos curavit”.¹⁸¹ Daroca, Alcañiz, Zaragoza, Peralta y otra vez Zaragoza, fueron las Casas cuyo gobierno le fue confiado, en todas las cuales se necesitaba especialmente que el Rector informara en la piedad a sus religiosos, con la palabra y con el ejemplo. Dice mucho de la religiosidad, de la observancia, del espíritu calasancio, de la piedad del P. Blanquer, y de la confianza que inspiraba a los superiores, el hecho de que todos los colegios cuyo rectorado desempeñó fueran Casas de estudios, que por lo mismo deben distinguirse por su regularidad, y cuyo Rector debe ser algo así como la encarnación de la regla. Es lo que se debe suponer del Padre Pantaleón de San Miguel, que durante cinco lustros tuvo la responsabilidad de Casas de formación de juniore y novicios. Tantos años de enseñanza y de gobierno habían minado su salud y gastado sus fuerzas, y terminado su

¹⁸¹ En el lugar citado.

último trienio de Rector de Zaragoza, se le dejó libre de cargos de responsabilidad, aunque se le mantuvo en los consejos de la Provincia y en otras ocupaciones.

Otro indicio del aprecio que Aragón hacía de la religiosidad, de la prudencia y de las virtudes del Padre Blanquer es que el Capítulo Provincial lo hiciera Vocal para el de la Orden en Roma. Esas reuniones suelen ser asambleas de notables, y cada Provincia procura enviar a ellas lo mejor que tiene en virtud y en talento, en destreza para los negocios y en prudencia para tratarlos, ya para no hacer un mal papel ante los demás, ya porque se hace juramento de elegir al religioso que se juzgue mejor en conciencia. Esa elección del Padre Blanquer es la rúbrica que atestigua y confirma las condiciones morales, religiosas e intelectuales que lo caracterizaban. Perteneció también a la Congregación Provincial como Consultor y como Asistente, y fue un fiel y sabio consejero del Padre Provincial en el gobierno. Para esos cargos se necesitan hombres muy experimentados, prudentes y sagaces, que puedan auxiliar al Provincial con sus luces y con sus consejos, y ser colaboradores suyos eficaces en el gobierno de la Provincia. Eso fue el Padre Pantaleón, que sabía de negocios y entendía de soluciones prácticas de los problemas que se plantean a los Superiores, por la experiencia que había adquirido en 25 años de rectorado. Quien así ha sido fogueado y ha tenido la responsabilidad de los intereses morales y materiales de las Casas que le han sido confiadas, ha tenido forzosamente que acumular grandes experiencias, y está particularmente capacitado para esos cargos de asesor y consejero.

Tal vez la virtud que caracterizaba y daba fisonomía propia al Padre Pantaleón Blanquer, era la pobreza. Nada superfluo había en su ajuar, y nada que oliera a propiedad podía encontrarse en su humilde aposento. Él sabía que la pobreza es el muro firmísimo de la Religión, como dice San José de Calasanz en las Constituciones; y por eso la amaba y practicaba con toda estrictez, y no ignoraba que los ataques y las libertades contra ella son otros tantos atentados contra la estabilidad, la observancia y la existencia misma de las órdenes religiosas. Y por eso no permitía ni en sí, ni en los demás, ningún avance contra ella. Debió ser para el Padre Blanquer un día de luto, aquel en que se concedió a nuestros religiosos el uso del peculio, si quiera fuera en la forma moderada y restringida en que se hizo. Preveía los abusos que se habían de cometer amparados por esa concesión, y temblaba por la observancia, por la paz, por la Provincia. Conocía los bienes de la pobreza religiosa y los defendía; sabía por historia los daños irreparables que su ausencia en las comunidades, y, sobre todo en los individuos, produce, y quería alejarlos de la Orden Calasancia. Al efecto no sabemos si como una réplica y protesta contra el establecimiento del peculio, o como un ejercicio literario y religioso que le permitía aprovechar santamente el tiempo, escribió en latín un libro de 460 páginas sobre la disciplina religiosa, pero que encara muy a fondo y trata principalmente de la pobreza, y de su enemigo capital, el peculio. Consta de un Saludo a todos los religiosos, y de un Prolegómeno, en los que emplea 20 páginas en letra muy apretada. Desarrolla toda la doctrina sobre la disciplina religiosa, pobreza y peculio en 41 capítulos y un epílogo sumamente interesantes.

Un poco largo es el título, al estilo de la época, pero lo vamos a reproducir en obsequio a los aficionados a la bibliografía. Dice así: “Fasciculus Disciplinae Religiosae quem ex multis lectissimisque Sacrae Scripturae, Conciliorum, Summorum Pontificum, Patriarcharum, Sanctorum Patrum et Tehologorum Flosculis congerebat et concinnabat, et Religiosis Viris offerebat P. Pantaleon a Sancto Michael e Scholis Piis Sacerdos anno 1799”. Es un escrito macizo, con mucho dominio de la teología, y revela un profundo

conocimiento de la Santa Escritura y de los Santos Padres, que manifiesta el profesor de Teología y el maestro de espíritu de los jóvenes estudiantes, y refleja las angustias y las inquietudes del Padre Blanquer por el porvenir de las Escuelas Pías, a las que, sin embargo, no nombra en el Saludo a los religiosos. Como es natural, en él expone genéricamente el fin que se propone al escribir ese libro, que bien pudiera ser también la obra de una vida. “Al poner mi mano en esta carta, he meditado que era Secretario de Jesucristo, Nuestro Salvador, y que hacía las veces de Ministro suyo, que la envió a vosotros, y procuro y me esfuerzo en grabarlas, presionando en vuestro corazón, como en unas tablas de carne y como de cera”.¹⁸² Consecuente con esta idea, pone el dedo en la llaga de los males que producía el peculio en sus tiempos, y parangona lo que eran los primeros siglos del cristianismo, cuando el espíritu de pobreza de Jesús lo llenaba y empapa todo, y lo que era el siglo XVIII, achatado en lo espiritual y estéril en lo religioso, y deja escapar sus temores en estas frases que deben hacernos pensar seriamente: “¡Ojalá, Dios inmortal, no haya muchos en la Casa de la disciplina que no quieran tener disciplina, ni oír gustosamente sobre el espíritu de pobreza al Maestro pobre Jesucristo, y lo que es más perverso, que faltando contra los preceptos de la pobreza solemnemente profesada, se aparten totalmente de la vida buena y eterna!”¹⁸³

El Prolegómeno, que abarca 11 páginas, sale al paso de los reparos que pudieran hacérsele con el ejemplo y las enseñanzas de Jesucristo, con las palabras de los Santos Padres y con la doctrina de los fundadores de las Órdenes Religiosas. Con eso el Padre Blanquer se sabe en buena compañía y se siente fuerte para exponer la verdad sobre pobreza y peculio, y para argumentar acerca de la disciplina religiosa. Así este razonamiento y respuesta ad hominem que demuestra la. Inanidad de la ciencia humana, de la que tanto se alardeaba, si no la acompaña una santa vida, de acuerdo con la profesión religiosa. “¿Qué aprovecha para la vida eterna perseguir los movimientos de los astros con la boca hinchada, escudriñar el origen de las fuentes, el flujo y reflujo del mar, disertar sobre las oscuras inscripciones de las piedras y sobre las figuras simbólicas de las medallas y monedas, si con torpe ignorancia se omite aquella preclara y próxima a Dios sabiduría que debe preocupar a los varones religiosos para acomodar sus costumbres con los deberes de su profesión, para prepararse el camino de la salvación, para evitar aquí los ocultos escollos y allí las sirtes voraces y para ser conducidos rectamente a la bienaventuranza?”¹⁸⁴ Esta somera descripción permite formarse idea de lo que es el *Fasciculus Disciplinae Religiosae* del Padre Pantaleón Blanquer y del estilo que usa. Repetimos que principalmente insiste en la pobreza, y ataca el peculio desde todos los puntos de vista. Tenemos la idea de que fue obra de las circunstancias, aunque el plan pudiera estar trazado y los materiales recogidos de antemano. El año 1799 se promulgó el Oficio que autorizaba entre nosotros y regulaba el uso del peculio, y ese mismo año escribía el Padre blanquea su libro, atacándolo severamente. ¿Fue mera coincidencia, o como una contrapartida contra concesión semejante, hecha por un súbdito que no podía protestar públicamente?

Sea de eso lo que fuere, ahí está el libro, que es una lástima no llegara a editarse, como acaso lo pretendió su autor, que lo presentó al Padre Provincial para la previa censura. En

¹⁸² *Fasciculus Disciplinae Religiosae*, Saludo a todos los Religiosos, pág. 3. Manuscrito en la Biblioteca del Colegio de Zaragoza, nº 15

¹⁸³ *Ibidem*, pág. 5.

¹⁸⁴ En el mismo lugar, pág. 10.

efecto, el 12 de junio de 1801 se dio “comisión a los Padres Rector, ex Provincial Ibáñez y Consultor Camilo para censurar un manuscrito del Padre Pantaleón intitulado Fasciculus Disciplinae Religiosae, etc.”.¹⁸⁵ No debería tener el Padre Pantaleón de San Miguel muchas esperanzas de ser bien entendido e interpretado, y debía temer represalias de quien fuera, pues en la última página hace a Jesús esta súplica: “Hoc denique unum superest ut me pauperulum hominem sub alis tuae bonitatis et misericordiae, dulcissime Iesu, protegas et ab aduncis invidorum hominum ungibus defendas”. Esto solo resta finalmente, que me protejas, dulcísimo Jesús, bajo las alas de tu bondad y misericordia, a mí, pobrecillo hombre, y que me defiendas de las afiladas uñas de los hombres envidiosos. Con esto podría decirse que el Padre Blanquer había llenado su misión en el mundo y podía exclamar con el Apóstol: he consumado el curso de mi vida, he guardado la fe jurada, no me queda más que esperar la corona de justicia que has prometido a los que te temen. Y en efecto, los años que le restaron de vida los empleó el Padre Pantaleón en prepararse para la muerte y en el ejercicio de los ministerios sacerdotales, atendiendo en el confesonario a los fieles que lo solicitaban. Le sobrevino un ataque de parálisis y se produjo la gangrena, y confortado con los santos sacramentos expiró plácidamente, como había vivido, en Zaragoza el 9 de enero de 1803, cuando contaba 70 años de edad y 56 de vida religiosa.

Capítulo VI. Hermano Clemente Barcos de Santa Orosia

El día 24 de agosto de 1805, entre las preces y las lágrimas de los nuestros, se extinguía en el Colegio de Zaragoza una vida humilde a los ojos de los hombres, pero que fue grande a los ojos de Dios, por sus virtudes y por el aroma que exhalaba aquella alma que se desprendía de la mortalidad para revestirse de la inmortalidad que sus buenas obras le habían merecido. Era una de esas violetas que perfuman las comunidades con las emanaciones de su virtud, una de esas almas predilectas de Dios que con sus oraciones y con sus sacrificios, las sostienen y las alcanzan en las bendiciones del cielo. Su biografía cabe en cuatro líneas, pero su fisonomía moral merece más amplio margen para poner bien en evidencia las excelentes cualidades que lo adornaron, y los títulos que tiene a figurar en esta GALERÍA DE CLAROS VARONES de la Provincia. Nacido en Fago, diócesis de Jaca, en 1720, pidió ser admitido en la Religión cuando ya había cumplido los 24 años, y admitido en vista de los informes favorables, fue enviado a Daroca, cuyo Rector, Padre José Fulla de la Virgen del Rosario, le vistió la sotana calasancia el 20 de enero de 1754. Era el joven Clemente MBrco de gran integridad de vida y de una sencillez encantadora, y cuando se vio incorporado a las mesnadas calasancias por la admisión al hábito, no pensó en otra cosa que en mortificarse, y en adquirir aquellas virtudes que deben distinguir a un religioso. Hizo de la humildad un culto especial, porque sabía que es el principio de todo progreso en la vida perfecta, la base y cimiento sobre el que hay que elevar el edificio de la santidad, y porque no ignoraba que un hermano si no es humilde, profundamente humilde, llevará mal toda la vida la carga de la observancia religiosa y será un desgraciado mientras permanezca acá en el mundo. El noviciado del Hermano Clemente fue fervorosísimo, y lo empleó en despojarse del hombre viejo y vestirse del nuevo; en hermosear su alma con las más preclaras virtudes; en echar hondas raíces en la humildad; principalmente en ejercitarse en las prácticas de la vida perfecta. Tanto adelantó y tales progresos hizo, que era la admiración de todos. Y cuando cumplió los años de noviciado, fue por unanimidad

¹⁸⁵ Libro de memorias de la Provincia, página 695.

admitido a la profesión de los votos. La hizo en Peralta de la Sal el 27 de marzo de 1758, en manos del Padre Rector Alejandro Castillazuelo de San Antonio.

Convencido de que en la vida religiosa no avanzar es retroceder, y de que las prácticas de noviciado era solo una norma y como un ensayo de lo que debe ser la existencia de un profeso, el Hermano Barcos, una vez ligado a Dios y a la Religión por los votos, lejos de remitir de su fervor y de permitirse algunas libertades, se esforzó en dar más pábulo a su espíritu, y en ser más exigente consigo mismo en lo que se refería a la observancia. Era escrupuloso en la guarda del silencio; avaro en aprovechar las horas libres para sus devociones ante el Santísimo Sacramento; y en asistir a los actos de Comunidad de oración y examen; caritativo en el trato con los demás; blando y dulce con los otros, duro y mortificado consigo mismo; a tal grado que ha podido decirse de él que era un varón humanamente recomendable por las virtudes religiosas, particularmente por la mansedumbre, por el candor de su alma y por la amabilidad que se reflejaban en todos sus actos. En sus 47 años de vida religiosa no perteneció más que a dos comunidades, a la de Daroca y a la de Zaragoza, en la que desempeñó los oficios de cocinero y de ecónomo, con aplauso de todos. Son dos cargos difíciles de llenar a satisfacción de cuantos forman una Comunidad, y el hermano Clemente de Santa Orosia no solo contentó a todos como responsables de la cocina y de la economía, sino que “et domorum utilitatibus consuluerit, et res sibi creditas auxit”. Se le ocupó de las utilidades de las casas y aumentó los intereses que le fueron confiados, dos grandes condiciones en quien como cocinero y como ecónomo, tuvo a su cuidado las temporalidades de la casa que tan fácil es se malogren o se pierdan.

Con ser muy recomendables, estas cualidades del Hermano Clemente Barcos no eran más que el reflejo y la forma tangible de las virtudes interiores que con todo esmero cultivaba en el jardín de su alma. Ellas mantenían vivo en su espíritu el de pobreza, que lo impulsaba a considerar como sagrados los intereses materiales, y a cuidarlos como corresponde a los pobres. Sabía que había de responder ante el tribunal divino de esos bienes que los Superiores le habían encomendado, y por eso se esforzaba en conservarlos en buen estado, y se ingeniaba para aumentarlos. Pero esta atención que el hermano Clemente prestaba a las cosas de la tierra que administraba, no le impedía pensar y preocuparse de su alma, que era el negocio que más le importaba. Y, según lo hemos indicado, fuera de los actos comunes a los que asistía con ejemplar puntualidad, gran parte del tiempo que tenía disponible lo pasaba en la iglesia, delante de Jesús Sacramentado, o en el oratorio doméstico, haciendo actos de fe, esperanza y caridad, con gran edificación de sus hermanos, y no escaso aprovechamiento de su alma: “Non semel in die, vel in Oratorio, vel in Ecclesia, Ah. Fidei, spei, caritatis actibus, religiosorum edificatione sese exercuerit”. Varias veces al día se ejercitaba en el oratorio o en la iglesia en actos de fe, esperanza y caridad, que edificaban a los religiosos. Se disponía así para la muerte, que no podía tardar; preparaba su espíritu para presentarse ante el tribunal inapelable; y que por espacio de medio siglo había trabajado en perfeccionarse y en vivir santamente; empleaba los últimos años en unirse más íntimamente con Dios, en desprenderse de las criaturas, y en pensar en el cielo más que en la tierra. El candoroso Hermano Clemente Barcos de Santa Orosia eligió la mejor parte, y cuando hubo elaborado el fanal de su virtud, pudo como el santo viejo Simeón pedir al Señor que lo sacara de este valle de lágrimas, porque había visto la mezquindad de las cosas de la tierra, y que solo las eternas merecían ser amadas y buscadas. Y habiendo empezado a gustar su dulzura le urgía una voz a gozarlas eternamente en el paraíso. Y cuando había cumplido 76 años de

edad y 51 de religión, Nuestro Señor lo llamó para otorgarle la recompensa debida al siervo fiel, la de entrar en el gozo de su Señor, porque había sido fiel en lo poco. “Intra in gaudium Domini tui”

Capítulo VII. M.R.P. Marcelino Boira de San Ildefonso

Uno de los religiosos más calificados de nuestra Provincia, y uno de los Provinciales más activos y celosos que ha tenido en el siglo XIX ha sido, sin duda, el Padre Marcelino Boira de San Ildefonso. Profesor de las asignaturas de más compromiso, puso su nombre y el prestigio de los colegios en que trabajó muy alto. Orador sagrado de gran elocuencia, lo solicitaban iglesias y pueblos para predicar cuaresmas y advientos. Teólogo consumado y sacerdote de grandes virtudes, el Santo Tribunal de la Inquisición lo nombró calificador. Religioso ejemplar y observante de las Reglas, los Superiores lo nombraron Rector de varios colegios, y el Capítulo Provincial lo ungió con el provincialato. Y todo lo hizo a satisfacción, todos sus cargos los llenó cumplidamente. Del padre Boira puede afirmarse que “omnia bene fecit”, que lo hizo todo bien, con las reservas naturales, y con las imperfecciones inherentes a la naturaleza humana.

Era zaragozano, y había nacido el 27 de abril de 1747 en una familia bastante acomodada, que le dio una educación cristiana y le proporcionó una instrucción literaria completa. Sintió en el fondo de su alma la voz divina que lo llamaba a las Escuelas Pías, y se mostró dócil a los toques interiores de la gracia. Solicitó, pues, el ingreso en el Instituto Calasancio, y admitido en él, vistió el santo hábito en Zaragoza de manos del Padre Cayetano Ramo de San Juan Bautista, Rector de la Casa, el día 2 de febrero de 1764. Le faltaban algo más de dos meses para cumplir los 17 años, lo que es indicio de que había pensado bien las cosas, y prenda de que su decisión no respondía a un fervor pasajero, sino que era la consecuencia lógica de un proceso de la gracia. Bien lo demostraron los hechos de su fervoroso noviciado y de su vida entera de escolapio. Una vez incorporado a los hijos de Calasanz por la toma de hábito, no se contentó con menos que con seguir las huellas del Santo Fundador, y todo su empeño durante el noviciado se cifró en adquirir las virtudes propias del religioso, en hacer de la oración el lazo de unión con Dios, en convertir las Reglas en instrumento de santificación, y en que la caridad fuera el aglutinante de sus relaciones con sus hermanos, y la humildad el fundamento inmovible de su vida religiosa.

Los progresos que el Hermano Boira hizo en las vías de la perfección fueron proporcionados al interés que puso en santificarse, que fue grande, y por eso mereció ser admitido a la profesión el 22 de marzo de 1765. Por delegación del Padre Provincial, se la tomó el Rector de Peralta, Padre Miguel Pequerul de San Pedro Mártir. Aplicado a los estudios, cursó las Humanidades, la Filosofía y la Teología, con el aprovechamiento que demostró la capacidad con que enseñó más tarde esas mismas materias en Zaragoza, Valencia, Alcañiz y Sos, donde sucesivamente lo destinó la obediencia. Es lo que tenía que ocurrir, dada la mentalidad y habida cuenta del espíritu que anima al joven Boira. Quien se preocupaba seriamente de cuanto se relacionaba con su santificación, no podía mostrarse remiso en el estudio, y debía forzosamente aprovechar bien el tiempo para la adquisición de los conocimientos que habían de habilitarlo para el sacerdocio y para el magisterio. Debíó hacerlos con notable aprovechamiento, puesto que desde el primer día que bajó a clase enseñó Gramática, para pasar luego a dictar Retórica, y lo hizo laudablemente, según dice su necrología: “Terminada la tarea de los discípulos, cumplió laudablemente el ministerio de enseñar, primero Gramática en Zaragoza, luego Retórica en el Seminario

Andresiano de Valencia, y finalmente la misma clase en Alcañiz”.¹⁸⁶ Contaba 37 años de edad y 20 de religión cuando fue nombrado Rector de Sos en 1784, y simultáneo ese cargo con el de lector de Filosofía de nuestros juniors y de los alumnos extranjeros. Terminado el trienio y el curso de Filosofía, pasó a Zaragoza, donde dictó a los mismos jóvenes los 4 años de Teología, que coronó con un acto público del que nos ocuparemos más adelante.

Por su dominio de la Teología, por su celo apostólico demostrado en la predicación de la divina palabra y en el servicio del confesonario, por su vida arreglada y virtuosa, el Padre Marcelino Boira fue condecorado con el nombramiento de Calificador del Santo Oficio; lo que implicaba un honor para él, era para la Orden un motivo de satisfacción intensa. Con ese nombramiento parece que el Padre Boira quedó libre de clases, pues intensificó su actuación en el púlpito y consagró más horas al confesonario. “Hinc, leemos, expeditior ad predicandum Dei verbum, cui iam dudum sicut et audiendis confessionibus, assidue vacaverat animum appulit; adque integras quadragesimas semel Benavarri, bis Caesaraugustae, bis quoque Alcagnitii contionatus est non sine auditorum profectu et nostri Instituti commendatione”. Con esto quedó más expedito para predicar la palabra divina, a lo cual ya se había dedicado asiduamente, como a oír las confesiones, y predicó Cuaresmas íntegras, una vez en Benabarre, dos en Zaragoza, otras dos en el Alcañiz, con provecho del auditorio y encomio de nuestro Instituto. Se comprenderá mejor lo que significaba predicar cuaresmas y lo que se da a entender con esas palabras “íntegras”, si recordamos que a veces eran con sermón diario y que duraba no menos de una hora. No era empresa para todos, ni siquiera para muchos, porque predicar a la raya de cincuenta sermones seguidos y por espacio de una hora ante auditorios selectos y numerosos, un año y otro año, exige un conjunto de cualidades físicas, morales e intelectuales que no siempre se dan reunidas en una misma persona. Por eso, quien pudo resistir esa prueba por lo menos cinco veces, dio muestras de ser un orador que salía de lo vulgar, y que tenía condiciones especiales para la cátedra sagrada.

El Padre Boira era uno de los diez o escolapios que a fines del siglo XVIII residían en el Colegio de Zaragoza, y tenían acaparados los púlpitos para las más solemnes festividades. No había novena de importancia, ni panegírico de compromiso que no se encargara a los escolapios, y el Padre Marcelino era uno de ellos. Por su doctrina, por su facundia, por el fervor que ponía, por el celo que derrochaba, por las citas de la Escritura y la autoridad de los Santos Padres con que solía confirmar sus raciocinios, era muy solicitado, y porque la santidad de su vida era el argumento más convincente de sus sermones. El Padre Boira se había creado un nombre en Zaragoza, donde era respetado por sus virtudes sacerdotales, se le estimaba por su saber, se le quería por su bondad, y se le admiraba por su elocuencia. Pero el hombre, y sobre todo el religioso, no tiene aquí en la tierra una habitación permanente y fija, sino cambiante según las circunstancias. Hijo de obediencia, a la cual se debe en absoluto, el miembro de una Orden Religiosa depende de sus Superiores, está sujeto a mudar de residencia de la noche a la mañana, y no puede considerarse de asiento en ninguna parte. Es lo que le ocurrió al Padre Marcelino de San Ildefonso: en medio de sus correrías apostólicas y de los frutos que de ellas recogía; cuando estaba ocupado en sus tareas del Tribunal de la Fe, hubo de abandonar Zaragoza y encaminarse a Valencia, donde el Instituto necesitaba sus servicios.

¹⁸⁶ Archivo del Colegio de Peralta, caja 10, número 2.

Nombrado Rector del Colegio de Valencia, sirvió el cargo con la elevación y el espíritu de sacrificio que le eran habituales. Si por la complicación de los ministerios, por el número de religiosos y de alumnos, por las diversas categorías de estudiantes, por las clases de enseñanzas que integraban aquel complicado organismo, y por los intereses materiales que era preciso defender y conservar, había en la Provincia algún rectorado difícil, era el de Valencia. Nuestro Padre Boira gobernó el Colegio durante dos periodos seguidos, y puso en su cometido todo su celo de sacerdote, todo su fervor de escolapio, todo su entusiasmo de maestro, el amor grande que profesaba los niños, y el anhelo que sentía de darle a la Orden y de mantener el prestigio del Instituto. Creemos que el Padre Marcelino se entregó con generosidad y sin medida a la educación de los niños y a las tareas catequéticas, pues tomó bajo su responsabilidad lo que era propio de los maestros, la explicación de la doctrina cristiana a los alumnos y las pláticas cuaresmales a los fieles. Su necrología lo hace notar, y parece que el autor pusiera acentos de admiración en las palabras con que lo hace: "Constituido Rector de Valencia, puso su principal estudio y cuidado en que los fieles cristianos, y particularmente los niños, se empaparan más profundamente de los preceptos de la Doctrina Cristiana, a cuyo fin no solo tomó sobre sí la carga de aquellos sermones que llaman misionales, y que cada año se hacen durante la Cuaresma, en los días de fiesta por prescripción del Prelado Valenciano, sino también las explicaciones del catecismo a nuestros discípulos todos los domingos".¹⁸⁷ Esto era una parte de sus deberes, la exterior y visible, la que llega a conocimiento del público, y por la que ordinariamente se juzga la actuación de los Rectores y se miden sus méritos y sus títulos para pasar a la historia. Con ser importante este aspecto de las actividades del Rector de un colegio, no lo es menos el de ese trabajo interior oculto de mantener en vigor la observancia, de contener a todos en el cumplimiento del deber, de impulsar a los remisos, de sostener a los fervorosos, de cortar abusos, de impedir corruptelas, que debe ser la preocupación del Superior de una Casa religiosa. Sin esto sería imposible aquello, y si el espíritu no alienta poderoso en el fondo de las almas, todos los esfuerzos se estrellarán en la impotencia, y se traducirán en una esterilidad vergonzosa para el bien y para la marcha de un Colegio. El Padre Marcelino Boira sabía esto perfectamente, y mientras se preocupaba de la vida exterior, del progreso de las escuelas, del perfeccionamiento del Seminario Andresiano, vigilaba como pastor de sus ovejas para que el lobo no entrara en su rebaño y se las matara; para que el hombre enemigo no penetrara en su heredad y sembrara la cizaña con que ahogaría la buena semilla; para que no se introdujeran novedades y no se abrieran portillos en la observancia de las Reglas. Fue un Rector celoso y humano, que sabía condescender con las flaquezas propias de la naturaleza, pero que era inexorable con lo que significaba malicia, desprecio o atentado contra la observancia.

Tantos trabajos iban perfilando al Padre Boira contornos muy definidos, y lo señalaba como una esperanza de la Provincia. Nada extraño entonces que esta, reunida en Capítulo, lo ungiera con el provincialato, y que el Padre General confirmara una elección que a todos satisfacía. Ya hemos dicho que el Padre Marcelino fue un Provincial que mantuvo la observancia en todo su vigor, uno de los grandes Superiores que ha tenido la Provincia de Aragón. Como lo hizo de Rector, cuando gravitó sobre sus hombros la carga del gobierno provincial, y cuando cesó la responsabilidad de toda la Provincia sobre su conciencia, usó de todos los medios para arrastrar a los remisos, para mantener a los vacilantes, para animar a los que guardaban la Regla, para evitar que se introdujeran corruptelas, para

¹⁸⁷ *Ibidem*.

arrancarlas de cuajo si habían tomado carta de naturaleza. Avisos individuales, visitas canónicas, cartas particulares, circulares rebosantes de doctrina, en cuyas páginas palpitaba todo el celo de la gloria de Dios, de la observancia y del esplendor de la Orden que le acuciaba, castigos y sanciones conforme al espíritu de la Regla en los casos extremos, eran los medios de que echaba mano, los instrumentos que el Padre Boira esgrimía para el gobierno de sus religiosos, y para conducirlos por las vías de la perfección que habían profesado. En su lugar propio hemos estudiado esas circulares y la actuación del Padre Marcelino como Provincial, por lo que no insistiremos aquí, y nos limitaremos a reproducir esas palabras de su consuetud: “Praepositus Provincialis renunciatus complura vel revocavit, vel praescripsi, que disciplinae regulari firmandae, Magistrorumque solertiae ac diligentiae acundae opportune iudicavit”. Nombrado Prepósito Provincial, revocó prescribió muchas cosas que juzgó oportunas para afirmar la disciplina regular y para asegurar el cuidado y la diligencia de los maestros”.¹⁸⁸ Así llevó y mantuvo el prestigio de los colegios como centros docentes y como Casas religiosas. De esta manera, impulsó a los niños por los derroteros de la vida cristiana, y guió a sus súbditos por las vías de la perfección, y pudo abandonar un cargo que no había ambicionado con la tranquilidad de quien ha cumplido con su deber, se ha sacrificado en aras del mismo y no ha omitido nada de lo que debía a sus subordinados.

No había llegado todavía la hora del descanso para el Padre Marcelino Boira. Era incansable, y su reposo vendría con la muerte o con la falta absoluta de fuerzas. Terminó su provincialato en vísperas de la francesada; y como religioso ejemplar y Superior preocupado de la disciplina monástica, fue destinado al Colegio de Gandía, cuya fundación se había terminado durante su provincialato. Había que levantarlo sobre la piedra angular de la más estricta disciplina y sobre el cimiento inmovible de la observancia, y acaso nadie más indicado que el ex Provincial que tan alto las había mantenido, que el Rector y que las había defendido tesoneramente, que el religioso que había hecho de ellas un culto durante toda la vida. Apenas se había inaugurado el colegio gandiense cuando se produjo la invasión francesa, que tantos males y molestias produjo a nuestras comunidades. La de Gandía no escapó a lo que fue ley general; pero el Padre Boira se las compuso tan bien y tuvo tal habilidad o suerte que conservó la casa incólume bajo la terrible tiranía de los franceses, de la guerra inhumana y de las batallas; y lo que es más admirable, con limosnas recogidas de todas partes y enviadas en parte a otros colegios para su remedio, la dejó dotada de ropas y de dinero”.¹⁸⁹

Del Padre Marcelino Boira conocemos impresas las tesis de teología que sus discípulos Joaquín Paricio de la Virgen del Rosario y Sebastián Moliner de Santa Teresa defendieron públicamente en Zaragoza en los días 20 y 21 de octubre de 1789. El título es “D.O.M. Ex Universa Theologia selectiores propositiones, quas ad Angelici Praeceptoris mentem propugnandas offerunt Joachinus a Virgine de Rosario et Sebastianus a Sancta Theresia ex Scholis Piis”, que es un cuaderno de 32 páginas, de 180 por 140 mm, que en 93 proposiciones o tesis comprende un compendio de la Teología Dogmática y algo de la Moral.

¹⁸⁸ En el mismo archivo y caja, necrología dicha.

¹⁸⁹ En la misma necrología.

2º. Unas tesis de teología defendidas en Zaragoza el año 1769, en la imprenta de Francisco Moreno, 1769. Son 48 páginas de 190 por 140 mm, en las que después de una dedicatoria a la Virgen del Pilar, se da el programa de la función.

3º. De litterarum studiis in publicae rei commodum instituendis. Valencia 1777, en 4º.

4º. De Alacagnitii laudibus en 4º, 1779.

5º. Circulares a los religiosos, manuscritas.

Mientras residía en Gandía, el Padre Marcelino Boira tuvo un ataque de parálisis que se le repitió; y entonces se trasladó a Zaragoza, donde agravándose las dolencias de su enfermedad, después de seis meses de soportarlas pacientemente, sobrevino la fiebre y la inflamación del vientre, y auxiliado con todos los sacramentos y con las oraciones de sus hermanos expiró en el Señor el día 3 de febrero de 1815, cumplido 68 años de edad y 51 de vida religiosa.

Capítulo VIII. P. Anselmo Estevan de San Francisco

No podríamos asegurar si todos eran de la misma familia o si no tenía nada de parentesco unos con otros, pero puede afirmarse que desde mediados del siglo XVIII no han faltado en nuestra Provincia religiosos del apellido Estevan hasta nuestros días. Lo más notable es que todos se han distinguido por su virtud, por su talento o por ambas cosas. Uno de ellos, “varón de insigne piedad, de singular disciplina y particularmente tenacísimo de la pobreza” fue el P. Anselmo de San Francisco. Había nacido en Ferreruela, archidiócesis de Zaragoza, en marzo de 1742, y fue bautizado el 29. Su vocación debió ser tardía, o tropezó con obstáculos insuperables, pues al recibir la sotana en Peralta de la Sal contaba ya 26 años. Ese hecho ocurrió el 2 de julio de 1768, y ofició la ceremonia el P. Domingo Rubio de la Asunción, Rector de la casa. Hace notar la necrología del P. Anselmo, que cuando ingresó en la Orden, con su buena índole y con su industria, había adelantado bastante en las ciencias humanas y en las divinas, es decir, que iba con una base excelente en Humanidades, y tal vez en Filosofía y Teología.

Quien a los 26 años se determina a entrar religioso, lo hace con pleno conocimiento de causa, y en la generalidad de los casos, dispuesto a vivir las Reglas en toda su integridad, a empaparse del espíritu del Instituto hasta la saturación, y a cumplir con el mayor cuidado todas las obligaciones del mismo. Es lo que hizo el joven Anselmo, quien desde el primer día de noviciado no tuvo preocupación mayor que la de conocer las Reglas para cumplirlas con toda fidelidad, ni pensó en otra cosa que en compenetrarse del espíritu calasancio para que él dirigiera su voluntad e inspirara todas sus acciones. Modesto en su porte, recogido en sus sentidos, amante del silencio y cultor de la caridad, este novicio no se dejaba ganar por ninguno, y más necesitaba de freno que estímulo el fervor que mostraba. De la oración, de los sacramentos y de la lectura espiritual extraía nuestro Esteban lecciones de vida eterna que cristalizaban en las virtudes con que iba enriqueciendo su alma. Tanto avanzó en la virtud, y tales muestras dio el fervoroso novicio de su aprovechamiento espiritual, que los Superiores, por esto principalmente, por la preparación literaria y científica que había traído del siglo, y por su mucha edad, determinaron, vista la votación unánime que tuvo, dispensarle el segundo año del noviciado. Se adelantó la profesión del novicio Anselmo de San Francisco, que el día 1 de octubre de 1789 se unía a Dios indisolublemente por medio de los votos. El acto se celebró

en la Casa Noviciado, y el ministro de la ceremonia fue el P. Rector Miguel de Montesa del Santísimo Sacramento.

Inmediatamente después de profesar, fue encargado de la escuela de primeras letras de Albarracín. Y como la consuetud del P. Anselmo Estevan no dice nada de estudios filosóficos y teológicos realizados en las Escuelas Pías, ni habla de que se ordenara estando entre nosotros, surge la duda de si sería ya sacerdote cuando fue al noviciado. Sea de esto lo que se quiera, queremos hacer resaltar que en el P. Anselmo la vocación de maestro estaba tan profundamente arraigada en su alma, y era tan firme, que “hasta el último suspiro de su vida prefirió la instrucción y el aprovechamiento de los niños a todos los placeres”. Era un escolapio de cuerpo entero, para quien los niños constituían el mayor de los encantos; su enseñanza y educación, la más noble y santa de las ocupaciones; y la escuela, un santuario donde modelar las almas y cincelar los corazones. Por lo tanto, ponía a su servicio los talentos de que Dios le había dotado, que no eran cortos; el celo que abrazaba su corazón, que era grande; el entusiasmo por el bien de sus alumnos, que era incontenible; el interés que sentía por el prestigio del Colegio y por el lustre de la Escuela Pía. La clase era para el P. Esteban palenque donde ejercitaba a sus alumnos en la gimnasia intelectual y en el manejo de las armas del espíritu, como una preparación y ensayo para las luchas que les esperaban en la vida.

Estaba nuestro P. Anselmo de San Francisco dotado de gran ingenio, al que ayudaba con el estudio y la diligencia en el trabajo; y los Superiores le trasladaron de Albarracín a Zaragoza. Durante varios años enseñó Humanidades, Retórica y Poesía con notable aprovechamiento de sus discípulos, con merecidas alabanzas para nuestra Orden, y con grandes aplausos para el maestro. Cómo era de rigor en todo escolapio que se estimara y de conformidad con las costumbres de la época, el P. Anselmo celebró varias Academias, que se hicieron célebres, y dio a la estampa elegantes oraciones latinas. Usando una palabra y un concepto moderno, diríamos que el P. Anselmo Estevan se había especializado en el latín y en su enseñanza. El idioma, su gramática, su sintaxis, sus poetas, no tenían secretos para él, y su metodología era tan apropiada y hábil que sus discípulos salían muy aprovechados. Por naturaleza y por industria, estaba dotado de una habilidad especial para la enseñanza, tenía gran agudeza de ingenio para escoger, citar e inventar procedimientos que hicieran comprensible lo más abstruso y difícil, y poseía talento particular para explicar y aclarar lo más oscuro, con lo que consiguió “ut discipulorum suorum animis verae et genuinae linguae latinae et romanae eloquentiae gustum instilarit”, instilar en el ánimo de sus discípulos el gusto de la verdadera y genuina lengua latina y de la elocuencia romana.

Las disposiciones morales y las condiciones intelectuales del P. Anselmo Estevan podían dar más de sí, y los Superiores, que conocían unas y otras, que sabían cuál era su preparación, y que no opondría resistencia a nada que se le insinuara, le encargaron el curso de Filosofía del Colegio de Sos para nuestros juniores y para los externos. Duraba el curso tres años, y como lo repitió, permaneció seis en aquella Casa, edificándola con sus ejemplos, perfumándola con sus virtudes, y prestigiándola con sus enseñanzas. Los hombres de valor, dondequiera que los coloquen, brillan y se imponen. Y como el rey Midas convertía en oro cuanto tocaba, según la leyenda, ellos ponen rayos de luz en todo lo que hacen o emprenden. El P. Anselmo de San Francisco iluminó con su palabra y con su ejemplo al Colegio y al pueblo de Sos, como había derramado antes torrentes de luz en Albarracín y en Zaragoza. Terminados en Sos los dos cursos de Filosofía, los Superiores

abrieron al P. Anselmo Estevan un nuevo palenque, y le ofrecieron un campo de acción donde podría ejercitar su destreza en la enseñanza de las Humanidades, y su celo de la salvación y la santificación de las almas. Lo nombraron Maestro de novicios, cargo para el que estaba indicado por los quilates de su virtud, por la fidelidad a las Reglas de que siempre había dado muestra, por su amor a la oración y al retiro, por su espíritu de sacrificio bien probado.

Era el hombre que se necesitaba, y pocas veces se habrá producido un nombramiento más acertado. Tenía plena convicción de la responsabilidad que pesaba sobre él; sabía la importancia grande del oficio que se le confiaba; que estaba en sus manos el porvenir de la Provincia; y que de la formación que él diera a los novicios dependía que conservara su prestigio moral y el nivel intelectual de que disfrutaba; y se consagró al cuidado del noviciado y al cultivo de aquel plantel calasancio con todo el fervor de que era capaz, con todo el celo que lo devoraba, con toda la fe que atesoraba. La necrología del P. Anselmo de San Francisco pone de relieve cuán a la perfección y a gusto de Superiores y de súbitos, gobernó el noviciado, en el que formó generaciones de escolapios austeros y observantes. “Fue un guardián severo de la disciplina, pero de tal manera templaba sus rigores que unía la severidad con una bondad suma, y logró conciliarse la benevolencia y el amor de los novicios con la dulzura, lo mansedumbre y las demás virtudes; y los atraía fácil y elegantemente a ejecutar cuando miraba a la perfección, porque iba adelante con su ejemplo. El paso del P. Anselmo por Peralta con el cargo de Maestro de novicios fue divinamente fecundo, pues formó religiosos de virtud bien arraigada y de vocación probada, que fueron luego en los tiempos difíciles que sobrevinieron el fermento que mantuvo el espíritu e impidió la corrupción de toda la masa. Solo por ese título merecería un puesto en esta galería de religiosos distinguidos de la provincia.

Pero, como sabemos ya y hemos de ver aún, esa era una de las facetas de su personalidad tan rica y tan recia. No lo hemos considerado todavía como Superior celoso y vigilante que se afana en conducir a sus religiosos con suavidad y dulzura, pero también con firmeza y tenacidad por las vías de la perfección de su estado; que se preocupa seriamente de la marcha del Colegio y de la defensa de los intereses de la Casa; y que no descuida nada de lo que atañe a la educación cristiana y a la enseñanza literaria de los alumnos. El P. Anselmo fue de una vigilancia ejemplar; y como iba el primero en cuanto significaba observancia, pobreza, fidelidad, arrastraba tras sí a las comunidades que gobernó y contuvo en el cumplimiento del deber a los espíritus exaltados que pudiera haber entre sus religiosos. Barbastro, Sos, Zaragoza y Peralta fueron los colegios cuyos intereses materiales y espirituales le fueron confiados en un periodo histórico terrible para la Religión y para las Comunidades por la invasión de las ideas enciclopedistas francesas, que llevaban la irreligión y el escepticismo por todas partes.

Las novedades, por atrevidas que sean y por perversas que parezcan, siempre hallan espíritus débiles en los que prenden, siempre encuentran corazones que las acogen con simpatía. Y eso ocurrió en las que trajeron los escritos de los pseudo filósofos del siglo XVIII y las leyes revolucionarias. Gobernar en esas circunstancias y mantener la disciplina cuando todo respira libertad, es sumamente difícil, y es lo que consiguió nuestro P. Anselmo. “Nombrado Rector de muchas de nuestras Casas de la Provincia, leemos en su consuetud, promovió incansable la observancia regular, el celo de lo mandado, el adelanto de los discípulos, y extendiendo en todas partes el cultivo de los campos, aumentó las rentas”. La patente para el último rectorado se le extendió en 1807, y como vino la guerra

de la independencia, durante la cual no se celebraron Capítulos, creemos que perseveró todos esos años en Peralta, gobernando la Casa con poderes renovados cada trienio. En el Capítulo del año 14 quedó libre de rectorados, pero se requirieron sus luces y su experiencia para asesorar al Provincial como Asistente.

¿Qué más? Sencillamente, que con sus 72 años sobre las espaldas, hubo de cargar con la responsabilidad del noviciado y del curso de Filosofía de nuestros Juniores. Era tal la crisis de personal que por efecto de la guerra padecía la Provincia, que necesitaba echar mano de estos ancianos venerables que estaban más para el descanso que para el trabajo. Pero los religiosos de verdad, los escolapios de temple calasancio, los hombres de la contextura moral del P. Anselmo Estevan entienden de abnegación, y saben de sacrificio, y siempre están prontos a cumplir con las disposiciones de la obediencia. Nuestro biografiado se abrazó a estas cargas con el entusiasmo de su juventud, y se dispuso a llenar sus graves obligaciones con igual fe y con el mismo fervor de cuando inició sus tareas magisteriales. Estaban de por medio los intereses de Dios y de la Orden; había un mandato de Obediencia; y el P. Anselmo no necesitaba más para consagrarse a estos ministerios con juvenil entusiasmo. Pero no era eso solo, sino que nombrado Asistente Provincial cuando parecía que podría vacar a sí mismo, no se pensó más que en los otros, en ayudar a nuestros maestros con la palabra, con el ejemplo y con las obras. El descanso no era en la tierra para el P. Anselmo de San Francisco. Le llegaría en el cielo cuando recibiera la corona y el premio prometido a los que instruyen a muchos en la justicia. En tanto, se esmeraría en formar la inteligencia y el corazón de los futuros escolapios, enseñándoles los conocimientos humanos e imbuyéndoles el espíritu religioso que harían de ellos buenos maestros y sacerdotes ejemplares. En eso estaba nuestro P. Anselmo Estevan cuando empezó a debilitarse, las fuerzas le abandonaron y hubo de acostarse, hasta que, víctima de un ataque de apoplejía, cayó como un tronco fulminado por el rayo. Solo así podía caer este coloso de la virtud y de la salud, que parecía estar predestinado para vida más larga. No pudo administrársele el Santo Viático, y rodeado de la Comunidad y acompañado de sus plegarias, falleció en Zaragoza el día 24 de septiembre 1819, cuando había empezado los 78 de edad y cumplido 50 de profesión religiosa.

Siendo Rector de Peralta, el año 1805 presentó a la Congregación Provincial “un nuevo método para las escuelas inferiores”, y se nombraron los censores del mismo. ¿De qué era ese nuevo procedimiento? Si hemos de guiarnos por los datos que constan en sus producciones, sería para iniciar a los niños en la lectura. Habría patrocinado el silabeo para el aprendizaje de esa materia, prefiriéndolo al deletreo, que hasta entonces se había usado preferentemente. Otra perla pedagógica que acaso haya que incorporar al tesoro de la Escuela Pía, máxime habiendo quedado volcada la idea en el libro que escribió y publicó para enseñanza de la lectura a los niños. Según el P. Lasalde, nosotros no hemos visto ninguna publicación del P. Anselmo Estevan, este dio a la estampa:

1. Academia. Zaragoza, 1777. Era de humanidad, de retórica y poesía, y la consagró al Cabildo Metropolitano. Se imprimió con todas las licencias en Zaragoza, en la imprenta de Francisco Moreno. Consta de 30 páginas de 190x140., y contiene “In latinae linguae intelligendae contemptum oratio”, Páginas, 1530.
2. Otra Academia de 1778, celebrada en Zaragoza.
3. Cartilla de Silabeo, 1805.
4. Diálogo para las clases de Sintaxis y Humanidades, Valencia, Manuel López, 1819.
5. El Catón Cristiano.

Capítulo IX. P. Ramón Polo de San Francisco

Ferreruela, archidiócesis de Zaragoza, fue el primer testigo de las virtudes infantiles de quien con el tiempo sería un observantísimo religioso y un ejemplar sacerdote. Tierra de vocaciones, las proporcionó excelente a la Escuela Pía durante todo el siglo XVIII, y no fue sin duda la del joven Ramón Polo de las menos valiosas. Nacido el día 2 de enero de 1762, y practicados en su pueblo natal los estudios de primeras letras y gramática, sintió en su espíritu anhelos de perfección, y solicitó su ingreso en las Escuelas Pías. Satisfechas sus ansias y trasladado a Peralta de la Sal para practicar el noviciado, el P. Domingo Rubio de la Asunción, Rector de la Casa, le impuso el Santo hábito el 25 de mayo de 1776. Como la vocación del Joven Polo era de Dios y no se fundaba en motivos humanos, tomó a pecho la obra de su santificación, y su noviciado fue un correr sin detenerse por las vías de los santos mandamientos, un volar constante en busca de mayor perfección, y así fue un novicio modelo que presagiaba para el futuro al escolapio perfecto. Poco antes de cumplir los dos años de probación, el 22 de enero de 1778, con la unanimidad de los votos de los sacerdotes de Peralta de la Sal, fue admitido a la profesión que le recibió el mismo Rector que le había vestido la sotana, delegado al efecto por el P. Provincial, Ignacio Romance.

Emitida la profesión, el junior Polo fue dedicado a los estudios de Filosofía y Teología, que realizó con singular aprovechamiento, y a la formación de su espíritu en el juniorato, en la que también avanzó notablemente, al punto que pudo escribirse de él que fue un varón integérrimo, adornado con toda clase de erudición, y meritísimo de nuestro Instituto. Nuestro joven neoprofeso era de los que saben que nadie da lo que no tiene, y para eso, ante la perspectiva de su profesorado, puso en el estudio toda la fuerza de su voluntad, todo el empeño de su carácter, toda la lucidez de su inteligencia y todo el amor al Instituto que había abrazado. De esta manera, se capacitó para desempeñar con honor y lustre cualquier clase que le fuera encomendada. Como lo comprobó Zaragoza, donde enseñó primeras letras y gramática; como lo admiró Valencia, a cuyos caballeros colegiales y externos explicó Retórica y Poesía; como lo demostraron palmariamente las academias públicas que celebró, con las que ganó para sí y para la Orden amplísimas alabanzas. En el P. Ramón Polo el maestro no eclipsaba al pedagogo, ni el catedrático anulaba al educador cristiano. Se esmeraba mucho y se preocupaba grandemente, como era de su deber, de los progresos de sus alumnos en las letras; pero no descuidaba un punto su formación espiritual, destilar en su alma a la leche de la piedad y enseñarles las verdades salvadoras del cristianismo. Era tal la solicitud que el novel sacerdote ponía en ambas cosas, que fue la admiración de sus Superiores, quienes se propusieron emplear sus aptitudes en la educación y enseñanza de nuestros estudiantes. “Ejus vero integritatem ac diligentiam philosophicis, theologicisque disciplinis informandos et excelendos ipsi credere non dubitarunt”¹⁹⁰. Admirados nuestros Superiores de su integridad y diligencia, no dudaron en confiarle la formación de nuestros jóvenes en la piedad y su inserción en las letras humanas y en las disciplinas más elevadas de Filosofía y Teología.

Era tal vez el cargo más adecuado a su carácter, a sus gustos y a sus convicciones. Hombre sumamente piadoso y de gran amor al Instituto, hallaba sus delicias en trabajar esas margaritas y en disponer estos instrumentos que eran los juniore, para que con sus virtudes y con su saber, llevaran por todas partes su buen nombre y mantuvieran y

¹⁹⁰ Consueta, en el Archivo del Colegio de Peralta, Caja 12, nº 2.

aumentaran su prestigio. Consciente de su deber y del honor que la Provincia le dispensaba, todo le parecía poco para hacer de aquellos estudiantes eximios profesores, para transformar aquellos jóvenes inexpertos en religiosos adornados con todas las virtudes, y en varones prudentes que amasaran la gloria y preparada la grandeza de la Orden. Los conducía y gobernaba con sus ejemplos más que con sus palabras, y así formó generaciones de escolapios fervorosos e ilusionados, y hallaba un placer extraordinario en comunicar a los demás lo que él había conseguido a fuerza de trabajos y de vigiliat. “Estaba de tal suerte preparado por la naturaleza que nada creía más deseable, nada más gustoso de comunicar a otros la prestancia de la doctrina que él había conseguido a fuerza de trabajo y de estudio. Arrastraba a los demás con su ejemplo, más que con su palabra, al estudio, a la piedad, a la observancia religiosa”. El P. Ramón Polo fue uno de los artífices que realizaron la obra de tallar los diamantes en bruto que recibía la Orden para que reflejaran por sus facetas el iris de todas las virtudes. Fue uno de los forjadores de almas, que las tomaron con todos los resabios del siglo y las devolvieron al Instituto adornadas con los más exquisitos carismas. Si les cabe a esos hombres privilegiados una gran responsabilidad, es también muy digno de aprecio y de consideración el honor que les dispensa la Orden de poner en sus manos su porvenir y su prestigio futuros.

Fue una característica de la intelectualidad del P. Polo, el ardoroso entusiasmo con que se entregó al estudio y a la lectura de los Santos Padres, de la Teología Dogmática y Moral, y de la Historia de la Iglesia. Le dedicaba todo el tiempo libre del día y largas horas de la noche, y así llegó a tener un dominio notable de esa disciplina, que afloraba sin que lo hiciera por ostentación, en sus conversaciones, en sus panegíricos y en sus escritos. Era un lector incansable, con lo que además de instruirse, evitaba el ocio; y a la par que cumplía la regla, permaneciendo en su aposento, se libraba de reuniones y de largas pláticas con los demás que fácilmente terminan en murmuraciones,

¡Cuánto ganaríamos todos si adquiriéramos el hábito de permanecer en nuestra habitación y cobráramos mayor gusto por el estudio y por la lectura! Se produciría en nosotros y en nuestras costumbres una renovación profunda que se traduciría en una elevación de nuestras miras y de nuestros ideales, y se manifestaría en un prestigio creciente de los individuos y del Instituto. Nuestros antepasados, con sus más y sus menos, naturalmente, eran muy aficionados a la lectura de obras serias y fundamentales, y así hubo aquella pléyade de escolapios eminentes que llenan el siglo XVIII, sobre todo su segunda mitad, que brillaron en toda clase de conocimientos, que se crearon un nombre en las ciudades de su residencia, que fueron honrados por los Obispos y por el Tribunal de la Fe con cargos de honor y de responsabilidad, y que tanto prestigio consiguieron para sí y para las Escuelas Pías. Uno de esos escolapios fue el P. Ramón Polo, que, si no brilló en obras llamativas, callada y fielmente realizó una labor de la mayor importancia y de no escasa trascendencia. Fue como la lluvia tranquila y silenciosa, que se aprovecha totalmente; no como la tormenta que produce ruido y acaso efectos fantásticos, lo que es completamente inútil para la agricultura.

Era ya hombre de experiencia cuando en 1814 fue nombrado Rector de Alcañiz, y reelegidos en 1817 para otro trienio en Daroca. Su vida anterior, tan observante; su religiosidad de siempre, tan conocida; su espíritu calasancio, tan admirable; su amor al retiro y al estudio, del que tan elocuentes muestras había dado; eran garantías de que su gobierno sería fecundo, de que su rectorado no sería uno de tantos. Cuando hay personalidad en el Superior, surgen las iniciativas felices, y vienen las realizaciones

beneficiosas para la Orden, lo que es imposible cuando carece de relieve. Y, en efecto, dentro de lo que en aquellos tiempos difíciles era factible, el P. Polo fue un celador cuidadoso de la disciplina regular, y un defensor acérrimo de la observancia; celó solícito por la buena marcha de las escuelas, y se preocupó seriamente de la conservación y del aumento de los intereses del colegio. Era lo que resultaba hacedero, aunque no fácil, por la malicia de los tiempos. Los Rectores tenían una misión específica que cumplir: apretar los resortes de la observancia y de la disciplina, algún tanto flojos y relajados después de la guerra de la Independencia y de las Cortes de Cádiz, y volver a las antiguas costumbres. Es el programa que se fijaron los Provinciales de Aragón, y del que los Padres Rectores eran intérpretes y ejecutores en sus respectivos colegios. El P. Polo se entregó a la difícil empresa con la fe del religioso, y con el entusiasmo del hijo que trata de restituir a su Madre su pasado esplendor y prestigio. “Siempre tenaz en los propósitos, se constituyó en Custodio y Vindicador de la más exacta disciplina, guardando incólume la observancia regular, y administró y acrecentó las rentas domésticas fielmente”.¹⁹¹ Terminados los dos trienios del rectorado, se le dejó libre para que vacara a Dios y a la oración, pero, enemigo del ocio, trabajaba en los ministerios sacerdotales.

Murió con las armas en la mano, según suele decirse, en plena labor, cuando se hallaba lejos de los suyos, en el pueblo de la Almunia, ocupado en actividades ministeriales. Había ido al pueblo nombrado a predicar de Santa Pantaria, su Patrona, cuando fue atacado de una fiebre aguda, contra la que todos los remedios resultaron impotentes. Se le administraron los Santos Sacramentos, y cuando la llevaban el Viático, quiso recibirlo de rodillas, lo que no pudo hacer por impedírselo el médico absolutamente. Lo que no pudo impedir fue el fervor con que recibió a su Dios, y la paz con que entregó su alma al Creador en medio de las preces de los circunstantes, y con los actos de fe, esperanza y caridad en el corazón, más que en los labios. Nuestro P. Ramón falleció en la Almunia 26 de septiembre de 1820, a los 59 años de edad y 45 de vida religiosa.

Hemos dicho que el P. Polo celebró varias academias, pero no quedan impresas más que unas conclusiones de Filosofía y unos ejercicios de Religión y Bellas Letras. Vamos a extraer el contenido de ellas.

1. Ejercicios públicos de Religión y Bellas Letras, celebrado por los alumnos de las Escuelas Pías de Valencia y dedicados Excmo. Sr. Arzobispo Juan Francisco Jiménez del Río. En Valencia, en la oficina de los hermanos Orga de 1796. Son 44 páginas de 200 x 140 mm, en las cuales se halla un “Panegyricus Venerabili Joanni a Ribera Patriarchae Antiocheno et Archiepiscopo Valentino dictus. Ad Valentinus. Páginas 18/43.
2. Propositiones ex Universa Philosophia selectae quas ad mentem praesertim Francisci Iacquierii publice propugnabunt in Darocensi Scholar. Piar. Collegio Academiae Philosophicae Alumni. Las defendieron 20 alumnos, de los cuales cuatro eran los juniors Pablo Gonzalvo, José Álvarez, Bernabé Aranda y Ambrosio Robres. El contenido, después de una dedicatoria latina en forma lapidaria a San José de Calasanz, eran 11 proposiciones sobre la filosofía considerada en general, 29 sobre lógica, 17 de metafísica, 19 de psicología, 18 de teología natural. 2 de aritmética y geometría, 2 de física, 68 de física general, 48 de física particular, 12 de astronomía, 29 de ética y 13 de geografía. Forman un folleto de 32 páginas de 245 x 145 mm, y se editaron en casa de Francisco Magallón de Zaragoza, el año 1806.

¹⁹¹ Necrología citada.

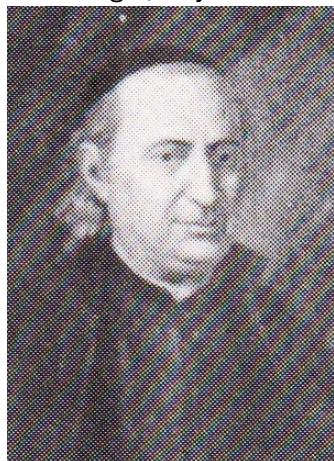
3. Debió publicar también unas conclusiones de Teología en Valencia en 1808, puesto que en la página 707 del libro de memorias de la Provincia se da comisión a los Padres Rector y Vicerrector del Colegio de esa ciudad para que las examinen, y a él licencia para imprimirlas una vez aprobadas. Nosotros no conocemos tales conclusiones.
4. El P. Carlos Lasalde cita también un panegírico, que bien podría ser el que hemos nombrado más arriba.

Capítulo X. Rmo. P. Gabriel Hernández de San Félix

Vamos a ocuparnos de uno de los religiosos más notables de la Provincia de Aragón en el siglo XVIII, uno de los hijos más eminentes de la Escuela Pía, a la que sirvió con amor, enalteció con su elocuencia, acreditó con sus virtudes y prestigió con sus talentos: el P. Gabriel Hernández de San Félix de Cantalicio. Durante su larga vida fue incansable en la observancia de las reglas, y refractario a la fatiga en el trabajo, dejando a todos un ejemplo magnífico de fidelidad a la vocación y de espíritu de sacrificio. Fue la del P. Hernández una vida plena y una existencia laboriosa, sostenida por una virtud sólida, y apoyada en una fidelidad de Dios sin eclipses. Fue diáfana, como un cristal, y pura como el agua que brota de la roca. Es a justo título uno de los CLAROS VARONES DE LAS ESCUELAS PÍAS DE ARAGÓN y le sobran títulos para figurar en este elenco de escolapios ilustres de las mismas.

Nacimiento, infancia y adolescencia

El dos escritos oficiales de la Provincia, en el Libro de los Profesos de la Provincia, y en su Necrología, hay una discrepancia en cuanto al lugar de nacimiento del que, andando el



tiempo, fue el P. Gabriel Hernández. Según el primero, nació en Daroca, en cuya parroquia de Santiago fue bautizado el 9 de agosto de 1741 con el nombre de Antonio; y en sentir del autor de la segunda, el pueblo de su nacimiento fue Aguarón, y el bautizo se efectúa en la Iglesia Colegial de Daroca. Tal vez esté en lo cierto D. Félix Latassa, generalmente bien informado, y que pudo saberlo de labios del propio P. Hernández, según el cual nació accidentalmente en Daroca: “Su nacimiento fue casual en la ciudad de Daroca, pues su familia es de Aguarón”. Dejemos por sentado que el P. Gabriel Hernández fue hijo de Daroca, bien que originario y acaso criado y educado en Aguarón. Lo cierto es, según su consuetud, que cursó en Daroca

las Humanidades con gran aprovechamiento, y que ya entonces dio muestras de su afición al estudio, de las grandes disposiciones de su espíritu para la ciencia. Era una esperanza en flor que el tiempo se encargaría de cuajar en frutos para sí mismo y para los demás en el desempeño del ministerio docente. También constituía una promesa de virtudes no comunes la inocencia de costumbres del joven Antonio, la piedad que manifestaba en los actos religiosos, el fervor con que recibía los santos Sacramentos, la modestia que brillaba en su rostro y se reflejaba en sus acciones. Con tales cualidades de inteligencia y de voluntad, debía naturalmente conciliarse el amor y la simpatía de sus profesores, que deseaban se inclinara por la vida religiosa, y que escogiera la de las Escuelas Pías.

Al contemplar aquel joven de tan bellas prendas, no podían menos de presentir lo que sería cuando esos gérmenes se hubieran desarrollado, y era natural que desearan conquistarlo

para la Orden, y hasta que le hicieran con la mayor discreción algunas indicaciones. No era cosa de dejarse escapar de entre las manos aquel tesoro en perspectiva, ni de permitir que los talentos del educando Hernández se perdieran por falta de cultivo o de riego, y que fueran a beneficiar a quienes nada habían hecho por despertarlos y desarrollarlos. En nuestro Colegio de Daroca se cuidó, pues, y vigiló una vocación posible, que el tiempo y la gracia divina se encargaron de que cristalizara en una realidad consoladora. Tomemos un poco de atrás una palabra de la necrología del P. Hernández y veremos insinuarse, crecer y afirmarse esa vocación en el joven Antonio. “Nacido, pues, en el pueblo de Aguarón de la arquidiócesis de Zaragoza, pero bautizado en la Iglesia Colegial de Daroca, instruido allí en aquellas artes con las que la edad pueril suele ser informada para la urbanidad, empezó a florecer entre todos por su amor al trabajo. Movido al deseo de abrazar nuestro Instituto, admitido a ese honor...”¹⁹² se dirigió a Peralta de la Sal, donde el 21 de diciembre de 1755 el P. Pedro Celma de Santa María Magdalena, Vicerrector y Maestro de novicios, le impuso la librea calasancia, que tanto había de honrar en 71 años de escolapio, y tomó el nombre Gabriel de San Félix.

Puesto en aquella Casa de Probación, donde tanto florece la virtud, en la que el fervor es tan vivo, donde los ejemplos son tan edificantes, y el ambiente tan propicio para todo lo que significa espiritualidad y renunciamento, el joven Gabriel hizo progresos admirables en todo lo que era austeridad y mortificación, en lo que decía privaciones y sacrificio, en cuanto enfervorizaba el alma y robustecía la voluntad ara el bien y para el cumplimiento de las Reglas. Le tocó en suerte un experimentado Maestro de novicios, que no solo conocía las vías del espíritu y tenía experiencia de los hombres y de las flaquezas, sino que poseía el secreto de hacer suave y tornar dulce la vida religiosa, y de adueñarse del corazón con su bondad y con sus maneras amables. La atmósfera saturada de Dios del noviciado, el estímulo y el fervor de sus connovicios, las lecciones de su Maestro, la práctica de la oración, la frecuencia de sacramentos, la lectura espiritual, el ejercicio de la presencia de Dios, lo que faltaba, y cuanto le rodeaba, todo era incentivo para el bien, y todo se convertía en sustancia espiritual que alimentaba las virtudes de su alma. El novicio Gabriel Hernández progresó rápidamente en la obra de su santificación, se despojó del hombre viejo y se vistió del nuevo, y se adelantó así a los más fervorosos. Había ingresado en las Escuelas Pías para ser santo, y ponía de su parte los medios necesarios para llegar a la meta de la perfección propia del religioso. Nada le distraía de sus propósitos, y todo le estimulaba a cumplirlos. El ejemplo de sus connovicios; las conferencias espirituales del Padre Maestro: las prácticas piadosas propias del Instituto; la observancia de las Reglas; la lectura de libros espirituales, eran otros tantos medios de santificación, otros tantos instrumentos que le permitían labrar la margarita de su alma y correr como gigante por las vías de la espléndida floración de virtudes que embalsamaron su vida, y se tradujo en los frutos admirables que han enriquecido su existencia. El Hermano Gabriel Hernández demostró desde su primer día de noviciado que comprendía la esencia de la vida religiosa, que tenía personalidad, y que no sería uno de tantos que obran por inercia o arrastrados por los demás, sino a impulso de sus propias convicciones, profundamente arraigadas en el alma. Sabía lo que debía a Dios, y se lo daba generosamente; conocía lo que la Religión esperaba de él y no la defraudaría en lo más mínimo; no ignoraba sus deberes, y los cumpliría amplia y satisfactoriamente. Y eso fue el noviciado del joven Hernández, una preparación cuidadosa y vigilante para ser un ejemplar y perfecto escolapio.

¹⁹² Archivo del Colegio de Zaragoza, Cartapacio 6 de Necrologías impresas.

A los 20 meses de probación, ejercitado en todas las virtudes y mortificaciones, probado en la humildad y en la negación de sí mismo, pasado por el tamiz de la más estricta austeridad, fue considerado con suficiente lastre religioso para consagrar a Dios por la profesión que realizó en Peralta de la Sal el día 14 de agosto de 1757, en manos del P. Rector Alejandro Castillazuelo de San Antonio. Ese día podía la Provincia de Aragón señalarlo con piedra blanca, porque afiliaba a un excelente religioso, e incorporaba a sus huestes un elemento de primer orden que había de proporcionarle días en gloria.

El junior y el maestro

De pocos religiosos han escrito nuestros necronólogos de la Provincia palabras tan laudatorias como estas que su biógrafo escribió del junior Gabriel Hernández: “Tantum virtute in Tyrocinio, tantum post emisam Professionem in liberalibus disciplinis, atque adeo in philosophicis ac theologicis rebus sub magistrorum institutione profecit; ut magnum quidem ac insolitus protendere videretur”; aprovechó tanto en la virtud durante el Noviciado, tanto después de emitida su profesión en las disciplinas liberales, en las cosas filosóficas y teológicas, bajo la enseñanza de sus maestros, que parecía prometer algo ciertamente grande y no acostumbrado¹⁹³. Por mucho que quiera darse a la amistad, al cariño, al respeto de quien escribió estas palabras, la vida y las obras del P. Hernández confirman su exactitud y que no son exageradas. Sus talentos y sus antecedentes eran promesa de grandes y sabrosos frutos. Quien de niño, cuando no son tan fuertes la conciencia del deber y los imperativos de la convicción, había estudiado como lo hizo nuestro Hernández en Daroca; de religioso, cuando la aplicación es algo sagrado, y el estudio objeto de un voto, no había de remitir en su trabajo, ni descuidar las ocasiones de aprender ni perder un instante de adquirir conocimientos que lo habilitaran para el ministerio propio del Instituto. Calasancio.

De neoprofeso, el junior Hernández siguió la norma de conducta que había observado el novicio. Atendió con mayor solicitud si cabía a la obra de su santificación, y se consagró al estudio con todo el entusiasmo de su juventud, con todas las ansias de saber propias de su edad, con toda la fe de quien sabe que es condición para cumplir las obligaciones de su estado esa aplicación puesta al servicio de talentos tan despejados como los del joven Hernández, produjo efectos maravillosos, pues se hizo un humanista extraordinario, para quien no había secretos ni dificultades insalvables ni en el latín, ni en las obras de los clásicos latinos. Llegó a escribir el idioma del Lacio con la elegancia y la sobriedad clásicas, y era tal el dominio que tenía de él, que lo hablaba con la facilidad y con la pureza de un romano. Así eran sus clases de interesantes, y así eran de entendidos los discípulos que formaba. Nadie da lo que no tiene, pero quien posee un rico caudal, por mucho que dé, no se empobrece. El P. Hernández, que dominaba los poetas, oradores, moralistas e historiadores romanos, comunicaba fácilmente a sus alumnos el conocimiento del latín y les enseñaba a salvar y vencer las dificultades que se les ofrecían. Es que el dominio de la materia que se enseña facilita su enseñanza, y los problemas que plantea se resuelven fácilmente. El P. Gabriel Hernández superó las dificultades, si algunas se le presentaron, y formó discípulos aventajados en el conocimiento de las Humanidades. Con su magisterio se creó un nombre, y contribuyó a sentar el prestigio del recién inaugurado Seminario Andresiano de Valencia. “No hemos de proclamar en este lugar cuánto ayudará con su estudio, ingenio y doctrina a Valencia, donde fue el primer maestro de Retórica del

¹⁹³ En el mismo lugar.

naciente Seminario Andresiano, y cómo concilió a nuestro Instituto los ánimos no solo de los convictores, sino de todos, con su gracia en el hablar, con su diligencia en el enseñar y con la suavidad de sus costumbres”¹⁹⁴.

La misma o mayor solicitud usó el joven Hernández, y mayor atención prestó al estudio de la Filosofía y de la Teología cuanto el sacerdocio es superior al magisterio, Las Humanidades las necesitaba para instruir a los otros; la Filosofía y la Teología le hacían falta para el desempeño de los misterios sagrados, para santificarse y santificar a los fieles. Debía, por lo tanto, dar a su estudio la importancia que tenía, y consagrarse a él con todo interés y con el mayor empeño. Y así lo hizo, según su necrología, y así lo demostró cuando fue lector de estas disciplinas, y en la abundante doctrina con que nutría a las almas desde la cátedra sagrada. Tan a fondo hizo estos estudios, y tanto perseveró en ellos, que los Superiores lo escogieron para que dictara a nuestros estudiantes el curso integro de Filosofía y de Teología. Y no solo dictó las asignaturas propias de esas facultades con prestancia y honor, sino que introdujo nuevos métodos para enseñarlas. Esto solo pueden permitírsele aquellos profesores que dominan la materia y tienen ideas propias, que exponen en la forma más original y acomodada a la capacidad de los alumnos. El P. Gabriel podía permitírsele este lujo, porque sus talentos lo autorizaban, y porque su ortodoxia lo aseguraba contra novedades peligrosas de las que corren riesgo las creencias. La reforma del P. Hernández se comprende era meramente pedagógica, de procedimiento y método, y seguramente se relacionaba con la Filosofía solo, sin tocar para nada la Teología, en la que las innovaciones corren riesgo de rozar el dogma. El magisterio del P. Gabriel Hernández fue fecundo y brillante; y es honor suyo, el haber sido lector de nuestros juniors, es decir, maestro de maestros, el inspirador y el modelo de nuestros profesores, de los que andando el tiempo habían de ser los que llevaran la carga de los colegios, los que habían de laborar nuevos títulos de gloria a la enseñanza escolapia.

El Rector y el Provincial

Tantos triunfos obtenidos por el P. Gabriel en la enseñanza, tantos laureles conquistados como pregonero de la palabra divina, y las hermosas virtudes que brillaban en el P. Hernández hicieron que los Superiores se fijaran en él para encargarle el gobierno del Colegio de Daroca, en el cual dio muestras de exquisita prudencia y de un celo edificante de la observancia religiosa. No suelen ser los hombres de talento los mejores gobernantes, porque el gobierno de las personas no es tanto función de la inteligencia cuando de la prudencia y del conocimiento de los resortes con que se manejan las voluntades. Y así se ve que Superiores de escaso talento gobiernan admirablemente, y en cambio fracasan en toda la línea otros que parecen mejor dotados. No ocurrió así con el P. Gabriel Hernández, nombrado Rector de Daroca cuando apenas si contaba 40 años. En él la inteligencia y la prudencia, la teoría y la práctica se hermanaban perfectamente, y como había sido un maestro eximio y un predicador de facultades extraordinarias, demostró poseer grandes condiciones para el gobierno de las comunidades. En Daroca, primero, y en Zaragoza después, fue el Superior ideal, comprensivo y generoso con las flaquezas, exigente e inflexible en la observancia, celador de la ley y dechado de respeto a las Reglas. Nadie le ganaba en fidelidad a las Constituciones, y su ejemplo era la fuerza que arrastraba a los remisos. Si tuvo una solicitud especial por el progreso y brillo de las escuelas, no descuidó los intereses materiales ni cedió un ápice en la vigilancia de la disciplina religiosa.

¹⁹⁴ En el mismo lugar.

Hemos de juzgar a los hombres que no hemos conocido a base de los documentos contemporáneos, y nosotros disponemos para enjuiciar al P. Gabriel Hernández de uno oficial, generalmente parco en las palabras y avaro de las alabanzas que tributa a los religiosos. Nos ha parecido, y ya lo hemos indicado, que hace una excepción con el P. Gabriel de San Félix, lo que a nuestro entender es argumento convincente de las prendas poco comunes que lo adornaban. “Illud denique silentio relinquamus, Gabrielem Nostrum Daroncensis primus, Caesaraugustanae deinde Domus Rectorem renunciatum, ita ei munere praefuisse, tantaque diligentia pudentissimi Rectoris officia exequutum, ut cum illi antefaratur nemo, tunc perpauci reperiantur cum eo conferendi”¹⁹⁵. Callaremos finalmente que elegido nuestro Gabriel Rector de la Casa de Daroca primero, y de la de Zaragoza después de tal modo ejerció este cargo, y con tanta diligencia llenó los oficios de Rector prudente que, no excediéndole nadie, son poquísimos los que con él puedan compararse.

Todas estas cosas, aunque grandes y magníficas, con las que otros suelen parecer excelentes, fueron en el P. Fernández como muestras de la fuerza de su voluntad, de la prudencia, de la dignidad con las que se iba preparando el camino a más altos honores. Y estos vinieron en la forma de Prepósito Provincial, primeramente porque la integridad de su vida se imponía; porque las virtudes que la hermoseaban los reclamaban; porque el espíritu religioso que lo animaba lo señalaba a la consideración de sus hermanos; porque su exactitud en la observancia lo indicaba para que celara y restableciera el cumplimiento de las Reglas donde se hubieran relajado más o menos. Estaba esto tan en la conciencia de todos, que en el Capítulo Provincial de 1786, celebrado en Zaragoza, de viva voz más que por el voto secreto de los capitulares, fue proclamado y elegido para el provincialato del trienio siguiente. Los antecedentes de la vida del P. Hernández como simple religioso y como Rector abonaban el acierto de la elección, porque era de suponer que quien había sido fiel a las Reglas como individuo, y en el cargo de Superior se había mostrado guardián celoso de su cumplimiento, colocado sobre el candelero y con la responsabilidad de toda la Provincia, no había de remitir un punto en exigir a todos la mayor fidelidad, yendo él por delante con su ejemplo. Siempre ha sido esto necesario en quienes están puestos a la cabeza de las Comunidades, porque siempre tienen fija sobre sí las miradas de sus súbditos. Pero lo era de un modo particular durante los provincialatos del P. Gabriel de San Félix, porque la influencia nefasta de los enciclopedistas franceses y de la revolución que ellos provocaron se hacían sentir fuertemente en España.

Empleó, como era natural, los medios sobrenaturales, y esgrimió los argumentos religiosos. En una época de crisis religiosa como la de fines del siglo XVIII, se imponía reaccionar afirmando los principios que se combatían, levantando la bandera de la Religión frente a la impiedad de moda, y proclamando el espiritualismo cristiano como el salvador de una sociedad que se asfixiaba con el materialismo y la corrupción de costumbres que la incredulidad del ambiente producía. El P. Hernández, consciente de sus deberes y temerosos de sus responsabilidades, no se anduvo por las ramas y fue al fondo de las cosas; no se contentó con ser espectador mudo de los males que afligían a la Iglesia y contagiaban a las Comunidades, sino que levantó su voz, denunció al enemigo y aplicó la segur a la raíz de los abusos que serpeaban y habían invadido los claustros. Son aleccionadoras y significativas las palabras que el autor de su elogio póstumo relata sus gestas provincialicias y oreo nuestro espíritu aplanado con la atmósfera materialista de la

¹⁹⁵ Necrología dicha.

época, comprobar como el Provincial de las Escuelas Pías de Aragón reaccionaba valientemente contra los avances de la inobservancia en nuestros colegios. “Quamdiu vero Gabriel noster ceteris praefuit, non nimi suavitate naturaque leni ne facili, qua erat praeditus eo se aduci patiebatur, ut parvos mores et abusus libere se impune serpere permetteret; quin imo eos a progressionem arcebat, atque nihil unquam ipse sibi prorsus indulsit, quominus strictioris perfectaeque virtutis specimem praeberet; ita in eos, qui ab officio recederent (non enim est celandum) acrius fortasse animadvertent” ¹⁹⁶. Pero mientras nuestro Gabriel gobernó a los demás, no permitió que la suavidad de su carácter y la naturaleza indulgente y tolerante de que estaba dotado, lo arrastraran a permitir que las malas costumbres y los abusos avanzaran impunemente; al contrario, impedía que progresara y jamás se perdonó él nada para dar ejemplo de la virtud más estricta y perfecta; así (no hay que ocultarlo) advertía más acremente tal vez a los que se apartaban de sus deberes. Con esta conducta consiguió que los nuestros cumplieran con más cuidado sus oficios, y que los extraños admiraran su prudencia en el gobierno.

Tenía además a su disposición, y los usó debidamente, los recursos ordinarios que emplean las Órdenes Religiosas para restaurar el espíritu primitivo cuando se lo falsea o se empaña, para renovar la disciplina resentida, y para remediar los abusos que se introducen. Dentro de las normas de su gobierno, y como un mandato, los Provinciales de las Escuelas Pías cuentan con las Visitas Canónicas, generales o particulares, giradas a las Casas de su jurisdicción para prevenir males o para corregir corruptelas que se han introducido. En esas Visitas, en las que el Provincial habla, íntima, detenida y francamente, con los religiosos, se conjuran muchos males, se extirpan los abusos, se restablece la observancia, se aprietan los resortes flojos, y se renueva la faz de las Comunidades. Esas visitas son un bien para los individuos y para las Casas, porque vuelven las cosas a sus cauces ordinarios, la vida religiosa recobra su vigor, restituida a sus quicios, y se cortan los abusos y cesan los escándalos que acaso se daban. El P. Hernández no escatimó ese medio de llegar al corazón de sus hijos, de conversar con ellos, animarlos y alentarlos en aquellos tiempos tan espantosos, cuando tantos religiosos apostataban o sentían su vocación resentida. El P. Provincial no dejó Casa por visitar, y pudo así llevar a sus religiosos palabras de aliento y de consuelo. Y, si eran precisas, frases apocalípticas para los fautores de novedades, para los indisciplinados o inobservantes. No hay duda de que la palabra de este y de otros Provinciales de esta época fue eficaz para mantener a los escolapios fieles a su vocación, puesto que en unos tiempos en que muchos religiosos apostataban, no se produjo en nuestra Provincia más que una que otra secularización, y ninguna apostasía que sepamos.

Es también un remedio eficaz para defender la disciplina y extirpar corruptelas, el de la palabra escrita, bien en correspondencia particular, bien en circulares públicas para enseñanza de todos y corrección de los abusos. El P. Gabriel Hernández utilizó ampliamente este medio de llegar a la conciencia y el corazón de sus hijos, y el fruto que recogió fue proporcionado a su celo. En esas circulares en las que el Superior trata ex profeso de ciertos abusos y deficiencias que urge extirpar de cuajo, o de ciertas virtudes y prácticas piadosas que es necesario fomentar y arraigar, esgrime toda suerte de argumentos de razón, de autoridad divina y humana; vuelca en sus páginas toda su experiencia, y carga la mano en lo que particularmente interesa a la corrección y enmienda de sus subordinados, y resultan así de gran eficacia para el mejoramiento y la reforma de

¹⁹⁶ Ibidem.

las comunidades. Son varas las que el P. Gabriel de San Félix giró a los Colegios, de mayor o de menor importancia, y si hay alguna que bien podría haber excusado, otras fueron muy oportunas y fijaron normas en cuestiones trascendentales que han regido hasta nuestros días. No hay duda de que el P. Hernández llenó a satisfacción sus deberes de Provincial, y parece que no había hipérbole en los elogios que su necrología tributa a sus gobiernos rectorales y provinciales. El hombre grande ordinariamente lo es en todo si su grandeza es moral, puesto que ella influye en toda su vida, y la hace participar de sus mismas cualidades.

El sacerdote y el pregonero de la palabra divina

Diríase que el P. Hernández estaba hecho para el púlpito, pues poseía una facundia natural y estaba dotado de una memoria feliz, su voz era bien timbrada, su estatura prócer y su mirada fascinadora. Cuando residía en Zaragoza, convivían con él una docena de escolapios que tenían excelentes condiciones para la predicación, pero todos parecían pigmeos al lado de este gigante, cuya sombra los envolvía y anulaba. El P. Gabriel Hernández era el príncipe de los oradores sagrados de la Ciudad del Pilar, y contaba con su público, que asistía fielmente al templo en que predicaba. Su elocuencia soberana, sus ademanes sobrios y señoriales, la doctrina abundante confirmada en la palabra divina de la Santa Escritura y esmaltada de citas de los Santos Padres, sus mismas circunstancias físicas, eran imán que le atraía un auditorio numeroso y distinguido, fuerza que aglutinaba en torno de su púlpito a una multitud ansiosa de aprender y de mejorarse. Panegíricos, sermones, advientos y cuaresmas, todo era sujeto de la predicación y del celo del P. Hernández, que a ejemplo del Apóstol, fundaba sus sermones “non in personalibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis”¹⁹⁷, no en la persuasión de las palabras de la sabiduría humana, sino en la manifestación del espíritu y de la virtud, con lo que la fe de los fieles se apoyaría en la palabra de Dios, no en la ciencia de los hombres.

Llamaba poderosamente la atención de sus contemporáneos, que veían en ello una especie de prodigio, que un hombre tan ocupado como el P. Gabriel, y abstraído por negocios tan complicados y difíciles como suelen ser a veces los de los Provinciales, tuviera tiempo para predicar, y no cesara de anunciar la palabra divina. Bien es verdad que reconocían estar tan bien dotado por la naturaleza que “todos admiraban en él la imagen del orador verdadero y perfecto”. Ciertamente poseía una facunda innata, y que era naturalmente elocuente, pero también lo es que procuro afianzarlas y fecundarlas con el estudio, al que dedicaba largas vigiliass. Es decir, que no improvisaba, aunque tal vez no escribiera sus sermones. Tenía la preparación remota de quien estudia y se satura de las verdades que serán posiblemente objeto de sus sermones, y cuando se presentaba el caso, le bastaba reflexionar y recogerse un rato, formarse un plan, y acotar unos cuantos textos, y ya podía subir al púlpito, seguro de proporcionar a su auditorio materia de hondas reflexiones, y documentos de vida eterna que la gracia fecundaría. “Fuera de la copiosa erudición de la Sagrada Escritura, que le era familiar, y de la lectura de los Santos Padres, de cuya abundancia se había enriquecido desde la adolescencia, la palabra era en él vehemente, grave y copiosa; la gracia y la elegancia, natural, no aprendida; de tal suerte que no solo movía a la multitud a un odio de la maldad y del pecado, refrenaba con su palabra, las costumbres corrompidas e inflamaba la virtud al ánimo del pueblo, sino que

¹⁹⁷ 1 Cor 2, 4.

también hablando podía excitar o apaciguar cualquier movimiento del corazón humano, según el asunto y la causa lo reclamaban”.¹⁹⁸

Era natural que la fama de predicador del P. Gabriel Hernández saltara los muros de Zaragoza y corriera por Aragón y Navarra, llegar a la Corte, e invadiera toda España. Hay cosas que no se pueden ocultar, y menos las que tienen un público tan numeroso como el que arrastraba tras sí la elocuencia y la unción del P. Hernández. Y, puestas en evidencia las extraordinarias dotes de orador que adornaban al elocuente escolapio, se vio solicitado de todas partes, y hubo de salir de Zaragoza en misión apostólica a muchas poblaciones. Lo que principalmente le encargaban eran cuaresmas, y han de ser pocas las catedrales de Aragón donde no resonara la palabra autorizada del P. Gabriel de San Félix; escasas las ciudades de alguna importancia del mismo que no se beneficiaran de su celo. “Atque hinc factum est profecto, ut omnes fere civitates, Regia Urbe non excepta, cum sibi ad praedicandum adscisci cuperrent, et voti compotes gloriarentur”¹⁹⁹. Así ocurrió que casi todas las ciudades, sin exceptuar Madrid, desearan que predicara en ellas, y que se gloriaran cuando lo habían conseguido. En la capital de España solicitó el concurso del P. Hernández nada menos que el Consejero de las Órdenes para que les predicara la Cuaresma, y no obstante sus obligaciones de Provincial, aceptó por tratarse de un cuerpo tan calificado, al que no podía desairar de ninguna manera. Todo Aragón estaba lleno del nombre del P. Gabriel de San Félix como predicador elocuente y celoso; Navarra le había escuchado en diversas ocasiones y también lo tenía en grande estima; y Castilla no ignoraba que era un Crisóstomo redivivo. Así es que la mayoría de los obispos de Aragón, de Navarra, y el Cardenal Primado conocían perfectamente los quilates de la virtud de ese ilustre hijo de San José de Calasanz, y admiraban su celo y su elocuencia, por lo que muchos de ellos, si no la totalidad, lo nombraron examinado sinodal de sus diócesis respectivas. Alto honor, que era un homenaje a la virtud, al saber, al celo y a la abnegación de ese humilde escolapio que se llamó Gabriel Hernández de San Félix.

Las Cuaresmas del Hospital General de Zaragoza

Vamos a dedicar este apartado exclusivamente a las cuaresmas que el P. Hernández predicó en el Hospital de Gracia. Eran las más afamadas, concurridas y temibles de Zaragoza, porque hasta físicamente exigían un esfuerzo que no está al alcance de todos. Eran de sermón diario, y su duración mínima de una hora, por lo que constituían una prueba decisiva para los oradores. Se comprende que esa cuaresma no era para todos, y que solo podían soportarla hombres de una vasta preparación teológica, de gran dominio de la Sagrada Escritura y conocimiento profundo de los Santos Padres, que gozaran a su vez de una resistencia física grande, y tuvieran un dominio total de sus nervios y de su palabra. Quien la predicara una vez al gusto del público, quedaba consagrado como orador de primera línea. Y en verdad que le sobraban títulos para ello, porque predicar a la raya de cincuenta²⁰⁰ sermones seguidos, mantener la atención y el interés del auditorio, no decaer física ni intelectualmente, y esto un año y otro año hasta tres sin interrupción, es tan extraordinario y difícil que pocos, muy pocos, resistían a la prueba. A esa minoría selecta, tan espléndidamente dotada por Dios y por la naturaleza, perteneció nuestro P. Gabriel

¹⁹⁸ Necrología dicha.

¹⁹⁹ En el mismo lugar.

²⁰⁰ En la hipótesis de que se predicara para carnaval y Semana Santa y Pascua.

Hernández. Nos lo imaginamos como un coloso físico y moral, elevado por su estatura y grande por su talla intelectual, elocuente en el decir y celoso y edificante en su vida.

El autor de la nefrología del P. Hernández, que tan amorosamente recogió los rasgos más destacados de su vida, y que adoptó un tono ponderativo inusitado en nuestra Provincia, no se olvidó de recoger ese aspecto especial de su biografiado como orador elocuente. Las cuaresmas en sí eran algo serio, tal como entonces se predicaban, pero las del Hospital General de Zaragoza constituyen la prueba de fuego de los cuaresmeros. El que saliera de ellas con honor, ya podía presentarse ante cualquier público, seguro de que sería bien recibido y de qué triunfaría de todas las resistencias y prevenciones. El P. Gabriel Hernández había predicado en dicho nosocomio varias cuaresmas, y se le miraba como un prodigio; y lo que es más, y parece muy raro, realizó lo que de solo pensarlo hacía temblar al P. Isla, que era tan elocuente e instruido en todas las disciplinas. “Pero no hemos de pasar por alto en este lugar, lo que principalmente demuestra su facundia en la oratoria sagrada, y que estaba muy preparado en todas aquellas artes, sin las cuales ni es, ni se puede concebir el orador verdadero. Cuando la predicación cuaresmal del nosocomio zaragozano, para ciudadanos y para forasteros, era diaria y duraba una hora, después de otras muchas, la tuvo por tercera vez nuestro P. Gabriel; y tanto aprovechó, según del hecho puede juzgarse, que los administradores del mismo hospital al agradecerle por escrito, le dieron autorización para reservarse perpetuamente dicha Cuaresma, si así lo quería”.²⁰¹

Corría el año 1794, y a mediados de enero el Padre del Convento de la Victoria, de los Mínimos, que tenía encargada la cuaresma del Hospital, se enfermó, y renunció cuando faltaba poco más de mes y medio, pues empezaba el 5 de marzo. Con los antecedentes que la Real Sitiada tenía del P. Hernández como predicador, “concibió que no había otro sujeto en Zaragoza que en tan poco tiempo pudiera desempeñarla, en lo que nos engañó, pues sin embargo de que dicho Padre se hallaba por su empleo implicado en los graves asuntos que por ese tiempo ocurrieron en nuestra Provincia, fue tal su empeño que casi vino a privar de oyentes a los predicadores de San Pablo, la Magdalena, La Seo y el Pilar, atraídos de su elocuencia, claridad y de singular y especialísima gracia, por la que generalmente es llamado el Pico de Oro”.²⁰²

Ese hecho debió dar ocasión a que un crítico, un poco coplero, escribiera una quarteta que dibujaba como al temple, a los cuaresmeros de las cuatro iglesias principales de Zaragoza. Eran en el Hospital de Gracia, nuestro Padre Hernández; en San Pablo, un hombre sin energías que no alcanzaba a dar vida y vibración a su palabra; en el Pilar, un curita rizado y perfumado como un abate italiano; y en La Seo, un pobre señor que parecía atado al púlpito como un poste y que daba la sensación de ser un pilar de piedra berroqueña. Recordamos haber oído la quarteta al P. Gazo, que era un arsenal de anécdotas, que le permitía dar amenidad e interés a sus conversaciones. Caracterizando a cada uno de esos oradores, el crítico coplista decía que predicaba la cuaresma “En el hospital, un San Pablo - en San Pablo, un hospital - en el Pilar un Aseo - y en La Seo, un Pilar”. Perdonemos al versificador la dureza de oído, que no le permitía distinguir que en cuatro versos dos no tenían la debida medida, uno por exceso y el otro por defecto, en gracia de la intención y de la habilidad con que en pocas palabras caracterizó a los cuatro oradores.

²⁰¹ Necrología.

²⁰² Lucero de Zaragoza tomo II, página 430.

En 1795 predicó el P. Hernández su tercera cuaresma en el Hospital General de Zaragoza, y como en las dos anteriores, el fruto fue abundante, y los administradores quedaron profundamente satisfechos. Puso en ella tanta unción, fue tan elocuente, y derrochó tanto celo, que el fruto espiritual fue abundante, y los beneficios materiales en forma de limosnas y donativos muy notables, no obstante lo calamitoso de los tiempos. Entonces, los directores del Hospital escribieron al P. Gabriel expresándole su gratitud, y comunicándole que “siempre que V. Rma. gustase predicar la referida Cuaresma en lo sucesivo, y se sirviese revisarlo con anticipación correspondiente para que sus señorías no se comprometan con ningún otro, se haga el nombramiento a favor de V. Rma. dentro del mes de junio del año precedente a la Cuaresma, para cumplir con la Real Ordenación que así lo dispone”.²⁰³ Era el mejor homenaje que podía rendirse a un predicador, y esa carta constituye la rúbrica que autentica en forma irrefragable los méritos del P. Hernández comoregonero de la palabra divina, y refrenda los títulos que tenía a la gratitud del Hospital General de Zaragoza. No han quedado ni en el Lucero ni en el Libro de Secretaría datos de si el P. Gabriel hizo uso de ese privilegio, pero nos inclinamos a creer que no, porque fue nuevamente elegido Provincial, y nombrado luego Vicario General, cargos, sobre todo este, que le absorbían y demandaban toda su atención y todo su tiempo. Sobrevino luego la invasión francesa, que le obligó a salir de Madrid disfrazado, y cuando llegó la paz había envejecido, y no estaba para empeños y compromisos como los de la cuaresma del nosocomio zaragozano. Había sonado la hora del descanso en estas actividades, porque si el espíritu se mantenía fuerte y en el pleno goce de sus facultades, la carne era débil, y las fuerzas ya no respondían a la voluntad, como en sus años mozos. Oigamos a otro escolapio que fue un coloso en la cátedra sagrada, cómo pensaba de esta cumbre de la oratoria. “Fue de los más brillantes y fecundos predicadores de España, y ha sido desgracia que su misma fecundidad a menguara su fama póstuma, pues la facilidad con que improvisaba y la abundancia de su labor oratoria le hicieron prescindir de la pluma en sus sermones, y así no ha podido llegar a nosotros lo que el papel hubiera guardado”.²⁰⁴

Es nombrado Vicario General de la Orden en España

No es este lugar, ni entra en la historia de la Provincia más que de soslayo, y por los efectos que produjo, la creación del Vicariato General en España, totalmente desligado de la autoridad del Preósito General y desarticulado del resto de la Orden. Nos parece un asunto turbio en su origen, este de la creación de las Vicarías Generales para los Institutos religiosos establecidos en España, y no sabemos, aunque fácil es adivinarlo, quién estaba en el fondo manejando los hilos que movían los títeres de este retablo. No es de nuestra incumbencia acometer esa cuestión, que dejamos indicada para que alguno la estudie documental y fundamentalmente. Lo que nos interesa es que la Bula “Inter graviores curas” creó esos organismos independientes del General y cercenados del resto de la Orden respectiva; que a 15 de marzo de 1805 se expidió el Breve “Inter cetera”, en virtud del cual el Papa instituía los Vicarios Generales para las Órdenes que allí se expresan; y para las Escuelas Pías nombra al Padre Gabriel Hernández de San Félix de Cantalicio, “cerciorado de la honestidad de costumbres, rectitud de vida, prudencia en el manejo y administración de los negocios, piedad, celo, instrucción y demás loables méritos de virtudes”. Dos meses después, el 15 de mayo, se leía en el oratorio la patente de Vicario General que le remitía el Cardenal de Borbón, Arzobispo de Toledo.

²⁰³ Carta de 14 de abril de 1795, en el Lucero, tomo II, páginas 478.

²⁰⁴ Calasanz Rabaza, Historia de las Escuelas Pías en España. Tomo III Capítulo 5, nº 2, página 436.

En otra parte.²⁰⁵ hemos recordado el júbilo con que Zaragoza, y especialmente la parroquia de San Pablo, recibió la noticia de su nombramiento y el concurso de gente que acudió a nuestro templo para asistir al acto de toma posesión del elevado cargo. Ahora recordaremos con el autor de la biografía oficial que, si esperaba de su dignidad disfrutar de algún ocio, solo pudo comprobar cuán falaces son las esperanzas humanas, y cuán vanas nuestras preocupaciones, “porque apenas empezó a tratar del gobierno de la Religión, fueron tan varios los acontecimientos y tan inconstante la fortuna, que es extraño que saliera incólume de tantos peligros. Pues, establecido primero en Madrid, hubo de salir de allí arrojado por la envidia; y nuevamente trasladado a la capital, y declarada la guerra a los franceses, arrancado difícilmente de las manos de los enemigos, huyó disfrazado a refugiarse en Gandía entre los nuestros”.²⁰⁶ La guerra de la Independencia, primero; la necesidad, después, de rehacer las ruinas materiales que produjo, y de sanar las Comunidades de los estragos morales que el liberalismo y la Constitución del año 12 causaron; y el colapso finalmente que el régimen liberal del año 20 produjo, impidieron al P. Hernández organizar debidamente la Curia Generalizada en España, y no pudo pensar en reunir el Capítulo General para la renovación de las autoridades de todo grado. Cuando lo intentó, el propio Nuncio de Su Santidad le disuadió, prorrogó sus poderes y los de los demás Superiores, y le ordenó que esperara sus instrucciones.

Por fin, a la caída del régimen liberal de 1820-1823, de tan cargado tinte irreligioso, y a la restauración de Fernando VII, el Señor Nuncio creyó que había llegado el momento oportuno para la celebración de Capítulos, y con autorización de la Santa Sede, mandó al P. Hernández que los convocara, como lo hizo oportunamente. Fijó como lugar de reunión para el primer Capítulo General de la Vicaría el Colegio de Zaragoza, donde acudieron los Provinciales y Vocales de las Provincias, pues su edad avanzada y sus distancias no le permitían trasladarse de una parte a otra. Nadie como él, que había cumplido 85 años, deseaba que se le diera un sucesor, porque comprendía que la Orden necesitaba una mano fuerte que pusiera todo su empeño en manejar el timón para conducirla a puerto, en medio de los escollos que la rodeaban, y de un Superior activo que acudiera con rapidez donde hubiera un abuso que corregir o una mala costumbre que extirpar, en una época en que casi todos los resortes morales y materiales se habían aflojado. Celebrado el Capítulo del año 1825, fue elegido Vicario General el Padre Pío Peña de San Diego de la Provincia de Castilla, quien a los pocos meses moría inesperadamente. Se llevó al otro mundo las esperanzas que se habían cifrado en él, en sus virtudes, en su celo y en su experiencia, y no hubo más que bajar la cabeza y acatar los designios providenciales.

“Puesto el P. Hernández en la cima de la Escuela Pía española, nadie más escolapio que él; sin claudicaciones ni cobardías frente a tantos enemigos y tantos intrusos; ni los poderes del siglo, ni la presión relajadora de los decaídos y reacios de dentro hiciéronle detener un pie ni dar un paso en falso en la marcha del deber en procurar la independencia religiosa de su Instituto y reducir a todos a la observancia y acendrar la vida ordenada de la Religión, y en lograr para ella prerrogativas y esplendores inverosímiles en medio de tan imposibles circunstancias”.²⁰⁷

El P. Gabriel Hernández había cumplido sin duda su misión en la vida, y la había llenado satisfactoriamente en todos los aspectos, circunstancias y oficios. El que de joven había

²⁰⁵ Volumen I.

²⁰⁶ Necrología del P. Hernández.

²⁰⁷ Rabaza, obra, tomo y capítulo citados. Número 2, página 437.

sido novicio fervoroso y preocupado de su santificación, cuando llegó al sacerdocio y le tocó trabajar en los colegios, sin descuidar lo que se refería a su perfeccionamiento espiritual, se esforzó en ser un maestro activo y un educador celoso, y cuando pesó sobre sus hombros el gobierno de los Colegios, de la Provincia, de la Orden, no olvidó sus responsabilidades ante Dios y ante los hombres, y puso a su servicio todo el fervor de su espíritu, todo el entusiasmo de su corazón, y todo el celo de su alma. Podía retirarse tranquilo, y emplear el tiempo de vida que le quedara en dar gracias a Dios, y en prepararse para presentarse ante su tribunal para dar cuenta de sus actos.

Últimos días y publicaciones del P. Gabriel Hernández

Es lo que hizo una vez libre de las cargas del Gobierno, además de asistir puntualmente a los actos de piedad propios del Instituto, mientras la salud se lo permitió, no pensaba más que en la muerte y en disponerse para ella. Aunque era robusto y su aspecto daba la impresión de que gozaba de excelente salud, había cumplido 85 años y a esa edad no puede hacerse cálculos optimistas sobre la vida de las personas. La enfermedad más sencilla, una indisposición insignificante, pueden convertirse en un caso grave. Y algo de eso parece que ocurrió con él. Hernández aumentó el insomnio del que ya había sufrido anteriormente y empezó a debilitarse sensiblemente. Se presentó entonces una fiebre levísima que degeneró en un débil delirio y ese se resolvió en un ataque de apoplejía. ¿Cuántos remedios se aplicaron al paciente? Resultaron estériles, por lo que se le administraron los sacramentos de la penitencia y de las emociones. Y es que yo facilísimamente en el señor en Zaragoza, entre las oraciones y las lágrimas de nuestros religiosos. Era el 16 de diciembre del año 1826 cuando contaba 85 años de edad y 71 de vida escolapia y era el decano de la provincia y de la orden. En España.

¿Pocos escolapios tan meritorios como el Gabriel Hernández y pocos serían los que pudieran compararse con él, porque acaso no hubiera otros que hubieran prestado la escuela Pía servicios como los que le hizo desde novicio? Bien que prevista y natural su muerte fue una gran pérdida para el Instituto, porque hombres como el Gabriela, cuando parece que no hacen nada, enseñan y son un tesoro. Solo con su fidelidad a las reglas y con su prontitud en acudir a los actos comunes con son un ejemplo vivo de observancia y constituyen una lección elocuente de disciplina y las comunidades religiosas necesitan. De estos hombres que sean como la encarna. Oración del espíritu del fundador. Hoy y a manera de faros que señalen a los demás el camino de la regularidad y de la observancia. Eso fue Hernández durante toda su vida y sin cualquier religioso. Resulta ejemplar tal conducta en quien ha corrido toda la escala de los honores de la orden y ha gustado en los halagos del. Aura popular. Y oído la música encantadora de los aplausos y saboreado la admiración de las multitudes galvanizadas por su elocuencia es de un. Poder fascinador y de una fuerza irresistible para los demás, es la Gran Misión a que Dios reserva los religiosos, ancianos y condecorados la deseen, los portaestandartes de la observancia y los mantenedores de las tradiciones del Instituto. Cuando. Carecen de energías materiales, les queda la fuerza del buen ejemplo para ponerla al servicio de la religión y encauzar a los elementos jóvenes por las vías de la austeridad y por las normas de la más estricta observancia. Felices los que saben almorzarse y responden fielmente a lo que Dios y el Instituto espera de ellos. Su nombre será alabado eternamente y ellos serán objeto de una gran recompensa.

Hoy terminemos estas notas biográficas de Gabriel Hernández. Con el retrato que hace de él la necrología oficial de las referente a sus condiciones físicas. Fue de regular estatura y

de grandes fuerzas para el trabajo hermoso en todas las partes de su cuerpo, particularmente en los ojos cuya mirada fija apenas podían resistirle quienes eran blanco de ella. Jamás uso anteojos para leer o para escribir, ni sufrió desperfecto alguno. En su dentadura.

Hoy nuestros historiadores. Han reservado escasas noticias de publicaciones hechas por este benemérito escolapio, bien porque no hayan existido bien, porque no llegarán a su conocimiento. No es extraño por lo demás, puesto que una existencia tan activa como la del Hernández. Absorbida por las tareas escolares y por el Ministerio Apostólico, al que consagraba sus horas libres, no se prestaba al recogimiento y a la calma que exige la producción literaria. Eso, No obstante, algo queda escrito de su pluma como muestra de lo que habría sido capaz de hacer en latín y en castellano si su vocación hubiera sido de escritor y literato. Según el lasalde, se conservan del Gabriel de San Félix las siguientes producciones.

1. Ex universo theologiarum systemate secundum Angelici Doctris doctrinam constituto illustiores propositiones. Valencia, 1763.
2. De necessaria scienciarum notitia ad eloquentiam comparandam. Calencia 1771.
3. Universum philosophicum systema ad studia theologiae accomodatum. Valencia, Benito Monfort, 1776.
4. Oración fúnebre en las solemnes exequias del Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Don Agustín de Lezo y Palomeque, Arzobispo de Zaragoza. Zaragoza, Francisco Magallón, 1796.
5. Exposición que hace a las Cortes el Vicario General de las Escuelas Pías de España acerca de su Instituto. Madrid, Collado, 1820.
6. Necrología del Exmo. Sr. Padre Don Basilio Sancho, Arzobispo de Manila. Según el Padre Eduardo Llanas.
7. Varias Circulares a los religiosos como Provincial y como Vicario General, manuscritas.
8. Un libro manuscrito con notas, opiniones y razonamientos sobre el Vicariato General y la inoportunidad de convocar Capítulos en la fecha que se había indicado. Se encuentra en el Archivo de la Provincia. Está encuadernado.

Capítulo XI. M.R.P. Camilo Foncillas de Santa Teresa

“Entre las figuras más salientes de aquellos días en que eran columnas de la Provincia de Aragón los Padres Boira, Paracuellos, Báguena y Caverro, anteriores a los Ramos, Bayods y Esteves, adquirió un relieve y una importancia insuperable la personalidad de otro escolapio insigne, en el cual la piedad y la ciencia concurrieron a avalarlo de consuno y a ponerlo en aquellos sitios más difíciles y visibles que aquilataran a sus méritos y contrastaran su grandeza. Nos referimos al Padre Camilo Foncillas”.²⁰⁸ Es ciertamente una de las cumbres en nuestra Provincia, uno de los hombres más eminentes por su virtud, más señalados por su celo, y más beneméritos por sus obras que la han honrado. Su vocación fue bien probada, no hija de un entusiasmo infantil sin raigambre espiritual ni contenido religioso. Fue el fruto de unos ejercicios espirituales practicados para pedir luces al cielo, el resultado de hondas y largas meditaciones, y la concreción de consultas a personas experimentadas. Era brillante escolar de la Universidad de Huesca, y todo parecía sonreírle en el mundo. Sus dotes de inteligencia, su fuerza de voluntad, los quilates de su virtud, su aplicación al estudio; todo parecía combinarse y coordinarse para proporcionarle triunfos y glorias, para conquistarle toda suerte de honores. Pero todo esto

²⁰⁸ Calasanz Rabaza, obra citada, tomo III, capítulo V, número 9, página 448.

carecía de valor a los ojos del joven Foncillas, que no aspiraba a otra cosa que a cumplir la voluntad de Dios y a santificarse por la guarda de los santos mandamientos; y buscó el retiro y acudió a la oración para pedir al cielo las luces necesarias para la elección de estado. “La vida del siglo sonreía encantadora a su juventud y talento, pero Dios, que le quería, púsole hastío en las vanidades del mundo y atractivo en la vida religiosa, y no sin pensarlo y tantearlo juiciosamente, y sin procurarse luz y consejo de hombres prudentes, y de Dios mismo, en unos Ejercicios Espirituales, acabó por atarse con el ceñidor escolapio”.²⁰⁹

Había nacido en Pertusa, provincia de Huesca y diócesis de Lérida el 14 de julio de 1752, y contaba 19 años cumplidos cuando recibió la librea calasancia en Peralta. Fue esto el 3 de noviembre de 1771, y la Orden podía sentirse orgullosa de la adquisición que hacía. Delegado al efecto por el Padre Provincial Cayetano de San Juan Bautista, ofició en esa toma de hábito el P. Rector de Peralta de la Sal, Miguel de Montesa del Santísimo Sacramento. El joven Foncillas estaba ya en posesión de la licenciatura en jurisprudencia, y sabía filosofía cuando ingresó en el Instituto. Una vocación producida en la forma en que se determinó la de nuestro Camilo debía forzosamente florecer en las más hermosas virtudes y cuajar en los frutos más sabrosos. No se deja el mundo cuando todo sonríe en él, y se encierra en un noviciado, renunciando a un brillante porvenir, para llevar después una vida mediocre y vegetal en la Religión como una planta sin arraigo y sin jugos que la vigoricen. Para eso no se abandonan carrera y esperanzas. Y nuestro hermano Foncillas no fue de esos, ciertamente, pues tomó muy en serio su vocación y se esforzó en corresponder a ella por la adquisición de las más sólidas virtudes, y por la unión con Dios y por la muerte al mundo, a sus pompas y vanidades. Para él, el noviciado fue un palenque donde se ejercitó valerosamente en el vencimiento propio, en la práctica del sacrificio, en el ejercicio de la oración, en despojarse de los resabios del mundo y en vestirse de los hábitos de la perfección más elevada. Así lo advierte su necrología: “Iam inde a Tyrocinio ostendit non animi levitate, sed consulto ac vocante Deo, habitum nostrum suscepisse nam qua erat índole acerrima litteras simul et pietatem avidissime arripuit, ac mirandos utraque in arte progresus fecit”.²¹⁰ Ya desde el noviciado demostró que había vestido nuestro hábito, no por ligereza de ánimo, sino consultado Dios y llamado por él, pues con la índole acérrima que le era propia, se consagró avidísimamente a las letras al mismo tiempo que a la piedad, y en ambas realizó admirables progresos. Es lo que Dios quiere y espera de un novicio: que coopere decididamente y no ponga óbices a la gracia; que si hay esa colaboración de parte de la criatura, el Criador pondrá de la suya cuanto sea necesario para que aquella llegue a la meta de sus aspiraciones. De esta conjunción de la voluntad del novicio Foncillas y de la de Dios, se orientó a aquella vida ejemplar que fue un dechado de virtudes, entre la que culminaban la caridad y la humildad, y se derivó aquella existencia que se alimentaba de los sacramentos, de la oración, de la presencia de Dios, de todo lo que santifica, eleva y perfecciona.

En quince meses, el hermano Camilo de Santa Teresa había progresado tanto en las vías de la perfección, eran tan sólidas las virtudes que adornaban su alma, y tan sazonados los frutos que prometía, que los Superiores lo hallaron digno de admitirlo a los votos, dispensándole nueve meses del segundo año de noviciado. En consecuencia, hizo la profesión el 2 de febrero de 1773 en manos del Padre Bernardo Calomarde del Santísimo

²⁰⁹ Rabaza, en el mismo lugar.

²¹⁰ Archivo del Colegio de Zaragoza. Libro de Muertos, número 2 en el lomo y 48 en la tapa.

Rosario. Rector de Peralta de la Sal, autorizado para ello por el P. Provincial Pedro Piquer de Santo Tomás de Aquino. En el juniorato y durante sus estudios teológicos, el clérigo Foncillas siguió el mismo tenor de vida del noviciado, y el ardor con que se consagró a prepararse en la ciencia sagrada no apagó el fervor de su alma para las cosas espirituales. Se había hecho religioso para serlo de verdad, y no solo en el hábito, y ponía todo su empeño en realizar, o por lo menos en acercarse al ideal del perfecto escolapio. Ni por carácter ni por convicción era de los que se contentan con apariencias, sino que viven la realidad con todas sus consecuencias, y cuando preparaba sus cursos de teología se preocupaba al mismo tiempo seriamente de disponer su voluntad para todo lo que fuera del servicio de Dios, para todo lo que significará abnegación y sacrificio, para cuánto le ayudara a vivir en toda su integridad la Regla que había profesado. No escapó al autor de su elogio fúnebre esta faceta del carácter del P. Camilo de Santa Teresa, y puso bien de relieve el interés con que trató de unir el estudio de la ciencia y el de la religión. “*Professione emissa avidius studiis theologicis incubuit, quorum lumine subjectis veluti fascibus, ejus spiritus quippe qui ad optima quaeque paratus in dies magis accendi videretur*”²¹¹. Emitida su profesión, se dedicó con más avidez a los estudios teológicos, con cuya luz, como con haces, su espíritu, que estaba siempre dispuesto para la cosas mejores, parecía enardecerse más cada día.

Con esta doble preparación tan esmerada de la inteligencia para la enseñanza y para los ministerios sacerdotales; de la voluntad para el cumplimiento de los deberes religiosos, hasta el sacrificio y el heroísmo, el joven Foncillas estaba en las mejores condiciones para emprender sus tareas docentes y sus atenciones ministeriales. Era una garantía para los Superiores, que podían encargarle cualquier escuela, con la seguridad de que la serviría con amor y competencia, con la certeza de que si se afanaría en instruir a sus alumnos, se preocuparía con el mismo interés de inculcarle las virtudes y de encauzarlos por las vías de los santos mandamientos. Y eso fue el novel profeso Foncillas en la escuela: un maestro hábil y preparado que se ingeniaba de mil maneras para que sus discípulos aprovecharan las lecciones que les daba, y un educador cristiano que trataba de inyectarles el amor y el temor de Dios, que es lo que había de hacerlos eternamente felices. No obstante la vasta preparación literaria y científica que poseía, los Superiores no hicieron con él ninguna distinción, ni le eximieron de empezar el magisterio por las escuelas inferiores, para ir pasando gradualmente a otras superiores, hasta llegar a las más elevadas, cuando fue lector de Filosofía y de Teología de nuestros juniors. Se guardaron con él las normas que imponen las Constituciones, que tienen a su favor la experiencia de las ventajas que ofrece en lo pedagógico empezar por lo más sencillo, y que es semillero de excelentes profesores y los bienes que produce en lo moral, pues ni existe la envidia de los unos, ni produce el desvanecimiento de los otros. Empezó, pues, nuestro Foncillas su enseñanza por las clases inferiores, y a los pocos años fue pasado a las de Gramática; y puso tanta piedad junto con tanto esmero que se pensó en nombrarlo Maestro de novicios, pero como sus pocos años no lo permitieran, se le extendió patente de Pro-Maestro, de tal manera que cumpliera todas las funciones de Maestro.

La esperanza puesta en él no resultó fallida, y aquel novel sacerdote resultó un ideal Maestro de novicios. Le bastaba reproducir en estos la vida que él había propuesto desde que vistió la sotana, para que sus hijos espirituales se transformaran en religiosos perfectos. Los acostumbró a la unión con Dios, a obrar por motivos sobrenaturales, a

²¹¹ En el mismo Archivo y Libro. Número 25.

proponer seriamente seguir la vida perfecta, y a que emplearan al efecto los medios más adecuados: la oración, la lectura espiritual, la presencia de Dios, la mortificación interna y externa, la fidelidad a las Reglas. Al propio tiempo, ejercitaba a sus novicios en la práctica de las virtudes fundamentales: en la humildad, en la obediencia, en la caridad, en el espíritu de sacrificio, y así los iba transformando y transfigurando, los despojaba de sus defectos, y los adornaba con las virtudes; los desprendía del mundo y los unía con Dios; y formó generaciones de religiosos que fueron luego su corona y constituyeron el honor de la Provincia. “De tal suerte cumplió todas las obligaciones de tan arduo cargo, que no miraba tanto quiénes de sus novicios corrían, sino cuáles volaban a la perfección, y vivía alerta para que no apartaran nunca la mente de eso, para que refirieran a Dios todas las cosas, que tendieran a él en todo, a cuyo objeto, y para saber cuáles eran sus pensamientos, les pedía frecuentemente cuenta de conciencia, con lo que lograba que, habiendo de darla, revolvieran constantemente en su inteligencia a las cosas espirituales”.²¹²

Trasladado a Zaragoza, los Superiores aplicaron al P. Foncillas a la enseñanza de la Retórica y de la Poesía a los internos primero, y luego a dictar a nuestros juniors los cursos de Humanidades, Filosofía y Teología, de los que celebró actos públicos brillantes, como los había tenido de primeras letras. El P. Camilo de Santa Teresa era educador y maestro; escolapio y sacerdote; y miraba en los niños al discípulo que debía aprender los conocimientos humanos, y al cristiano que necesitaba adquirir las virtudes propias de su estado; y con el mismo interés que ponía en adornar su inteligencia, se dedicaba a fortalecer su voluntad. Hubiera creído que defraudaba a Dios, a la Escuela Pía, a la sociedad y a sus alumnos si hubiera prestado menos atención al espíritu que a la inteligencia, en lo que no se equivocaba. Y por eso fue tanto padre espiritual como maestro de sus colegiales. Para el P. Foncillas las almas eran lo principal, conforme con el pensamiento del Santo Padre, y a ellas, a su formación, a su cuidado, dedicaba lo mejor de sus afanes y lo más delicado de sus sentimientos. De tal manera inflamaba sus convictores a la virtud que muchos de ellos le daban cuenta de conciencia; con lo que ocurrió que algunos de ellos preclaros en la virtud no menos que en las letras, y en posesión de dignidades eclesiásticas y seculares, lo amaran tiernamente durante la vida, y lo lloraran después de la muerte, privilegio de los educadores celosos, y el P. Camilo Foncillas lo era en todo su significado, que, buscando solo a Dios y a las almas, recogen por añadidura, la gratitud y el amor de sus educandos.

Los cursos que nuestro P. Camilo de Santa Teresa dictó a nuestros jóvenes no se concretaron a iniciarlos en los secretos de los poetas y prosistas latinos, ni a exponerles el panorama de la filosofía, ni a desenvolver ante sus ojos el sistema maravilloso de la teología, sino que, como eran la esperanza de la Orden, trataba de excitarlos a la virtud con la palabra y con el ejemplo. Quien se preocupaba, como lo hemos visto, del alma de sus discípulos seculares, no iba a quedar rezagado cuando se trataba de los estudiantes del Instituto. Estaba posiblemente más aliviado de trabajo en las clases, porque de entonces data su consagración a los ministerios sacerdotales en el confesonario y en el púlpito, en los que tanto bien hizo a las almas y tanto prestigio ganó para el Instituto. Fue nuestro P. Camilo uno de los oradores más afamados de Zaragoza, donde predicó hasta tres veces en un día, ya por la abundancia de la doctrina, ya por la elegancia de la forma, ya por la dignidad y el señorío de los ademanes, ya sobre todo por el fervor que inflamaba su corazón

²¹² En el mismo Archivo y libro, número 25.

y comunicaba a sus oyentes, ya por el celo que ponía a sus palabras, ya porque predicaba a Jesucristo crucificado, inculcaba las virtudes y condenaba los escándalos y los vicios. Constante en sus ideas y sentimientos, siempre idéntico a sí mismo y fiel a sus convicciones, el P. Foncillas no podía proceder de otra suerte, y tenía que ser en el púlpito, como lo era en el confesonario, como lo era en la escuela, y en su vida pública y privada, el apóstol de Jesucristo, el nuncio de la verdad, y el defensor del Evangelio. El fruto correspondía a su celo, y fueron muchos los pecadores que arrancó del cieno de los vicios y los reconcilió con Dios, y no escasearon los cristianos vacilantes que mantuvo fieles a sus creencias, y abundaron las almas piadosas que confirmó en sus propósitos y las condujo por las vías de una vida más fiel a Dios y más perfecta. Los sermones de nuestro P. Camilo de Santa Teresa eran verdaderas misiones, porque no buscaba más que a Dios y a las almas, y no pretendía con ellos otra cosa que la gloria divina, la corrección o el afianzamiento en la virtud de sus hermanos. Era un apóstol, y como tal buscaba las almas y renunciaba a todo lo que no fueran ellas: los aplausos humanos, la gloria efímera de las alabanzas, que se quedaran para los infatuados que se buscan a sí mismos. Para nuestro P. Foncillas eso sonaba a hueco y no podía satisfacerle, porque subía al púlpito para buscar la gloria divina, la perseverancia de los justos y la conversión de los pecadores.

Ocupado en estos ministerios y trabajos, el P. Camilo había cumplido 52 años, y los Superiores no habían echado mano de él, de su experiencia, de su celo, de sus talentos para confiarle el gobierno espiritual y administración temporal de alguna de las Casas de la Provincia, Por su parte, humilde y consciente de las responsabilidades que le son propias, tampoco él ambicionaba ningún rectorado. Se sentía feliz de súbdito, pues sabía que es mejor obedecer que mandar, y recordaba lo que había prometido al emitir sus votos, de no ambicionar puestos y de Permanecer en aquel lugar y grado en que la obediencia lo colocara, y no experimentaba deseo alguno de que lo hicieran Rector. Y con todo, no olvidaba aquella terrible sentencia: “Juditium durissimum his qui praesunt fiet” ²¹³. No tenía interés ninguno en salir del estado de súbdito en el que tan feliz y cómodo se hallaba. Pero lo que él no ambicionaba, lo hicieron los Superiores, y el año 1804 le nombraron Rector del Colegio de Zaragoza. Habrá habido nombramientos acertados, quién lo duda, pero más que el del P. Foncillas, es difícil. Por su vida ejemplar; por su observancia sin desmayo; por su fidelidad a la Regla, sin eclipse; por su virtud a toda prueba; pues su experiencia en la vida y por su conocimiento de los hombres; era un acierto de los Superiores el acuerdo de confiarle el gobierno de la Casa Provincialicia. En los 10 años que el P. Foncillas ejerció el rectorado de Zaragoza, tuvo oportunidad de dar la medida de sus condiciones personales para el cargo.

Eran circunstancias sumamente anormales, de ideas revueltas, y de circunstancias sumamente anormales, de ideas revueltas y de relación de resortes; y los superiores necesitaban estar dotados de mucha prudencia, de una caridad ilimitada, de una paciencia inalterable, y al mismo tiempo de suma energía y mucho tacto, para poner una valla a la inoperancia que avanzaba y extirpar los abusos que se habían introducido. Mano fuerte para mantener las riendas firmes cuando tantos religiosos se desbocaban a impulsos de las ideas liberales, y mano blanda para aplicarla con suavidad sobre los que eran víctimas del ambiente secularizador, y no enconar las heridas al arrancar las espinas que llevaban atravesadas en el corazón y en la inteligencia. El P. Camilo de Santa Teresa respondió a este tipo de Superior y pudo sortear las ingentes dificultades que le salieron al

²¹³ Sab 6, 6.

paso, mantener su comunidad tranquila y observante, y conducir a sus religiosos por las vías de la perfección que habían profesado. Gran triunfo de la religiosidad y del talento del P. Rector, pero fruto indudablemente de la gracia, porque el P. Foncillas, que no ignoraba que en esas cosas Dios lo es todo y la criatura nada, lo esperaba todo de Dios y nada de sus habilidades, y elevaba a sus oraciones al cielo en demanda de los auxilios necesarios en lo espiritual y en lo material, en el gobierno de la Comunidad y del Colegio, en lo referente a la educación y a la enseñanza, en la defensa y el cuidado de los intereses morales y materiales de la Casa; el P. Camilo se mostró un Rector celoso e inteligente, que se ganó el aplauso de los superiores y la simpatía de sus religiosos.

Era natural, entonces, que terminado su periodo fuera reelegido para un segundo trienio, que la anormalidad de la vida española prorrogó hasta 7 años. Posesionado por segunda vez en 1807, al día siguiente se produjo el alzamiento de España en armas contra Napoleón, que arteramente se había adueñado de sus plazas fuertes y de la capital, y ya no hubo forma ni posibilidad de reunir Capítulos para la renovación de los rectores. Le tocó, pues, al P. Foncillas el honor y la responsabilidad de ejercer el rectorado de Zaragoza durante varios años, y en tiempo de los Sitios famosos, y demostró ser el patriota que las circunstancias reclamaban, y el Superior que aquellos tiempos inciertos exigían. Como Rector se necesitaba que fuera enérgico y comprensivo para exigir el cumplimiento de la Regla, y condescender con las debilidades y las flaquezas propias de la naturaleza humana. Siempre, pero especialmente en esos momentos tan difíciles, los Superiores deben aliar la severidad con la prudencia, y dejar que predomine en su gobierno un temperamento bondadoso y condescendiente, más que una severidad celosa, que sería contraproducente. Es lo que hizo el P. Camilo de Santa Teresa, con lo que conjuró el peligro de rebeliones y de apostasías, y logró sacar de sus religiosos el partido que era posible en tan críticos momentos. Quererlo todo habría sido posiblemente quedarse sin nada y, en cambio, contentarse con lo que entonces era viable, produjo el efecto de mantener la cohesión de las voluntades y la observancia religiosa en lo más imprescindible. Como patriota, el P. Rector debía dar muestras de generosidad y desinterés, de desprendimiento, de fidelidad a España y al trono, de sentir las aflicciones y los dolores de la Patria, y de contribuir con su persona y la de los religiosos, con su ayuda y con los bienes del colegio, a remediar las necesidades de los defensores de Zaragoza.

Cualquier perplejidad o el menor signo de irresolución hubieran sido malinterpretado, y habría marcado, como a fuego, un estigma de ignominia para el Colegio y para sus moradores. Por fortuna, el P. Foncillas, además de gran patriota, como todos los escolapios, demostró ser un hombre desprendido, y cooperó valiente y decididamente a la defensa de Zaragoza, poniendo el edificio a disposición del General de la Plaza, y sus reservas alimenticias y pecuniarias al servicio de los defensores de la Ciudad Augusta. Fue el hombre que el Colegio necesitaba, y con su actuación limpia escribió una página brillante en la historia de la Casa. Su necrología no olvidó evidenciar este comportamiento del P. Rector, y lo hizo en encomiásticamente. “A esto, sobrevino la terrible guerra de Napoleón, durante la cual Zaragoza fue dos veces sitiada. ¡Cuánta fue entonces la fortaleza de anima de nuestro Camilo! Con su consejo y con sus auxilios, ayudó y levantó los ánimos; y para defender la Religión y la Patria, añadió estímulos numerosos, pues los comestibles que había preparado para alimentar a los colegiales durante todo el año los repartió liberalmente para mantener y fortalecer a los defensores de la Patria. ¿Qué más? No omitió nada propio de un óptimo ciudadano, de un sacerdote ferventísimo o de un

padre de familias muy solícito”.²¹⁴ Rendida la Ciudad en el segundo Sitio, y decretada por el vencedor la supresión de las Comunidades Religiosas, consiguió que se exceptuara la nuestra y que se le permitiera reabrir las clases para que los niños no vagaran por las calles.

Cuando, arrojado el invasor y vuelto del cautiverio Fernando VII, se tranquilizaron las cosas y se normalizó la vida de las Comunidades Religiosas, la Escuela Pía celebró Capítulos para la renovación de Superiores, y el Padre Camilo Foncillas de Santa Teresa fue elegido Provincial para el trienio siguiente. No era tarea fácil ni empresa halagadora la que se le encomendaba, porque si las ruinas materiales que había dejado la francesada eran grandes, no eran pequeños los daños morales que había producido. Gobernar en esas circunstancias es un heroísmo, y hacen falta caracteres dotados de gran energía moral, y al mismo tiempo adornados de una gran condescendencia para las debilidades ajenas. El P. Camilo de Santa Teresa acometió la empresa con valor y confianza, y esgrimiendo razones divinas y argumentos humanos, exigiendo aquí, cediendo allá, mostrándose duro con ese y complaciente con aquel, escribiendo hermosas y bien razonadas Circulares, y visitando los Colegios donde hablaba con todos los religiosos y los alentaba, fue poco a poco apretando resortes que se habían aflojado, extirpando abusos que se habían introducido, afirmando esta vocación vacilante, restaurando prácticas echadas en olvido, con lo que se renovó el estado de la Provincia, y donde reinaba el caos, restauró el orden y la observancia. Fue una labor titánica al alcance solo de un religioso de la talla del P. Foncillas, hecho para las cosas grandes y predestinado para las empresas gloriosas.

Terminado el trienio, quiso vacar a Dios y a sí mismo, pero su celo no le permitía el descanso, si no era trabajando. Y así no solo ayudaba a los Superiores con sus consejos y sus amonestaciones, sino que estimulaba a los maestros; daba a los jóvenes documentos espirituales para su santificación y pedagógicos para sus enseñanzas; proporcionaba a los estudiantes auxilios para la piedad y para las letras; exhortaba a los internos a que se acordaran frecuentemente durante el estudio de Dios y de su divina Madre, y que elevaran su pensamiento al cielo repetidas veces; les explicaba el catecismo y recibía sus confesiones. Fue el tenor de vida del P. Foncillas hasta el último año de su existencia, fiel a su vocación y a los propósitos que lo movieron a vestir la sotana calasancia. Perseveraba en la brecha santificándose en el ejercicio de los ministerios propios del escolapio, y santificando a los demás con la palabra y con el ejemplo. Mientras tuviera fuerza y hubiera escasez de religiosos, no descansaría, porque se debía a Dios, a la Religión y a las almas de los niños. Les había consagrado su vida, les pertenecía y no regatearía ni su tiempo, ni sus fuerzas, ni su colaboración, a trueque de suministrar a los niños el pan de la doctrina, la leche de la piedad, con tal de cumplir los ministerios propios de la Escuela Pía y de dar gloria a Dios en cuanto de él dependiera. ¡Hermosa preparación para la muerte, después de una vida tan fecunda y de una existencia esmaltada de tantas virtudes y merecimientos! El P. Camilo Foncillas es una de las grandes figuras de la Provincia de Aragón, y era hora de sacarla de la oscuridad en que yacía, para ejemplo y estímulo de sus hermanos presentes y futuros.

Diríase que los honores perseguían a este escolapio que no tenía más preocupación que la gloria de Dios y la santificación propia y la ajena en la medida de sus fuerzas, consagrado a la enseñanza y a la educación de los niños, y ocupado en los oficios y ministerios que la obediencia le encomendaba. No pensaba en otra cosa que en trabajar con todo celo, allí

²¹⁴ Archivo del Colegio de Zaragoza necrología citada número 25.

donde los Superiores le habían colocado, muerto al mundo, a sus ideas y a sus sentimientos. Para el P. Camilo de Santa Teresa eran éstas cosas que carecían de valor, y hasta ignoraba su existencia. Era demasiado grande su alma para que se llenara con esas pequeñeces que solo pueden satisfacer a los vanidosos. Naturalmente que, cuando le llegaron sin buscarlas ni pretenderlas, las aceptó y agradeció por el honor que eran y significaban para las Escuelas Pías. Fue, pues, nombrado Examinador Sinodal de las Obispos de Zaragoza, Consultor e Inquisidor del Santo Oficio, y miembro de la Sociedad de Amigos del País, cargos honoríficos que no se otorgaban a cualquiera, pero que implicaban graves responsabilidades por la naturaleza de los negocios en que debía intervenir el elegido. Son una prueba primaria del nombre que el P. Foncillas se había creado, y del concepto en que le tenía el arzobispo de Zaragoza, el Santo Oficio y las autoridades de la Sociedad citada.

La Orden también le reservaba a un nuevos honores y cargos, pues la Provincia, cuando ya había cumplido 78 años, lo eligió Vocal al Capítulo General celebrado en Valencia en 1830, y esa Asamblea le nombró Asistente General, no obstante, su resistencia a nuevos cargos. Había llegado a una edad en la que parece tenía derecho a preocuparse de su alma, y, sin embargo, el voto de sus hermanos le exigía el sacrificio de colaborar con el P. General en el gobierno de la Orden. El P. Camilo se sometió dócil y humildemente, pero no pudo acompañar por mucho tiempo al P. General con sus consejos, porque transcurrido apenas un año, empezaron a flaquearle las piernas y la cabeza. Imposibilitado para celebrar el Santo Sacrificio, comulgaba diariamente, y acometido de escrúpulos, no se avergonzaba de abrir su conciencia a los que le visitaban, buscando la tranquilidad de su conciencia. Hasta la hora de la muerte fue el P. Foncillas un modelo viviente para sus hermanos: austero, pobre, de gran abstinencia, “pudiera abundar de todas las cosas, nada propio tuvo, ni pensó jamás en cuidar el cuerpo o preocuparse de los vestidos, ni de las comodidades de la vida, sino cuando su salud era mala”. Por lo tanto, nos dejó, junto con muchos y grandes ejemplos que imitar, un gran vacío cuando ocurrió su muerte. No dice la consuetud cuando ni de qué edad murió ese ilustre escolapio, pero el continuador del Lucero nos hace saber que fue el 8 de agosto de 1832, cuando había cumplido los 80 años de edad y 61 de vida religiosa. La muerte del P. Camilo Foncillas fue una gran pérdida para la Provincia de Aragón, puesto que era uno de los valores más positivos que tenía, pero su vida edificante, sus costumbres austeras, sus ejemplos saludables, su fidelidad a las reglas y su correspondencia a la vocación recibida del cielo, quedaban como una lección y como un estímulo para sus hermanos, que como en vida lo habían considerado como un ejemplo modelo, después de muerto podían seguir sus huellas luminosas, seguros de no extraviarse.

Del P. Camilo Foncillas han quedado algunas publicaciones impresas y algún que otro manuscrito que enumeramos enseguida.

1. Ensayos de educación literaria y cristiana, un folleto de 42 páginas de 190 por 140 mm. Zaragoza, Francisco Magallón, 1792. Hay un interesante discurso latino sobre Aurelio Prudencio Clemente, de 20 páginas.
2. Ensayos de piedad y literatura, folleto de 40 páginas de las mismas características que el anterior. Zaragoza, sin año, por la viuda de Blas Miedes, se cierra con un discurso latino acerca de la sublime elocuencia de la Sagrada Escritura.

3. Oración fúnebre en las solemnes exequias del Excmo. Sr. D. Pedro Jordán Vicente de Urriés y Pignatelli, Marqués de Ayerbe. Zaragoza, 1799, imprenta de Mariano Miedes. 51 páginas del mismo tamaño.
4. Christianae Theologiae selectiores propositiones, quas ad mentem Angelici Praeceptoris publice prpugnandas exponi Ferdinandus (Moliner) a Sancto Laurentio e Scholis Piis, sub praesidio Camili (Foncillas) a Santa Theresia, ejusdem Ordinis in Collegio Caesaraugustano Theologiae professoris. Zaragoza, En la Oficina de Mariano Miedes, 1800, 216 páginas.
5. Panegírico del niño y mártir zaragozano, Santo Dominguito de Val, Zaragoza, 1806. En el Libro de Memorias de la Provincia, página 704, se encomienda con fecha 31 de agosto de 1806 a los Padres Ibáñez y Coll el examen de este sermón de septiembre del mismo año, sin fecha. Se dio licencia al P. Camilo de Santa Teresa de Jesús para que condescendiera a las repetidas instancias del Cabildo Metropolitano que deseaba dar a la imprenta dicho panegírico de Santo Dominguito de Val.
6. Discurso de Acción de Gracias al Todopoderoso que en la solemne función celebrada en el Ilustrísimo Ayuntamiento de Zaragoza por su libertad y rendición del Castillo de la Aljafería, el día 4 de agosto de 1813, pronunció el P. Camilo de Santa Teresa. En la imprenta del Hospital, 16 páginas de 188 por 146 mm.
7. Oración Eucarística que en la Misa Solemne por la concesión del nuevo rezo de Nuestra Señora del Pilar, y elevación del mismo a doble de primera clase, con octava, en todo el Reino de Aragón, hizo celebrar en su Angélica Capilla, con asistencia del Cabildo Metropolitano, a 23 de noviembre de 1807, el Comercio de Zaragoza; dijo el P. Camilo de Santa Teresa, Rector de las Escuelas Pías. Dado a luz a expensas del mismo Comercio en la oficina de Mariano Miedes. Año 1807. Dedicatoria a la Virgen del Pilar, firmada por el Cuerpo General de Comercio de Zaragoza, páginas 3/4; sermón, páginas 5/36. 36 páginas de 185 x 138 mm.
8. Circulares a los religiosos como Provincial de Aragón.
9. Sermones y otros manuscritos.
10. En el Lucero de Zaragoza, tomo II, una narración de los Sitios de Zaragoza.

Capítulo XII. P. Antonino Ribetés del Dulcísimo Nombre de Jesús

Fue el P. Antonio Ribetés un excelente religioso que edificó a sus hermanos con sus virtudes, que evangelizó a los fieles con sus enseñanzas, que perfumó su vida con el aroma de su inocencia angelical, y que se ganó los corazones de cuántos lo trataron, con la suavidad de su carácter y con la sencillez de su trato. Nacido en Zaragoza, frecuentó de niño nuestras aulas, en las que se distinguió por su piedad, por el candor y la inocencia de índole y por la agudeza y la perspicacia de su ingenio. Ni que decir tiene que con semejantes prendas se ganó el cariño de sus maestros, que lo miraban como un posible candidato a la sotana calasancia. Y no se equivocaron, ciertamente, porque cuando tuvo edad solicitó el ingreso en la Orden, que los Superiores le concedieron de buen grado, puesto que conocían el valor de la joya que Nuestro Señor les enviaba. El 28 de octubre de 1786 recibió en Peralta de la Sal el hábito de las Escuelas Pías de manos del P. Pantaleón Blanquer de San Miguel, Rector de la Casa, comisionado al efecto por el P. Provincial José [Samper] de Santo Tomás Apóstol. Conocida la contextura moral del novicio Ribetés, no extrañará que sus virtudes se afianzaran, que su pureza se abrigara, que su piedad se nutriera y acrecentara con la frecuencia de sacramentos y la consideración de las perfecciones divinas, que su fervor se hiciera incendio en contacto con Dios, por la vida interior intensa. Una insinuación del Superior era para Antonino una orden; las Reglas constituyan para él mandatos divinos; La caridad impregnaba todos sus actos; la humildad

era su encanto; la oración constituía sus delicias, y la unión con Dios, su anhelo, su premio. Era la consecuencia lógica y la concreción de los sentimientos y de las aspiraciones de aquel novicio fervoroso, de aquel adolescente timorato que huía del mal antes que el hálito corrompido y corruptor del siglo mancillara su inocencia.

Dios quería probar aquella alma de elección, como lo hace con todos sus escogidos. Tenía que pasar por la tribulación, y el Hermano Antonino sufrió ya desde el noviciado y durante varios años la peor y la más angustiosa de las dolencias del alma. Se vio acometido de escrúpulos, que lo acongojaban terriblemente, y que le duraron hasta que “*usu et regendis aliorum animabus didicit tranquilliori animo vitam degere*”, con la costumbre y la dirección de otras almas, aprendió a vivir con ánimo más tranquilo. No habían transcurrido catorce meses desde que había sido incorporada a las huestes calasancias, y había progresado tanto en la virtud, se había empapado de tal suerte del espíritu de la Orden, y ofrecía tan serias garantías de perseverancia que los Superiores lo hallaron digno de unirse a Dios y de incorporarse definitivamente al Instituto por medio de la profesión solemne. La emitió el 18 de diciembre de 1787 en Peralta, y comisionado por el P. Provincial Gabriel Hernández, la recibió el mismo P. Rector que le había vestido la librea escolapia. Entonces nuestro Antonino fue dedicado a los estudios que había de necesitar más adelante como profesor y como sacerdote: a las letras humanas, a la Filosofía y a la Teología. Las estudió con aquel esfuerzo que era lícito esperar, con aquel aprovechamiento que su ingenio prometía. Bien fundamentado en la vida espiritual, y con ideas claras sobre el valor de las cosas, el clérigo Ribetés sabía que lo primero en un religioso es lo atañadero a su santificación, y lo segundo, sin ser por eso secundario, lo referente al estudio. Queremos indicar con esto que este no perjudicó a la piedad de Antonino, y que la preocupación científica y literaria no le impidió practicar todas las virtudes del religioso, y continuar su formación espiritual durante el juniorado.

Su vida de maestro y educador correspondió a estos antecedentes: de intenso trabajo en la escuela, para transmitir a los niños sus conocimientos; de celo incansable en la formación de los principios rectores, de las ideas madres, y de los sentimientos elevados que debían conducir a sus alumnos por los senderos de una vida profunda y sinceramente cristiana. Para el P. Antonino Ribetés, los discípulos eran hijos de Dios que debía guardar y defender de los enemigos que los cercaban; almas que debía acorazar contra todas las seducciones del vicio; ciudadanos que debía preparar para ser útiles a sí mismos y a sus semejantes, para cooperar así al progreso del medio en que vivían. Por eso no escatimó trabajo, ni perdonó sacrificio que le permitiera cumplir su gran misión de educador y de maestro; puso a contribución de ella todo el celo que abrasaba su alma, todas las energías de su voluntad, todos los talentos de su inteligencia, toda su fe de sacerdote y todo su entusiasmo de patriota. Tenía una gran fuerza de atracción sobre los niños y sobre sus familias, lo que le facilitó llevar a Dios a sus discípulos. Su candor, su modestia, su belleza física, su alegría jamás alterada, su voz graciosa y la suavidad de costumbres eran otros tantos imanes, constituían otros tantos atractivos que le ganaban los corazones. Y un educador y maestro que conquista la voluntad y consigue el cariño de sus alumnos, tiene corrido el camino para llevarlos a Dios y encauzarlos por las vías del deber, de la honradez, de los santos mandamientos. Su necrología oficial describía las prendas morales y las dotes físicas que adornaban al P. Antonio Ribetés y le ganaban todas las voluntades con palabras halagadoras y frase elegante: “*Praefulgebat, leemos en ella, quippe animi candor*

et modestia in vultu formoso, et hilari cum voce gracili morumque suavitas omnium voluntates aliciens”.²¹⁵

En su carrera magisterial, el P. Antonino siguió las normas ordinarias señaladas por nuestras Constituciones. Empezó por las escuelas inferiores en Zaragoza, y gradualmente fue ascendiendo hasta las superiores, y en todas ellas se granjeó la estimación y el respeto de propios y extraños. Posteriormente, después de dictar las clases de gramática, retórica y poesía, fue enviado a sucesivamente a Daroca y a Sos, donde explicó Filosofía a los nuestros y a los seglares. Como en las escuelas inferiores y en las Humanidades, en los cursos filosóficos el P. Ribetés se captó la simpatía de sus alumnos, les enseñó satisfactoriamente la ciencia del pensamiento y los condujo por los derroteros de la virtud y de las buenas costumbres. Pasados unos cuantos años en esta ocupación, y enfermo de cuidado, regresó a Zaragoza, donde, enemigo del ocio y del descanso, se entregó con los arrestos de un joven y con el celo de un apóstol a enseñar Humanidades, Filosofía y Teología a nuestros juniores, a oír las confesiones y hacer las catequesis de nuestros convictores. Escolapio según el espíritu de San José de Calasanz, no podía permanecer alejado de los niños, ni se hallaba contento lejos de la escuela. Por eso, mientras tuvo fuerzas, a pesar de las dolencias que aquejaban su cuerpo, perseveró en la obra de enseñar y no descuidó el ministerio de las almas en el púlpito y en el confesonario. La muerte le sorprendió con las armas en la mano, y como el soldado pundonoroso cae al lado de su cañón, ese escolapio cien por cien fue de la escuela a la cama para descansar en el cielo, ya que no pudo ni quiso hacerlo en la tierra.

Veamos ahora si podemos hacer una semblanza expresiva de la fisiología moral del P. antonino, que tan interesantes facetas ofrece. Una de ellas, sumamente rara en los mortales, era el horror que la murmuración le causaba. No solo no incurría él en este vicio tan común, pero ni consentía que se murmurara en su presencia. ¡Cuánto ganaría la paz de las comunidades, cuántos males se evitarían, y cuántos disgustos se ahorrarían si todos los religiosos imitáramos la conducta que sobre el particular observaba el P. Ribetés en sus relaciones con sus hermanos! Lo que más perjudica a las comunidades religiosas, y el vicio que más contribuye a disolver el vínculo de la caridad es la mala y cobarde costumbre de hablar unos con otros de los defectos reales o supuestos de los otros. El día que se desterrara la detracción en absoluto, las Casas monásticas serían felices, y la vida en ella sería un anticipo del paraíso. Y no es tan difícil como pudiera parecer si nos lo proponemos sinceramente. Nuestro P. Antonio se lo propuso, y consiguió que no se murmurara en su presencia. Bien es verdad que era tan dulce, que era tan suave en sus maneras, y tan candoroso en todo, que nadie se atrevía a contrariarle, y todos recibían bien sus caritativas advertencias. Dice su necrología que “si quem verbo labia ut detraentem videret, illius humerum leviter tangens manu dicere solebat confitebere, confitebere, frater; sic dulcissima correctione alios admones, ipse ne auditis inquineretur invigilabat”²¹⁶. Sí veía a alguno que caía en las palabras o que murmuraba, solía decirle, ,ocándole suavemente el hombro con la mano “confiésate, confiésate, hermano”. Así, amonestando a los otros con una suave corrección, vigilaba él para no mancharse oyendo.

Además de amante de la caridad, el P. Ribetés fue sacerdote sumamente celoso, y el amor de Dios y de las almas que lo devoraban tomaron forma tangible, y cristalizaron en la

²¹⁵ Archivo del Colegio de Zaragoza. Libro de los difuntos de la Religión de las Escuelas Pías, número 26, año 1832.

²¹⁶ Lugar citado.

seguridad con que atendía el confesonario y en la frecuencia con que anunciaba la palabra divina. Su constancia y la gracia que Dios le había dado para la predicación le atraían multitudes a los cuales escuchaba con caritativa paciencia. “Era asiduo en escuchar las confesiones de los fieles que por la feliz predicación de la palabra de Dios, concurrían más frecuentemente a él, pues con la voz, con el ademán y con el espíritu podía muchísimo, porque siempre pronunciaba sermones utilísimos, no solo agradables”.²¹⁷ Esta gracia que nuestro P. Antonino tenía para llevar las almas a Dios llegó a conocimiento del Sr. Arzobispo de Zaragoza, quien al regresar a la Ciudad Imperial lo nombró confesor extraordinario de todas las religiosas sujetas a su jurisdicción ordinaria. Su asistencia ministerial fue solicitada por las monjas; y esta santa ocupación, desempeñada durante horas en pleno verano, le produjo una disentería que lo puso a las puertas de la muerte. Espontánea y milagrosamente abiertas las llagas, empezó a expeler el pus pútrido, escapó de la muerte y aún pudo, por espacio de nueve años, cumplir su ministerio a costa de dolores y sacrificios. Jamás se quejó de sus dolencias, y con ánimo sereno y rostro alegre, las sobrellevó admirablemente.

La Provincia aprovechó también las luces, el celo y la experiencia del P. Antonino del Dulcísimo Nombre de Jesús asociándolo al gobierno de la misma como Consultor y Asistente. En las reuniones de la Congregación Provincial, puso al servicio de los intereses superiores y permanentes de la Orden y de la Provincia la agudeza de su ingenio, la rectitud de su juicio y el celo del bien de la Religión, de suerte que fue un colaborador eficaz y celoso de los poderes provinciales. El P. Ribetés era uno de los religiosos más calificados de la Provincia por sus virtudes, por sus talentos, por los servicios que le había prestado, por las obras de celo que habían ocupado su santa vida, y en él tenían puesto los ojos Superiores y súbditos para inspirarse en sus ejemplos. Se daban en él un conjunto de cualidades naturales que, realzadas por la gracia y hermoseedas por la virtud, hacían del P. Antonino una lección viviente y un modelo de sacerdote y de religioso. Sabia providencia de Dios, que vela por los Institutos monásticos y que cuando los acontecimientos públicos se conjuran contra ellos, y los socavan con leyes secularizadoras o con la indisciplina que fomentan, les manda individuos de virtud a toda prueba, impermeables a las ideas del siglo, adheridos fuertemente al espíritu religioso que son luz de sus hermanos, estímulo de los que vacilan, apoyo de los que caen, y el fermento que impide la corrupción a toda la masa. Uno de esos hombres que nuestro Señor Jesucristo envía a las Órdenes que quiere conservar, fue entre nosotros, en nuestra querida Provincia de Aragón, el P. Antonino Ribetés del Dulcísimo Nombre de Jesús, a quien debemos profunda gratitud, y considerarlo como una de las columnas que sostuvieron el edificio vacilante, e impidieron con su virtud, con su palabra, con sus consejos y con sus ejemplos, que se relajara y muriera.

Una última e interesante nota de ese benemérito hijo de San José de Calasanz, cuyo espíritu lo animó en vida y en muerte. A imitación de su glorioso Padre, que antes de volar al cielo envió a dos de sus religiosos a la Basílica de San Pedro para que hicieran en su nombre profesión de fe cristiana y un acto de adhesión al Vicario de Cristo, antes de recibir el Santísimo Viático, después de decir muchas cosas en desprecio propio, obligado a callar, por lo que ello podría perjudicar a su salud, no pudo menos de exclamar a impulsos del ánimo con que siempre había condenado a los novadores y del amor y veneración que siempre había profesado a la Santa Sede: “¡Viva Gregorio XVI, viva el Romano Pontífice! ¡En

²¹⁷ En el mismo Archivo y Libro.

esta fe quiero vivir y en ella deseo morir!”. Se le ordenó que contuviera sus sentimientos dentro de su corazón, que se callara; y obediente y sumiso a la voz de su Superior, puso un dique a sus afectos, impuso silencio a su boca y se preparó a recibir devota, callada y fervientemente la Santísima Eucaristía, como lo hizo. Fue un espectáculo edificante: y aquel religioso que durante su vida había sido una lección constante, en el trance supremo de una muerte Santa la dio a sus hermanos, profundamente conmovidos. Todavía vivió dos días, que fueron para él un cielo anticipado. Y llegado el momento de disolverse para vivir con Cristo, aquel religioso ejemplar “que no acostumbraba a hacer nada sin licencia del Superior, le pidió permiso para morir”, renovando la primitiva costumbre de nuestros mayores. Tal fue la vida y la muerte de este santo religioso, cuya figura nos es grato exhumar para ejemplo y edificación de nuestros hermanos, como nos ha edificado la lectura de su necrología, que es el cañamazo sobre el que hemos bordado esta semblanza. El P. Antonino Ribetés es uno de los grandes escolapios que ilustraron a la Provincia de Aragón en las tres primeras décadas del siglo XIX, cuando tanto se necesitaban religiosos refractarios a las ideas del siglo y firmemente adheridos a la roca de la observancia y saturados del espíritu calasancio, que fueron quienes contrarrestaran la obra corrosiva y destructora de la mentalidad dominante, y de los religiosos que se dejaron influir por ella. Nuestro venerable P. Antonino Ribetés del Dulcísimo Nombre de Jesús falleció el 12 de agosto de 1832 en Zaragoza, cuando había cumplido 61 años de edad y 46 de vida religiosa.

Como profesor de Retórica del Colegio de Zaragoza, el P. Antonino celebró por lo menos un acto público que se imprimió con este título: “Ensayos de literatura que bajo la protección de Nuestro Señor Jesucristo, Verdad eterna, ofrecen al público los alumnos de Retórica de Zaragoza, dirigidos por el P. Antonino del Dulcísimo Nombre de Jesús. Se celebró el 19 de julio de 1807”, un folleto de 22 páginas de 193 por 140 mm. Zaragoza, impreso en Mariano Miedes, 1807”. El contenido es más extenso de lo que dice el título del cuaderno, y conviene destacar un discurso latino de 12 páginas que desarrolla este interesante tópico, inspirado sin duda por las circunstancias del momento: “No puede existir ninguna sociedad feliz entre los hombres sin la observancia de la religión y de las leyes”.

Capítulo XIII. Hermanos Bernardo Gracia de la Virgen del Pilar y Antonio Arroyo de San Medardo.

Vamos a recoger aquí dos flores de piedad exquisitas, una que apenas abierta a la vida se volvió al cielo; y otra, humilde como la violeta, que perfumó los claustros calasancios durante una larga existencia. Fue la primera el joven clérigo Bernardo Gracia, que, nacido en Zaragoza el 21 de agosto de 1835 y sintiéndose con vocación para las Escuelas Pías, vistió el santo hábito en Peralta de la Sal el 3 de octubre de 1850 de manos del P. Rector Ramón Sorolla de San Marcos, que fue quien recibió su profesión a 28 de noviembre de 1852. Debemos aclarar aquí que a quien la necrología llama Bernardo Gracia, el libro que contiene el orden de profesos de la Provincia, lo apellida García. Aplicado a los estudios para que se preparara a llenar las funciones de un buen maestro y los deberes de un sacerdote celoso, lo hizo con la consagración de quien sabe que implícitamente daba cumplimiento a un voto, con la fe de quien no ignoraba cuánto necesita la ciencia el escolapio en cuanto maestro y en cuanto sacerdote. Para el joven Gracia el estudio era un acto de religión, y ponía en él todo el interés que le era debido, y toda la atención necesaria. La aplicación al estudio no era en el joven Gracia obstáculo para la piedad, y el mismo cuidado con que se consagraba a la conquista de los conocimientos humanos, dedicaba

a posesionarse de las virtudes propias del religioso, al ejercicio de la oración, a la práctica de la caridad, a los actos de humildad prescritos por la Regla o inspirados por el fervor que lo inflamaba. Pero el joven Gracia no era para este mundo, que no lo merecía, y antes que su malicia mudara su corazón, antes que lo mancillara con sus pútridas emanaciones, el Señor se apresuró a sacarlo de él y a transportar su alma al paraíso.

Dos años escasamente vivió después de profeso, pero consumado en breve, llenó muchos tiempos, y su dolencia, una tisis que no hubo medio de conjurar, le sirvió para dejar a sus hermanos grandes ejemplos de resignación a las disposiciones divinas, y de un abandono total en las manos de nuestro Padre que está en los cielos. La enfermedad le sirvió para practicar las más hermosas virtudes y hacer de su vida el holocausto diario de la misma. Convencido de que su mal no tenía remedio, y de que la muerte rondaba en torno suyo, se ofrecía a Dios como víctima propiciatoria en satisfacción de los pecados del mundo, y en sacrificio por las necesidades de las Escuelas Pías. Nuestro Señor aceptó ese ofrecimiento, y tranquilamente, como había vivido, unido a Dios por el abandono filial en sus manos, recibido los santos sacramentos y rodeado de sus hermanos que le ayudaban con sus oraciones, repitiendo los nombres de Jesús y de María, expiró el 12 de enero de 1855, cuando contaba 19 años de edad y cuatro de vida religiosa. Jesús había descendido a su huerto y cortado esa flor perfumada del jardín de la Escuela Pía, que transportó a los paraísos celestiales.

Hermano Antonio Royo de San Medardo. 81 años contaba de edad y 51 de religión el Hermano Antonio de San Medardo, cuando cargado de méritos ascendió descendió al sepulcro. Había nacido en Benabarre, cabeza de la Ribagorza y diócesis de Lérida, el 2 de julio de 1774, y recibió el hábito en Peralta de la sal el 25 de marzo de 1804 de manos del P. Ramón Polo de San Francisco, Vicerrector del colegio. A los dos años, y después de una votación en que todos los sufragios le fueron favorables, el P. Rector Anselmo Estevan de San Francisco le recibió la profesión en la iglesia de Peralta el 9 de noviembre. El Hermano Royo demostró con su conducta, con su fidelidad a las Reglas, con su aplicación a los actos piadosos, con los adelantos que hacía constantemente en la virtud, demostró que había ingresado en la Orden traído por Dios, impulsado por una vocación sincera. Desde el primer día del noviciado se esmeró en adelantar a los más virtuosos, y en toda su larga vida no remitió un punto en el cuidado de adornar su alma con las más elevadas perfecciones. Se propuso como modelo a San José de Calasanz, y todo su empeño se cifraba en seguir de cerca tan sublime dechado. Era pobre como un anacoreta; puro como un ángel; obediente, como un niño; fervoroso como un serafín; mortificado como un penitente. Vivía en el cielo más que en la tierra, y así avanzaba en las vías del espíritu, por las que volaba más que corría.

Su elogio fúnebre resume la vida del Hermano Antonio de San Medardo en unas cuantas frases que valen por un libro. “Era nuestro Antonio un varón benemérito, entre los que más de nuestro Instituto Calasancio, de costumbres angélicas, de observancia religiosa y suma piedad hacia Dios, y de tal forma se manifestó en varias Casas de la Provincia, que resultan difícil expresar si los mismos Superiores lo reverenciaban más, o lo amaran”. Son ciertamente notables estos conceptos en nuestra Provincia, tan parca por carácter y por costumbre en las alabanzas. Y es que sin duda el Hermano Royo se salía de lo común, y su vida estaba enriquecida de las más hermosas virtudes. Se había propuesto ser santo, y no se descuidaba en cumplir sus propósitos ni en poner los medios para conseguirlo. ¡Qué perla tan preciosa para la Religión, y qué elemento tan valioso era para los colegios! La

existencia del Hermano Antonio Royo demuestra palmariamente cómo un hermano puede santificarse y ganarse el afecto de los religiosos y el respeto de los Superiores nada más que cumpliendo sus deberes y observando las santas Reglas. No hizo mucho más este benemérito religioso, y Dios no pide más que la fidelidad a los votos y a las Reglas en todos los momentos y en todas las circunstancias. Nuestra perfección está vinculada a ellas, como al efecto a su causa; y como el Hermano Antonio de San Medardo era tenacísimo en su observancia, escaló las altas cumbres de la virtud, y fue objeto de admiración y del amor de Superiores, de iguales y de inferiores. La virtud, como el talento, no se puede ocultar completamente, y siempre queda en las almas algún resquicio por donde se revela su existencia.

Mientras gozó de fuerzas, el Hermano Royo fue cocinero, hortelano, y a veces las dos cosas juntas en diferentes colegios de la Provincia. Era enemigo del ocio por temperamento, por educación y porque sabía que la ociosidad es la madre de todos los vicios. Jamás se estaba mano sobre mano, y los ratos que tenía de descanso los empleaba en lecturas piadosas y en hacer sus devociones delante de Jesús Sacramentado. Era un modelo de laboriosidad, y los Padres y los Hermanos podían aprender de él a ocupar el tiempo santamente. Pertenecía a esa raza de hermanos sencillos, humildes, cuidadosos de los intereses de la Casa, preocupados de su santificación y del cumplimiento de sus deberes, que constituyen un tesoro y son verdaderas joyas del Instituto. Eso fue nuestro Antonio, que no necesitó hacer escuela, predicar, ni ejercer ministerios para santificarse y para merecer bien de Dios y de los hombres. Aún apunta su necrología otro rasgo que acaba de perfilar la fisonomía moral de este santo Hermano. Cuando por su vejez no pudo trabajar ya en la misma cocina ni en la huerta, para tener una ocupación y evitar la ociosidad, pidió y obtuvo de los Superiores el cuidado de barrer la casa. Y en ese oficio humilde a los ojos de los hombres, pero grande en la realidad, porque en la casa de Dios no hay ministerio pequeño, se mostró un dechado de todas las virtudes. “Cum senio confectus laborioso huic muneri minus vacare posset, domus berrendi curam affalgitavit, atque ejusmodi humili ministerio assiduus omnium virtutum se exemplar praebebat”.

Así lo halló la muerte santa y humildemente ocupado, siendo querido y respetado de sus hermanos, objeto de la predilección de Dios que se complace en los humildes, a quienes colma de sus gracias. Nuestro Hermano Antonio Royo de San Medardo será grande en el Reino de los Cielos porque amó y temió a Dios, le sirvió con toda fidelidad, cumplió exactamente y amorosamente las santas Reglas, vivió unido a Él por la oración, fue caritativo y puso en la base de su vida espiritual una humildad a toda prueba. Había envejecido notablemente, se iba debilitando día a día, y un ataque de apoplejía, unido con erisipela, lo puso en peligro inminente de muerte, por lo que se le administraron los Santos Sacramentos, y entregó su alma al Creador el 14 de junio de 1855.

Capítulo XIV. P. Alberto Esponera de la Virgen del Carmen

Uno de los religiosos más beneméritos de la Provincia en la primera mitad del siglo XIX y el gran Rector del Colegio de Zaragoza fue, sin duda, ese religioso ejemplar en el que no se sabría decir cuál era su virtud predilecta, porque en todas sobresalió notablemente. Por su observancia estrictísima, por su amor al retiro, por su caridad en todo y para con todos, por los servicios eminentes que prestó a la Orden y al Colegio de Zaragoza en momentos críticos y en circunstancias difíciles, el P. Esponera es digno de nuestra veneración, y de que las generaciones escolapias presentes y futuras que no lo conocieron, le rindan el tributo de su amor y de su reconocimiento. Si algún Rector ha cumplido aquello que

escribió San José de Calasanz en las Constituciones²¹⁸, que deben sostener, como sobre sus propios hombros, las Casas y las Escuelas Pías, fue el Alberto de la Virgen del Carmen, que en una situación ciertamente grave, salvó al Colegio de Zaragoza, cuyo rectorado ejercía.

Vino al mundo en Jaca el 11 de agosto de 1782, y recibió en el bautizo los nombres de Tiburcio Alberto, que acortó al vestir la sotana en Peralta de la Sal el 11 de diciembre de 1796, de manos del P. Domingo Hernández. Frecuentó de niño nuestras escuelas de Jaca, y la piedad que en ellas libó, y los lecciones que en ellas recibió, afirmaron las bellas disposiciones para la virtud que había recibido del cielo, y los buenos ejemplos que había visto en el hogar paterno. La gracia y la naturaleza se unieron en feliz maridaje para enriquecer aquella alma de elección, y hermosearla con los carismas de las más eminentes virtudes.

Muy natural, entonces, que surgiera en aquel corazón puro y en aquel alma inocente el deseo de huir del mundo, y que este anhelo cristalizase el propósito de buscar en la casa de Dios un asilo para su inocencia, y lo encontró en las Escuelas Pías, que lo habían cuidado para el bien y formado para la virtud, cuyas puertas se le franquearon de par en par cuando solicitó ser admitido en la Orden. Los que habían sido sus maestros conocían perfectamente el tesoro que Dios le regalaba, y facilitaron al joven Esponera la satisfacción de sus anhelos. Desde el momento en que por la vestición del hábito calasancio se vio incorporado a la milicia escolapia, no tuvo otro pensamiento que el de prepararse convenientemente para ser un miembro útil del Instituto. Su noviciado fue un ejercicio constante de todas las virtudes, y un empeño jamás desmentido de adquirir hasta saturarse el genuino espíritu calasancio, sin desmayo, sin concesiones a la naturaleza. El Hermano Alberto trabajaba en perfeccionarse día a día por la adquisición de una virtud hoy, y por la extirpación mañana de un defecto, siempre por el afianzamiento de un propósito generoso, y así se le veía volar por las vías de la vía perfecta, adelantar a los más fervorosos, constituirse en modelo y estímulo de sus connovicios. En la oración animaba el fuego de su fervor, y con los propósitos que en ella formulaba, alimentaba las grandes virtudes, que son la base y el fundamento de la vida religiosa. La caridad que animaba sus actos y condicionaba sus relaciones con sus compañeros; la humildad que brillaba en todo cuanto hacía; la mansedumbre con que soportaba las ofensas de que era objeto; la pureza que se manifestaba en todo su porte; en la obediencia ciega con que realizaba y cumplía las órdenes de los Superiores; la pobreza, en fin, de la que era un enamorado. Todo era la cristalización y el reflejo de los toques interiores con que Nuestro Señor le ilustraba en la meditación de las verdades eternas.

De esa manera, el novicio Esponera disponía y preparaba su espíritu para hacer el holocausto de su vida a Dios, y para cumplir más tarde sus nobles funciones de educador cristiano y sacerdote. Terminados los dos años de probación, eran tales las disposiciones del Hermano Alberto de la Virgen del Carmen, había progresado tanto en la virtud, y daba tales esperanzas de que perseveraría y avanzaría en el camino de la perfección, que por el voto unánime de la Comunidad fue admitido a la profesión, que hizo en Peralta en manos del mismo P. Rector, Domingo Hernández, el 12 de diciembre de 1798. Ni sus promesas fueron flores de un día, que son a la mañana y a la noche ya se han marchitado, ni las esperanzas cifradas en él se vieron fallidas, porque si fervoroso había sido durante el

²¹⁸ Tercera parte, capítulo V, número 250.

noviciado, no cedió un punto en su fervor en los años de juniorato. Y si en el tiempo de probación se esmeró en perfeccionarse, mientras duraron sus estudios no descuidó en lo más mínimo el adelanto espiritual propio de su estado. En el junior Esponera, el estudiante y el religioso eran una sola cosa. Y ni los estudios eran un obstáculo para progresar en las vías del espíritu, ni el pensamiento del cielo le impedía el ocuparse seriamente de preparar su inteligencia para cumplir en su día con el ministerio docente. Había en él un equilibrio perfecto de entre lo temporal y lo eterno, y había logrado armonizar sus deberes de estudiante con sus obligaciones de religioso. Rara habilidad que solo consiguen ciertos seres excepcionales, con gran dominio de sí mismos, de sus sentimientos y de sus acciones. Nuestro Alberto la poseía, y su carrera fue una serie de triunfos, pues parecía nacido para sobresalir en toda clase de estudios. “Con tal éxito se consagró a las letras humanas, a las artes de los filósofos, y a las cuestiones teológicas, que las tenía siempre prontas, como si le fueran familiares. “Ad humaniores litteras, philosopharum artes, theologicaeque questioneseo successu incubuit, ut illas veluti sibi familiarissimae in promptu semper habebat” ²¹⁹

Al terminar sus estudios, el clérigo Alberto de la Virgen del Carmen estaba intelectual y religiosamente preparado para iniciar el apostolado de la enseñanza, con todas las garantías deseables para el buen éxito, para que los frutos fueran copiosos. Lo fueron, efectivamente, en los dos aspectos que para nosotros tiene la escuela: como palestra literaria, y como semillero de buenos cristianos. Colocado en Zaragoza en la escuela de leer, la desempeñó con tanto celo y habilidad que los niños hacían rápidos progresos en la virtud y en el aprendizaje de la lectura, con lo que se ganó el cariño de sus alumnos, la alabanza y los aplausos de los padres de familia. Cumplió su cometido con tanto amor y aprovechamiento de los discípulos, con tanta alabanza y estimación de los padres y de los ciudadanos, que quienquiera que veía nuestro Alberto entre los tiernos alumnos admiraba placidísimamente a otro José, a otro Calasanz bajado del cielo”.²²⁰ No se puede ponderar más ni expresar mejor lo que era la enseñanza del novel profesor, lo que el joven Esponera era como educador y como maestro. Tiene tanto más valor ese testimonio cuando las necrologías de nuestra Provincia se han caracterizado por su brevedad y por lo parcas y avaras que son para los elogios. Estos principios tan brillantes del P. Esponera se confirmaron en cuantas clases le confiaron sucesivamente los Superiores. En la de Aritmética, en la de Gramática, en la de Retórica y Poesía, que tuvo a su cargo durante muchos años. Y siempre, lo mismo cuando enseñó a los externos que cuando le encomendaron la instrucción de los colegiales, fue el hombre alegre y satisfecho con su ministerio, que con su amabilidad y con sus buenas maneras, se ganaba la voluntad de sus educandos, que si lo reverenciaban, lo amaban también entrañablemente. Lo que no es extraño, porque “¿quién no conocía su máxima caridad en enseñar, su cuidado en la dirección, su constancia en su trabajo, en ejercitarlo?”

Los Superiores creyeron que no había por el momento en la Provincia quien mejor que el P. Alberto ocupara el cargo de lector de Teología vacante por defunción del P. Antonino. Todo concurría a robustecer esta opinión: Los talentos que adornaban al Padre Esponera; el amor al estudio que lo distinguía; la brillantez con que había dictado las clases que hasta entonces le habían confiado; las virtudes que atesoraba su alma; el amor acendrado que

²¹⁹ Archivo del Colegio de Zaragoza, Libro de los difuntos de la Religión de las Escuelas Pías, 1823-1871.

²²⁰ Consulta del P. Alberto Esponera.

profesaba a la Orden; el interés que lo acuciaba de su prestigio. Y como había sido el gran maestro de primeras letras, y el profesor insigne de Humanidades, fue un lector eximio de Teología y director espiritual de nuestros juniors. Preparó a nuestros estudiantes con toda diligencia, y formó excelentes religiosos, que importaba tanto como sacar filósofos y teólogos aventajados. Eran las primeras décadas del siglo XIX terriblemente agitadas; el fermento de las ideas francesas iba dando su fruto; el liberalismo de las Cortes de Cádiz había dejado en las Comunidades un saldo desastroso, y por eso se necesitaban sacerdotes según el corazón de Dios, más que sacerdotes sabios; hombres sencillos, más que religiosos sabios; escolapios según el corazón de San José de Calasanz, más que de acuerdo a las máximas del siglo. Era la tarea que principalmente debían realizar los maestros y lectores de nuestros juniors, porque las sacudidas de la revolución francesa habían sido muy violentas; y las consecuencias de la Guerra de la Independencia muy tristes; y los frutos de las Cortes de Cádiz, muy amargos; y los Institutos religiosos debían recobrase, volver al espíritu y al fervor primitivo, rehacer la disciplina y afirmar la autoridad de los Superiores, venida muy a menos y maltrecha. Para esto hacen falta religiosos de mucho espíritu y de hondas convicciones, que se forman en el noviciado y se refuerzan durante el juniorato. Es la misión que deben cumplir los que están al frente de las Casas de formación y la que el P. Esponera realizó cumplidamente. “Junioribus nostris, dignissimo moderatore aegroti, consignandus alter magister fuit, qui sacram theologiam traderet; et aptiorem inter nostrates nullum in praesentiarum Superior tunc habuit, quem Antonino sufficeret, praeter Albertum Nostrum”²²¹; enfermo el dignísimo maestro, hubo que señalar a nuestros juniors otro director que les enseñara la Sagrada Teología, y el Superior no tuvo por el momento otro más apto entre los nuestros para sustituir al P. Antonino que a nuestro Alberto.

Pero no era este oficio donde más habían de sobresalir las prendas que adornaban al P. Esponera, ni Dios lo habían enriquecido con tan bellas dotes y con virtudes tan grandes para que permaneciera en el llano, sino para que brillara sobre el candelero, y fuera como faro que orientara y mostrara el puerto de salvación a los que, arrastrados por las olas del liberalismo y por los vientos de la libertad que soplaban en el mundo, estuviera en riesgo de perderse. La verdadera misión que el P. Alberto de la Virgen del Carmen debía cumplir en la vida era la de Superior, y bien patentemente lo demostraron los acontecimientos. Le tocó gobernar en la época más crítica acaso de nuestra historia, cuando fuera rugía el vendaval de la persecución, que al desencadenarse produjo la matanza de religiosos y el incendio de conventos, y dentro estaba el fermento de la indisciplina y de la relajación que produjo tantas secularizaciones y trastornos. Si siempre es difícil el gobierno de los hombres, para manejar una Casa religiosa en circunstancias como las que acabamos de exponer, y no fracasar en el empeño, y ganarse el aprecio y conquistarse el respeto de los súbditos, se necesitan una serie de dotes que no se encuentran fácilmente reunidas en un mismo individuo. Firmeza, sumada a una benignidad de padre; estrictez, hallada con una gran condescendencia; austeridad para sí, consideración para los demás; una prudencia exquisita acompañada de una inflexibilidad inconmovible; una rectitud ejemplar unida a una bondad ilimitada; un culto a la ley, junto con un espíritu convencido para dispensar ciertas transgresiones sin consecuencias. Todo eso lo poseía el P. Esponera en grado sumo, y no solo pudo sortear las graves dificultades de todo gobierno, sino que venció los terribles obstáculos de aquellos años trágicos, y no solo se hizo obedecer, sino que

²²¹ Necrología del P. Esponera, en el lugar dicho.

consiguió ser amado y respetado por sus subordinados. “Ad majora vocatus, leemos en su Elogio fúnebre, ob praeclarissimas hujus vis generis, quae in eo vigeabant dotes, Caesaraugustana Domus Rector efficitur: eamque Provinciam summo celo, suma prudentia, subditorum suma semper gratulatione et laude plures exercuit annos”²²². Llamado a cosas mayores, por las preclarísimas dotes de todo género que en él resplandecía, fue nombrado Rector de la Casa de Zaragoza, y desempeñó ese cargo por muchos años con sumo celo, con suma prudencia, con suma satisfacción y alabanza de sus súbditos. Durante 25 años, en 1829 a 1854, gobernó el Colegio en momentos de espantosa confusión, y en tiempos en que el espíritu del siglo había penetrado en los claustros, y no solo mantuvo la disciplina interna, sino que salvó el Colegio de la expropiación y sus intereses de la ruina. Era el P. Alberto de esos hombres de gran ascendiente por sus talentos, pero de mayor influencia por sus virtudes; pertenecía a esa clase privilegiada de personas que se imponen por sí mismas, a las que nada ni nadie resiste. ¡Tal es el poder de su virtud, tal la fuerza y el arrastre de su simpatía! “Cum tempestatum civilium fluctus calasanctiae navi imminentes, illam iam iam ira dejectum viderentur; Albertus non solum creditum sibi Domum proxima ruina servare valuit incredibili sedulitate et cura; sed bonorum discipulorum ope, vegetiorem quam ille acceperat, eam Successori tradidit”²²³. Cuando parecía que las amenazadoras olas de las tempestades civiles iban a sumergir la nave calasancia, Alberto no solo pudo conservar y librar de la ruina, con increíble vigilancia y cuidado, la Casa que le había sido confiada, sino que, con la ayuda de buenos discípulos, pudo entregarla a su sucesor más boyante que él la había recibido.

Quien tales prendas personales poseía, y estaba adornado de semejantes dotes de gobierno, era natural que fuera llamado a los Consejos de la Provincia y hasta al régimen de la misma. Esto lo hizo con el carácter de Vicario Provincial durante el destierro del P. Fernando Moliner de San Lorenzo, y si no llegó a ser Provincial propietario, fue seguramente por la supresión que decretó el poder civil de los Superiores Mayores, y por la prohibición de celebrar otros Capítulos que los Locales. Desempeñó, pues, el P. Esponera los cargos de Consultor, de Asistente y de Vicario Provincial, y en todos esos oficios fue un acérrimo defensor de la regularidad, un puntal de la observancia y un colaborador fiel de los Superiores en el gobierno de la Provincia. Conocedor de los hombres y de las realidades de la vida, sabía cómo había que gobernarlos: cuándo era preciso el rigor, y cuándo se imponía la misericordia. Y así capeó los bravos temporales que lo asaltaron, y pudo conducir a puerto la nave que le había sido confiada. De Superior fue lo que había sido de súbito, y como sus órdenes iban precedidas o acompañadas del ejemplo, logró arrastrar en pos suyo y llevar por los senderos de la observancia regular hasta a los más remisos e indisciplinados. “Ita ut Regulas Constitutionesque nostras cum haberent acerrimum propugnatorem qui observantissimus illarum semper exstitit”. Nuestras Reglas y Constituciones tuvieron un acérrimo defensor en él, que había sido siempre seguidor observantísimo de ellas.

El P. Alberto Esponera no perdió jamás de vista que, además de religioso, era sacerdote, y que había sido elevado a tal dignidad para ejercer los misterios sagrados en beneficio de los fieles. El que, pudiendo, no se preste a confesar y a predicar, defrauda a Dios y a las almas, y el día de la cuenta se encontrará con las manos vacías, y como el siervo que

²²² Archivo de Zaragoza.

²²³ Libro de los Difuntos de la Religión, ya citado.

escondió su talento en vez de hacerlo producir, será arrojado a las tinieblas exteriores. Consciente el P. Esponera de su responsabilidad y de las necesidades de las almas, consagraba al púlpito, al confesionario, a la asistencia de los enfermos, todo el tiempo que sus labores específicas de dejaban libre. Sabía cuál era el precio de las almas; conocía el valor de la sangre preciosísima de Jesucristo. Y no podía permitir, en cuanto de él dependiera, que esta se hubiera derramado inútilmente; que aquellas se perdieran por inercia de su parte, por falta suya de celo. “Acuciado por el amor ardentísimo de la salvación de los prójimos, nuestro Alberto, desde el principio se propuso no rehuir jamás el cuerpo de oír las confesiones de los fieles”.²²⁴ Y respecto a la predicación de la palabra divina, no se concretó a panegíricos y a los que se llaman sermones de compromiso, muy brillantes, muy elocuentes, muy adornados con las flores y la literatura, pero frecuente y ordinariamente vacíos en doctrina y estériles para la mejora y la corrección de los fieles, sino que se inscribió en la piadosa Confraternidad de San Cayetano, que tenía como fin propio hacer los domingos pláticas morales al pueblo, con gran provecho de las almas y no pequeña mejora de las costumbres.

Todo este celo que el P. Alberto desplegaba, sus virtudes religiosas y sacerdotales, tan preclaras; sus talentos no vulgares, y la versación profunda que tenía en Teología Moral y en toda suerte de ciencias eclesiásticas, llegaron a conocimiento de la Cámara Regia Eclesiástica, y hubiera sido propuesto para un obispado. “nisi humillimus Sancti Josephi filius, qui dignitates quascumque horrebat, voluntate illius constantissime obstitisset”, si el humildísimo hijo de San José, que sentía horror a toda clase de dignidades, no hubiera resistido constantemente a sus requerimientos. No pudo evitar, sin embargo, que el Diocesano de Zaragoza lo nombrara Examinador Sinodal. Y si aceptó ese cargo fue por el trabajo que imponía, más que por el honor que significaba. No era el P. Esponera de los que aceptan una dignidad para lucirla nada más, sino que pertenecía a esa raza de hombres que llegan hasta el sacrificio para servirla. Se le consultaba, y él evacuaba sus informes rápida y luminosamente, “ya en asuntos eclesiásticos, en los que era muy versado, ya de la aptitud y suficiencia de los opositores a la cura de almas, ya de la preparación de los candidatos al sacerdocio”.²²⁵ El P. Alberto Esponera fue un activo, eficaz, inteligente y celoso colaborador del Prelado, y mereció bien de la Iglesia de Zaragoza con los eminentes servicios que le prestó en el desempeño de sus funciones. Todo esto lo hacía calladamente, modestamente, humildemente, sin darle importancia, ni creerse superior de nadie; como la cosa más natural, como quien llena un deber ordinario. Era humilde, buscaba ante todo a Dios, anhelaba su gloria, tenía sed de almas; y eso quería, eso le preocupaba, y no pretendía en todo otra cosa que anularse él para que brillara Dios, y se le diera toda la gloria a que tiene derecho indiscutible.

No se han agotado con lo dicho los títulos que el P. Alberto Esponera de la Virgen del Carmen tiene para ocupar un puesto en esta GALERIA DE CLAROS VARONES DE LAS ESCUELAS PÍAS DE ARAGÓN. Quedan por considerar otras facetas que nos permitirán conocer mejor el espíritu gigante que animaba a ese ilustre escolapio. Y lo primero, la habilidad natural que tenía para los negocios, la facilidad con que llevaba a feliz término los asuntos más complicados. Hay talentos teóricos que fracasan ruidosamente cuando se les presenta un caso práctico en el que tienen que tomar una resolución que zanje una dificultad que se presenta. Todo son dudas, todo titubeos y temores. Y cuando se deciden

²²⁴ Elogio fúnebre, lugar dicho.

²²⁵ Necrología, lugar citado.

a obrar es para hacerlo desastrosamente. En cambio, existen personas de escasa capacidad para los estudios, bastante pobres de inteligencia, pero de tan maravillosas disposiciones para los negocios, que parece se hallaran en la mano la solución de los más difíciles problemas. Otros, en fin, y a esa clase pertenecía el P. Esponera, que reúnen el talento teórico y la habilidad práctica para encontrar en cada caso la forma más adecuada de resolver un negocio en el que todo son incógnitas y apenas hay un dato conocido. Esa aptitud de que estaba dotado el P. Alberto le permitió componer amigablemente muchos pleitos enredados, facilitar el otorgamiento de testamentos difíciles, de resolver las dificultades que se ofrecían al arreglo de estos y de aquellos. Donde otros fracasaban, el P. Esponera triunfó, y pudo evitar muchos disgustos; facilitó la unión y la paz de las familias, y mantuvo la concordia entre los hermanos y los parientes, amenazada por las herencias y por los intereses encontrados. Fue ángel de paz, y evitó las enemistades entre los hijos de un mismo padre gracias a esa habilidad innata para los negocios, merced al tacto exquisito que tenía para afrontar las situaciones más enredadas, y al espíritu de justicia con que presentaba las soluciones.

Pero la nota distintiva, lo que caracterizaba y daba fisonomía particular al P. Alberto de la Virgen del Carmen, era su amor a los humildes, y el interés que ponía en remediar sus necesidades, en secar sus lágrimas y en consolar sus dolores. Dotado de una sensibilidad sumamente delicada, captaba cualquier tema y sintonizaba el dolor más oculto. Su corazón era como una antena de extraordinaria potencia, y nada escapaba a su amorosa solicitud por los que fallecían, en una u otra forma. Hecho todo para todos, se ingeniaba de mil maneras, porque la caridad es activa para llevar consuelo a los que sufrían, y para ayudar materialmente a los que estaban en necesidad extrema. El P. Esponera no divagaba teorizando sobre la caridad, sino que obraba, buscando pan para el hambriento, vestido para el desnudo, techo para el peregrino, consuelo para los afligidos, limosnas para los pobres, y alimentos para los huérfanos y para las viudas desconsoladas. “Omnibus omnia factus, velut alter Apostolus, nihil magis in deliciis habebat, quam in proximos inserviret, afflictos consolaretur, viduarum et pupilorum lacrimas sacerdotali quotidie charitate tergeret, elemosinas pauperibus efogaret”.²²⁶ Hecho todo para todos como otro Pablo, nada le era más grato que servir a los prójimos, consolar a los afligidos, secar diariamente con la caridad las lágrimas de las viudas y de los pupilos, distribuir limosnas a los pobres. El P. Esponera se salía de lo vulgar, y empleaba las felices disposiciones que recibiera del cielo en dar gloria a Dios, en impulsar las almas selectas por las vías de la virtud, en apartar a los pecadores de los caminos de la perdición, en ayudar a sus hermanos religiosos y sacerdotes a sacrificarse y cumplir fielmente sus deberes, en unir a las familias, en socorrer todas las necesidades y el mitigar todos los dolores. Fue un sacerdote según el corazón de Dios, y su vida santa y sus obras apostólicas y sus empresas caritativas le conquistaron, sin duda, una recompensa extraordinaria en el cielo.

Diríase que el P. Alberto fuera inmune al cansancio y su resistencia como la de los robles de su tierra nativa. Nombrado Asistente General cuando aún disfrutaba de todas sus fuerzas físicas, de todas sus energías morales, y de la inteligencia despejada a pesar de su ancianidad; de pronto empezó a declinar, y anunció la proximidad de su paso a mejor vida. En lo que fue, desgraciadamente, profeta. Había ido a Valencia por asuntos de la Orden, y de regreso a Zaragoza empezó a sentir las molestias propias de la edad, pero los remedios fueron impotentes e inútiles los solícitos cuidados. El asma que padecía acentuóse más y

²²⁶ Necrología del P. Esponera, en el Archivo del Colegio de las Escuelas Pías de Zaragoza.

más, y condujo al P. Esponera a las puertas de la muerte; por lo que se preparó para recibirla con la lectura y meditación de la Pasión del Señor, según el relato evangélico; por la confesión y la comunión; y, arreciando los dolores ante la inminencia del fallecimiento, se le administró la Santa Unción y expiró con la paz de los justos el 21 de noviembre de 1856, cuando había cumplido 74 años y contaba 60 de vida religiosa. Para muchos extraños y para todos los nuestros, la muerte del P. Alberto fue un desgarramiento, porque lo amaban entrañablemente. No bien se produjo su deceso, la noticia corrió por Zaragoza como llevada en alas del viento y por una corriente eléctrica, y el Colegio de las Escuelas Pías fue el centro de reunión de todas las clases sociales, ansiosos de tributar su último homenaje al ilustre escolapio, del que en tantos beneficios habían recibido. Su entierro fue una manifestación de duelo pocas veces vista, porque no abundan las personas de los méritos, de los títulos y de las obras del P. Alberto Esponera.

Aunque pueda afirmarse que el P. Alberto de la Virgen del Carmen había terminado la carrera de su vida, su muerte fue un golpe muy sensible para la Provincia de Aragón, que tenían él un padre, un ejemplo de observancia, un maestro y una columna. Era uno de esos hombres que parece no debían desaparecer nunca, porque su presencia es un estímulo para el bien, un acicate para remisos y un muro de contención contra las corruptelas que se insinúan o avanzan. Todas estas ideas expresaba el autor de su hermosa necrología en el exordio de la misma. Es una bella síntesis de su vida, que vamos a reproducir, aunque preferiríamos darla en su idioma original, escrita en estilo ciceroniano. “¡Cayó la luz esplendorosísima de la familia calasancia, la columna de la Provincia de Aragón, su gloria y principal decoro! ¿Quién podrá contener las lágrimas por la pérdida de ser tan querido? ¡Buen Dios! ¿Todavía nos restaba este golpe nunca suficientemente llorado, a nosotros miserables, que hemos padecido tantas calamidades, quebrantados por tantos males y trabajos? Muerto Esponera hemos perdido a un padre. ¡Ah! ¿Quién nos guiará en lo sucesivo con la prudencia, con la palabra y con el ejemplo a la fortaleza de todas las virtudes? ¿Quién, en estos tiempos difícilísimos nos proporcionará fuerzas para correr sin tropiezo aquel camino que conviene a los verdaderos hijos de San José?” Con estas palabras que sintetizan maravillosamente el espíritu del P. Alberto Esponera, y que reflejan el sentimiento que su desaparición causó, ponemos fin a este esbozo de semblanza de uno de los escolapios contemporáneos más esclarecidos y más beneméritos por sus servicios a la Orden, por las virtudes que adornaban su alma y por el celo que desplegaron en pro de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Cualquier cosa que quisiéramos agregar desluciría la belleza de esas palabras, y para no bajarla, preferimos guardar prudente silencio.

Capítulo XV. P. Mariano Bayod de San Joaquín

Fue con los Padres Boira, Foncillas, Esponera y otros grandes Escolapios contemporáneos, una de las columnas de la Provincia de Aragón en los años calamitosos del segundo cuarto del siglo XIX. Alcañiz, que tantos y tan buenos hijos ha dado a las Escuelas Pías, fue la ciudad natal de este escolapio eminente, digno de pasar a la posteridad para estímulo de propios y edificación de extraños. Nacido el 7 de noviembre de 1772, cuando tuvo uso de razón, frecuentó las escuelas de nuestro Colegio. Del trato con sus maestros, que tenían puestos los ojos en las virtudes y en los talentos del joven Mariano; de la frecuencia de Sacramentos, del amor a la virtud; se engendró en su espíritu el deseo de vestir la sotana calasancia para santificarse y santificar a los demás con su

palabra y con su ejemplo. Y a fe que lo cumplió generosamente, como lo veremos en el desarrollo de esta biografía.

Obtenidos todos los permisos necesarios, marchó a Peralta de la Sal, donde recibió el hábito de las Escuelas Pías el 15 de octubre de 1786, de manos de P. Rector, Pantaleón Blanquer de San Miguel, comisionado al efecto por el P. Vicario Provincial, José Samper de Santo Tomás Apóstol. Dos años más tarde, el 9 de noviembre de 1788, le recibió la profesión el mismo P. Blanquer, Delegado por el nuevo Provincial, P. Gabriel Hernández de San Félix. Quien de niño había puesto tanto esmero en practicar la virtud y en mantener la pureza de su alma, no había de remitir en su fervor durante el noviciado; y, efectivamente, los dos años de probación los consagró a despojarse del hombre viejo con sus actos, y en vestirse de nuevo en la justicia y en la verdad, con lo que avanzó a pasos de gigante por los caminos de la perfección religiosa. Puesto en el juniorato para preparar su inteligencia religiosa al desempeño de las funciones docentes y sacerdotales, lo hizo con todo entusiasmo de quien sabe que estudiar es en el escolapio un acto religioso y un deber de conciencia. El interés que puso en el estudio no apagó sus anhelos de perfección, y no perjudicó a su formación religiosa, como lo demostró durante su larga vida. De él dice su necrología en apretada síntesis, que fue un varón muy insigne en la piedad, en la educación y en el celo de la observancia religiosa. No puede hacerse mayor alabanza en tan pocas palabras, y como vamos a ver, no se hace en ellas más que estricta justicia al religioso, al maestro y al sacerdote.

En su calidad de maestro, el P. Bayod recorrió toda la escala de clases de enseñanza, desde las más inferiores hasta las más elevadas, desde la enseñanza del Christus hasta los cursos de Teología. Y lo que vale más es que todo lo hizo bien; en todos los grados de enseñanza mereció ser tenido y celebrado como un profesor experto, como un maestro hábil en la explicación de las asignaturas, y como un educador celoso. Inició su carrera docente en Valencia por las clases inferiores, y demostró ser verdadero padre de los párvulos, que lo amaban como tal, cuantos aprendieron con él los primeros rudimentos de las letras. La habilidad que el joven Mariano de San Joaquín mostraba en la enseñanza de los primeros conocimientos, y la gracia que manifestaba para atraerse a los niños y ganarse su voluntad movieron a las Superiores a promoverlo a las clases de latín, en el mismo Colegio de Valencia. Explicaba con tanta claridad que los alumnos aprendían sin trabajo las formas más elegantes, se las apropiaban, y breve y fácilmente lograban tenerlas como en la mano. “De esta manera, con aquella agudeza de ingenio de que gozaba nuestro Mariano, y con el conocimiento y la pericia que tenía de las letras humanas, llenó con toda diligencia las partes del óptimo preceptor, exponiendo en Valencia la gramática latina, la retórica y la poética”. Era, por lo general, el grado máximo a que llegaban nuestros religiosos en la enseñanza, y con lo que me resultaban humanistas eminentes. Pero al P. Bayod aún le quedaban por subir otros peldaños: el de la Filosofía y el de la Teología. Pocos llegaban a estas alturas porque, la primera facultad se enseñaba fijamente en tres de nuestras Casas, y esporádicamente en otras tres o cuatro. Y la Teología no se dictaba a nuestros juniores más que en Zaragoza y en Valencia. Las dos facultades hubo de tomar a su cargo el P. Mariano, y en ambos cursos dio muestras de excelente profesor y de vasta preparación, como lo acreditaron sus alumnos de Daroca y Zaragoza.

Pero donde el P. Bayod iba a servir a la Escuela Pía con mayor eficacia, y a prestarle sus máximos servicios, era en Peralta de la Sal, con el cargo de Maestro de novicios. Es uno de los mayores honores que una Orden religiosa puede proporcionar a sus hijos, y uno de los

oficios de mayor responsabilidad que puede confiarles. No creemos que haya ocupación más noble y elevada que la de formar el personal que en el futuro ha de mantener el lustre y aumentar el crédito de la Religión en los colegios. Esto da la medida de la confianza que el Instituto pone en el Maestro de novicios, y de la responsabilidad que a este le cabe en el porvenir de la Provincia. Para desempeñar esa función tan transcendental fue escogido el P. Mariano Bayod, lo que es ya un argumento de los quilates de su virtud, de los grados, de su prudencia, de los puntos de su religiosidad, del ardor de su celo y del interés por la Escuela Pía. Puso en el desempeño de su cometido todo su fervor de sacerdote, toda su ilusión de escolapio, toda su diligencia de religioso consciente, todo su amor a Dios, a la Orden y a los propios novicios. Los impulsaba por las vías de la vida perfecta con su mano segura y suave, con dulzura y prudencia; y esgrimía para esculpir la imagen de Nuestro Señor Jesucristo en aquellas almas que se le confiaban los medios sobrenaturales de la oración, de las frecuente de Sacramentos, de la presencia de Dios, del examen y de la cuenta de conciencia, de la lectura espiritual, de pláticas y conversaciones piadosas. Y como arma segura, el ejemplo de su vida observantísima, que lo convertía en la regla viviente. Fueron tan hermosos los frutos que el P. Bayod recogió de ese magisterio, y fue tan seleccionado el personal que formó, que la consuetudine se ha hecho eco de ello, y los novicios que pasaron por su escuela se distinguieron siempre por la religiosidad y la observancia. “Hanc conservando Instituto perutilem, immo necessariam Provinciam, que diligenda, quo studio, quant cum fervore atque charitate exercuerit vel testes esse possunt utriusque Provinciae, tum Valentina, tum Caesaraugustanae innumeri calasanctii filii, quos ipse educandos suscepit”. Con qué diligencia, con qué estudio, con cuánto fervor y caridad ejerciera este ministerio utilísimo, más aún, necesario para conservar el Instituto, pueden ser testigos los innumerables hijos de Calasanz de ambas Provincias, ya de Valencia, ya Zaragoza, que él tomó para educarlos. Ocho años permaneció el P. Bayod al frente del noviciado, y esa es la prueba más palmaria de que cumplió satisfactoriamente con las obligaciones del perfecto Maestro de novicios.

Había cumplido 51 años cuando en el Capítulo Provincial de 1823 fue el P. Mariano Bayod elegido Rector de Peralta. Era el hombre indicado para el cargo. Si durante los ocho años anteriores había perfumado la Casa con el aroma de sus virtudes, y la había iluminado con la luz de sus ejemplos, ahora que era puesto sobre el candelero para guiar a todos sus hermanos, se extendía el radio de su responsabilidad y la zona de su influencia. El que había sido excelente Maestro de novicios fue un celoso Rector, y quien antes llevaba unos cuantos jóvenes por las vías de la virtud y los inicios de los secretos de la vida perfecta, al alargarse el campo de su acción, respondió fielmente a lo que se esperaba de él, a lo que permitían esperar sus antecedentes. Fue, pues, el P. Bayod un rector como para la Casa noviciado: observante, celoso, prudente, preocupado de los intereses materiales, pero sin descuidar los espirituales, que arrastraba a todos con su ejemplo, y contenía con su continente cualquier acto de indisciplina. Hombres de la contextura moral del P. Mariano Bayod no necesitan de la palabra para mantener la observancia: su presencia es más elocuente y persuasiva que ella. Superiores de las prendas de este Rector de Peralta, con un gesto, con una actitud, mueven y empujan o detienen a los demás, porque todo en ellos habla de virtud, de orden, de disciplina y de sacrificio. Su trienio de rectorado se distinguió por la prudencia y por el celo de la observancia regular del Rector, en sentir de su necrología, a tal punto que fue la admiración de todos.

El recuerdo de la actuación del P. Mariano de San Joaquín al frente de Noviciado, y los actos recientes de su gestión rectoral en Peralta, lo elevaron al provincialato, cargo de mayor

responsabilidad, pero para el que estaba especialmente preparado por el conocimiento que tenía de los hombres, por la práctica del gobierno, y por el predicamento de que gozaba entre los religiosos jóvenes, la mayor parte de los cuales habían pasado por sus manos, bien como alumnos en Daroca y en Zaragoza, bien como novicios en Peralta. Era precisamente una de las razones que alegaba, y en las que fundaba su esperanza como Provincial, esa de que gran parte de los sacerdotes eran, en una forma o en otra, alumnos suyos. Dos trienios desempeñó el P. Bayod el provincialato de Aragón, y ejerció sus funciones elevada y celosamente, procurando apretar los resortes que se habían aflojado, extirpar los abusos que se habían introducido, y fomentar la disciplina y la observancia que se había resentido. Visitas, Circulares, cartas individuales, fueron los medios de que echó mano para gobernar la Provincia, estimular a los débiles, mover a los flojos, contener a los atrevidos, y dirigir a todos por las vías de la observancia y por el camino de los santos mandamientos. Y logró gobernarla pacíficamente, salvarla del caos que la amenazaba, y conducirla por los derroteros de su restauración, después de los golpes y del retroceso que había experimentado en el trienio constitucional que sucedió al pronunciamiento de Riego. Terminado el sexenio de su gobierno provincialicio, aún le quedaban arrestos al P. Bayod para el gobierno, y los Superiores los utilizaron confiándole el de la Casa de Daroca durante poco tiempo, pues empezó a sufrir muchos y grandes dolores que le obligaron a regresar a Zaragoza. Y eso dice la necrología del P. Bayod, pero el Libro de Memorias de la Provincia no consigna su nombre para superior de Daroca ni para ningún otro colegio. Debió ser un error del necrólogo, porque el Rector de la Ciudad del Santísimo Misterio fue en el trienio de 1830-1833 el P. Andrés Marcellán de San José de Calasanz, y el P. Bayod fue nombrado Asistente.

Libre de cargos de superioridad, y retirado de la enseñanza, no por eso se desentendió nuestro P. Mariano de promover la disciplina regular y la observancia con la palabra y con el ejemplo. El prestigio que sus enseñanzas y su vida íntegra le habían conquistado entre la juventud que había pasado por sus manos le autorizaban para hablar a este, para aconsejar a aquel, para animar a uno, para reprender a otro, sin peligro de ser mal recibido, con la seguridad de ser bien escuchado. Así, pues, pudo ser un colaborador eficaz de los Rectores en los años difíciles que siguieron a la terminación de su mandato hasta su muerte. También se debió a su vigilancia y a sus cuidados, en ausencia involuntaria del Superior, la conservación de la Casa de Zaragoza, en riesgo de perderse. Pero lo que da fisonomía propia al P. Bayod y pone una nota que lo caracteriza, es que consagró su tiempo no solo a escuchar las confesiones de los fieles en la iglesia y a predicar la palabra divina, sino que visitaba a los enfermos, consolaba y aliviaba a los presos, acompañaba al patíbulo a los condenados a vil garrote por sus crímenes, procuraba exhortarlos a penitencia, y no los abandonaba hasta que por el arrepentimiento y por la absolución les abría las fuerzas del cielo. No eran estos, en el P. Bayod ministerios esporádicos, sino ocupaciones habituales, como dice su necrología: "Talis erat nostri fratris occupatio asidua, donec senio confectus, consumptisque viribus, lectulum servare coactus est". Dos años permaneció en el lecho del dolor, purificando su alma con la aceptación de sus sufrimientos, como una satisfacción de sus pecados, confesándose y comulgando frecuentemente; repitiendo los actos de fe, esperanza y caridad, hasta que Dios Nuestro Señor, a quien le pedía instantemente que lo librara de la muerte de este cuerpo para resucitar a los esplendores de la otra vida, oyó sus ruegos y un día, después de haber comulgado devotamente como acostumbraba, pidió la Extremaunción, Sin que nada indicara que estaba próximo a su fin, y le fue administrada al atardecer del 27 de diciembre

de 1857, expiró plácidamente en el Señor, como había vivido. Contaba 85 años de edad y 71 de vida en las Escuelas Pías.

Del P. Mariano Bayod conocemos una Academia de Bellas Letras celebrada en Daroca en junio de 1808 y publicada en la misma ciudad, en la imprenta de Mariano Miedes. Folleto de 36 páginas, de 178 por 133 mm., en el cual es digna de citarse una "Hípanos corruptae linguae latinae post Ciceronem perperam insimulari oratio".

Capítulo XVI. H. Mariano Cortés de la Virgen del Pilar

Por su humildad probada, por su obediencia ciega, por el desprecio de sí mismo que sentía, por su devoción acendrada la Santísima Virgen, por su lectura espiritual diaria, por su fiel observancia de las Reglas, el Hermano Mariano merece ser sacado de la oscuridad en que yace y puesto a plena luz para estímulo y ejemplo de todos. Fue uno de tantos religiosos que no necesitaron ocupar posiciones destacadas, ni ejercer altos cargos, ni realizar obras brillantes para pasar a la historia en esta galería de escolapios insignes. Le bastó ser un Santo y perfecto religioso, cumplir en todos los momentos las obligaciones de su estado y observar con fidelidad las santas Reglas. Lo demás es vanidad de vanidades, que más bien estorba que ayuda a la consecución de la vida eterna. Había nacido en Monegrillo, de la archidiócesis de Zaragoza, el 10 de febrero de 1805, y a los 24 años ya cumplidos, el 24 del mismo mes citado de 1829, recibió la librea calasancía en Zaragoza de manos del P. Provincial Mariano Bayod.

Según la necrología, el Hermano Cortés ejercía el comercio, no dice si como dueño o como empleado, cuando fue al noviciado. Su ingreso en la Orden fue un acto reflexivo y muy meditado para huir de las vanas pompas del siglo, y después de consultada su vocación repetidas veces, de pedir luces a Dios por medio de la Santísima Virgen, y de rumiar a menudo las obligaciones que iba a contraer al hacerse religioso. Como su entrada en la Religión no fue un capricho, ni obedeció a cálculos egoístas, ni tuvo mira alguna de humano interés, apenas recibió la sotana el Hermano Mariano se consagró con todo el entusiasmo de su corazón a adquirir las virtudes propias de su estado. Puso todo su empeño en correr por las vías a perfección, y se esforzó en realizar en su espíritu la imagen de Nuestro Señor Jesucristo. Era para ello asiduo en la oración, exacto en la guarda de las reglas, estricto en el cumplimiento del deber, amantísimo de la pobreza, delicado en la caridad, pronto en la obediencia. Era parco en las palabras, amante del retiro, modesto en su cuerpo y en su mirada, fervoroso en sus oraciones, mortificado en lo interior y exteriormente; atento, servicial y caritativo con todos. No tenía secretos para su Maestro y así pudo aprovechar los años de noviciado y correr como gigante en la obra de su perfeccionamiento; despojarse como de un lastre pesado de sus defectos y resabios del siglo, y arrancar de cuajo de su alma las ideas y los afectos mundanos. El Hermano Mariano realizó su noviciado con todo interés, porque su vocación era de buena ley, y había ingresado en las Escuelas Pías con el propósito de santificarse, no para asegurarse un porvenir tranquilo y sin necesidades.

Tanto progresó nuestro Hermano en las virtudes, y de tal suerte se había compenetrado del espíritu de la Orden, que a los tres años fue hallado digno de profesar, como lo hizo el 27 de mayo de 1832 en Zaragoza, en manos del mismo Provincial que lo había admitido en el Instituto. Toda su vida religiosa la pasó el hermano Cortés en el Colegio de Zaragoza, encargado de diversas oficinas, en todas las cuales puso el sello de su personalidad y mostró las condiciones de su espíritu religioso. Fue primero, cuando novicio, enfermero

del internado, y en el cumplimiento de este oficio de tanta responsabilidad, puso toda la diligencia, todo el amor y toda la alegría de quien sabe que al prestar a los niños aquellos servicios los prestaba a Dios, y que obedecía a Dios cumpliendo los mandatos de los Superiores. Ese espíritu de fe que animaba al hermano Mariano Cortés, que había venido a la Religión a servir, no a ser servido, le daba alas para remontarse de lo material a lo espiritual, y le permitía hallar sus delicias en los ministerios más humildes y repugnantes.

Después que profesó, los Superiores encomendaron al Hermano Cortés la sacristía y la economía, oficios de confianza espiritual el primero y pecuniaria el segundo. El sacristán de una iglesia como la de Zaragoza tiene que tratar con muchas personas de los dos sexos, de todas las edades y condiciones, y no todos valen para desempeñar el cargo con la elevación, la dignidad y el respeto debidos. Necesita reunir un conjunto de cualidades que no es fácil hallar en un solo individuo. Debe ser delicado en sus maneras, fino en sus procederes, de una piedad sincera que edifique, de un fervor que se trasunte en sus obras y en sus palabras, de una austeridad que rezume en todos sus actos, de una virtud probada que sea luz de su vida y perfume de su existencia, de tal manera que nada tengan que decir de él los adversarios. A este tipo de sacristanes pertenecía nuestro Mariano, que además era cuidadoso de los ornamentos que le fueron confiados, que se desvivía por el esplendor del culto, que estaba alerta para que no faltaran confesores, que lo mantenía todo limpio y ordenado. Como ecónomo, dio muestras de inteligencia y de solicitud en el cuidado y administración de los intereses de la Casa, no en vano había ejercido el comercio antes de ser religioso. Las lecciones que la práctica de esa profesión le proporcionó le sirvieron de mucho para defender las temporalidades de la Casa y para realizar con economía y ventaja las operaciones propias de su oficio. Estaba atento a que nada se perdiera, y velaba para que nadie le defraudara. “Puso en esos oficios tanta diligencia y mostró tanta habilidad, que con toda justicia puede llamarse fiel administrador de los intereses que le habían sido confiados, como dice la Consueta Con esto, el Hermano Cortés se ganaba el amor de los Superiores y el respeto de los fieles, que veían resplandecer en su vida las virtudes del perfecto religioso.

Eran, los años en los que el Hermano permaneció en la Corporación, de una escasez alarmante de personal, porque aparte del espíritu irreligioso que se difundió por España, pudo obra y gracia de las logías, de la prohibición del Gobierno de admitir novicios, y del temor de las familias de que sus hijos se hicieran religiosos, a raíz de las matanzas de los mismos del año 1835; el cansancio de los ancianos y la muerte natural de muchos dejaban los colegios en cuadro, y los Superiores, para no clausurarlos, se vieron en la imperiosa necesidad de mantener los religiosos en las escuelas hasta una edad avanzada mientras contaban con fuerzas, y de echar mano de los Hermanos Operarios que tenían algunos conocimientos. Esta situación precaria en que se debatía la Provincia puso al Provincial en la alternativa de utilizar a los legos, o de cerrar escuelas, y por eso el Hermano Cortés hubo de encargarse de una de las clases de primeras letras, y como poseía algunos conocimientos y estaba dotado de una buena voluntad insuperable, se desenvolvió satisfactoriamente y “se mostró solícito maestro de nuestro Instituto”. En eso estaba, en cumplir el mandato de los Superiores, en enseñar a los niños los primeros rudimentos del saber y de la doctrina cristiana con la mayor diligencia. Cuando, víctima de un ataque de apoplejía, expiró plácidamente en Zaragoza, asistido por las oraciones de la Comunidad, después de haber recibido fervorosamente todos los sacramentos. Ocurrió este hecho el 5 de enero de 1859, a los 54 años de su edad y 31 de vida religiosa. El Hermano Mariano Cortés de la Virgen del Pilar vivió como un buen escolapio y murió como un santo religioso.

Capítulo XVII. P. Manuel Torres del Rosario

Tenemos para nosotros que el ingreso del P. Manuel Torres en nuestra Orden fue un regalo que Dios le hizo, una misericordia de la divinidad para con nosotros, y una providencia. El autor de su necrología oficial no opinaba de otra manera cuando estampó estas frases laudatorias tan inusitadas que suponen, o mucho nos equivocamos, virtudes y cualidades extraordinarias en quien es objeto de ellas. “Quod erat nobis jam dudum magnopere timendum: quod máximum dui desiderium nobis in gravi angustia futurum quodque prope incredibilem huic nostrae Provinciae cladem allaturum id tandem, Patre Emmanuele Torres a Sanctissimo Rosario mortuo avenit” ²²⁷. Con la muerte de Manuel Torres del Santísimo Rosario sucedió lo que debíamos temer en sumo grado: que había de dejar en tan grave angustia el gran deseo de sí, que había de traer a esta nuestra Provincia un trastorno casi inevitable. Era ya sacerdote y párroco, hombre formado que frisaba en los 40 años, cuando solicitó ser admitido en las Escuelas Pías. Aceptada su solicitud, vistió el hábito en Zaragoza de manos del P. Alberto Esponera, Rector, el 1 de marzo de 1846, y profesó el 3 del mismo mes del año siguiente. También fue delegado por el P. Provincial Cosme Vallés para recibirle la profesión el Rector de Zaragoza. El P. Torres había nacido en Sieste, diócesis de Barbastro, el día 11 de marzo de 1807; y educado cristianamente, y dotado por la naturaleza con las mejores disposiciones para la virtud, su infancia se distinguió por una inocencia angelical; su adolescencia fue pura casta y fervorosa, como la de un ángel. Era natural que nacieran en su alma anhelos generosos, y que poco a poco tomaran forma y lo condujeran al santuario para prepararse al sacerdocio. Y cuando llegó a tanta dignidad, fue un sacerdote según el corazón de Dios, de esos de quienes dijo el profeta que guardan la ciencia y que la ley está en su boca: “Labia sacerdotis custodiente scientiam, et legem requirent ex ore ejus” ²²⁸. Había ganado en público concurso la parroquia de Arro, y la atendía con todo celo cuando ingresó en las Escuelas Pías.

Pero no era ese el lugar en que Dios lo quería: lo destinaba para un apostolado más vasto, como forjador de almas, como moderador de espíritus gigantes, como padre y maestro de varias generaciones de escolapios distinguidos por su virtud y dignos de recuerdo por sus obras. Ansiando mayor perfección, ingresó en el Instituto Calasancio recién restaurado, y animado a seguir con la mayor fidelidad el genuino espíritu de San José de Calasanz. Quien escribió su necrología consideraba la vocación del P. Torres un don del cielo que enviaba a Dios a la Orden para utilidad y ejemplo de sus hermanos: “Omnibus rebus spretis, seculo renunciatis, coelitus vocatum utque coelitus delapsum Pio nostro Instituto se totum dedit, uti et sibi aeternam gloriam compararet, et ita et nostris et exteris et utilitati esset et exemplo, ut ab omnibus Justus et Sanctus appellaretur”. ²²⁹ Despreciando todas las cosas, renunciando al siglo, llamado por el cielo y como caído del cielo, se dio completamente a nuestro Pío Instituto para conseguir para sí la vida eterna, y así ser de utilidad y servir de ejemplo a los nuestros y a los extraños, de tal modo que todos lo llamaban Justo y Santo.

Ordinariamente un sacerdote de 40 años no renuncia a una parroquia, por modesta que sea, y se hace religioso para llevar una vida holgada o para vegetar en la mediocridad, sino para santificarse, para vivir una unión más perfecta y estrecha con Dios, para morir al mundo, hacer de las Reglas un instrumento eficaz de santificación, y para elevarse a las altas regiones de la perfección religiosa. Es lo que hizo el P. Torres. Si hasta que vistió la

²²⁷ Necrología del Colegio de Zaragoza, número 124.

²²⁸ Mal 2, 7.

²²⁹ Necrología del P. Torres en el lugar dicho.

sotana calasancia había sido un piadoso y edificante sacerdote, desde que entró en el noviciado se esforzó en imitar a San José de Calasanz, y en saturarse de su espíritu, y en hacer de las virtudes fundamentales de la caridad y de la humildad el eje de su existencia. Todo le parecía poco para corresponder a la gracia de la vocación, y no tuvo anhelo más vivo ni afán más acuciante que el de adquirir las virtudes propias del escolapio, y el de enriquecer su alma con los carismas mejores. “emulamini charismata meliora”. No corría, sino que volaba por las vías de la vida espiritual, y bien pronto dejó atrás no solo a sus connovicios y a los religiosos jóvenes, sino a los que llevaban muchos años en el Instituto. Era humilde hasta el anonadamiento; obediente hasta el sacrificio, como Jesucristo; pobre, como cuadraba a un verdadero hijo de San José de Calasanz; cultor fervoroso del silencio y de la soledad; caritativo hasta el heroísmo. “Jam tum inter Novicios, atque ut ex noviciis excessit, humilis, obediens, vere Scholarum Piarum pauper, silentii ac solitudinis amator, ardens in charitate, supra quam hisce nostris calamitosis temporibus, cuique est credibile”.²³⁰ No cabe mayor ponderación de las virtudes y de las cualidades de un hombre que la encerrada en estas palabras de la consuetud del P. Manuel del Rosario. Debió ser ciertamente un hombre de virtudes extraordinarias y de un espíritu calasancio perfecto, para que nuestro necrólogo se expresará como lo hace, y para que, casi 40 años después de su muerte, se hablase de él con el encomio con que lo hacía nuestro Maestro de novicios, que se había formado en su escuela.

Por espacio de un decenio aproximadamente estuvo el P. Torres consagrado a las tareas docentes propias de nuestro Instituto, primero en una escuela de primeras letras, después en la clase de Gramática, y finalmente en la de Filosofía con nuestros juniores. En todos esos grados de enseñanza cumplió como bueno y se acreditó de celoso educador y de excelente maestro. Pero por su contextura moral, por su intensa vida interior, por sus gustos e inclinaciones predilectas, por su amor al retiro y por su espíritu de oración, el puesto del P. Manuel del Rosario estaba en el noviciado, para modelar las almas y forjar los caracteres de los futuros escolapios. Parecía cortado para ese cargo, por su austeridad, por su celo, por sus virtudes todas y los Superiores tuvieron el feliz acuerdo de mandarlo a Peralta de la Sal para que formara el espíritu de los futuros educadores y maestros de la Orden. Allí dio el P. Torres la medida de su valor, y mostró los grados de su capacidad educadora. El noviciado fue un taller, donde se esculpían las almas; una escuela donde se modelaban las voluntades para el bien; y un plantel de santos religiosos. Colocados los muchachos bajo la dirección del P. Manuel del Rosario, el celoso y hábil Maestro de novicios se daba maña para inculcarles amor a la virtud, para infundirles anhelos de perfección, para extirpar los resabios del mundo, y para desarrollar los gérmenes de las buenas cualidades que había en el fondo de su alma. Fue el gran forjador de religiosos que tuvo la Provincia, el que necesitaba en aquellas circunstancias, y no defraudó las grandes esperanzas que los Superiores habían cifrado en sus excelentes condiciones.. “Id vero ad quod uti natus videbatur, dice su Elogio fúnebre, noviciorum magister renunciatus, in maximam Superiores aduxerant spem talem futurum qualem in hac nostra Provincia et in hac nostra aetate maxime deceret”²³¹. Nombrado Maestro de novicios, para lo que parecía nacido, había inducido a los Superiores a la máxima esperanza de que sería tal como convenía a esta nuestra Provincia y a estos nuestros tiempos.

²³⁰ *Ibidem*.

²³¹ Consuetud, en el lugar citado.

Y en verdad, los novicios que formó el P. Manuel Torres fueron religiosos observantes y de arraigadas convicciones. Los jóvenes, cuyo espíritu plasmó este hombre de virtud tan sólida, se distinguieron por su vida ejemplar. Los escolapios que salieron de la escuela de este maestro llevaron a las comunidades aires de renovación espiritual; y con su ejemplo, con su austeridad, con su observancia, con su fidelidad a Dios y a su vocación, fueron como una inyección de vida religiosa que cambió la fisonomía de las Casas de la Provincia, tan desfigurada con los años de desbarajuste que siguieron a los tristes acontecimientos del 35. Entre otros, fueron novicios del P. Torres los Padres Blas Aínsa, Casimiro Tornos, Eduardo Tornabells, Cándido Soriano, José Carrera, Genaro Arauz y Manuel Gazo, que bastan para acreditar a un noviciado y a un Maestro de novicios. Lástima que la Provincia de Aragón no pudiera aprovechar a ese hombre excepcional más que unos pocos años. Cuando estaba consagrado en cuerpo y alma al cumplimiento de la trascendental misión de formar y seleccionar a los futuros escolapios, cuando vivía para la oración y para la contemplación de las perfecciones divinas, cuando ocupaba sus horas libres en escuchar las confesiones de los fieles y en dirigirlos por las vías de la perfección cristiana, una enfermedad grave, pero desconocida, que repercutió en los intestinos, obligó, en vista de la inutilidad de los remedios, a administrarle los sacramentos y “entre la acerbísima expectativa de los nuestros”, expiró plácidamente en Peralta de la Sal el día 7 de febrero de 1861. Llevaba 15 años de hábito y los de su edad eran 54. Fue una pérdida sumamente sensible para la Provincia de Aragón, que ponía de relieve su necrología con esas palabras.: “Occidit, heu! Vir ille justus, occidit hujus nostrae Provinciae et decus et praesidium et solamen! Quantam in hoc certa iacturam fecerimus, huc vix solum in pretio esse poterit, cui tanti viri et sapientiam, et virtutem, et in omnibus negotiis, in adolescentorum praecipue ordibus dirigendis prudentiam noverit”²³² ¡Murió aquel varón justo, murió el ornamento, el sostén y el consuelo de nuestra Provincia! Cuánta sea la pérdida que con esto hemos experimentado apenas podrá apreciarlo quien conozca la sabiduría y la prudencia de tan gran varón, y la prudencia en todos los negocios, particularmente en la dirección de los corazones de los adolescentes. Era una pérdida difícil de reparar, pero ante la cual no había más remedio que repetir con el santo Job: “Dominus dedit, Dominus abstulit; sit nomen Domini benedictum”.

Capítulo XVIII. P. Tadeo Gimeno de Santa Teresa

A medida que vamos desarrollando esta teoría de escolapios ilustres por su virtud, nos confirmamos más en la idea de que Dios Nuestro Señor ha tenido una providencia especial con las Escuelas Pías. Cuanto peores han sido los tiempos, más han sido los varones de gran virtud y de una ejemplaridad de vida fascinadora que les ha enviado. Han sido el fermento que ha impedido la corrupción de toda la masa, en circunstancias en que el veneno de las ideas de moda se inoculaba en las Comunidades religiosas; han sido la luz colocada en alto para que disipara las tinieblas del error que lo invadía todo, y señalar a sus hermanos el camino de la verdad. Han sido los que han encarnado la disciplina y la regularidad monástica, y han arrastrado a los demás con sus ejemplos. Si en la primera mitad del siglo XIX hubo en nuestra Provincia individuos que se secularizaron, amigos de novedades y fautores de corruptelas, abundaron, y buena prueba es esta galería fácil de ampliar, los religiosos de genuino espíritu calasancio, de arraigadas convicciones, eminentes virtudes, celosos de la observancia, preocupados del buen nombre de la Escuela Pía, acérrimos defensores de las costumbres recibidas y de las antiguas

²³² Archivo de Zaragoza, Consueta citada del P. Torres.

tradiciones de austeridad, sencillez y observancia. Tal vez en estos tiempos calamitosos, porque la necesidad era más apremiante, Dios nuestro señor envió a nuestra Provincia de Aragón varones de grandes virtudes y religiosos fieles y austeros, que fueron a manera de columnas que la sostenían, y como faros que atraían con el destello de sus ejemplos a sus hermanos al puerto seguro de la disciplina regular y de la observancia religiosa.

Uno de ellos fue el P. Tadeo Gimeno de Santa Teresa, que nació en El Cuervo, diócesis de Albarracín, el 1 de febrero de 1771, y falleció en Zaragoza el 23 de marzo de 1865, siendo el decano de la Orden en España. Diríase que Dios nuestro Señor conservó tantos años a este benemérito religioso para que fuera ejemplo de escolapios, según el espíritu de San José de Calasanz, para estímulo y enseñanza de las nuevas generaciones, y para que tuviera el consuelo de ver a la Escuela Pía convaleciente de sus dolencias, en franca mejoría, dispuesta a remontar el vuelo a impulsos de la observancia y de la regularidad que la habían hecho grande. Cuando el joven Gimeno vistió el hábito calasancio en Peralta, el 28 de octubre de 1786, contaba ya 15 años y medio de edad. Podía darse cuenta cabal de lo que hacía, y lo demostró al “proponerse insistir firmemente en seguir las huellas de nuestro Santo Padre fundador y de los Padres antiguos”. Quien iniciaba el tiempo de su formación religiosa con estos propósitos tan decididos, no era de temer que faltara a ellos; se podía más bien esperar que a medida que se empapara en el espíritu religioso y se saturara del de San José de Calasanz, se afirmara más y más en ellos, y superara sus mismas esperanzas. Algo de eso hubo, pues a continuación de las palabras que hemos entrecomillado, la consuetud añade que “todo el curso de su vida demuestra claramente su fidelidad a lo prometido”.

El noviciado del joven Gimeno fue un ejercicio continuo de las virtudes de la humildad, que es la roca inmovible sobre la que se debe levantar el edificio de la santidad; de la caridad, que es el aglutinante de las almas, sin la cual se imposibilita la vida perfecta; de la pobreza, que constituye la condición necesaria del progreso de las Órdenes religiosas y de la santificación de sus individuos; de la castidad, que debe transparentarse en la vida del sacerdote y en las palabras del educador, sin la que sus mayores esfuerzos serán estériles; de la obediencia, que es la que fecunda todas las empresas del religioso; de la oración, que enciende y mantiene el fervor de los corazones; de la lectura espiritual, que nutre la inteligencia y fortalece la voluntad para que todo lo que sea del servicio divino; de la presencia de Dios, en fin, que enfervoriza las almas y les hace dulces los sacrificios. Un novicio que así cuidaba su vida espiritual, y tanto se preocupaba de alcanzar la perfección a que debía aspirar, forzosamente había de avanzar como gigante por las vías que a ella conducen, y pronto había de despojarse del hombre viejo para vestirse del nuevo. Así fue, en efecto, porque antes de los 14 meses de haber vestido la librea calasancia, el 18 de diciembre de 1787 emitía sus votos en manos del P. Pantaleón Blanquer, el mismo que le había dado la sotana.

Si de novicio, el joven Tadeo se esmeró tanto en adquirir las virtudes propias del religioso, una vez ligado a Dios por la profesión religiosa, no tuvo afán más vivo que el de subir, subir cada día más arriba en la práctica de la virtud y del sacrificio. Dotado como estaba por el cielo para todo lo que fuera de Dios, y ansioso de cumplir con sus deberes, si se consagró con todo entusiasmo al estudio, no fue en perjuicio de su progreso en la vida religiosa, a la que prestaba la atención que le debía. Los estudios, lejos de apagar el fervor del alma del junior Gimeno por el mejor conocimiento de Dios y del homenaje que le es debido, fue incentivo para acrecentarlo y convertirlo en un incendio. Con esto estimulaba a sus

compañeros y era como un segundo Maestro y ángel de la guarda de los mismos. Porque su actitud, su modestia, su recogimiento, su piedad, cuanto hacía y cuanto omitía eran otras tantas lecciones, mudas pero elocuentes, para los otros juniores. Cuando, terminado el periodo de su formación literaria y religiosa, nuestro Tadeo fue aplicado a la enseñanza, produjo los frutos que naturalmente podían esperarse de su aplicación a la virtud y al estudio. Empezó el ministerio docente en la escuela de párvulos, subiendo de grado en grado. Pronto le encomendaron los Superiores la clase de latín, en Zaragoza y en Tamarite. Puso en la enseñanza celo y entusiasmo, y así unió en perfecta armonía la piedad con las letras. Ni estas ahogaban a aquella, ni la primera perjudicaba a las segundas. Fue la norma de toda su vida, y bien lo acreditaron sus discípulos, que conservaron un grato recuerdo de su excelente maestro. “*Quam vero suo muneri fecerit satis, discipulorum profectum ad haec usque tempora gratissimum erga eum animum retinentium ostendit*”²³³.

Más que la enseñanza de los conocimientos humanos, parecía propia del P. Tadeo la de la perfección religiosa. Un hombre de sus prendas, de su vida interior, tan intensa de su virtud, acrisolada de su fervor ardiente, de su mortificación y alto espíritu calasancio, estaba indicado para el noviciado, para iniciar e impulsar por las vías de la perfección a los futuros escolapios. Siempre ha sido, y es y será el cargo de Maestro de novicios uno de los más delicados e importantes de las Órdenes monásticas, pues de su prudencia, de su discernimiento, de su vigilancia, de su conocimiento del corazón humano, depende el porvenir de las mismas, que sea esplendoroso u oscuro; que se cuaje en obras de celo o que sea vergonzosamente estéril; que avance y prospere, o que retroceda y arrastre una existencia miserable. Pero en la época que le tocó vivir al P. Gimeno, tan trabajada por las nuevas ideas, tan envenenada por el liberalismo, tan desorganizada por la indisciplina, tan desequilibrada por el predominio de lo material, se necesitaban hombres y convicciones superiores, capaces de ganarse el corazón de sus novicios y de adueñarse de su voluntad para plasmarlos según su ideal, para forjarlos conforme al modelo divino, Cristo Jesús, para encauzarlos por los derroteros de la vida perfecta. El año 1823 fue nombrado Maestro de novicios, y perseveró en el cargo hasta 1829, en que fue elegido Rector de Tamarite. Fue el maestro ideal, pues realizaba en sí el del perfecto forjador de almas: dirigía y formaba sus novicios con la palabra, pero también los excitaba la virtud, a la observancia y a la fidelidad a Dios con sus ejemplos. La palabra sola no es del todo eficaz para mover a obrar, pero cuando va acompañada con el ejemplo produce maravillas. Es lo que hizo el P. Tadeo de Santa Teresa, según leemos: “*Magister noviciorum renunciatus seipsum prout qui muneris ratio postulabat, religiosum gravem, bonorumque operum exemplar omnibus pro illa praesertim temporum difficultate exhibuit*”²³⁴. Nombrado maestro de novicios, se mostró, según lo exigía la razón de su cargo religioso, grave modelo de las buenas obras en todo, particularmente en aquellos tiempos difíciles.

Pasado el sexenio de su oficio en Peralta, el Capítulo Provincial de 1829 lo eligió Rector de Tamarite, y lo confirmó el de 1833. Allí se encontraba dedicado al cumplimiento de los deberes de su profesión y de su cargo, atento a educar cristianamente y a instruir a los niños que frecuentaban nuestras escuelas, preocupado de dirigir a sus súbditos de palabra y con el ejemplo por las vías de la perfección, muerto al mundo y ajeno a sus

²³³ Libro de los difuntos de la Religión de las Escuelas Pías, núm. 163. Archivo del Colegio de Zaragoza.

²³⁴ Necrología citada.

luchas, a sus ambiciones y a sus pasiones políticas cuando fue desterrado por la envidia de los malos. “Ob malorum invidiam in exilium actus”. El P. Gimeno tuvo el consuelo de recibir la visita de su Padre Provincial, entonces en Peralta, de entregarle la Casa, de recibir su bendición y de escuchar las palabras de aliento que le dirigía. En medio de todo, le cupo la suerte de que su destierro fuera a Valencia, donde fue recibido bondadosamente por sus hermanos, que habían sido en tiempos pasados los compañeros de sus fatigas y los colaboradores de sus trabajos.

Tranquilizadas un poco las cosas, y restaurada nuestra Orden a su estado primitivo, el P. Gimeno pudo regresar de su destierro, y establecido en Zaragoza, fue nombrado y reelegido Secretario y Asistente Provincial, cargos que desempeñó religiosamente y con mucha utilidad hasta que la ancianidad extrema empezó a minar su salud, y no obstante su vida ejemplar y fervorosa, empezó a experimentar terror por el juicio que se acercaba. Humanamente, nadie podía sentirse más seguro que aquel religioso, que había empleado su vida en el servicio de Dios en la propia santificación, y que había trabajado ocho decenios en buscar la gloria de Dios y en procurar la salvación de sus hermanos. Y sin embargo, el P. Tadeo se sentía alarmado. Alta lección para quienes no hemos practicado tan eminentes virtudes, y no hemos vivido en unión tan íntima con Dios, como el P. Tadeo de Santa Teresa. Esperamos que nos perdonarán nuestros lectores que, para trazar la silueta del P. Gimeno y dar una idea exacta de lo que era, traduzcamos lo que se escribió en su necrología. Ningún testimonio más autorizado que el de sus contemporáneos, que, es de suponer, lo conocían bien, y ningún criterio más independiente ni juicio más imparcial que los que se expresan después de muerto quien los inspira. Juzgamos que reúne todas las garantías de seriedad que se puedan exigir al enjuiciar a la persona. “Cultivó grandemente la humildad. Jamás usó de ninguna prerrogativa, y asistía a todos los ejercicios de piedad como un novicio, y solo obligado por la obediencia se dispensaba alguna vez. Cultor exímio de la pobreza, buscaba para sí las cosas más viles, pero las usaba siempre limpias. De tal manera, practicó la obediencia desde sus primeros años, que hasta en el trance de la muerte enseñó a todos a cultivarla. Únicamente anhelaba que nuestra Religión volviera a su esplendor primitivo. Lo que más le mortificaba y producía un dolor grande era que la disciplina regular se quebrantara hasta en cosas pequeñas. Amante mirífico de la caridad, procuraba mantenerla con todos”.

¿Qué mayor elogio podía hacerse de un religioso que el contenido en estas pocas líneas? Quien lo mereció es digno de veneración y respeto y tiene títulos de sobra para figurar en este elenco de CLAROS VALORES DE LA PROVINCIA. El P. Tadeo Gimeno es un escolapio acreedor a salir de las sombras del olvido en que ha estado hasta la fecha, y merece ser propuesto a las actuales y a las futuras generaciones calasancias como un religioso modelo. Sus virtudes y los carismas que lo adornaban tornaron al P. Tadeo caro a todos sus hermanos, que admiraban en él la fidelidad a las Reglas, que observó como los perfectos eclesiásticos hasta la muerte. Llegó a la avanzada edad de 95 años, con todo el vigor de la juventud, sin permitirse ninguna dispensa en cuestión de ayunos de la Iglesia o de la Orden, ni en las demás modificaciones prescritas por esta. Un ataque de orina, cuyo dolor sobrellevó pacientemente, puso al P. Tadeo Gimeno a las puertas de la muerte, que le condujo a la sepultura el 23 de junio de 1865, cuando contaba 80 años de sotana calasancia.

Capítulo XIX. P. Luciano Novel de San Antonio de Padua, y Hermanos Salvador Gonzalvo de San Joaquín y José Lamarca de San Roque

Junto en este capítulo las biografías de tres escolapios que vivieron pocos años en la Orden, aunque los dos Hermanos se hubieran acercado al medio siglo el primero, y pasado de él el segundo. El primero fue el P. Luciano Novel, hijo de Barbastro y alumno de nuestras escuelas, en las que aprendió con las primeras letras el temor de Dios, que es principio de la sabiduría. Esto explica que desde sus primeros años fuera inocente y de gran probidad de costumbres; cuando adolescente, de índole preclara y de cálida sencillez. Un joven de estas condiciones no era para el mundo, que no era digno de él, que no le habría comprendido, ni nuestro Luciano a él; entre los cuales no había sociedad posible. Así es que cuando tuvo la edad competente, solicitó el ingreso en las Escuelas Pías, en las que aspiraba a santificarse, y los Superiores, que conocían las prendas que adornaban al estudiante Novel, le franquearon sus puertas. Era uno de aquellos seis muchachos barbastrenses a quienes vistió la sotana el P. Rector de Peralta de la Sal, Ramón Sorolla de San Marcos, el día 29 de enero de 1852, y que tantos servicios prestaron a la Provincia. Era de los más jóvenes, y el primero que en plena juventud voló al cielo. Durante su noviciado, el joven Novel no hizo otra cosa, dice su necrología, que acreditar los principios y los preceptos de las virtudes que había aprendido antes de sus mayores. Humilde, sencillo, caritativo, fidelísimo en la guarda del silencio y en la observancia de las Reglas, ángel de inocencia y de castidad, pobre y obediente, era una promesa precursora de abundantes y sabrosos frutos de virtud que no quedó defraudada. Era muy natural que en su día fuera admitido a la profesión un novicio de tales prendas y, en efecto, el 28 de enero de 1854 se ligaba a Dios generosamente por medio de los votos religiosos, que pronunció ante el P. Francisco Martínez de la Virgen del Carmen, Rector de Peralta.

Inmediatamente, nuestro neoprofeso pasó al juniorato para cursar los estudios eclesiásticos y los profesionales propios del escolapio. Estaba entonces en Zaragoza, y estudió letras humanas, matemáticas, filosofía y teología con notable aprovechamiento, y se concilió con su bondad y suaves maneras, el amor de todos los religiosos de la Casa. Inició su carrera magisterial en Sos con la enseñanza de los rudimentos de la Gramática Latina, y lo hizo satisfactoriamente. Trasladado a Alcañiz, continuó con la explicación de la Lengua Latina, a la que añadió Historia Sagrada y Universal que le encargó la Obediencia, obteniendo excelentes resultados. Lo que no es de extrañar, pues “*Erat Lucianus noster assiduus in labore, in exercitationibus litterariis indefessus; erat studiosus, pius, vere religiosus*”.²³⁵ Porque era nuestro Luciano asiduo en el trabajo, incansable en los ejercicios literarios, amante del estudio, pío, verdaderamente religioso. Estos últimos adjetivos valen por un libro, y retratan a nuestro P. Novel, pues lo presentan como un escolapio perfecto. Tenemos para nosotros que el ideal del verdadero hijo de San José de Calasanz se resume en estos tres conceptos: en ser estudioso para adquirir cada día nuevos conocimientos que le permitan dominar sus asignaturas y explanarlas con claridad y suficiencia; en ser piadoso, porque así realizará obra de intenso apostolado con sus alumnos; en ser sacerdote, según el corazón de Dios y religioso observante, porque entonces difundirá en torno suyo el suave aroma de Jesucristo, y ganará muchas almas para la vida cristiana. El P. Luciano Novel, que era estudioso, pío y observante, fue, pues un escolapio modelo.

²³⁵ Archivo del Colegio de Zaragoza. Libro de los difuntos de la Religión de las Escuelas Pías, número 189.

Lástima que su salud fuera tan precaria. Mientras se ejercitaba en el ministerio escolar, empezó a resentirse su constitución débil. Fue primero una pertinaz tos pulmonar que degeneró en vómitos de sangre, en una tisis declarada. Se le mandó varios años a las termas por prescripción médica, y si bien parecía aliviarse por el momento, luego recaía en la misma dolencia. Hasta que avanzando el mal y puesto en peligro inminente de muerte, se le administraron los Santos Sacramentos, y expiró plácidamente, mientras la Comunidad encomendaba a Dios su alma próxima a abandonar su envoltura corporal, y lo rodeaban personas que lo estimulaban sinceramente. Había cumplido 29 años de edad, contaba 14 de profesión religiosa cuando voló al cielo en Alcañiz, el 4 de mayo de 1866.

SALVADOR GONZALVO DE SAN JOAQUÍN. Era ya hombre maduro cuando el Hermano Salvador Gonzalvo ingresó en la Orden. Acaso el estado en que las Escuelas Pías se hallaban en España le impidiera tomar una decisión que tal vez no habría podido llevar a vías de hecho. Nacido en Daroca el 15 de marzo de 1815, permaneció en el mundo hasta 1848, en que, inspirado por Dios, se dirigió a Zaragoza, e inflamado en el deseo de servirle más libremente, solicitó con toda humildad el hábito calasancio, y lo recibió devotamente. Fue el 8 de diciembre del año nombrado, y de manos del P. Rector Alberto Esponera de la Virgen del Carmen. Sencillo, recto y obediente como era, estas disposiciones naturales fueron la levadura sobre la que actuaron las lecciones de su Maestro de Novicios y los fermentos de la gracia, que cuajaron su alma de virtudes sobrenaturales. Su noviciado fue una arrancar y un plantar constantes: un arrancar, defectos, imperfecciones y resabios del mundo; y un plantar buenas obras, perfecciones y virtudes que embalsamaran su vida y hermosearan su existencia. Se ejercitó en la humildad, practicó la pobreza, hizo de la caridad el eje de sus acciones, de modo que se verificó en él una profunda transformación, que lo hizo digno de ser admitido a la emisión de los votos. Profesó en Zaragoza, donde completó su noviciado, y delegado por el P. Provincial Cosme Vallés, ofició en la ceremonia el mismo P. Alberto Esponera que le había vestido la sotana. El acto de su entrega a Dios tuvo lugar el 12 de diciembre de 1852.

De profeso, el Hermano Salvador quedó en Zaragoza, donde tuvo a su cargo el horno, el refectorio y la enfermería. Todos estos oficios los desempeñó a conciencia, lo que significaba que los cumplió a satisfacción de todos, de súbditos y de Superiores. Dotado de ardiente caridad, e incansable en el trabajo, esas ocupaciones no le impidieron hacer otras cosas de supererogación en beneficio y servicio de sus hermanos. “Nunca estos cargos, dice su necrología, le impidieron que, hecho todo para todos, tanto para los profesos como para los novicios, en cualquiera cosa, aun en las más viles, estuviese siempre dispuesto para servirles con ánimo diligente y agradable”. Se comprende que un religioso de esas disposiciones y de tales obras debía hacerse querer forzosamente, porque no hay mejor ni más fuerte aglutinante de las voluntades que la caridad, y la del Hermano Salvador Gonzalvo no se reducía a meras palabras, sino que se traducía y cristalizaba en obras. Como lo dijo el Divino Redentor, no hay que creer a las palabras, sino a las obras, que son las que rubrican y demuestran el amor de ley, la caridad verdadera. Las obras de nuestro Hermano Salvador eran bien elocuentes, con la elocuencia de los hechos, y le conquistaron el aprecio sincero con sus iguales y la estimación paterna de sus Superiores. Es la única forma de crear sentimientos duraderos y permanentes, y el hermano Gonzalvo, que sembró el bien en torno suyo, logró que todos sus hermanos lo apreciarán sinceramente.

Jamás perdió el tiempo, que sabía es precioso, pues durante él ganamos la eternidad, y nos labramos la corona de gloria que nos espera en el cielo. Cuando había terminado sus obligaciones al servicio de la Casa, siempre encontraba algo que hacer, bien para ayudar a otros, bien para ocupar santamente esos ratos libres. Hallaba sus delicias en las cosas espirituales: en visitar a Jesús Sacramentado, en la oración, en la lectura espiritual, que piadoso y devoto, realizaba en su aposento. “*Is quoque officiis quidquid supererat temporis, Deo plerumque, orationi, lectionique sacrae devotus ac pius in cubículo vacabat*”²³⁶. Y con esto fue hermoseando su alma a los ojos de Dios, y se labró una brillante corona en el cielo; con esa caridad se conquistó la benevolencia de sus compañeros; y de esa manera se hizo amable, querido y digno de toda alabanza. “*Quo quidem fiebat, ut omnibus semper carus, semper amabilis, laudabilisque semper esset noster Frater Salvator*”. Con lo que ocurría que nuestro Hermano Salvador fuera siempre querido de todos, siempre amable con todos, y laudable siempre en todas sus acciones. No cabe mayor elogio en tan pocas palabras. Y con ellas terminaremos para que las saboreen nuestros lectores, que comprenderán fácilmente con el ejemplo de este humilde y caritativo Hermano, que la verdadera grandeza es la de la virtud, y que todo lo demás es oropel, vanidad y un peligro para la salvación eterna. Servir a Dios es reinar, y esa debe ser nuestra preocupación, porque solo sirviendo a Dios reinaremos sobre el mundo, demonio y la carne, y conquistaremos la gloria del paraíso.

Quien tanto había cuidado a sus hermanos, se olvidó de sí mismo, y preocupándole el alma más que el cuerpo, pensó en purificarse y santificarse, y encaminó los ratos libres que tenía, sus lecturas, sus meditaciones, y sus visitas a Jesús Sacramentado a la preparación de la muerte. Diríase que el Hermano Gonzalvo tuvo un presentimiento de su proximidad; y, mejor que eso, que conforme al pensamiento de San José de Calasanz, estaba siempre dispuesto para ella. Una pulmonía que contrajo lo puso rápidamente al borde del sepulcro, por lo que se le administraron todos los Sacramentos, que el Hermano Salvador recibió piadosamente, abandonado en absoluto a las divinas disposiciones. Falleció en Zaragoza el 16 de diciembre de 1866, cuando había cumplido 51 años y contaba 18 de vida religiosa.

HERMANO JOSÉ LAMARCA DE SAN ROQUE. Otra alma humilde, otro modesto Hermano que logró destacarse por sus virtudes, como lo consiguen otros por sus talentos. Hermosa confirmación de las palabras del Señor de que en la casa de su Padre hay diversas mansiones. Las hay para los humildes y para los grandes, para los sabios y para los ignorantes, para los que brillaron en el mundo con sus obras, y para los que vivieron en la oscuridad de una existencia sin relieve. No necesitan para entrar en ellas más que llevar una vida cristiana, cumplir los santos mandamientos. El Hermano José Lamarca era, como San José de Calasanz, hijo de Peralta de la Sal, donde había nacido el 28 de enero de 1796. O ese dato, tomado del libro que contiene el orden de profesos está equivocado, o hay error en la consuetud del Hermano José al afirmar que el año 1868 en qué murió contaba 81. Fiel a la vocación que recibió del cielo, el joven Lamarca solicitó el hábito escolapio, y despachada favorablemente su petición se lo impuso el P. Rector de la Casa Noviciado, Manuel Bernal de San Joaquín, el día 10 de agosto de 1815. Ansioso de seguir las huellas de su Santo Patrono, el fundador de las Escuelas Pías, se consagró por entero y con creciente y renovado fervor a la obra de su santificación, en la que realizó progresos admirables. Era el primero en la observancia y en el trabajo, y el último en abandonar este. Amaba la oración y la practicaba muy a menudo durante el día. Gustaba del silencio y del

²³⁶ Libro citado, número 194.

retiro, Y en ninguna parte se sentía más contento que en su habitación o en la iglesia dedicado a la lectura espiritual o a la contemplación de las cosas divinas. Sus progresos en la virtud fueron rápidos, y terminado el tiempo de noviciado, emitió sus votos en manos del mismo P. Rector el día 12 de enero de 1819.

Destinado al Colegio de Barbastro, las ocupaciones manuales no le hicieron remitir un punto de su fervor del noviciado, sino que, con su fidelidad a las Reglas, con su asistencia puntual a los actos de Comunidad, con sus buenos ejemplos, excitaba y arrastraba a sus hermanos al más exacto cumplimiento de sus deberes, y a la más estricta disciplina religiosa. Esas disposiciones de espíritu obligaban al Hermano José a poner. escrupuloso cuidado en el desempeño de su oficio de agricultor; y tanto trabajaba y de tal suerte se esmeraba, qué administró fielmente y aumentó sobremanera los bienes de la casa. Era un Hermano sencillo, humilde, fervoroso, trabajador, que hallaba sus delicias en cumplir la voluntad de Dios manifestada por las órdenes de sus Superiores. Y así las cosas parecía que se multiplicaran entre sus manos. Era Dios que bendecía las fatigas de nuestro José Lamarca, de quien dice su necrología: “Erat enim noster Frater Josephsu valde laboriosus, erat humilis, devotus, vere religiosus”. Era, pues, nuestro Hermano José muy trabajador, era humilde y devoto, verdaderamente religioso, y cuando así se corresponde a Dios, todo parece que se hiciera por sí mismo. Es que Nuestro Señor no se deja ganar en generosidad por sus criaturas, y a quien le da como uno, le devuelve como ciento, y lo colma de sus gracias y de sus bendiciones. Jamás el hombre quedará defraudado en sus tratos con Dios, y el secreto de su felicidad en todos los órdenes está en servirle fielmente, que todo lo demás vendrá por añadidura.

Bien convencido estaba de esto el Hermano Lamarca, de quien expresamente afirma su elogio póstumo que había sido y conservaba en su corazón y revolvía en su espíritu aquella sentencia del Evangelio “buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas materiales se os darán por añadidura”. En consecuencia, y fiel a este consejo, buscaba a Dios en todo, y procuraba su gloria: vacaba a la oración, que jamás omitía; siempre acudía a ella con toda humildad en sus necesidades, y diariamente solicitaba el auxilio divino para él a fin de vivir como tantos religiosos; para sus trabajos, con el objeto de que los bendijera y prosperara. Y la protección de lo alto, y la bendición de Dios a las empresas del Hermano José de San Roque se veían palpablemente, como lo hace notar su necrología: “Ideoque in rebus tam rusticis quamque domesticis administrandis tantum subsidium, felicitatem tantamque peritiam coelitus reperiebat”. Y por eso, hallaba en la administración de los intereses rústicos y en la de los domésticos tanta ayuda, tanta felicidad y pericia que parecía venirle del cielo. Era la confirmación de aquella promesa de Jesucristo en el Evangelio, que al decir de la necrología, el Hermano Lamarca había oído, conservaba y meditaba frecuentemente, buscaba en todo el Reino de Dios y su justicia. Obraba como perfecto religioso, procedía como fiel hijo de San José de Calasanz, y Dios nuestro señor bendecía su trabajo y multiplicaba los frutos del mismo.

Debilitado por los años y por la senectud, el Hermano José hubo de descansar, pero disfrutó poco del descanso de la tierra, porque Nuestro Señor lo condujo pronto al cielo para otorgarle el galardón que sus virtudes, sus buenas obras, su vida santa le habían merecido. Empezó luego a enfermar, y atacado de parálisis, después de recibir repetidamente los Santos Sacramentos, expiró piadosamente, como había vivido, en Barbastro el 10 de enero de 1868 a los 81 años de edad y 52 de Religión siendo el decano

de la Provincia. Para que resulten esos años de vida, es necesario adelantar en 9 el nacimiento del Hermano José Lamarca de San Roque.

Capítulo XX. M.R.P. Francisco Martínez de la Virgen del Carmen

Desde mediados del siglo XVIII hasta muy avanzado el XIX se suceden los escolapios aragoneses de apellido Martínez nacidos en el pueblo de Torrecilla [de Alcañiz]. Tratándose de una población de escaso vecindario, es de suponer que todos serían de la misma familia. De ser así, durante un siglo sin interrupción ha dado sus hijos a la Escuela Pía, y resulta sumamente Benemérita de nuestro Instituto. El pueblo mismo es de una gran tradición calasancia, pues se cuentan por decenas los individuos que ha proporcionado a nuestra Orden. Uno de los más ilustres fue el P. Francisco Martínez del Carmen, varón muy bien dotado de virtudes y de talentos. Había nacido en Torrecilla, Archidiócesis de Zaragoza, el 17 de febrero de 1793, y como parecía estar en peligro de muerte, lo bautizó José Martínez con los nombres de Francisco Antonio. Educado cristianamente en un hogar piadoso, y suficientemente preparado en los conocimientos elementales, sintiéndose llamado por Dios a la vida religiosa, solicitó el ingreso en las Escuelas Pías, y de tal modo correspondió a su vocación, que desde el primer momento parecía hecho y cortado a la medida de nuestras leyes. Recibió el hábito escolapio en Peralta de la Sal de manos del P. Alejandro Lacosta de Santo Tomás de Aquino, Rector, y el día 11 de octubre de 1808, como había entrado en Religión para santificarse, todo su afán y todos sus conatos se encontraron en corresponder a ver a la gracia recibida, y en adquirir aquellas virtudes y en adornarse con aquellas perfecciones que hacen al perfecto escolapio. Humilde, obediente, puro, fervoroso, todo le parecía poco para santificarse, y no había ocupación por repugnante que fuera al sentido o al amor propio, que no abrazara con amor cuando la obediencia lo reclamaba. Su consuetudine hace resaltar y pone de relieve que “en el tiempo del noviciado en Peralta, durante la guerra de Napoleón por la invasión de los franceses en España, faltando los hermanos operarios, nuestro Francisco, mandado por la obediencia, no rehusó cumplir los más humildes quehaceres de aquellos”. Quien tales muestras de fortaleza daba, quien tan humilde y obediente era, quien tan observantes se mostraba, como hemos dicho, ofrecía las máximas garantías para el futuro, y fue admitido a la profesión cumplido el bienio del noviciado.

Se la recibió el mismo P. Lacosta que le había vestido la sotana, y fue el 10 de noviembre de 1810. No eran muy claros y halagüeños los horizontes, muy seguro el porvenir de los religiosos en aquellas circunstancias, y quienes entonces profesaban, como lo hizo el joven Martínez, daban muestras de un gran espíritu de fe, de una vocación muy arraigada y fundada en motivos sobrenaturales, y de un admirable y edificante espíritu de sacrificio. Todo se conjuraba contra los Institutos religiosos y contra sus miembros. Y lo que entonces pudiera parecer una nube de verano a los espíritus miopes, se fue extendiendo y cerrando hasta convertirse en una nube negra que contenía en su seno todas las persecuciones, todas las privaciones, todos los dolores y todos los males que luego se descargarían como pedrisco devastador sobre la Iglesia, sobre las Órdenes religiosas y sobre los religiosos. Únicamente los que tuvieran una vocación sólida fundada en Dios resistirían a los embates, y triunfarían de los mazazos que el liberalismo descargaría sobre ellos. Nuestro Francisco Martínez pasó por todos los grados de la persecución, y presencié todos los horrores de la matanza de frailes, sin que su vocación sufriera contraste alguno, sin que su observancia experimentara algún eclipse, sin que sus votos se resintieran lo más mínimo, argumento acabado y concluyente de la solidez de la vocación que lo animaba. En

Zaragoza realizó sus estudios con notable aprovechamiento, e inmediatamente fue puesto en la escuelas de leer, de las que pasó grado por grado hasta las de ciencias mayores, que dictó a nuestros juniors. Es la confirmación de lo que se lee en la necrológica sobre el fruto con que hizo su carrera, durante la cual se dedicó a las ciencias con ahínco. Como cuadraba a un escolapio digno de ese nombre, el P. Francisco trabajaba en la escuela con el máximo interés, y así lo comprobaron los progresos que sus discípulos realizaron, pero incitándoles al mismo tiempo al amor de la virtud. “Deinceps singulis classibus gradatim necnon Raethorices, praeficitur magno progressu discipulorum, quos crebro ad litterarum studium et ad virtutis amorem incitabat”²³⁷

Con sus virtudes, con su fidelidad a las Reglas, con su trabajo en las escuelas, el P. Martínez había destacado entre los religiosos de la Provincia, se había creado un nombre, y una aureola de respeto lo circundaba. Así fue que en el Capítulo Provincial de 1833 fue elegido Rector de Peralta, indicio claro de la confianza que en su prudencia, en su celo de la observancia, en su buen ejemplo y en su pericia para los negocios, ponían los Superiores. Y en esto estaba, promoviendo celosamente la disciplina monástica y administrando con fidelidad los intereses de la casa, cuando, víctima de las pasiones de algunos de los nuestros y de las maquinaciones de los extraños, fue condenado al destierro, y se refugió en la casa paterna de Torrecilla. “Ut mali invident bonis, sive temporum difficultate, sive falsis fortasse fratribus noster Pater Franciscus in exilium actus, in domum paternam se contulit”.²³⁸ Esas situaciones anormales de las guerras civiles suelen ser de las más violentas, por las venganzas que inspiran y por el sentimiento de odio que dejan en las familias, lo que produce un malestar que se extiende a varias generaciones. Durante aquella primera guerra civil nuestra hubo crímenes horribles y asesinatos innecesarios que le dieron un carácter de ferocidad, cuyo relato espanta. Algo del malestar que eso produce había en todas partes, y algo de esa animosidad apasionada llegó a nuestras Comunidades, lo que determinó el destierro de sus Superiores, como los de este, del P. Provincial Fernando Moliner, y del Rector de Tamarite, Padre Gimeno; y a otros religiosos los obligó a buscar un refugio en las filas carlistas, antes que las autoridades isabelinas les echaran una mano y lo desterraran.

Nuestro padre Francisco de la Virgen del Carmen halló la seguridad y la paz en la casa de sus padres, y allí permaneció derramando los consuelos espirituales y ejerciendo los ministerios sacerdotales hasta que, cesadas las hostilidades, renació la calma y pudo volver tranquilamente a su colegio, cuyo rectorado tomó de nuevo. De Peralta, el P. Francisco Martínez pasó a Sos, donde por la malicia de los tiempos, que había desorganizado las comunidades. y sobre todo había herido gravemente a la observancia regular, hacía falta un Rector de tales prendas de carácter que encauzara las cosas por los derroteros de la disciplina más estricta, y con su ejemplo y con su virtud, arrastrará a los religiosos y los condujera por las vías de la vida más austera y observante. Y lo consiguió en toda la línea, triunfando de la apatía de los unos y del aseguramiento de los otros, restituyendo a la regularidad su esplendor primero, lo que no debe extrañarnos, pues “elucebat in illo pietatis studium, amor virtutis, religionis zelus, pii Instituto bene gerendi ardor”, brillaba en él el deseo de la piedad, el amor, de la virtud, el celo de la religión, y el ardor de desempeñar bien el pío Instituto. En estas pocas palabras que retratan al Superior perfecto, y que hacen una semblanza del P. Martínez como Rector, se

²³⁷ Libro de los difuntos de la Religión de las Escuelas Pías. Número 210.

²³⁸ Necrología, lugar citado

sintetiza todo su trabajo que realizó en el rectorado de la capital de las Cinco Villas y se dice cuando pueda decirse de un Superior de una Casa religiosa.

El P. Francisco había realizado el ideal del Rector, y esas pocas frases contienen la mejor alabanza que podía hacerse de su gobierno rectoral en Sos, como en Peralta. Todavía se le confirió otra vez el gobierno de la Casa Noviciado, lo que constituye el mayor elogio de su religiosidad, de su mortificación, de su culto de la Regla, de su celo de la observancia de todas aquellas virtudes y cualidades que distinguen a un Superior cortado conforme al patrón divino. Eso fue el P. Francisco, y tales méritos contrajo, y tales esperanzas daba de sí, de su interés por el prestigio de la Orden y de su celo por levantar la Provincia de la postración en que los acontecimientos de los últimos treinta años la habían dejado, que el P. Vicario General no encontró sujeto más indicado a quien confiar el provincialato.

Lo que el P. Martínez hizo al frente de los colegios que le tocó gobernar lo repitió cuando cayó sobre sus hombros las responsabilidades de toda la Provincia. Solicitud suma en la atención del noviciado; un vigilante cuidado del juniorato y de los juniros; el celo más ardiente en la buena marcha de las comunidades, llenaban la vida del P. Francisco de la Virgen del Carmen. Delicado de conciencia, y fervoroso como era, no podía pactar con nada que fuera un abuso; con un concepto claro de su responsabilidad, no había de ser un perro mudo que no sabe ladrar en presencia de las corruptelas; con un interés vivo por el prestigio de la Escuela Pía no había de descansar mientras no le restituyeran el esplendor antiguo; con una idea exacta de sus derechos y de sus deberes, no dejaría medio conducente al logro de la misión que se le había confiado y que él se proponía cumplir, ni omitiría recurso alguno que pudiera facilitarle la ejecución de sus planes. Exhortaciones circulares, correspondencia privada, advertencias caritativas a los transgresores, fueron los procedimientos ordinarios de que echó mano para enderezar las cosas y encauzar las voluntades hacia el bien y la disciplina. Cuando las medidas suaves fallaban y los avisos privados fracasaban por la insensibilidad, por la despreocupación, o por la relajación de este o de aquel, el P. Provincial esgrimía argumentos más fuertes, y las armas todas que el Derecho Canónico le suministraba. No podía hacerse solidario de los relajados, ni autorizar con un silencio criminal el avance de los abusos, y que las corruptelas tomaran carta de naturaleza. Era hombre de muy hondas convicciones escolapias según el espíritu de San José de Calasanz, y muy celoso del buen nombre del Instituto, para que cediera en cosas tan esenciales y dejara sin el correspondiente correctivo las transgresiones habituales que significaban mala voluntad o involucraban desprecio formal de las Constituciones.

Tenía muy presente, según lo que dice su necrología, como dichas para él aquellas palabras de Isaías: “centinela, ¿qué ha ocurrido durante la noche? Centinela, ¿qué pasó durante la noche?”, y esas de San Pablo a Timoteo: “Tu vero vigila, in omnibus labora”, y tú, vigila y trabaja en todas las cosas. Y esta persuasión le hacía temblar y esa responsabilidad le mantenía alerta para que el enemigo no invadiera sus Casas durante la noche, para que el lobo infernal no le arrebatara las ovejas que Cristo había rescatado con su sangre, y que Dios le había confiado para que mientras él gobernara, no se extendiera la relajación y se produjera la ruina de la Provincia. Y por eso, amonestando a estos, corrigiendo a aquellos, oportuna e importunamente, estimulaba a todos de palabra, por escrito y por el ejemplo, a cumplir el ministerio docente, a observar nuestra Regla. “Idcirco, hos admonendo, illos opportune et importuen arguendo et increpando, omnes ad implendum Scholarum ministerium et ad regulam nostram observandam, et verbis et

scriptis et exemplo stimulabat”²³⁹. No se podía pedir más a un Provincial, especialmente en un periodo de reestructuración, cuando había que reparar las ruinas, separar los escombros de los resabios de inobservancia, y reedificar el edificio cuarteado. Quien considera que es más difícil y costoso reparar que edificar de planta, comprenderá cuánta energía, qué exquisita prudencia y qué equilibrios tuvo que hacer y desplegar el P. Martínez para conseguir lo que se proponía, e impedir la postración definitiva de la Provincia que hubiera sido su muerte.

A pesar de tantos trabajos y fatigas, no había llegado para nuestro P. Francisco el tiempo de descanso. Como San Martín podía clamar, y lo dijo: “Si adhuc populo tuo sum necessarius, non recuso laborem”. Y lo que al Santo Obispo no se le pidió, hubo de hacerlo nuestro Provincial, a requerimiento de su Superior, que lo asoció a su gobierno con el cargo de Asistente. Puso al servicio del nuevo empleo todo el caudal de su experiencia en el manejo de los hombres, que no era escaso; todo su amor a la Orden, que era grande; toda la lucidez de su talento, que no era poca; y todo el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, que le avasallaba. Fue un colaborador eficaz del P. Comisario General, y le acompañó hasta que hubo renovación de autoridades; entonces se retiró a Zaragoza, donde no se dio a la ociosidad, que no condecía con su carácter y con sus convicciones, sino que distribuyó su tiempo entre la oración, la celebración y la asistencia a la Santa Misa, y la recepción de las confesiones de los fieles y de los niños, a todos los cuales exhortaba ardientemente al amor de la virtud y al aborrecimiento del pecado. Obraba así conforme al Consejo del Apóstol para procurar su salvación y la de los que a él se confiaban. En eso estaba, y de esta suerte se deslizaba la existencia de nuestro P. Francisco de la Virgen del Carmen, cuando súbitamente enfermó de hemorragia pulmonar que lo puso en peligro de muerte inminente. Se le administraron, por lo tanto, todos los sacramentos y el 17 de enero de 1868 entregaba su alma al Creador en Zaragoza, cuando contaba 60 años de vida religiosa y 75 de existencia, murió como había vivido con la. Muerte de los justos y en plena labor espiritual en beneficio de su alma y en bien de su semejantes, después de haber instruido a muchos en la justicia durante su vida, por lo que se podía esperar con todo fundamento que se cumpliría en él inmediatamente la promesa divina de brillar como las estrellas en el cielo por eternidad de eternidades.

Capítulo XXI. Clérigo Subdiácono Agustín Ferrero de la Asunción y Padre Diego Tornos de la Virgen de los Mártires

Un alma blanca como los pétalos de lirio y perfumada como él, con el aroma de las virtudes cristianas. Su paso por el mundo fue fugaz, como el de un cometa que se levanta sobre el horizonte, cruza el espacio rápidamente, para hundirse de nuevo bajo el horizonte y no aparecer más a la vista. Como era grato a Dios, lo llevó pronto de este valle de lágrimas, antes que su aliento mancillara la hermosura de su alma, y antes que la malicia lo corrompiera. Había nacido en Caspe el 14 de mayo del año 1845, y de niño frecuentó nuestras escuelas, en las que se empapó hasta la saturación de la piedad que es propia de la pedagogía calasancia, y adquirió los conocimientos primarios y los secundarios. Puesto en el ambiente piadoso del Colegio, en contacto con sus profesores y trabajado por la gracia, sintió deseos de seguir las huellas de sus maestros. Los consultó con Dios, con su director y consigo mismo, y hallándose auxiliado por la gracia con fuerzas para soportar las privaciones de la vida religiosa, solicitó ser admitido en las Escuelas Pías. Mozo

²³⁹ *Ibidem*.

sobradamente conocido de sus maestros, en quien se podían fundar óptimas esperanzas, dotado de grande y vivo ingenio, y muy recomendable por sus ansias de piedad, no halló dificultades, y los Superiores, que sabían del tesoro que les entraba por las puertas, se las abrieron de par en par para que las franqueara fácilmente. “Qui litterarum humaniorum curriculo in publicis nostris scholis cito et bene confecto, Deo aflante, maxima omnium gratulatione nostro calasancio instituto nomen dedit”. Enviado a Peralta de la Sal, le dio el hábito el P. Antonio Badías de San Cipriano, Rector de la Casa, el 21 de diciembre de 1862, y emitió sus votos simples al año y días de Noviciado, el 27 de diciembre de 1863, siendo el propio P. Badías el que actuó en la ceremonia en representación del P. Provincial Juan Crisóstomo Sena.

Se comprende que un joven de tales prendas como las que adornaban a Agustín Ferrero, había de aprovechar el tiempo de noviciado para transformarse y purificarse más y más cada día. Abandonó el mundo para santificarse y avanzar en la virtud, no para enquistarse y ser meramente un buen cristiano. Para esto no valía la pena hacerse religioso; y consecuente con ese principio, puso todo su empeño y cifró el ideal de su vida en adquirir las más relevantes virtudes, en conseguir las más altas perfecciones, en emular los mejores carismas de la gracia, en avanzar siempre hasta elevarse a las más altas cumbres sobre las que se ciernen las águilas del espíritu, que son los Santos. El novicio Ferrero era ambicioso, ambicionaba la santidad, y no se contentaba con menos que con ser una copia fiel de San José de Calasanz, en cuanto le fuera posible. Eso fue su noviciado, a eso aspiró durante su juniorato, y en eso trabajó durante su breve existencia. Como el profeta, consideraba que su misión se concretaba en dos palabras: en destruir y en plantar. En destruir los hábitos mundanos, y en arrancar las malas inclinaciones del corazón; en plantar las virtudes, y en reproducir los ejemplos de nuestros mayores. Y, consecuente con esta creencia, se consagró con fervor, fidelidad y constancia a esa doble tarea de extirpación de defectos y adquisición de perfecciones, con lo que en los dos años de noviciado avanzó con paso de gigante por las vías de la vida religiosa. Si al ingresar en él era humilde, ahondó más profundamente en el propio conocimiento y se tornó más humilde; si era puro como el perfume de las flores, adquirió en el tiempo de la prueba la pureza de un ángel; si al abandonar el mundo era piadoso, durante esos dos años se saturó de Dios como una esponja absorbe el agua en que se la sumerge; y si amaba a Dios cuando permanecía en el siglo, desde el momento en que huyó de él y se encerró en el noviciado como el gusano en su capullo, inició un trabajo de metamorfosis que lo transformó en un serafín inflamado con el amor de Dios y de sus semejantes. Para llegar a esos resultados, el joven Ferrero no hacía otra cosa que cumplir fielmente las reglas y emplear los medios que las mismas proporcionan e indican como más adecuados: la oración, la presencia de Dios, el examen de conciencia, la lectura espiritual, la frecuencia de Sacramentos.

A su debido tiempo, quien así había progresado en la virtud, y tales avances había hecho en la perfección, fue hallado digno de unirse a Dios por los votos religiosos, simples primero y solemnes más tarde. Estos fueron autorizados para el año 1866, pero ignoramos las fechas. Entonces fue al juniorato para cursar los estudios acostumbrados, en Alcañiz y en Zaragoza sucesivamente, y los hizo con todo aprovechamiento, porque de tal manera se consagró a ellos “ut inter egregios sui cursus condiscipulos, nec postremus nec indiligentior apparuit”, que no fue entre sus egregios condiscipulos ni el último ni el menos diligente. Cuando más engolfado estaba nuestro Agustín en sus estudios, y cuando se esperaban recoger los frutos de su talento y de su virtud, el que siempre se mostró potente en el ingenio y constante en la vida, empezó a enfermar: “qui valuit semper ingenio, semper

pietate valuit, corpore tamen aegrotare coepit”. Destinado primeramente a enseñar los rudimentos de la fe y de las letras, se le confió luego interinamente la suplencia de la clase de Física con los colegiales por enfermedad del profesor propietario. Atacado de una tos maligna que degeneró en inflamación pectoral, hasta que se declaró la tuberculosis, contra la que resultaron impotentes todos los remedios, faltándole las fuerzas y aumentando los dolores, que sobrellevó pacientemente, reducido al último extremo, recibió pacientemente los Sacramentos, y expiró en Zaragoza el 25 de agosto de 1868, a la temprana edad de 23 años, y cuando apenas si contaba 6 de vida religiosa.

P. DIEGO TORNOS DE LA VIRGEN DE LOS MÁRTIRES. Dios se complace en la ley de los contrastes, para hacernos comprender que su Providencia admirable es lo que gobierna el mundo, y que al lado de la enfermedad pone el remedio, y que si hay una piedra de escándalo, pondrá otra y otras que sean de edificación para el pueblo cristiano. Si hubo un Tornos apóstata, hubo otro que fue ejemplo de virtud y modelo de sacerdotes. Tal fue nuestro Diego Tornos, de quien puede afirmarse con toda razón y justicia que “consummatus in brevi, explevit tempora multa”, consumado en breve con sus grandes virtudes, con sus brillantes talentos, con sus dolores pacientemente tolerados, con su conformidad y abandono en las manos de Dios, llenó muchos tiempos. Siempre han sido nuestros necrólogos parcos en elogios, particularmente con los jóvenes que apenas si han tenido oportunidad de hacer méritos, pero con el P. Tornos ha hecho el suyo una excepción, lo que convence de que le sobraban títulos para pasar a la historia. Empieza por decirnos que “este varón amantísimo de la observancia regular, sumamente recomendable, por la agudeza del ingenio, por la gravedad de las costumbres y por la inocencia de vida querido de todos” había nacido en Atea, provincia de Zaragoza y diócesis de Tarazona. Esto ocurrió el 13 de noviembre de 1838; y llamado por Dios, cuando había cumplido los 15 años ingresó en la Escuela Pía, cuya librea le vistió el P. Provincial, Cosme Vallés de San Joaquín, el 24 de junio de 1853, sin más datos, pues no se ha anotado en el libro pertinente el lugar en que se celebró la toma de hábito, del que podemos suponer fuera Peralta.

Era el joven Tornos de prendas excepcionales, de carácter, de virtud y de inteligencia, y pronto se manifestaron en el noviciado, y lo pusieron en primer término por los progresos que hacía en la virtud, por lo mucho que adelantaba en los estudios y por la bondad que brillaba en todas sus acciones. Con todo eso se concilió la estimación del Maestro y de los mismos novicios, a quienes el propio Maestro luego ponía repetidas veces como modelo. “Habituque nostro indutus magnam sibi aestimationem conciliavit tum apud Noviciorum Magistrum, tum apud tyrones ipsos, quibus ab ipsomet Magistro ut exemplar semel et iterum proponebatur”²⁴⁰. Un novicio de las disposiciones naturales, y de las perfecciones sobrenaturales que adornaban a nuestro Diego, forzosamente tenía que hacer grandes y rápidos progresos en la perfección, porque las águilas vuelan muy alto y rápidamente, y el Hermano Tornos era un águila del espíritu. “Elucebat jm tum in eo optima quaequae naturalis insita natura, qua ad virtutes et studia facilis trahebatur”, Ya entonces brillaba en él una innata propensión natural, que le arrastraba fácilmente a las cosas mejores, a las virtudes y a los estudios. Pero esa alma gigante habitaba en un cuerpo endeble, que pronto empezó a ceder, y se enfermó de tal manera que hizo peligrar su admisión a los votos. Pero los Superiores no se avenían fácilmente a desprenderse de un joven de tan bellas prendas,

²⁴⁰ Sufragio de los religiosos de las Escuelas Pías número 12, Vicariato General del P. José Balaguer de la Virgen de los Dolores.

que era toda una promesa, y significaba una esperanza para la Provincia. Y. “ob egregiam indolem et regularem observantiam sua tyro noster pollebat, Superiores ad professionem emittendam eum Dignum judicarunt”²⁴¹, y por la egregia índole y por la observancia regular en la que nuestro novicio se distinguía, los Superiores lo juzgaron digno de emitir su profesión, la que hizo el 8 de septiembre de 1855 en manos del P. Rector de Peralta, Nicolás Sena de Santa Teresa.

Inició entonces Diego la segunda etapa de su vida de escolapio, consagrada como sabemos a los estudios. Era de inteligencia despejada y de talentos brillantes, y realizó admirables progresos en Filosofía y en Matemáticas que parecía le eran como naturales, y que no le exigieran trabajo. “Con gran admiración de todos, dice su elogio fúnebre, de tal manera sobrepasó a los demás en las ciencias filosóficas, que verdaderamente se podía dudar si aprendía o si recordaba”. ¡Tan naturalmente se expresaba, con tanta facilidad exponía sus lecciones ante maestros y compañeros! En cuanto a las Matemáticas, era intuición la que tenía, y un poder retentivo tal que lo que aprendía una vez no lo olvidaba nunca. “In mathesos quoque studia adeo invehebatur et magno animi ardore correptus ita in eis profecit, ut ea, quae tradebantur facile arripere nunquam oblivioni daturus”²⁴².

Cuando con más ardor se dedicaba a estos estudios, se le reprodujo la enfermedad del pecho, y no obstante haber sido enviado a baños, y habérsele aplicado todos los remedios, no mejoró, y se le produjeron úlceras en los pies, para cuya curación la medicina fue impotente. No fueron sus dolencias, toleradas heroicamente, óbice para que el Hermano Tornos remitiera un punto en sus estudios y en su formación religiosa, y dedicara a ambos objetivos las fuerzas que le quedaban. Pudo, al fin, coronar sus estudios y su educación espiritual, con tal brillantez y aprovechamiento que nuestros Superiores lo juzgaron aptísimo para enseñar las mismas ciencias a nuestros juniros. Por sus condiciones morales y por su religiosidad, lo nombraron también maestro de espíritu de nuestros estudiantes, y desempeñó ambos ministerios con tanto celo que resultaría difícil decir con qué facilidad explicaba las ciencias y con cuánto fervor, de palabra y con su ejemplo, animaba a los jóvenes a la observancia religiosa. “Difficile dictu est qua facilitate scientias explicaret, et quo animi ardore, verbo et exemplo, ad regularem observantiam alliciere”.

Nuevamente reaparecieron las molestias de su enfermedad, acompañadas de dolor de oído y de fuertes vértigos, lo que imposibilitó a nuestro Diego para continuar en una ocupación que desempeñaba con aplauso de todos y con intenso placer suyo. Pero, amante del trabajo y deseoso de prestar sus servicios al Instituto, rogó humildemente a los Superiores una y otra vez que lo emplearan en hacer alguna cosa. Diéronle gusto al fin y le encargaron la enseñanza de las Matemáticas a nuestros convictores, de la Física después, con el mayor aprovechamiento de los alumnos y la máxima admiración de todos, que no sabía qué ponderar más, si el respeto o el amor que los niños le profesaban. Obligado a dejar la escuela por su precaria salud, se ingeniaba en ayudar a los otros maestros, cuidaba a los pequeñitos durante la misa, los acompañaba a la clase, y no pudiendo instruirlos en otra cosa, les enseñaba a formar la santa señal de la Cruz y los principios de la buena lectura. Toda la vida de este joven ejemplar fue una lucha entre sus dolencias físicas, y su robusta salud espiritual, que deseaba trabajar en el apostolado de la enseñanza. Debió ser un drama interno, y más bien una tragedia para aquel espíritu selecto, para aquel joven virtuoso y escolapio de tan sólida preparación verse condenado

²⁴¹ Necrología citada.

²⁴² *Ibidem*.

al descanso, poco menos que a la inacción en plena juventud por la debilidad de su naturaleza, por las enfermedades que lentamente minaban su vida. Solo su gran virtud pudo triunfar del pesimismo que lo acometía y de la desesperación que lo amenazaba, y serenar su espíritu y abrazarse a su cruz, que era el instrumento de su santificación que Dios le ofrecía.

En efecto, el tiempo que le quedaba de esas modestas ocupaciones voluntarias lo empleaba en nutrir su vida espiritual y en prepararse para la muerte, que veía cercana. La frecuente lectura y meditación de los libros piadosos, las visitas a Jesús Sacramentado, el rezo de libros piadosos, el rezo del oficio divino, la recepción de Sacramentos eran los medios ordinarios que empleaba para mantener y estrechar su unión con Dios; y los extraordinarios, los ejercicios espirituales, por el retiro de las criaturas, y la meditación de las verdades eternas. A todo esto, el P. Tornos sufría horriblemente en lo físico y en lo moral, y todo lo soportaba con invicta paciencia y con su conformidad con Dios, digna de imitación, que a todos admiraba. “Nihil ideo mirandum est, repetiremos en su consueta, si ea vitae innocentia et integritate mortem, quam proximam sentiebat, sereno vultu, placideque animo aspiceret, eiusdem mortis nuntium laetus audiret”²⁴³. Nada hay por eso que admirar si, con aquella inocencia e integridad de vida, mira con ojo sereno y ánimo tranquilo a la muerte que sentía próxima, y que escuchara alegre su mismo anuncio. Era el alma justa que veía la liberación de la muerte de este cuerpo y la proximidad de volar al cielo a recibir la palma que sus virtudes y sus dolores, tan cristiana y pacientemente tolerados, le habían merecido. Era la terminación del destierro, y el principio del reinado en el cielo, y era natural que afrontara sereno la muerte, y como los santos exclamara: “Laetatus sum in his que dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus”, me he alegrado en las cosas que me han sido anunciadas. Iremos a la casa del Señor y penetraremos en el paraíso para gozar y ser eternamente felices.

Con estas disposiciones, se prepara el P. Diego al trance supremo, como quien va a abandonar las miserias y los sufrimientos de este valle de lágrimas, como quien sabe que ha terminado la carrera de la vida y ha guardado la fe jurada, y no espera más que la corona de justicia que Dios tiene preparada para los que le han amado y servido. Iba perdiendo fuerzas, y los Superiores, que advertían su debilidad, se esmeraban en cuidarlo especial y amorosamente, presintiendo lo que ocurrió, con dolor y pena de todos. No podía el P. Tornos sostener la disolución del cuerpo que decaía visiblemente, pero el espíritu y el fervor sostenían aquella naturaleza que se derrumbaba, y hubo de acostarse y recibir el Santo Viático. “Corpore infirmissimo sed validiore animo”, enfermísimo del cuerpo, pero con ánimo valeroso, se le administró la Santa Unción, mostrándose sereno y tranquilo con los que le visitaban. Y agravándose la enfermedad, a campana tañida se reunieron los religiosos en su aposento para rezar las oraciones de los agonizantes, que el P. Diego repetía en voz baja, y muchas veces besaba el crucifijo que tenía entre las manos. Ya en el último instante, pidió nuevamente el crucifijo, lo besó con devoción y ternura, lo apretó contra su pecho, y con los nombres de Jesús y de María de los labios, como los tenía en su corazón, rodeado de sus hermanos, que lo encomendaban a Dios fervorosamente, entregó su espíritu a su Creador a los 31 años y 16 de religioso, en Zaragoza, el día 12 de septiembre de 1870.

²⁴³ En el mismo lugar.

Fue la del P. Diego Tornos de la Virgen de los Mártires, una vida admirable, que no produjo los frutos de ciencia que sus talentos prometían, pero que se cuajó en hermosos ejemplos, en lecciones elocuentes de paciencia, en enseñanzas provechosas de amor al Instituto y de fidelidad a Dios, en virtudes que son un tesoro superior al de la ciencia humana, pues son la expresión y el reflejo de la ciencia divina, que más nos interesan y más necesitamos. Ofrecemos a nuestros hermanos la vida de este escolapio insigne como un modelo para todos, pero en particular para los que se inician en la carrera de la vida.

Capítulo XXII. Padres Vicente Lajusticia de San Anselmo y Andrés Martínez de San Jorge

Zaragozano de nacimiento, y de la parroquia de San Pablo, es casi seguro que este fervoroso escolapio frecuentó de niño nuestro colegio, y en sus aulas libó la miel de la piedad que, ya mozo, le llevó a la vida religiosa. Había nacido el 16 de noviembre de 1807, y recibió en el bautismo los nombres de Fidencio Vicente, que apocopó al tomar el hábito calasancio en Peralta de la Sal el 12 de octubre de 1825. Por delegación del P. Provincial, se lo impuso el P. Rector Mariano Bayod de San Joaquín, y le tomó la profesión el P. Fernando Molinero de San Lorenzo, también Rector de la Casa noviciado, el día 3 de mayo de 1827. Por la simple enumeración de esas fechas, ya comprende el lector que el joven Lajusticia vino a la vida y entró en religión en años críticos, cuando España estaba profundamente afectada por las guerras y por las revoluciones, cuando las Órdenes religiosas se sostenían por milagro, y cuando era un heroísmo ingresar en ellas. Pues bien, nuestro Vicente tuvo ese rasgo heroico, y sin vacilaciones, se hizo escolapio; y a pesar de las tormentas que pusieron a la Escuela Pía a riesgo de naufragar. Jamás tuvo una duda respecto a su vocación, ni la más insignificante veleidad asaltó su espíritu en las aciagas circunstancias de aquellos tiempos. Creemos que no se ha ponderado suficientemente el heroísmo que necesitaban aquellos religiosos para perseverar, ni la fortaleza que era precisa para resistir a las solicitudes de fuera y a los malos ejemplos de dentro, y mantenerse en el puesto en que la obediencia les había colocado, fieles a Dios y esclavos del cumplimiento de sus deberes. A esa raza de escolapios leales perteneció el P. Vicente Lajusticia, y el hecho de haberse mantenido fiel durante aquel período caótico es su mayor alabanza, y título más que suficiente para señalarlo a la imitación de sus sucesores.

Por la crisis de personal que padecía la Provincia, y acaso también porque era ya de 20 años, apenas profeso los Superiores lo dedicaron a la enseñanza en Zaragoza, Fraga y Barbastro, mientras hacía los estudios de Filosofía y de Teología que habían de habilitarlo para el sacerdocio. ¡Qué virtud tan sólida necesitaban tener estos hombres, y cuántas gracias debía concederles el cielo para no claudicar en aquellos años agitados, y con tan deficiente formación religiosa! Porque lo aprendido y practicado en el noviciado nos parece poco lastre para navegar por el mar agitado que entonces era la nación española. Y, sin embargo, navegaron sin naufragar, y llegaron a puerto; averiados algunos; incólumes, bien que golpeados, la mayoría. Algo había en ellos que contrarrestaba las fuerzas del mal, y era una virtud bien arraigada, una vocación muy firme y un amor a la Escuela Pía, superior a todas las seducciones del mundo y a todos los gritos de sirena de las pasiones.

Trasladado a Tamarite, sirvió varios años con honor suyo, con aplausos de las familias y con notable aprovechamiento de los niños, la escuela de escribir y la de aritmética, lo que fue causa de que se lo destinara otra vez a la capital de la Provincia para desempeñar la

misma clase en la que tanto crédito había logrado para sí y para el colegio. No defraudó allí las esperanzas que se habían fundado en su pericia, y los Superiores creyeron que había llegado el momento de llevarlo a clases más altas, como así lo hicieron. Lo enviaron a Peralta de la Sal, encargado de enseñar la Gramática y Retórica a los extraños y a los nuestros.

Pero para lo que el P. Vicente estaba especialmente cortado, y para lo que su carácter se prestaba y su espíritu le inclinaba, era para la dirección del noviciado. Su amor al retiro; su alejamiento del mundo; su espíritu de oración; su fervor, su piedad, sus virtudes todas, lo señalaban como un candidato para ese cargo de honor y de responsabilidad, y los Superiores lo utilizaron para educar y formar a los novicios. Fue un acierto que se podía tener por seguro, conocidas las prendas que adornaban al P. Lajusticia. Consciente de la responsabilidad que asumía, y deseoso de corresponder a la confianza que la Orden le mostraba, puso en el desempeño de su cargo toda la prudencia que poseía, todo el amor al Instituto que atesoraba su corazón, todo el interés que le inspiraban las almas, toda la experiencia que había acumulado, todas las ansias que le agitaban de dotar a la Corporación de personal virtuoso y bien formado. En el trato con los novicios era el padre bondadoso, indulgente y amable. Y los medios para inyectar en su alma el espíritu calasancio fueron, además de la persuasión, la lectura espiritual, la frecuencia de Sacramentos, la práctica de la oración, los ejercicios de piedad, el ejemplo de su vida con el que los arrastraba al amor y a la práctica de la virtud, y la gravedad de sus costumbres, que le ganaba la confianza y el corazón de los novicios. Era una receta infalible para formar excelentes religiosos, y constituía un troquel donde forjaría escolapios henchidos del espíritu calasancio. Así fue, en efecto.

Permaneció en ese puesto de responsabilidad por espacio de varios años, hasta que los superiores Hala necesitaron al Vicente de San Anselmo en otro oficio de no menor confianza e importancia. Lo llamaron a Zaragoza para que dictara los cursos filosóficos y teológicos a nuestros juniors, y para que ayudara al P. Provincial en las funciones de Secretario. Ambos cargos los desempeñó satisfactoriamente, y el año 1859 fue nombrado Rector de Alcañiz, y después, en 1865, de Tamarite, donde permaneció hasta 1869, en que fue de nuevo investido del cargo de Maestro de novicios. En estos oficios de superioridad fue el religioso amante de las Reglas, cuya observancia es para él es esencial; el que iba adelante en todo para arrastrar con su ejemplo hasta a los más refractarios. Fue un rector celoso y vigilante, que ponía todo su afán en la observancia regular y en la buena marcha de las escuelas, pero que no le impedía atender a la recta administración y el cuidado de los intereses materiales del Colegio. El Rector ideal es eso, un celador de la disciplina monástica y un administrador fiel de las rentas de la Casa. Debe sintetizar el espíritu de Marta y el de María, mirar lo que respecta a las almas y cuidar lo que atañe a las temporalidades. Tener el pensamiento y el corazón en el cielo, y estar firmemente arraigado con los pies en la tierra. Que es lo que hizo el P. Vicente Lajusticia en sus rectorados de Alcañiz y de Tamarite, y llenó a satisfacción los niveles de su cargo.

Había cumplido ya 60 años y diríase que había sonado la hora de descanso para el P. Lajusticia, pero no fue así, porque los superiores requirieron su servicio una vez más, y el religioso obediente no puso objeción alguna. Fue nombrado Maestro de novicios y se dirigió a Peralta para cumplir su grave cometido con toda la solicitud de su espíritu, con todo el celo de su alma, con todo el fervor que lo inflamaba. Sabía perfectamente la importancia trascendental de tal oficio que se le encomendaba, y se dirigía a su destino

pronto a cumplirlo escrupulosamente, hasta el sacrificio. No omitiría cuidados, ni rehuiría molestias, ni escatimaría privaciones a trueque de educar a los novicios, de infundirles el genuino espíritu calasancio, de formarlos conforme a las tradiciones de la Provincia, hasta hacer de ellos religiosos acabados y perfectos escolapios, obedientes, espirituales, mortificados, cultores de la Regla, amantes del sacrificio, que hicieran de la ley el eje de su vida.

En eso estaba trabajando el P. Vicente con los arrestos de la juventud y con las ilusiones de un mozo, desempeñado además el cargo de Vicerrector, cuando una pulmonía puso en peligro su existencia, por lo que se le administraron los sacramentos, que recibió con toda lucidez y edificación de los circunstantes que le acompañaban con sus oraciones. El 15 de octubre de 1870, a los 62 años de edad y 45 de religión, falleció en Peralta este benemérito escolapio que se llamó Vicente Lajusticia de San Anselmo. No fue hombre de grandes talentos, pero fue un excelente religioso; no brilló en el mundo por sus obras, pero fue grande en el Reino de los cielos; no arrebató a las multitudes con su elocuencia, pero las edificó con su vida santa: no realizó nada extraordinario, pero cumplió con toda fidelidad las obligaciones corrientes. Y lo importante es lo que nos acerca a Dios y nos sirve para el cielo. Lo demás es vanidad de vanidades, y un estorbo y peligro para la salvación, que es lo único que nos importa y debe preocuparnos. El negocio de los negocios es el de nuestra alma, y el P. Lajusticia lo realizó muy satisfactoriamente, y será llamado grande en el reino de los cielos, que es lo que de veras interesa.

P. ANDRÉS MÁÑEZ DE SAN JORGE. Fue el P. Máñez un escolapio perfecto, acaso no de dotes sobresalientes, pero de una probada fidelidad a su vocación y de una virtud que lo destaca entre sus hermanos. Era de los que tienen muy presente que no le aprovechará al hombre ganar todo el mundo si al fin pierde su alma, y todo el interés de su vida lo cifró en cumplir sus deberes y en santificarse. Nacido en la Puebla de Híjar el 29 de noviembre de 1814, no ingresó en la Orden hasta 1830, cuando iba a cumplir 16 años, fuera por el estado general de España, fuera por circunstancias suyas particulares. Pero cuando pudo hacerlo, todo su empeño se cifró en responder generosamente a las obligaciones que se impuso. Le había tocado en suerte un alma buena para la virtud y para las letras, y pidió y obtuvo ser admitido en tiempos difíciles para nuestro Instituto. “*Is et ad virtutem et ad litteras sotitus a natura animam bonam, difficili tempore nostro Instituto cooptari postulavit et obtinuit*”²⁴⁴. No se arredró por eso nuestro joven, que vistió la librea calasancia en Peralta de la Sal el 12 de diciembre de 1830, de manos del P. Fernando Moliner de San Lorenzo, Rector de la Casa. Hay épocas de la historia en que las Órdenes religiosas no ofrecen a sus afiliados más que privaciones y sacrificios, y es de suponer que quienes entonces ingresan en ellas son guiados por Dios, y no buscan más que santificación, nada de conveniencias y de comodidades que en el mundo tendrían. Fue la de los tiempos en que el P. Máñez tomó el hábito de las Escuelas Pías. Estas no podían ofrecerle más que estrecheces, mucho trabajo y pocas satisfacciones, inseguridad y acaso persecuciones, como vinieron efectivamente, y sin embargo, no se volvió atrás y perseveró. Señal inequívoca de que buscaba su santificación, y nada más, y de que no había el menor móvil subalterno en su decisión de hacerse escolapio.

Así fueron los frutos que recogió en el noviciado: como cuadraba a quien buscaba a Dios, a quien interesaba salvar su alma y la de sus prójimos, a quien lo había dejado todo para

²⁴⁴ Necrología nº 43, sufragios de los religiosos de las Escuelas Pías. Archivo de la Provincia de Aragón.

seguir a Jesucristo crucificado. Lo nota su necrología con estas palabras: “Copiosa virtutis segetes in Noviciato comparata”. ¡Buena falta había de hacerle después para resistir a la tentación, superar los peligros y asechanzas puestos a su virtud y mantenerse fiel a Dios y a la Escuela Pía! Quien, como Andrés Máñez, recogió en el noviciado esa abundante cosecha de virtud, llegada la hora, debía ser hallado digno de incorporarse definitivamente al Instituto por la profesión religiosa, y en efecto, el día 4 de octubre de 1832 pronunciaba solemnemente sus votos en Peralta de la Sal, siendo encargado de recibirlos el citado P. Fernando. Como es la ley y costumbre, el neoprofeso fue puesto inmediatamente a estudiar letras humanas en Barbastro, y Filosofía en Zaragoza. Se consagró a ellas con ardor, y los frutos y el aprovechamiento correspondían al interés que puso en sus estudios. Desgraciadamente, por la escasez de maestros que la Provincia experimentaba, hubo de simultanear los estudios con las clases y, lo que es mayor desgracia, hubo de interrumpirlos por la guerra civil entre liberales y legitimistas. Entonces fue cuando nuestro junior hubo de probar la solidez granítica de su vocación; porque alcanzado por la malevolencia, desterrado en medio del mundo, hizo una gran experiencia de su fe y de su vocación, pues como poseía un ánimo que despreciaba las cosas seculares, puesto en la tentación, no abandonó el camino empezado de la vida religiosa, y ni quebrantado por el trabajo, ni seducido por la esperanza, una y otra vez despreció al mundo que le perseguía, y abandonó con ánimo constante. No bien se serenó el ambiente político, y las cosas volvieron a sus cauces, nuestro Andrés se presentó a los Superiores, y por espacio de varios años ejerció con gran aplauso, el magisterio de la Retórica en Barbastro, donde atendió también algún tiempo la dirección de internos.

El P. Máñez fue escogido como uno de los fundadores del Colegio de Caspe. Todo el mundo sabe que no todos valen para las nuevas fundaciones, y que los Superiores seleccionan cuidadosamente el personal que designan a ellas. Deben ser de una virtud probada, de una fidelidad a las Reglas jamás desmentida, de una prudencia exquisita, celosos y expertos en la educación y en la enseñanza de los niños; ejemplar en sus obras y en sus palabras. De eso depende muchas veces el éxito o el fracaso de las fundaciones. Y por eso es de tan capital importancia la elección de los religiosos encargados de hacerlas. Del P. Máñez se ha hecho este retrato que dice bien del acierto con que procedió el P. Provincial al destinarlo al establecimiento de las Escuelas Pías en Caspe. “*Morum suavitate omnium sibi devincebat animos; dicendi copia et eruditione non mediocris Evangelii praedicator evasit; in excipiendis confessionibus cum sedulitate benignus; in sacrorum cultu promovendo cum alacritate indefessus; in contubernio cum hilaritate facilis; in regulari observantia cum gravitate praecipuus*”²⁴⁵. Se ganaba el ánimo de todos con la suavidad de sus costumbres, por su facundia y erudición, fue un no mediocre predicador del Evangelio. Era benigno y constante en escuchar las confesiones, incansable y alegre en promover el culto de las cosas sagradas. Fácil en la hilaridad, el primero en la observancia y en la gravedad religiosa. En los años de permanencia en Caspe, estas cualidades del P. Andrés de San Jorge se pusieron bien de relieve y le permitieron difundir el bien en torno suyo y contribuir eficazmente a mantener las buenas costumbres, y a arraigar las creencias de los vecinos de Caspe.

Todo esto: estos trabajos apostólicos, esas obras de celo, esa bondad de su carácter, le acreditaron un nombre dentro y fuera y los Superiores lo hallaron digno de concederle el gobierno de la casa, para el cual lo reeligieron, terminado el periodo. Realizaba el ideal de

²⁴⁵ Necrología, lugar dicho.

Rector, pues sostuvo la Casa como sobre sus hombros; consideraba una nonada tomar para sí todas las incomodidades, y cargar con las cosas más ingratas. Solo cuando en defensa de los intereses del Colegio hubo de revestirse de fortaleza contra los próceres de la ciudad, se le vio angustiado con íntimo sentimiento, volver los ojos a todas partes, pedir y tomar consejo, y si había algún camino a la conciliación, intentarlo todo antes que tomar medidas más severas. “At ubi pro tuendis collegiis juribus gravem adversus urbis procures animum induere fuit necesse, tunc angustis intimis sensibus, oculos quoque vertere, consilium capere, et si qua conciliatio pareret via, singula tentare, ante quam severiora experirentur”. Estas palabras nos presentan a un hombre tímido e irresoluto, de esos que no obran oportunamente por el temor de chocar, o por la incertidumbre de los resultados, ignorando o pareciendo ignorar que la defensa del Derecho no injuria ni debe ofender a nadie, y que, una vez estudiadas y pensadas las cosas, visto el pro y el contra de los asuntos, se debe proceder, sea satisfactorias o adverso el resultado. Si hubiéramos de obrar con certeza absoluta, jamás haríamos nada, porque nunca se la consigue en este mundo de criaturas libres y contingentes. Algo que arriesgar siempre, y proceder, después de meditar bien las cosas y de tomar las precauciones que están en nuestras manos para evitar el fracaso.

El P. Andrés, que echaba de menos la tranquilidad de tiempos pasados, y que se veía abocado a un pleito, no halló, como los espíritus débiles, otra salida que la huida, por la renuncia del rectorado. No pretendemos con esas palabras echar una sombra sobre el nombre del P. Máñez, porque es difícil sobreponerse a los sentimientos, y la irresolución es peor que un error cuando no se toman todas las precauciones para evitarla. Con su alejamiento facilitaba una solución que con su timidez no habría tomado nunca. Se defendían los intereses de la Orden, que de otra suerte, acaso se habrían abandonado. Fue destinado a Sos, donde pudo consagrarse a sus ocupaciones favoritas: la confesión de los fieles, la predicación de la palabra divina, la oración y los ejercicios de piedad, honrando así sus canas incipientes. “Singularis innocentiae vir angelicis moribus nascentem caniciem honestavit. In excipiendis confessionibus potior et pene jugis illius occupatio; a Verbi Dei praedicatione omnino numquam desistens; orationi et pietatis exercitiis semper intentus”²⁴⁶. Varón de singular inocencia, honró con costumbres angélicas la naciente canicie. Su principal y casi constante ocupación era recibir las confesiones. Jamás cesó completamente en la predicación de la palabra divina, y siempre estaba dispuesto para la oración y para los ejercicios piadosos.

En esto empleaba sus días el P. Andrés de San Jorge: en prepararse para la muerte, y en ayudar a los niños a vivir santamente, para que no lo sorprendiera sin estar preparado. Diríase, vista su salud robusta, que había Padre Máñez para muchos años, pero ¡cuán erróneo hubieran sido estos juicios! Repetidamente, como suele acontecer con esas naturalezas robustas que nunca han tenido una dolencia, se vio fulminado como el roble altivo por el rayo. Un ataque de apoplejía lo dejó sin conocimiento, y no fue posible administrarle más que el Sacramento de la Unción y hacerle la recomendación del alma. El pueblo de Sos, que amaba y respetaba al P. Andrés Máñez, se asoció al dolor de la Comunidad y asistió a los funerales. Su muerte ocurrió el 11 de octubre de 1872, cuando iba a cumplir 58 años de edad y 42 de escolapio.

²⁴⁶ Consueta en el lugar citado.

Capítulo XXIII. Clérigos Antonio Layala de la Virgen del Carmen y Miguel Salinas de San Joaquín

Dos capullos apenas abiertos a la vida que perfumaron los claustros calasancios con el aroma de sus virtudes juveniles. Cultivados con amor por la Escuela Pía antes que se convirtieran en flores y, sobre todo, antes que produjeran otros frutos que los de sus buenas obras, fueron trasplantados de los pensiles de la tierra a los jardines celestiales. Fueron dos ángeles, de cuya compañía apenas pudo gozar del mundo, porque añoraban su verdadera patria, y pronto volaron al cielo. “Si parentum pietas sortitaque a natura indoles optima reedit commendabilem, utrumque prorsus quem deflemus perditum iuvenes facit probatum atque illustrem”²⁴⁷. Si la piedad heredada de los padres y una índole óptima lograda en suerte de la naturaleza, hacen recomendable a un hombre, ambas cosas tornan grato e ilustre al joven que lloramos perdido. Con estas palabras empieza la consuetud del hermano Antonio Layala de la Virgen del Carmen, hijo de Caspe, diócesis y provincia de Zaragoza. Lo único que podemos decir en base de los años que la necrología le atribuye al morir, es que vino al mundo el año 1853, sin poder precisar el mes y el día. Dotado por la naturaleza de las bellas cualidades a que aluden las palabras copiadas más arriba, a nadie causaba extrañeza que Antonio huyera del siglo y buscará en la Religión un refugio para su inocencia, antes que la malicia hiciera presa en su alma. Puro como un lirio, fervoroso como un serafín, devoto y piadoso, se asimilaba todas las virtudes, crecía en santidad a medida que avanzaba en años, y todo indicaba que no era para el mundo, ni este para un corazón tan lleno de Dios y tan desprendido de las cosas de la tierra.

“Nada admirable, por lo tanto, que favoreciera siempre a la gracia divina que le salía el paso, y que experimentara los frutos salubérrimos que producía en su corazón; nada increíble que se empapara profundamente de la santidad cristiana que se le ofrecía; ni extraño que, siendo aún joven, tuviera suficiente prudencia para despreciar al mundo y pedir constante y humildemente ser recibido en la familia calasancia”.²⁴⁸ En estas hermosas palabras sintetiza la vida del Hermano Layala mientras vivió en el siglo el autor de su necrología. No puede decirse más, y esas frases nos da la sensación de que Antonio Layala era un joven excepcional en quien la virtud parecía espontánea, en quien las gracias se complacía en producir maravillas, y en quien la voluntad cooperaba activamente para elaborar el panal de su santidad. Era un poema de pureza, como un arpa sólida que vibraba de amor bajo la acción del Artista divino, que pulsaba sus cuerdas.

Mandado por los Superiores, y conducido a Peralta de la Sal, vistió el hábito de la Orden con inefable consuelo de su alma, y se propuso corresponder a las misericordias del cielo, viviendo para Dios, para la virtud y para la santidad a que deseaba llegar como obligación y meta del estado religioso a que aspiraba. No podemos fijar el día, el mes y el año en que ingresó en el noviciado, pero podemos conjeturar que debió ser hacia 1866. El tenor de vida del Hermano Antonio de la Virgen del Carmen fue el de quien se ha propuesto firmemente un fin y se esfuerza en conseguirlo. Antonio había ingresado en la Orden calasancia para ser santo, y no se contentaba con quedarse en el camino, no quería que su propósito dejara de cuajarse en una realidad tangible. Hizo, por lo tanto, de la Regla el eje diamantino de su vida; y de la oración y de los Sacramentos, las herramientas con que esculpir su alma; y del ejercicio de las virtudes, el medio seguro de alcanzarlas. “Obedientia ei vel maxime

²⁴⁷ Consuetud, en el Archivo de Zaragoza.

²⁴⁸ Necrología número 51 del Vicariato del P. Balaguer.

familiaris; ad modestiam a natura compositus; paupertatis amantissimus; silentii rigidus custos; orationi adictus; Beatissimae Virginis filius obsequentissimus; quae illum petraltensis domus religiosum est demirata, post votorum simplicium professionem etiam studiosum celebravit”²⁴⁹. La obediencia le era sumamente familiar; parecía dispuesto por la naturaleza para la modestia; era amantísimo de la pobreza; observante rígido del silencio; muy dado a la oración; hijo obsecuentísimo de la Bienaventurada Virgen; la casa de Peralta, que lo admiró religioso, después de los votos simples lo celebró como es estudioso.

Carecemos de datos para fijar las fechas de su profesión, y habremos de ponerla vaga y aproximadamente en 1868. Ligado a Dios con los votos, ¡con qué fervor se consagró a darle gracias y a corresponderle con una lealtad de ángel a los sagrados compromisos! ¡Con qué entusiasmo inició los estudios que habían de habilitarlo para los ministerios sacerdotales y magisteriales! Todo le parecía poco para Dios; todo le resultaba insuficiente para el estudio; y logró de tal suerte armonizarlos que ni el estudio perjudicaba a la piedad, ni esta era un estorbo para aquel. “No había en él nada de liviandad, nada de inconstancia, y demostró con un ejemplo egregio que podían convivir el ardor por las letras y el anhelo de las virtudes”. En la misma Casa de Peralta cursó nuestro joven Layala los estudios filosóficos y matemáticos; los demás debería seguirlos en Zaragoza. Vivía para estudiar y santificarse, cuando se manifestaron claramente las miras divinas sobre nuestro Antonio. Se le declaró de repente una tuberculosis galopante que le obligó a suspender sus estudios, no a sus comunicaciones con Dios, que se hicieron más intensas y frecuentes, y en cuatro meses escasos acabó con aquella naturaleza frágil como una flor que se inclina sobre su tallo. También el Hermano Layana de la Virgen del Carmen dobló su cabeza ante la dolencia que lo aquejaba, aceptó resignado la voluntad divina y no pensó más que en prepararse para la muerte que se acercaba, y a la que consideraba como una libertadora. Venía a cortar la vida, cuando todavía se estaba tejiendo en el telar de la existencia, para que, rotos esos grillos que la sujetaban a la tierra, el alma volara al cielo a recoger la corona que sus buenas obras en su vida santa le habían preparado.

Así fue que nuestro Antonio, que siempre había vivido en perfecta unión con Dios, desde el momento que se vio asaltado por la enfermedad de que pocos sanan, no pensó más que en estrecharse íntimamente con su Señor, para fortalecer su corazón y hermosear más y más su alma. Al efecto, se preparó a presentarse ante su Juez, que era también su Padre, fortaleciendo su espíritu con la paciencia, cerrando los oídos a las cosas terrenas, deleitándose en cambio con las celestiales, uniéndose a Dios para estar listo cuando lo llamara al cielo. Nunca se quejó ni se vio en él un signo de impaciencia, lo que fue de mucha edificación para sus hermanos. “Atque illum inter hace memoria dignum, quod longa pressus molestaque aegritudine, nullam vel livissimam medum impatientis, sed nec dolentis animi dederit significationem, cum praecipue usque ad supremum spiritum mente et sensibus constiterit”²⁵⁰. Y entre todas esas cosas, es digno de memoria que, agobiado por una larga y molesta enfermedad, no diera la menor muestra de impaciencia o de dolor, y eso que hasta el último extremo mantuvo el conocimiento y el uso de los sentidos. Avanzaba en tanto la enfermedad, y disminuían las fuerzas, y se le administraron los últimos Sacramentos, que recibió con ánimo sereno y rostro alegre, como quien veía romperse las ataduras que le sujetaban a este mundo de dolores. Plugo a Dios llamar a sí

²⁴⁹ En el lugar dicho.

²⁵⁰ Ibidem.

a este varón justo, “zelo jam maturus, praesentia fastidiens, futuris iniams, expletis brevi multis temporibus”, maduro ya para el cielo, a quién lo presente fastidiaba y lo futuro atraía, habiendo llenado en breve muchos tiempos. Ocurrió su santa muerte, epílogo de una vida virtuosa y preludio de una eternidad feliz, en Zaragoza, el 17 de junio de 1870, cuando el joven Antonio Layala había cumplido 20 años de edad y contaba apenas 5 de vida religiosa.

Nuestros juniors especialmente tienen en este joven religioso un gran modelo a imitar, y ojalá el recuerdo de esta vida sea estímulo para que sigan las huellas de quien se hizo escolapio para ser santo, y no perdió de vista un momento ese objetivo de su vida.

CLÉRIGO MIGUEL SALINAS DE SAN JOAQUÍN. Un poco distanciado por el nacimiento y por la muerte del Hermano Layana, ponemos junto a él por la similitud de la vida y de la muerte al clérigo Miguel Salinas. Nacido en Peraltila, pueblo de la diócesis de Barbastro, colocado a las faldas del Pueyo, la devoción a la Virgen Santísima que se venera en la cima de ese monte y que aprendió de los labios de una madre cristiana, lo guió desde que en él apuntó el uso de la razón por las vías de la virtud, y que la buena índole innata tornó más preclara: “Illico virtutis inire semitam insitamque praeclaram indolem coepit reddere praeclariorem”. Situado Peraltila, a una legua escasa de Barbastro, y vistas las prendas de inteligencia y de virtud que adornaban a Miguel, sus padres, que debían ser más ricos de bienes espirituales que de materiales, lo colocaron de fámulo en nuestro Colegio de la ciudad de los Argensola. Bien pronto, por su aplicación al estudio y a la virtud, y por los progresos que en ambos hacía, sus maestros y superiores pusieron los ojos en el humilde, piadoso e inteligente famulito, y desearon que brotara en su mente la idea de ser religioso, que la alentara en su corazón, y que escogiera para realizarla el Instituto Calasancio. “Ita se pietati et litteris devovens, ut insignem calasanctii filium evasurm in spem nos indicere maximam”²⁵¹, de tal manera se consagraba a la piedad y a las letras que nos inducía a una gran esperanza de que sería un insigne hijo de Calasanz. Sabían perfectamente los religiosos del Colegio de Barbastro el tesoro que tenían en Casa, y era natural que ansiaran conquistado y conservarlo para la Orden, para el apostolado de la educación y de la enseñanza.

Lo mismo que del Hermano Layana, solo conjeturalmente, por el año en que murió y por la edad que tenía en el momento de su deceso podemos decir que Miguel había nacido en 1854. y que tomó la sotana en 1868 aproximadamente. Desde el día en que ocurrió ese hecho, no pensó más que en ejercitarse en las virtudes que preferentemente necesita un escolapio, en preceder a sus hermanos con el ejemplo, en honrar el piadoso hábito que había vestido con sus costumbres angélicas, con lo que hermoseó y perfeccionó su alma. Cumplido el noviciado, como su comportamiento había sido ejemplar, sus progresos en las vías de la virtud admirables, y daba esperanzas ciertas y ofrecía, garantías de perseverancia, fue admitido a los votos simples que emitió en Peralta. No bien se unió a Dios con la profesión, los Superiores lo enviaron al juniorato para iniciar sus estudios profesionales y sacerdotales. Aquella aplicación y facilidad con que había dado muestras espléndidas cuando de niño estudiaba en Barbastro, el junior Salinas las confirmó y sobrepasó en el juniorato, porque “quem natura ad virtutem recte conformaverat at, haud quaquam ad studia ineptum fecit”, al que la naturaleza había formado rectamente para la virtud, no lo hizo inepto para los estudios. En las Matemáticas fue un asiduo explorador de

²⁵¹ Necrología nº 69 del Vicariato del P. Balaguer.

las verdades que las integran; en Filosofía pesaba diligentemente los sistemas, y las razones en que sus creadores los fundaban; en Teología ahondaba profundamente; y en cualquier cosa que emprendiera, diríase que recordaba verdades ya conocidas, más que aprendía conocimientos nuevos. El Hermano Salinas constituía una bella esperanza para la Provincia, tanto por sus prendas morales como por sus dotes intelectuales. Era piadoso, observante, asiduo en la oración y amigos del retiro, caritativo, dócil y humilde, lo que presagiaba un excelente religioso. Tenía capacidad poco común para las ciencias, se aplicaba a ellas con pasión, y todo le parecía poco para enriquecer su inteligencia, lo que era promesa de un maestro preparado, y anuncio de un profesor eximio.

Pero nuestro Clérigo Salinas maduraba para el cielo más que para la tierra; lo predestinaba Dios para sí, y no para las Escuelas Pías en este valle de lágrimas. Estas no disfrutarían más que del recuerdo de sus bellas prendas y del aroma de sus virtudes. El paraíso recogería su alma que había de cumplir su carrera terrestre muy pronto. Tal vez por efecto del entusiasmo que puso en el estudio, su salud empezó a resentirse, por lo que hubo que sacarlo de Zaragoza y enviarlo a Sos para que allí descansara y se distrajera, pero inútilmente. La enfermedad se agravó y Miguel hubo de acostarse. Aquí se manifestó el temple de alma de aquel joven escolapio: entonces se pusieron de relieve todos los quilates de virtud de aquel religioso ejemplar; en aquellas circunstancias se reveló en todo su esplendor la grandeza de aquel enfermo en la plenitud de la adolescencia, y que sentía la muerte rondar en torno suyo. Había vivido siempre preparándose para ella, y la esperaba como a una conocida, como a una amiga, como a una libertadora. Tenía su pensamiento puesto en el cielo, y se alegraba de que se acercara el momento de ir a él a gozar de la bienaventuranza y de la verdad eterna. No pensaba más que en robustecer su alma con los santos Sacramentos, y en conseguir la protección y ayuda de la Santísima Virgen, para presentarse tranquila y confiadamente ante el tribunal de Jesucristo. “Nec impendunt obitus dolorem ratione depellere fuit necesse: quin potius laeto animo aspiciens mortem circumstantem, is unum habuit in votis pius juvenis, usque eo tantummodo spiritum ducere; ut sacramentorum virtute roboratus, Beatissimaeque Dei Genitricis suffulsus ope, fidenter coram Christo posset consistere”. No hubo necesidad de alejar el dolor del óbito que amenazaba, sino que mirando con ánimo alegre la muerte que le rondaba, lo único que el piadoso joven deseó fue que, robustecido con la virtud de los Sacramentos y auxiliado por la Purísima Madre de Dios, pudiera presentarse confiado delante de Cristo. Todo le fue otorgado por los ruegos de la Santísima Virgen, y la gracia que él había pedido de morir en sábado, pues era ese día de la semana el 13 de junio de 1874 cuando nuestro hermano Miguel Salinas de San Joaquín, rotos los vínculos de la carne, pudo remontar desde esos el vuelo a las regiones de la gloria para vivir con Dios eternamente. Había cumplido 20 años, y hacía cuatro que militaba en las huestes calasancias por los votos religiosos.

Capítulo XXIV. Rmo. P. José Balaguer de los Dolores

Jaca y Zaragoza pueden disputarse el honor de haber preparado para la Escuela Pia este bello florón suyo, que fue el P. José Balaguer de los Dolores, nacido en Sallent, diócesis de Jaca, a 22 de agosto de 1805. Sus primeros estudios los hizo en esta ciudad y en nuestro Colegio, y en él recibió los gérmenes de aquella virtud que lo distinguía. Arraigó la piedad en su corazón y perfeccionó sus estudios en las Escuelas Pías de Zaragoza, que también fueron madre espiritual de este edificante religioso. Fue una de las grandes figuras que la Provincia de Aragón tuvo en la segunda mitad del siglo XIX, uno de los escolapios más beneméritos de España. Eso explica que su necrología empezara con ese grito de dolor,

que sintetiza su vida: “Decessit e vita pro dolor! Rmus. P. Joseph Balaguer a Virgine Dolorosa, Religionis nostrae amantissimus Pater, Provinciae Aragonaie robur firmissimus, domus nostrae Caesaraugustanae gloria et decus praecipuum”²⁵². Cesó la vida, ¡oh dolor!, del P. José Balaguer de los Dolores, Padre amantísimo de nuestra Religión, apoyo firmísimo de la Provincia de Aragón, gloria y principal ornamento de nuestra Casa de Zaragoza. Desde la niñez, desde que frecuentaba nuestras escuelas de Jaca, dejó adivinar lo que sería andando el tiempo. Sus muestras de piedad, su modestia angélica, su brillante talento, su candor virginal, eran la admiración de todos, que presagiaba había de ser un joven modelo y hombre ejemplar en cualquier dirección que siguiera. Adornado con tales carismas, sería natural que realizara grandes progresos en la virtud, que aprendiera a la perfección la doctrina cristiana, y que adquiriera con sorprendente facilidad todos los conocimientos primarios.

Con el mismo aprovechamiento, cursó con los nuestros de Zaragoza las Humanidades y, deseoso de sustraerse a las seducciones del siglo, solicitó el ingreso en la Orden Calasancia. Satisfechos sus anhelos por la convicción profunda que los Superiores tenían de que adquirirían un tesoro, y enviado a Peralta de la Sal, tuvo el consuelo de vestir la librea del Instituto al 9 de julio de 1822. Ofició en el acto el P. Manuel Foz de San Joaquín, Rector de la Casa, que ostentaba la representación del Prepósito Provincial, Benito Estevan de San Antonio. Así lo leemos en el Libro de los Profesos, pero no existió tal Provincial canónicamente elegido; era el inspector o algo parecido que colocó el Gobierno Constitucional del trienio 1820-1823, cuando suprimió los Superiores mayores de las órdenes religiosas, las sometió a la jurisdicción de los obispos y dio a las Comunidades la facultad de elegirse sus Rectores. Inició su noviciado con gran fervor, acuciado por el deseo de imitar a San José de Calasanz, y movido por el propósito de ser un perfecto religioso. Hizo de la modestia, del retiro, de la práctica de las virtudes, de la oración y de la frecuencia de Sacramentos los medios eficaces para adquirir la santidad y empaparse hasta la saturación del espíritu de la Orden. “Modestia, silentio, et omnium virtutum genere excelens, morum gravitate inter condiscipulos conspicimus, quidquid temporis ab orationis studio, reliquum erat, optimorum librorum lectioni addiscendi cupidus impendebat”²⁵³. De esta manera, el novicio Balaguer voló más que corrió por los caminos de la virtud, y de tal suerte se aprovechó de las lecciones y de las gracias recibidas que a los doce meses de noviciado fue admitido a la profesión religiosa, que le tomó el mismo P. Foz, el 31 de julio de 1823, en representación del P. Provincial Rafael Paracuellos del Ángel Custodio.

La aplicación al estudio del junior Balaguer, y el aprovechamiento con que cursó su carrera correspondieron a los antecedentes que de él conocemos, y sus adelantos en la virtud fueron los que eran de esperar de quien se había hecho religioso por motivos sobrenaturales. El neoprofeso José de los Dolores no perdía de vista el “porro unum est necessarium” de Jesucristo, y procuraba conocer, amar y servir a Dios cada día más, y unirse con él íntimamente por una vida interior intensa, y el estudiante que se preparaba para el sacerdocio y para el profesorado se entregaba al estudio con ardor siempre creciente, que se demostró en la brillantez de sus pruebas de fin de curso. En Filosofía se conquistó gran estimación de sus profesores; en Teología consiguió el aplauso de sus

²⁵² Archivo de la Provincia de Aragón, Sufragios de los religiosos de las Escuelas Pías, número 11 del Vicariato del P. Martra.

²⁵³ Lugar dicho.

condiscípulos; y en lengua latina, arte, oratoria y poesía, recogió una cosecha magnífica y abundante. Cuando terminó su formación espiritual y su preparación científica, nuestro José se había creado un nombre, y gozaba del prestigio de sus virtudes y de sus talentos. Y acaso muchos saludaron en el joven escolapio que tanto prometía y tantas esperanzas daba al futuro orador famoso, al eximio maestro, al delicado poeta, al Superior vigilante, al religioso ejemplar que todos conocieron y admiraron.

Un joven de tales condiciones, con un bagaje de conocimientos y con un cúmulo de virtudes como las que hermoseaban el alma y enriquecían la inteligencia del Hermano Balaguer, puesto en la piedra de toque de la escuela y en el crisol de la enseñanza, donde se ensaya y comprueba si lo que parece oro lo es en realidad, o solo vil oropel, dio de sí las pruebas más gallardas de capacidad y de celo. Se le encargó primeramente la escuela de leer y escribir con los internos de Zaragoza, y la desempeñó con tal maestría, y fue tanto el éxito de su trabajo, que “se creó un nombre clarísimo”, y los niños consiguieron un “máximo aprovechamiento”. Así, con superlativos de los que no se prodiga, ni cosa parecida, nuestra Provincia, le tocó iniciar su carrera docente en tiempos difíciles para España y para la Escuela Pía, pero “nuestro José, ocupado siempre en su ministerio, jamás declinó de la observancia regular, y, aborrecedor de las reuniones, siempre se manifestó aficionadísimo de las letras”.²⁵⁴ El mismo tenor de vida, aumentado con la predicación de la divina palabra, y con el servicio del confesonario, siguió nuestro José en Barbastro, donde permaneció algunos años enseñando Gramática, Retórica y Poética, con aplauso de todos, de propios y extraños, de autoridades y de particulares, lo que le concilió y ganó la estimación y el respeto de los barbastrenses.

Aquí fue donde empezó a manifestarse, y se puso de relieve en todo su brillo y reciedumbre, la personalidad de múltiples facetas del P. José Balaguer de los Dolores. Además del maestro capaz; aparte del educador celoso; fuera del predicador elocuente de Jesucristo Crucificado; sobre el confesor y el director experimentado, apareció el consejero comprensivo y el sacerdote prudente, que fue el depositario de todas las penas, el receptáculo de todos los dolores, el confidente de todas las tragedias que embargaban las almas, desgarraban los hogares. Todos los problemas de las familias, todas las diferencias de los esposos, todas las cuestiones de los amigos, cuanto angustiaba a las almas y amargaba los corazones, y preocupaba a las personas; todo llegaba en consulta, en busca de solución o en demanda de consuelo hasta el P. Balaguer, que fue el médico de todas las dolencias morales, el hábil cirujano que extirpó con su palabra los tumores malignos del odio y del prejuicio, el consejero desinteresado y entendido que inundó de luz y de consuelo los casos más oscuros y que parecían más desesperados. “Quidquid enim arduus tam intus quam foris aveniret, ad Josephum nostrum unanimi assensu deferebant, et ea, qua praeditus erat prudentiam, familiarum pacem servabit et civium lites et discordias composuit, omnes ad bonam frugem et populorum tranquillitatem adhortando”²⁵⁵. Todos los asuntos arduos, tanto internos como externos, que ocurrían, eran llevados a nuestro José por unánime consentimiento, quien con aquella prudencia que lo adornaba, conservó la paz de las familias y curó las luchas y las discordias de los ciudadanos, exhortándolos a todos a la buena convivencia y a la tranquilidad de los pueblos.

Un religioso de las prendas del P. Balaguer estaba indicado para la enseñanza superior, y para la dirección espiritual de nuestros juniors, y así lo comprendieron y lo hicieron los

²⁵⁴ Necrología, número 11.

²⁵⁵ Elogio fúnebre, ibid., nº 11.

que estaban al frente de la Provincia. Nombraron, pues, al P. José lector y maestro de nuestros estudiantes, y entonces dio la medida de su amor a la Orden, y se manifestó la calidad de sus talentos y de sus virtudes. Cuanto era y cuanto valía; lo mejor de su alma; lo más brillante de su inteligencia; lo más recio de su voluntad; lo más delicado de su corazón; todo lo puso al servicio de ese ministerio que se le había confiado. Sabía cuánto necesitaba la Provincia de maestros preparados y de educadores celosos; no ignoraba cuán grande era el honor y cuán terrible la responsabilidad que el cargo involucraba, y no quedaría por él, perecería antes en la demanda, al dar satisfacción completa a lo que se le encomendaba. En efecto, cuidó de la preparación científica de los neoprofesos como maestros y como sacerdotes, y se preocupó seriamente de su formación religiosa a título de educadores. “Saluberrimos, leemos, sapientiae fontes illis resedavit, et piis monitis, solertia innerrabili, summaque prudentia plures per annos eorum curam duxit”²⁵⁶. Les patentizó las salubérrimas fuentes de la sabiduría, y con piadosas amonestaciones, cuidado inenarrable y suma prudencia, tuvo el cuidado de los juniores durante muchos años. Los frutos correspondieron a sus desvelos, y el paso del P. Balaguer por el juniorado como lector y maestro se distinguió por los quilates de virtud y por el grado de preparación de los juniores.

Quien tan rectamente se había gobernado a sí mismo durante la infancia, y tanta habilidad había mostrado en el trato con los niños, y tanto tacto mostró en la dirección espiritual y en el consejo, daba esperanzas fundadas de que, puesto al frente de una Comunidad, la llevaría suave y firmemente por los derrotados de su progreso. Había cumplido 53 años, y no había desempeñado cargos de superioridad, bien que había cooperado activamente al gobierno de la Provincia como consultor y secretario. En la promoción de 1858, el P. José de los Dolores fue nombrado Rector del Colegio de Alcañiz, pero ese mismo año recibió la patente de Rector fundador del de Caspe. Se ha dicho, con fundamento o sin él, no lo sabemos, que la fundación del Colegio de Caspe la hizo un partido político, y en beneficio de los ricos. Fuera o no esto cierto, el hecho es que desde el primer día contó con la enemiga de los hombres del partido contrario, y con la indiferencia de las clases populares. Se necesitaba, pues en la Ciudad del Compromiso, por eso y por ser nueva fundación, un hombre de experiencia en los negocios y de tacto en el trato con las personas. El Provincial lo tenía al alcance de la mano y lo utilizó, seguro de que saldría con honor y capearía el temporal con su experiencia y con el don de gentes que poseía. Era el P. José Balaguer de los Dolores. “Desavenido los ánimos de los ciudadanos, que sentían diversamente acerca de la fundación de las Escuelas Pías, el José calmó, con su palabra y sus obras, los tiempos nebulosos, y pronto conquistó para el amor de nuestro Instituto a las voluntades adversas”.²⁵⁷ No vamos a dudar de esta afirmación ni del autor de la necrología, pero a través de la breve historia del Colegio de Caspe persisten las mismas pasiones y se mueven los mismos enemigos. Sería un triunfo personal y momentáneo del P. Balaguer, porque esos mismos personajes fueron los que con su actitud, obligaron a los escolapios a retirarse. Eso no obstante, la personalidad del P. Balaguer se impuso, y con su tacto, con su prudencia, con su alejamiento de los partidos políticos, con su ecuanimidad y con su trabajo en la escuela y en la iglesia, triunfó y se impuso a amigos y adversarios. Estos aceptaron la tregua, que las dotes personales del P. Rector les imponía, pero no depusieron las armas ni los prejuicios. “En breve espacio de tiempo y con su laudable

²⁵⁶ En el mismo lugar.

²⁵⁷ Elogio póstumo. *Ibídem*.

proceder, a unos los afirmó en la estimación del Instituto, y venció a los que sentían mal de él, porque no podían resistir a sus virtudes ni mostrarse sordos a sus palabras”.

Los talentos, la habilidad para los negocios, las dotes de gobierno y el don de gentes que eran otras tantas facetas de este varón excepcional que fue el P. José Balaguer, exigían más vasto campo que el reducido de un colegio establecido en una población de sexto o séptimo orden, y Su Santidad el Papa se lo brindó al nombrarlo Asistente General de la Orden en España. Entonces tuvo cabal aplicación el cúmulo de talentos que adornaban al P. Balaguer, y como dice su consuetud, los propios y los extraños celebraron tal nombramiento. “Ne vero tantae doctrinae flumen et in negotiis gerendis dexteritas arctioribus quam par erat finibus coercerentur, sed uberrimi in universum Ordinem fructus perpetuos exsudent. Assistens Generalis Provinciae Aragoniae a S.S. D.N. Papa Pio IX renunciatur; quam quidem electionem et nostri et exteri máxima laetitia exceperunt”²⁵⁸. Cuatro años desempeñó el P. Balaguer este cargo, prestando al Vicario General una colaboración activa, sincera e inteligente en el gobierno de las Escuelas Pías de España. Actuó también como Secretario, y puso a contribución su talento, su actividad y su amor a la Orden en el cumplimiento de los deberes que le son propios. El P. Vicario General podía descansar en el celo, en la destreza y en la experiencia de su Asistente-Secretario, en la seguridad de que haría las cosas bien y de que cuidaría con diligencia los intereses del Instituto.

En 1869 se celebró Capítulo General para la renovación de autoridades, y de tal suerte pesaban en el ánimo de los Capitulares las dotes que adornaban al Asistente de Aragón, de tal manera se impusieron su discreción, su prudencia y su capacidad para los negocios y celo de la observancia, su amor a la pobreza, sus virtudes, que acumuló en su propia persona todos los sufragios de los electores; no faltaba más que el suyo. Aceptó humildemente la dignidad que se le confería, pero se esforzó, y lo consiguió, en cumplir ampliamente las obligaciones que le son propias. Era a raíz de la revolución de septiembre y tiempos difíciles para las Órdenes religiosas, en los que suelen aflojarse los resortes de la disciplina, y se producen casos aislados o generales de relajación, que los Superiores deben extirpar de cuajo. Fue el programa que el nuevo Vicario General se propuso, junto con el de levantar el nivel intelectual de los colegios, a lo que se dedicó con todas sus energías y con todo su amor a la Orden. “Difficilimis temporum calamitatibus regularem observantiam in pristinum vindicare splendorem estagebat, et Ordinis nostri illustrandi cupiditate maxima extuans, nihil omnino praetermisit ad rem nostram litterariam perficiendam et ad Collegiorum inopiam sublevandam”. En las de difícilísimas calamidades de los tiempos, procuraba devolver el primitivo esplendor a la observancia regular, y abrasado por el deseo de ilustrar nuestra Orden, no omitió enteramente nada para mejorar nuestros estudios y socorrer la pobreza de nuestros colegios.

El P. Ramón Valle, su predecesor, había iniciado y casi terminado las obras de la reparación de la capilla del Santo Padre de Peralta de la Sal, y el P. Balaguer se propuso continuar y terminar los trabajos, a cuyo objeto interesó a la Provincia, a las Casas, a los individuos, y a ciertos discípulos, y el 25 de agosto de 1872 tuvo el consuelo de inaugurar solemnemente la restaurada capilla. Dio al acto cuanta solemnidad fue posible, y asistieron representantes de las cuatro Provincias escolapias de España. Siempre hemos oído decir que el dístico que coronaba el altar mayor lo había compuesto el P. José Balaguer, pero no

²⁵⁸ Lugar citado, necrología oficial, en el Archivo dicho.

conocemos documento alguno que lo confirme. Fue esa la última empresa exterior que el P. Balaguer llevó a cabo, porque luego hubo de preocuparse de preparar las cosas para el Capítulo General de 1875, y de girar la visita canónica a los colegios. En eso se le pasaron los años, y si pudo creer que el Capítulo lo descargaría de todo puesto de responsabilidad, se equivocó por completo, pues lo eligió Asistente General, y hubo de colaborar con el nuevo Vicario en el gobierno de la Orden. Nadie estaba en mejores condiciones que él para asesorarle, por el conocimiento que tenía de las Provincias, de las Casas y de los individuos; por la experiencia de los negocios y de las personas; y por la facilidad para encarar y resolver los asuntos más intrincados.

Lo único que pudo hacer fue retirarse a Zaragoza para vivir tranquilamente y acudir desde allí donde el Vicario lo llamara para sus consultas y para las reuniones ordinarias y extraordinarias que la Congregación General celebraba. Yendo precisamente a Madrid en compañía del P. General para una de esas reuniones, se enfermó gravemente y hubo de quedarse en Alcalá de Henares, hasta que, algo restablecido, pudo regresar a Zaragoza. Era el principio del fin de aquella existencia fecunda y de aquella vida ejemplar, porque empezó a decaer visiblemente y se le administraban los Sacramentos. Un rasgo que acaba de perlar la fisonomía de ese gran escolapio, que hasta exhalar el postre suspiro quiso servir a su Madre la Escuela Pía, y dejar a sus hermanos documentos vivos de vida eterna. Recibido con muestras de gran piedad el Santísimo. Viático, el P. José exhortó a los presentes a la observancia regular, condición de todo progreso en las Órdenes religiosas y medio seguro de asegurar las bendiciones del cielo, sin las que ni el que planta ni el que riega son nada y ¡ejemplo, digno de admiración y de recuerdo! pidió a todos perdón humildemente. Ya no pensó más que en unirse más estrechamente con Dios, y en disponerse para recibir la Extremaunción con pleno conocimiento. Con un crucifijo en las manos, y rezando frecuentemente, himnos sagrados y salmos en compañía de los sacerdotes que rodeaban su lecho, llegado el momento de pasar a la eternidad, apretó el crucifijo contra su corazón, y expiró tan plácidamente como había vivido. Fue en Zaragoza, el 7 de enero de 1876, a los 72 años de edad de 54 de religioso.

Conocido este acontecimiento luctuoso, los numerosos amigos y discípulos que el P. Balaguer tenía en la ciudad lo lloraron sinceramente. Rodearon su túmulo discípulos, clero, el mismo Sr. Arzobispo que lo visitó varias veces durante su enfermedad, y asistieron en gran número a sus funerales. La muerte de ese varón ilustre de las Escuelas Pías fue una gran pérdida para la Orden, pero especialmente para la Provincia de Aragón, de la que era el principal ornamento. Razón tenía, pues, el autor de su consueta para escribir “Amissimus simul Patrem carissimum, praeceptorem indefessum, et regularis observantia exemplar commendatissimum. Bonne Deus ! Tot calamitatibus oppressos, tantis fractos laboribus haec tandem claudes numquam satis lugenda manebat”. Hoy perdimos de golpe a un padre amadísimo, a un profesor incansable, a un modelo de observancia regular sumamente recomendable. ¡Buen Dios! Oprimidos por tantas calamidades y quebrantados por tantos trabajos, nos quedaba finalmente esta desgracia que nunca lloraremos bastante.

Capítulo XXV. M.R.P. Juan Crisóstomo Sena de San Joaquín.

Una que de las notas que su necrología hace resaltar en la vida del P. Juan Crisóstomo es la firmeza de sus opiniones, una vez tomadas. Pensaba las cosas, las estudiaba bien, pero una vez que se decidía, era inflexible, mantenía su resolución contra viento y marea. Si esta modalidad del P. Sena hubiera sido expresión de un capricho, sería condenarle, pero como

respondía a convicciones hondamente arraigadas, era muy laudable; porque debemos resolvernos a hablar y mantener esas resoluciones. Un Superior, sobre todo, no debe cambiar como una veleta, y debe resistir los embates de los intereses encontrados y de las influencias interiores y exteriores, que de aceptarlas le obligarían a tejer y a destejer constantemente. Claro que esa reciedumbre de carácter ofrece sus puntos débiles y puede tener sus quiebras, pero es preferible a ese modo de ser irresoluto, que nunca se decide a hablar por temor a equivocarse. Y es mejor hacer las cosas, aunque sea con un margen de error y con riesgo de equivocarse, que dejar pasar el tiempo y perder oportunidades magníficas por falta de esa certeza que buscan los irresolutos y que jamás tendrán en las cosas humanas.

El P. Juan Crisóstomo Sena nació en Barbastro el 27 de enero de 1808, y podemos dar por cierto que frecuentó nuestras escuelas, que durante dos siglos han sido las únicas que había en la ciudad. En ellas cursó la primera y la segunda enseñanza, y libó el néctar divino de la piedad, que insensiblemente le llevó a la vida religiosa. La abrazó en circunstancias en que suponía cierto heroísmo, por la incertidumbre del porvenir, y por las persecuciones de que eran blanco las Órdenes monásticas de parte de los gobiernos. En Peralta de la Sal, el P. Rector Mariano Bayod de San Joaquín le impuso la sotana calasancia, el día 29 de noviembre de 1823. Había cumplido ampliamente los tres lustros, y debía dar cuenta cabal de lo que significaba ingresar en un Instituto religioso, pues se propuso, y cumplió fielmente su propósito, adquirir las virtudes propias del estado que había abrazado: avanzar por las vías de la perfección hasta escalar las más altas cumbres, y hacerse un escolapio modelo. Y ciertamente que lo cumplió, pues a los dos años los Superiores lo hallaron digno de consagrarse a Dios, y le autorizaron para hacerlo. Fue el 4 de diciembre de 1825 y le recibió la profesión el P. Bayod, delegado del P. Provincial Joaquín Esteve. Aunque no lo afirma su consuetud, creemos firmemente que alternó la enseñanza con los estudios, pues nos entera de que los de Filosofía y Teología los efectuó en Fraga, colegio recién fundado y que nunca fue juniorato.

Desde el principio de su ministerio docente, el joven Juan Crisóstomo procuró realizar en sí el ideal del perfecto escolapio, pues no solo enseñaba los conocimientos humanos como maestro, sino que educaba cristianamente, inculcando a sus alumnos las normas del bien vivir, con la palabra y con el ejemplo. Pero al palenque de las luchas y el campo de los trabajos, y el escenario de las glorias del P. Juan Crisóstomo Sena como educador y como profesor fue Alcañiz, donde permaneció diez y nueve años. Allí recorrió todos los grados de la enseñanza de las Humanidades, que todavía estaba en gran predicamento; desde las primeras nociones de latín hasta la Retórica, con el aplauso del público que palpaba los quilates del trabajo que hacía, con notable aprovechamiento de los alumnos y con gran prestigio suyo y del Colegio. De los buenos profesores, de los pedagogos celosos y abnegados, de los que saben mantener el orden y la disciplina, salen los rectores modelos, porque han adquirido hábitos de regularidad, son incansables en el trabajo, saben prevenir los conflictos y las situaciones peligrosas, y si se producen, la práctica de la escuela les facilita y proporciona una salida honrosa, y una solución satisfactoria. Por eso precisamente, con un alto espíritu práctico y gubernativo, nuestras Constituciones exigen que los candidatos al rectorado durante diez años por lo menos hayan cumplido bien y laudablemente el ejercicio de la enseñanza, porque quien no supo mantener la disciplina, no sabrá gobernar un colegio.

En 1852, el P. Crisóstomo fue elegido Rector de Jaca, y, reelegido, perseveró allí hasta 1858, preocupado en defender los intereses materiales, y en mantener los fueros de la piedad entre los niños, y de la observancia entre los religiosos. Lo consiguió fácilmente, porque el P. Sena era piadoso y observante, daba ejemplo alumnos y súbditos, y no hay como él para arrastrar a los demás; pudo contener a todos en el cumplimiento del deber, porque él era el primero que se contenía. Pero este cargo de superioridad no era más que un ensayo para lo que le esperaba. En efecto, el año 1858 fue elevado al provincialato, y quien había sido un Rector celoso, se suponía que sería un Provincial vigilante. “Qui optime Rectoratum excerserat, dignus fuit cui committeretur Praefecturam Provinciae; et qui in illo munere regularis observantiae inventus est severissimus custos, in hoc visus est disciplinae rigidissimus exactor”²⁵⁹ El que había desempeñado óptimamente el rectorado, fue hallado digno de que se le confiara la gobernación de la Provincia, y quien en aquel cargo fue custodio severísimo de la observancia regular, pareció en ese celador rigidísimo de la disciplina. ¿Qué mejor elogio puede hacerse de un hombre a quien se ha colocado al frente de una Comunidad o de una Provincia, que afirmar que había sido un defensor incansable de la Regla, y un promotor constante de la disciplina? Nada más, y en estas cuatro líneas está sintetizada la vida de Superior del P. Juan Crisóstomo Sena.

Creemos que toda la vida y todas las obras de este hombre están en esas palabras, y en estas otras que las completan. “Varón de singular constancia y gravedad, y de fuerza de voluntad increíble, lo que una vez intentaba lo emprendía decididamente, lo sostenía virilmente y lo continuaba hasta el fin, invariablemente. No le preocupaba si mortificaba a los hombres; le aterrorizaba desagradar a Dios”.²⁶⁰ Es decir, que el P. Sena tenía como norma y punto de mira de sus acciones a Dios, su gloria y su servicio; y todo en su vida, en sus obras, en sus empresas, giraba en torno de esos elevados objetivos. Los hombres no contaban para él más que en el grado y en la medida en que entraban en esas ideas y sentimientos, pero si los contrariaban prescindía de ellos y seguía adelante. Aspiraba y buscaba en todo a dar gloria a Dios, y no se preocupaba de agraviar a los hombres. Era naturalmente atento, delicado, organizativo con ellos, pero entre la criatura y el Creador, no había duda que sus preferencias eran para este, aunque aquella protestara. No debe extrañar que esa rectitud chocara, ni que semejante inflexibilidad le acarrearla disgustos, porque algunos se daban por ofendidos de esa firmeza de carácter de que daba muestras el P. Juan Crisóstomo Sena, y que sus siete años de provincialato estuviesen entretejidos de sucesos gratos e ingratos. “Nihil ergo mirum... aliquorum animos offendisse, septeniumque fere totum quo provincialatu tenuit, gratis ingratisque eventibus fuisse per mixtum”²⁶¹ Es el triste sino de los Superiores, y sobre todo de los independientes, de los que por carácter o por educación son algo duros: no son comprendidos, y por lo común son malinterpretados. Tal vez le ocurrió algo de esto al P. Juan Crisóstomo; y creemos que leyendo un poco entre líneas las frases últimamente copiadas, eso quieren indicar, aunque veladamente. De todos modos, fue un Provincial celoso y vigilante, que se preocupó de elevar y asegurar el nivel de la observancia en las Casas de la Provincia.

Durante su provincialato se abrió el Colegio de Caspe, digno de mejor suerte. Era un gran centro de vocaciones y una población que prometía, pero que no prosperó por las pasiones de los hombres exacerbadas por la política, como hemos recordado. Hacía tiempo que la

²⁵⁹ Número 1 del libro de sufragios del Colegio de Zaragoza, en su Archivo. Número de orden 17.

²⁶⁰ Necrología, en el lugar dicho.

²⁶¹ En el mismo archivo, consueta del P. Sena.

enfermedad rondaba en torno al P. Sena. Los años le pesaban como una carga, y le fallaba la cabeza, por lo que cuando aún era tiempo, renunció al honor y a la carga del provincialato. Quedó como Asistente, y desempeñó la prefectura de las escuelas por algunos años; pero creciendo la debilidad nerviosa que repercutió en la cabeza, hubo de cesar en sus funciones y consagrarse a Dios, a su servicio y a su alma. Perdió sucesivamente el habla, la razón y el movimiento, y así estuvo más muerto que vivo hasta que, incapaz de sacramento, se le administró el óleo de los enfermos y murió tranquilamente en Zaragoza el 22 de junio de 1876, cuando había cumplido 68 años de edad y 53 de vida religiosa.

Capítulo XXVI. M.R.P. Cosme Vallés de San Joaquín

Hay hombres de una actividad tan fecunda, y de una longevidad tan extraordinaria, que uno llega a considerarlos como incansables e inmortales, y se ilusiona con que jamás desaparecerán del mundo para consuelo, estímulo y ejemplo de sus hermanos. Uno de ellos fue el P. Cosme Vallés, que nacido en Belmonte, Arquidiócesis de Zaragoza, el 21 de marzo de 1784, murió en Barbastro el 12 de octubre de 1877, cuando había cumplido 93 años, de los que 79 los había pasado en la Orden. Era el decano de los escolapios españoles. Desde nuestra infancia hemos oído hablar con encomio de este venerable hijo de San José de Calasanz, y podemos decir que lo amamos y respetamos desde que la razón despuntó en nosotros. No extrañará, pues, si en estas páginas dedicadas a su memoria se trasunta algo de ese cariño que sin conocerlo le hemos profesado. Lo conocimos en efigie en aquel histórico cuadro que había en el claustro primero del Colegio de Barbastro, que él hizo pintar, y que recordaba la Comunidad de esta Casa en el momento de recibir la noticia de la restauración legal de la Orden en España. A la sazón, el P. Cosme, hombre ya maduro, era Rector, y había gobernado y defendido los intereses del colegio durante el ominoso decenio que entonces terminaba. Era un documento histórico de valor inapreciable que, como tantas otras cosas, desapareció a manos de los rojos enemigos de España y de la cultura.

El Cosme era en la Provincia una reliquia del pasado, una columna del presente y una esperanza para el futuro. Por eso su muerte, aunque prevista, fue un golpe tan duro para los nuestros, y arrancó a su biógrafo estas exclamaciones, que son un elogio sintetizado y un resumen abreviado de su vida: “*Priscum Religionis ornamentum; ipsius quondam praecipua salud et fortuna periit!... Pater pauperum, Amator puerorum, Calasantiae familiae Vas chartatis et prudentiae prorsus disparuit!*”²⁶² Pereció el primer ornamento de la Religión, su principal fuerza y riqueza en tiempo!... Desapareció completamente el padre de los pobres, el amante de los niños, el vaso de caridad y de prudencia de la familia calasancia. Todo eso lo había conjugado en sí mismo aquel claro varón, alimentado en nuestras escuelas para la piedad y preparado para el saber en las mismas. Así educado y formado, y en posesión de una naturaleza abierta y de altos pensamientos, creyó indigno de él, a título de hombre y de cristiano, dejarse dominar por las cosas livianas y vacías del mundo, y juzgó que nuestro Instituto era el más adecuado para satisfacer sus anhelos de perfección, y el más acomodado para su razón y sus costumbres. Solicitó, pues, vehementemente el ingreso en él, y lo consiguió fácilmente. Se trasladó, pues, a Peralta de

²⁶² Archivo de la Provincia de Aragón. Sufragios de los religiosos de las Escuelas Pías, número 27 del Vicariato del P. Martra, impreso.

la Sal, cuyo Rector, P. Domingo Hernández del Salvador, le vistió la sotana el 1 de mayo de 1798.

No es posible describir los transportes del alma del joven novicio cuando se vio con el hábito calasancio que tanto había anhelado, y el fervor con que se dedicó a la adquisición de las virtudes. Todo le parecía poco para llegar a la meta que se había propuesto, que era la que debía ser: esforzarse por ser un perfecto religioso. En la oración, parecía como transportado y extasiado; en la mortificación, un anacoreta; en la devoción, un serafín; en el silencio, un cartujo; en la caridad, un Paulo que se hacía todo para todos. Con esto arrancó pronto de su espíritu los malos hábitos del siglo y los resabios del mundo; adquirió las virtudes del perfecto escolapio; avanzó a pasos de gigante por las vías de la santidad, y al cumplir los dos años de su noviciado, la crisálida se había convertido en mariposa, y pudo ser fácilmente admitido a pronunciar sus votos. Los hizo en Peralta de la Sal el 2 de mayo de 1800, en manos del mismo Rector, P. Domingo Hernández. Allí mismo cursó las Humanidades, la Filosofía en Daroca, y finalmente en Valencia, la Teología. Como quien tenía conciencia de lo que el estudio significa para el escolapio, el joven Cosme se dedicó a él con verdadera pasión, de manera que destrozaba los libros leyendo, pero sin que eso perjudicara la piedad, que nutría con lecturas espirituales, con la oración y con los sacramentos. “Et quamvis ita esset in studiis ut libros legendo contineret, semper vixit perinde ac si solidam gloriam non alibi quam in virtute positam existimaret”²⁶³ El joven Vallés hacía lo posible y no escatimaba esfuerzos de su parte para hacerse un religioso bien empapado en el espíritu calasancio.

Coronados felizmente sus estudios, El novel maestro fue enviado a Albarracín, donde tuvo a su cargo la escuela de escribir primero, y los rudimentos de Gramática latina más tarde. De aquí fue trasladado a Barbastro, donde se ofrecía más ancho campo a sus actividades, y que había de ser, salvo los años de su provincialato, el centro único donde desarrollara su celo y cumpliera su ministerio docente. Aquí explicó sucesivamente Retórica y Filosofía, Siendo al mismo tiempo director de colegiales por espacio de 18 años. Durante ellos con su mansedumbre, con la suavidad de sus maneras, con el dominio de tenía de sí mismo, fue arrojando en el surco de los corazones el germen de aquel cariño que los niños le profesaban, la semilla del respeto que las familias le tenían, y puso la base del prestigio que debía orlar su nombre y su persona en Barbastro y en toda su vasta zona de influencia. El P. Vallés se compenetró con la ciudad hasta ser un barbastrense más, y ella miraba en el P. Cosme, no a un extraño, sino a un hijo adoptivo que había adquirido derecho de ciudadano a título de conquista. Conquista del amor, de la bondad, de la solicitud por los intereses de Barbastro, del sacrificio, del bien derramado en todas las formas y sin medida. No podía ser de otra manera, “Nam praeter multas, quibus floruit, proprio quodam natura e munere factus ad humanitatem videbatur”. Pues además de las muchas virtudes en que floreció, parecía hecho para la dulzura y la humanidad, por cierto derechos propios de la naturaleza.

Nos complacemos en trasladar a estas páginas la hermosa, rápida y amplia semblanza del P. Cosme Vallés que se lee en su necrología. Quien la trazó, conocía bien y estimaba de veras al P. Cosme; pues si puso cariño en ella, palpita también en sus palabras el acento de la verdad, que es inconfundible. En pocas frases hizo una semblanza acabada del P. Cosme, que nos permite, a 70 años de distancia, formarnos una idea cabal del carácter y

²⁶³ Necrología del P. Vallés, lugar citado.

de las virtudes de este excelente religioso. Se comprende que quien tales cualidades contaba en su persona, se hiciera querer y admirar; que se ganara el afecto y el respeto de todo un pueblo. “In consuetudine cum hilaritate facilis; in consiliis cum maturitate discretus; in docendo, ingenuus; in monendo, suadens; in sufferendo, patiens; in gaudendo, temperatum; aeque animo semper sive in prospera sive in adversa fortuna”²⁶⁴ Era fácil en la familiaridad y alegría; discreto con madurez en el consejo; ingenioso en la enseñanza; persuasivo en amonestar; paciente en el sufrir; templado en el gozar; de ánimo igual siempre, lo mismo en la próspera que en la adversa fortuna. Así lo conocieron los barbastrenses, que le dispensaron toda la confianza y le otorgaron su cariño sin reservas. Son estas preclaras dotes del ánimo, dice su consuetudine, de tal manera se ganó las voluntades, que no había ningún otro en quien más que en Cosme se manifestaran a propensión y la benevolencia de la ciudad de Barbastro.

Llevaba el P. Vallés muchos años en la enseñanza y había cumplido los 49 de su edad, cuando en la renovación de superiores de 1883 fue nombrado Rector del Colegio de Barbastro. Por lo que sabemos de las virtudes del P. Cosme y de lo profundamente que los barbastrenses lo amaban, jamás un nombramiento fue más acertado. Las dotes personales del agraciado lo justificaban, y la satisfacción de los directamente interesados lo aplaudía sin excepción alguna. Era tan patente este sentir de los barbastrenses el ver ungido Rector del Colegio a su Padre Cosme Vallés, que el autor de su elogio póstumo ha creído de su deber consignarla. “Nihil ergo mirum, ubi ejusdem domus Rectorem eum designandum vidit, toto plaussisse animo, collatamque dignitatem non tam ipsius meritorum praemium, quam civium ómnium spectavisse splendorem”²⁶⁵. Nada es pues, de admirar que cuando se vio designado Rector de la misma Casa, lo aplaudiera con toda el alma, y que considerara la dignidad otorgada no tanto un premio de los méritos del P. Vallés como una gloria de todos los ciudadanos. El flamante Rector podía iniciar su gobierno del Colegio y la administración de sus intereses, seguro de que de parte del pueblo de Barbastro, lejos de dificultades y entorpecimiento, tendría una ayuda constante y una colaboración entusiasta. Y en verdad, en los años calamitosos que siguieron, no solo no hubo que lamentar la muerte violenta de ningún religioso ni la pérdida de la fracción más insignificante del patrimonio de la Casa, sino que todo se conservó intacto. Doce años permaneció el P. Cosme en el rectorado en esta primera etapa de su gobierno, durante los cuales los acontecimientos se encargaron de demostrar frecuentemente cuánto podía con su consejo y con sus obras, pues no solo mantuvo incólumes las propiedades que le fueron entregadas, o aumentó lo que había conservado, sino que recibió nuestro Instituto tambaleándose en España, y de tal manera lo recibió que, multiplicados los buenos oficios de los amigos y de los discípulos, lo levantó el estado primitivo, con el aplauso y la congratulación de todos. Durante esos años de prueba, solo el carácter bondadoso del P. Cosme y el prestigio moral que sus buenas prendas le había conquistado podía sortear los peligros y evitar el naufragio que amenazaba al Colegio.

Aunque colocado en una alejada ciudad subalterna, las obras y las virtudes del P. Cosme de San Joaquín llegaron hasta la Corte llevadas en alas de la fama, y cuando se produjo el hecho auspicioso de nuestra restauración legal en España, y Su Santidad el Papa nombró Comisario Apostólico al P. Cayetano Losada, este echó mano del P. Cosme para gobernar la Provincia de Aragón, y reparar las ruinas amontonadas durante las perturbaciones

²⁶⁴ *Ibidem*.

²⁶⁵ En el lugar dicho, necrología citada.

pasadas. Creía, y estaba en lo cierto, que el P. Vallés era el único que podía sanar a aquel enfermo, y decirle: levántate y anda. Hizo alardes de paciencia suma en su cargo de Provincial; y apurando a los remisos, excitando a los indolentes, conteniendo a los osados, y animando a todos con el cumplimiento del deber, fue que canalizando las energías, consolidándolo que amenazaba ruina, extirpando corruptelas y corrigiendo abusos. Porque después de un decenio que no había autoridad firme y fuerte, se había resentido profundamente la observancia, y la disciplina era, más que una realidad, un anhelo. La receta que usó el P. Cosme para reparar las ruinas morales, más que materiales, es la de todos los tiempos y de todos los Institutos en esas circunstancias: la heroica de la mística y de la cirugía. “Suavissimo charitatis balsamo mederi vulnera; soluta ligare; putrefacta secare; infirma confortare; jacentia erigere; omnibus denique omnia fieri, juxta Apostoli monitum, numquam destitit”²⁶⁶. Jamás cesó de sanar las heridas con el bálsamo de la caridad, de atar lo que se había aflojado, de cortar lo que se había podrido, de fortalecer lo que había enfermado, de levantar lo caído, de hacerse finalmente todo para todos, según la amonestación del Apóstol. Con igual interés y cariño, cumplió los oficios de padre y de médico, y así pudo restaurar la Provincia.

Pero el P. Vallés había envejecido, contaba 70 años, y los Superiores juzgaron de su deber relevarlo del gobierno provincialicio. Pero aún creyeron que eran necesarios su celo, su prestigio, su prudencia, su virtud, y el ascendiente que todo eso le daba, y lo nombraron Rector del Colegio de Zaragoza, en el que perseveró un trienio. Ni aun con eso se le concedió el reposo absoluto, pues se le encargó el rectorado de Barbastro, que acaso por las circunstancias particulares del lugar y de personas, le fuese más llevadero. Pero la edad tiene sus fueros, y aunque un hombre tenga la fortaleza del roble, llega el momento en que decae visiblemente, y debe retirarse de las actividades y responsabilidades inherentes al rectorado de un colegio. Así lo hizo el P. Cosme cuando “nec aliis nec fere sibi poterat auxilio esse”, cuando no podía servir de auxilio ni a los demás ni a sí mismo. Completan los rasgos de la fisionía moral del P. Vallés y perfilan perfectamente su contorno a estas frases de su necrología, tan elocuentes en su laconismo: “Felicem virum, praecipuamque laude dignus dixeris, qui quandiu vixit, Religioni vixit, et in tot animus vixit quot eorum fuere, quos aut amicitia fovit, aut consilio juvit aut paterno rexit imperio”²⁶⁷. Varón dichoso y digno de la principal alabanza, aquel que mientras vivió, vivió para la Religión, y vivió en el ánimo de tantos cuantos fueron los que favoreció con su amistad, ayudó con su consejo y gobernó paternalmente.

Por fin, cuando era casi nonagenario, sonó la hora del descanso de nuestro P. Cosme, que retirado a Barbastro, donde había pasado la mayor parte de su vida, y era querido y respetado, fue recibido dentro de Casa como un padre, y fuera como un amigo. Todos deseaban manifestarles su alegría por el retorno, y su reconocimiento por los beneficios recibidos, y no faltaban quienes se creían atados a él por una servidumbre voluntaria, no pudiendo corresponder a los beneficios que habían recibido. Pero todas estas manifestaciones que agradecía de todo corazón, el P. Vallés las refería a Dios, a quien había buscado y servido en todas las cosas; y consciente que se acercaba el fin de su vida, renunció a todo lo que no se refiriera absolutamente a las cosas celestiales o de cualquier modo las impidieran. Desde entonces, si siempre se había estado preparando para el trance supremo, intensificó su unión con Dios, su desasimiento de las criaturas, y no pensó

²⁶⁶ Elogio fúnebre, en el Archivo citado.

²⁶⁷ Consueta del P. Cosme.

más que en la muerte, como si la sintiera encima, cuando se encontraba perfectamente de salud. Y nada hacía sospechar que la tuviera tan cerca, cinco días antes hizo una confesión general, recibió la Sagrada Comunión, reiteró las oraciones y se preparó para oír la voz de Dios y emprender el viaje sin retorno. Un ataque de apoplejía contra el que fueron impotentes todos remedios, y que le privó del conocimiento, no pudiendo recibir más que la Santa Unción de los moribundos. “Obiit, ergo, si fas est dicere; sed vivit in memoria hominum; obiit, sed obiit meritorum plenus, Barbastri die 12 octobris anni 1877”. Murió, pues, si es lícito a hablar así, pero vive en el recuerdo de los hombres. Murió, pero murió cargado de méritos en Barbastro, el día 12 de octubre de 1877. A los 93 años de edad y 79 de religión, siendo el decano de todos los escolapios españoles.

No queremos omitir, por el valor que tenga la tradición no confirmada por documento alguno, que refiere que en circunstancias difíciles y extremas, el P. Cosme Vallés fue alcalde de Barbastro. ¡Tan grande era la confianza que los barbastrenses depositaban en el P. Cosme! Más propiamente parece que en casos de asonadas y de guerras civiles, al acercarse el enemigo a la ciudad y huir las autoridades constituidas, dieron al P. Vallés las llaves de la ciudad con el encargo de entregarlas al jefe de las tropas cuando se presentaran en Barbastro. De ser así, debió tratarse de un caso de emergencia y circunstancial, que no duró más que unas horas y careció de importancia y trascendencia. Era un intermediario neutral entre una autoridad que se retiraba y la del jefe militar o político que entraba.

Capítulo XXVII. Padres Luciano Naval de San Francisco y Alejandro Masetti de San Simeón.

Barbastro, población de tan antiguo abolengo calasancio, y que tantos y tan ilustres hijos ha dado a las Escuelas Pías, fue el lugar de nacimiento de este gran escolapio, siquiera no escalara, como otros conciudadanos y contemporáneos suyos, los puestos más altos. Prueba evidente de que para ser buen religioso no hacen falta los cargos destacados, y argumento poderoso de que se puede servir a la Orden en los puestos subalternos, lo mismo que en los brillantes. El P. Luciano Naval se mantuvo siempre en la penumbra, pero prestó a la Provincia servicios eminentes. Frecuentó de niño nuestras escuelas de su lugar natal, donde se imbuó en el espíritu calasancio, se habituó a las prácticas de piedad, y adquirió las primeras nociones de los conocimientos humanos. Ya desde la infancia dio indicios seguros de lo que había de ser toda su vida, y lo hace notar su necrología. “Estaba dotado de tal integridad y modestia, y de tal suerte se consagraba a los estudios que, con singular esperanza recorrido sin tropiezos el curso, ya entonces se le consideraba el primero entre los condiscípulos, y la realidad respondió a ella admirablemente. Pues este mismo lugar fue el que floreció por sus obras; y si vivirá largamente por su inteligencia, mucho más largamente sobrevivirá por la alabanza de la virtud y de la doctrina y por el esplendor de su nombre”.²⁶⁸ No estamos acostumbrados a escuchar en nuestros elogios fúnebres, tan lacónicos en palabras y tan parcos en alabanzas, frases tan laudatorias, lo que nos da derecho a suponer que el P. Luciano Naval fue un escolapio de cuerpo entero, que se salió de lo vulgar en su vida y en sus obras, y que estaba cargado de méritos en el servicio de la Orden.

²⁶⁸ Necrología del P. Naval, nº 46, pliego suelto impreso, en Libro de Sufragios 1, del colegio de Zaragoza.

Había nacido el 8 de enero de 1813, y del trato con los nuestros, de las prácticas religiosas de la escuela, y sobre todo de la gracia de Dios, surgió en su espíritu el pensamiento de hacerse escolapio. Solicitada y concedida la admisión en la Orden, el P. Mariano Bayod de San Joaquín le vistió la librea gloriosa de las Escuelas Pías el 25 de septiembre de 1827. Hay una discrepancia entre la consuetud y el Libro de los Profesos acerca del punto en que tomó la sotana el joven Luciano Naval. Y nosotros nos inclinamos por la afirmación de este Libro oficial, frente al de la necrología. Porque esta fue escrita 51 años después de ocurrir el hecho, y aquel a raíz del mismo. Pues bien, según el libro citado, la vestición de nuestro novicio fue en Barbastro; en Peralta, en el sentir del autor de la consuetud. No es, evidentemente, un asunto trascendental, pero bueno es notar las diferencias que se advierten acerca de un mismo hecho y de un mismo individuo. Lo que de veras nos importa es que Luciano fue en el noviciado lo que su piedad y sus virtudes de estudiante permitían esperar: un ángel de pureza, un anacoreta de austeridad, un modelo de humildad, de observancia, de dulzura para con sus compañeros, sin reparos de ninguna especie, pues le fueron favorables todos los votos del Capítulo, fue admitido a la profesión en Peralta el 15 de marzo de 1829, con dispensa de los seis meses de probación que le faltaban. Comisionado por el P. Provincial, tomó la profesión el rector de la Casa Noviciado, P. Fernando Moliner de San Lorenzo. Se consagró a Dios con inmenso regocijo de su alma, y con el propósito decidido de no dejarse dominar por los estudios con perjuicio de su vida interior. “*Is enim illius animi splendor fuit tantumque praestantia et magnitudo, ut quae religiosissimorum virorum essent, et omnia sumpsisse sibi, et summa cum dignitate retinuisse semper censeretur*”²⁶⁹. Este fue el esplendor de su alma, y tanta la prestancia y grandeza, que las cosas de los varones más religiosos, se juzga las tomaba todas para sí, y las conservaba siempre con dignidad suma.

La vida deparó al P. Naval amplio campo en que dar curso a los anhelos de su virtud, pues ejerció el magisterio durante muchos años, y el rectorado, por espacio de 15. Tuvo, pues, como se dice, en la mano en la masa, y pudo derramar en la mente e inyectar en el corazón de sus numerosos discípulos, los gérmenes de la piedad que llenaban el suyo, y dirigir a sus religiosos por los derroteros de la más estricta observancia y de la espiritualidad más elevada. En efecto, terminados los estudios que hizo con notable aprovechamiento, fue puesto en la escuela ínfima de lectura de Zaragoza, la que desempeñó por más de dos años satisfactoriamente; en Sos sirvió 17 la de escribir, y más tarde, allí y en Daroca, por espacio de 13 la de latín y retórica, cada día con mejores resultados. En estos seis lustros de enseñanza, ¡cuántas ocasiones para un maestro celoso y para un educador cristiano como el P. Naval, para excitar en los alumnos sentimientos elevados, para inculcarles amor a la virtud y horror al vicio, para inspirarles santos deseos e inyectarles gérmenes de la piedad, y de acuerdo con las normas y con el espíritu de la pedagogía calasancia! El P. Luciano, que tenía conciencia clara de sus deberes, no desperdició ciertamente esas oportunidades, y mientras enseñaba a escribir o explicaba los poetas paganos, introducía una sentencia moral o proponía un pensamiento religioso, que como la gota de agua, horada la piedra, no por su fuerza, sino por su constancia en caer sobre el mismo punto. “*Gutta cavat lapidem non vi sed saepe cadendo*”, así la repetición de esas máximas morales y religiosas, iba dejando un sedimento de piedad y de religiosidad en el corazón de sus alumnos. El P. Naval había dado muestras suficientes de su virtud y de su observancia en el desempeño de las clases que tuvo a su cargo, probó tener la necesaria solicitud y

²⁶⁹ Necrología, lugar dicho.

prudencia, y todo lo señalaba como un hombre adecuado para ponerlo al frente de una Comunidad, para confiarle el prestigio de un colegio. Sus antecedentes permitían suponer que daría cima a la empresa que se le confiara, y el Capítulo Provincial lo propuso para gobernar la Casa de Daroca. Como el P. Luciano respondió a la confianza depositada en él, fue enviado a Jaca con el mismo cargo, pasado su trienio. Hombre de rígidas costumbres, pero de corazón bondadoso y constante, puesto al frente del colegio, se preocupó del bien de los prójimos, lo cual. “tum apud omnes multum, tum apud illius urbis Episcopum, qui a privatim consiliis ejusque erat consciencie moderator, plurimus auctoritate valebat”²⁷⁰, podía mucho ante todos, y muchísimo ante el Obispo de aquella ciudad, a quien confesaba y aconsejaba privadamente. Para la actividad y para el celo del P. Naval no había descanso: se propuso y lo cumplió, no tener ni en la vejez un día sin ocupación determinada. Su descanso sería en el cielo; y no obstante, haber llegado a la ancianidad, trabajaba como en su juventud en las escuelas, en los ministerios, en su propia santificación, que nunca perdió de vista. “Sibi statuit a sua senectute abesse oportere, ut nullum vitae suae diem relinquit aut assisuis laboribus, aut laborum expectatione vacuum pateretur”. Se propuso que convenía apartar de su senectud, permitir que ningún día de su vida estuviera libre de asiduos trabajos, o de la esperanza de los mismos.

Insensiblemente empezó a decaer quien parecía fuerte como un roble y gozaba de próspera salud; una enfermedad que avanzó calladamente y que se hizo sensiblemente mayor lo postró en cama, y como perdía fuerza y la muerte rondaba, recibió los Santos Sacramentos y, rodeado de sus hermanos, entregó su alma al Creador el 28 de abril de 1879, cuando había cumplido 66 años, de los que 51 los vivió honrando el ceñidor Escolapio con sus virtudes.

M.R.P. ALEJANDRO MASETTI DE SAN SIMEÓN. Fue una de tantas vocaciones salidas de nuestras escuelas, el fruto del ejemplo de sus maestros. Había nacido en Zaragoza el 18 de febrero de 1804, y fue bautizado en el Pilar el mismo día, recibiendo los nombres de Simeón Alejandro, cambiados en Alejandro de San Simeón al vestir la sotana calasancia. Cuando tuvo edad competente, frecuentó las aulas de nuestro Colegio, en las que aprendió los primeros rudimentos del saber, bebió la leche de la piedad y sintió nacer su vocación religiosa. Madurada la idea y consultada con Dios, cuando tuvo certeza de que era un llamamiento divino, debidamente autorizado por sus padres, pidió el ingreso en las Escuelas Pías. Satisfechos sus deseos por los Superiores, el P. Rafael Paracuellos del Ángel Custodio, Provincial le vistió la librea que tanto religiosos habían honrado, y que él había de enaltecer con sus virtudes, en Zaragoza el 27 de diciembre de 1818. Once días después, el 7 de enero del año siguiente, llegaba a Peralta de la Sal para iniciar el trabajo de formación espiritual propio del noviciado. Dadas las disposiciones de su espíritu, no le costó ni amoldarse a la vida austera de la casa de probación, ni desprenderse de las ideas y sentimientos del siglo, ni mortificar su carne y su espíritu, ni ejercitarse en los actos de humildad y de caridad con que se suele probar a los novicios, ni ninguna de las costumbres, por raras que parecieran. Se había hecho escolapio para morir para sí y vivir para Dios, y no iba a regatear nada que significara una humillación. Había ido al noviciado para servir a Dios y santificarse, y no debía poner óbices a cuanto lo condujera a la consecución de ese objetivo de su vida. Alejandro Masetti fue un novicio modelo que

²⁷⁰ En el lugar citado.

cooperó con toda su voluntad al trabajo interior de la gracia, y al celo exterior de su maestro por hacer de él un fervoroso hijo de San José de Calasanz.

De donde resultó que a los dos años de su permanencia en Peralta había hecho tales progresos en la virtud, y dado tan segura esperanza de perseverancia, que fue admitido a la profesión con unanimidad de sufragios. Formuló sus votos solemnes al Señor el 12 de noviembre de 1820 en manos del P. Manuel Foz de San Joaquín, Rector de Peralta. Inmediatamente inició sus estudios, y una vez que los hubo terminado fue con obediencia a Alcañiz, donde por espacio de tres años estuvo al frente de la escuela de escribir, para la que reunía especiales aptitudes. El joven Masetti gozaba de gran destreza caligráfica, y tenía mucha facilidad para enseñarles escritura, y sacó muy buenos discípulos, con lo que y con el interés que ponía en su aprovechamiento, se granjeó la estimación de las familias. Trasladado a Zaragoza, recorrió sucesivamente todas las escuelas de latín, desde la de rudimentos hasta la de Retórica, ganando para sí y para el Colegio gran prestigio. En una especie de certamen que la Autoridad Civil de Zaragoza organizó entre los alumnos de las escuelas de la capital, los discípulos del P. Alejandro Masetti ganaron el premio, con lo que quebró el poder de maestros émulos y confirmó el crédito de que gozaban las Escuelas Pías. “Impiger in laborando, Religionis nostrae amantissimus et Scholarum nostrarum optimi nominis cupidissimus, ita difficillimis se gesit temporibus, ut in publicis disputationibus saecularis Auctoritatis jussu in omnibus Civitatis Scholis habitis, P. Alexandri discipuli primum praemium fuerunt assequuti; quod quidem et nostrorum aemulorum potentias fregit, et Scholas Pias creditum nomen confirmavit” ²⁷¹. Diligente en trabajar amantísimo de nuestra Religión y deseosísimo del mejor nombre de nuestras escuelas, de tal modo se portó en tiempos difícilísimos que, en los concursos públicos organizados por la Autoridad secular, habidos en todas las escuelas de Zaragoza, los discípulos del P. Alejandro conquistaron el primer premio, lo que venció la potencia de nuestros émulos y confirmó el buen nombre de las Escuelas Pías.

El P. Masetti cultivó también el púlpito, con mucha aceptación de los fieles, que lo escuchaban con gusto, y con no poco provecho de sus almas, pues exponía en sus sermones las excelencias de la virtud para hacerla amable, y la frialdad del vicio, para que el auditorio le cobrara horror y lo huyera. Era predicador evangélico al estilo de San Pablo, que no pedía la persuasión a las palabras elocuentes, sino a la elocuencia de la verdad revelada. Con la predicación simultaneaba en las horas que le quedaban libres el servicio del confesonario, con lo que hacía mucho bien a las almas. No defraudaba ni un minuto a la escuela y a los niños, que a fuer de escolapio cien por cien, era para el P. Alejandro lo primero, y hallaba tiempo para esos ministerios sacerdotales, porque el celo multiplica los minutos, y se ingenia de mil maneras para emplearlos en la gloria de Dios y en la salvación de las almas. “Fidelium confessionibus audiendis et divini verbi praedicationi addictus, quidquid temporis ab exercitationibus literariis supererat, in hisce insumebat operibus, eo successu ut omnibus civitatis ordinibus esset apprime carus” ²⁷². Dedicado a escuchar las confesiones de los fieles y a la predicación de la palabra divina, empleaba en estas obras todo el tiempo que le sobraba de los ejercicios literarios, y lo hacía con tal éxito que todas las clases de la ciudad lo estimaban mucho. Cuando la llama del celo arde en el corazón, y el anhelo de la gloria divina alienta en el alma, se hacen verdaderos prodigios, y se hallan

²⁷¹ Libro de sufragios 1 del Archivo del Colegio de Zaragoza, número 69.

²⁷² Necrología, lugar citado.

fuerzas en un cuerpo agotado, y se encuentra tiempo aun a costa del propio descanso. Es lo que hizo el P. Masetti a impulsos del celo que lo devoraba.

Todavía le quedaban por subir dos peldaños en la escala de las enseñanzas a que podía aspirar un escolapio, y el P. Alejandro de San Simeón los subió aupado por la obediencia. Es un grado de enseñanza que alcanzaban pocos, porque eran pocos los colegios en que se cursaban las facultades de Filosofía y de Teología, reservadas casi exclusivamente para nuestros juniores. Tenía la responsabilidad de la preparación filosófica y teológica de los jóvenes escolapios, y de la formación religiosa de las nuevas generaciones calasancias. Necesitaba ciencia y virtud, interés y espíritu para enseñar competentemente esas asignaturas tan importantes y para cincelar esas conciencias, de suerte que fueran de una sensibilidad exquisita, y el P. Masetti, que también poseía una conciencia delicada, que amaba la Orden como una madre, y tenía el sentimiento de la propia responsabilidad, puso en el desempeño de sus oficios todo su celo, todo su talento, toda su destreza, cuanto era y cuanto valía para arrastrar a los juniores al amor de la ciencia y a la práctica de la virtud, sin abandonar por eso la predicación en la que hallaba sus delicias por el bien que hacía a sus semejantes. “Eos verbo et exemplo ad virtutem et scientias alliciebat quin a divino verbo praedicando deflecteret”. Varios años permaneció en este cargo, prestando a la provincia uno de los servicios más señalados, cual es el de formar su personal religioso y docente, Es el de más responsabilidad y el de más honor que puede desempeñar un individuo en los Institutos religiosos. El mero hecho de confiarle ese ministerio indica su valía y sus virtudes, y el P. Alejandro de San Simeón demostró con los hechos que reunía las condiciones que necesita un maestro de juniores, y además lector, si ha de cumplir satisfactoriamente sus deberes y no defraudar en lo más mínimo las esperanzas que en él se hayan cifrado.

Después de las pruebas que el P. Masetti había dado de su capacidad como maestro, de su celo como sacerdote y de su prudencia como hombre, los Superiores creyeron que había llegado el momento de confiarle cargos de superioridad, y que diera la medida de los quilates que poseía como religioso y las dotes que tenía para el gobierno. En 1853, a los 49 años, fue nombrado Vicerrector in capite del Colegio de Alcañiz, para llenar y completar el trienio del P. Demetrio Ricarte de San Ramón, que había fallecido. Siendo reelegido para el siguiente rectorado, el P. Alejandro fue el mismo hombre activo, el mismo maestro y educador celoso, el mismo escolapio observante que había sido toda su vida, añadiendo lo específico del Superior de un Colegio de las Escuelas Pías. Lo sostenía como sobre sus hombros, velaba celosamente la observancia, administraba estrictamente los bienes temporales. El hombre normal y de profundas convicciones es siempre igual a sí mismo, y el que en su juventud fue observante, trabajador, fervoroso, cuando tenga la responsabilidad de los años y el gobierno, se afirmará más en sus viejos hábitos, y será el primero en la observancia y en la disciplina. Es lo que hizo el P. Masetti en su rectorado de Alcañiz, y el año 1857 fue llamado a regir el Colegio de Zaragoza. El conocimiento que tenía de las cosas y de las personas, por su larga permanencia en la Casa, le facilitó sobremanera el gobierno, y los felices resultados que tuvo en la vindicación de las fincas que el Estado detentaba. Pero lo que principalmente preocupó al Rector de Zaragoza fue la renovación de las fábricas del Colegio y la ampliación del seminario, con la que acrecentó notablemente el número de internos y se conquistó él nueva fama. “Domus fabricam, convictorum Seminarium imprimis ita auxit et amplificavit, ut et eorum numerus supra modum augetur, et optimi P. Alexandri nominis fama in omnium laude

percrevesceret”.²⁷³ Ni se olvidó de las escuelas de los externos, como cuadraba a un hijo de San José de Calasanz, las que mejoró y amplió, preocupado de la comodidad de los niños, del decoro y prestigio de la Orden en todas las cosas.

A nadie causó extrañeza, y no se la causará al lector, conocidos estos hechos, que el P. Masetti fuera elevado al provincialato por el voto de sus hermanos; le sobraban méritos y títulos para semejante honra. Y la historia de su gobierno lo comprueba ampliamente. No debía agradar mucho a su humildad ese cargo, pues su consulta dice que “munus subire coactus est”, fue obligado a aceptar el puesto. Pero una vez en funciones, no perdona trabajo ni molestia para promover el progreso y la mejora de las escuelas, para dirigir a sus súbditos hacia las cumbres de la perfección con amonestaciones y con el ejemplo, para propagar el Instituto y abrir nuevos campos de acción al celo de sus religiosos. Con la mira puesta en esto, aceptó y realizó la fundación del Colegio de Molina de Aragón, en la provincia de Guadalajara. Después de tantos trabajos y de los muchos años, su salud empezó a resentirse, con dolores de reuma, para cuyo alivio y remedio fue a baños, obligado por los otros. Hombre austero, habría sufrido las molestias de su enfermedad, pero hubo de ceder a los ruegos y a las representaciones que se le hicieron. A los cuatro años de gobierno pudo desentenderse de cargos de tanta responsabilidad, pero aún tuvo que colaborar con su sucesor, con el de Asistente Provincial, para el que fue nombrado. Lo sirvió lealmente y prestó el concurso de sus luces y de su experiencia al gobierno de la Provincia durante once años. Al cabo de ellos, como iba debilitándose, apenas si salía de su aposento para los actos de comunidad, ocupado en lecturas y meditaciones piadosas, con las que se preparaba para la muerte.

Esta llegó traidoramente como acostumbra, y nos lo advirtió Nuestro Señor Jesucristo, por medio de una congestión cerebral que lo postró en cama, aunque con el uso de todas sus facultades. Repetido el ataque, redujo al P. Alejandro al último trance, por lo que le fueron ministrados todos los Sacramentos, que recibió con muestras de gran fervor y con ánimo sereno. Su fallecimiento fue en Zaragoza, en la víspera de la Natividad del Señor del año 1880, cumplidos los 77 años, de los que 63 los había vivido en las Escuelas Pías, a las que profesaba filial afecto.

Capítulo XXVIII. M.R.P. Eugenio Torrente de San José de Calasanz

Cinco trienios seguidos gobernó la Provincia de Aragón este benemérito escolapio de tan probada vocación y de obras tan grandes en servicio de la misma. Razón le sobraba al autor de su necrología, escrita con evidente cariño, que no le hizo olvidar la justicia, para decir que “fue de tal fuerza de ánimo, virtud y continencia, dotado de tal dulzura e integridad de costumbres, que empleó todo el curso de la vida en el trabajo y en el dominio del espíritu, y que encendiera en la mente y en el corazón que cuartos lo trataron. Digno, ciertamente, de pensar que todo el espíritu de nuestro Santo Padre José de Calasanz, le había sido trasvasado”²⁷⁴. Pocas vocaciones han sido tan acrisoladas como la del P. Torrente, quien podría haber afirmado que sería escolapio contra toda esperanza, “in spem contra spem”. Por lo pronto, puede afirmarse que fue algo tardía, pues andaba cerca de los 22 años cuando vistió la sotana en Barbastro, el día 6 de marzo de 1834, de manos del famoso Padre Cosme. Cuando iba a formular sus votos, había hecho ya los ejercicios y redactado

²⁷³ *Ibídem*.

²⁷⁴ Catálogo de los religiosos de las Escuelas Pías de España que durmieron piadosamente en el Señor. Madrid, 1888, número 38.

su profesión, fue arrancado violentamente del noviciado y hecho militar por una quinta extraordinaria. Como sus ideales políticos eran carlistas, en la primera oportunidad se pasó a las filas de Don Carlos, y en ellas se mantuvo hasta el abrazo de Vergara, y entonces cruzó la frontera con intención de trasladarse a Italia y seguir allí su vocación escolapia; pero no consiguió pasaportes del gobierno francés, y hubo de quedarse en Francia. Allí ingresó y profesó en las Escuelas Cristianas, a la espera de su regreso a España y de su incorporación a la Orden. Enseñó primeras letras, matemáticas y español, y como hizo sus votos por tres años, y en 1845 no quería renovarlos para quedar libre y volver a las Escuelas Pías, por consejo del confesor, lo hizo. Aprovechando la amnistía del Gobierno en 1848, abandonó el Instituto de La Salle, regreso a España y se refugió en Barbastro a la espera de la dispensa que había solicitado de la Santa Sede por el año que le faltaba. Se negó a aceptar los grados que había tenido en el ejército carlista, que el gobierno liberal le reconocía, y por eso fue objeto de una severa vigilancia. Pocos casos ha de haber de una vocación tan contrariada y, sin embargo, tan fielmente defendida y guardada.

Nacido en Barbastro el 15 de noviembre de 1812, allí, en nuestras escuelas estudió las primeras letras y las Humanidades; y con un religioso franciscano puso la Filosofía. Ya hemos dicho que recibió el hábito calasancio en nuestra iglesia de Barbastro, de donde pasó a Peralta de la Sal, a iniciar el santo noviciado, durante el cual se preocupó seriamente de responder a las gracias recibidas para hermostrar su alma con todas las virtudes, y responder así al honor recibido. “*Studium adhibuit quantum potuit, ut quod sanctum cognomen accepit, animo praesertim inculpere, et in patria Calasanctii vivens, in corde vivere Calasanctii*” ²⁷⁵. Puso en cuanto pudo su empeño en grabar en su corazón el sobrenombre que había recibido y en que, habitando en la patria de Calasanz, viviera en su corazón. Tan constante y felizmente trabajó en esto el novicio Eugenio que, apenas empezando noviciado, parecía poseer la ciencia perfecta de la vida religiosa. ¡Tan rápidos fueron sus progresos, tan eficaz el empeño que puso en adquirir las virtudes! Para el joven Torrente no había deber más sagrado, ni asunto más interesante, ni ocupación de más urgente que la de santificarse. No concebía que un hombre se hiciera religioso para serlo nada más que de hábito, y no en el espíritu; y de ahí su cuidado en adquirir y practicar las virtudes, en conocer el espíritu de la Orden y vivirlo, en empaparse de la vida y de las obras de San José de Calasanz para imitarlas. Firme en sus propósitos, Eugenio empleó su noviciado en desprenderse del hombre viejo y en vestirse del nuevo, en lo que dio pasos de gigante.

Nos hemos referido ya a la forma como se retrasó su profesión, y a las peripecias y vicisitudes por que pasó el joven Torrente hasta que en 1848, a los 36 años, pudo consagrarse a Dios en las Escuelas Pías; pero no hemos dicho nada del cuidado que puso mientras permaneció en el mundo y en la vida de campamento para defender su vocación. En ese ambiente tan disipado, tan poco propicio para la vida espiritual y tan fácil para la mundana, para la relajación y para el libertinaje, en el que tantas vocaciones naufragaban, la de Eugenio Torrente no sufrió el más leve contraste, se mantuvo firme, porque no descuidó en cuanto las circunstancias lo permitían, las prácticas piadosas, el ejercicio de la oración y la frecuencia de Sacramentos. Su anhelo de ser escolapio, y escolapio perfecto, vivía latente en el fondo de su alma, y lo cuidaba con amor, aunque exteriormente fuera uno de tantos militares del ejército carlista. Por eso pudo decir con toda justicia el autor de su necrología que su constancia no pudo ser quebrada con ningún ímpetu, ni su piedad

²⁷⁵ Consueta, en el Archivo de la Provincia.

esfumada por ningún peligro. “Nullo tamen impetu animi constantia frangi, nullo potest pietas labefactari periculo”. La guardo como un tesoro, y ella le dio fuerzas para perseverar en un propósito tan combatido, y que a cualquier otro le hubiera convencido no ser voluntad de Dios que se hiciera religioso escolapio. Torrente sentía en su corazón la voz del llamamiento divino, y eso le dio perseverancia; y no bien pudo regresar a España y volvió al noviciado, pronto y alegremente, donde “summo gaudio excipitur, viamque Dei tuto tandem ingressus, per eam non incedere, sed currere visus est”. Fue recibido con sumo agrado, por los votos es agregado solemnemente a los nuestros, y entrado al fin con seguridad en el camino de Dios, parecía que no caminaba, sino que corría por él. Recibió su profesión el P. Ramón Sorolla de San Marcos, Rector de Peralta, el 26 de diciembre de 1848.

Como ya tenía preparación y experiencia profesional, el P. Torrente, inmediatamente después de profesar, fue puesto en la enseñanza, que ejerció en Peralta, Barbastro, Zaragoza y Daroca. Fue experto pendolista, y enseñó generalmente, según era de esperar de sus virtudes, conforme al ideal calasancio; y fue en la instrucción y en la educación de los niños el maestro vigilante, industrioso, infatigable y benigno que sus propósitos y sus condiciones prometían. Encargado de la dirección y cuidado de los internos, fue un padre para ellos, los rodeó de toda solicitud, fue cariñoso y amable, se esmeró en guiarlos por los senderos de la virtud y de enseñarles los conocimientos humanos, con lo que se ganó su amor y se concilió la benevolencia de las familias. En las escuelas de adultos para artesanos, en las que también trabajó el P. Eugenio, lo mismo que en las otras, tuvo mucho ascendiente por su bondad, y gobernaba a la perfección a tales alumnos. Pero también ¡cuánto trabajaba, cómo se ingeniaba, qué interés ponía en la educación y en la enseñanza! Todo le parecía poco para su apostolado, y así era infatigable en el trabajo y perseverante en el sacrificio, sin que las ingratitudes le molestaran, y los egoísmos le ofendieran, ni los desplantes le alteraran. Pensaba en Dios y en las almas; y ahí hallaba las fuerzas, y de ahí sacaba alientos para no desfallecer en esas tareas ingratas. Se olvidaba de sí mismo y se acordaba de los niños, y todo lo aceptaba: humillaciones, desprecios, ofensas, a trueque de ganarlos para Dios y para la virtud y de educarlos cristianamente. El Padre Torrente había hecho un apostolado del ministerio calasancio, y sabía que el maestro según Jesucristo ha de amasar con lágrimas de sus ojos y con sangre de su corazón la virtud y la educación de sus alumnos. “No le satisfacían en esta tan grande disposición de ánimo ni el descanso, ni la dispensa, ni el estímulo de los iguales, ni las alabanzas de los extraños, ni el aplauso de los nuestros, y no había que buscar más que lo relacionado con el honor de Dios y la dignidad del Instituto Calasancio”.²⁷⁶

Todo este conjunto de virtudes y cualidades estaba dominado y dirigido por la discreción, que no solo es una virtud, sino también moderadora de las otras virtudes, ordenadora de los sentimientos y maestra de las costumbres. Sin ella la misma virtud es deficiente. Dios nuestro señor dotó al Padre Eugenio de San José de Calasanz de esta virtud, de tal forma y en tal grado que podía que se podía dudar, mientras “fue Rector de Jaca y Provincial, si era un simple hombre o un ángel quien gobernaba. Era bondadoso y alegre, y amigo de chistes de buena ley. Nunca fue duro, sino grave; porque la dureza aleja a los débiles, y la gravedad reprime a los ligeros. Aquella hace odioso a quien la tiene; si falta esta, la torna despreciable. Era de una ecuanimidad admirable, de tal suerte que ninguna ofensa podía sacarlo de la caridad y de la dulzura. Su corrección era moderada, de tal suerte que jamás

²⁷⁶ Elogio fúnebre, lugar dicho.

faltase el vino del celo fervoroso, con el óleo de la mansedumbre”.²⁷⁷ Nada tiene, entonces, de extraño que, como de maestro, el Padre Eugenio se captara las simpatías y el amor de sus discípulos, de Rector y de Provincial se ganara el amor y la veneración de sus subordinados. Esas maneras delicadas, esa moderación en las correcciones, esa bondad de las palabras, ese dominio propio, hasta cuando era gratuitamente ofendido, le daban un ascendiente extraordinario, que le conquistaba los corazones y le ganaba los caracteres más recalcitrantes. ¡Poder admirable de la virtud, que sin otras armas que las de la caridad triunfa totalmente y se concilia el cariño de los mismos a quienes corrige y castiga!

En su acción de gobernante, además de la discreción que debe ser la salsa de todas sus disposiciones, de la caridad que informaba todos sus actos, de la bondad que brillaba en todas sus palabras, el Padre Torrente esgrimió el arma de la persuasión por medio de Circulares, que recordaban a sus súbditos los compromisos que habían adquirido con su profesión, les proporcionaba el pábulo adecuado para mantener la vida espiritual, y denunciaba y ponía de relieve los abusos que serpeaban, y proporcionaban los medios para combatirlos y extirpar las corruptelas que se habían introducido. Nos hemos referido en particular a cada una de esas Circulares al ocuparnos de los cinco períodos durante los cuales el Padre Eugenio desempeñó el provincialato, y no hay para qué repetir lo que allí dijimos. Aquí no haremos más que transcribir lo que de ellas se dijo en su elogio póstumo, que sintetiza su contenido y expresa en pocas palabras un juicio exacto de las mismas. “*Extant passim circulares litteras praeclari monumenta Patris, in quibus animi effigies elucet, quae eximiis in Religione viris illius nomen inscribunt, quam in memoriam honorum penitus insedere, meritumque, ejus immortalitati commendabunt*”. Quedan las letras circulares, monumentos del Padre preclaro en las que brilla su imagen espiritual, que inscriben su nombre entre los varones eximios de la Religión, que se grabarán plenamente en la memoria de los buenos y encomendarán su nombre para la inmortalidad.²⁷⁸

Queremos, por tratarse de quien se trata, ser eminentemente objetivos y poner en este esbozo de biografía lo menos posible de nuestro propio criterio, de nuestro punto personal de vista en cuanto podamos; todo irá, como hasta este momento, de cuenta y riesgo del necrólogo oficial de la Provincia. No habían pasado los años en vano, y si el Padre Eugenio Torrente había fructificando en abundancia y nutrido con sus frutos a toda la Provincia, había envejecido, era más que septuagenario y necesitaba descansar un poco después de tantos trabajos y de 15 años de provincialato. Se le dejó libre de responsabilidades para que se uniera más íntimamente con Dios. “*Si ita de eo fas est dicere, qui nunquam sibi, sed Christo semper vixit*”. Si es lícito hablar así de quien nunca vivió para sí, sino siempre para Cristo. A esos tres últimos años de su vida se refiere esta hermosa semblanza del Padre Eugenio. Torrente, por el autor de su necrología: “*Llibre de la carga de gobierno, se consagró más intensamente a las cosas divinas. a proveer el alma completamente, exiguamente el cuerpo, a ayudar a los demás y no pedir nada para sí, a olvidarse de los pasados méritos en el gobierno de la Provincia, a sumergirse en el ingenuo placer de obedecer, a brillar como con una sabiduría divina, en aconsejar, finalmente, como quien tenía que emigrar de la tierra, no saber en todas las cosas nada terreno, y vivir como en la bienaventuranza eterna*”.²⁷⁹

²⁷⁷ Consueta.

²⁷⁸ Necrología del P. Torrente.

²⁷⁹ Lugar citado.

Quien así vivía y tales frutos daba, estaba maduro para el cielo. Había cumplido fielmente su misión en la tierra y no le quedaba más que esperar tranquilamente el llamado divino para volar al paraíso y recibir la corona de los justos que el Señor le reservaba en el cielo. “In reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi justus Judex” ²⁸⁰. Ese llamamiento no se hizo esperar mucho, y el Esposo celestial se detuvo ante su puerta y llamó: el Señor piísimo y grande empezó a invitar al siervo fiel a los goces verdaderos. “Coelestis tandem Sponsus fidelem ad vera gaudia coepit invitare”. Le avisó con una dolencia que los médicos diagnosticaron de grave, pero que el Padre Torrente presentía era la postrera. Una insuficiencia mitral que perturbaba el funcionamiento del corazón, pero que no le impedía la lucidez propia de la inteligencia, lo que le permitía pensar atentamente en las cosas eternas, desprenderse de las caducas y esforzarse por acercarse a Dios más cada momento. Era la serenidad del justo que miraba a la muerte como a una libertadora, y que esperaba la hora del juicio, como quien se ha esforzado en amar y servir a Dios durante una larga vida consagrada a la propia santificación y a la de sus hermanos. Como no temía a la muerte, pero deseaba recibirla bien preparado, pidió que le administraran los últimos Sacramentos. El Santo Viático lo recibió hincado en medio del aposento, y poco después, cuando estaba en el pleno dominio de sus facultades, la Santa Unción. “Superpelliceo stolaque indutus, frexia genibus in medio cellulae, Jesu venientem suscipit: nec multo post, semper sui compos, infirmorum inungitur oleo. Felix anima cui Deus adeo tutam stravit viam aeternitatis!” ²⁸¹ Vestido de sobrepelliz y estola, dobladas las rodillas, en medio de la habitación recibió a Jesús que venía, y no mucho después, con pleno conocimiento, fue ungido con el óleo de los enfermos. ¡Alma feliz, a quien Dios así preparó el camino a la eternidad!

En la muerte del Padre Eugenio Torrente se ve bien claro y se hace patente que “Qualis vita, finis ita”. Que se muere como se ha vivido. Las vidas santas preparan y disponen las muertes tranquilas y santas. Debilitándose más y más su cuerpo, saliendo más bien al encuentro del divino, aquel espíritu voló a Cristo, dejando admirados y edificadas a los circunstantes, que exclamaban unánimemente: “¡Ved cómo muere el justo!” El deceso ocurrió en Zaragoza el 13 de diciembre de 1887, cuando el Padre Torrente había cumplido los 75 años de edad y 41 de vida religiosa, contados como si hubiera profesado cuando le correspondió. En realidad y jurídicamente no eran más que 29. La medida de la estimación que la ciudad sentía por el Padre Eugenio de San José de Calasanz la da el sentimiento que su muerte produjo, y el numeroso y calificado concurso de gente que acudió a su funeral y entierro. Además del Colegio y de la Comunidad en pleno, delegaciones de obreros, de beneficiados y de canónigos, el mismo Obispo Auxiliar, que espontáneamente se unieron a los nuestros para dar la última despedida al muerto ilustre. Era el cumplimiento de la sentencia divina: el que se humilla, será ensalzado, y la fructificación de las semillas de bondad y de beneficios que el Padre Torrente había arrojado durante su larga y fecunda existencia en el surco de los corazones.

Hemos extractado y comenzado la hermosa necrología oficial de la Provincia dedicó a este santo escolapio, pero como ella no dice nada de dos facetas de esta alma privilegiada, vamos a completar su silueta hablando de ellas brevemente. Primero, del proselitismo de que dio muestras durante su provincialato. Escolapio cien por cien, la gloria de la Escuela Pía y su propagación le acuciaban constantemente. Todo le parecía poco para adornar con

²⁸⁰ 2 Tm 4, 8.

²⁸¹ Necrología.

nuevas joyas de virtud la corona de la buena Madre, para propagarla por nuevas regiones donde era desconocida y podía hacer un bien ilimitado. En sus 15 años de provincialato fundó las Casas de Tolosa y de Tafalla, que aún subsisten para la gloria de Dios y bien de las almas. El celo que los religiosos despliegan con los niños en las aulas y con los adultos en la iglesia cederá, indudablemente, en honor del Padre Eugenio, cuya gloria accidental en el cielo se aumentará con todas y cada una de las buenas obras que esos escolapios fomenten o inspiren. Fue una clara visión del Provincial el aceptar esas fundaciones, que abrieron a la Orden un vasto campo en el que ejercer el celo de sus hijos, y que le brindaba con el tesoro de tantas y tan buenas vocaciones como hay en el País Vasco y en Navarra. Pronto recogió las primicias, y al cabo de los años se cuentan por centenares las vocaciones que Navarra, sobre todo, ha dado a la Escuela Pía.

Cuatro palabras y terminamos. El Padre Eugenio Torrente se ofreció para traducir del francés un texto de pedagogía que pudiera utilizarse en la preparación teórica de nuestros maestros. El Capítulo General aceptó la oferta, pero la modificó encargándole que estudiara bien el tema, que se documentara leyendo a diversos autores, extractara lo mejor, y después de rumiarlo y asimilarse la sustancia, a base de eso y su experiencia personal, escribiera él una Pedagogía. La consueña no hace ni una alusión a ese proyecto. Nuestros bibliógrafos no lo citan. Nosotros no sabemos más que lo que acabamos de recordar. ¿Es que no se escribió ese texto, y si se escribió, no llegó a publicarse, los manuscritos se perdieron? Como haber bibliográfico del Padre Torrente cierto y seguro no puede citarse más que las interesantes circulares que, como Provincial de Aragón, dirigió a sus religiosos. En ellas dejó sus ideas y volcó sus sentimientos. Y allí quedó el celo de la gloria de Dios y del bien del Instituto que lo abrasaba; y en sus páginas vibra aquel espíritu gigante que lo animaba, aquel corazón calasancio que palpitaba de ansias de gloria y grandeza para la Orden. El Padre Eugenio Torrente ha quedado retratado en esas circulares, que eran almas de su alma, y en cuyas páginas volcó todas sus preocupaciones de Provincial y dejó todos sus anhelos de escolapio.

Capítulo XXIX. Clérigo Remigio Dediós de Santa Isabel, y Padre Francisco Puy del Dulcísimo Nombre de María

Fue el Clérigo Remigio Dediós, hijo de Fraga y alumno de nuestras escuelas, un alma de elección, uno de esos corazones puros a quienes asfixia el aire corrompido y corruptor del mundo, y que Nuestro Señor se apresura a sacar de este valle de lágrimas antes que la malicia haga presa en ellos. Dotado de una índole naturalmente buena y adornado de las mejores costumbres, el cultivo que los nuestros hicieron de tan excelentes cualidades, las prácticas piadosas y la frecuencia de sacramentos propias de nuestro sistema pedagógico, y la gracia divina como agente principal, despertaron en Remigio deseos vagos de ser religioso, que poco a poco fueron tomando forma y diseñándose claramente, y que al fin lo condujeron las Escuelas Pías. Debió ser para él una íntima satisfacción, pues veía cumplido un vivo anhelo de su alma; pero no fue menor para sus maestros, que lo apreciaban profundamente por sus bellas disposiciones. Debió vestir la sotana el año 1882, y su noviciado respondió a lo que permitían esperar sus antecedentes piadosos. “Quien ya en el siglo, tierra árida y estéril, parecía prometer algo grande y dar frutos de piedad, trasplantado al huerto ameno y fértil de la Religión, y pronunciados sus votos a

Dios, empezó a difundir el aroma de todas las virtudes”.²⁸² Es un elogio completo de los progresos que el novicio Remigio realizó en el noviciado, de los frutos que su espiritualidad prometía.

Pero del joven Dediós no fue más que un capullo apenas abierto, que no llegó a convertirse en flor, ni por lo tanto, a cubrirse de los frutos que prometía. Fue un junior de grandes esperanzas que una muerte temprana tronchó en flor, pero que no se perdieron del todo, puesto que era tan espléndido el brillo de sus virtudes, y tan patentes los carismas de la gracia de que estaba adornado, que el mismo maestro lo proponía como dechado digno de imitación a sus compañeros. “Moderatores eum aliis Junioribus veluti exemplar ad religiosam perfectionem aggrediendam proponere hauquaquam dubitariint”²⁸³. Esto da una idea de los quilates de virtud que poseía este afortunado junior, y de lo aprisa que caminaba por las vías de la perfección religiosa. Dios Nuestro Señor se complacía en adornar y hermoear su alma para las nupcias eternas en el cielo que había de celebrar muy en breve. Había hecho su noviciado con el fervor y aprovechamiento que las palabras anteriormente copiadas admiten suponer, y, hallado digno, fue admitido a la profesión, que hizo en Peralta en 1884. Era reciente la instalación de las Casas Centrales de Estudios, y por entonces aún disfrutaba la Escuela Pía del usufructo del monasterio de San Marcos de León, mientras se sustanciaba la entrega y se entraba en posesión del de Santa María la Real de Irache. Allí fue enviado nuestro Remigio, donde puso todo su empeño en adquirir y conservar las virtudes, que son el principal ornato del religioso, y en aprender aquellas ciencias y artes que habían de hacer de él un perfecto escolapio y un buen maestro.

Con este comportamiento laudable, tanto por la aplicación al estudio como por el interés en progresar en la virtud, se hizo querer entrañablemente de superiores y hermanos. Todos presentían en él al santo que había de enaltecer a la Orden Calasancia con el esplendor de sus virtudes. Habían transcurrido cuatro años de juniorato, y acababa de dar examen del segundo curso de Teología, gozando de la robusta salud que siempre había disfrutado. Nada hacía temer un desenlace fatal próximo, y, sin embargo, la muerte le acechaba. Estaba sin duda maduro para el cielo, y Dios se apresuró a llevarlo a él antes que los huracanes del mundo helaran su virtud y la malicia pervirtiera su corazón y su inteligencia. Acometido por una fiebre aguda y maligna, hubo de acostarse, pero a pesar de habersele aplicado los remedios oportunos, no se reanimó, y se comprobó que el caso era irremediable. Se le administraron, por consiguiente, los auxilios espirituales que recibió con pruebas de gran fervor y con un abandono completo a las disposiciones divinas. “Tametsi uti bonus quotidie sese parabat, qua justitiae coronam quam ei redditurus erat justissimus Iudex, accipere meredetur, suprema nihilominus aderat dies quo nostre juvenis sacramentis piissime susceptis, terram reliquere, coeulm peteret promissis divinis fruiturus”²⁸⁴. Aunque, como bueno, se preparaba diariamente para hacerse digno de recibir la corona de Justicia que el Juez justísimo había de otorgarle, había llegado nada menos que el día supremo en el que nuestro joven, recibidos piadosamente los sacramentos, abandonara la tierra y volara al cielo, a gozar de las divinas promesas. Ocurrió ese hecho el 17 de julio de 1888, cuando Remigio Dediós contaba 20 años de edad y 6 de hábito religioso. Un alma blanca por la pureza, y roja por la caridad, que Dios permitió a la Escuela

²⁸² Catálogo de los religiosos de las Escuelas Pías de España y Ultramar que murieron piadosamente en el Señor. Madrid, 1889.

²⁸³ *Ibidem*.

²⁸⁴ En el mismo lugar.

Pía nutrir en su seno y gozar unos años. Quede su nombre en esta galería de CLAROS VARONES, como un ejemplo y como una lección para todos, pero particularmente para los juniore.

PADRE FRANCISCO PUY DEL DULCÍSIMO NOMBRE D4E MARÍA. Lo recordamos desde nuestra infancia, cuando iniciamos nuestros estudios en el Colegio de las Escuelas Pías de Barbastro. Para nosotros los niños, y creemos también que para el público barbastrense. era el Padre Vicerrector, sin otro aditamento. Su figura nos era muy familiar, y no obstante, los 60 años transcurridos, lo recordamos como entonces lo veíamos con nuestros ojos infantiles: venerable por sus años, estimado por sus virtudes, físicamente cenceño y bajo de estatura, con su solideo y bonete, y el manajo de llaves de la sacristía e iglesia que agitaba mientras decía: “¡Los catoneros, los catoneros!” Y los alumnos que empezaban a descifrar los jeroglíficos del catón suspendían la clase, y con el Padre Vicerrector bajaban, o bajábamos, también llegamos a eso, a la iglesia. ¿A qué? Entonces no sabíamos a qué, pero después lo hemos adivinado: ¡a la oración continua! O a algo que la suplía. El buenísimo Padre Francisco nos llevaba al altar de la Virgen de las Escuelas Pías, y allí rezábamos la Corona de las Doce Estrellas. No teníamos a la sazón seis años y no recordamos si también hacíamos la Estación a Jesús Sacramentado. Después nos conducía a la sacristía, donde nos daba lecciones de Catecismo, de ayudar a misa, y nos enseñaba a rezar el Ángelus. No recordamos cuánto tiempo duraban estas sesiones, ni si se sucedían otros grupos a lo largo de la mañana y de la tarde.

El Padre Francisco Puy era más conocido con el nombre de Padre Mansi, que, según tenemos entendido, era el de la casa a que por su nacimiento pertenecía. Desde que ingresamos en la Orden siempre le hemos oído nombrar como el Padre Mansi, y llegamos a creer que ese era su apellido. No recordamos que nadie le llamara el padre Puy, y hemos tenido que manejar muchos papeles para llegar a conocerlo por su nombre y apellido. Nació en Peralta de la Sal el 19 de septiembre de 1807, y asistió a nuestras escuelas, donde se empapó del espíritu de su paisano San José de Calasanz, que después difundió en las escuelas con gran provecho de los niños. Tenía ya 17 años cuando ingresó en las Escuelas Pías, y al decir de su consuetud la vocación fue resultado y fruto de la lectura de cosas referentes a nuestro Instituto. Calculamos que la obra de los Varones Insignes del Padre Jericó, única obra impresa en España entonces de nuestras cosas. “Leyendo frecuentemente, ya instruido en las letras, en qué virtudes florecieron muchísimos los nuestros; con cuánto empeño informaron a los varones españoles y extranjeros en las buenas costumbres; con cuánta solicitud cumplieron nuestro ministerio; a cuántas personas condujeron por la vía de la salvación; y a cuántas ayudaron de todos modos, no le cupo la menor duda de que prestaría un obsequio gratísimo a Dios si abrazara una Religión que tales hombres producía”.²⁸⁵ Y como lo pensó, lo hizo: pidió el ingreso en las Escuelas Pías, y los Superiores lo admitieron gustosos.

Le vistió el santo hábito el Padre Mariano Bayod de San Joaquín en Peralta, el día 12 de septiembre de 1824. Desde el primer día de noviciado, el joven Francisco se mostró humilde, modesto, callado, amante de la oración y de cuantas virtudes deben adornar a un religioso. Quien tan ferviente se había mostrado en el siglo, colocado en la casa de Dios se entregó totalmente al servicio divino y a la voluntad de los Superiores, y excitó con su eficaz ejemplo a los otros novicios al amor de Dios y de la virtud, y a cumplir fielmente sus

²⁸⁵ Catálogo de religiosos dicho, número 58.

obligaciones. “Semper sibi constans, se totum divino servitio et Superiorum voluntati mancipavit, caeterosque tyrones ad Dei et virtutis amorem adque ad munera fideliter obeunda suo efficaci exemplo excitavit”.²⁸⁶ Pocas dificultades hubo de tener un novicio de tales prendas para ser admitido. Nadie rechaza un tesoro que se le ofrece, ni pone obstáculos a la fortuna que golpea a sus puertas, y el joven Puy era una fortuna, significaba un tesoro para las Escuelas Pías. Así que cuando fue propuesto a la votación de la Comunidad para admitirlo o rechazarlo a pronunciar sus votos, fue aceptado nemine discrepante. Todos los sufragios le fueron favorables. En consecuencia, el propio Padre Mariano Bayod le recibió la profesión, delegado para el caso por el Padre Provincial Rafael Paracuellos del Ángel Custodio. Se unió a Dios indisolublemente en Peralta de la Sal, el día 24 de agosto de 1826.

Con este acto se iniciaba para el joven Francisco una segunda etapa de su vida religiosa, la del juniorato. De ella esperaban los Superiores que no desentonaría de la precedente, y que como hijo fiel de Calasanz, observaría las mismas reglas que él nos dio, y con ellas daría gloria a Dios y lustre al Instituto. “Quod si in novitiatu tot tantaque divinae vocationis indicis dedit, et erat fore ut et verus Magni Calasancii semper esset filius, et, quas ille nobis regulas ad perfectionem religiosam tradidit, eas adamussim observando, Deo magis magisque placere, et nostrae Congregationi magnam aferre existimationem”.²⁸⁷ Y en realidad así lo hizo; pues si su juniorato se distinguió por el interés que puso en los estudios, se señaló también por el cuidado que tuvo de que la piedad no se enfriara, sino que se hiciera más fervorosa cada día por el mejor conocimiento que adquiriría de Dios y de sus beneficios. El carácter recio de aquel joven petralense no era de los que tiran a todo viento de doctrina; entonces no sería carácter, sino sensibilidad; ni se doblaba fácilmente según las influencias que recibía, entonces sería debilidad; sino que constante e idéntico siempre a sí mismo, como quien mira a Dios, escucha los dictados de la conciencia e inspirar sus actos en la verdad, se mantenía firme e incommovible, como la roca que en medio del océano es azotada por los vientos y por las olas sin ceder un ápice ni moverse de su emplazamiento. Así fue nuestro Hermano Puy durante el curso de sus estudios; y quien de novicio fue fiel a las Reglas y se distinguió por su piedad, de junior y de maestro no se desvió de las normas de vida del noviciado, ni dejó que el fuego de su piedad se apagara.

Terminado sus estudios, nuestro Francisco inició su apostolado docente en Sos con las clases de leer y escribir, que desempeñó muy satisfactoriamente. No desperdiciaba ocasión ni perdonaba sacrificios y trabajos para imbuir a los niños en la piedad e instruirlos en las letras. Dios nuestro Señor premió ese celo desplegado por el Padre Puy en la educación de sus discípulos, y el interés que manifestaba en su enseñanza, y bendijo largamente al maestro y a los alumnos. “Videre enim post aliquod tempus, pueros amare et timere Deum, obedire parentibus, omnis divina jussa permagni facere, faciem denique opidii in melius mutatam”²⁸⁸. Después de algún tiempo era de ver cómo los niños amaban y temían a Dios, cuál obedecían a los padres, estimaban en mucho los mandamientos divinos, cómo finalmente mudó la población de aspecto. Este hecho revelador del celo que el Padre Puy ponía en la educación de los niños y esos frutos admirables que su magisterio produjo son la mejor alabanza que puede hacerse del venerable escolapio. De él puede

²⁸⁶ *Ibidem*.

²⁸⁷ Necrología del Padre Puy, en el lugar citado.

²⁸⁸ En la misma Necrología.

afirmarse que ponía en acción la genuina pedagogía de San José de Calasanz, y que era un educador según el espíritu del glorioso Patriarca. Nada extraño que se lo disputaran los Rectores y lo solicitaran los colegios, pues “todos lo consideraban como un ángel bajado del cielo para alumbrar a los jóvenes De los peligros, y para encenderlos en el amor divino”. Se había propuesto en el noviciado seguir las huellas de su Santo Fundador y conciudadano, y no descuidaba nada el cumplimiento de tales compromisos.

De Sos el Padre Francisco Puy pasó a Tamarite de Litera, donde le fue confiada la clase de latín, donde trabajando con el mismo cielo, obtuvo iguales resultados que en Sos, con gran satisfacción de los Superiores. En vista del cuidado con que se dedicaba a educar e instruir a los niños, se le ofreció más ancho campo en que ejercer su apostolado, y recibió obediencia para trasladarse a Zaragoza. Se le confió la instrucción y la educación de los colegiales, y puso en ello todo el celo que devoraba su alma, todo el interés que sentía por el buen hombre de la Orden, y todo el cuidado que era de esperar de su delicada conciencia. Los frutos fueron sorprendentes, así en los progresos de los alumnos en la piedad, como en los adelantos que hacían en los estudios, como en el afecto que los niños le profesaban. Aquel venerable anciano que conocimos en nuestra niñez fue en su juventud un educador celoso y un maestro excelente, que se ganaba los corazones con su bondad y acreditaba nuestras escuelas con sus enseñanzas. Había en él, en su espíritu, en sus modales, en sus palabras, en todo, una atracción especial; algo así como un imán que le conquistaba las voluntades de los niños, y las llevaba suave, pero seguramente, por el camino de la virtud, por las vías de la verdad y por los derroteros de los santos mandamientos. A tal grado se conciliaba el cariño y el amor de sus alumnos, que ni con sus padres acostumbraban los hijos a hacer demostraciones tan exclusivas como las que se vieron expresar al Padre Francisco. “Talis enim a discipulis signa grati animi in eum vidimus, qualis nec optimi filii in parentes exprimere solent”.

En la renovación de Rectores del año 1852, cuando el Padre Puy tenía 45 años, fue nombrado para gobernar el Colegio de Fraga, donde permaneció trece años seguidos con el mismo cargo, lo que es ya argumento de que llenó satisfactoriamente las obligaciones que le son propias. Pero además de esta presunción y argumento a priori, tenemos a posteriori el testimonio de sus contemporáneos, consignado oficialmente en la consuetud. “Amantísimo de la gloria divina y de nuestro Instituto, se propuso cumplir los deberes del nuevo oficio con la mayor fidelidad, y teniendo siempre presente que era de su incumbencia sostener las Escuelas Pías sobre sus hombros, visitaba las aulas frecuentemente, estimulaba a los maestros y a los alumnos a cumplir bien su obligación respectiva, no solo exhortándolos con palabras gratísimas, sino también ayudándolos con ánimo y rostro alegre”.²⁸⁹ Todo un Rector, como no podía menos de ocurrir, dados los antecedentes que conocemos del Padre Francisco, quien había sido experto maestro y celoso educador. Tenía forzosamente que ser un Superior vigilante, sin hacerse por eso odioso, porque era la vigilancia confiada del padre, preocupado del bienestar de sus hijos, no la desconfianza del policía, que en todo ve un peligro, y en todos sospecha un criminal presunto. El Padre Francisco del Dulcísimo Nombre de María era el amigo, el confidente, el consejero de maestros y discípulos, y su vigilancia estaba exenta de sospechas y de dudas, inspirada nada más que en el amor de Dios y de los súbditos, en el interés de los maestros, de los alumnos y del Colegio. Después de un breve paréntesis de descanso en Barbastro como Vicerrector, nuevamente se hizo cargo del Rectorado de Fraga; y como

²⁸⁹ Consuetud del Padre Puy.

antes, ahora “en ese meritísimo ministerio ante Dios y ante los hombres, se esforzó en fomentar la observancia regular y en acrecentar el patrimonio familiar, por espacio de 18 años (en dos veces), y se mostró fiel y cuidadoso administrador, siendo muy estimado de los domésticos y de los extraños”.²⁹⁰

Sin descuidar en lo más mínimo el gobierno en la Casa y la atención de las escuelas. el celo del Padre Puy se extendía también a los fieles, y dedicaba todo el tiempo disponible a escuchar las confesiones. No hacía con eso más que continuar la tradición de nuestros mayores, y cumplir como un sacerdote celoso y consciente. Es un error pensar que no nos obligan los ministerios sacerdotales; no nos obligan, evidentemente como un deber de Justicia, pero sí como una exigencia de la caridad, y como un imperativo de las necesidades del lugar y del tiempo. No podemos, no debemos sacrificar nuestros ministerios propios y específicos, descuidar o abandonar la escuela para ir a predicar, a atender a enfermos o confesar. Pero de esto, a negarnos a cumplir estos ejercicios en horas libres, cuando la enseñanza no nos ocupa, media un abismo que ningún escolapio que reflexione salvará nunca. Si somos sacerdotes no es solo para celebrar misa con más o menos devoción y cuidado, sino para hacer uso oportunamente de todos los poderes de que nos ha investido la Iglesia. Desde los tiempos de San José de Calasanz, nuestros antepasados han ejercido todos los ministerios sacerdotales y las funciones del culto, cuando actualmente no tenían otras obligaciones. Los que, sin una razón poderosa, se niegan a confesar y predicar, que tiemblen de la cuenta que tendrán que dar a Dios de los talentos que recibieron y dejaron improductivos. La historia de las Escuelas Pías tiene muy hermosas páginas escritas por sus religiosos en ese orden de cosas, y quienes la escribieron son doblemente meritorios, porque esas obras de celo las hicieron sacrificando el descanso al que tenían derecho. Algo de esto hemos hecho constar en esta HISTORIA DE LA PROVINCIA DE ARAGÓN DE LAS ESCUELAS PÍAS. El Padre Francisco Puy, como tantos contemporáneos suyos y otros antepasados, atendió el confesonario, fomentando así la piedad y manteniendo vivo el fervor que los habitantes de Fraga.

Terminó su rectorado en 1872, cuando ya contaba 65 años. Los Superiores dejaron al Padre Francisco libre de responsabilidades, y le nombraron Vicerrector, primero de Barbastro, de Peralta después y finalmente de Barbastro. Creemos que tiene aquí cabida, y que corresponde a esta época de su vida, lo que nuestro Padre Maestro de novicios, Manuel Gazo, nos refería. Recibió, estando de familia en la ciudad de los Argensola, obediencia para Peralta, y fuera por una razón o por otra, parece que experimentaba cierta repugnancia en dirigirse al pueblo de su nacimiento. En esta situación se fue a la tribuna de la Iglesia y allí, hincado ante Jesús Sacramentado, debió exponerle todas sus repugnancias y pedirle fuerzas para vencerla. En tanto, se golpeaba fuertemente el pecho y exclamaba: “¡Señor, aún está esto duro! ¡Señor, aún está esto duro!” Este hecho anecdótico, que suponemos real, revela el temple del alma de aquel santo escolapio, y nos muestra algo de los quilates de la virtud de tan excelente religioso. Por espacio de 23 años desempeñó, el Padre Mansi el cargo de Vicerrector. Que no fueron para él de ocio, pues su carácter y sus convicciones eran incompatibles con la inacción, sino que los empleó en el servicio divino y en el del Instituto. Lo primero lo cumplió como confesor de monjas, y atendiendo a los fieles en la iglesia del Colegio. Lo segundo, por ahí hemos empezado, en el ejercicio de la Oración Continua y con las catequesis que le seguía. Y lo hacía con tanto fervor que parecía divinamente inspirado. “Cum vero horteretur juvenes ad Dei et virtutis

²⁹⁰ En el mismo lugar.

amorem et ad odium vitii, caelitus inspiratus saepe visus est”. Bien que había sido un roble, el padre Francisco del Dulcísimo Nombre de María había envejecido mucho, y llegó la hora de presentarse en el cielo a recibir la corona de gloria que sus buenas obras y su vida virtuosa le habían merecido. Le llegó la muerte como consecuencia de un reuma intestinal que lo puso en situación extrema, por lo que se le administraron los Sacramentos, que recibió fervorosamente, muriendo en Barbastro como mueren los justos, el día 14 de octubre de 1888, a los 81 años de edad, de los cuales 64 los había pasado en la Orden, siendo modelo de religiosos y espejo de virtudes y observancia. No bien se conocido en Barbastro, donde era tan popular y querido, la noticia de su fallecimiento, fueron numerosas las personas que llegaron al Colegio a presentar sus condolencias, y el funeral del día siguiente se vio sumamente concurrido, notándose la presencia de algunos señores canónigos, de varios sacerdotes, de señores y caballeros de la primera sociedad del pueblo, quienes acompañaron el cadáver hasta el cementerio.

Capítulo XXX. Padre Francisco Romero de la Virgen de los Albares y M.R.P. Manuel Acero de San Francisco.

Otro escolapio del que conservamos un recuerdo vago, pues si bien murió el mismo año que el Padre Mansi, como no tenía ninguna relación con nosotros, alumnos de la primera escuela elemental, apenas si lo conocíamos. Recordamos perfectamente su nombre, pero no tenemos una idea clara de su fisonomía. Creemos recordar como en un sueño que era alto y canoso. Pero no podríamos añadir nada que lo identificara. Era de Nuévalos, diócesis de Tarazona, y había nacido el 31 de marzo de 1835, y solo en 1854 vistió la sotana calasancia, deseoso de santificarse y de huir de los escollos que amenazaban su virtud en el mundo. “Por esta causa dirigió su ánimo a la eterna salvación, y juzgó, óptimamente inspirado por el Espíritu Santo, que no había camino más seguro para conseguir los bienes eternos que huir del mar agitado por tantas tormentas y manchado con tanto vicio y opiniones depravadas, y recogerse en el puerto seguro de la Religión”.²⁹¹ Acudió, pues, al Provincial de las Escuelas Pías de Aragón en solicitud de ingreso a las mismas. Los informes fueron favorables, por lo que no hubo inconveniente en admitirlo, y el 20 de marzo de 1854 el Padre Francisco Martínez de la Virgen del Carmen le vistió el ceñidor calasancio en Peralta. Iba a cumplir los 19 años, y estaba en una edad en que no se toman ligeramente determinaciones como la de hacerse religioso, sino que les han precedido serias reflexiones. “Quam vero jam annum agere nonum decimum et bonam prae se ferret animum indolem, forma idcirco factus erat in tyrocinio ad caeteros sodales, et suo exemplo necdum eos ad virtutem, sed etiam ad laborem suaviter afferebat”. Como hubiese, pues, cumplidos. Los 18 años, y fuera de buena índole, era el modelo de sus hermanos en el noviciado, y con su ejemplo los arrastraba suavemente, no solo a la virtud, sino también al trabajo.

Llegado el momento, no hubo inconveniente alguno para que hiciera la profesión, pues todos los votos le fueron favorables, y se le dispensaron cinco meses de noviciado. ¡Tan notables eran los progresos que había hecho en la virtud! ¡Tales seguridades de perseverancia daba! Humanamente hablando, ofrecía todas las garantías deseables, y los hechos comprobaron que no eran infundadas las esperanzas que en el joven Romero se cifraban. Emitió sus votos en la Casa noviciado el 14 de octubre de 1855, actuando de

²⁹¹ Hola, catálogo de los religiosos de las escuelas pías K Durmieron en el señor, Madrid, 1889, número 59.

ministro en el acto el Padre Rector Nicolás Sena de Santa Teresa. Casi toda su vida de profesor la pasó en Barbastro, pues excepto una permanencia de siete años en los colegios de Peralta y Alcañiz, donde enseñó respectivamente primeras letras y a leer y escribir, siempre permaneció en la Viudad del Vero. Cuatro lustros ejerció el ministerio de las escuelas en esta población. Primero en la de escribiría y aritmética, y luego en el bachillerato dictando las clases de Gramática latina y de Geografía con aplauso de propios y extraños. El Padre Francisco Romero, aspiraba a ser un maestro cristiano según el espíritu de San José de Calasanz, y trataba de inocular la piedad en el corazón de sus discípulos con interés mayor que el que ponía en instruirlos. “Ast semper in eas res noster Franciscus sibi incumbendum duxit, ut Deo gloriam affert maximam, et nostrae Piae Congregationi permgnum esset decorum”. Buscaba en sus tareas la mayor gloria de Dios y el mejor prestigio para nuestro Instituto. Personalmente, no aspiraba a ninguna ventaja ni honor terreno de ninguna naturaleza, contento con cumplir su deber, satisfecho con hacer bien a los individuos. Lo esperaba todo del cielo, donde Dios le otorgaría el premio que las criaturas son impotentes e incapaces de proporcionar.

Era la del Padre Francisco Romero una constitución física robusta, y todos los cálculos humanos le aseguraban una larga vida. ¡Pero cómo nos engañamos, y cuán miserable es la condición del hombre! Aquel varón que parecía eterno, de repente y en forma inopinada, se vio en las puertas de la muerte. “Pero lejos de nosotros la tristeza, el luto y el llanto, pues nuestro benignísimo Dios, determinó transportar a los eternos tabernáculos a nuestro hermano, que salía de las miserias de esta vida para gozar eternamente de la vida y de los bienes, de lo que no hay nada más duradero, nada mejor ni más precioso”.²⁹² Herido por una vehementísima afección pulmonar, la medicina se declaró impotente para contrarrestar sus efectos y hubo que administrar al enfermo los últimos Sacramentos, que recibió en el pleno dominio de sus facultades. Falleció el Padre Romero en Barbastro el 8 del mes de noviembre de 1888, cumplidos los 53 años, de los que había vivido 14 en las Escuelas Pías. No hay barómetro mejor para medir cuánto pasa su influencia en el ambiente en que ha vivido un hombre que los honores que se le tributan después de muerto, cuando no se puede esperar ni temer de él nada. Pues bien, el amor, la estimación y la benevolencia que el Padre Francisco se había captado entre los barbastrenses se pusieron bien de relieve después de su inesperada muerte. Su funeral estuvo concurridísimo, y se notó en él la presencia del Cabildo Catedral, de muchos señores sacerdotes, de los profesores del seminario, de las personas de significación en Barbastro, del pueblo, y no faltó quien despidiera con lágrimas el cadáver del humilde escolapio.

MUY REVERENDO PADRE MANUEL ACERO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

²⁹² Necrología, en el mismo lugar.

Era hombre de clara inteligencia y de talento más que regular, y fue, sobre todo, religioso de austera observancia. Nació en Chiprana, provincia y arzobispado de Zaragoza, el 29 de marzo de 1834. Después de haber estudiado las primeras letras en el pueblo de su nacimiento, sus padres lo enviaron a Alcañiz, donde estudió Humanidades en nuestro Colegio. Era muchacho de buena índole, devoto, de costumbres puras, y no extrañó a nadie que sintiera vocación religiosa, y que pretendiera ingresar en las Escuelas Pías. Las cosas se produjeron por gravitación natural, sin que nadie las forzara: alumno de nuestras escuelas, en trato con nuestros religiosos, conocedor de su vida, una vez sentida la vocación, no conociendo acaso otra Urden religiosa, debió golpear a las puertas de la calasancia para satisfacer sus anhelos. Lo hizo así, y se le franqueó la entrada, puesto que el candidato y sus prendas eran suficientemente conocidos. Marchó, pues, a Peralta de la Sal, donde el Padre Ramón Sorolla de San Marcos le



impuso la librea calasancia que él había de honrar con sus virtudes y enaltecer con sus obras. El acto se realizó el 1 de julio de 1848. Pronto brillaron las virtudes del novicio, de tal suerte que el Padre Maestro lo nombró celador de los otros novicios, y de tal manera se dedicó el Hermano Manuel a perfeccionarse y santificarse, que bajo la acción de la gracia, a la que tan eficazmente colaboraba, corrió por las vías de la virtud a pasos agigantados. Completado el bienio de probación, nada había, ni en su espíritu, ni en su cuerpo, ni en su inteligencia, ni en su conducta, que fuera un obstáculo para que pronunciase los votos religiosos. La votación de la Comunidad fue unánimemente favorable al Hermano Manuel Acero, quien pudo consagrarse a Dios solemnemente el 16 de junio de 1850.

Trasladado por orden superior a raíz de la profesión a Zaragoza, donde con sus compañeros de estudio cursó la Filosofía, la Teología dogmática y Moral y las Matemáticas, lo hizo con notable aprovechamiento. Cuando hubo terminado esta preparación profesional, los Superiores no lo dedicaron inmediatamente a la enseñanza, sino que, en vista de su capacidad y de su afición al estudio, determinaron que con otros dos de sus compañeros ampliara sus conocimientos científicos y literarios. Lo enviaron, pues, a Alcañiz para que bajo el magisterio del Padre Alejandro Masetti ahondara los estudios clásicos, a la espera de que el Padre Juan Manuel Palacios terminara su carrera universitaria y regresará de Madrid a Zaragoza. Este hombre eminente, para quien las matemáticas no tenían secretos, dictó al junior Manuel Acero y sus compañeros cursos de. Mecánica Racional, de Física y de Química que los habilitaran para la enseñanza de esas asignaturas, que se habían diferenciado y constituían cuerpos sistematizados de doctrina, independientes de la Filosofía, y que habían tenido entrada en los programas de Segunda Enseñanza.

Bajo la dirección de tan eximios maestros, poniendo a contribución su talento y su voluntad, y acuciado por la conciencia, el joven Acero realizó admirables progresos en esas ciencias, y se puso en condiciones de enseñarlas con honor y competencia. Los Superiores tuvieron gran confianza en el grado de preparación del junior Acero, y cuando hubo terminado estos cursos especiales, sin ponerlo ni experimentarlo en las escuelas

primarias, lo colocaron en las de Segunda Enseñanza. Los hechos demostraron que no se habían equivocado aquellos en sus cálculos, y el novel profesor acreditó sus conocimientos y su pericia en transmitirlos en cuantas clases y materias se le confiaban. La carrera magisterial del Padre Acero no tuvo más campo de acción que el Colegio de Zaragoza, con los externos primero y después con los colegiales, siempre con el aplauso y las alabanzas de los Superiores. Nuestra labor tiene muchos testigos, y no puede pasar inadvertida del público. Nuestros alumnos son otros tantos pregoneros de nuestra competencia o de nuestra incompetencia, y nuestro trabajo escolar es más conocido de lo que creemos. Las familias de los niños y sus amistades están muy enteradas de lo que hacemos, y lo que ocurre en la clase trasciende a los hogares y a la ciudad, y nos vamos creando inconscientemente un nombre glorioso o de ignominia, según sea nuestra actuación de profesores. El Padre Acero se conquistó la estimación de Zaragoza. Por su nimia solicitud en enseñar y por el admirable aprovechamiento de sus alumnos. “*Magnum sane sui existimationem propter viam in docendo sollertiam mirumque discipulorum profectum fuit adeptus*”.²⁹³

Fue el Padre Manuel Acero muy asiduo en la atención del confesonario, con fervor, ardor verdaderamente apostólico. Le llama su consueta defensor acérrimo de los dogmas de la religión, y un sacerdote empeñado en inculcar en el ánimo de todos el amor de Dios, el deseo de la virtud y el horror al vicio. Con eso también se creó un nombre el Padre Acero en Zaragoza. Por mucho que nos empeñemos en ocultarnos, nuestras obras, buenas o malas, nos pondrán en evidencia, y no es posible que un sacerdote predique y confiese y se esfuerce en llevar las almas a Dios sin que su celo se ponga de relieve, sin que su nombre se haga popular, sin que se cree un prestigio, mayor o menor, pero positivo. Es lo que ocurrió con nuestro Padre Manuel, a quien todo el mundo celebraba unánimemente en Zaragoza. “*Quod factum est, ut omnes una voce Patrem Emmanuelem Acero ubique praedicarent*”. No es que él buscara la popularidad, ni que arrastrara por su elocuencia. La consueta no hace ninguna alusión a ello, y nunca hemos oído celebrar al Padre Acero como predicador elocuente, sino que era sumamente celoso, buscaba a Dios y a las almas, y eso es lo que importa. Lo demás es fantasmagoría, fuegos artificiales que duran un momento y luego no queda más que el armazón sobre el que se quemaron las ruedas. El pueblo cristiano es muy zahorí, y sabe distinguir entre un orador que no tiene más que palabras bonitas y el predicador evangélico que habla de las virtudes y de los vicios con lenguaje sencillo e inteligible. Así debía ser la predicación del Padre Acero, según lo dan a entender las palabras de su necrología anteriormente citadas. Hablamos por conjetura, pero suponemos que el nombramiento de Pro-Sinodal que el Arzobispo de Zaragoza hizo el año 1886 del Padre Manuel debía estar relacionado con esa labor apostólica que desarrollaba. En enero de 1887 se celebraba concurso, y uno de los jueces de los trabajos y ejercicios de los concursantes era nuestro Padre Acero, argumento eminente de lo que se estimaba en la Curia su preparación teológica y su celo.

Nuestros Superiores no reconocieron menos los talentos y los méritos del Padre Manuel de San Francisco, pues lo elevaron a los honores de la Orden cuando era todavía muy joven. En 1872, a los 38 años de edad, y cuando llevaba ya algunos de Secretario y Consultor Provincia, fue nombrado Rector de la Casa de Peralta. Si el hecho de confiar a un religioso el gobierno de una comunidad es indicio de la confianza que sus virtudes y su

²⁹³ Catálogo de los religiosos de las Escuelas Pías de España y Ultramar que murieron piadosamente en el Señor. Madrid, 1894, número 136.

celo de la observancia inspira, cuando se le pone al frente de la Casa de Probación, es una prueba de que ese religioso ha dado muestras de prudencia, de su disciplina, de su celo, de su amor al retiro, de su piedad, de cuantas cualidades deben adornar al Superior de una Orden religiosa. Diosa. El nombramiento, pues, del Padre Acero para gobernar la santa Casa de Peralta es la mejor apología que se puede hacer de su persona y de sus virtudes. De aquí pasó a Zaragoza con el mismo cargo, y lo “desempeñó con tal diligencia, con tal increíble pericia de los negocios, con tan exquisita prudencia en todas las cosas, con tanto cuidado y culto de la observancia regular, que mereció conciliarse la admiración de todos los extraños, de los nuestros y especialmente de los Superiores”.²⁹⁴ Un rectorado como el de Zaragoza, servido en la forma con que en las palabras entrecomilladas dan a entender, tenía un término natural, que por lo mismo se adivinaba fácilmente: el provincialato. Así fue en realidad, cuando después de cinco trienios seguidos, el Padre Torrente logró abandonar el gobierno de la Provincia. El Capítulo no encontró otro hombre más indicado y acreditado para suceder y recoger su herencia que el Rector de Zaragoza, que había sido colaborador suyo como Secretario, Consultor y Asistente Provincial, y que conocía como ninguno el estado y las necesidades de la Provincia.

Fue elegido el año 1884, cuando había llegado a la cumbre de la existencia, y fue elegido para el cargo con gran satisfacción de sus religiosos, que admiraban sus virtudes y su observancia, y que celebraban su interés por aumentar el esplendor y el prestigio de la Provincia; que se sentían dominados por su igualdad en el trato con las personas y que lo amaban como un padre. Elevado al provincialato, el Padre Acero siguió en el Gobierno de la Provincia las mismas normas que observó en sus rectorados: puestos el corazón y la mente en Dios y en las Casas de su jurisdicción, hacer cuanto estaba en bien de estas, promover cuando pudiera la gloria de Aquel. En consecuencia, fue el primero en la observancia y en el sacrificio, porque el ejemplo es el estímulo más poderoso de la voluntad, y la fuerza más eficaz de los Superiores para arrastrar a los súbditos al cumplimiento de sus deberes. Además, era benigno y compasivo con las debilidades, dulce y amable en las correcciones, condescendiente y conciliador en lo que no hubiera pecado y fuera un avance contra las Reglas, y así sacaba provecho hasta de los genios más difíciles, y lograba frutos hasta de los caracteres más impermeables. Es el secreto de los buenos Superiores y la razón de sus triunfos sobre los seres más refractarios. Fue ese el secreto resorte que el Padre Acero puso en juego para guiar a sus religiosos por las vías del deber y del sacrificio, para mantener la observancia, para contener a los díscolos y estimular a los débiles, para elevar la Provincia al grado de esplendor que le correspondía.

Los nuestros no se cansaban de dar gracias a Dios por el regalo de tal Superior a la Provincia, y dada la robustez de su complexión, y el exceso de vida de que parecía disfrutar, pudiera creerse que le quedaban muchos años para trabajar por la gloria divina, por el buen nombre de la Orden, por el mejoramiento de los niños, por la santificación de los fieles; y, sin embargo, tenía la muerte muy cercana. Había ido a Peralta, a la visita cuatrimestral de los novicios, cuando advirtió entorpecimientos en los miembros, en la lengua, y oscuridad de la mente, lo que le obligó a regresar pronto a Zaragoza. Se le aplicaron cuantos remedios aconseja la medicina, pero, no obstante una ligera mejoría, jamás recuperó la salud perdida. Un segundo ataque mientras se encontraba en Tafalla, y un tercero en Zaragoza, redujeron al Padre Provincial a los extremos, por lo que fueron administrados los santos Sacramentos. Expiró en Zaragoza el 18 de enero de 1893, a los 59 años de edad y 45 de vida

²⁹⁴ Necrología, lugar citado.

religiosa. El duelo que hicieron los amigos y exalumnos del Padre Acero, y la numerosa concurrencia de personas que asistieron a su funeral y entierro fueron la prueba más palpable de la popularidad de que gozaba; una demostración conclusiva del afecto que sus discípulos y amigos le profesaban.

Capítulo XXXI. Padres Toribio Estevan de San Esteban y Valero Paricio de la Virgen de Loreto

Juntamos en este capítulo a dos escolapios que no tuvieron el brillo de las obras llamativas, que no descollaron por sus dotes oratorias, que no ocuparon puestos expectables en la Orden, pero a los que la falta de esas exterioridades no impidió santificarse.

PADRE TORIBIO ESTEVAN DE SAN ESTEBAN. Fue de los primeros que ingresaron en la Orden a raíz de la restauración, pues vistió el santo hábito en Zaragoza el 14 de septiembre de 1845. Era ya un mozo capaz de comprender la trascendencia de su decisión y listo, por lo tanto, para aprovechar el tiempo de noviciado en la adquisición de aquellas virtudes y perfecciones que distinguen al verdadero religioso. Había nacido en la Cañada de Verich el 18 de agosto de 1827, de manera que al ingresar en las escuelas pías contaba ya 18 años. Por la pobreza de la Casa de Peralta, que no podía alimentar a los novicios, el noviciado estuvo por algún tiempo en Zaragoza, y allí lo hizo el joven Toribio. Como quien tenía ideas claras de las obligaciones inherentes al paso que había dado, fue escalando el monte santo de la perfección, grado por grado, hasta llegar a adquirir las virtudes que hacen al perfecto religioso. Entonces fue hallado digno de formular sus votos al Señor, y lo hizo en Zaragoza en manos del Padre Rector, Alberto Esponera de la Virgen del Carmen. Antes de iniciar su carrera, y por espacio de tres años, los Superiores encomendaron al joven Estevan la escuela ínfima de leer, hasta que de orden del P. Jacinto Feliu fue agregado a los juniore para que estudiara la Filosofía, la Teología Dogmática y la Moral, y las Matemáticas. Puso en ello cariño, aplicación y constancia y, sobre todo, no descuidó la fidelidad a las reglas, lo que lo hacía muy estimado de sus compañeros y maestros. La labor docente del Padre Toribio Estevan se repartió entre Zaragoza y Caspe, ocupado en la instrucción primaria. Vuelto a la capital de la Provincia, los Superiores le encargaron la escuela de los internos más pequeños. Nuevamente fue enviado a Caspe para enseñar la lengua latina. Allí, como siempre y en todas partes, se esforzó en imitar el espíritu y el fervor de nuestro Santo Padre. “Semper et ubique Sancti Patris Nostri spiritum et fervorem visus est imitari”.

Por esto, precisamente, los Superiores pusieron los ojos en el Padre Toribio para encargarle el gobierno de algunas Casas y para que fuera guardián celoso de la observancia, él que la había guardado tan religiosamente. Contaba 38 años cuando fue nombrado Rector por primera vez, y perseveró en el cargo durante siete trienios, cuatro en Tamarite y tres en Peralta de la Sal. Ese hecho dice más que un panegírico de las virtudes, de la prudencia, de la caridad, de la comprensión, del celo del padre Toribio de San Esteban. Porque gobernar 21 años consecutivos, sin desfallecer y sin perder la confianza de sus súbditos, es casi un milagro. Es que toda autoridad se gasta con el ejercicio; quien la encarna pierde energía con el tiempo y los súbditos tienden a hacer caso omiso de la autoridad, con grave daño de la disciplina. De ahí, precisamente, la conveniencia de la renovación de los Superiores antes que se gasten y que la indisciplina cunda por cansancio de ellos o de los religiosos. El Padre Estevan permaneció 12 años seguidos al frente del

Colegio de Tamarite, y tuvo la habilidad o la gracia de mantener incólume su prestigio rectoral ante sus súbditos, porque no se dispensaba nada y era el primero en la observancia. Es la única manera digna de ganarse la adhesión y el respeto de los gobernados, porque nada proporciona tanta fuerza a los que gobiernan como el ejemplo de austeridad, de sacrificio y de constancia en el cumplimiento de las Reglas. Este fue el secreto del largo rectorado del Padre Toribio en Tamarite. Y esa la fuente perenne de sus energías para perseverar en un cargo tan molesto.

Como sabe el lector, en la vida del Padre Toribio Estevan no hay nada brillante, es más bien una existencia opaca que se desarrolla en la penumbra del interior de los colegios, sin otras manifestaciones al exterior que las corrientes y ordinarias. Sin embargo, hay que apuntar en su haber de Rector de Tamarite el empeño que puso, coronado con el más halagüeño de los éxitos, de permutar nuestro primitivo colegio situado en las afueras de la villa, en una elevación del terreno que lo exponía a los vientos y a las lluvias, por el antiguo convento de los Capuchinos, que reunía mejores condiciones y más comodidades para los niños. Le costó moverse, poner en juego amistades e influencias, pero consiguió lo que pretendía, en bien, sobre todo, de los alumnos. *“Summum ac pene incredibilem diligentiam et constantiam adhibuit ut nostra Communitas ex antiquo loco, minus nostrorum saluti et scholarum exercitio idóneo, in alium longe commodiorem, quem olim Capucini Patres incoluerant, transmeare”*.²⁹⁵

Al mismo patrón se conformó el Rectorado del Padre Toribio de San Esteban en Peralta. A trabajar interiormente por el imperio de la observancia en todo, a velar por la administración y mejorarla para que los religiosos, profesos y novicios, no echaran nada en menos. Era el padre de familia que debía preocuparse seriamente de sus hijos espirituales, para que no les faltara nada de lo necesario. *“Hic etiam mirum dedit operam ut et regularis observantia vigeret, et domus vestigalia in posterum firmerentur”*.²⁹⁶ También aquí trabajo de modo admirable para que se vigorizará la observancia regular y se asegurarán para el futuro las rentas de la casa necesarias para el sustento de los religiosos. En Peralta, el padre Toribio permaneció tres trienios, siendo luz de los novicios y ejemplo de los profesos con su fidelidad y con su espíritu calasancio.

Para descansar de tantas fatigas, los Superiores, trasladaron al Padre Estevan a Zaragoza, donde tuvo el cargo de Vicerrector, Maestro de novicios y Consultor provincial, a todo lo cual respondió plenamente. A los tres años regresó a Tamarite a prepararse para la muerte, libre de preocupaciones terrenas, eximido de toda carga. Y no tardó mucho tiempo en recibir la visita de esa amiga de las almas santas en forma de un aneurisma que en pocos días lo llevó al sepulcro, confortado antes con los Santos Sacramentos que él pidió personalmente. Había cumplido 67 años de edad y 47 de sotana calasancia cuando el 27 de febrero de 1894 expiraba en Tamarite.

PADRE VALERO PARICIO DE LA VIRGEN DE LORETO. Nacido en La Codoñera, Archidiócesis de Zaragoza, en el Bajo Aragón. Fue uno de tantos hijos de ese pueblo que dieron su nombre a las Escuelas Pías. Después de realizar los primeros estudios en su villa natal, sus padres enviaron a Valero a Alcañiz para que cursara Humanidades en nuestro Colegio. Mientras aprendía las letras humanas y bebía a grandes sorbos la leche de la piedad, sintió nacer en su corazón el deseo de ser escolapio. Llegado a la edad competente

²⁹⁵ Consuetas del año 1894, nº 2. Madrid, 1895.

²⁹⁶ Lugar dicho.

y con aprobación de sus padres, pidió el ingreso en la Orden que le fue concedido inmediatamente. Para disponerse debidamente fue enviado a Peralta de la Sal, donde vistió el hábito posiblemente el año 1867, sin que podamos decir en qué mes y en qué día. Cuando el joven Paricio se vio vestido con la librea calasancia, su alma desbordaba de gozo, y todo le parecía poco para corresponder a Dios por el beneficio recibido. Fue así el novicio generoso, que no cuenta los sacrificios; el aspirante a la perfección, que cumplía con amor las más hermosas virtudes; el ángel puro, cuyo pensamiento no mancha una idea menos delicada; el serafín abrasado de amor, que de que se derrite de deliquios antes Jesús Sacramentado; el imitador fiel de su divino Maestro, que se abre a las obligaciones como a áncora de salvación, que se hace todo para todos, y los arrastra con su ejemplo, y los contagia con su fervor para ir en pos suyo y llegar al monte santo de la perfección a que aspiran. Ni que decir tiene que un novicio que así trabajaba en imitar a Jesucristo, que vivía para el cielo más que para la tierra, Cuando terminó el bienio de probación, halló el camino despejado de obstáculos y abiertas de par en par las puertas de la Escuela Pía. Profesó, pues, probablemente el año 1869 en Peralta.

Aquí siguió nuestro Valero los estudios literarios y parte de los científicos, que terminó en Zaragoza, donde funcionaba el juniorato. Se dedicó al estudio concienzudamente, como quien sabía cuánto necesitan la ciencia el sacerdote y el maestro, como quien estaba convencido de que era una obligación contenida implícitamente en el voto de enseñanza. Cuando hubo coronado su carrera fue puesto en las primeras escuelas, así en Peralta como en Zaragoza, dos veces distintas en cada colegio, y en ambos, con mucha caridad y paciencia, y con las mayor alabanza, cumplió sus deberes. “*Primariam institutionem tum Petraltae, tum Caesaraugustae, utrobique semel et alterum, maxima charitate, et patientia, summaque cun laude tradidit*”²⁹⁷. Cuando los Superiores lo creyeron maduro para ello, pusieron al Padre Paricio en segunda enseñanza y en Zaragoza, donde ya residió indefectiblemente hasta la muerte. Explicó casi todos los cursos de bachillerato con aprovechamiento de los discípulos y aplauso de sus familias, porque no solo trabajaba con entusiasmo para transmitirles los conocimientos humanos, sino que, como cuadraba a un educador cristiano inspirado en la pedagogía de San José de Calasanz, se esforzaba con todo celo en imbuirles la piedad, que es el fin primordial de nuestro Instituto. Se beneficiaron de las lecciones del Padre Valero Paricio tanto los alumnos externos como los colegiales, y en todos puso el mismo interés, como quien veía en todos sus alumnos, ricos o pobres, hijos de Dios, almas rescatadas por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Era el escolapio empapado hasta la saturación del espíritu de la fe e inflamado en la caridad del héroe de Peralta.

Del Padre Paricio se ha trazado esta silueta interesante que es verdadero retrato del educador y del religioso que había en él: “Era estrictísimo en la observancia regular; asiduo siempre y diligentísimo en enseñar a los niños y en formar las costumbres de los internos, y en fomentar sus sentimientos piadosos”.²⁹⁸ Estas palabras nos dicen de las inquietudes pedagógicas del Padre Valero, de sus afanes magisteriales, de sus ansias de educador cristiano. Tarea oculta y callada, como la de todo taller, pero de una fecundidad divina para el cielo y para la sociedad, por las almas que en el taller de la escuela se forjan para la virtud, para el honor y para el trabajo. Es una labor oscura por la que el educador no brillará en la sociedad, ni su nombre correrá de boca en boca, pero que destellará de gloria en el

²⁹⁷ *Ibidem*, nº 8.

²⁹⁸ Necrología, en el mismo lugar

cielo por eternidad de eternidades. Por regla general, el escolapio no se destacará en el mundo, y su trabajo y su sacrificio serán ignorados de los hombres, pero en el cielo será llamado grande. “Qui fecerit et docuerit magnus vocabitur in regno coelorum”²⁹⁹. Lo que hemos copiado de la necrología del Padre Paricio nos da más que un aspecto de su personalidad: nos permite conocer al educador y al maestro, pero no nos dice nada del hombre y del religioso. En cuatro palabras condensa su elogio fúnebre estas facetas de nuestro hermano: veneraba a los Superiores con la máxima reverencia, y entre sus iguales manifestaba tal sencillez y candor de alma, que era queridísimo de todos. “Superiores maxima prosequebatur reverentia; inter aequales vero eam simplicitatem, eumque animi candorem prae se ferebat, ut omnibus fuerit carissimus”³⁰⁰

¿Qué más puede decirse de un religioso? No cabe elogio mayor de un hombre que el contenido en esas cortas frases. Un religioso que venera a sus Superiores, acatará sus disposiciones sin quejas ni murmuraciones; y el que se hace amar de sus compañeros demuestra poseer un conjunto de virtudes que lo elevan y distinguen. El Padre Valero Paricio pertenecía a esa raza privilegiada, y es acreedor, aunque no poseyera esas dotes que dan esplendor y fama, a todo nuestro respeto. Todavía nos resta recordar otra faceta del alma de este benemérito escolapio. Obligado por la obediencia o por la amistad, también ocupó la cátedra sagrada, para la que le faltaba disposiciones, pero no subía a ella para hacer vana ostentación de su saber o de su elocuencia, lo que hubiera sido predicarse a sí mismo y perder el tiempo, sino que trataba de excitar la piedad y mover a su auditorio a cumplir la ley divina, con lo que recogía mucho fruto, porque como el Apóstol predicaba Jesucristo. “Sí desde la cátedra sagrada se veía obligado a explicar a los fieles cristianos la palabra santísima de Dios, era un verdadero apóstol, que con celo ardiente y no mediocre elocuencia, excitaba admirablemente el ánimo del auditorio a cultivar la piedad y observar la ley divina.”³⁰¹ Inopinadamente, enfermo con una fiebre leve, progresó rápidamente la dolencia que lo puso en las puertas de la muerte, y habiéndosele administrado los Sacramentos, voló al cielo a unirse con su Dios en Zaragoza, el 11 de septiembre de 1894, cuando estaba cumpliendo 41 años y contaba 25 de vida religiosa.

Capítulo XXXII. Padre Sebastián Vallespí de la Virgen del Pilar

Una de las muchas vocaciones que se cultivaron en el Colegio de Caspe, cuyo abandono estuvo sin duda justificado, pero que cegaba una abundante fuente de la que salían muchas y excelentes escolapios, Sebastián Vallespí y Guiu vino al mundo en Caspe el 10 de junio de 1847, y cuando tuvo edad adecuada, asistió a las escuelas primarias de nuestro Colegio, en el cual estudió asimismo algo de Humanidades. Las buenas prendas que había recibido del cielo, cultivadas por sus educadores escolapios, y fecundadas por el rigor de la gracia, florecieron y fructificaron el propósito de ingresar en la Orden Calasancia. “Nihil puerile in moribus exprimens, et a seculi illacebris abhorrens, easque sufugere desiderans, sub vexillo calasanciano Familiae militare decrevit”³⁰². No manifestando nada pueril en las costumbres, aborreciendo los atractivos del mundo, y deseando huir de ellos, determinó militar bajo la bandera de la Familia Calasancia. Y como lo había decidido en su interior, lo ejecutó no bien obtuvo el permiso de sus padres y la admisión de los Superiores. Se trasladó a Peralta de la Sal, donde el Padre Rector Antonio Badías de San Cipriano le

²⁹⁹ Mt 5, 19.

³⁰⁰ Necrología, lugar citado.

³⁰¹ En el mismo lugar.

³⁰² Sufragios del año 1895, número 26. Madrid, 1896.

vistió el hábito el 21 de noviembre de 1863, y empezó no una carrera, sino un vuelo para elevarse lo más alto que pudiera en pos de la perfección a la que aspiraba, y avanzó tanto y voló tan arriba que por el candor de su alma y por el celo de la Religión atraía sobre sí las miradas de todos los Padres y novicios. “Eo fuit mentis candore, eo religionis celo, ut omnium et Patrum et novitiorum animos in se convertere”. Es el privilegio de la virtud y la gloria de las almas humildes, que brillan tanto que se imponen a cuantos las contemplan.

Un novicio que tales prendas poseía había de conquistar en buena ley el permiso de entregarse a Dios total y solemnemente por la profesión religiosa, y así fue, efectivamente. La Comunidad de Peralta lo admitió a los votos por el consentimiento unánime de todos sus religiosos, y el 10 de diciembre de 1865, el padre Nicolás Sena de Santo Teresa, Rector de la Casa recibió su profesión, que hizo “con gozo y exultación de sí mismo”. Convertido en junior escolapio. Sebastián marchó a Zaragoza, donde cursó todos los estudios literarios, científicos, filosóficos y teológicos que necesitaba para ser un buen sacerdote y un excelente profesor de las Escuelas Pías. Estudió con el pensamiento puesto en Dios y en los niños, lo que daba nuevos alientos a su espíritu y comunicaba un carácter sagrado a sus estudios. Inició su vida profesional en Zaragoza con la escuela primarias de los externos. Después les enseñó Gramática Latina, Geografía e Historia universal y de España. Al cabo de unos años pasó al Seminario, en el que por espacio de tres lustros explicó a los colegiales las mismas asignaturas, con no pequeño aprovechamiento. “Convictorum quoque moderatio quindecim per annos mira constantia institit, eosque Geographis, Historicis, Latinisque locutionibus erudiendos magno cum profectu curavit”³⁰³.

El Padre Vallespí tenía personalidad propia; acaso no fuera un hombre brillante, pero tampoco era de los del montón, que carecen de relieve. “Por su conocida prudencia, por la integridad de sus costumbres, por el deseo de la disciplina regular, y por otras dotes que brillaban en él, se impuso a la consideración de sus compañeros y a la estimación de los Superiores”.³⁰⁴ Los primeros le manifestaron su benevolencia y la confianza que depositaban en él en su pericia y en su interés por defender los bienes de la Casa eligiéndolo Procurador del Colegio. Los Superiores probaron el concepto elevado que tenían del Padre Vallespí asociándolo al gobierno de la Provincia con el cargo de Consultor primero, y luego encargándole el rectorado de Molina. En todos los oficios y empleos dio el Padre Sebastián plena satisfacción a las esperanzas que en él se habían fundado. Fue un fiel y celoso celador de las rentas del Colegio de Zaragoza, asesoró lealmente al Provincial en el seno de la Congregación, y gobernó la Casa de Molina solícitamente durante un trienio. Mientras desempeñaba esta prelación empezó a sentirse algo enfermo, por lo que, renunciando al cargo, volvió a la vida privada que le era tan querida, lo que hizo prudentemente. Con eso se cerraba la puerta para nuevos rectorados, y podría atender mejor su quebrantada salud.

Aún permaneció algún tiempo en el recién fundado Colegio de Pamplona, encargado de los vigilados, a los que incitaba de palabra y con el ejemplo al cultivo de la piedad y de las letras. Trasladado de nuevo a Zaragoza, le fueron encomendadas las asignaturas que con tanto prestigio y tan felices resultados había explicado anteriormente. Estaba en absoluto entregado a esta labor cuando sufrió un ataque de cólico miserere, y hubo que administrarle los Sacramentos, excepto el de la Eucaristía, por los frecuentes vómitos que

³⁰³ Necrología, en el lugar dicho.

³⁰⁴ *Ibidem*.

experimentaba. Así preparado, tranquilo y conforme con las disposiciones divinas, aplicada la indulgencia plenaria, entregó su alma al Creador en Zaragoza, el 14 de noviembre de 1895. Había cumplido 48 años de edad, y contaba 32 de vida escolapia.

Capítulo XXXIII. Reverendísimo Padre Francisco Baroja de San José de Calasanz.



No pueden ser más solemnes las palabras con que su autor inicia el elogio fúnebre de este meritísimo escolapio. “Abdita et incomprehensibilia Prae potentis Dei arcana Reverendissimum Patrem Nostrum Franciscum Baroja a Sancto Josepho Calasancio, in Aragonaiae Provincia Sacerdotem Professum, et in Hispaniae ac Americae ditio Vicarium Generalem, praeter omnium spem e vivis sublatum voluere. Luctuosa mors et tristissimo vere comploranda corde!”³⁰⁵. Los ocultos e incomprensibles arcanos del Dios Omnipotente quisieron, contra la esperanza de todos, arrebatarse de entre los vivos a nuestro Reverendísimo Padre Francisco Baroja de San José de Calasanz, sacerdote profeso de la Provincia de Aragón y

Vicario General de España y América. ¡Muerte verdaderamente luctuosa y triste, para ser llorada con el corazón! Vio la luz primera en el pueblo de Cornago, perteneciente a la diócesis de Calahorra y a la provincia de Logroño, el 17 de septiembre de 1831 y fue uno de los primeros pretendientes que tuvo la Provincia a raíz de la ley de restauración de la Orden en España. En su pueblo natal mismo, después de haber frecuentado las escuelas primarias, aprendió gramática y retórica con un celoso sacerdote. Al mismo tiempo, este excepcional adolescente, que había bebido la piedad en un hogar sumamente religioso, y que bajo la dirección de un maestro de Humanidades, frecuentaba los sacramentos, cultivaba su espíritu con esmero, y empezaba a preocuparse seriamente de la dirección que imprimiría a su vida. Y un día, mientras agitaba este pensamiento en la oración, se dijo a sí mismo, inspirado sin duda de lo alto: “Me es bueno unirme a Dios; esconderé, pues, mi vida con Cristo en la Casa de San José de Calasanz”. Como lo pensó, lo hizo; y apenas abierto nuestro noviciado, cuando no había cumplido aún los 14 años, el 14 de agosto de 1845, el Padre Provincial, Fernando Moliner de San Lorenzo, lo incorporaba a la milicia calasancia, vistiéndole la sotana que tanto había de honrar con su vida santa y con sus obras fecundas.

El noviciado del joven Baroja, como sus antecedentes lo permitían suponer, fue fervorósísimo, pues desde el primer día se propuso correr por las vías de la perfección, sin detenerse hasta llegar a la cumbre del monte santo de Dios en que se encuentra. Para conseguirlo, aplicó y puso en juego todos los medios que los Padres y Maestros de la vida espiritual aconsejan, y no hubo en él estancamiento ni retrocesos; no hubo cansancio ni desaliento, sino que firme en su propósito, siguió adelante, siempre adelante, arrancando hoy un defecto de su corazón, plantando mañana una virtud nueva en su alma, hasta convertirse en aquel huerto ameno por donde se pasea el Amado al mediodía, para orear su espíritu y gozarse en la contemplación de las flores que lo hermosean. “Deambulantis

³⁰⁵ Catálogo de los religiosos de las Escuelas Pías de España y Ultramar. Madrid, 1898, número 7.

in Paradiso ad auram post meridiem”.³⁰⁶ Así lo hizo notar su necrología con estas palabras: “Salido, pues, de su tierra y de su parentela, y deseando correr la senda de la perfección religiosa, gustoso y voluntario, y con gran satisfacción de su alma, se recogió en la familia calasancia, que le había sido mostrada divinamente. Y vestido de nuestro hábito, empezó el noviciado en Zaragoza”.³⁰⁷ De aquí fue a Peralta de la Sal, a donde se había trasladado el noviciado, y donde paso sin tropiezos, lo que le restaba de tiempo de probación, hermoseedo con los frutos de virtud y de inocencia de costumbres. “Virtutis et morum innocentiae fructibus auctus”. Así es que, completo el bienio de prueba, no hubo inconveniente alguno para admitirlo a la profesión, que hizo con todo el fervor de su alma en Peralta el 18 de septiembre de 1847, en manos del Padre Ramón Sorolla de San Marcos, Rector de la Casa. Eran aquellos, como no ignora el lector, años de una grave crisis personal, y no bien profesaban los novicios, había que ponerlos en una escuela, ora para llenar una vacante, ora para jubilar a un anciano que por la malicia de los tiempos, tenían que estar en el yunque de la enseñanza. El joven Baroja fue enviado a Barbastro, donde por espacio de dos años enseñó los primeros rudimentos de la lectura, mientras estudiaba filosofía bajo el magisterio del Padre José Balaguer de los Dolores. Por fortuna para la Orden Calasancia, la gobernaba entonces en España aquel hombre eminente y escolapio de ley, que se llamaba Jacinto Feliu, quien no solo se preocupó de elevar el nivel intelectual de los nuestros, sino que personalmente se encargó de enseñar las matemáticas a los juniors más brillantes de todas nuestras Provincias. Uno de ellos fue nuestro Hermano Francisco, que por orden del mismo Padre Comisario Apostólico, se trasladó a Zaragoza, donde cursó matemáticas con él, y teología y letras humanas bajo profesores tan distinguidos como los Padres Nicolás Sena. Y Vicente Borja.

Se puede presuponer, por lo que sabemos de él, de su inteligencia despejada, de su aplicación al estudio y de su voluntad de cumplir con el deber en todo, los progresos que el Clérigo Francisco Baroja haría en su carrera; el aprovechamiento que sacaría de las lecciones de sus maestros, y el saldo de reserva que guardaría en su mente para derramarlo después, generosamente, en la inteligencia de sus alumnos. Es lo que hizo, según lo permiten deducir estas palabras tan expresivas dentro de su laconismo: “Semper et ubique seduli et religiosisimi magistri praeclarum nomen adibiscens”. Fue el maestro según el espíritu de San José de Calasanz, que no solo enseña, sino que sobre todo educa cristianamente. Su magisterio en esta segunda etapa de su enseñanza se desarrolló en Alcañiz durante siete años, y en Zaragoza a los colegiales por espacio de muchos más, y en ambos colegios se concilió gran estimación de parte de sus alumnos y en ambas ciudades se ganó el afecto de sus habitantes. En vista de la variedad de materias que el Padre Baroja explicó durante su carrera profesional, hemos de creer que era el hombre universal que creó el Renacimiento, pues enseñó Letras Clásicas, Griegas y Latinas, y modernas, Castellana y Francesa; Ciencias matemáticas, Aritmética, Álgebra, Geometría y Trigonometría; y filosóficas, Psicología, Lógica, Metafísica; Historias, Sagrada, Patria y Universal, y Geografía en todos sus aspectos.

Pero si el Padre Francisco de San José de Calasanz era el profesor experto y preparado que hallaba sus delicias en la escuela, y sabía hacerla agradable a los niños con su bondad y con la amenidad que le daba, era particularmente el educador celoso que mira a las almas, que vive para su perfeccionamiento y se esmera en inculcarles una existencia virtuosa.

³⁰⁶ Gen 3, 8.

³⁰⁷ Necrología.

Como maestro escolapio no perdía de vista el principio fundamental de la pedagogía calasancia de que la felicidad del hombre estriba en imbuirle desde niño la piedad y las letras, y obró siempre en conformidad con el mismo. “Erga convictores alumnos blandus aut severus, id efficiebat, Semper vigilans, Semper sui potens, nunquam sui prodigus, id efficiebat, ut collegialem vitam, tamquam domesticam diligerent, atque scholastici exercitis diligenter peragerent”³⁰⁸. Blando o severo según convenía, con los alumnos internos siempre alerta, siempre con el dominio propio, nunca demasiado familiar, lograba que amaran la vida del Colegio como la del hogar, y que los estudiantes practicaran los ejercicios diligentemente. Con estos conceptos se muestra que el Padre Baroja era un educador consciente y celoso, que buscaba las almas para llevarlas a Dios, porque tenía una idea exacta de su responsabilidad como tal, y un concepto claro de la importancia y de la trascendencia de la obra en que estaba ocupado. Para no desfallecer en esta empresa tan agotadora y desalentadora de la educación, hay que mirar alto, muy alto, poner el pensamiento en Dios y en las almas, y no perder de vista la responsabilidad y el honor de educar a estas entraña; y entonces la misma flaqueza se transforma en fuerza, y la vida del educador se cuaja en una cadena de sacrificios que florecen y fructifican en esos cristianos fervorosos que forma.

Faltaría algo muy importante a la personalidad del eximio escolapio que fue el Padre Francisco Baroja de San José de Calasanz, si no hubiera puesto en ejercicio sus facultades ministeriales. Hubiera imitado al siervo infiel que escondió su talento en vez de hacerlo producir; y nuestro Padre no era de esa escuela, ni pertenecía a esa raza de sacerdotes que no saben sacrificarse por las almas. Queremos dar a entender con esto que el Padre Baroja ejerció la predicación y atendió el confesonario, repartiendo a manos llenas la doctrina de Jesucristo desde la cátedra sagrada, dando a los penitentes normas seguras de vida eterna en el tribunal de la Penitencia. Eso sí, sin tomarse un minuto de tiempo de las horas de vigilancia, sin robar un segundo a la clase. No habría sido celo de buena ley, si para atender a cosas que dentro de nuestra educación son secundarias, hubiera abandonado sus obligaciones un momento. No era así nuestro Padre Francisco, y solo consagraba al púlpito y al confesonario el tiempo libre de sus ocupaciones escolares o directoras. “Laboribus ergo scholasticis praecipue incumbens, pluries quippe qui arte ad populum concionandi maxime florebat, ad sacram orationes scribendas convertibat animum. Et saepe etiam, ut poenitentibus satisfaceret, in sacro confessionum loco sedere non dubitabat”³⁰⁹. Consagrado principalmente a las tareas escolares, muchas veces, como quien florecía muchísimo en el arte de predicar al pueblo, se dedicaba a escribir sermones, y muy a menudo también no dudaba en sentarse en el confesonario para satisfacer los deseos de los penitentes.

En los años que el Padre Baroja llevaba de enseñanza y de director de colegiales, había demostrado claramente su competencia para las funciones de gobierno, y en la renovación de Superiores del año 1869, en circunstancias poco propicias, pues los españoles vivían en plena euforia republicana, fue nombrado Rector del Colegio de Barbastro. Tenía entonces 38 años, estaba en lo mejor de la edad para el fácil desempeño de las funciones rectorales, y como además era hombre de talento, y religioso observante y de muy arraigadas convicciones, contaba con todas las probabilidades de hacer un rectorado histórico y fecundo. Lo fue, efectivamente, pues crecieron sincrónicamente el

³⁰⁸ En el mismo lugar,

³⁰⁹ Necrología citada.

crédito y los alumnos del colegio. Fue tal que 20 años después de haber cesado y desaparecido de Barbastro, se hablaba de él con encomio, a tal grado que quien esto escribe, de 14 años a la sazón, creyó que el Padre Baroja era Barbastrino. Permaneció en el Gobierno de la Casa siete años, pues fue reelegido para un tercer periodo que no terminó, por haber sido nombrado Asistente General de la Vicaría. Esa persistencia en la reelección para el mismo Rectorado es seguramente de gran fuerza, que dice mucho de las dotes de gobierno, del don de gentes y del celo de la observancia que poseía el Padre Baroja.

Su principal empeño, muy de acuerdo con su ideología y con su religiosidad, fue mantener incólume la disciplina regular, rendir culto a las tradiciones paternas y reducirlas a la práctica. “Pro doctrina, porque prudentia et dotibus quibus erat dotatus, Rector Domus Barbastrensis renunciatus est; quo insignitus honore regularem observantia sartam pectam servare, paterna traditione avidissime diligere, easque praxim revocare studuit”³¹⁰. Esta era una parte esencial de sus obligaciones de Rector, pero había una segunda no menos importante, la de regular sus relaciones con los religiosos. En toda reunión de hombres hay de todo: quienes llevan alegres la carga, y quienes van dando tumbos hasta que la arrojan por la borda; y en una Comunidad los hay observantes y fervorosos, inobservantes y flojos; quienes cumplen bien y quienes necesitan de espuela y de castigo. Y la habilidad del Superior consiste en sacar de todos el mayor partido posible para cumplir los fines del Instituto. Hay que contener a unos y espolear a otros; es preciso advertir a este y corregir a aquel; se necesita tener mucha claridad y usar de gran paciencia. Es lo que hizo el Padre Francisco de San José de Calasanz en su gobierno del Colegio de Barbastro, y recogió los frutos más consoladores. “Fue siempre también enemigo de los abusos, confirmó en sus oficios a los diligentes, corrigió a los descuidados e, inclinado naturalmente a la benignidad más que a la severidad, dirigía a sus súbditos en las vías de la virtud y de la perfección según las normas del Instituto”.³¹¹

Nunca olvidaba el Padre Baroja que era escolapio. No obstante tener la responsabilidad de gobierno del Colegio y de la administración de la Casa, tomó sus asignaturas y explicó con competencia de su parte y con aprovechamiento de la de sus alumnos, Geometría, Trigonometría, Filosofía e Historia. Dios tenía que bendecir una Casa así gobernada y en la que se le servía fielmente, y las criaturas habían de responder al interés que el Colegio mostraba en la educación de los niños con su cariño y amor a éste, con el respeto y consideración al Rector que los gobernaba. Este realizaba una amplia siembra espiritual que caía en la tierra preparada del corazón de los barbastrenses, y no podía menos que producir una abundante cosecha de los mejores sentimientos. Hizo notar el autor de la hermosa necrología oficial del Padre Baroja, y le sobraba razón, como vamos a verlo copiando sus palabras: “Minime ergo mirandum si Domus sibi credita in dies magis, magisque in re crescere, et in nomine et in omnium voluntatis adeo sibi conciliaret, ut in activitate Barbastrensi esset acceptissimus et quidem jucundissimus”. No tiene, pues, nada de admirable si la Casa que se le había confiado crecía más y más cada día en sus temporalidades y en su fama, y que se conciliara la voluntad de todos de tal manera que era afectísimo y sumamente agradable en la ciudad de Barbastro. El Padre Francisco Baroja de San José de Calasanz fue un gran Rector, y por esto y por sus condiciones personales estaba llamado a grandes honores.

³¹⁰ En el mismo lugar.

³¹¹ *Ibidem*.

Por fallecimiento del padre Vicario General José Balaguer de nuestra Provincia de Aragón, el Padre Baroja fue llamado a sustituirle en el Consejo de la Orden para colaborar en su Gobierno con el Padre Juan Martra de Jesús y María, que le sucedió en el Vicariato. Hacía tiempo que nuestro Padre Francisco se perfilaba como un candidato para esos puestos de honor y responsabilidad, pues si era espectable por el preclaro ornamento de las virtudes de que estaba dotado, era, sin embargo, más espectable por el particular amor a nuestro Instituto, y por el especial deseo del honor y de la gloria de nuestras escuelas. Debían ser muy conocidas del Padre Martra las dotes de prudencia, los puntos de talento y los grados de habilidad de su Asistente por Aragón, cuando apenas posesionado de su cargo, le encomendó una espinosa comisión: la de pasar a la Provincia de Valencia con el carácter de Comisario General, estudiar el estado en qué se hallaba, pulsar a los Superiores y a los súbditos, y volver las cosas, a su quicio. En cuatro meses de permanencia en los colegios valencianos logró poner las cosas en orden y regresar al lado del Padre Vicario General, quien al hacer la visita a las Casas de la Vicaría lo llevó como secretario. Cuando hubo de visitar los colegios de la Provincia de Aragón, el Padre Martra delegó sus poderes en el Padre Baroja, que estuvo en la mayor parte de ellos, dejando donde era necesario oportunos avisos y caritativas advertencias. Tanta confianza inspiraba el Padre Francisco de San José de Calasanz al Padre Vicario Juan Martra de Jesús y María.

Cuando terminó el periodo de su asistentazgo, el Padre Baroja fue enviado a Roma con el cargo de Procurador General de las Escuelas Pías de España. Regresó para intervenir en el Capítulo General de 1888, un tanto resentido de su salud; pero celebrados todos los comicios regresó a su puesto, porque su dolencia no era de cuidado. El hecho es que, establecido en la capital del catolicismo, pudo llenar su cometido a satisfacción de todos, de la Curia Romana y de la Curia Calasancia de España. Es que el Padre Baroja era activo y le sobraba diligencia, había adquirido mucha habilidad y destreza en los negocios, y no dejaba dormir, o estancarse, ningún asunto. Tenía además finura en las maneras, y flexibilidad en las ideas, condiciones muy importantes en un diplomático, y el cargo que desempeñaba requería mucha diplomacia para llevar adelante los negocios. Sus dotes de inteligencia y de corazón, sus virtudes y su vida diáfana le ganaron las simpatías de nuestros religiosos, la afabilidad de los Señores Cardenales y la benevolencia del mismo Soberano Pontífice, el Papa León XIII. Esto era la mitad del camino para el buen resultado de sus gestiones, quedando liberada la otra mitad a la pericia que pusiera en llevarlas, y el talento con que las plantease. *“Quo in officio perfungendo ea diligentia, adeo mira solertia et prudentia se gessit, ut omnium nostrorum Patrum Romanorum, plurium eminentissimorum S.R.E. Cardinalium, necnon et Sanctissimi Patris Leonis XIII studium adque benevolentiam sibi conciliaret”*.

Llamado a España para ocupar de nuevo el cargo de Asistente General por defunción del Padre Juan Manuel Palacios, que lo era por Aragón, puso todas las luces de su inteligencia, todas las energías de su voluntad, la enorme experiencia que había acumulado y el amor ferviente que profesaba el Instituto, a las órdenes del Padre Vicario Manuel Pérez, a quien muy pronto sucedió en el cargo por fallecimiento del mismo. Integrado el sexenio de su antecesor, el año 1894 se reunió el Capítulo General que confirmó al Padre Baroja en el Vicariato. Quien había sabido captarse el amor y el respeto de los niños y de sus familias; quien en el rectorado de Barbastro se adueñó de la voluntad de sus subordinados, y se ganó el afecto de la población; quien en Valencia y en Roma se hizo querer de propios y de extraños; cuando fue elevado al más alto grado de la jerarquía dentro de la Orden, con su benignidad, con su virtud jamás desmentida, con sus ejemplos y observancia, con la

rigidez de sus costumbres y la dulzura de que daba muestra en el trato con los demás, se conquistó la consideración y se ganó la voluntad de todos los escolapios. Era una obsesión en el Padre Francisco Baroja acrecentar el honor del Instituto y promover su difusión por el mundo de habla española, y lo introdujo en dos poblaciones nuevas americanas. “Nihil unquam non tentavit, quominus nostri Instituti splendor atque decus supermodum in dies surgertur. Piarumque Scholarum nomen longer lateque pervageretur. Extant etenim Porturricensis, et in Chilensi regione Jacopolitana Domus ope Francisci et sedulitate nuper erectae, tanquem Rmi. Nostri Patris gratissimae recordationis monumenta”³¹².

A estas alturas, los días de la vida del Padre Baroja estaban contados. Y cayó como el soldado pundonoroso, con las armas en la mano. Había cerrado la Visita oficial de Daroca, y vuelto a Zaragoza, donde tuvo un fuerte ataque de disnea que pudo ser conjurado, pero pocos días después acababa de celebrar la Santa Misa cuando le acometió un frío intenso que le obligó a ponerse en cama. Degeneró en fiebre gástrica, y desembocó en una tifoidea, contra la que todos los remedios resultaron impotentes. El día de San José, confesó y Ccmlugó, y como remedio supremo y heroico, los médicos ordenaron un baño, que se le dio en su presencia y bajo su dirección, pero que resultó improcedente, porque la fiebre no desapareció, sino que se acrecentó de un modo alarmante. Devuelto al lecho, le sobrevino una congestión cerebral que le privó de conocimiento. No pudo administrársele el Viático, y solo la absolución condicional y la Extremaunción, y se le aplicaron la indulgencia plenaria y la bendición apostólica. Su deceso ocurrió mientras se le hacía la recomendación del alma, en Zaragoza, el 21 de marzo de 1897. Estaba cumpliendo los 66 años, de los que 52 había pertenecido a la Orden Calasancia. La sirvió con amor, donde quiera que lo colocara la Obediencia; la honró con sus virtudes y con sus talentos, y puso todo su empeño en que brillara en el esplendor de la gloria de sus hijos. Por eso fue tan lamentable su muerte, que arrancaba a su biógrafo de la necrología, frases impregnadas de dolor, pero también resignadas: “Egregii jactura Magistri Ordinis Nostri permanentes filii, doctrinae ac prudentiae et regularis observantiae praestantissimi Viri, ac Calasanctianae familia dilectissimi Patris, lacrymabilem et vix plane ferendam nobis calamitatem attuli. Summus hinc nostrorum dolor, qui cogitationes poties percipi quam satis verbis et ordini comprehendi potest”.³¹³ La caída del egregio maestro, hijo amantísimo de nuestra Orden, varón de mucha prestancia por su doctrina y observancia regular, y padre directísimo de la Familia Calasancia, nos ha traído una calamidad muy lamentable y difícilmente soportable. De aquí nuestro sumo dolor, que se puede imaginar mejor que comprender y expresar satisfactoriamente con palabras.

Un índice de la estimación que Zaragoza sentía por el Padre Baroja puede darlo la multitud de personas de todas las clases sociales que acudió al colegio apenas se conoció su gravedad, y la rapidez con que se llenaban de firmas los pliegos puestos en la portería. También fue una manifestación de duelo y exponente de la simpatía que el difunto inspiraba, el concurso numeroso de pueblo, de clero y de religiosos, de personas calificadas que hubo en el funeral y acompañaron sus restos al cementerio. De la curia Generalizada se hicieron presentes los Asistentes Generales de Castilla y Valencia, y el Provincial de aquella. Fue el último tributo de amor rendido en la tierra a aquel hombre bueno, aquel escolapio insigne, aquel Superior celoso y suave que acababa de transponer

³¹² Consueta dicha.

³¹³ En el mismo lugar.

las puertas de la eternidad para recibir la corona de gloria que su fidelidad le había merecido.

Capítulo XXXIV. Padre Tobías Domenech de San Ramón, y Clérigo Luis Pascual de la Asunción

Fue el Padre Tobías una esperanza de la Provincia y de la Orden, segada prematuramente por la fría, la guadaña de la muerte. Cuando el capullo ya se había abierto, y la flor, fecundada por la ciencia y por la gracia empezaba a producir sus frutos, el viento helado de la muerte le arrebató los pétalos y lo arrojó al fin al sepulcro. Acababa de cumplir los 30 años cuando entregaba su alma al Creador en Zaragoza el 18 de julio de 1897. Humanamente, la muerte temprana del Padre Domenech fue una gran pérdida para la Provincia, pues era un joven de grandes promesas a vista de las realidades que su ingenio había producido, pero no es lícito lamentar mucho tiempo lo que Dios se ha llevado, y debemos exclamar con el Santo Job, “el Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó; que su santo nombre sea bendito”.³¹⁴ Nacido en Villalba de la diócesis de Tortosa en 1867, puede afirmarse de él que bebió la piedad con la leche materna, y que echó raíces tan profundas en su alma, que ya no desapareció jamás, sino que se arraigó con los años; y ya desde su infancia hallaba sus delicias en frecuentar la iglesia diariamente, en asistir a misa, en juntarse con amigos piadosos y con hombres fervientes. No sin razón, dice del Padre Tobías su consuetra, que era varón sumamente recomendable por el candor de la obediencia, por la inocencia de sus costumbres, y por su paciencia cristiana para el sufrimiento.

Un alma de tales condiciones no podía ser para el mundo, cuyo ambiente corrompido y corruptor la habría asfixiado. Una flor tan delicada exigía para no marchitarse ser guardada como en una estufa especial dentro de los muros del claustro. Su instinto religioso se lo hizo comprender así, y a los 14 años cumplidos pidió ser admitido bajo las banderas calasancias. admitido y autorizado por sus padres, fue a Peralta de la Sal, donde practicó en el noviciado, con el fervor y con la observancia que permiten suponer los antecedentes expuestos. Pasado el bienio de probación y admitido a los votos, marchó a León, donde inició y realizó en gran parte sus estudios profesionales y sacerdotales. Los cuatro años que permaneció en el célebre convento de San Marcos, el joven Domenech los aprovechó para adornar su alma con nuevos carismas de virtud, para enriquecer su inteligencia con provechosos conocimientos. A juzgar por lo que leemos en su consuetra, el juniorato de este escolapio debió ser especialmente fervoroso, y el clérigo Tobías distinguirse por la intensidad de su vida espiritual y por los notables progresos que realizó en las vías del espíritu. Solo eso nos explicaría las alabanzas que le dedica, refiriéndose al cuatrienio de su permanencia en San Marcos. Vean nuestros lectores, para su edificación, cómo se expresa la necrología. “Llegando con sus iguales a la Casa de León para ser instruido en las disciplinas más severas, y fomentar una razón de vivir religiosa, como una nueva rama, podada por una mano divina y trasplantada de una casa a otra para que produjera frutos más abundantes, dispuso en su corazón admirables ascensiones durante los cuatro años que permaneció en aquella Casa, excedió siempre a sus iguales, ya por la religión en la gestión de las cosas piadosas, ya por la diligencia en observar nuestras Reglas, ya por la

³¹⁴ Job 1, 21.

integridad de la fe en la observancia de los votos religiosos, ya por la fuerza del amor divino en la recepción de los Sacramentos”.³¹⁵

Estas palabras nos pintan a un joven fervoroso que crecía de virtud, en virtud; que avanzaba a pasos de gigante por las vías de la perfección; que abrazaba en deliquios de amor; que hallaba sus delicias en servir a Dios; y que hacía de la disciplina regular el escabel de su gloria presente y futura. En nuestro Tobías, el ardor de los estudios no secaba la savia de la piedad, y el afán por conquistar la ciencia humana no mataba su interés por adquirir la ciencia divina. Estaba plenamente convencido de que religioso lo sería toda la vida, y que debía nutrirse abundantemente de virtud y de perfección; y que estudiante, como en la actualidad, lo sería por muy poco tiempo. Y que, por lo tanto, sin descuidar esto, no debía ser lo principal en su vida, sino lo secundario. Debía ser lo adjetivo; jamás lo sustantivo. Obraba de acuerdo con esta convicción, y si bien se esforzaba en adquirir conocimientos, no permitía que ese desempeño perjudicara en lo más mínimo a su vida interior, a su formación religiosa.

A medida que avanzamos en la lectura, en el estudio y en la meditación del elogio fúnebre del Padre Tobías Domenech nos formamos un concepto más elevado de este escolapio, y lo consideramos más grande espiritualmente. Fue un joven que se salió de lo vulgar en todo; un junior de acusado relieve moral por su virtud; de recia personalidad por su correspondencia a Dios; de perfiles muy definidos por su constancia en la obra de su progreso espiritual, que le da carácter. Su anónimo biógrafo debía conocerlo muy bien, pues ha trazado una magnífica semblanza que más que retrato, parece una fotografía; tan fielmente reproduce sus rasgos salientes, con tanta exactitud nos describe su fisonomía moral en una rápida semblanza que más parece un escorzo que un esbozo. “In eo siquidem praeter prudentiam in agendo, splendecebant simul ingenuus anime candor, oculorum modestia et cordis demission, quibus cum accedere religiosus corporis habitus, vultus mitis et serenus, consuetudo cum simplicitatem, gravis, servo jucundus, pietatis a timoris Dei spiritus conditus, adeo omnibus erat acceptus, ut non tan diligeretur quam pio coleretur obsequio”.³¹⁶ Resplandecían en él, ciertamente, además de la prudencia en el obrar, un ingenuo candor de alma, modestia de los ojos y humildad de corazón a los que agregándoseles el religioso hábito del cuerpo, el rostro manso y sereno, costumbres graves y sencillas, conversación amena condimentada con el espíritu de piedad y de temor de Dios, de tal suerte era agradable a todos que no solo se le amaba, sino que se le rendía un piadoso obsequio. Para que se escribiera así de nuestro Tobías Domenech, muchas y muy eminentes virtudes debían brillar en él, y su vida debía presentar ciertos caracteres no comunes que la singularizaban en el mejor sentido de la palabra. Tenemos, a nuestro entender, suficiente fundamento para considerarlo como un don que hizo Dios a la Provincia, para que la honrara con sus obras y la perfumara con sus virtudes. Fue un modelo de juniors y de religiosos jóvenes que Nuestro Señor puso en Aragón para que nos inspiráramos en sus ejemplos, para que todos, pero particularmente los que no han pasado mucho, la edad que la alcanzó, sigamos las huellas luminosas que ha dejado como estela de sus pasos sobre la tierra.

En el curso de los estudios, Tobías mostró una disposición natural tan grande para las ciencias que llamó poderosamente la atención de sus condiscípulos y maestros. En las ciencias físicas, sobre todo, diríase que tenía intuición, y bien lo comprobó con los inventos

³¹⁵ Consuetas del año 1897, número 13.

³¹⁶ *Ibidem*.

que hizo y con las aplicaciones prácticas que ideó de las propiedades de la materia. Estudiaba con pasión contrastada y dominada, como lo hemos visto por el culto que hacía de la piedad y por el interés que ponía en santificarse, superior al que mostraba de instruirse. No había dado cima a su carrera cuando empezó a sentirse mal del estómago y del corazón. lo que sirvió para poner en evidencia una vez más, las grandes virtudes que eran patrimonio y ornamento de aquella alma selecta. Experimentaba agudísimos dolores y jamás se le vio impaciente o quejoso. Sabía que era voluntad de su Padre que está en los cielos, para que se purificara y santificara, y eso le daba fuerzas para soportar sus dolores y para aceptar su dolencia como un don de Dios, con paz interior, con abandono en las manos de su Creador, con inalterable paciencia. Enfermo fue, como sano, una lección viviente para sus compañeros, que admiraban tanta grandeza de alma, tanta serenidad de espíritu, y tanta conformidad con la voluntad de Dios, como las que mostraba el hermano Tobías. Por fin logró algún alivio, que se acentuó hasta recuperar la salud primitiva con el cambio de aires, puesto que fue enviado de Cardeña a Zaragoza.

Aquí se inició en la enseñanza con una de las clases de instrucción primaria, de la que pasó pronto a explicar Gramática Latina. En los escasos años de su labor docente, el padre Domenech se acreditó de educador celoso y de maestro preparado, de lo que se aprovecharon ampliamente sus alumnos y se beneficiaban sus familias. Conjuntamente con estas tareas, los Superiores, en vista sin duda de sus disposiciones para todo lo relacionado con las ciencias, le encargaron de las observaciones meteorológicas del Observatorio que funcionaba en el Colegio. En esto estaba su vocación científica, y el padre Domenech se entregó a ese trabajo con todo el entusiasmo de su corazón juvenil, con toda la ilusión de un iniciado. Diariamente practicaba y anotaba sus observaciones, que remitía al Observatorio Central de Madrid para los trabajos que estaba este empeñado de buscar algo así como el mapa meteorológico de España. El Padre Tobías no perdonó molestia, ni se ahorró sacrificios para servir a la ciencia y a la patria en este puesto que los ofrecía en abundancia. No sería de extrañar que las subidas al Observatorio a altas horas de la noche o muy de madrugada, con tiempo bueno o malo, minaran aquella naturaleza tan poco robusta, y fueran las que le produjeron la enfermedad que lo llevó al sepulcro cuando no contaba más que 30 años.

Fuera de esto, o no, lo cierto es que la necrología del Padre Domenech alude a ello sin atribuirle claramente la dolencia que le postró en el lecho y lo clavó a un sillón durante tres años. “His laboribus (la escuela y el observatorio) adimplendis totis erat viribus intentus, quando inopinato imperitur paralyti”. Estaba con todas sus fuerzas entregado a cumplir estos trabajos cuando inopinadamente fue atacado de parálisis. Algo reaccionó con los remedios que se aplicaron, pero ya no pudo hacer clase, y nunca recuperó del todo su salud primera. Tres años permaneció en ese estado sobrellevando pacientemente las molestias de la enfermedad, que al fin se complicó con retención de la orina e insuficiencia mitral que pusieron su vida en peligro. Sufría horriblemente, pero soportó sus dolores con heroica paciencia. Recibía a menudo la Santa Comunión y se confesaba siempre que había de comulgar, dejando a todos grandes ejemplos de piedad y de fortaleza. El lecho de un enfermo es cátedra desde la cual se nos dan muchas y útiles lecciones que nos harían santos y las recogiéramos amorosa y fielmente. De ahí, de esa recepción frecuente de los sacramentos, le venía aquella ecuanimidad edificante y aquel abandono completo en las manos de Dios de que tan altos ejemplos nos dejó, y que puesto en el artículo de la muerte le mantenía en una indiferencia absoluta. “Hinc ei aequanimitas illa et perfecta voluntatis ad divinam compositio, qua vel in mortis articulo constitutus, nec vivere timuit, nec mori

recusavit”³¹⁷. Agravada su enfermedad, falleció en Zaragoza en la fecha indicada al principio.

El padre Domenech poseía talento práctico y habilidades mecánicas que le permitieron realizar algunos descubrimientos o aplicaciones útiles de la electricidad, de las que hablaremos oportunamente.

CLÉRIGO LUIS PASCUAL DE LA ASUNCIÓN.

Su paso por el mundo fue tan rápido como el del avión que surca el espacio a velocidad vertiginosa. Y así como este no deja huella de su trayectoria, Luis Pascual apenas si marcó una débil estela de su permanencia en la tierra. Fue un lirio tronchado antes de que hubiera desarrollado la pompa de su corola y difundido el aroma de sus virtudes. Era un ángel que acá en el mundo se hallaba desplazado, y voló al cielo, que era su verdadera patria. Alumno de nuestras escuelas de Tafalla, donde había nacido en 1879, al contacto con nuestros religiosos sintió nacer en su corazón el deseo de inscribirse en las mesnadas calasancias, como lo realizó cuando tuvo la edad competente. En 1893, en efecto, cumplidos los 14 años, fue a Peralta de la Sal, donde fue agregado a la familia escolapia y se consagró con el mayor fervor de su espíritu a la adquisición de las virtudes que hacen al perfecto religioso. Dotado como estaba por la naturaleza, y prevenido por la gracia en aquel ambiente tan fervoroso, y alentado por el ejemplo de sus connovicios, amante de la oración, devoto de la Santísima Virgen, piadoso en los actos del culto, y en la recepción de los sacramentos fervoroso, se unía con Dios más íntimamente cada día. Como a esto añadió la práctica valiente de la más subidas virtudes de la humildad, de la mansedumbre, de la pureza, de la paciencia, de la caridad, reina y madre de todas ellas, hizo progresos admirables en la obra de su perfeccionamiento. Cumplido el bienio de noviciado y firme en su vocación, fue admitido a los votos, por los que se consagró a Dios indisolublemente, y se entregó a la Orden de modo irrevocable. Fue de las primicias que Tafalla ofreció a la Escuela Pía, y sin duda el primer escolapio tafallés que se unió con San José de Calasanz en el cielo.

“Lleno en todas partes del espíritu divino, leemos, siempre con el pensamiento en el Señor, aspiraba continuamente a la inmortalidad de la gloria. Como en fraterno abrazo estaban unidas en él la modestia y la urbanidad, la pureza angélica y la obediencia alegre, la sincera piedad y la devoción ardentísima a la Santísima Virgen, a la que profesaba filial amor, principalmente meditando y rezando cada día sus Dolores”.³¹⁸ Nuestro Luis vivía en el cielo más que en la tierra, y con el ejercicio de esas virtudes y con el culto de esos sentimientos, y con la práctica de esa devoción estaba disponiendo su alma para ser transportada a los pensiles celestiales, que es donde podía prosperar, mientras que en el mundo se asfixiaba. Hay seres que necesitan ambiente purísimo y horizontes infinitos, fuera de los cuales se ahogan o se sienten prisioneros, y uno de ellos era nuestro Luis Pascual, que no podía tener aquí una morada permanente, y buscaba la futura y definitiva del paraíso. En eso cifraba su empeño, y en eso trabajaba afanosamente, en madurar su alma para el cielo, en preparar la vestidura nupcial con que había de presentarse ante el Divino Esposo, en adornarse con las ricas preseas de la virtud que lo hicieran grato a Dios, en perfeccionarse

³¹⁷ En el mismo lugar.

³¹⁸ Consuetas del año 1897, nº 14.

y tener encendida la lámpara para cuando fuera llamado a celebrar las bodas eternas con el Cordero Inmaculado.

No descuidaba en tanto allá en Irache, donde se encontraba estudiando, prestar toda la atención debida a las explicaciones de los profesores en clase, ni perdía una partícula de tiempo del destinado a preparar las lecciones y hacer los trabajos prácticos ordenados por los Padres Rectores, y estaba plenamente convencido de que nadie da lo que no tiene, y que siendo su misión de escolapio proporcionar a los niños los conocimientos humanos, debía preocuparse seriamente de adquirirlos. Sabía que la ciencia infusa es don rarísimo del cielo, y que debía tratar de adquirir la que necesitaba con su trabajo, y por eso dedicaba al estudio un interés apasionado; opinaba que para el hijo de San José de Calasanz la aplicación constante es parte y consecuencia del voto de enseñanza, y esta idea y este convencimiento eran acicate de su voluntad para entregarse a los libros con el mayor entusiasmo. No le faltaban dotes ni talento y en los pocos estudios que hizo, el hermano Pascual aprovechó bien las lecciones de sus maestros. “*Ingenium haud vulgare, quod per humanarum scientiarum studium magis ac magis evolvebatur, plane monstravit*”.³¹⁹ Mostró claramente un ingenio no vulgar, que se desarrollaba más y más en el estudio de las ciencias humanas. Pero no había de ser ciertamente por él por el que había de brillar, sino por el esplendor de sus virtudes, porque, como el profeta, fue cortado cuando aún estaba urdiéndose la tela de su vida. “*Dum adhuc ordire, succidit me*”.

La Orden podía esperar mucho de las virtudes y de los talentos del Clérigo Luis Pascual, pero Dios, en cuya mano está en la vida y la muerte, lo dispuso de otra manera, y cambió el sentido de esas esperanzas. No serían sus trabajos en la escuela ni sus fatigas ministeriales los que ayudaran al Instituto, sino sus oraciones desde el cielo, sus ruegos ante el trono del Altísimo, los que darían plasticidad a esa esperanza. En pocos años había llenado muchos tiempos, y Dios, Nuestro Señor iba a apresurarse a sacar a este joven predilecto de este valle de lágrimas para conducir su alma al cielo, mientras el cuerpo espera en la sepultura la resurrección de los muertos. No habían pasado dos años de su profesión cuando, atacado de escarlatina, enfermó gravemente y se le administraron los sacramentos. Murió con la serenidad de los justos, entregado en absoluto al querer divino, y exclamando repetidas veces con los transportes de la mayor alegría “¡Me voy al cielo, me voy al cielo!”. Su fallecimiento fue en Irache a 2 de agosto de 1897, cuando no contaba más que 18 años y cuatro no completos de vida religiosa. Una existencia breve en verdad, pero llena de méritos para el cielo, que no debe contarse por el número de años, sino por las buenas obras realizadas y por los merecimientos que pudiera tener contraídos. “*Vitam rededit Creatori, brevem quidem, sed meritis plenam, et non annorum computando*”.

Capítulo XXXV. Padres Casto Arauz de la Virgen de las Escuelas Pías y Jenaro Arauz de San José

Aunque alterando algo el orden cronológico que seguimos en estas biografías, juntamos en este capítulo a los hermanos Arauz, por la similitud de sus vidas y por lo parecido de sus virtudes.

CASTO ARAUZ DE LA VIRGEN DE LAS ESCUELAS PÍAS. “Era nuestro Casto amantísimo a todos, humilde de corazón, diligente en sus obligaciones, fiel observante de los votos y de las Reglas, hasta de las más pequeñas, dechado de todas las virtudes, siempre grave con

³¹⁹ Lugar dicho.

afabilidad, jamás inmodesto, sino principalmente preclaro en ejecutar, inconsulta y rápidamente, los mandatos de los Superiores, y ejemplo digno de ser imitado por todos”. He aquí, en pocas palabras, condensada y referida la vida de este benemérito escolapio; que no haría, acaso, cosas brillantes en su corta existencia, pero que practicó todo ese conjunto de virtudes que le han hecho, sin duda, grande en el reino de los cielos. Si mientras vivía se consideró al Padre Casto Arauz digno de imitación, bien podemos nosotros incluirlo en esta galería de CLAROS VARONES para que tengan en él quienes no lo alcanzaron un modelo del escolapio perfecto, porque o mucho nos equivocamos, o el Padre Casto de la Virgen de las Escuelas Pías fue un religioso que se acercaba mucho al ideal que San José de Calasanz trazó en sus Constituciones. Un caso más de la verdad de aquella sentencia y ruego de nuestro Señor Jesucristo a su Eterno Padre de que todos lo conocieran y amaran, y del “porro unum est necessarium: ut cognoscant te”³²⁰. Lo que no sea esto. No vale la pena buscarlo ni desearlo, porque los aplausos, los talentos, los honores, los triunfos, aquí se quedarán, y podrán ser un lastre pesado para remontarse al cielo. En cambio, la vida virtuosa, la fiel observancia de los votos, el cumplimiento de las Reglas, la práctica de las virtudes, se transformarán en la corona de gloria que Dios reserva en el cielo a los que vivieron santamente.

Campillo de Dueñas, provincia de Guadalajara y diócesis de Sigüenza, en el antiguo Señorío de Molina, fue el lugar del nacimiento de este esclarecido hijo de San José de Calasanz, que educado por sus cristianos padres en el temor de Dios y en las buenas costumbres, ya desde la infancia brillaba por su virtud entre sus iguales. Cuando hubo estudiado las primeras letras en Campillo, sus padres le enviaron a Casto a Molina para que estudiara Latín y Humanidades con los nuestros, y de tal suerte se pegó a sus profesores, y de tal manera se enamoró de su modo de vivir, que decidió seguir sus huellas y militar bajo el estandarte calasancio. Obtenidos todos los permisos necesarios, se dirigió a Peralta, donde vistió la sotana de las Escuelas Pías e inició su noviciado, con tal fervor que demostró claramente cuán grande religioso había de ser, según lo manifestó en la observancia de nuestras Constituciones. “In tyrocinio jam patuit, quantus futurus esse religiosus, prout in nostrarum legum observantis ostendit”³²¹. Esta lacónica frase es la mayor alabanza que puede hacerse de quien fue objeto de ella. Significa que ya en el noviciado se mostró obediente; que practicaba la pobreza con alegría y tenía el corazón despegado de las cosas perecederas; que guardaba la castidad como los ángeles, y que era casto en la realidad de la vida, como en el nombre que llevaba; que la humildad era el cimiento de su vida espiritual, y que la caridad constituía el aglutinante divino de sus relaciones con sus connovicios. Ese joven que respondía a tal ideal no solo avanzaba, sino que volaba por los derroteros de la perfección religiosa. Nuestro Casto Arauz fue realmente un novicio modelo, un aspirante de la vida perfecta que podía proponerse a sus hermanos como dechado, y que contenía como semilla el fruto del escolapio perfecto que todos conocieron y amaron.

Por regla general, no hay en nuestra necrología otras fechas que las referentes a la muerte de nuestros religiosos; las otras, las de su nacimiento, toma de hábito y profesión, hemos de calcularlas con más o menos aproximación a base de ella y de la edad que tenía al descender al sepulcro. El Padre Casto vino al mundo en 1856, y vistió la sotana en Peralta

³²⁰ Jn 17, 3.

³²¹ Catálogo de los religiosos de las Escuelas Pías que murieron piadosamente en el Señor el año 1898. Madrid, 1899.

de la Sal probablemente en 1882, a los 16 años. Hecho el noviciado en la fecha. En la forma dicha fue hallado digno de Ligarse a Dios por los Santos votos y de recibir el espaldarazo de Escolapio en. 1874, aproximadamente, “magno sui ipsius gaudio”. Según ley y costumbre, a raíz de la profesión fue al juniorato y se inició los estudios propios de nuestros estudiantes, que han de trabajar como maestros y como sacerdotes, en Peralta primero, y en Zaragoza después, hizo nuestro junior su carrera con todo interés y aprovechamiento. “In ecclesiasticis simul et profanis litteris et scientiis magnopere profecit, assiduitate se omnibus sociis exemplum praedens, et studia cum pietate semper conjungens”.³²² Aprovechó mucho en las letras y ciencias eclesiásticas y profanas, presentándose como ejemplo de asiduidad a sus compañeros, y uniendo siempre la piedad con el estudio. Armado con esas armas, que son las del maestro y del sacerdote, este novel escolapio podía descender a la liza a pelear las batallas contra la ignorancia científica, literaria y religiosa, seguro de recoger abundantes frutos de almas que conocieran, que amaran, que sirvieran a Dios; de jóvenes suficientemente preparados para llenar honrosamente su misión en el mundo.

Antes de abandonar el juniorato emitió su profesión solemne, fue iniciado en las órdenes sagradas, y puesto luego en una de las escuelas inferiores externas del Colegio de Zaragoza. La desempeñó con todo esmero y cuidado, según lo revelaron los progresos de sus discípulos, y con un marcado sello escolapio, pues lo hizo “quotidie amorem ac timorem Domini pueris commendans”. De Zaragoza, el Padre Casto pasó a Tolosa, donde dictó diversas materias del bachillerato, estuvo en el internado y fue procurador de la Casa. Todas las cosas las hizo bien, “ideoque et propter eximias viri religiosi virtutes, et propter animi firmitatem, nunquam in labore confractam gratissimam sui memoriam ibidem reliquit”³²³. Y por eso y por las eximias virtudes de religioso, y por su firmeza de carácter, jamás quebrantada por el trabajo, dejó allí un gratísimo recuerdo suyo. ¡Hermosas cualidades en un educador cristiano! Esa virtud a toda prueba, esa firmeza de alma que nada quiebra, debían naturalmente traducirse en las relaciones con sus educandos en un interés jamás desmentido de su santificación, en un empeño incansable de inculcarles sentimientos elevados, en esa constancia en los propósitos, por muy combatidos que sean, que le permiten cincelar esas almas, burilar los corazones e infundir en las voluntades los hábitos de la virtud y de las buenas obras. Fue, como lo dice el elogio fúnebre, la misión que el Padre Casto realizó en Tolosa, que le conquistó el amor de sus discípulos y de sus familias, y por los cuales se le recordaba cuando ya había desaparecido. Es lo que ocurre al educador que trata seriamente de la formación espiritual de sus alumnos. Estos agradecen los desvelos que se impone para dirigirles por los senderos de la virtud, le aman tierna y sinceramente; y a medida que crecen en años, lo aman y respetan más porque conocen mejor el bien que les ha hecho y los sacrificios que por ellos se ha impuesto.

¡Lo que son los juicios de los hombres! ¡Hasta los que parecen mejor fundados, resultan y son inconsistentes! Todo el mundo pensaba, viendo la ruda naturaleza y el vigor de la vida del cuerpo en el Padre Arauz, que viviría muchos años. Sin embargo, una enfermedad latente le minaba en forma que no tardaría en manifestarse, y que no se podría combatir con eficacia. Empezó a sufrir congestión hepática, y no obstante aplicársele todos los remedios indicados por el médico, a pesar de haberlo trasladado a Pamplona y luego a

³²² En el miso lugar.

³²³ Necrología del P. Casto, número 14 del año 1898.

Zaragoza, todo resultó inútil. La dolencia era más fuerte que todo eso, y es que había sonado la hora de la partida, y contra los mandatos divinos son impotentes la ciencia de los médicos y los recursos de la naturaleza y de la farmacia. El padre Casto no mejoraba. La enfermedad seguía adelante, martirizando el cuerpo del paciente con intensísimos dolores que no sirvieron más que para poner de relieve el temple de alma y la paciencia invicta de este virtuoso escolapio, y para proporcionarle un nombre preclaro. “Vera infirmi pietas et admirabilis patientiam magnis et acerbis doloribus probata praeclarum viri religiosi nomen illi poroculdubio comparaveret”³²⁴. Como último recurso, el Padre Casto Arauz se trasladó al pueblo natal, por si acaso el cambio de aire le mejoraba y restituía la salud. Pero inútilmente. Se agravó y se le administró la Extremaunción, despojándose el alma del vestido de la mortalidad y cambiándolo por el de la inmortalidad en Campillo de Dueñas, el 6 de noviembre de 1898, a los 42 años de edad y 26 de escolapio.

PADRE JENARO ARAUZ DE SAN JOSÉ. Aunque haya unos años de diferencia entre la muerte de esos dos religiosos, formamos con ambos un capítulo, porque como Dios los hizo nacer de los mismos padres, y los favoreció con la misma vocación, diríase que moral y espiritualmente fueron dos espíritus gemelos. Ninguno de los dos remontó el vuelo muy alto, pero ambos cumplieron exactamente sus deberes y fueron santos religiosos. ¿Y qué más se le puede pedir y exigir a un hombre que ser fiel a su vocación y santificarse en el ejercicio de la misma?

Hijo de una familia cristiana, el niño Jenaro Arauz, dotado por la naturaleza de una índole buena y piadosa, fue educado en el santo temor de Dios, y adelantó mucho en las vías de la virtud que lo condujeron insensiblemente a la casa de Dios. Nació en Campillo de Dueñas el año 1842, el 19 de septiembre, y después de estudiar las primeras letras y de cursar latinidad, deseoso de huir de los escollos del mundo, ansioso de santificarse, se acogió a las Escuelas Pías como a un puerto seguro. Recibido en ellas benignamente, y autorizado por sus padres, cuando había cumplido ya 16 años y se daba cuenta de sus actos, se dirigió a Peralta de la Sal, cuyo rector, Padre Antonio Badías de San Cipriano, lo incorporó a las milicias calasancias al imponerle la librea de las Escuelas Pías, el 11 de abril de 1858. Convertido en novicio y alejado del mundo, no tenía otra misión que cumplir que la de santificarse por la adquisición y la práctica de las más preciadas virtudes. Debía realizar esa obra de metamorfosis propia del novicio que lo hiciera grato a Dios y hermoso a sus divinos ojos, y que lo presentara ante los Superiores de tal manera transformado que, muerto el hombre viejo, no quedara en él más que el nuevo, en la verdad, en la justicia y en la santidad, como lo describe San Pablo. El Novicio Arauz había ingresado en la Orden para cumplir sus deberes con la mayor puntualidad; y empleó a conciencia su noviciado en hacerse, a los ojos de Dios y de los hombres, digno de la profesión religiosa a que aspiraba.

Tan amplia y satisfactoriamente realizó nuestro Jenaro la obra de su transformación que, cumplido el bienio del noviciado impuesto por nuestros Constituciones, sin discrepancia alguna y sin observaciones contrarias de ninguna clase fue admitido a los votos. Los formuló el 4 de marzo de 1860 en Peralta, en manos del mismo padre Antonio Badías. Inmediatamente inició la carrera para habilitarse a sus funciones futuras y cumplir con los ministerios propios del Instituto, y lo hizo con tanta ponderación y prudencia que el estudiante no matara al religioso, ni éste asfixiara la aplicación de aquel. Porque la ciencia y la virtud no son contradictorias, sino que, como procedentes del mismo foco, se

³²⁴ En el mismo lugar.

hermanan y complementan mutuamente. Es lo que procuro el clérigo Arauz, armonizar el estudio con la piedad y hacer de ambos las alas que le permitieran remontarse hasta las altas regiones por donde se ciernen las águilas. Todo esto significa que fue un excelente religioso, al mismo tiempo que se esforzaba en adquirir los conocimientos propios del escolapio y del sacerdote. Tranquilo y reposado, aprovechó bien los años de juniorato para empaparse del espíritu calasancio hasta la saturación, para nutrir su inteligencia con la verdad científica que le permitiera ser un religioso modelo y un maestro a la altura de las circunstancias.

Cuando hubo dado cima a su formación espiritual y a su preparación científica y literaria, el junior Jenaro inició sus tareas docentes, y las desempeñó con paciencia, con celo constante en la instrucción y educación de los niños. Y donde fuera que la obediencia lo colocara, fue siempre el religioso observante, el sacerdote celoso y el escolapio ejemplar que se había propuesto ser desde el noviciado. Sencillo, humilde y fiel a su vocación, fervoroso y caritativo, el Padre Arauz no pensaba más que en santificarse por la exacta observancia de las Reglas, y en santificar a los demás: a los niños, en la escuela; a los fieles, con su ministerio sacerdotal. Ese fue el tenor de vida al que acomodó su existencia en los diferentes colegios y comunidades a que estuvo incorporado; y como en su sencillez era tenaz en sus convicciones, ni los malos ejemplos que pudiera haber en torno suyo, ni el ambiente materialista del siglo en que le tocó vivir lograron apartarlo ni un punto del camino que se había propuesto, y que no era otro que el de la más rígida observancia de las santas Reglas. El Padre Jenaro era todo un carácter, reforzado por las hondas convicciones religiosas, y en las diferentes comunidades a que perteneció fue siempre una fuerza, y constituyó un dique de contención de los avances contra la observancia. Alto y envidiable honor que la historia le reconoce y la Orden le agradece, y que Dios le ha recompensado generosamente en el cielo, mientras San José de Calasanz le daba el abrazo de paz y de bienvenida.

Ya era hombre maduro, y por lo mismo en malas condiciones para la enseñanza, cuando recibió obediencia para el Nuevo Mundo. Por el modo de ser de los niños argentinos, hay que enviar personal joven que se forme allí en armonía con aquel ambiente y de acuerdo con los métodos allí imperantes, porque el ya entrado en edad está condenado al fracaso, y a un martirio continuo. Hablamos en tesis general, sin referirnos a nadie particularmente. El Padre Jenaro Arauz fue destinado al Colegio de Santo Tomás de Córdoba, a donde llegó el 2 de marzo de 1897. Después de dos años de permanencia en él, con algunas materias de bachillerato y el cargo de Vicerrector, el 9 del mismo mes de 1899 salió para Chile, donde permaneció hasta la muerte. La Orden contaba entonces con tres casas en la República Chilena, las tres de vida lánguida y sin grandes perspectivas para el futuro. El Padre Jenaro fue destinado a la de Copiapó, que gozó de corta y mísera existencia, con el cargo de Vicerrector in capite, y luego de Rector, que desempeñaba cuando fue clausurada. En Santiago, donde quedó de familia, tuvo la dirección espiritual de los huérfanos y de las huérfanas de ambos colegios de la Providencia, y allí creemos que halló su verdadera vocación y la misión que tenía que desempeñar en el Nuevo Mundo. No es fácil decir lo que el padre Jenaro trabajó con aquellos desheredados de la fortuna y víctimas del egoísmo y de los pecados ajenos, con el fin de consolarlos, de levantar su espíritu y hacer de ellos hombres y mujeres cristianos y piadosos, útiles a la patria, a la sociedad y a sí mismos. No creemos que los frutos fueran muy satisfactorios y abundantes, porque generalmente, los varones al menos, son refractarios al cariño, al interés, a la ilusión. Pero como el premio no se medirá por los frutos, sino por el trabajo y por el celo

desplegado, no dudamos de que la corona del Padre Jenaro habrá sido muy grande, considerando solo esa faceta de su vida de sacerdote.

Hay otra, muy importante, a la que vamos a hacer una rápida referencia. El Padre Jenaro fue confesor de religiosas. Predicó con sencillez, que es la forma de llegar hasta la inteligencia y la voluntad; y con unción evangélica, que es la manera de arrastrar las almas hacia Dios, hacia la perfección, hacia el cumplimiento de la ley divina; y no rehusó dar ejercicios a comunidades. Tampoco podríamos decir fijamente en la extensión y la profundidad de la influencia que estas actividades suyas ejercieron en religiosos y seculares, pero es evidente que algo debieron aprovecharse de unas instrucciones en las que se buscaba a Dios y se deseaba santificar las almas, porque no toda la semilla se pierde; siempre queda alguna parte que se aprovecha y produce frutos variados, del 30, del 60 por ciento por uno. Sea de esto lo que quiera, lo que debe quedar como un estímulo y como una enseñanza, es que el padre Jenaro Arauz trabajó como un buen operario en la viña del Señor, evangelizando a los pobres, y ayudando a caminar por las vías de la virtud a las personas que dirigía.

Un ataque de bronco-neumonía influenzosa redujo al último extremo a nuestro Padre Jenaro, por lo que se le administraron los Sacramentos de la Iglesia, y “con gran edificación de todos, se durmió piadosísimamente en el Señor en Santiago de Chile, el día 20 de febrero de 1902, a los 60 años de su venida al mundo y a los 44 de su ingreso en las Escuelas Pías. Del Padre Jenaro han quedado algunos escritos:

1. Ramillete de reflexiones piadosas por un sacerdote, J A. Zaragoza, Tipografía de Comas hermanos, 1900, 1896. En octavo de 73 páginas. En la primera página rotulada “Al lector”, se lee: “Estando para marchar a Buenos Aires, y queriendo dejarte un recuerdo provechoso, he formado este ramillete que te envío”. Fundados en esas palabras, en la fecha y en las iniciales J A, nos decidimos a atribuir al padre. Jenaro, la paternidad de este interesante folleto.
2. Sermones, pláticas y ejercicios espirituales manuscritos.

Capítulo XXXVI. Padre Jerónimo Gracia de la Virgen del Carmen

Fue un religioso a quien no tuvimos el honor de conocer, pero cuyo nombre nos era familiar desde que despuntó en nosotros el uso de la razón, por haberlo oído nombrar con encomio en nuestra casa paterna. Precisamente fue en Barbastro donde dio las primicias de aquella soberana elocuencia que arrebató a las multitudes donde quiera que haya morado nuestro Padre Jerónimo. Leemos en su necrología: “Siempre fue muy diligente e incansable en la predicación y en escuchar las confesiones de los fieles, de tal manera que era queridísimo de todos, se ganó la benevolencia y la admiración de todos y adquirió gran gloria para sí y para el Instituto”.³²⁵

Por la facilidad y la facundia de que el Padre Jerónimo estaba dotado, y por el celo que inflamaba su corazón al anunciar la palabra divina, era un orador de raza, era sobre todo un apóstol de Jesucristo. Eran su verdadera vocación, y creemos que podía comprarse con el Padre Gabriel Hernández, de quien tantas maravillas se cuentan, y del que oportunamente nos hemos ocupado. Como el padre Hernández, el Padre Gracia recorrió media España predicando, y lo hacía varias veces en un mismo día. Se cuenta, y vaya por anécdota más o menos histórica, que en esta ocasión predicó en Caspe en el mismo día

³²⁵ Archivo de la Provincia de Aragón, Necrologio del año 1900, número 18. Madrid, 1905.

varios sermones de San Roque sin repetirse, y sin mostrar cansancio. Si esto es indicio de la robustez de su salud, aquello es prueba incontrovertible de la facilidad de palabra y de la abundancia de recursos que poseía. Le habían seguido unos periodistas de Zaragoza para ver cómo se las arreglaba el Padre Jerónimo para en una misma población chica y en el mismo día predicar varios sermones del mismo Santo, sin incurrir en repeticiones o caer en lugares comunes. Cuando, con gran extrañeza de su parte, comprobaron que ninguno de sus sermones se parecía a los demás, se acercaron al Padre Gracia para felicitarle y preguntarle cómo se las arreglaba para dar novedad y variedad a tantos discursos sobre San Roque. Y dicen que el Padre Jerónimo echó mano al bolsillo, extrajo una cartera y sacó de ella una hoja de papel no muy grande, en la que había escrito textos de la Sagrada Escritura, y la mostró a los periodistas diciéndoles: “Señores, ahí tienen mis sermones”. Es decir, que no escribía, y que a base de unos cuantos textos que servían de guiones y de puntos de mira, con la vida del Santo que conocía, y la facilidad de palabra que Dios le había dado, tejía aquellos maravillosos sermones que tanto llamaban la atención, y que tanta fama le dieron.

La cuna del padre Jerónimo se meció a orillas del Ebro, a la sombra de la Virgen del Pilar, pues nació en Zaragoza el 30 de septiembre de 1837. Desde sus primeros pasos, sus padres lo enviaron a nuestro Colegio, en el que libó la miel de la piedad y aprendió las primeras letras y la segunda enseñanza. Como nos ha ocurrido a tantos escolapios, el trato y el ejemplo de sus maestros influyó en el niño Jerónimo Gracia para sentirse inclinado a imitarlos, y esa primera inclinación fue fecundada por la gracia divina, se transformó en un propósito decidido de dar su nombre a las mesnadas calasancias. Y expuesto su deseo a los Superiores, y aprobado por estos, con la licencia de sus padres, se trasladó a Peralta de la Sal, donde recibió el hábito de las Escuelas Pías el 23 de mayo de 1852, cuando no había cumplido aún los tres lustros. El tiempo de noviciado lo empleó bien en transformarse profundamente, en desprenderse de sus defectos y en despojarse de sus malos hábitos, y en adquirir las virtudes y los sentimientos que más había de necesitar en la vida religiosa. Obra lenta y de mucha fidelidad y constancia, que el novicio Jerónimo realizó con la perfección que después demostraron sus obras. Se le veía materialmente avanzar en la obra de su santificación, y cuando faltaban aún cuatro meses para cumplir el bienio de su noviciado, el 28 de enero de 1854 fue admitido a emitir sus votos por la profesión solemne.

El juniorado de la Provincia funcionaba entonces parte en Peralta, parte en Zaragoza; y apenas consumada su entrega a Dios y a la Orden, fue el joven Gracia puesto a estudiar Filosofía y Letras. Humanas en la misma Casa noviciado, y luego Matemáticas, Mecánica Racional, Física y Química, Teología Dogmática y Moral en la Ciudad Augusta. Lo hizo con toda aplicación y aprovechamiento, y cuando estuvo suficientemente preparado, fue incorporado al cuerpo de profesores del Colegio de Zaragoza, y luego al de Daroca, donde estuvo un año dedicado a la primera enseñanza. De la ciudad del Jiloca, la obediencia trasladó al Padre Jerónimo a la del Vero, donde permaneció siete años en la primera y en la segunda enseñanza. Tuvo a su cargo varias asignaturas de Bachillerato, Letras, Historia, Matemáticas, y “*haud facile dictu est, quantum discipuli sub Patris Hyeronimi magisterio et pietate et litteris progredierentur*”. No es fácil decir cuánto progresaban los discípulos en la piedad y en las letras bajo el magisterio del Padre Jerónimo Gracia. Es lo que tiene que ocurrir cuando en el maestro hay ciencia, y en el educador celo: se esmerarán y pondrán todo su interés en enseñar bien, y hacer amenas y agradables sus enseñanzas; se

ingeniarán de mil maneras para inyectar la piedad en el corazón de sus alumnos y para hacer de ellos cristianos prácticos y fervientes.

Véase con qué palabras y cómo describe su necrología la habilidad innata que el Padre Jerónimo tenía para anunciar a los fieles la palabra divina: “*Erat in eo dicendi copia et gratia, aliae etiam et animi et ingenii singulares eminebant dotes, quae eum ad predicationis exercitium, necnon ad confessiones audiendi ministerium peridoneum reddebant*”³²⁶. Gozaba de facundia y gracia en el hablar, y sobresalían en él otras dotes de corazón y de inteligencia que lo hacían sumamente idóneo para el ejercicio de la predicación y para el ministerio de escuchar las confesiones. Lo que vale más que eso es que jamás mezquinó esas felices disposiciones, sino que las usó siempre al servicio de Dios y de las almas. Fueron unos talentos que el Señor le dio y que, a imitación del siervo bueno y fiel, los puso en movimiento y se multiplicaron en forma de conversiones de pecadores, de perseverancia de justos, y de crecimiento del fervor de las almas piadosas en el cielo recogería. En el cielo recogería el premio de esas correrías apostólicas, ese escolapio que siempre estuvo dispuesto a predicar a Jesucristo. Lo que decimos de la predicación, es aplicable a su perseverancia en el confesonario, atendiendo a los fieles que lo solicitaban. Nunca se negaba cuando podía hacerlo sin faltar a sus obligaciones, por lo que se captó el respeto y se ganó el afecto de las poblaciones de su residencia. “*Adeo ut Patris Hyeronimi nomen maximo et honore et affectu in omnium civium ore saepe saepius personaret*”. De tal forma que el nombre del Padre Jerónimo sonara muchísimo en los labios de todos los ciudadanos con el máximo honor y afecto.

Salió de Barbastro el Padre Gracia para Caspe, nombrado Rector del Colegio de dicha ciudad, de donde pasó a Jaca con el cargo de Vicerrector y luego de Rector, oficios en los que perseveró hasta 1882, en que fue enviado a Tolosa con obediencia. No hace la necrología del Padre Jerónimo referencia alguna a la forma en que desempeñó sus funciones rectorales, lo que puede interpretarse en el sentido de que no fue muy afortunado en ellas, y que al no poder decir nada que lo prestigiara como rector, prefirió no emitir juicio alguno. Carecemos de datos positivos que nos autoricen a opinar en pro o en contra, pero afirmamos resueltamente que no nos extrañaría que hubiera carecido de dotes de gobierno, que es un asunto eminentemente práctico quien tan brillantes las tenía para la oratoria sagrada, que tiene mucho de teoría. De Tolosa, donde explicó Religión y Ética, pasó a Tafalla como uno de los religiosos fundadores, y enseñó Matemáticas con honor suyo y aprovechamiento de sus alumnos. De allí lo sacó el Rmo. P. Vicario General Manuel Pérez para que en la recién abierta Casa Central de Estudios de Irache fuera maestro de espíritu de nuestros juniors. Era a nuestro entender, por lo que sabemos y conocemos de la vida, de las ideas y de los sentimientos del Padre Jerónimo, el puesto que le convenía, y el oficio que le cuadraba. Era sin duda un honor extraordinario, que implicaba una tremenda responsabilidad, pero al que el Padre Gracia podría corresponder con un trabajo de formación exquisita, modelando el corazón de aquella juventud escolapia que se le confiaba, conforme a las normas y el ideal de San José de Calasanz expuesto en nuestras Constituciones. Tenía la mano en la masa para que la forjara en el yunque de la observancia regular, y para que devolviera a las Provincias españolas de la Orden religiosos hechos al sacrificio y dispuestos para consumir los más difíciles en servicio de Dios, de la Escuela Pía, de los niños y de la cultura. Es lo que practico durante cuatro años en Irache y en Cardena. Eran los de iniciación de ese sistema que tantas ventajas ofrece, y se

³²⁶ En el mismo lugar.

necesitaba un hombre de experiencia, un sacerdote celoso, un maestro activo que estuviera en todas partes y lo viera y supiera todo; un escolapio comprensivo que se diera cuenta de los problemas que la cooperación de juniors de tan diversas procedencias planteaba. Lo que particularmente se requería era un psicólogo y catador de almas que conociera los jóvenes, los comprendiera y los tratara en forma adecuada. El Padre Jerónimo encauzó el juniorado central por los verdaderos derroteros, y en cuatro años que permaneció en él, pudo formar una tradición que pasaría sobre sus sucesores como una ley, como una norma.

Al cesar en 1889 en el cargo de Maestro de Juniors, regresó a la Provincia. Residió dos años en Zaragoza, de donde pasó a Jaca, y en 1891 fue elegido Rector de Tafalla, cargo en el que permaneció un año, pues al siguiente presentó la renuncia. Nos confirmamos en la idea de que el temperamento del Padre Jerónimo no era para cargos de gobierno, sino para los ministerios y actividades religiosas. En estos hallaba sus delicias y encontraba su satisfacción; los otros diríase que, si no odiosos, eran molestos, y no veía el momento de desprenderse de ellos. Después de una corta residencia en Sos y algo más prolongada en Alcañiz, el Padre Francisco Baroja envió al Padre Gracia al Colegio de Sevilla, dependiente a la sazón del Padre General, con el cargo de Vicerrector y encargado de la iglesia. Mientras estuvo allí de familia, llenó a satisfacción los deberes que la obediencia le impuso, y su permanencia en la capital andaluza se caracterizó por su consagración a los ministerios sagrados, que eran parte principal de su oficio. Predicar, oír las confesiones de los fieles, organizar y dirigir todo lo que se relacionaba con las misas y con el culto de nuestra Iglesia es lo que absorbía la vida y llenaba el tiempo del Padre Jerónimo en Sevilla. Estaba en su centro y su gloria, porque tenía alma de misionero, sin que esto signifique que no se sintiera escolapio y que dejara de cumplir satisfactoriamente sus obligaciones escolares a fuer de buen religioso. Era también un excelente hijo de San José de Calasanz, y nada lo apartaba un punto de la vocación recibida del cielo. Cuando el colegio hispalense dejó de depender de la Generalidad por su incorporación a la Provincia de Castilla, el Padre Jerónimo Gracia regresó a Aragón, y fue nombrado Vicerrector in capite del Colegio de Pamplona. Fue un rectorado relámpago, pues una neumonía contraída por un enfriamiento después de predicar cortó prematuramente tan preciosa existencia. Recibió con fervor los Santos Sacramentos y la bendición apostólica, y hecha la recomendación del alma, exhaló su último suspiro en Pamplona, el día 8 de julio de 1900, a los 63 años de edad y 48 de religioso.

Su deceso fue muy lamentado, y se le hicieron muy solemnes funerales, que se vieron concurridos por numerosas personas de todo orden, eclesiásticos, civiles, forenses, militares. “Qui omnes, sicut eum invita et amore et cultu fuerunt presenti, hoc ei postremum non praestare obsequium minime potuerunt”.³²⁷ Todos los cuales, así como lo amaron en vida y lo reverenciaron, no pudieron menos que prestarle este último obsequio. Por sus trabajos apostólicos, el Padre Jerónimo Gracia fue condecorado por el Papa con el título, con los honores y con los derechos de Misionero Apostólico desde el año 1882, y cumplió fielmente con los deberes que tal nombramiento le imponía. Dejó escritos unos hermosos ejercicios espirituales cuyas meditaciones e instrucciones están especialmente dedicadas al ministerio escolar y educativo propio de nuestra Orden.

³²⁷ Consuetudine del Padre Gracia.

Capítulo XXXVII. P. Mariano Guiu de la Virgen del Pilar, Clérigo Macario Ramírez de San Nicolás, y Padre Mariano Lafuente de la Virgen del Carmen

PADRE MARIANO GUIU DE LA VIRGEN DEL PILAR. Un escolapio eminente que no dio de sí todo lo que la Orden tenía derecho a esperar de su fervor calasancio, de sus talentos y de sus virtudes. Un tumor maligno que degeneró en gangrena lo arrebató de este mundo cuando contaba 50 años, y cortó de raíz todos sus proyectos. Formó parte de la primera colonia escolapia que marchó a la América Meridional, que tanto trabajó y tan alto puso en Concepción el nombre de las Escuelas Pías, y fue también el primer Rector que tuvo esta casa.

El 2 de enero de 1852 vino al mundo en Caspe, y desde que despuntó en él el uso de la razón, frecuento nuestro Colegio recién fundado, y estudió en él la primera y la segunda enseñanza. Pero los gérmenes de piedad que arrojaron en aquella alma generosa sus progenitores y sus maestros crecieron lozanamente y fructificaron en una decidida vocación escolapia. A los 15 años la hizo efectiva, obtenida la venia de sus padres y conseguida la autorización de los Superiores. El 1 de diciembre de 1866 le fue impuesta la sotana en Peralta de la Sal, y ya no pensó desde aquel momento en nada que pudiera distraerlo del logro de los propósitos que abrigaba. No eran otros que los que embargan el ánimo de todo novicio, sincero consigo mismo: adornarse con las virtudes más sólidas, desprenderse de los menores defectos. Nuestro Mariano lo practicó como lo tenía pensado, y al cabo del noviciado, cuando faltaba poco para la profesión, había hecho tales progresos en la virtud que fue admitido a realizar su consagración a Dios y la entrega de su voluntad a los Superiores, sin dificultad alguna. Profesó con gran consuelo de su alma en Peralta de la Sal el 28 de noviembre de 1868, cuando el sacrificio era más generoso y grato a Dios, dada la inestabilidad de la Orden religiosa en plena revolución marcadamente anticristiana, cuando el porvenir de los religiosos era por demás problemático y terriblemente oscuro. Nada intimidó al joven Guiu, ni le impidió seguir adelante en sus propósitos, y formuló sus votos al Señor, dispuesto a abrazarse a la cruz de la persecución, si así estaba escrito en el libro de la Providencia. Su comodidad personal, sus conveniencias egoístas, la tranquilidad de su espíritu, no entraban para nada, porque todo eso de era secundario, y no miraba más que a la gloria de Dios y a la salvación de las almas, que era lo que realmente importaba.

Sus estudios profesionales y sacerdotales los realizó parte en Peralta, parte en Zaragoza y el resto en Sos, que eran las casas entonces destinadas a juniorato en nuestra Provincia. Puso en ellos todas sus ansias de saber, todo su fervor escolapio, todo su talento y toda la fuerza de voluntad de que estaba dotado. Y cuando hubo terminado su carrera, y ratificado su entrega a Dios por la profesión solemne, que hizo en Sos, fue destinado a la enseñanza. Siete años residió en Jaca, en cuyo colegio tuvo las tres escuelas de instrucción primaria, sucesivamente, dos años en cada una de ellas, y uno en primer curso de la secundaria. Se intentó por entonces nuestro establecimiento en Portugal, y el Padre Vicario llamó al Padre Guiu para que lo acompañara a Lisboa, como lo hizo. Pero aquellas gestiones fracasaron, y hubieron de regresar a España sin lograr establecer las Escuelas Pías en el país vecino. Los afanes expansionistas del P. Manuel Pérez sufrieron un contraste y un desengaño, pero no por eso renunció a sus proyectos. Tenía una clara visión del porvenir, y fue una lástima que no pudiera consolidar su obra cuando plantó en América la bandera calasancia. Ya que no pudo figurar como fundador en Portugal, el Padre Guiu lo fue en España mismo en 1878, cuando se abrió la Casa de Tolosa. Aquí permaneció seis cursos, los primeros, que

suelen ser los más difíciles, hasta que la fundación se arraiga y la Orden adquiere prestigio. No fue el padre Mariano de los que menos contribuyeron a acreditar el naciente colegio con una vida diáfana y pura, con su preparación científica, con su asiduidad en el desempeño de los ministerios sagrados.

Se arregló, en tanto, nuestro establecimiento en Concepción, no con colegio propio por el momento, que no existía, sino como profesores de los Seminarios de Concepción y Yumbel, mientras se conseguía tener Casa propia donde ejercer nuestro ministerio. De los seis escolapios que fueron a Chile, tres quedaron en Concepción con el Padre Mariano del Rector, y tres se establecieron en Yumbel con el Viceprovincial Padre Félix Sors, que sería Superior a la cabeza. En Concepción los escolapios fueron recibidos como llovidos del cielo. La primera impresión favorable que causaron se confirmó con la misión que dieron en la iglesia de la Providencia, y que produjo inefable consuelo al Vicario Capitular Don Domingo Benigno Cruz, por los frutos copiosos que produjo. Aunque profesores del Seminario, los nuestros vivían independientes y formaban su Comunidad, y observaban sus Reglas. El chileno es muy expansivo y social, y se complace en invitar a su casa y en recibir en ella al sacerdote ilustrado, culto y virtuoso. Los nuestros que fueron a Concepción en el primer viaje pertenecían a ese tipo, y se les franquearon las puertas de las familias más distinguidas, y pronto tuvieron excelentes amigos y valiosas relaciones. No les faltaron tampoco hijas espirituales, y una de ellas facilitó dinero para comprar un terreno en que establecer el anhelado colegio. El padre Guiu, Rector, entendido en arquitectura, trazó los planos y dirigió las obras que se hicieron con un préstamo del Banco. El edificio se inauguró en 1890, y el Padre Mariano lo gobernó durante un sexenio, siendo frecuentado por los niños de las más linajudas familias penquistas. Esta prosperidad duró poco tiempo, porque se cometieron varios errores graves, no sabemos hasta qué grado imputables al Rector, y si es que realmente le cabía responsabilidad en ellos. Uno, y en esto sí que acaso tuviera responsabilidad, fue tener a los alumnos un trienio sin llevarlos a examen; y pasado ese tiempo, presentarlos a examinarse de los tres cursos. Fue una catástrofe sin precedentes, y de la que nunca se repuso el colegio, y que a los 15 años se recordaba aún en Santiago. Por eso, al Colegio de la capital se le dio el nombre de Hispano-Americano.

Entonces se aceptó el establecimiento de los nuestros en la Casa de Huérfanos, y el primer Rector fue el padre Guiu, que trabajó con la mayor fe en la educación de aquellos desgraciados. Fue con ellos un padre cariñoso, y se desvivió por elevarlos en su propio concepto, para que se aplicaran al trabajo y al estudio, y se pusieran en condiciones de redimirse. El Municipio de Providencia, reconocido a la entregada labor del Padre Mariano, dio su nombre a una calle que arranca de frente al edificio del Asilo. Vuelto a España, fue destinado a Pamplona, donde fue luego nombrado Presidente y poco después Rector, dedicándose con celo calasancio a mantener la disciplina regular y a promover la cristiana educación de los alumnos. Tal vez su experiencia de los hombres y de los negocios hubiera cristalizado en un colegio moderno, pero de los seis meses empezó a sentir fuertes dolores en la pierna, que degeneraron en gangrena, que lo llevó rápidamente a la sepultura, después de ser confortado con los Santos Sacramentos. Manifestó en su enfermedad una resignación total en las manos del Creador, y dejó ejemplo de una paciencia admirable, que fueron la edificación de cuantos lo visitaron. Su tránsito ocurrió el 18 de enero de 1902, a los 50 años de edad y 36 de vida religiosa.

CLÉRIGO MACARIO RAMÍREZ DE SAN NICOLÁS. Por los dolores físicos que sufrió pacientemente durante su breve existencia, el Hermano Macario fue como una imagen y reproducción del Santo Patriarca Idumeo. Desde los días de nuestro noviciado, oímos hablar de este joven, a quien no conocimos, y siempre con encomio de su virtud, a la que debió su profesión, pues ya de novicio estaba enfermo. Ventosas, pueblo humilde de la diócesis de Sigüenza, fue el lugar de nacimiento de este escolapio, que no hizo más que entrar en la vida y empezar a purificarse por el sufrimiento, hasta que su alma estuvo bien hermoseedada y pudo penetrar en las mansiones celestiales. Debió nacer el año 1875, y, recibidas en su hogar las primeras semillas del amor y del temor de Dios, fue enviado por sus padres a nuestro Colegio de Molina de Aragón para que hiciera la primera y la segunda enseñanza. Allí sintió los primeros impulsos de hacerse religioso, acaso como efecto y resultado de ese trato con sus profesores; y no bien comprendió los peligros que el mundo ofrece a la virtud, y se dio cuenta de la falacia de los placeres, resolvió dejarse llevar de aquellos anhelos, y acudir a los Superiores de las Escuelas Pías para pedirles la admisión en las mismas. Resuelta favorablemente su instancia, cuando se le indicó se trasladó a Zaragoza, y de allí a Peralta de la Sal, donde recibió el uniforme calasancio con gran contentamiento de su alma, y un firme propósito de corresponder a las gracias recibidas, procurando impregnarse del espíritu del Instituto. No sabemos el día, ni el mes ni el año en que Macario vistió la sotana, pues nada dice la consuetud, pero calculamos de esta que fue el año 1890 o 1892, según cómo contara los años de religión el autor de la necrología.

Cumplido el bienio de su noviciado con el fervor que sus antecedentes hacen adivinar, fue admitido a la profesión, y enviado a Irache para iniciar los estudios que realizan nuestros juniors, pero poco tiempo pudo dedicarse a ellos, porque muy pronto empezó a manifestarse la enfermedad que tanto le hizo sufrir, y que, al cabo, en plena juventud, le llevó al sepulcro. Atacado de tisis ósea, tuvo que suspender sus estudios apenas empezados. Fue enviado a la Provincia y destinado a Molina, por si acaso los aires del terreno lo mejoraban. Y empezó aquel lento martirio de cinco años, que, si fue un Calvario para la materia, se convirtió en un Tabor para el espíritu, porque todo cuanto se diga de la paciencia de aquel joven, todo cuanto se pondere su fortaleza y su conformidad con la voluntad de Dios, será pálido reflejo de la realidad de aquel vivir muriendo. “Per quinque indesinenter annos illius morbi gravissimus dolores mira patientia tulit, immo etiam duodecimi fragmenta ex costis et ex ipso pectoris anteriori ossa extrahi suis oculis ipse vidit” ³²⁸. Calcúlese cuánto sufriría en esa extracción de huesos hecha, según parece deducirse de las palabras citadas, sin anestesia. Se necesitaba una fortaleza como la que demostró poseer nuestro Hermano Macario, y un abandono en las manos de Dios, como solo ya tienen los santos. Eso parecía nuestro paciente. El pueblo de Molina, que lo conocía y sabía de sus padecimientos, lo apellidaba “el Santo”, y el autor de su necrología afirma que era la imagen de nuestro Santo Padre: “Ita ut quasi viva S.P.N. imago conspiceretur, et a nonnullis e populo Sanctus apelleretur”.

Una serie preocupación tenía el hermano Ramírez en medio de sus dolores, pero no venía de su enfermedad, a la que procuraba hacerse superior, sino del temor de que se le retrasara la profesión solemne. Cuando se le concedió y emitió sus votos definitivos, aquella alma escogida se sentía transportada y más parecía vivir en el cielo que en la tierra. Había celebrado los místicos desposorios con el Cordero y no le quedaba más que esperar transponer las fronteras del mundo y entrar en el paraíso, y consumir su entrega a Dios por

³²⁸ Sufragios del años 1902, nº 19, Madrid 1903.

la unión con Él por un amor indisoluble. Los dolores que atormentaban su débil cuerpo pasaban a segundo término ante el gozo que inundaba su espíritu después de la profesión solemne. ¡Cuán cierto es que el espíritu domina a la materia, Y que un goce espiritual puede acallar y tornar insensibles los dolores físicos más atroces! En nuestro Macario Ramírez se cumplió materialmente a raíz de su profesión religiosa.

Para satisfacer los deseos de su hermano sacerdote, los Superiores, asesorados por los médicos, permitieron al Hermano Macario que fuera a su casa a pasar una temporada. Con esa medida se respondía a un pedido muy natural y muy justo. Tal vez se proporcionara un alivio al enfermo, y no se perdía nada, pues no podía ponerse peor de lo que estaba. Y allá se dirigió un buen día, y quién sabe si con el corazón lleno de ilusiones y rebosante de nostalgias celestiales. Los cuidados de su familia, el cambio de aires y la distracción no produjeron el resultado apetecido, porque el estado del paciente era irremediable. Solo tres meses vivió, a pesar de la solicitud con que su hermano lo cuidaba, y se agravó de tal manera que hubo que suministrarle los Santos Sacramentos. Lo hizo el Padre Rector del Colegio de Molina, que oportunamente avisado se trasladó al pueblo. Pero, aunque pareció reaccionar, ocho días después, “egregia atque praeclara patientiae et ardentissimi Dei amoris exempla reliquens”, dejando egregios y preclaros ejemplos de paciencia y de ardentísimo amor de Dios, falleció el 2 de julio de 1902 a los 27 años de edad, 10 de los cuales había pertenecido al Instituto Calasancio.

PADRE MARIANO LAFUENTE DE LA VIRGEN DEL CARMEN. Tres rasgos característicos de la fisonomía espiritual podemos destacar en el Padre Mariano Lafuente de la Virgen del Carmen, que lo hacen particularmente acreedor a figurar en esa galería de **CLAROS VARONES**. Su interés en fomentar las vocaciones escolapias, su fidelidad al espíritu calasancio, y su ferviente devoción a la Virgen Santísima en su advocación del Pilar, como buen zaragozano.

Durante toda su vida de maestro enseñó latín, lo que naturalmente hizo de él un perfecto profesor eximio de la lengua del Lacio, que poseía como la suya propia. Los últimos años de su vida tuvo clase con los estudiantes que aspiraban al sacerdocio, y siempre recordaban sus alumnos su pericia en exponer los principios de la gramática y su habilidad en hacerles aprender tan hermoso idioma. “Mirandum non est si... et multos eximiosque alumnos tam saeculari quam regularis Clero dederit, et singularem magistri peritiam non inmerito praedicant ubique”³²⁹. Esto, que no es poco, nos interesa menos que lo que sigue. Porque excelentes profesores de Humanidades los ha contado la Escuela Pía por centenares, y no han abundado tanto, o no se conocen por eso, los que se han preocupado de fomentar entre los discípulos la vocación escolapia. Esto es precisamente lo que caracteriza el magisterio del Padre Lafuente: su interés y empeño en atraer jóvenes virtuosos y de talento a las Escuelas Pías, y fueron muchas y calificadas las vocaciones que salieron del aula del Padre Mariano, después de experimentadas y probadas debidamente. Porque hacía eso, además; no procedía a ciegas por apreciaciones sentimentales, sino que aseguraba cuanto es posible la seguridad en cosas contingentes, antes de dar el paso definitivo. “Horum non paucos inter nostrates adnumerandos curavit postquam ipsorum vocationem sedulo prudenterque efformavit”. Estos dos adverbios lo dicen todo: lo formaba cuidadosa y prudentemente. Y no había peligro de que esas vocaciones fallaran. Cuán benemérito de la Orden resulta este modesto religioso, que tal

³²⁹ Catálogo de los difuntos del año 1904, nº 8, Valencia 1905.

vez careció de brillantez de facultades, pero que amaba a las Escuelas Pías y se preocupaba de su progreso. Ha sido más útil que otros que hicieron mucho ruido con sus obras, pero que a veces trabajaron para sí más que para el Instituto que los formara.

En pocas palabras nos da la necrología el retrato moral del Padre Mariano Lafuente como religioso. Nos lo presenta como “hombre sencillo y recto, esclavo de las leyes, cultor de la disciplina, guardián vigilantísimo de la observancia regular, y dechado de las virtudes religiosas. “Homo simplex et rectus, servus legum, disciplinae cultor, regularis observantiae custos vigilantissimus, religiosarum virtutum exemplar”³³⁰ ¿Qué más podría decirse de un religioso? Sencillez y rectitud en las obras, fidelidad a los votos y obediencia a las Reglas, observancia y virtud; es lo que caracteriza al varón perfecto, lo que hace al escolapio ideal que se propone realizar el modelo que le ha sido mostrado en el monte. El Padre Lafuente consideró como dirigida a él especialmente esta invitación de los Libros Santos: “Inspice, et fac secundum exemplar, quod tibi in monte monstratum est”³³¹. Ese modelo para nosotros, los escolapios, es San José de Calasanz, y el Padre Mariano del Carmen jamás lo perdió de vista; a él ajustó sus actos, y fue el dechado que se propuso imitar en su vida, y por eso fue sencillo como el Santo; de una rectitud que jamás se desvió del camino que la ley le marcaba; de una fidelidad sin eclipses ni decaimientos; de una observancia que nunca se permitió glosas ni mitigaciones; de una virtud probada en 45 años de vida religiosa. El Padre Lafuente fue un gran escolapio, porque fue un excelente religioso, y sin haber hecho cosas llamativas, ni mucho menos extraordinarias, mereció bien de la Orden, y fue grato a Dios y a los hombres. Los Institutos regulares necesitan muchos individuos de la contextura moral del Padre Mariano, que son los que mantienen el espíritu del fundador, y los que merecen las bendiciones del cielo, que los hacen progresar moral, religiosa y materialmente.

Nos queda por señalar el tercer rasgo que caracteriza y completa la fisonomía espiritual de este benemérito escolapio que fue el Padre Lafuente: la devoción a la Santísima Virgen. Nacido en un hogar zaragozano, era natural que mamara con la leche la devoción a la Virgen del Pilar, porque no se concibe zaragozano, ni aragonés, ni casi español, sin un amor tierno a María bajo aquella advocación gloriosa. Todo le parecía poco al Padre Mariano para mostrar el amor filial que le profesaba. Visitas a su santo templo, asistencia al Rosario de los devotos, oraciones frecuentes y el saludo cada hora que sonaba el reloj; propaganda de su devoción en conversaciones, pláticas y sermones. Era una señal de predestinación, según los Santos Padres, y seguramente que el Padre Mariano de la Virgen del Carmen fue en derecho al cielo cuando Nuestro Señor lo llamó de esa tierra miserable. Ánimo, le diría, siervo bueno y fiel; puesto que fuiste fiel en lo poco, yo te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor. “Euge serve bone et fidele, quia fuisti fidelis in paucis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui”³³².

Vino a la vida el 10 de diciembre de 1842, y cuando hubo de empezar su instrucción primaria, sus padres lo matricularon en nuestro Colegio, en el que hizo también sus estudios de Humanidades. Como ha ocurrido con otros tantos escolapios, la vocación del Padre Mariano Lafuente nació del trato con sus maestros, cuya vida le avivó el deseo de imitarlos. Convencido de que era más la voluntad de Dios y provisto de la autorización de sus progenitores, pidió el ingreso en el Pio Instituto, que le fue concedido por los

³³⁰ En el mismo lugar.

³³¹ Ex 25, 40.

³³² Mt 25, 21.

Superiores. Se dirigió, pues, a Peralta de la Sal, y el día de la Inmaculada Concepción de 1859 vio satisfecho sus deseos al ser y llamarse hijo de San José de Calasanz por haberle sido impuesta la librea de la Orden. Oficio en el acto el Padre Rector de la Casa, Antonio Badías de San Cipriano. Se comprende que un muchacho de la piedad de Mariano, y de sus dotes espirituales, colocado en la Casa de Probación, no había de tener más que un pensamiento: el de empaparse en el espíritu de su Padre y Fundador, enriquecerse con todas sus virtudes, y despojarse de todos los resabios mundanos. Puso, pues, su empeño en llenar la misión de novicio, que no es otra que purificarse y santificarse, y hacerse así digno de unirse a Dios indisolublemente por los votos religiosos. Corrió como gigante por los derroteros de la santidad, y al cumplirse el bienio de su noviciado, con todos los sufragios favorables, fue admitido a la profesión e incorporado definitivamente a las huestes calasancias. Ocurrió ese acontecimiento memorable en la vida de un religioso el 12 de diciembre de 1861. Y ya consagrado a Dios, no pensó más que en pedirle confirmara lo que había hecho con él, y ofreció de su parte una cooperación decidida a la gracia. De esta suerte, pudo concentrarse en los estudios sin riesgo de que secarán las fuentes de su piedad, y con el firme propósito de que le sirviera de peldaños para acercarse más a Dios, y amarlo más conscientemente.

No tenemos que agregar a lo dicho sobre la vida y las obras de este ferviente escolapio, sino que gobernó la santa Casa de Peralta durante un quinquenio, cargo al que renunció antes de terminar el segundo periodo para el que había sido elegido. Fue muy amante de la pobreza, y un buen administrador de los intereses de nuestras Casas, allí donde en su carácter de Rector, como Ecónomo o Procurador hubo de intervenir en la parte administrativa. Llevaba a tal extremo su anhelo de no causar erogaciones ni molestias, que acostumbraba a decir que desearía morir repentinamente o después de una breve enfermedad para evitar sacrificios y mortificaciones a sus hermanos y no producir dispendios a la Comunidad. Dios escuchó las oraciones de su siervo, pues una embolia lo arrancó súbitamente de este mundo, pocos momentos después de la acción de gracias después de celebrado el Santo Sacrificio. El Padre Mariano Lafuente falleció en Zaragoza el 20 de marzo de 1904, a los 40 años de religión y 62 de su nacimiento.

Capítulo XXXVIII. Muy R. P. Marcos Calvo de la Imaculada Concepción

Fue el padre Marcos Calvo Gómez uno de los escolapios más fervorosos que hemos conocido, y seguramente que ninguno lo ha excedido en la devoción a la Santísima Virgen. Era como el sello de su espiritualidad, tan rica en carismas celestiales. Lo considerábamos como un santo, y el pueblo, que no suele equivocarse en sus corazones y en sus juicios colectivos, lo apellidaba el Santo. Al trazar estas páginas dedicadas a la vida y a las obras del Padre Marcos Calvo, nos fijaremos en el profesor, en el maestro de espíritu, en el devoto de la Santísima Virgen, en el escritor. Cuatro facetas principales fuera de las generalidades y de los datos personales que no pueden ni deben faltar, porque todo hombre está situado en el tiempo y en el espacio, y eso lo individualiza y fija un gran parte de las actividades que forman su fisonomía y constituyen su historia. Nuestro Padre Marcos nació en Huérteles, diócesis de Calahorra, el 25 de abril de 1836, y subió al cielo en Irache el 15 de agosto de 1905, lo que hace presumir que, como tan amante y devoto de la Santísima Virgen, fue gracia especial de tan buena Madre que fuera al paraíso a celebrar el triunfo de su Asunción con los ángeles y con los bienaventurados. Esos 69 años del Padre Marcos los empleó en santificarse y en santificar a los demás donde quiera que la obediencia lo colocara. Desde su primera infancia se distinguió por su piedad, acendrada

por su devoción tierna, como de un hijo, a la Santísima Virgen, y era natural que al llegar el momento de elegir estado se decidiera por el religioso, y que buscara entre las diversas Órdenes una que se distinguiera por su carácter mariano. “Revolviendo en su mente a los 14 años la elección de estado, espantado de las cosas seculares, se inclinó por la vida religiosa, y entre las diversas familias de religiosos que podían satisfacer este deseo, eligió nuestro Instituto Calasancio: el adolescente naturalmente mariano, prefirió también un Instituto mariano”.³³³

Dio los pasos conducentes y obtuvo los permisos necesarios. Se dirigió a Peralta, donde el Rector de aquella casa, Padre Ramón Sorolla de San Marcos, le vistió la sotana calasancia el 26 de noviembre de 1850. Es ocioso decir, conocido el espíritu de este joven, cuán intensa fue la alegría que experimentó al verse con el anhelado hábito, cómo se esforzó en corresponder gracia tan grande, saturándose del espíritu de la Orden y volando en seguimiento de la perfección a que aspiraba. Y tanto se aprovechó de las lecciones que recibía y de las gracias que Nuestro Señor derramaba sobre su alma, que dos años después, el 28 de noviembre de 1852, se unía a Dios con el lazo indisoluble por medio de la profesión religiosa, para la que tuvo todos los votos favorables. El mismo tenor de vida y las mismas preocupaciones espirituales mantuvo el joven neoprofeso durante su juniorato: avanzar siempre, adelantar constantemente en las vías de la perfección, sin descuidar en lo más mínimo su aplicación al estudio. Tanto este como aquella eran un deber sagrado, y no podía en conciencia descuidar el uno para favorecer el otro. Debían ser como dos fuerzas concurrentes cuyo resultado fuera un escolapio modelo: debían ser a manera de dos alas que lo elevaran arriba, más arriba siempre, cual águila caudal que se remonta hasta las más altas regiones del cielo y que se posa sobre las más altas cumbres. Con esas ideas y propósitos inició el clérigo Calvo su vida de profeso, y nunca se ha visto uno más fervoroso, jamás se ha hallado otro igualmente aplicado al estudio.

Nuestras acciones son el reflejo y la encarnación de las ideas que bullen en nuestra mente, porque si bien es cierto que no toda idea se traduce en una obra, es axiomático que toda obra es la cristalización y la materialización de una idea. Ahora bien, en un hombre tan lleno de Dios como nuestro Marcos, en un maestro tan saturado de la devoción a la Santísima Virgen, en un escolapio tan interesado en la gloria divina y en la salvación de las almas, sus enseñanzas de clase y sus conversaciones particulares debía forzosamente estar inspiradas en el amor y en el temor de Dios, en su gloria y en la de su Santísima madre, y sin descuidar la enseñanza ni despreocuparse del adelanto literario de los alumnos, el Padre Calvo se preocupó seriamente de imbuirlos en la piedad, de inspirarles el amor y temor de Dios, de inyectarles una intensa y filial devoción a María. Peralta, Zaragoza, Caspe, Alcañiz y Jaca conocieron al Padre Marcos como maestro de primeras letras o como profesor de segunda enseñanza, y todas esas ciudades pudieron admirar el interés que ponía en instruir a los niños en los diferentes ramos que la obediencia le confiaba, y celebrar el celo con que se esmeraba en hacer de sus alumnos buenos cristianos y fervientes devotos de la Virgen. Era el escolapio según el espíritu de San José de Calasanz, que hacía de la instrucción un cebo con que atraer a los niños y conducirlos a Dios por medio de una educación profunda y eminentemente cristiana. Realizó el ideal del educador religioso, empeñado en qué sus discípulos aprendan muchas cosas y bien, pero que no pierdan de vista la obra maestra que les es propia, y que consiste en formar y

³³³ Catálogo de los religiosos de las Escuelas Pías que murieron piadosamente en el Señor el año 1905. Madrid, 1906.

esculpir en su corazón la imagen de nuestro Señor Jesucristo. El Padre Marcos cumplió a conciencia ambos cometidos y mereció bien de Dios, de los hombres y de los Superiores.

Le estaba reservado, sin embargo, una misión más elevada y trascendental, que sería su obra cumbre, que constituiría el pedestal de la gloria temporal y eterna del Padre Calvo. Es la de más confianza y responsabilidad que un Instituto Religioso puede confiar a sus hijos. Nos hemos referido a ella varias veces en las páginas de este volumen, y el lector habrá comprendido que aludimos al magisterio espiritual de los novicios y juniore que sucesivamente le confiaron los Superiores. Ponían en sus manos y confiaban a su celo, a su prudencia, a su discreción de espíritu, el porvenir de la Provincia, la gloria o el deshonor de toda la Orden, en España, más tarde. Después de sus buenos veinte años de enseñanza en los colegios que hemos citado anteriormente, los Superiores de la Provincia creyeron que por su madurez de juicio, por su experiencia de la vida y de las personas, por su intensa vida interior, por su observancia que lo hacía la encarnación de la Regla, el lugar propio del Padre Marcos era Peralta de la Sal con el cargo de Maestro de novicios, y lo enviaron a aquel plantel de escolapios, para que tomara en sus manos los niños y jóvenes que le mandaran, los instruyera en la ciencia de los santos, los guiara por los caminos de la perfección, les enseñara el vencimiento propio, y los acostumbra a las privaciones y al sacrificio, hasta hacer de ellos la norma de su vida. Con eso y con la práctica de la oración, con el ejercicio de la humildad y con repetidos actos de caridad, fue formando generaciones de escolapios que a su tiempo fueron columnas de la Provincia y continuaron la escuela de su iniciador en la vida religiosa. Todos ellos tenían como marca y señal distintiva la devoción a la Santísima Virgen, y el nombre de María añadido al que recibieron en el bautismo.

Diez años perseveró el Padre Marcos Calvo en esta ocupación trascendental, con el beneplácito de los Superiores y con la bendición de lo alto, hasta que ampliaron su campo de acción y con él el radio de sus responsabilidades. El año 1885 el Padre Vicario General, que sin duda tenía muy seguras referencias de la virtud y del celo del Padre Marcos lo nombró Maestro de Juniores de León. Y al clausurarse esta casa, del juniorado de Irache, en lo que duró alrededor de trece años. Quiere decir que pasaron por las manos de este benemérito escolapio varias generaciones de juniore, y que suman centenares los que él formó para el espíritu, para Dios y para las almas. Puso en el cumplimiento del honroso pero difícil cargo, todo el celo de la gloria de Dios que lo inflamaba; toda la fe en el porvenir de la Orden que le llenaba; todo al interés que la salvación de las almas le merecía; todo el entusiasmo que su corazón sentía cuando pensaba en los ministerios que aquella juventud estaba llamada a desempeñar en el mundo, en el bien que haría y en el mal que evitaría por sus enseñanzas y consejos.

Su consuetud reune el trabajo del Padre Marcos en el noviciado y en el juniorato enfocándolo solo desde un punto de vista, el de la devoción a la Virgen. Que, siendo muy importante, no nos parece el más digno de consideración. En un Maestro de novicios y de juniore, la misión específica de este es cimentar bien a los religiosos en la virtud, Infiltrarles el espíritu del Instituto, comunicarles una fina sensibilidad espiritual, acostumbrarlos a la oración y a la observancia. Lo que no sea esto es secundario en los deberes profesionales, llamémoslos así, del Padre espiritual de la juventud religiosa. Como esa fue una faceta sobresaliente de la espiritualidad del Padre Marcos, vamos a transcribir lo que en aquel documento oficial se dice: “Y cuando cambió los convictores extraños, a los que dirigió por algunos años, por los domésticos, fueran novicios, a quienes formó por espacio de diez, fueran juniore, a quienes dirigió durante trece años en León y en Irache, los impulsó a

promover el culto mariano con convincentes y repetidos argumentos”.³³⁴ Todo esto es muy hermoso, y revela un corazón inflamado en el amor a la Santísima Virgen, que ningún cristiano puede ni debe descuidar, pero lo propio y esencial de un Maestro de novicios y de jóvenes es formar religiosos austeros, de hondas convicciones y de conciencia delicada, que tengan la ley como norte, el sacrificio como norma, y la observancia de la Regla como medio. En esto cifra su gloria; y esa fue la del Padre Marcos Calvo, aunque su espiritualidad estuviera matizada, inspirada e informada por la devoción a María.

Hablemos ahora de esta modalidad, que lo es todo en la vida del Padre Marcos. Para él, María Santísima era una Madre, a la cual rendía todos los homenajes en su espíritu, para la que eran todos los anhelos de su corazón, para la que guardaba sus más delicados sentimientos filiales, para la que reservaba sus afectos más inflamados, para la que eran sus palabras más elocuentes. “*Morum gravitate omnibusque virtutibus exornatum virum peculiaris quaedam ac pene innata erga beatissimam Virginem pietas ver insignem fecit. Hanc enim dilexi a teneris annis sodalesque suos in ejusdem dilectionem redigeret magnopere adlaboravit*”³³⁵. Varón adornado de gravedad de costumbres y de todas las virtudes, cierta peculiar y casi innata piedad hacia la Beatísima Virgen lo hizo verdaderamente insigne. La amó desde los tiernos años, y trabajó mucho para reducir a su amor a sus mismos compañeros. Es decir, que desde su infancia fue el Padre Marcos devotísimo de María y apóstol de su devoción entre los niños. ¡Cómo no había de devolverle su amor con creces esta Madre amorosa aquel fervor, el tributo de amor que todos los días le pagaba, el celo que ponía en propagar su devoción! Todo eso se lo pagó la Santísima Virgen en la tierra con aquella felicidad que disfrutaba, con aquella paz de que gozaba, con aquellos arrebatos fervorosos que brotaban de su corazón cuando hablaba y escribía de la Madre de. Idolatrada.

Aunque tuvimos el honor de residir durante tres años en la misma casa, como el Padre Marcos ya no era Maestro de juniors, no trataba con nosotros, y no conocemos por experiencia personal directa lo que era su devoción mariana. Lo sabemos por referencia, que no es lo mismo de haber vivido la cosa. Era un San Bernardo redivivo, pues todo en el Padre Calvo giraba en torno de la Santísima Virgen. Le pertenecían sus pensamientos; suyos eran los afectos de su corazón; a ella se dirigían las aspiraciones de su alma; por su gloria palpitaba su ser; y por amor suyo hablaba o escribía. “Cuando hablaba de la abundancia de su corazón, profería el nombre de María, con el que tenía como sellados los libros, los vestidos y las demás cosas de su uso; nombre que, profundamente grabado en su corazón, deseaba se imprimiera o pintara en las puertas y en las paredes”.³³⁶ Era la obsesión del amor, era como la locura del amor, pues el Padre Marcos Calvo no vivía sino para esa Madre celestial, para su devoción, para su culto, para inflamar a otros en el mismo fuego que a él lo devoraba. En su afán apostólico por extender el culto y propagar y arraigar la devoción a la Santísima Virgen, por espacio de varios años en las siete festividades mayores de la misma escribió y publicó en la revista “Piedad y letras” artículos que lo acreditaban de hijo amantísimo de María, que nosotros los juniors leíamos con entusiasmo, y suponemos saborearían todos los lectores de esa publicación calasancia. ¡Qué corona debió recibir en el paraíso cuando, a imitación de su bendita Madre, y seguramente por gracia especial suya, fue introducido en él el mismo día de la Asunción

³³⁴ En el mismo lugar.

³³⁵ Necrología, en el lugar citado.

³³⁶ Consueta de P. Marcos.

de María en cuerpo y alma a los cielos! Como todo esto no bastaba a su devoción, el Padre Marcos dio nombre a varias Congregaciones y Academias marianas. “Quoque frequentissimae ejus de Virgini conciones, in quibus Sanctum Bernardum aemulavatur, propriae erga Dei Genitricem dilectionem non facerem sacris, eandem amplius magnificandi gratia quampluris marianis sive Congregationibus sive academiis nomen dedit”³³⁷.

El Padre Calvo fue también escritor, y sus trabajos se leían con gusto. Además de esos artículos a que acabamos de hacer referencia y que perfeccionados formarían un buen folleto, publicó un tomito titulado “Corona calasancia”, que, si no nos es infiel la memoria, eran las pláticas de unos ejercicios espirituales que dio a la Comunidad y el juniorado de Irache. Fue durante nuestra permanencia en el histórico monasterio y recordamos que uno de los días nos habló de la Virgen y se transfiguró de tal manera que parecía que desvariaba, y nos comunicó a todos algo del fuego que a él lo inflamaba.

Mientras fue maestro de novicios en Peralta, fue investido del cargo de Rector, al que terminado el trienio, renunció y el año 1900 fue honrado con la dignidad de Ex Provincial Honorario. Bien merecida tenía esta distinción el venerable anciano que tanto había trabajado por la gloria de Dios, por la devoción y el culto de la Santísima Virgen por el esplendor de las Escuelas Pías durante toda la vida. El padre Marcos había deseado morir en una de las festividades de la Virgen, y esta Madre dulcísima se lo alcanzó del cielo introduciéndolo en la gloria del paraíso en la fiesta de su tránsito, como hemos repetido. Lo hizo notar también el autor de su necrología con estas palabras. “Cum nihil antiquius abuisset quam ut ad memoriaam Virginis in aliquo ejusdem festivitatis a vita migraret, a dilectissima Deipara meruit exaudiri”³³⁸. Había cumplido 69 años, y contaba 65 de vida religiosa.

Capítulo XXXIX. Padre Isidro Puyol de la Inmaculada, Diácono Faustin Martí de la Virgen de los Dolores y Padre Elías Mardones de la Sagrada Familia

PADRE ISIDRO PUYOL DE LA INMACULADA. Fue uno de aquellos seis muchachos barbastrenses que pidieron el ingreso en la Orden simultáneamente, y lo obtuvieron y recibieron el hábito en Peralta de la Sal el 29 de enero de 1852. De todos ellos, o de la mayor parte, hemos de ocuparnos en estas páginas, pues todos ellos, excepto uno, que murió muy joven, prestaron servicios eminentes a la Provincia. Por un concepto o por otro, los cinco se destacaron, y les esperan algunas páginas de esta obra, además de las que ya ocupan en los tomos anteriores. Del Padre Isidro se ha dicho que “al empezar la vía de la perfección tuvo por óptimo guía y maestro a aquel Padre, Manuel Torres de la Virgen del Rosario, en cuya alabanza jamás cesará la Provincia aragonesa, y fue formado por él en la humildad, en la caridad, en el amor de nuestro Instituto, en los estímulos de la industria y del trabajo”. Con esas virtudes en la base, y con el amor en el corazón, bajo el magisterio de tal maestro de espíritu, el novicio Puyol tenía que progresar rápidamente en los caminos de la virtud y acercarse al ideal y modelo del perfecto escolapio.

El 17 de mayo de 1837 vino al mundo en Barbastro el Padre Isidro, y educado en el hogar cristianamente por sus padres, fue encomendada a su instrucción literaria a los nuestros que a la vez fortificaron y arraigaron los sentimientos religiosos y la piedad que sus

³³⁷ Ibídem, pág. 10.

³³⁸ Elogio fúnebre del P. Calvo, en el Archivo de la Provincia.

progenitores le habían inculcado. Era de 15 años cuando, aleccionado por el ejemplo de sus maestros, y movido del deseo de consagrarse a Dios, solicitó y obtuvo el honor de ser religioso de las Escuelas Pías. En consecuencia, junto con los otros cinco compañeros de Barbastro, se trasladó a Peralta, donde el Padre Rector Ramón Sorolla de San Marcos les vistió la sotana calasancia en la fecha mencionada.

Consciente de sus deberes y anheloso de cumplirlos con la mayor exactitud, no tuvo nuestro Isidro otro pensamiento desde que se vio incorporado a las mesnadas calasancias que el de conocer bien las Reglas y empaparse del espíritu de San José de Calasanz para vivirlas, y de enriquecer su alma con las virtudes que hacen y caracterizan al perfecto escolapio. El hermano Isidro Puyol fue un novicio modelo, porque aspiraba a ser un profeso ferviente; y la condición para eso es que durante el noviciado se haya adquirido el hábito de la observancia más estricta. Es lo que hizo en el bienio de su probación, y eso explica que resultara un escolapio tan cumplido en lo espiritual, tan recomendable en su fidelidad a las santas Reglas. A los dos años exactos de recibido el hábito de las Escuelas Pías, el 28 de enero de 1854, se acercaba al altar, y ante el Padre Francisco Martínez de la Virgen del Carmen prometía a Dios solemne y fervorosamente, pobreza, castidad y obediencia, y consagrarse a la enseñanza de los niños durante toda su vida, a tenor de lo dispuesto por nuestras Constituciones.

Enviado al juniorato, puso en sus estudios la aplicación y el interés que sus conocimientos acreditaron más tarde. No puede ser buen profesor quien no posee a fondo la materia que explica, y como el Padre Isidro fue un maestro en todo el significado de la palabra, fuerza es concluir que fue un estudiante aplicado seriamente al trabajo. Es, por lo demás, lo que afirma su necrología: “Adolescentiam suam litterarum studiis laudabili profectu dedit”. Consagró su adolescencia con laudable aprovechamiento a los estudios literarios. Alcañiz, Tamarite, Zaragoza, donde fue también director de colegiales, se beneficiaron de la enseñanza, del celo y de los conocimientos del padre Puyol, que no se concretaba a enseñar a los niños la ciencia, sino que, a fuer de hijo genuino de San José de Calasanz, y como sacerdote celoso, insistía en inspirarles la piedad, en educarlos cristianamente, que es la razón de ser de la Escuela Pía. Pero el verdadero campo de las glorias del Padre Isidro, el palenque de sus luchas y el escenario de sus triunfos, fue Molina de Aragón, donde residió por espacio de 21 años seguidos. Fue uno de los religiosos fundadores de los que gustaron las mieles y las hieles de los primeros tiempos, y el que más años residió en aquel colegio. Así, el Padre Isidro amaba Molina, y esta población le correspondía con su cariño. Tan es verdad que el Padre Puyol era incansable en la escuela, en el púlpito y en el confesionario, y que por todas estas partes derramaba bienes y bendiciones. Se creó un nombre, fue una personalidad de relieve en aquel medio, y formaba como el eje en cuyo torno giraba Molina. Porque era el consejero de todos, quien había tenido siempre un sentimiento de simpatía en el corazón para los que sufrían, una palabra de aliento en los labios para los que se sentían desorientados.

Esos 21 años de residencia en Molina, 15 como maestro y 6 como Rector, los pasó el Padre Isidro sacrificándose por Molina y por sus hijos, trabajando por Dios y por las almas, desviviéndose por la Escuela Pía y por sus intereses. Trabajó como un operario fiel en la viña del Señor, y recogió abundantes y sabrosos frutos en su triple aspecto de maestro, de educador y de sacerdote. Los seis años últimos de su residencia en Molina, el Padre Isidro Puyol estuvo investido de la dignidad del Rector, y es indecible lo que hizo y lo que trabajó para mantener y aumentar el prestigio del Colegio; cuánto se afanó para mejorarlo

materialmente y elevarlo pedagógicamente; con qué celo veló para que la observancia se conservara en su rigor; cuánto se esforzó para dotar al Colegio de una iglesia que reuniera las condiciones de capacidad, comodidad e independencia de que hasta entonces había carecido, con las molestias propias y ajenas correspondientes. Fue la obra cumbre de los seis años del rectorado del Padre Puyol, que ya podía, como el Santo Simeón, entonar el “Nunc dimittis”. Porque Dios, Nuestro Señor, le había concedido la gracia de restaurar su Santo Templo, y de dotar a sus niños de una iglesia donde independientemente elevar a Dios sus inocentes plegarias. Con eso y con alhajar convenientemente la iglesia restaurada, puede decirse que había terminado la misión del Padre Isidro en Molina, y así quisieron entenderlo los Superiores, cuando dispusieron de él y le encomendaron el gobierno del colegio jacetano. Otros dos trienios permaneció el Padre Isidro de la Inmaculada Concepción al frente de la Casa de Jaca, en la que desarrolló las mismas actividades y cumplió un programa similar al que había desarrollado en Molina: cuidado de la disciplina interior por el exacto cumplimiento de las Reglas, y celo en la atención de la Iglesia, y nunca desmentido interés por la educación y la enseñanza de los alumnos que frecuentaban nuestras escuelas. Todo lo hizo bien el padre Puyol, porque era un escolapio muy empapado en el espíritu de su Santo fundador, un sacerdote según el corazón de Dios, cuya gloria le acuciaba, y un educador que comprendía perfectamente sus nuevos graves deberes, y los cumplía con toda fidelidad, a conciencia.

A la terminación de su mandato, el Padre Isidro fue destinado a Tolosa, sin otra ocupación que la de cuidar su cuerpo enfermo, y la de preparar su alma para el viaje sin retorno. No le probó muy bien en el primer sentido, pues sufrió de las vías respiratorias, y hubo que trasladarle la obediencia para Zaragoza, donde pasó los últimos años de su peregrinación por este valle de lágrimas, preparándose para la muerte, y ayudando a los fieles y a las religiosas Escolapias por las sendas de la perfección cristiana o religiosa. También ejerció durante este septenio el cargo de Examinador para los estudiantes del Seminario Pontificio que aspiraban a graduarse en Sagrada Teología. Estas eran las ocupaciones habituales del Padre Isidro Puyol, cuando el Señor lo llamó a dar cuenta de su mayordomía; y pronto la voz divina que lo llamaba juicio, se presentó, habiendo purificado antes su alma con la confesión, y fortificado con el Santo Viático, y ungido su cuerpo con el Óleo de los enfermos. El 17 de enero de 1906, cuando iba a cumplir los 69 años de vida y 54 de religión, expiró plácidamente en el Señor, en el Colegio de Zaragoza, mientras asistíamos sus hermanos a la recomendación de su alma.

Diácono Faustino Martí de la Virgen de los Dolores

Se extinguió como una flor que dobla su tallo bajo la acción heladora del cierzo. No había cumplido los 24 años cuando Dios Nuestro Señor lo transportó a los pensiles del cielo, arrebatándolo a los abrojos y miserias de la tierra. Fuimos connovicios en Peralta, y salíamos juntos de paseo en Zaragoza, así que lo conocimos bien y lo tratamos íntimamente. Era un alma pura, y poseía un corazón hecho a todo lo grande, a todo lo bueno, a todo lo que fuera generosidad y significase sacrificio. No es extraño que se asfixiase en este mundo en el que prima el egoísmo, y que Nuestro Señor se apresura a sacarlo de él para llevarlo a la región de la bienaventuranza.

La Portellada, pueblo de la provincia de Teruel, pero de la diócesis de Zaragoza, fue la cuna de Faustino, el año 1883. De él dice su consuetud: “Multae hunc juvenem virtutes dotesque commendabant cum sextum decimum ingresus aetatis annum, Petraltae Salis religioso

est habitus insignitus; adeo, ut novicius perfectionis viam non tam arripere quam percurrere videretur”³³⁹. Muchas virtudes y dotes recomendaban a este joven cuando, entrado en el décimo sexto año de su edad, vistió el hábito religioso en Peralta de la Sal, de tal manera que de novicio parecía que corría por las vías de la perfección, no que avanzara. En estas palabras se condensa la vida y se contiene la breve historia de Faustino Martín, tal como lo conocimos. No hay hipérbole en esas frases que son la expresión fiel de la realidad. Había estudiado primeras letras y latín en nuestro Colegio de Alcañiz, y allí, en aquel hogar de la ciencia y de la piedad, sintió los impulsos de un llamamiento divino, que fomentó y determinó una vida inocente y piadosa. Vestida la sotana en Peralta de la Sal, no tuvo otra preocupación que la de acreditar con las obras que aspiraba a ser religioso perfecto. De aquí son empeño en adquirir las virtudes propias del escolapio, y su esfuerzo constante en perfeccionarse, y de tal suerte se despojó del hombre viejo que no había en su conducta vestigio alguno de él, cuando dos años después fue admitido a la profesión de votos simples. En el noviciado era un modelo de silencio, de sencillez, de piedad, de fervor, en el que todos nos sus connovicios nos mirábamos como en un espejo, y no es extraño que todos lo amáramos entrañablemente.

Unido a Dios de modo indisoluble por los santos votos, y trasladado a Irache para continuar su formación religiosa e iniciar su carrera literaria, Faustino Martí se destacó dentro de los juniores, como había sobresalido entre los novicios. Tuvo la rara habilidad de consagrarse al estudio en cuerpo y alma, sin que por eso se resintiera su piedad, sin que su vida espiritual se enfriara o debilitara. Era de inteligencia despejada y de una aplicación e incansable, y estas dos cualidades, mancomunadas y sumadas en un mismo empeño, hicieron de él un estudiante aprovechado que constituía una promesa y era una esperanza para el futuro. “Ad Centrales pro junioribus Domos nostras missus, in virtute simul et litteris opera tantum studii que consumpsit, ut magnam, quam tunc auditorem egregium agnoscebamus”³⁴⁰. Enviado a nuestras Casas Centrales para los juniores, puso tanto cuidado en el estudio de la virtud y de las letras, que teníamos una gran esperanza de que sería luego un buen maestro el que entonces era un egregio alumno. Dios lo tenía ordenado de otra manera. Aquella flor debía ser trasplantada al cielo, y no bien terminó sus estudios y regresó a la Provincia dispuesto a iniciar su apostolado docente, empezó a resentirse su salud, que jamás había sido robusta, y hubo de resignarse a ser apóstol por el dolor y por el sufrimiento. Una afección pulmonar, que pronto degeneró en tuberculosis, puso en peligro su vida, y no tuvo más remedio que acatar la voluntad divina y cuidarse en procura de la salud para ponerse en condiciones de ejercer su ministerio.

Pero todo fue inútil, y aquella existencia se iba extinguendo poco a poco, sin que ningún remedio le aprovechara. Nada le hizo perder la paz y la alegría: elevándose sobre su misma dolencia hasta Dios, se abrazaba a su Cruz amorosamente, y la cargó sobre sus hombros con valentía para seguir en pos de su divino Maestro. Sereno y confiado, vivía en el cielo más que en la tierra, y estaba dispuesto a acudir al llamamiento divino, que no se dejó esperar mucho tiempo. Cuando sintió que se acercaba su fin, encomendando su alma a Dios con aquella jaculatoria: “Al cielo, Señor al cielo”, y despidiéndose de los religiosos circunstantes, habiendo recibido fervorosamente los Sacramentos, expiró en el Señor con la tranquilidad de los justos, en Zaragoza, el día 3 de enero de 1907. “Et ubi ad exitum vitae rapi se sensit, et fratribus valedicens, Sacramentis omnibus recreatus, ad ad celestis

³³⁹ Sufragios del año 1907, nº 1. La consuetud lo apellida erróneamente Martínez.

³⁴⁰ En el mismo lugar.

profectus est”³⁴¹. Si el diácono Faustino Martí fue una esperanza frustrada de la Provincia, en el sentido de que no dio los frutos que eran de esperar de sus talentos y de sus virtudes, los ejemplos que en su breve paso por la vida nos legó, valen por todos los laureles que hubiera podido cosechar en la escuela. Un religioso como el diácono Martí es un tesoro por el esplendor de sus virtudes y por el brillo de sus buenos ejemplos. Cuando falleció contaba 24 años de edad y 9 de sotana.

Padre Elías Mardones de la Sagrada Familia.

Otro joven que, consumado en breve, llenó muchos tiempos, como el diácono Faustino Martí, fue connovicio del que esto escribe, y durante siete años vivimos en constante intimidad, por lo que llegó a conocerlo perfectamente. Cuando fue al noviciado ya había cumplido los 18 años y cursado parte de la filosofía. Vestimos el santo hábito en Peralta de la Sal, el 12 de octubre de 1897, y el Hermano Elías, por su edad, por la medida de todos sus actos, por la bondad que rezumaban todas sus obras y palabras, por la virtud que resplandecía y se reflejaba en toda su persona, fue el primero del curso, el hombre de confianza del Padre Maestro, el ángel de la guarda de sus connovicios. Ya en aquellos años mozos era de una gravedad que se imponía, y tenemos la certidumbre de que la presencia del Hermano Elías era para nosotros un estímulo y una fuerza. Había que ver la fidelidad con que guardaba las santas Reglas; el fervor con que asistía a los actos piadosos; la amabilidad que ponía en sus palabras; el dominio que mostraba tener de sus sentimientos. Ni una frase impropia, ni un gesto menos correcto, ni una actitud descuidada; siempre dueño de sí mismo, de sus palabras y de sus acciones. Jamás le conocimos una falta; nunca le vimos infringir una regla. El Novicio Elías Mardones era un dechado para todos nosotros, y todos, quien más, quien menos, le debemos gratitud por el buen ejemplo que nos dio constantemente, tal vez por un consejo, acaso por un aviso caritativo. Se comprende que quien estaba adornado de tales prendas había de correr por el camino de la virtud, y que había de hacer rápidos progresos por las vías de la perfección religiosa.

Así fue, realmente. No bien hubimos vestido la librea calasancia, Elías Mardones se consagró por entero a la empresa de plantar y arrancar propia del noviciado. Se propuso plantar en su alma las más exquisitas virtudes, y extirpar de su corazón los defectos que pudieran ahogarlas. Le veíamos fervoroso, humilde, caritativo, recogido, dado la oración y a los ejercicios de piedad, entregado sin reservas a la obra de su santificación y de la perfección religiosa a que aspiraba. Dios nuestro señor, que contemplaba complacido aquel corazón puro y aquella alma fervorosa, empeñados en realizar el ideal del perfecto escolapio, bendecía abundantemente aquella correspondencia tan fiel a su gracia. Nuestro hermano corría como gigante y se remontaba cual águila caudal a las altas regiones de la virtud y de la perfección propia del estado religioso. “*Petraltae Salis duos circiter años tirocinio egit, mortificationis, obedientiae sanctaeque humilitatis studiosissimus. Eodem spiritu jam professus, in Centralibus nostris domibus est ad Magisterium fictus*”³⁴². Por espacio de 2 años aproximadamente, hizo el noviciado en Peralta de la Sal, muy ocupado en practicar la mortificación, la obediencia y la santa humildad. Con el mismo espíritu se preparó ya profeso para el magisterio en nuestras Casas Centrales. Efectivamente, durante los años de juniorato, Elías Mardones fue el junior ejemplar, igualmente consagrado a adquirir los conocimientos humanos que ha

³⁴¹ Consuetas de 1907.

³⁴² En el mismo lugar.

adornarse con las virtudes religiosas. No se desvió ni una línea del sendero del deber, y el mismo afán que ponía en instruirse, mostraba en santificarse. Realizaba en su persona el ideal del estudiante y religioso, puesto que dedicaba la misma atención a la vida espiritual que a la científica y literaria.

Terminada su preparación profesional, el año 1904 fue destinado al Colegio de Tolosa, donde fue puesto al frente de una de las escuelas elementales. Alma de apóstol la suya, y atento siempre a la gloria de Dios y a la salvación de sus hermanos, fue a la escuela como a una misión, para realizar cuanto de él dependiera el pensamiento de San José de Calasanz de reformar la sociedad por medio de la educación cristiana de la infancia. Hizo, pues, de su escuela un taller y un templo: un taller donde forjaba la grandeza de la patria por medio de la enseñanza, y un templo en el que cincelaba las inteligencias por medio de una esmerada educación cristiana. No escapó esta modalidad del Padre Mardones al autor de su necrología, pues hace notar que, si empeñado estaba en transmitir a los niños los conocimientos elementales, no descuidaba en trabajar incansable en educarlos cristianamente. “Ad annum et amplius postea in Tolosano Collegio elementari Scholae prefectus, in pueris optimis artibus imbuendis, et praesertim christiano more educandis, exemplo magis quam verbo praeisens, adlaboravit”.³⁴³ No pudo el bueno y excelente Padre Elías permanecer mucho tiempo en el apostolado de la escuela, porque comenzó a padecer de las vías respiratorias, lo que por prescripción facultativa determinó su traslado a Jaca. Hasta entonces había disfrutado de buena salud. No recordamos que estuviera nunca enfermo, y es que se hallaba ya maduro para el cielo, y Nuestro Señor quería otorgarle la corona que con sus buenas obras había merecido.

No era el Padre Elías hombre para estar mano sobre mano, máxime hallándose en plena juventud, y pidió que se le permitiera hacer clase. Para darle gusto y no retardarlo, de suerte que le perjudicara, se le confió la enseñanza de los rudimentos de Aritmética y de Geometría a los alumnos de segunda enseñanza. Desempeñó con ellos los oficios de maestro competente, pero sin olvidar las funciones de educador y de apóstol. Enriquecá la inteligencia de sus alumnos con la verdad científica, y adornaba su corazón con las máspreciadas virtudes cristianas. “Placuit tamen Deo in juventute bona ad se colligere fratrem desiderabilem”. Pero agradó a Dios llevarse a sí en buena juventud al deseable religioso. Y aquella dificultad de las vías respiratorias era la precursora de una tisis que no tardó en presentarse en forma de alarmante y violenta. Se le administraron los últimos sacramentos, que el Padre Elías recibió piadosamente, y ayudado por las oraciones de sus hermanos que le acompañaban, entregó su alma pura a su Creador en Jaca, el día 1 de mayo de 1907. Tenía la sazón 27 años, pues había nacido en Treviana, diócesis de Burgos y provincia de Logroño, el año 1880. Desde su ingreso en la Orden por la vestición del hábito calasancio, estaba cumpliendo el año décimo.

Capítulo XL. Padres Emeterio Aoiz de la Inmaculada Concepción y Faustino Divasson del Sagrado Corazón

De tal manera, se portó “con los niños, con nuestros juniores, y también fuera del claustro, que ora enseñando, ora dirigiendo, o bien administrando, procuró no poco esplendor a nuestro Instituto”³⁴⁴, ha dicho su necrología de este ejemplar religioso. Eso fue el Padre

³⁴³ Necrologías dichas, página 9.

³⁴⁴ Archivo de la Provincia de Aragón, Consuetas del año 1910, número 15, página 24. Madrid, 1911.

Emeterio, un religioso que hizo de la ley el objeto preferente de su amor y de sus preocupaciones; un religioso que desde su noviciado se propuso seguir las huellas de San José de Calasanz, y que no se desvió de él en ningún momento. Era la encarnación de la Regla, de tal suerte que bastaba ver lo que hacía para conocer lo que estaba mandado, y observar lo que omitía para saber lo que estaba prohibido. Fue el Padre Emeterio uno de esos religiosos consumados en la virtud, fieles a su vocación hasta en las cosas más mínimas, y preocupado de santificarse, que Nuestro Señor manda a los Institutos para estímulo y ejemplo de sus hermanos de hábito, para que arrastren a estos con su vida santa; para que contengan a los otros con sus mudas lecciones. Ha sido en los tiempos modernos uno de los escolapios más fervientes, uno de esos que han vivido para la Regla, para santificarse, y para santificar a los demás con su palabra y con su ejemplo. No brilló por sus talentos, ni se destacó por sus empresas, pero se elevó muy alto por sus virtudes, y se coronó de gloria por la fidelidad a su vocación, que demostró durante su laboriosa existencia. Es lo positivo, lo que no muere, lo que llevaremos al otro mundo; lo otro, ¿de que sirve, si a la postre se pierde el alma?

Nació en Lumbier, diócesis y provincia de Pamplona, el 2 de marzo de 1845. Fue esmeradamente educado por una madre cristiana; y la semilla de piedad que arrojó en su alma, y las felices disposiciones para la virtud que recibió de la naturaleza, abundantemente irrigadas por la gracia, se cuajaron en vivos anhelos de perfección, que procuró satisfacer en las Escuelas Pías. Admitido en ellas, se trasladó a Peralta de la Sal, donde el Padre Antonio Badías de San Cipriano le vistió la sotana calasancia el 16 de diciembre de 1860. Un alma buena como la que le había tocado en suerte al joven Aoiz, cuando se vio agregado a las mesnadas escolapias no había de pensar en otra cosa que en adquirir el espíritu de la Orden y en saturarse del pensamiento y del espíritu calasancio para ser un hijo perfecto de la Escuela Pía. Y, consecuente con este propósito, Emeterio volaba más que corría en pos de la perfección propia del Instituto en que había ingresado. Progresó tanto en la virtud y se empapó de tal suerte del espíritu calasancio, que era el modelo de sus connovicios y mereció ser admitido a la profesión de votos simples, con dispensa de más de diez meses de noviciado. Es la prueba más palmaria y convincente de que el Hermano Emeterio Aoiz había adelantado notablemente en la vida religiosa. Recibió su profesión el mismo Padre, Antonio Abadías de San Cipriano, Rector de Peralta de la Sal, el día 9 de febrero de 1882, Comisionado al efecto por el Padre Provincial Juan Crisóstomo Sena.

Enviado al juniorato, puso en la adquisición de los conocimientos que habían de capacitarlo para el sacerdocio y para el magisterio todo el empeño de su voluntad y toda la fuerza de sus convicciones, pues para él el estudio era un acto de religión, como las funciones del culto. Un estudiante de tales condiciones debía aprovechar bien los años de su carrera, y salir de ella con un caudal de conocimientos que le permitieran llenar cumplidamente sus obligaciones magisteriales y ministeriales. Así fue, y en los diversos colegios en qué trabajó como maestro durante 20 años dejó el recuerdo de su celo de educador, y de su interés por la enseñanza. Pero lo que principalmente se manifestaba en el Padre Emeterio, y admiraban sus compañeros, era el religioso observante. Para él las Reglas eran algo sagrado, que no era posible quebrantar sin herir de muerte al Instituto. Sabía muy bien que la prosperidad de las Órdenes religiosas está ligada a la observancia regular como el efecto a su causa. El peor disolvente de las mismas, su muerte, es el desprecio de las Reglas, y por eso hacía de ellas un culto. Fue una personalidad vigorosa por la hondura y por el arraigo de sus convicciones, y nada ni nadie le hacía declinar de sus

caminos, que eran los de la virtud y los de la regularidad más estricta. Lo hacía con sencillez y naturalidad, sin ostentación y alharacas, atento solo al cumplimiento de sus deberes, y a perfeccionarse en el estado religioso que había abrazado. No se contentaba con apariencias, sino con realidades, y puesto que había profesado en las Escuelas Pías, se esforzaba en ser Escolapio perfecto por su fidelidad a las Reglas, jamás desmentida.

Esta modalidad tan destacada del Padre Emeterio, y el cuidado que ponía en mantenerse fiel a Dios, lo señalaban para ser maestro de espíritu de la juventud escolapia, sustrayéndolo a la vida agitada de los colegios donde se asfixiaba, estaba indicado para las Casas Centrales de estudios, para ser en ellas el modelador de las armas y el forjador de las voluntades de los futuros escolapios. Era un nombramiento que flotaba en el ambiente, y que se imponía por sí mismo, dadas las prendas que adornaban al sujeto. Diez y seis años estuvo el Padre Emeterio de Maestro de juniores, uno en Peralta de la Sal para los jóvenes de la Provincia de Aragón, dos en León y trece en Cardena cuando se abrieron las Casas Centrales de España. Era la mayor prueba de confianza que le podía dispensar la Orden, y el Padre Aoiz respondió a ella cumplidamente. En sus manos estaba el porvenir de la Escuela Pía española, y para no desmerecer ni defraudar las esperanzas cifradas en él, se consagró con fe y entusiasmo a la espinosa empresa que se le confiaba. Discreta vigilancia, intensa vida espiritual, instrucciones frecuentes, cuenta de conciencia detenida, lectura espiritual selecta, frecuencia de Sacramentos y mortificaciones varias eran los medios que empleaba, y las armas que el Maestro de juniores esgrimía para impulsarles por la vía de la perfección, para arraigar en ellos profundas convicciones, para contrarrestar las malas inclinaciones y fomentar las virtudes, para sostener su fervor y formar en ellos una conciencia delicada. Cumplió su deber a satisfacción de los Superiores y con notable aprovechamiento.

Oigamos cómo se expresa al efecto su necrología: “Neoprofessis nostris praefectus, eo munere functus est... Superiorum plausu, asidue invigilans, ne regularis observantia vel minimo afficeretur detrimento”³⁴⁵. La influencia beneficiosa que las Casas Centrales han ejercido en las Escuelas Pías españolas es, en gran parte, producto y efecto de los desvelos que el Padre Emeterio puso en la formación de la juventud escolapia. Aquel régimen austero, aquella vida espiritual intensa, aquella religiosidad, y la regularidad estricta que implantó en el juniorato formaron caracteres recios, y voluntades firmes que mantuvieron la observancia en su vigor en las comunidades a que todos los jóvenes pertenecieron. Fue una obra silenciosa, callada, oculta como la de esas corrientes subterráneas que solo se hacen sensibles por la fertilidad de las tierras que fecundan. La labor del Padre Emeterio Aoiz en las Casas Centrales afloró más tarde, en la renovación lenta y benéfica que se ha producido en la Orden los escolapios formados en ellas. A pesar de su severidad exterior y de su carácter poco expansivo, el Padre Emeterio se hacía querer y respetar de todos, de los Superiores, de los compañeros y de los jóvenes, porque con todos observaba la misma conducta, y no había distinciones en su trato. Para él no había en juniorato más que escolapios que debía modelar en la virtud, religiosos que debía afianzar en su vocación, de los cuales había de responder ante Dios y ante los hombres, y porque no tenía otra preocupación que la de imbuirles y arraigar en su alma el espíritu calasancio. Si alguna distinción hacía, era la que le inspiraba su celo. para sostener a los que vacilaban, la que

³⁴⁵ En el mismo lugar.

exigía su justicia para premiar a los que sobresalían en el ejercicio de las virtudes y en la fidelidad a las santas Reglas.

En 1900 fue relevado de esta carga y se le confió el gobierno del Colegio de Molina, al que renunció antes de terminar el trienio. Ni el carácter, ni los hábitos del Padre Emeterio Aoiz eran para la vida en los colegios, donde por la fuerza de los hechos y de sus exigencias, se aflojan algo los resortes de la observancia. La tensión de la clase produce un desgaste nervioso extraordinario, que se traduce en cierta flojedad y tendencia a arrojar la carga de la disciplina; y en esta o aquella, deficiencia en la vida religiosa. El Padre Aoiz, hombre de una pieza y de hondas convicciones, no estaba preparado para la flexibilidad que debe tener un Superior, y chocó pronto con algún religioso o con alguna costumbre que se salían de lo estrictamente legal, y hubo de renunciar a un cargo que, para él especialmente, era una carga, y que no había apetecido. Posiblemente el Padre Emeterio quiso aplicar los métodos del juniorado, y no era posible aclimatarlos en una Comunidad formada por hombres encanecidos en la enseñanza y que estaban habituados a gobernarse por sí mismos. Creemos sinceramente que hubo falta de adaptación al medio de parte del Padre Superior, y falta de comprensión de la de los súbditos. Y el Padre Emeterio, abnegado y caritativo, optó por retirarse sacrificando, si era sacrificio para él, un cargo que no había solicitado, en el que jamás había pensado. Le fue aceptada la renuncia y la solicitud de los Superiores le halló el lugar más apropiado para que pudiera vivir tranquilamente.

Vivía entonces aquel santo escolapio, florón y honor de la Orden, que fue el Padre Vicente Alonso, Obispo, a la sazón de Murcia. Para nadie es un secreto que dentro de su palacio continuaba haciendo vida de escolapio, y que en él se observaban las Reglas con todo el rigor, sin dispensa ni corruptelas de ninguna especie. Para eso se había formado una pequeña comunidad, integrada por uno o dos sacerdotes, y por otros tantos hermanos. Allá fue, pues, nuestro Padre Emeterio, y por espacio de ocho años formó parte de aquella familia episcopal y escolapia, con el cargo de mayordomo y de confesor del Señor Obispo. Fue el brazo derecho de su Ilustrísima en la administración de sus rentas y en el gobierno espiritual de su casa, y en él, en su celo, y en su virtud, descansaba el Ilustre Prelado. “Administratoris ibi fungebatur munere, monialium conventus plurimus exigebat, praelato absente, episcopalem domum in accuratiori religiose observantia perseverare diligentissime satagebat”³⁴⁶. Desempeñaba allí el oficio de administrador, dirigía a muchos conventos de monjas, y en las ausencias del Señor Obispo se esforzaba diligentemente en mantener su familia en la más solicitada observancia religiosa. Fue una inyección de vida para este escolapio ferviente, que no tenía preocupaciones más poderosas que la de santificarse, y que fue para la familia episcopal un estímulo y un ejemplo. El fervoroso Prelado estimaba y respetaba a su administrador y mayordomo por las virtudes que lo adornaban, y por lo hondo que había calado en su alma el espíritu calasancio. Sintetizó el concepto que se había formado de él calificándolo de honor de la Provincia de Aragón y de la Orden. “Post ejus obitum, sapiens ille et piissime Episcopus de hoc suo Ministro dixerit : vita observantissima, in ea civitate, honorem non modicum Aragonensi praestitisse Provinciae, Scholarumque Piarum nomen maxime commendasse”. Después de su muerte, aquel sabio y piadosísimo Obispo dijo de su administrador que con su vida observantísima en aquella ciudad proporcionó no pequeño honor a la Provincia de Aragón, y recomendó en gran manera el nombre de las Escuelas Pías.

³⁴⁶ Necrología citada, pág. 24/25.

Dios llamó a su siervo en forma inesperada, si puede llamarse así a la muerte de quien fue siempre dechado de todas las virtudes. La vida del hombre justo, y el Padre Emeterio lo fue a carta cabal, es una preparación constante para la muerte, que por eso nunca es para él imprevista. El Padre Aoiz falleció en forma inesperada en Murcia el 23 de septiembre de 1910, cumplidos los 65 años de edad, y cuando iba a completar el medio siglo de vida religiosa. Allí esperan sus restos el día de la resurrección para unirse con el alma y gozar juntos la felicidad eterna.

P. FAUSTINO DIVASSON DEL SAGRADO CORAZÓN.

Lo conocimos y convivimos con él en Zaragoza, y conservamos del Padre Faustino el recuerdo de un escolapio ejemplar, de un educador diligente y de un sacerdote celoso, porque efectivamente era observante de las Reglas y fiel guardador de los votos, trabajaba con fervor y óptimos resultados en la formación religiosa y en la enseñanza de los niños, y atendía al confesonario y fomentaba el culto de la Iglesia con celo edificante. Vino al mundo en Gulina, pueblecillo de Navarra, el 15 de febrero de 1868. En el seno de una familia pobre de bienes materiales, pero rica de virtudes. En ella aprendió por el ejemplo la piedad y la modestia, y a presentarse, sin pretenderlo, naturalmente, como ejemplo de todos, así de niño como de adolescentes. “Educado en un ambiente piadoso y aleccionado con los ejemplos de su hogar, no causará extrañeza que brotaran en su ánimo anhelos de vida perfecta, imprecisos en un principio, claros y definidos después, y que, fecundados por la gracia divina, se cuajaran en la resolución de consagrarse a Dios en el Instituto de las Escuelas Pías”³⁴⁷. Solicitó de los Superiores el ingreso, y concedido de buen grado por las excelentes referencias que se recibieron, se trasladó a Zaragoza, de donde pasó a Peralta de la Sal, y aquí, en la casa nativa de San José de Calasanz, recibió el santo hábito el día 25 de abril de 1886, a los 18 años cumplidos. Con los antecedentes que conocemos del joven Divasson, parecerá natural al lector que, puesto el pensamiento en Dios y en los motivos que le habían movido para entrar en Religión, no tuviera otro anhelo más en mente que el de santificarse, y que en nada trabajara con tanto interés como en la obra de adquirir las virtudes que deben adornar al perfecto religioso. En eso empleó su noviciado, y tanto progreso en la virtud, y tanto adelantó en la perfección, que era un ejemplo y estímulo de sus connovicios; los mismos profesos le admiraban, y a los 16 meses de noviciado, mereció ser admitido a la profesión de votos simples. Unido a Dios con lazos indisolubles el 21 de agosto de 1887, se trasladó a Irache para continuar su formación religiosa y empezar sus estudios profesionales. No era el joven Divasson de brillantes talentos, pero tenía concepto del deber y constancia, y trabajando incansablemente y estudiando con afán, salió a flote en sus estudios, y se capacitó para ser un excelente maestro y un sacerdote celoso. Con buena voluntad y con su aplicación, suplió a la cortedad que pudiera tener de ingenio, y realizó una obra magisterial y educativa de gran relieve.

Terminado sus estudios y admitido a Los votos solemnes en San Pedro de Cardeña, el 5 de julio de 1892, fue destinado al Colegio de Tafalla, donde por espacio de cuatro años instruyó a los niños de la escuela primaria elemental en la piedad y en las letras. Tenía profundamente grabado en su espíritu el axioma de que nadie da lo que no tiene, y estaba firmemente convencido de que la enseñanza debe ser en manos del escolapio un apostolado, como lo quería San José de Calasanz, por lo que “Piadoso primero en el esplendor de las virtudes, y con el ardor de la devoción profundamente injertada en su

³⁴⁷ Necrologís del año 1911, nº 22, pág. 41. Madrid, 1912.

alma, hizo verdaderamente piadosos a los alumnos que le habían sido confiados, al mismo tiempo que en la medida de su capacidad los imbuía en las letras con gran aprovechamiento, ganándose así la voluntad de los nuestros, de los alumnos y de sus padres”.³⁴⁸ El eco y la noticia detallada de estos enfoques pedagógicos llegó por conducto oficial a los Superiores Mayores, que determinaron utilizar las excelentes condiciones del educador eximio y las dotes del excelente maestro que el padre Faustino había mostrado en campo más vasto e importante. Lo llamaron al Colegio de Zaragoza para maestro y director de los internos de primera enseñanza, que fue su verdadera vocación, y donde el Padre Divasson dio la medida de su capacidad para la escuela primaria, y donde manifestó las condiciones relevantes de educador cristiano que le adornaban. Una de las más bellas cualidades de los Superiores es la de conocer a sus súbditos, y colocarlos en el lugar y en el oficio en que más a gusto trabajarán y con mayor provecho. El Provincial de Aragón demostró conocer las posibilidades que poseía el joven profeso Divasson cuando lo colocó en el Seminario para las delicadas funciones de educador y maestro de los internos pequeños.

Fue para ellos como un padre y como un amigo, y con el cariño y con la bondad que se reflejaban en su rostro y en su mirada, hacía tanto o más que con sus exhortaciones y enseñanzas. De entonces datan aquellos sabrosos artículos de “Piedad y Letras” titulados MIS PEQUEÑOS, que eran verdaderos cuadros plásticos de costumbres infantiles y que revelaban como una placa fotográfica, como en una película cinematográfica digamos mejor, la vida de la sección, con sus incidentes sin importancia y con su actividad de colmena. De entonces viene el resurgir del internado, porque el Padre Faustino lo prestigió notablemente. Es que no perdió de vista jamás los hermosos conceptos de San Juan Crisóstomo acerca de la importancia y de la trascendencia de la educación de los jóvenes, y se consagró con ahínco, con fe, con celo, con caridad a la obra apostólica de grabar en el corazón de sus alumnos la imagen adorable del Salvador, y a la empresa patriótica de ilustrarlos en los conocimientos humanos. Los frutos correspondieron, por su calidad y por su abundancia, a la excelencia de la semilla arrojada por el celoso educador en el marco de la mente y de la voluntad de los alumnos, y el Padre Divasson se creó un nombre. de excelente pedagogo, y el Colegio de Zaragoza se benefició de sus aptitudes. Aunque la cita resulte algo larga, creemos conveniente copiar lo que se escribió en la tecnología del Padre Faustino, con tanta elegancia como justicia. “Cuán bien se portaba, de cuán vigilante, ingenioso, y exquisito cuidado haya usado cuando se trataba, no de cualquier cosa, sino de la instrucción y del cuidado de niños de índole delicada, cuánta nombradía y cuánto provecho conquistara la Casa de Zaragoza del magisterio de nuestro Faustino, y en cuánto estimaron los Superiores su trabajo y sus egregias dotes, se comprende, evidentemente, del hecho de que lo mantuvieron quince años consecutivos en el mismo empleo, sin destinarlo a explicar las asignaturas de la Segunda Enseñanza”.³⁴⁹ El mejor argumento que la pericia del Padre Divasson tenía para la enseñanza de los niños, y la prueba más convincente del celo que desarrollaba en educarlos cristianamente finca en el hecho de que lo mantuvieran tantos años, tres lustros, en la misma clase.

Hombre celoso y sacerdote según el corazón de Dios, el Padre Faustino, tan atado con el cargo de director de colegiales, todavía tenía tiempo para atender el confesonario y promover el culto divino, para preparar los niños a la primera Comunión, y esforzarse en

³⁴⁸ En el mismo lugar.

³⁴⁹ Consueta dicha, página 42.

que ese acto se celebrara con pompa inusitada. A él, a su celo, a sus empeños, se debió la restauración del altar del Santo Cristo y la renovación de la Cofradía, casi extinguida, del Santo Cristo de las Almas. Interesó a personas de su amistad y dirección, y consiguió las cantidades necesarias para el arreglo de la Capilla y del altar del Cristo, y con el fervor que sentía y logró comunicar a sus hijos espirituales, fue posible reanimar la moribunda. Es lo de siempre: un hombre celoso es capaz de hacer milagros, y basta que exista uno en una iglesia para dar vida a lo que no la tiene, consolidar lo que se derrumba, y reanimar lo que está pronto a perecer. Es lo que hizo el Padre Faustino Divasson en nuestra iglesia de Zaragoza.

Si queremos conocer mejor a este fervoroso escolapio, y deseamos legar hasta las reconditeces de su corazón, veamos el retrato que hizo de él quien esbozó su biografía necrológica, que demostró conocerlo a fondo. Es de una fidelidad absoluta, y los rasgos que de su vida están de acuerdo con el original. No hay que quitar nada, ni que añadir una letra. “Era tal la sencillez de su corazón que parecía un niño dispuesto a entrar en el reino de los cielos en cualquier momento. ¿Qué decir de su mansedumbre, humildad, ingenuidad y modestia? ¿Qué de aquel candor que lo impulsaba a buscar las cosas más trabajosas, y de su admirable constancia? ¿Qué de aquella íntima alegría del corazón, que se manifestaba constantemente en el rostro risueño, y la que sabía derramar en el ánimo de los demás? ¿Qué, finalmente, de la delicadeza del mismo Faustino para con sus hermanos, si están en la memoria de todos las frases festivas con que se alegraba muchísimo la familia religiosa en que vivía?”³⁵⁰ Eso era el Padre Divasson, un religioso sencillo cuya bondad rezumaba en todas sus palabras y acciones; un hombre manso a quien nada hacía perder el dominio propio; un escolapio humilde y modesto al que no seducían los honores mundanos, contento y satisfecho con trabajar en la oscuridad, con permanecer en ella; un maestro consciente de la trascendencia de su ministerio, al que dedicaba lo más claro de su inteligencia y lo más delicado de su corazón; un compañero alegre y decidido que sabía animar, santa y dignamente las reuniones; un sacerdote según el corazón de Dios, que en medio de sus ocupaciones hallaba tiempo para dirigir almas por las vías de la perfección, y para dar esplendor al culto divino; un hijo bueno de San José de Calasanz, en fin, que hallaba sus delicias en vivir con sus pequeños, en formar su voluntad en la práctica del bien, en enriquecer su inteligencia con los conocimientos humanos y en prepararse así para las luchas de la vida.

En un libro oficial manuscrito se sintetiza la vida del Padre Faustino, diciendo que fue “siempre constante en el buen obrar en su apostolado magisterial, no menos que en la observancia regular como religioso, y respeto filial a sus Superiores como súbdito”.³⁵¹ No hacen falta más palabras para definir a este escolapio ejemplar, y cualquier cosa que se añadiera sería una redundancia. Maestro y educador apóstol, religioso observantísimo de sus Reglas, y súbdito sumiso de sus Prelados. ¿Qué pudiera decirse en su alabanza? ¡Nada! Y nosotros pondremos punto final a este esbozo de biografía después de recordar sus últimos momentos, que fueron, por cierto, muy dolorosos. Nada hacía sospechar que aquel hombre de tan buena salud y recia contextura tuviera su fin cercano y, sin embargo, así era. Un ataque de nefritis, contra el que resultaron estériles los cuidados de los especialistas, y los remedios más recomendados fueron impotentes, puso en trance de muerte al Padre Faustino Divasson cuando todavía era joven, y se podía esperar mucho de

³⁵⁰ Página 43.

³⁵¹ Archivo de la provincia de Aragón, biografía de los religiosos de las Escuelas Pías de Aragón.

su celo, de su piedad y de su pericia en la enseñanza. Se le administran los Sacramentos, que recibió con especial fervor y con resignación entera a los designios divinos. Su lecho de enfermo fue cátedra de paciencia y de piedad para los visitantes, pues el enfermo, a pesar de los intensos dolores que experimentaba, jamás exhaló una queja, nunca hizo un signo de impaciencia. El 17 de octubre de 1911, cuando estaba cumpliendo los 43 años y el cuarto de siglo de religioso, expiró plácidamente en Zaragoza.

Nos hemos referido anteriormente a la serie de artículos MIS PEQUEÑOS, que el Padre Faustino publicó en la primera época de la revista “Piedad y Letras”. Campeaban en ellos la sencillez y la naturalidad, y constituían cuadros vivos de la vida del internado de Zaragoza. Se leían con interés, pues palpitaban en ellos el espíritu calasancio de su autor y las incipientes pasiones de aquellos colegiales de 6 a 12 años. Eran lecciones prácticas de pedagogía, y el Padre Divasson, tal vez sin proponérselo ni pensarlo siquiera, marcaba directivas, señalaba orientaciones y se revelaba un gran pedagogo.

Capítulo XLI. Padre Salvador Cabos de San Ramón y Hermano Ignacio Goñi de San José

Fraga, la histórica e importante ciudad recostada a orillas del Cinca, vio nacer al Padre Salvador Cabós el día 14 de diciembre de 1838, cuando era muy reciente el establecimiento en ella de las Escuelas Pías. Frecuentó desde niño nuestras aulas, en las que libó el néctar de la piedad al mismo tiempo que aprendía los rudimentos del saber, elaborando con este y con aquella el panal de su virtud. Era niño candoroso, y su mirada clara y serena reflejaba la pureza que hermoseaba su corazón. En la iglesia aparecía por su fervor un serafín, y en el trato con todos se mostraba amable, lo que le ganaba las generales simpatías. Sus maestros particularmente lo miraban complacidos y lo amaban con predilección, porque sabían el tesoro que representaba aquel niño adornado de dotes egregias. Deseaban conquistarlo para el Instituto, pero, respetuosos de su libertad, esperaron que Dios lo llamara, y él espontáneamente solicitara el ingreso. Esto se produjo en su tiempo y sazón, y los Superiores le abrieron de par en par las puertas del noviciado. Sabían el obsequio que Dios les hacía, y se apresuraron a recibirlo con los brazos abiertos. Se trasladó a Peralta de la Sal, donde el Padre Rector, Francisco Martínez de la Virgen del Carmen, le dio el hábito calasancio el 2 de octubre de 1853, cuando estaba cumpliendo los tres lustros. Debidamente aprovechados los años de probación, a los dos ya cumplidos fue admitido por votos uniformes a la profesión religiosa el 14 de octubre de 1855.

Prevenido como estaba por la gracia, y cooperando a ella con fervor, avanzó como gigante por los caminos de la perfección, mereciendo por sus virtudes que se hiciera de él este retrato: “Era, pues, según la sentencia de nuestro Santo Padre, modesto, prudente, grave, amantísimo del silencio, de la pobreza y del aposento; a nadie ofendía conscientemente, religioso indiferente y pronto a obedecer a una señal de los Superiores, grato a la Religión, porque creía, y lo repetía frecuentemente, que había recibido de la Religión más de lo que él le había dado; y en lo que se refiere al trato con sus hermanos, siempre se mostró contento y complaciente, y no solo agradable, sino también alegre, logrando con su alegría llenar el alma de los demás y fomentar su concordia”.³⁵² Reducido este largo párrafo a una fórmula sencilla, podemos decir que el Padre Cabós era un religioso perfecto, porque el conjunto de esas cualidades lo constituye. Del religioso indiferente ha dicho San José de Calasanz que es una joya de la Religión, y nuestro hermano merecía ese nombre, dada la

³⁵² Catálogo de religiosos difuntos del año 1912, número 2, página 3. Madrid, 1913.

indiferencia que mostraba, según el autor de su consuetud. Muy natural que se hiciera querer de los Superiores, que sus compañeros lo estimaran y sus discípulos lo amarán entrañablemente. Cuando una persona tiene tan arraigado el culto de la caridad como el Padre Salvador, que a nadie ofendía a sabiendas; cuando sabe sacrificarse en aras de la concordia, y es, en manos de sus Superiores, como el barro en las del alfarero, se gana las voluntades y se conquista el afecto de cuantos lo tratan. Fue el caso del Padre Cabós, quien dondequiera que se hallara se encontraba a gusto, porque esa era la voluntad de Dios manifestada por medio de los Superiores. Barbastro, Caspe, Tolosa, Vera, Tamarite, Tafalla y Pamplona se beneficiaron del magisterio de este benemérito escolapio, y recogieron el fruto de sus virtudes y de sus enseñanzas. En todas partes fue el religioso ejemplar y edificante; el sacerdote celoso que busca las almas y desprecia las cosas materiales; el escolapio consagrado al apostolado de la enseñanza, que hace de ella el camino para llegar a la familia y a la sociedad, para llevarlas a Cristo y mejorarlas; y el buril con qué cincelar las almas y guardarlas de para la virtud, y encauzarlas por el camino de los santos Mandamientos.

Fue en Caspe donde el Padre Salvador Cabós tuvo más larga residencia, y donde dio mayores muestras de su celo, a tal grado que se ganó el afecto de los habitantes de Caspe, y todavía persiste entre ellos vivo su recuerdo. ¿Qué había hecho el padre Cabós para que así se le recordara? Sencillamente, que en una de las invasiones del cólera, acaso la de 1885, se entregó con todo su celo sacerdotal a la visita de los enfermos y a la administración de los sacramentos, sin temer el contagio, sin miedo a la muerte. Aunque no era pastor de almas, sintió el estímulo del celo e imitó al que cuida las ovejas propias, y si no dio la vida por ella, porque Dios la reservó para que ayudara a sus semejantes, la exponía constantemente en la asistencia de los apestados. Tales ejemplos de admiración no pasan inadvertidos, y si Dios los premiará en el cielo, los hombres los agradecen en la tierra; de ahí esa persistencia del recuerdo y de la veneración que Caspe tenía al Padre Salvador. “Cum contagiosa lue per regionem grasante, charitate et zelo fragrans ad infirmos astitit, et spiritualibus eos iuvit auxiliis”³⁵³. Invadida la región por una enfermedad contagiosa, ardiendo en caridad y celo, visitaba a los enfermos y les ayudaba con los auxilios espirituales.

Le tocó asistir a la clausura de un colegio que forzosamente tenía que amar después de 23 años de permanencia en él, y tuvo que abandonar una población por la que se había sacrificado hasta poner su vida en peligro de muerte. La obediencia lo destinó a Tolosa primero, de donde pasó a Vera de Bidasoa, consagrado en ambas poblaciones a sus tareas docentes y a los ministerios sacerdotales, siendo en todas partes el religioso humilde y observante que a través de su necrología conocemos. Entonces se confió al Padre Salvador Cabós el gobierno de la Casa de Tamarite, y puso todo su empeño en que floreciera la observancia, y tuvo gran cuidado de que las escuelas fueron modelo de trabajo y disciplina. Se preocupó particularmente de promover la canonización del beato Pompilio, y se impuso al efecto muchas molestias, grandes trabajos y no pequeños sacrificios. Había ocurrido en Tamarite una curación prodigiosa por intervención del glorioso taumaturgo, y las informaciones en la Curia Diocesana, lentas y largas, le exigieron muchas idas y venidas, informes, interrogatorios, gastos, etc. Y menos mal que el prodigio fue admitido

³⁵³ Necrología del P. Cabós, ibídem.

en Lérida, bien que he rechazado luego en Roma. Fue, sin embargo, a la postre uno de los milagros aprobados para la canonización del Santo Escolapio.

Su salud se había resentido, y por eso, terminado su trienio, el Padre Salvador pidió a los Superiores que lo relevaran, a lo que accedieron, porque veían cómo decaía. Pasado algún tiempo en Tafalla y en Pamplona, nuevamente volvió a Tamarite, jubilado de toda ocupación por su ancianidad y por el debilitamiento de sus fuerzas, atento a llevar una vida más fervorosa. Con ejemplo de todos, asistía a todos los ejercicios de la Regla, y en la medida de sus fuerzas ayudaba a sus hermanos en el ministerio de la escuela. Se le veía perder fuerzas sensiblemente, y había llegado a un grado tal de debilidad que hubo de quedarse en cama, y en dos meses que permaneció en ella fue perdiendo carnes hasta parecer un esqueleto más que un ser viviente. Se le administraron los Sacramentos y se le hizo la recomendación del alma, que él iba siguiendo con voz firme y clara; y piadoso y sereno como había sido su vida, exhaló su último suspiro en Tamarite el 6 de enero de 1912, cumpliendo 76 años de edad y 59 de sotana Calasancia.

HERMANO IGNACIO GOÑI DE SAN JOSÉ. En Tafalla, donde tantos escolapios han nacido, vino al mundo el 2 de febrero de 1880, el niño que con el tiempo había de ser el Hermano Ignacio Goñi de San José, modelo de religiosos. Hijo de un hogar piadoso, en él respiró un ambiente cristiano y recibió los gérmenes de las virtudes, que la educación de nuestras escuelas arraigó profundamente en su alma. Puro y fervoroso, el niño se hizo joven de un candor angélico, al que asfixiaba el vaho corrompido del mundo, por lo que buscó un refugio seguro en el puerto de la Religión Calasancia. Solicitado y concedido el ingreso en ella, fue enviado a Tolosa, donde vistió el santo hábito el 26 de agosto de 1898, cuando había cumplido los 18 años. Se le encargó de la enfermería, y de tal manera se empapó del espíritu de caridad que nuestro Santo Padre quería en el enfermero, que parecía realizar el ideal del mismo. Era todo paciencia y caridad con los enfermos; se esmeraba en conocer las causas de sus dolencias, y les preparaba solícitamente los alimentos y les proporcionaba las medicinas conforme a la prescripción del médico; y con palabras dulces y amables, procuraba suavizar los dolores y levantar el ánimo de los pacientes. Más parecía por su amor y cuidado, una madre al lado de su hijo enfermo, que un Hermano que por deber y caridad cuidaba de sus semejantes. “Sua exquisita cura, et amore, non tam frater quam ab infirmis eorum salutis anxis mater videbatur”.³⁵⁴

Mientras permaneció en Tolosa, el Hermano Ignacio fue observante, y se mostró humilde, diligente, piadoso y trabajador; puntual en los actos de Comunidad; sumiso y obediente. Pasados los dos primeros años de noviciado en aquella industriosa villa, fue enviado a Peralta de la Sal para completar en aquella santa Casa los años de probación que las Constituciones prescriben. Y allí fue donde su alma, como un diamante tallado por experto lapidario, fue mostrando las facetas más variadas al hermosearse con todas las virtudes. Tanto progresó en las vías de la perfección el Hermano Goñi que mereció ser admitido a los votos el 13 de octubre de 1902, los que ratificó cuatro años más tarde en Peralta el 13 de enero de 1906, con gran fervor y contento. Había conseguido el ideal de su vida, y ya podía correr como gigante por el camino de los santos Mandamientos. Ya no había nada que le impidiera vivir para Dios, para la virtud, para el sacrificio. Eso fue la vida del Hermano Ignacio Goñi durante toda su existencia, pero especialmente desde que estuvo ligado a Dios de una manera indisoluble por los votos religiosos. Convencido de que para él

³⁵⁴ En el mismo lugar, nº 18, pág. 33.

perfección y salvación eran una sola cosa, alternaba las actividades manuales con los actos espirituales, y de todo hacía peldaños para subir y elevarse a mayor altura, “ascensione in corde suo disposuit”. Labró la margarita de su alma con amor y solicitud, y no cejó hasta que reflejara el iris de todas las virtudes.

Era el Hermano Ignacio esclavo de sus deberes de sacristán, enfermero y refitolero; pero eso no le impedía dar pábulo a su devoción y a las a su piedad, en lo que no se dejaba ganar por ninguno. Era devotísimo y ofrecía diariamente algunos obsequios particulares al Corazón de Jesús, a la Santísima Virgen y a San José Esposo, pero la devoción céntrica, la que sostenía su piedad y alimentaba el fervor del hermano Goñi fue la Santísima Eucaristía. Hallaba sus delicias en pasar el tiempo disponible delante del Santísimo Sacramento, inmóvil e hincado, exhalando allí su corazón, dando gracias a Dios y elevando hacia el cielo sus fervorosas plegarias. “Coram Sanctissimo Sacramento, immotus et flexis genibus, mane et vespere persistere et variis religiosis exercitiis indulgere in delictis habens”.³⁵⁵ El celo con que mantenía viva la llama de su fervor y el combustible con que alimentaba el fuego de su amor era la Santísima Eucaristía, de la cual se alimentaba cotidianamente. Ella era la que nutría su humildad; ella, la que inflamaba su felicidad; ella, la que sostenía su voluntad en el cumplimiento del deber; ella, la que le impulsaba por los senderos de la virtud; ella, la que lo elevaba en una ascensión continua por la escala mística de la perfección religiosa. “Et cum iis omnibus quotidiana communionem adjungere, non mirandum quod dilectus noster Ignatius quotidianas etiam ascensiones in scala perfectionis essequeretur”.³⁵⁶ Y como a todo eso unía la comunión diaria, no es de admirar que nuestro querido Ignacio lograra también en la escala de la perfección, progresar cotidianos.

Con una vida tan virtuosa, y con una amabilidad tan dulce, el Hermano Goñi se había ganado el cariño de todos, de propios y de extraños, y era una verdadera joya. Había fundamento para esperar que edificaría a sus hermanos durante largos años con sus obras y con su observancia, y que perfumaría con sus virtudes los claustros calasancios. Era joven y gozaba de buena salud, y nadie podía sospechar que sus días estaban contados. Una gripe descuidada porque no se le dio importancia, degeneró en una tisis galopante que postró al Hermano en el hecho. Quien durante la vida había practicado la virtud con la más escrupulosa fidelidad, convirtió su cama de enfermo en una cátedra de paciencia, en un ejemplo de conformidad con la voluntad divina y en un modelo de abandono en la mano de su Padre que estaba en los cielos. Como quiera que había asombrado su bondad, y se había sacrificado por el bienestar de sus hermanos, estos le correspondieron durante su enfermedad, visitándolo frecuentemente y prestándole toda suerte de servicios. Hasta en este mundo recogía el Hermano Ignacio el fruto de sus buenas obras y de los sacrificios que se había impuesto por el bienestar y el cuidado de sus hermanos religiosos. “Así premió Dios en vida a quien tan bien llenara antes sus obligaciones de enfermero”. La enfermedad del hermano Goñi fue la piedra de toque de su virtud, pues demostró que lo que en él brillaban él no era oropel de vanas apariencias, sino oro de ley de los más subidos quilates.

El hermano Ignacio cayó en la cama herido de muerte, y los remedios fueron impotentes para contener el avance de la tuberculosis. Día a día iba perdiendo fuerzas, y más parecía un cadáver que un hombre sano. El mal minaba más y más su organismo, y hubo que

³⁵⁵ Necrología del Hermano Ignacio en el lugar citado.

³⁵⁶ Sufragios del años 1912.

disponerse al viaje sin retorno. Nuestro hermano, que se confesaba diariamente, y que todos los días se alimentaba también con el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, que estaba bien preparado para emprender “ecce, adsum”, heme aquí presto, el llamamiento a juicio, y no hubo más que administrarle la Santa Unción y aplicarle la indulgencia plenaria, y hacerle la recomendación del alma, durante la cual expiró santamente en el Señor en Molina, el 14 de septiembre de 1912, a los 32 años de edad y 14 de religioso. Su muerte fue preciosa en la presencia del Señor, y no obstante su estado humilde a los ojos del mundo, fue exaltado por Dios, pues fue numerosísimo el concurso de gente que asistió a los funerales y acompañó el cadáver al cementerio. Dios Nuestro Señor que se complace en levantar a los humildes, deparó esa manifestación de afecto hacia el virtuoso Hermano Ignacio. ¡Cuán cierto es que como el diamante se irisa y manifiesta, apenas recibe un rayo de luz, la virtud de los hombres también se pone de relieve y se tornasola cuando la gracia divina se posa sobre ella!

Capítulo XLII. Padre Juan Ramón San Martín de la Virgen del Pilar y Hermanos Ezequiel Sagaruy de San José de Calasanz y Rufino Monreal de Santa Teresa

Conocimos al Padre Juan Ramón en 1899, cuando íbamos de Zaragoza a Irache para iniciar nuestros estudios profesionales. Regresaba él de vacaciones, y el Padre Provincial, Joaquín Aguilar, le recomendó la misión de conducirnos al histórico monasterio. Ya entonces nos llamó la atención este Padre con el que habíamos de convivir por espacio de tres años bajo el mismo techo, y cuyas lecciones habían de iniciarnos en los conocimientos geográficos e históricos objeto de nuestro estudio. Bien formado físicamente, proporcionado en la estructura, en el grosor del cuerpo, en los miembros, atraía sobre todo por la bondad que fluía de su rostro apacible, de la simpatía ingénita que era su distintivo. Esa primera impresión se fue acentuando a medida que íbamos conociendo mejor al Padre San Martín, según pasaban los años de nuestra convivencia con ese excelente religioso. La nota que daba carácter e imprimía como un sello personal al Padre Juan Ramón era su sencillez, aquella dulzura inalterable, la sonrisa que bajaba por sus labios e iluminaba su rostro, y le ganaban las voluntades. Porque en él predominaban estas cualidades morales, que son las que en último análisis conquistan el afecto y ganan el cariño de nuestros semejantes. Y el Padre Juan Ramón San Martín sabía hacerse querer de todos, por esos imponderables que tanta fuerza hacen sobre las personas que tratamos. No creemos que de los centenares de juniors que fueron alumnos del Padre Juan Ramón haya habido uno que conservara mal recuerdo de este hombre, que era puro corazón, la bondad personificada.

Su pueblo natal fue Calaceite, de la diócesis de Tortosa, pero de la provincia civil de Teruel, y allí aprendió las primeras letras. Nació el 27 de diciembre de 1864, y cuando hubo de ampliar sus estudios, sus padres lo llevaron a Alcañiz para cursar Humanidades entre los nuestros. Del trato con ellos nació una profunda admiración, y de la gracia divina, el anhelo de consagrarse a Dios en el Instituto Calasancio, por lo que, asegurado de su vocación, y autorizado por sus progenitores, solicitó ser admitido en las Escuelas Pías. Satisfechos sus deseos, pasó a Peralta de la Sal, donde vistió la librea de Calasanz el 29 de octubre de 1880, cuando iba a cumplir los 16 años. Fue en aquella escuela de almas perfectas, novicio, nada más que novicio, es decir, que se aplicó con todo fervor a captar el espíritu del Santo Fundador, a adquirir las virtudes propias del religioso, a las prácticas piadosas propias del noviciado, a aprender los secretos de la vida espiritual por medio de la oración,

de la lectura de libros santos, y de frecuencia de Sacramentos. “Praeclari Fundatoris vestigios insistens, et ejus virtutum odore supramodum allectus, in iis in quibus nostri solent informari novitii ita tenaci studio nec minori profectu se per biennium exercuit”³⁵⁷. Insistiendo en los vestigios del preclaro Fundador, y extraordinariamente atraído por el aroma de sus virtudes, de tal modo se ejercitó por un bienio, con tenaz empeño y no menor provecho, en aquellas cosas en que nuestros novicios suelen ser informados, que mereció ser admitido a la profesión de votos simples. La realizó en Peralta de la Sal, el día 15 de agosto de 1882, con íntima satisfacción de su espíritu, y con el propósito de progresar toda su vida en las vías de la perfección que había emprendido.

En el famoso convento de San Marcos de León, donde cursó todos sus estudios profesionales y sacerdotales, el junior no desmintió al novicio, y si éste había sido humilde, fervoroso y preocupado de su perfección, aquel no se olvidó de seguir avanzando por las vías de la santidad, ni de practicar las más preclaras virtudes. Estudiaba con tesón, y se esforzaba en que su vida fructificara en buenas obras, y así lo Superiores que, lo sabían adornado con la virtud y dotado de buena índole, terminada su carrera le dieron la profesión solemne el 10 de septiembre de 1887. Iba a cumplir 23 años, y no se halló para este joven profeso medio más adecuado que la Casa Central de Irache, donde pasó la mayor parte de su vida. Era una planta delicada que el cierzo del mundo habría marchitado fácilmente, y hubo que colocarla donde el calor de la observancia y del buen ejemplo la conservara, y le permitiera dar abundantes frutos. Ayudante del Padre Maestro de juniors, lo secundaba con toda fidelidad, y era para nosotros un guía experto y seguro. La nota más destacada del Padre Juan Ramón, dentro de sus deberes en el juniorato, tal vez fuera su pericia musical y su dominio del canto llano, que le permitieron formar unos coros disciplinados que contribuían a dar esplendor al culto y realce a las fiestas literarias. Alguna que otra vez, en ocasiones solemnes, hacía oír su bien timbrada voz cantando solos y motetes.

Retirado del Colegio de Irache después de muchos años de permanencia en él, la obediencia lo destinó a Daroca, donde fue director de colegiales y confesor de monjas, a las que con criterio certero guiaba por los senderos de la perfección religiosa. Pero quien había sido siempre modelo de observancia regular, estaba indicado para ser la salvaguardia de las Reglas; quien, puesto al frente de una comunidad, la mantuviera en alto como una antorcha que iluminara para todos; como un guía que condujera a los religiosos por los caminos de la regularidad más estricta de una severa disciplina. Fue, pues, investido de la dignidad de Rector del Colegio de Tafalla, para que procurase empeñosamente la santificación de sus religiosos, y atendiera con el mayor celo al gobierno de la Guardia de Honor canónicamente erigida en nuestra iglesia. El Padre Juan Ramón no defraudó, sino que superó las esperanzas que en él se habían cifrado. No solo veló por la observancia religiosa y procuró apretar los resortes que se habían aflojado; no solo mantuvo en su esplendor los cultos de la cofradía, y trató de aumentar el número de sus socias, sino que excediéndose a sí mismo, y dando rienda suelta a su celo, aceptó también la dirección de las Hijas de la Cruz, de las Monjas Agustinas y de las Hermanas de los Pobres. Hecho todo para todos, el Padre San Martín trató como el apóstol de ganarlos a todos para Jesucristo, y fue rica y abundante la cosecha que recogió de sus tareas

³⁵⁷ Sufragios del año 1915.

ministeriales, con religiosas y con seglares. Propios y extraños, se beneficiaron del celo en que se abrasaba el corazón de este ferviente escolapio.

El padre Juan Ramón parecía un roble: recio y robusto, diríase que ni la enfermedad ni la muerte tenían por dónde atacarlo, y, sin embargo, aquel organismo estaba minado y empezó a decaer visiblemente. El 24 de febrero de 1915 cayó fulminado como por un rayo, víctima de un ataque cardíaco que llevó su alma a la eternidad y su cuerpo al sepulcro. El Padre San Martín era profunda y sinceramente estimado dentro y fuera de casa. Y no es de extrañar que asistiera mucho público a sus funerales, y que las lágrimas exteriorizaran el dolor que su repentina desaparición producía. Siempre es prematuro para el cariño la muerte de las personas a quienes estimamos, y la del Padre Juan Ramón lo fue también, porque no había cumplido los 51 años, y contaba solo 34 de sotana, que había honrado con una vida austera y virtuosa.

HERMANO EZEQUIEL SAGARRUY DE SAN JOSÉ DE CALASANZ. Era de Peralta de la Sal, como San José de Calasanz, a quien se propuso imitar desde que despuntó en él la razón. Y creemos que lo consiguió bastante perfectamente, pues era aún en el siglo “sencillo, sin dolo, tenacísimo en la obediencia, siempre pronto para las buenas obras en todas partes, refractario a los vicios, émulo diligente de su preclaro conciudadano Calasanz, cuya admirada imagen jamás se borró de su pensamiento, desde la infancia hasta la edad madura”.³⁵⁸ Conocimos al Hermano. Ezequiel de niño, y convivimos después con él de religioso, y siempre lo hallamos igual: de un exterior severo, pero de un corazón sensible; parco de palabras, pero generoso de obras; aparentemente huraño, pero en realidad cariñoso. Era el hombre de confianza del Padre Rector, y en verdad que la merecía. Pertenecía a aquella vieja escuela de Hermanos abnegados y trabajadores, que son el encanto de las comunidades; era de aquella generación de Hermanos observantes y respetuosos, que se hacían querer y respetar de todos; constituía un ejemplar valioso de aquellos Hermanos que cuidaban y administraban celosamente los intereses de la Casa, y eran para ella verdaderos tesoros. Nos parece verlo todavía atento y servicial, callado y respetuoso, servir en el comedor, cuidar la sacristía, desempeñar comisiones de responsabilidad, salir de paseo con el Padre Espada, perfumar el colegio con el aroma de sus virtudes.

Vino al mundo en el seno de una modesta familia el día 4 de abril de 1848, y asistió a nuestras escuelas de Peralta, en las que aprendió las primeras letras y el temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría. Ese temor santo iluminó toda su vida, y lo mantuvo en la práctica de la virtud y en el horror al vicio. Permaneció en el siglo sin contaminarse con su aliento corruptor, sin que sus malas costumbres mancillaran su alma, hasta los 22 años, en que buscó un asilo en la Religión, vistiendo el hábito en Zaragoza, sin que conste la fecha. Durante el noviciado desempeñó a satisfacción de los Superiores los más variados oficios: labrador, cocinero, panadero y bodeguero; y cumplido el tiempo reglamentario fue admitido a la profesión simple el 18 de diciembre de 1874, y a la solemne el 25 de febrero del 78.

Dotado de una índole inmejorable, e imbuido en las virtudes de la vida religiosa, el hermano Ezequiel se creó un nombre y lo proporcionó al Instituto donde quiera que la obediencia lo colocaba. Zaragoza, Sos y Barbastro se honraron con este benemérito religioso, en el cual se vio palpablemente que no hacen falta grandes talentos y obras brillantes para hacerse

³⁵⁸ Hoy en el mismo lugar. Número. 13, página 12.

querer y respetar por nuestros semejantes. Un hombre sin letras, que no predicaba, que no escribía, que no se hacía ver, consiguió ganarse el aprecio de las comunidades y de las poblaciones en que tuvo su residencia. La bondad de corazón, la virtud acendrada y la correspondencia a las gracias, la vida santa basta y sobra para hacerse amar de Dios y de los hombres. Y el Hermano Ezequiel Sagarruy, que era un excelente religioso, se concilió la benevolencia y se ganó la estimación de cuantas personas lo conocieron, Es que, tras aquella envoltura algo áspera, se escondía un alma buena, y en aquel humilde religioso brillaba la ciencia de los Santos, que es la verdadera sabiduría. “En Barbastro, principalmente, los rumores de su observancia regular llegaron a los propios y a los extraños, pues si hay que dar fe a sus mismos compañeros, nuestro Ezequiel puso constantemente gran cuidado hasta. Las cosas pequeñas del perfecto religioso.”³⁵⁹

Alejado del trato con los seglares, siempre fue querido y grato a los que frecuentaban la iglesia de nuestro Colegio, que lo escuchaban y veneraban como a un padre. ¡Hermoso e irresistible poder de la virtud, que domina y arrastra con más fuerza que la ciencia y que el talento! El hermano Sagarruy, sin más armas que las de la sencillez y sin otro arte que el de la vida santa, se adueñaba de las voluntades y se conquistaba los corazones. Todo esto sin pensarlo ni pretenderlo, pues no se exhibía, ni trataba con los de fuera más que lo estrictamente necesario. Jamás tuvo pereza para atender y cuidar a los religiosos y a los colegiales, y en su oficio de sacristán, que desempeñaba con unción, ponía un esmero grande en que los altares, los ornamentos, los vasos sagrados, cuanto pertenecía al culto, se conservara limpios y brillantes. El hermano Ezequiel vivía para Dios, para la Orden, para el Colegio. Se había entregado por completo, y se dedicaba sin reservas al cumplimiento de los oficios que le señalaba la obediencia. Había hecho suyo. y lo practicaba a la perfección, el consejo de Kempis: “Ama nesciri”. Ama ser desconocido; y vivía lejos del mundanal ruido, siguiendo la escondida senda que había de conducirlo al reino de los cielos. El que se humillare como este niño, había dicho Jesucristo, será grande en el reino de los cielos. Era la norma y la filosofía del Hermano Ezequiel, que así se aseguró una brillante corona en el paraíso.

43 años vivió en el servicio de Dios y en la gracia de las más sólidas virtudes; 43 años, perseveró en el desempeño de los más humildes ministerios; 43 años sumiso a la voz de sus Superiores, con lo que se labró una recompensa eterna en el cielo. Él supo entender bien las cosas, porque el que se humilla acá en la tierra, Dios lo elevará y engrandecerá en la gloria. Al cabo de esos años visitó Nuestro Señor a su fiel siervo Ezequiel con una maligna afección al estómago, que nuestro Hermano toleró con admirable paciencia. Y presintiendo su fin, que contemplaba con la serenidad del justo, recibió piadosamente los Sacramentos en Barbastro, donde expiró el 4 de abril de 1915, sábado de Gloria, lo que le hizo exclamar momentos antes: “Espero resucitar mañana con Cristo”. Estaba cumpliendo los 67 años de su edad, y los 43 de vida religiosa. Dios, que se complace en ensalzar a los humildes, exaltó a nuestro humilísimo Hermano Ezequiel Sagarruy con la presencia en sus funerales de gran parte del clero y de los habitantes de Barbastro. Terminaremos estas páginas consagradas al recuerdo de sus virtudes, que embellecieron la vida de este benemérito escolapio, con las reflexiones que inspiró al autor de su necrología: “Adhuc in nobis Calasanctiarum virtutum monumenta manent. Sicut Ezechiel ita et nos haec aggrediamur, ut cum illo oariter coronari mereamur”³⁶⁰. Todavía quedan

³⁵⁹ Lugar citado.

³⁶⁰ Necrología del Hermano Ezequiel, página 13.

entre nosotros monumentos de sus virtudes calasancias. Como Ezequiel, acometamos nosotros también esas empresas para que merezcamos, juntamente con él, ser coronados. Quedan esas últimas palabras como el mejor homenaje a la religiosidad y a la vida santa de este venerable hermano.

HERMANO RUFINO MONREAL DE SANTA TERESA. Era la bondad personificada. De su persona se desprendía como un fluido de sencillez y de amabilidad que le ganaba los corazones y le conquistaba las simpatías de cuantos lo trataban. Otro ejemplo de esos Hermanos humildes y abnegados, que son el encanto de las comunidades en que residen, y que constituyen para ellas valiosos tesoros. El Hermano Rufino Monreal era objeto del respeto y del aprecio de propios y extraños, y oficialmente se reconoció, aunque no se hiciese público, cuánto se estimaba y en cuán alto precio se tenía su amor al trabajo y al cuidado que ponía en defender los intereses que se le confiaban: “No sería fácil calcular los beneficios que ha hecho al Colegio de Zaragoza la estancia del hermano Rufino en este Colegio. Prolongue Dios su vida muchos años”.³⁶¹ Quien en vida merecía estos elogios y anhelos, bien ganados debía tenerlos, habida cuenta de lo pocos que somos en nuestra Provincia en tributar alabanzas, aun después de muertos los religiosos. Ciertamente que todo cuanto digamos de la bondad, de la humildad, de la paciencia, de la devoción, de la observancia del hermano Rufino, será poco para lo que fue en su vida y costumbres. Hijo fervoroso de San José de Calasanz, puede hacerse hablando de él las mismas reflexiones que acabamos de formular al ocuparnos del Hermano Ezequiel, copiando su necrología. ¡Todavía mira Dios con ojos compasivos a la Orden Calasancia, enviándole religiosos de la contextura moral del Hermano Rufino de Santa Teresa!

Vio la luz primera en el pueblecito de Enériz, provincia y diócesis de Pamplona, el 16 de noviembre de 1854, y “dotado de una índole mansísima, ignorante de las malas artes, conoció ya desde los primeros años aquel afecto que sentía llamarlo divinamente al claustro”.³⁶² No siguió, sin embargo, inmediatamente el impulso que lo llevaba hacia Dios, porque tenía deberes sagrados que cumplir con sus ancianos padres, pero guardó incólume su vocación, y la cultivó con todo amor en el fondo de su alma, por medio de la frecuencia de sacramentos, de la oración y de alejamiento del mundo. Y no bien pudo, voló al santuario como a un puerto seguro, y halló en las Escuelas Pías el refugio donde vacar a Dios y a sí mismo. “Ut per domestica sanguine conjuntos obsequia licuit, ad Religionis Calasancianae portum ovanter appulit, ut Deo, sibique vacare tuto posset”-. Como lo pidió, le fue concedido; y ha admitido como pretendiente, diríase que Dios mismo le allanaba los caminos, que no halló jamás nada que superara sus fuerzas. Nada tiene, entonces, de extraño que se le juzgara digno de recibir la sotana calasancia y que la vistiera solemnemente El 5 de noviembre de 1880 en Zaragoza, donde hizo los dos primeros años de noviciado. Para que se empapara más del espíritu calasancio y terminara el cuatrienio de su probación, el hermano Monreal fue enviado a Peralta, donde se consagró a Dios con los votos simples el día 12 de agosto de 1884.

Vuelto a Zaragoza, de donde ya no salió en toda la vida, el hermano Rufino se ejercitó en varios oficios que le señaló la obediencia, y que le sirvieron para poner de relieve los grandes tesoros de virtud que había atesorado, y para captarse la estimación de todos. Su bondad inalterable y su constancia en el trabajo le granjearon el aprecio de todos, “desde

³⁶¹ Archivo de la Provincia de Aragón. Biografías de los religiosos de las Escuelas Pías de Aragón, Pág. 568.

³⁶² Necrologías del año 1917, número 11, página 19, Madrid, 1918.

que profesó hasta que salió de este valle de lágrimas para volar al cielo”. Hecho todo para todos, servía siempre a todos, a los propios y a los extraños, con rostro alegre y exterior agradable, ya fuera como encargado del refectorio, del horno o de la bodega, que todos esos oficios desempeñó en Zaragoza. Fue en el último en el que más tiempo lo tuvieron ocupado los Superiores, en el que se hizo muy perito y en el que se granjeó la estimación de cuantos lo conocieron. “Tanto en su oficio de hornero como en el de bodeguero, en cuya oficina se ha distinguido más que todos por su práctica enológica, y por lo mucho que acreditó en toda la población los vinos de este colegio”³⁶³, mereció los plácemes y la aprobación de sus Superiores. Todo esto era el reflejo de su virtud, y la concreción Del espíritu religioso que poseía el hermano Rufino profundamente asentado, y que le obligaba a superarse constantemente, a estar siempre ocupado. Ignoró durante toda su vida lo que era ociosidad; nunca hizo las cosas por intermedio de otro, sino personalmente. Y eso que durante sus últimos 20 años sufrió terriblemente de varices en las piernas.

Eran una llaga viva y jamás el hermano Rufino perdió la alegría interior. Nunca desapareció aquella sonrisa bondadosa que vagaba por su rostro; nunca se le oyó quejarse; jamás dejó de cumplir con abnegación y fidelidad sus obligaciones. En su sencillez y en su naturalidad, era admirable: siempre igual, siempre respetuoso con los Superiores y cordial con sus iguales. Su bondad ingénita, su seriedad ecuánime, su humildad de ley, su fidelidad a las reglas, su prontitud en asistir a los actos comunes, su pobreza rigurosa, su obediencia ciega, su pureza angélica, su devoción y su piedad le ganaban el cariño de los Superiores, el respeto de sus hermanos y la benevolencia de todos. Es que se recoge lo que se siembra, y como el Hermano Monreal sembraba el bien a manos llenas, y sus palabras eran bondadosas, sus obras estaban impregnadas de caridad, recogía el afecta y cosechaba la sincera admiración de todos los religiosos. El secreto resorte de este fenómeno estaba en la intensa vida espiritual que sin exterioridades llamativas, ni alharacas de ninguna clase, llevaba el buenísimo Hermano Rufino. Ya lo hizo notar el autor de su elogio póstumo con estas palabras: “Quae quidem omnia nemo mirabitur, si sciat Rufinum Nostrum Josephi Fundatoris nostri vitam prae oculis habere ac singulis diebus vota sua coram Venerabili Altaris Sacramento cui saepe invisebat, devotissime iterare”.³⁶⁴ A nadie admirarán todas estas cosas, si sabe que nuestro Rufino tenía delante de los ojos la vida de José, nuestro Fundador, y que todos los días renovaba devotísimamente sus votos delante del venerable Sacramento del altar, al que visitaba muchas veces.

Otro manantial que nutría la piedad de nuestro Hermano era la devoción filial que profesaba a la Santísima Virgen, cuyo Rosario rezaba frecuentemente. No se contentaba con obsequiarla con el de regla y costumbre, sino que a lo largo de la jornada lo repetía en los tiempos libres muchas veces. De la consideración de los misterios extraída como la abeja de las flores el néctar divino con que elaboraba el panal de su piedad. Hombre ayuno de ciencias humanas, que no cursó en su vida, estaba henchido hasta la saturación de la de los Santos, y ella guió sus pasos por las vías de la perfección evangélica, hasta hacer de él un santo y perfecto religioso. Ella le comunicó una aureola de virtud que lo tornaba respetable en el concepto de propios y extraños. Recomendable por tan excelentes cualidades y virtudes, lo fue principalmente por su inalterable paciencia en sufrir, sin quejas, a solas con su Dios que lo confortaba, las varices que supuraban constantemente y que convertían en una llaga viva la parte atacada. No fue de esto, sin embargo, de lo que

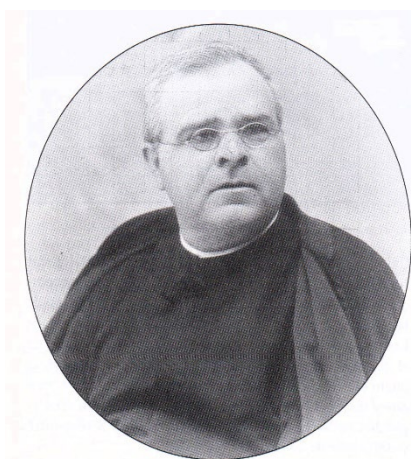
³⁶³ Biografías citadas, lugar y página dichos.

³⁶⁴ Necrologías del año 1916, página 20.

murió el Hermano Rufino, porque en último análisis purificaba su sangre, y lo libraba acaso de otras enfermedades más graves y peligrosas, sino de una afección cardiaca que lo puso en trance de muerte. Se le administraron los Sacramentos, que recibió con mucha devoción y entrega total en las manos de Dios. Y expiró plácidamente en el Señor en Zaragoza el 29 de octubre de 1917, cuando estaba cumpliendo los 63 años de vida y los 37 de hábito religioso.

La memoria del justo no perecerá totalmente, y el recuerdo del Hermano Rufino Monreal, de sus virtudes cristianas y de sus perfecciones religiosas, persistirá entre nosotros como un estímulo y como un ejemplo. El Secretario de nuestro Colegio de Zaragoza, haciendo justicia a la vida y a las obras de este santo escolapio, le dedicó estas palabras, expresión de la verdad y del sentir de cuantos conocieron al Hermano Rufino: “Mientras se le rezaba la recomendación del alma, falleció, después de haber sido un modelo de virtudes, en especial del sufrimiento y paciencia, pues había padecido más de 20 años muchísimo, y nadie le oyó nunca quejarse, y siempre alegre, animoso con todos, muy cariñosos y complaciente, muchísimos ratos, sobre todo los domingos, se marchaba a una tribuna y allí se pasaba las horas con Jesús. Había sido siempre un excelente Hermano y sumamente celoso de su oficio, y muy trabajador”.³⁶⁵

Capítulo XLIII. Rmo. P. José Godos de la Inmaculada Concepción



Podemos afirmar con toda razón, vista la vida oculta y la senda escondida que siguió el Hermano Rufino Monreal para llegar a ser un gran escolapio, que los extremos se tocan, al enfrentarla con la del ilustre escolapio de quien vamos a ocuparnos inmediatamente. Todo lo que tuvo de oscura la existencia del Hermano Monreal, la tuvo de brillante la del P. José Godos. Y, sin embargo, aunque humanamente estaban en planos muy diferentes, se daban la mano y se igualaban por aquellos. Sencillez que los caracterizaba, por aquella bondad que los hacía queridos de cuantos los trataban. El P. Godos no desmintió en toda su vida esta semblanza que se

ha hecho de su niñez y adolescencia: “Praeter suavitatem indolis, quae nunquam ei defuit et solertis ingenii docilitati, ingens erat ei jam adolescentia amor virtutis, magnumque christianae pietatis studium”³⁶⁶. Aparte de la suavidad de su índole, que jamás le faltó, y de la docilidad de ingenio despierto, era ya grande en él desde la adolescencia el amor de la virtud y el deseo de la piedad cristiana. En nuestro sentir, el P. Godos ha sido uno de los escolapios más completos de la Provincia de Aragón en los tiempos modernos. Observante, ejemplar, abnegado, humilde, bondadoso, con un cúmulo de condiciones intelectuales y sociales que le ganaban la admiración y la simpatía de cuantos lo trataban. Quien esto escribe, conserva en su memoria, como grabada a fuego, la imagen de este gran escolapio desde los años de su ya remota infancia cuando el P. José Godos, en el pleno

³⁶⁵ Libro de la Secretaría del Colegio de Zaragoza, número 17. Asiento correspondiente al 29 de octubre de 1917. Archivo del Colegio de Zaragoza.

³⁶⁶ Catálogo de los Religiosos fallecidos el año 1918, número 6, página 11. Madrid, 1919, Archivo de la Provincia de Aragón.

dominio de sus facultades, era el rey del púlpito en Barbastro, y acaso la persona de más relieve por sus obras y por sus palabras.

En Fraga, plantel del que salieron tantas y tan distinguidas vocaciones para la Escuela Pia, vino al mundo el P. José Godos y Sanz, el día 28 de noviembre de 1852; y enviarlo a su tiempo por sus padres a nuestro Colegio, “parecía dispuesto por la naturaleza y cincelado por la divina gracia para el humilde, pero gratísimo a Dios y a los hombres, ministerio de nuestra Orden”. Tan hondamente calaron en el espíritu de José las enseñanzas y los ejemplos de sus maestros; tan gustosamente rumiaba el pábulo de piedad y buenas costumbres que le proporcionaba la educación calasancia; y tanto le admiraban los frutos que en sus pocos años comprendía daba la formación de nuestras escuelas, que ya de niño empezó a revolver en su pensamiento y a acariciar en su corazón la idea de abrazar la vida religiosa en la Orden Calasancia. Madurada suficientemente, asegurado después de orar y consultar de que era de Dios el llamamiento a aquel joven, y que había excedido a todos sus condiscípulos en la aplicación al estudio y en el aprovechamiento de las lecciones de sus maestros, golpeó a las puertas de las Escuelas Pías, solicitando ser admitido en ellas, y se le abrieron de par en par inmediatamente. Los Superiores conocían los quilates de virtud que adornaban a aquel postulante, y sabían la hermosura del corazón y la pureza de costumbres del joven pretendiente, y consideraron su pedido como un don del cielo. No todos los días se presentan candidatos que reúnan el cúmulo de cualidades excelentes que adornaban a nuestro José, y por eso, cuando se ofrece uno, hay que franquearle la entrada y recibirlo con los brazos abiertos.

Es lo que se hizo con este hijo de Fraga que humildemente solicitaba el ingreso, y que tanta gloria había de dar a las Escuelas Pías. Admitido, se trasladó a Peralta de la Sal, donde recibió la sotana el 17 de diciembre de 1968. Conocidos los anhelos que agitaban el corazón de José, y teniendo en cuenta que los móviles que lo llevaban al claustro eran los de mayor perfección, a nadie causó extrañeza el fervor con que se consagró a adquirir el espíritu calasancio, ni el empeño que puso en enriquecer su alma con todas las virtudes, y el interés con que se dedicó a despojarse de los resabios del siglo, ni la forma y el cariño con que cumplía sus los deberes propios del religioso. Guardaba el silencio con toda fidelidad; observaba la más escrupulosa modestia en la vida y en las actitudes de su cuerpo, en público y en privado; practicaba la humildad con esmero, pues no ignoraba que es el fundamento inconmovible de la santidad; se abrazaba a la mortificación interna y externa como la mejor aliada de la castidad; amaba la pobreza como muro de la Religión; hacía de la obediencia el eje de su vida, y todo lo aglutinaba con la oración y con la frecuencia de Sacramentos, que daban unidad y fecundidad a todas esas prácticas y ejercicios. Ni qué decir tiene que quien así procedía, forzosamente había de adaptarse a la disciplina regular, y que debía progresar en las vías de la perfección, de tal forma que a su tiempo se hiciera digno de ser admitido a la profesión simple. “In Petraltensi novitiatu sic perfacile ad regularem disciplinam mores se aequavit, tantumque in sublimiores perfectionis via est progressus, ut probationis tempore feliciter emenso, ibidem... incunctanter vota simplicis emitere”³⁶⁷. Este acto se celebró el 29 de julio de 1870.

Inmediatamente pasó al juniorato para consagrarse al estudio de las ciencias que más había de necesitar como maestro y como sacerdote. Un año le faltaba para coronar su carrera, cuando por efecto de la que llamaron “quinta robada”, hubo de emigrar a Francia,

³⁶⁷ En el mismo lugar,, página 11.

en cuyo seminario de Bayona halló un santo y seguro asilo, junto con otros jóvenes escolapios que estaban en las mismas circunstancias. Matriculado en aquel centro eclesiástico, el junior José Godos, ni por su virtud, ni por su aplicación y aprovechamiento, se mostró inferior a ninguno de sus condiscípulos, y llamó poderosamente la atención de profesores y superiores por las composiciones en verso latino con que se solía obsequiarles en ocasiones solemnes, siguiendo la costumbre de las Escuelas Pías. Se llegó a pensar en el seminario si aquellas lucubraciones serían un plagio, y se le probó, poniéndole temas raros para que los pusieran verso, a todos los cuales dio la respuesta más cumplida y satisfactoria. Sus acciones subieron enormemente con esta experiencia, y el año 1875 fue nombrado profesor de Castellano, Latín y Caligrafía en el Liceo de Olorón, en el que durante un trienio cosechó grandes aplausos para sí, y recogió abundante provecho para sus alumnos. El año 1875, el 18 de diciembre recibió el sagrado orden del presbiterado, pero como era prófugo, no podía regresar a España según él y sus Superiores lo deseaban. Por fin se produjo una amnistía, y “el que se recomendaba muchísimo entre los extraños por la integridad de vida y por la ciencia, debía volver cuanto antes a su patria, para que las luces de su saber y de su virtud brillaran por todas partes entre los nuestros, para la mayor gloria de Dios y honra del Instituto Calasancio”.³⁶⁸

Así lo hizo no bien tuvo expeditas las fronteras, y el año 1877 inició su magisterio en España en el seminario del Colegio de Zaragoza, donde estuvo al frente de los colegiales, a quienes enseñaba francés; de donde pasó a Peralta a la escuela elemental en 1878, y el mismo año fue destinado a Barbastro, donde permaneció por espacio de tres lustros en la clase superior, en los cursos del bachillerato y en la dirección de internos. Fue el campo de operaciones donde más fecunda fue la acción del P. José Godos, donde se creó un nombre glorioso e imperecedero, donde conquistó nuevos lauros para el Colegio y para la Orden. En ese tiempo ocurrió lo que el pueblo barbastrense llamaba “el milagro del P. Godos”. Lo hemos recordado en la crónica de la Casa de Barbastro, y no hay para qué repetirlo, pero como es una faceta interesantísima de la biografía de este escolapio eminente, diremos aquí que tuvo la virtud de levantar la moral del pueblo, aplanado por la pertinaz sequía que agostaba los campos y amenazaba con la pérdida de las cosechas. El sacerdote que predicaba la novena de rogativas tenía atemorizada a la población, y el Alcalde hubo de dar por terminados los sermones. Acudió entonces a nuestro Colegio para que el P. José Godos se hiciera cargo del novenario, y que tratara de elevar la moral y de inspirar confianza al auditorio. Así lo hizo el P. Rector, que era el P. Casimiro Gil, quien, por su parte, le dijo que anunciara que llovería. Así lo cumplió nuestro P. Godos, quien levantó los ánimos, y el día de la procesión con el Santo Cristo de los Milagros. El desfile de todo un pueblo silencioso era impresionante. A todo esto, el sol brillaba en un cielo azul cobalto, lo que hacía más trágico el momento. Y así estaban el cielo y el sol cuando entramos en la catedral, terminada la procesión, y el P. José Godo subió al púlpito a decirnos que sí, que llovería, que el Santo Cristo decía que sí moviendo la cabeza en forma afirmativa. La catedral se llenó de suspiros y de sollozos, lágrimas corrieron en abundancia, y de repente la voz del orador fue dominada por un trueno seco al que siguió un aguacero abundante, que luego se convirtió en lluvia tranquila, que duró varias horas, salvó las cosechas y devolvió la tranquilidad y la alegría a los hogares barbastrenses. Ese fue “el milagro del P. Godos. Lo recordamos como si fuera ahora, y han pasado cerca de 60 años.

³⁶⁸ Consueta del P. Godos, página 12.

Ya era entonces el P. José querido en Barbastro y admirado por sus virtudes y por su elocuencia, pero desde aquel momento fue verdaderamente popular, y muchos se hubieran jugado la vida para defenderle. El P. Godos correspondía con su afecto a Barbastro, en tal forma que se consideraba como un barbastrense de nacimiento. La ciudad le ha pagado dando el nombre del P. Godos a una de sus calles. Poco permaneció por entonces en Barbastro, porque el P. Tornabells, nombrado Provincial de Aragón el año 1893, llamó al P. José a su lado como Consultor y como Secretario. Dictó también la cátedra de francés a los alumnos internos y a los externos, y tomó a su cargo la dirección de las religiosas Escolapias y la de sus alumnas. La vida del P. Godos en esta su segunda permanencia en Zaragoza, se consagró al púlpito y al confesonario. Para lo primero tenía dotes extraordinarias, empezando por las físicas: estatura más que regular, figura prócer, voz bien timbrada, ademán sobrio y elegante, palabra fácil y elocuente; y siguiendo por las espirituales: celo, preparación, unción, dominio propio y del público. Era muy solicitado de dentro y de fuera de Zaragoza cuyas dos catedrales resonaron frecuentemente con el eco de su evangélica palabra. En la dirección espiritual era hombre muy experimentado y contaba con numerosas hijas de confesión, a las que señalaba normas seguras de vida cristiana y perfecta. “Et cum per multis Christifidelibus moderator animarum quaereretur, semper se ita facilem praebeuit, ut non exiguum diei partem in confessionibus audiendis quotidie insumere” ³⁶⁹. Y como era solicitado por muchísimos fieles cristianos para director de almas, siempre se prestó tan fácilmente que empleaba una parte no pequeña del día en escuchar sus confesiones.

En esas tareas apostólicas y ministeriales estaba ocupado el P. José Godos cuando fue nombrado Vicerrector in capite del Colegio de Tolosa, cargo que se confirmó al ser elegido Rector en el capítulo de 1900. Hasta que llegó a Tolosa el P. Godos, las relaciones del párroco con los nuestros no pasaban ordinariamente de ser atentas, nunca íntimas y cordiales, y jamás había ocupado el púlpito de la parroquia un escolapio. Pero desde que llegó allí este hombre virtuoso, todo bondad, todo sencillez, amable y caritativo, que además era un apóstol de la cátedra sagrada, y un guía expertísimo en el confesonario, las cosas cambiaron radicalmente, y no solo se les encargaron sermones y novenarios a los nuestros, sino que les rogaba encarecidamente que los aceptaran, y el señor cura se consideraba honrado con que los hijos de Calasanz predicaran en su iglesia. Bien es verdad que los padres Godos y Gracia, que fueron los primeros, eran dos ases de la oratoria sagrada, que arrastraban el auditorio con su elocuencia y lo mejoraban con sus enseñanzas. Desgraciadamente, Tolosa no pudo disfrutar mucho tiempo de las luces, del ejemplo y del celo del P. José Godos, porque el P. Eduardo Llanas del Rosario, elegido Vicario General, requirió sus servicios y lo llamó a su lado para desempeñar las funciones de Secretario.

Era cuando nosotros permanecíamos en Tarrasa terminando nuestros estudios, y el P. Vicario General tenía allí su residencia. Por razón de su oficio, el P. Godos acompañaba al P. Eduardo Llanas, y dudamos que haya habido otro secretario más discreto, más fiel que nuestro P. José de la Inmaculada. Siempre acompañando al P. Vicario, siempre sirviéndole, atendiéndole en todas las comisiones y circunstancias, escondía su propia valía, disimulaba su personalidad, ponía una pantalla a su libro para que no apareciera más que aquel coloso, y no brillara más que aquel astro de primera magnitud que era el P. Eduardo Llanas. Rara virtud en quien, como el P. Godos, tenía título sobrados para brillar, y no

³⁶⁹ Necrología oficial, página 13.

carecía de merecimientos que para destacarse, pero nuestro héroe era humilde y sabía anularse; era modesto y no le costaba mantenerse en la penumbra; era sencillo, y le parecía natural quedarse en el anonimato. Apenas si hablaba, él que lo hacía tan bien, y tenía la educación y la virtud de escuchar atentamente a los demás. Solo aquella sonrisa tan suya, tan franca, que reflejaba la bondad de su corazón, bajaba constantemente por su rostro y llenaba su mirada. En lo demás, fuera respeto al P. Vicario General, fuera táctica calculada de quien residía en una comunidad que no era la suya, fuera todo junto, el P. José Godos no desplegaba los labios, no opinaba en los asuntos que se debatían. Disfrutó de toda la confianza del P. Llanas, que lo mantuvo a su lado constantemente hasta pocos días antes de su muerte.

Todos los que entonces vivíamos y pertenecíamos a la Provincia de las Escuelas Pías de Aragón sabemos que el P. Eduardo Llanas fue la víctima propiciatoria de la catástrofe de Entrambasaguas, pues, repercutió terriblemente en su corazón, y aquella naturaleza gastada no pudo resistir el golpe. Al quedar huérfana la Provincia por la muerte violenta e inesperada de su Superior, el P. Llanas nombró para suceder al P. Casimiro Gil, a quien había sido súbdito y admiración suyo, al P. José Godos. Era en 1904 y faltaban dos años para la celebración de los Capítulos, en virtud de lo dispuesto por el Motu Proprio de Pío X. Durante ese bienio, el P. Vicario Provincial fue el Superior celoso, pero el padre complaciente y comprensivo; el pastor que vigila la grey que le ha sido confiada, para que el lobo no siembre en ella la muerte, y que al mismo tiempo las cuida solícitamente; el administrador fiel de los intereses de la Orden hasta el escrúpulo, que le había hacía privarse de ciertas satisfacciones honestas y sencillas; el gobernante que exige el estricto cumplimiento de la ley, pero que a la vez tiene indulgencia con la debilidad y debe condescender con la flaqueza humana. La Visita Canónica de las Casas de la Provincia, la correspondencia con los religiosos, las conversaciones íntimas con los mismos, pusieron al P. Godos en contacto con los súbditos, lo que le permitió conocerlos y enterarse personalmente y directamente de las necesidades de los colegios, de los problemas que exigían solución y de los conflictos que se planteaban o podían presentarse. Donde ponía una mano suave y, sobre todo, donde intervenía su corazón, todo bondad, el P. José Godos triunfaba y dominaba las rebeldías más serias y más refractarias a la persuasión y al consejo. Es que la dulzura del P. Godos se imponía, y la mansedumbre triunfaba de los caracteres más ingobernables.

Relevado del cargo de Provincial en 1906, el Capítulo Interprovincial del mismo año lo eligió Asistente, oficio que simultaneó con el de Rector de Barbastro, para el que había sido designado. Así continuó, durante un sexenio, administrando escrupulosamente las temporalidades de la Casa, velando solícitamente por la observancia regular, impulsando el progreso del Colegio en todos los órdenes, dirigiendo almas por las vías del espíritu, disfrutando del afecto y de la consideración de los barbastrenses, a los que correspondía con toda su alma. Estaba espirando el generalato del P. Pedro Díaz cuando Dios le llamó a sí para otorgarle el premio de sus virtudes, y el P. José Godos hubo de recoger su herencia. Por una razón o por otra, el nuevo Vicario no mudó su residencia de Barbastro. “Totius Vicariatus Generalis negotis ibidem dextere et laudabiter gessit ac finivit”. Gestionó y acabó diestra y laudablemente los negocios de toda la Vicaría General. Terminado el periodo y celebradas las elecciones, como la su salud se había resentido, quedó libre de todo cargo para que se cuidara. Se retiró, pues, a Barbastro, donde querido y respetado de propios y extraños, pasó los últimos años, ni envidiado ni envidioso, consagrado a su propia santificación y a la de sus semejantes. Después de tantos trabajos por la gloria de

Dios y por la educación de la juventud, y atacado de parálisis, se fue debilitando en forma alarmante. Un nuevo ataque redujo a los extremos aquella naturaleza que había sido robusta como un roble, por lo que le fueron suministrados los Santos Sacramentos y aplicada la bendición apostólica, y entre las plegarias de los nuestros, mezcladas con lágrimas y sollozos, “inter nostrorum praeces, lacrymis, singultuque permixtas”, el día de la Purificación de la Santísima Virgen del año 1918 entregó su alma a su Creador en Barbastro, a los 66 años de vida y 50 de haber recibido la librea calasancia.

Ni que decir tiene que el fallecimiento del P. José Godos fue para Barbastro un día de luto. De tal forma se había compenetrado los barbastrenses con el ilustre escolapio; tan profundos y sinceros eran el respeto y la estimación que le profesaban. No hay ni asomo de hipérbole en estas palabras de la necrología, sino que representan la realidad escueta: “Quanti Josephum Nostrum Barbastrenses hubuerint ex eo conjici potest, quod funus maxima tan virorum quam mulierum ex omnibus ordinibus signantem vero ex Clero, familisque religiosis ac Municipio, qui summo suum luctu, piissimoque enim sensu prosequerentur, frequentis sit celebratur”³⁷⁰. Se puede deducir en cuánto estimaban los barbastrenses a nuestro P. José del hecho de que su funeral se celebró con la máxima concurrencia de varones y de mujeres de todas las categorías sociales, señaladamente del clero, de las Órdenes religiosas, y del Municipio, pero distinguían con su luto y con piísimos sentimiento de su alma. Ni como hijo de Barbastro, ni a título de miembro de la Escuela Pía, creemos habernos excedido en el juicio y en las alabanzas de este varón escolapio, que es acreedor a una biografía más extensa. Quienes hayan conocido al P. José Godos de la Inmaculada Concepción, estarán de acuerdo con nosotros, porque será poco cuanto se diga de su observancia religiosa, de su amor y de su servicio a la Orden, de su celo y de su elocuencia, de su bondad y de su sencillez, de su modestia y de su mansedumbre. Si alguno ignoraba las bellas prendas que lo adornaban, era él, sin duda alguna, porque la virtud de ley es humilde y jamás cree que hace nada extraordinario, sino cumplir con su deber. Sencillamente, los espíritus vanos son los que creen hacen mucho, y el P. Godos era un hombre ponderado, equilibrado, con una noción exacta de lo que debemos a Dios, al Instituto y a las almas.

Capítulo XLIV. P. Nicolás Yábar de la Virgen de los Dolores y Clérigo Javier Egaña del Dulcísimo Nombre de María

P. NICOLÁS YÁBAR DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES. Por los frutos de su ingenio que empezaba a producir, ese virtuoso escolapio constituía una bella esperanza para la Provincia y para la Orden; pero Dios, que es el Señor de la vida y de la muerte, se llevó a esta alma ya sazónada para el cielo. Era un espíritu gigante en un cuerpo enclenque y algo deforme, y toda su vida parecía concentrada en su inteligencia, en su corazón y en su mirada. Vino a Irache de profesor cuando éramos junior, y él recién ordenado, y nos cupo el honor de recibir sus lecciones. Era todo un profesor, a pesar de su juventud, y tenía la rara habilidad de hacerse, querer y respetar de todos los alumnos. Claridad, método, amenidad, dominio de la asignatura, eran las características de aquel hombre esmirriado, que parecía embutido en la cátedra, pero de cuyos labios brotaban explicaciones luminosas. Cuantos juniore pasamos por sus manos - estamos seguros - suscribirían estos conceptos, porque el P. Nicolás, ecuánime y preparado, estaba dotado de una ecuanimidad edificante, de una bondad jamás desmentida, respetaba y estimaba a sus

³⁷⁰ Elogio póstumo del P. José Godos, pág. 14.

discípulos, y no hacía entre ellos otra distinción que la impuesta por el talento, por la conducta, por la aplicación y por el aprovechamiento. Era para nosotros como una lección objetiva de lo que debe ser el educador según el espíritu de San José de Calasanz, de lo que debe ser el maestro escolapio. Con gran dominio de sí mismo y de su palabra, con una preparación científica notable y con un concepto exacto de lo que debe ser un profesor de futuros educadores, el P. Yábar aparecía a nuestros ojos como un maestro ideal, como el prototipo del pedagogo cristiano.

No era un religioso vulgar, ni uno del montón, quien mereció que se dijera de él que *“omnibus carus, Superioribus carissimus, majoris frugis spem Superioris officis functurus, nunciare videbatur”*³⁷¹. Querido por todos, queridísimo de los Superiores, parecía anunciar la esperanza de mayor cosecha por los oficios de Superior que había de desempeñar muy pronto. Nacido a la sombra del Monasterio de Irache, diríase que se le inyectó todo su espíritu, la paciencia benedictina de los siglos pasados, y la actividad creadora de la época presente; el fervor de los monjes primitivos, y la piedad de los actuales escolapios. Fue Ayegui, a cuyo municipio pertenece el caserío de Irache, donde vino al mundo el 6 de diciembre de 1876; pero su madre espiritual fue el Monasterio, cuyas aulas frecuentó con gran aprovechamiento en la piedad y en las letras. Los maestros pusieron en él los ojos, pues conocían bien los quilates de su virtud y los talentos de su inteligencia, y Dios Nuestro Señor encaminó sus pasos, de suerte que acudió a sus maestros pidiendo ser admitido en las Escuelas Pías. *“Jam a pueritia Nostrum centrale Collegium veniens, calasanctinis traditur, qui de tenello ingenio merito jureque sperantes, sibique in puerum placentes, nihil reliqui facere ut talem essent habituri, qualis jam tum portendi videbatur”*³⁷². Frecuentado nuestro Colegio Central desde la infancia, fue entregado a los escolapios, quienes esperando con razón y derecho del tiernecito ingenio, y satisfechos del niño, nada dejaron de hacer para que lo dispusieran, tal como ya prometía hacer más adelante.

Ingresa en la Orden en el noviciado de Irache y vistió el hábito calasancio el 27 de agosto de 1891. Durante el bienio de probación, el novicio Nicolás se consagró por entero a formar su espíritu para la vida religiosa; a las prácticas de piedad que habían de facilitársela; al ejercicio de las virtudes que debían de ser el cañamazo sobre el que bordar su perfección; a compenetrarse del espíritu calasancio y a saturarse de él, de suerte que las reglas y observancia de la Orden le fuesen como connaturales. De esta suerte realizó progresos admirables en la obra de su perfeccionamiento espiritual, y cumplido el tiempo de noviciado, se le juzgó digno de formular los votos simples y los emitió. *“omnium exultatione, et sui ipsius gaudio”*, con alegría de todos y gozo suyo. No dice la necrología cuándo se realizó ese acto, pero a juzgar por las costumbres establecidas, debió ser el día de San José de Calasanz de 1893. En el mismo Monasterio de Irache inició sus estudios, que hizo con notable aprovechamiento, y a los dos años pasó a Cardena a continuar y terminar su carrera. En 1898 pronunció sus votos solemnes, y después de unos años fue destinado a Irache de profesor de los juniors. Para su temperamento, para sus aficiones y para su modalidad espiritual, era el medio más adecuado, pues podía satisfacer ampliamente sus ansias de virtud y sus anhelos de ciencia. Eso y la fiel atención de sus clases absorbía la vida y el tiempo del P. Yábar. Así lo nota su consulta: *“tum vir licet incommoda valetudine, nullam solido de die particulam demere, majora studia serius*

³⁷¹ Consuetas del año 1918, número 25, página 46. Madrid, 1919. Archivo del Colegio de Zaragoza.

³⁷² Lugar citado, página 41.

semper haurire, Deoque alumnisque unice vacare in deliciis habuit”³⁷³. Entonces, aunque de escasa salud, tuvo sus delicias en no perder ni una partícula del día en extraer con más ardor mayores estudios, y en vacar únicamente a Dios y a los alumnos. Esas palabras son a manera de una fotografía del P. Nicolás, tal como lo conocimos y admiramos en Irache.

Donde este gran escolapio dio la medida de su valor fue en Alcañiz, cuando se establecieron allí para la Provincia de Aragón los últimos cursos del juniorato. Se había encontrado la verdadera ocupación, el oficio en que más podía brillar y fructificar las dotes que le adornaban. Se le encomendaron las cátedras de teología y de derecho canónico, disciplinas para las que estaba bien preparado, y para las que parecía hecho exprofeso. Allí pudo explayar su celo y dar alas a su genio para poner ante los ojos de sus oyentes el sistema único de la verdad católica, y los fundamentos, y los principios y las prescripciones concordes del Derecho; y allí se reveló el gran maestro y el excelente religioso que era el P. Nicolás, y allí recogió los más abundantes y los más sabrosos frutos de su magisterio. Fue el mayor honor de su vida al que correspondió poniendo todos los resortes de su bondad, todos los talentos de su inteligencia y todas las ilusiones de su corazón de religioso y de escolapio. No se concretaba a explicar la Teología o el Derecho, y sus clases eran lecciones prácticas de pedagogía y metodología, sin que el P. Yábar lo pretendiera, con gran provecho y satisfacción de sus alumnos. Así lo hace notar y muy justicieramente su elogio póstumo. “Grata ejusdem adhuc extat memoria tot magistrorum puerorumque cordibus insculpta, qui cum pietatis semine, comparatae disciplinae et normae ipsius alios educendi huic tanto magistro sese ultro debitores fatentur”³⁷⁴. Todavía persevera esculpido en los corazones de tantos maestros y niños, el grato recuerdo de tan gran maestro, al que se confiesan deudores del germen de la piedad, de la adquirida disciplina y de sus normas en la enseñanza de los otros. No es de extrañar que así captara las voluntades y las inteligencias quien parecía realizar en su vida y en su magisterio el ideal del educador católico, según el espíritu de San José de Calasanz, a quien nuestro P. Nicolás procuraba imitar fielmente.

Dios, que tan avaro se mostró con nuestro hermano en la parte física de su ser, fue generosísimo en las psíquica, intelectual y moral. Celoso de la gloria divina, interesado en la salvación de sus semejantes, consciente de lo que debía a los niños y al Instituto, con un alto concepto del valor de las almas, y convencido de la importancia del ministerio calasancio, el P. Yábar se esmeró en prepararse para él, y ponía su empeño, todo el amor que profesaba a Dios, todo el celo que le inspiraba su gloria, todo el interés que le merecían las almas, todo el sacrificio que era preciso, para tornar eficaz el apostolado de la educación y de la enseñanza. Sumaba a esto una extraordinaria variedad de condiciones naturales: bondad, diligencia, delicadeza, respeto en el trato con los niños, y eso le ganaba su confianza y aprecio, lo que le permitía recoger frutos abundantísimos de sus tareas educativas y docentes. “In docendo enim sollers, in moderandis alumnorum animis qum suavitatem gravis, in familiar consuetudine comis, omnium sibi amorem conciliavit. Homo vere Calasanctianus, ut erudire spiritu intelligentiae ac pietatis juventutem, quas singularis vitae nostrae est meta, suma ope nitebatur”³⁷⁵. Diligente en el enseñar, grave con suavidad en modelar el ánimo de los alumnos, delicado en el trato familiar, se ganó el amor de

³⁷³ Necrología del Padre Yábar. Página 42.

³⁷⁴ En el archivo y lugar dichos.

³⁷⁵ *Ibidem*, pág. 42.

todos. Varón ciertamente calasancio, se esmeraba con todas sus fuerzas en educar a la juventud en el espíritu de inteligencia y de piedad, que es la meta propia de nuestra vida.

No es fácil llegar a los resultados a que llegó el P. Nicolás, porque el mundo, el demonio y la carne, el ambiente de la época actual viciado, y las mismas costumbres familiares, libres o despreocupadas, son otros tantos enemigos que atentan contra la pureza y contra la fe de los muchachos. Es preciso contrarrestar estos agentes adversos con poderosos elementos sobrenaturales que anulen o reduzcan a su más mínima expresión la influencia del mal ejemplo y de las pasiones exacerbadas. Y el P. Yábar esgrimió, poderosa y eficazmente, las armas de la piedad, del temor de Dios, de la frecuencia de Sacramentos, con lo que obtuvo frutos maravillosos. “Entregado totalmente á la tarea de esculpir en el corazón de los juniors y de los niños la imagen de Cristo, les enseñaba el temor de Dios con la palabra y con el ejemplo, y no dejaba ningún día de rezar con ellos los misterios del Santísimo Rosario, ni de proponerles ejemplos de virtud, tomados de la historia cristiana, atrayéndolos con el reparto de estampas y rosarios, y oyendo sus confesiones con la mayor prontitud y diligencia”.³⁷⁶ Ese era el secreto de los grandes triunfos que obtenía, y el origen de los frutos copiosos que el P. Nicolás Yábar recogió de su trato con los juniors y con los niños: ponía a Dios como fundamento, como centro y como fin de sus trabajos, y Nuestro Señor los bendijo abundantemente, porque buscaba las almas, y todo lo demás carecía de valor a sus ojos. Por eso fue precisamente un educador modelo, porque abrasado en el amor de Dios y devorado por el celo de las almas, esas eran las ansias de su corazón, a ellos se encauzaban sus afanes. Ahí se dirigían todas sus empresas. La gloria humana, los aplausos, los triunfos, No lee seducían, eran muy pequeños para aquel espíritu gigante que no se contentaba con menos que con Dios y con su gloria.

Cuando los superiores creyeron conveniente establecer el junior rato en Cascajo, el Nicolás se trasladó con los Juniors a esta casa de campo situada a las afueras de Zaragoza y continuó dándoles lecciones de teología dogmática y moral. Junto con normas de vida religiosa, sabía cuán grave era su responsabilidad y quería responder a ella. Temeroso de los juicios divinos, tenía clara conciencia del honor que significaba el cargo y se afanaba en hacerse. Asigno de cada día. Todo le parecía poco para impulsar a sus jóvenes por la senda de la virtud y formar en ellos conciencias delicadas. Ninguna solicitud le resultaba excesiva para vigilar y guardar el rebaño que le había sido confiado, y alejar de él a los lobos que rondaban en torno suyo. Ningún sacrificio le era costoso cuando se trataba de instruir a los futuros maestros de las Escuelas Pías, y por ellos y para ellos renunciaba gustoso a la honesta recreación, al mismo descanso. Fue un excelente director espiritual y un brillante maestro de nuestros estudiantes, a quienes consagraba lo más delicado de sus sentimientos, lo más puro de su corazón, lo más valioso de su voluntad y los mejores talentos de su inteligencia. “Nuestro amadísimo, Nicolás, leemos, abrió a nuestros juniors la salubérrimas fuentes de la teología moral y dogmática, y con piadosas amonestaciones, un cuidado inenarrable y suma prudencia, cuidó de ellos, y bien que extenuado en sus fuerzas corporales, enemigo del ocio, todo el tiempo que le sobraba de los ejercicios escolares, en vez de emplearlo en el descanso, o en el recreo, era costumbre suya consagrarlo a nuevos estudios”.³⁷⁷

Tal la vida breve, pero rica en obras y plena de virtudes, del P. Nicolás Yábar de los Dolores, que cayó víctima de la epidemia de gripe que invadió Europa a raíz de la Primera Guerra Mundial que ha

³⁷⁶ Necrología del Padre Nicolás Yábar, lugar citado.

³⁷⁷ *Ibidem*, página. 45.

soportado este siglo. Fue una tos que le obligó a ponerse en cama, y que él tomó como un preanuncio de la muerte próxima, por lo que se preparó a recibir los Sacramentos. Sin duda que, si lo hizo por devoción, parece también que fue una inspiración divina, puesto que falleció repentinamente en Cascajo, el 5 de noviembre de 1918. Hacía 27 años que había recibido la sotana y contaba 42 de vida. Corta en duración, fue larga en obras, y merece ser propuesta a los venideros como modelo. Lo que el P. Yábar pudo, y lo que hizo podemos hacerlo todos. Es solo cuestión de voluntad, basta que queramos, y correremos por las vías luminosas que nos ha dejado marcadas. El Nicolás constituye por sus virtudes y por sus talentos, por su observancia regular y por su espíritu calasancio, por su amor a Dios y al Instituto, un dechado, y tiene ganada legítimamente el lugar que ocupa en esa galería de CLAROS VARONES. Aquí queda, pues, como una lección y como un estímulo en la esperanza de que serán muchos los escolapios presentes y futuros que se fijarán en él, como en un modelo de fidelidad a Dios y a las Reglas, como una bandera que acogerá bajo sus pliegues y los conducirá hasta la perfección a cuantos aspiren seguir las huellas de Calasanz y quieran santificarse imitando su vida.

Hemos dicho al principio que es Nicolás Yábar era un hombre que empezaba ya a producir frutos de carácter literario, que eran una promesa y constituían una esperanza para el futuro. Recordamos que en el extraordinario de “Revista Calasancia” con motivo del Tercer Centenario de la fundación canónica de las Escuelas Pías publicó un hermoso y extenso artículo que titulaba “Pedagogía Calasancia”. Era un estudio documentado y sistemático del tema, que constituía una verdadera tesis admirablemente enfocada y tratada. Lástima que la muerte que le llegó muy pronto no le permitiera ampliar el asunto y escribir el libro que se encerraba en aquel jugoso estudio. Era también un buen prosista, y escribía con todo casticismo. Como prueba de lo que él P. Nicolás era capaz de hacer, es una muestra excelente, y ese escrito constituye un interesante y acabado ensayo de la pedagogía calasancia.

CLÉRIGO JAVIER EGAÑA DEL DULCÍSIMO NOMBRE DE MARÍA. Fue como una flor que apenas roto el capullo se hiel y muere bajo el beso frío del cierzo. Este joven escolapio no había hecho más que romper el capullo, y quería ensayar sus primeros vuelos cuando el soplo helado de la muerte lo abatió y llevó al sepulcro. Su vida breve, como la de las flores, no da más que para un esbozo de biografía, puesto que no llegó a cumplir los cuatro lustros. Había nacido en Bilbao, diócesis de Vitoria y provincia de Vizcaya, el 27 de noviembre de 1898, en el Seno de una familia honesta, que se preocupó de imbuirle principios cristianos y de habituarlo a buenas y puras costumbres. Somos en gran parte hijos del medio en que nacemos y vivimos, y sin caer en el determinismo filosófico, podemos asegurar que influye poderosamente en nuestra vida y en nuestras acciones. Así no es de extrañar que de hogares cristianos salgan hombres honestos y nazcan vocaciones religiosas, y que de los impíos procedan hombres sin honor, y hasta criminales. Se recoge lo que se siembra, y si un árbol bueno no puede producir frutos malos, tampoco el malo y enfermo, los dará sanos. El joven Javier Egaña, que había mamado la piedad con la leche, y que había respirado en su familia un ambiente prácticamente cristiano, sintió brotar en su pecho la flor de la vocación, y no halló dificultades para seguirla. Cuando se determinó a inscribirse en la milicia calasancia, contó fácilmente con el beneplácito de sus padres, no halló obstáculos de parte de los Superiores de la Orden. Se le citó, pues, en Zaragoza, de donde pasó a Peralta de la Sal, donde visitó el hábito escolapio. No dice la consuetud en qué fecha y dónde inició su formación para la vida religiosa.

Colocado en la Casa de Probación, el joven Egaña no tuvo preocupación mayor que la de aprender el camino de los santos, penetrar en él, correr por el mismo como gigante hasta llegar al Monte Santo de la perfección religiosa. Y así, “*adolescentes humanitas in chartatem, in obedientiam docilitas; in devotionem pietas, debilitas mentis crevit in scientiarum progressus*”³⁷⁸. La educación del adolescente creció en caridad, la docilidad en obediencia, la piedad en devoción y la debilidad de la mente en el progreso de las ciencias. Un novicio que así avanzaba y se perfeccionaba, era una promesa para la Orden y constituía una esperanza fundada, por lo que, terminado el bienio de

³⁷⁸ Necrología del Clérigo Javier Egaña, año 1918, nº 26, pág. 44

aprobación, fue admitido a los votos simples. Los formuló en Peralta de la Sal, con todo el fervor de su alma y con la mayor alegría de su corazón, puesto que había realizado el ideal de su existencia. Como los ojos necesitan de la luz para ver, y los pulmones del aire para respirar, el alma de Javier Ecaña necesitaba unirse con su Dios para no agostarse con el hálito huracanado de las pasiones y con el cierzo helador de la indiferencia religiosa en que el mundo se debatía. Puso a esos enemigos del alma ese muro de contención de la profesión religiosa, que lo defendía de ellos y lo fortalecía para perseverar en el amor de Dios y en su servicio.

En Irache, a donde fue enviado para cursar los estudios filosóficos y matemáticos, y para afirmar y ahondar en su alma el espíritu calasancio que había captado en el noviciado, y que en su día había de infundir a los niños que la obediencia le confiara. De Irache, donde hizo sus cursos con aprovechamiento suyo y alabanza de sus profesores, se trasladó a Cascajo para iniciar la teología y coronar su carrera, en donde se consagró con igual fervor de su alma a la piedad y a las letras, y siempre excedía a sus compañeros, ya por la humildad del corazón, ya por la modestia de su rostro y de todo su cuerpo, ya también por su caridad ardiente. “Ibique, pari animi ardore litteras et pietatem prosequeretur, atque inter aequales tum cordis demissione, tum vultus totiusque corporis modestia, tum etiam ardentiori charitate semper excellerebat”³⁷⁹. Pero allí, en pleno campo, donde parecía que más incólume había de ser el flagelo que sembraba la muerte en España, donde podía creerse que la salud estaba asegurada, le esperaba la guadaña igualitaria para arrojar su cuerpo a la sepultura y abrir a su alma las fuerzas del cielo. Aquel cuerpo robusto que Dios le había dado se dobló bajo el influjo de una hemorragia inesperada, como el roble bajo el soplo del huracán, y agravándose la enfermedad, y consumido por la fiebre, se le administraron los Sacramentos.

Fortalecido por el Viático y con la Santa Unción, mientras invocaba los nombres de Jesús y de María, y estrechaba contra su pecho la imagen de Jesús crucificado, entregó placidísimamente su espíritu al Creador, en Cascajo, el día 6 de noviembre de 1918, a los 20 años de edad y 5 de Religión no cumplidos. El clérigo Javier Egaña pasó por el mundo como un cometa que apenas se levanta sobre nuestro horizonte, se sume en las tinieblas y desaparece de nuestra vista. Pero si del cometa no quedan rastros en el espacio, Javier Egaña dejó marcada con trazos de luz su trayectoria por el mundo. La estela perfumada de sus virtudes ha quedado en pos suyo, para ejemplo de sus hermanos y estímulo de nuestros juniors. Eso significan las vidas cortadas cuando las están tejiendo, como dijo el profeta, y la de nuestro junior Egaña es una invitación a sus sucesores para buscar en todo a Dios, para esforzarse en la santificación propia y elevarse de esta manera hasta las altas cumbres a que los invita.

Capítulo XLV. M.R.P. León Vidaller de San José de Calasanz.

¡Cuán cierto es que los caminos de Dios no se parecen a los de los hombres, y que hasta de las piedras puede hacer hijos de Abraham! De vez en cuando Nuestro Señor se complace en demostrarnos que hasta en terrenos pedregosos puede el soplo de su gracia suscitar flores delicadas de virtud, y alimentar hermosos frutos de Santidad. Uno de esos casos fue el hogar del Padre León Vilaller, que era de una familia republicana, cuyo padre profesaba ideas avanzadas, y a cuyo ambiente se sustrajo el niño, y nutrió su espíritu con la leche de la piedad, y lo iluminó con la luz de la verdad cristiana. Vino al mundo en Monzón el 27 de agosto de 1838, en pleno auge de las ideas progresistas; pero no juzgamos

³⁷⁹ En el mismo lugar.



incongruente este pensamiento de su necrología: “Nec immerito dixeris ipsum, quem vestigis Parentis nostri preferente vidibimus, die eidem sacro nascentem, Patriarcham nostrum sibi in filium optasse suaque sub tutela praestantissim illum adscivisse”³⁸⁰. No queremos, sin razón, que aquel que veremos seguir las huellas de Nuestro Padre naciera en el mismo día que le está consagrado, que nuestro Patriarca lo adoptase por hijo y que lo tomara bajo su potentísima tutela.

I. Infancia del joven León Vidaller

Los primeros años de la vida de este hombre eminente se deslizaron parte en Monzón, parte en Madrid, hasta que su familia se radicó en Tamarite de Litera y en esta noble villa de Aragón frecuentó nuestras escuelas, en cuyas salas libó abundantemente el néctar de la piedad, que caracteriza a la educación calasancia; y las felices disposiciones para la virtud que recibiera del cielo hallaron el pábulo y los impulsos necesarios para crecer y fructificar en forma de buenas obras. Los nuestros se aficionaron particularmente a este alumno, que era el primero en su aplicación; que sobresalía por la suavidad de sus costumbres, por cierta prestancia y dignidad innatas y que se imponía por sus virtudes, con lo que le están contestes sus condiscípulos sobrevivientes. “Quae res quam fuerit nostratibus grata, quantoque ipsos gaudio afeccerit, inter potissimo hauritur quod cum vel a primordiis inter alumnos facile principem conspicerem, sive ingenii acumina, sive morum suavitate et quaedam veluti nativam praestantiam, et decore, sive demum asidus, qua tum lectioni librorum, tum pietatis operibus vacabat opera, quodquidem superstites ejus condiscipuli semel atque iterum testati sunt”³⁸¹. Era natural que un alma tan delicada y un corazón tan puro aspirará a la vida perfecta y que el trato con sus maestros despertara en su espíritu el anhelo vehemente de seguir su ejemplo consagrándose a Dios en la Escuela Pía. Al único a quien no llenaba ese proyecto, y lo combatió con todas sus fuerzas y con su autoridad paterna, fue a su progenitor, que se opuso tenazmente a que León siguiera el llamamiento divino, y le negó el permiso de hacerse religioso. Pero si fuerte era la tenacidad del padre, no le iba en zaga el carácter del hijo y es que sabía que “obedire oportet Deo magis quam hominibus”, que debemos obedecer a Dios más que a los hombres, y que acaso conociera la enérgica frase de San Jerónimo a su discípulo Eustoquio: “etiam patre calcato, pargere in desertum”, aun pisando a tu padre, marcha al desierto, un día huyó de la casa paterna y buscó un refugio seguro en el puerto del noviciado. Hasta allí lo siguió su padre, pero su furor y su obstinación se estrellaron ante la firmeza y la fidelidad a Dios de aquel mozo de 15 años que no ignoraba que la obediencia a los padres cesa cuando se interfiere con la que debemos a ese otro Padre que tenemos en los cielos. “Voló, pues, y prófugo de la casa paterna, se acogió a la Casa de Peralta, a donde lo siguió su padre poco después para arrancarlo de dondequiera y volverlo a la casa paterna.”³⁸²

Pero todas sus bravatas fueron nulas, porque se estrellaron ante la constancia del hijo, que resultó ser la horma de su zapato. La terquedad del señor Vidaller hubo de ceder ante la resistencia de su hijo, que se negó a recibir a su padre, que venció la tenacidad del autor

³⁸⁰ Necrologías del año 1919, nº 4, pág. 4. Madrid 1920.

³⁸¹ En el mismo lugar, pág. 5.

³⁸² Necrología del Padre León, página 5.

de sus días, y se conquistó la tranquilidad y méritos insignes para vestir la sotana vio por fin satisfechos sus anhelos el 2 de octubre de 1853, recibéndola de manos del Padre Francisco Martínez del Carmen, Rector de Peralta. Una vocación tan combatida y probada tenía forzosamente que cuajarse en fragantes flores de virtud y cubrirse de hermosos frutos de santidad desde los días mismos del noviciado. Para ser un religioso mediocre no hacían falta tantas y tan rudas luchas. La actitud del joven Vidaller exigía una fidelidad absoluta a la vocación; reclamaba una vida consagrada por completo a la adquisición de las virtudes religiosas; involucraba el compromiso tácito de realizar en toda su pureza e integridad el ideal del escolapio. Nuestro León no defraudó las esperanzas que se cifraban en él, y desde el primer día de su noviciado corrió como gigante por el camino de los Santos Mandamientos, en el cual hizo admirables progresos. No hubo virtud que no cultivara con amor, ni observancia que descuidara, ni regla que conculcara. Tenía un concepto exacto y una idea clara de lo que significaba ser religioso, y se preocupaba seriamente de echar los fundamentos y de poner muy hondo el cimiento del edificio espiritual que debía elevar para merecer el nombre de escolapio. Y así puso en la base mucha humildad de ley, una caridad jamás desmentida; una pureza de alma que lo asemejaba a un ángel; una rectitud que le ganaba los corazones; un espíritu de pobreza que lo tornaba rico en virtudes; una obediencia ciega a los Superiores, en quienes descubría la autoridad de Dios; un espíritu de oración que constituía el aglutinante divino de todas sus acciones dirigidas a su santificación, y era la fuerza de su voluntad, en las ascensiones de su corazón hacia Dios, y en la perseverancia en su servicio. Con eso el Hermano León fue en el noviciado, como lo había sido antes en el colegio, y lo sería más tarde, en el juniorato, el primero entre todos. Era, además, el refugio de sus compañeros en cuantas dificultades se encontraba de cualquier especie que fuera. “Unde et omnes ipsum adibant, sive de solvendis difficultatibus ageretur, sive de temata corrigendo, aut de exercitationibus litterariis latinis graecisque perpeliendis, aut demum de graphicis operibus aut mechanicis perficiendis, quibus omnibus quada videbatur donatus aptitudine”³⁸³. Todos acudían a él, ya se tratara de resolver dificultades, ya de corregir los temas o de ejecutar elegantemente los ejercicios literarios, latinos o griegos, o finalmente de realizar trabajos gráficos o mecánicos para los que parecía estar dotado de cierta actitud nativa.

II. El junior y el maestro novel

Ni que decir tiene con cuánta complacencia contemplaban los Superiores aquel novicio a quien admiraban, ni con qué gusto aspiraban la exquisita fragancia que sus virtudes exhalaban, ni la satisfacción con que veían correr el tiempo, y el entusiasmo con que terminado el bienio de probación admitieron al novicio Vidaller a los votos por la unanimidad de los sufragios. Ni extrañará tampoco que él se preparará con toda diligencia y con el mayor fervor, como quien sabía que era para toda la vida, a entregarse a Dios en el estado religioso. Unos fervorosos ejercicios espirituales, durante los cuales se esforzó en despojarse de lo que aún conservaba del hombre viejo, y en adquirir lo que le faltaba de nuevo, fueron la preparación inmediata para ese paso definitivo. Lo dio el 14 de octubre de 1855, cumplidos ya los 17 años, en Peralta de la Sal, en manos del P. Rector Nicolás Sanz de Santa Teresa. Inmediatamente fue enviado a Zaragoza para iniciar sus estudios y continuar la formación religiosa en el juniorato.

³⁸³ En el mismo lugar.

Conocido como nos son los actos del novicio, sabemos de antemano qué había de ser el comportamiento del neoprofeso en su doble aspecto de religioso y estudiante. Como religioso no descuidó ningún medio de afianzarse en la virtud, ni pasó por alto ninguna ocasión de avanzar en las vías de la perfección: ejercicios espirituales, pláticas ordinarias, la oración mental de regla, la lectura meditada de libros espirituales, la presencia de Dios, el examen general y particular de la conciencia, y la recepción de sacramentos fueron las armas que esgrimió el Hermano Vidaller para combatir a los enemigos de su alma, y los instrumentos que usó para cincelarla y hermosearla con los carismas de la gracia. Sabía que, desde el momento de la profesión, el deber de perfeccionarse se confundía con el de salvarse, y se esforzó porque el estudiante no eclipsara al religioso, y por que el empeño de adquirir conocimientos no fuera a costa de la perfección a que estaba obligado. Si fervoroso había sido el novicio León, fervoroso fue el junior Vidaller; y si durante el noviciado se afanó por hermosearse con las virtudes, no descuidó practicar lo mismo mientras el juniorato; y si en el tiempo de probación buscaba en los sacramentos, en la presencia de Dios, en la lectura espiritual y en la oración, el óleo divino con que alimentar la vida de su espíritu, y mantener viva la lámpara de su fervor, en el de profesorio recurrió a los mismos medios para obtener iguales resultados. Con esto estaba asegurado el éxito de los estudios, y el aprovechamiento espiritual del joven Vidaller en su carrera. Porque de un religioso consciente y fervoroso se puede esperar que pondrá todas sus energías y talentos a la empresa de su formación científica y literaria. Quién así sea, no perderá el tiempo o se mostrará avaro del mismo, y todo le parecerá poco para enriquecer su inteligencia cada día con nuevos conocimientos. Es lo que hizo el junior Vidaller durante los años de su carrera; y así salió tan instruido y tan hábil en todo. Se unían en él en noble consorcio el religioso y el estudiante, y sus avances por los caminos de la virtud y por los derroteros de la ciencia fueron siempre paralelos. Por eso realizó el ideal del escolapio perfecto.

En 1859, terminados brillantemente sus estudios, el Hermano León fue destinado al Colegio de Alcañiz, donde estuvo encargado de la escuela de pequeños, y la desempeñó con el celo y con el éxito que eran de esperar de sus antecedentes. Era por su instinto, o por convencimiento, partidario de la intuición en la enseñanza, y enemigo del memorismo. Se ingenió, por lo tanto, en hacerla intuitiva en su escuela, sirviéndole al efecto admirablemente la habilidad mecánica que poseía. La había cultivado con la mira precisamente de que sus clases fueran prácticas, y las explicaciones les entraran a los niños por los ojos. Escribió, pues y preparó muestras de caligrafía y de dibujo; construyó los cuerpos geométricos; delineó mapas variados; y modeló un globo terráqueo de buenas dimensiones, todo lo cual demostraba el sentido pedagógico y su celo calasancio. Se comprende el nombre que el P. León se crearía con esto en Alcañiz, el prestigio que ganaría el Colegio, y los notables progresos que harían los alumnos que aprendían todas las cosas intuitivamente. El P. Vidaller tenía gran capacidad para el dibujo y la puso al servicio del bien público, con lo que fue útil no solo a los nuestros, no a los niños únicamente, sino a los extraños también, en particular a los constructores de carreteras. No se deduce con claridad de los términos de la consuetud si el P. León trabajaba para los ingenieros o para los contratistas, pero nos inclinamos a pensar que sería para aquellos, que son los que trazan los planos para tales obras. “Praesto fuit et exteris, viris praecipue, qui tunc temporis viarum publicarum constructionum praeparant, quarum delineationes ipse,

illorum precibus obsecundas, adeo confecit affabre, ut nihil supra”³⁸⁴. Y por esto también su ayuda a los extraños, particularmente a los jefes de la construcción de caminos públicos, cuyas delineaciones hizo él tan acabadamente que no podía pedirse más, a ruego de los mismos.

III. El Maestro de Juniores y el Secretario Provincial

Era natural, con estos antecedentes, que el P. León Vidaller permaneciera poco tiempo en la escuela ordinarias, y que los Superiores aprovecharan sus talentos en orden más elevado y en campo más vasto. Como se salía de lo corriente, no se observaron con el P. León las normas ordinarias y sapientísimas de ascender por grados de las escuelas inferiores a las superiores. Era un águila, y como la reina de las aves de un aletazo se remonta a las altas regiones, los Superiores elevaron también de un golpe al P. León. Vidaller de las escuelas primarias a las de filosofía y teología de nuestros juniores. Apenas ordenado de sacerdote, fue investido de una de las primeras y más graves responsabilidades de una Provincia religiosa. Fue nombrado lector y maestro de espíritu de nuestros jóvenes estudiantes. Muchas debían ser, y superiores, las partes que adornaban al P. Vidaller, y grande la confianza que inspiraba los Superiores para que en plena juventud, maduro por su experiencia, y modelo por su religiosidad y observancia, respondió al honor que se le otorgaba y a la confianza que se ponía en él con la mayor solicitud en la formación de los juniores. Fue lector ilustrado, que proporcionó a sus discípulos cuantos conocimientos filosóficos y teológicos exigían los tiempos y reclamaba la Iglesia para el sacerdocio. Fue un maestro de espíritu ideal, porque él era hombre de oración y de experiencia. Sabía qué era esencial, y qué era necesario. Conocía perfectamente la verdadera ascesis y conducía a sus juniores por ella con mano fuerte. No ignoraba los secretos de la vida interior, y los iniciaba en ellos con seguridad y prudencia. Tenía perfecta noción de su responsabilidad, y no descuidaba ninguno de los medios, ni dejaba aflojar ninguno de los resortes de la vida espiritual, y así modelaba el corazón, y de esta manera fortalecía la voluntad de sus jóvenes para transformarlos en fervientes y santos religiosos. Para lograrlo, no perdonó trabajos, ni rehuyó sacrificios, y puso cuanto valía y sabía. “In id totus incumbit ut in egregios pietatis et artium adsertores iuniores sibi commisis instituire, nulli parcendo labore, non vigilantia, non adhortationibus, non vigiliis, quas saepe saepius ultra noctem mediam protrahebat”³⁸⁵. Se consagró por entero a hacer de los juniores que le habían sido encomendados egregios cultores de la piedad y de las artes, no perdonando trabajo, vigilancia, exhortaciones y vigiliias que muchísimas veces alargó más de la medianoche.

Hombre eminentemente piadoso, El P. León, que sabía el papel importante de la piedad desempeña en la vida del escolapio, tuvo un cuidado especial en que sus jóvenes se empaparan bien de esa virtud, que encierra en sí la esperanza de la vida presente y de la futura. Para ello, además de los medios ordinarios de oración, frecuencia de sacramentos y lectura espiritual, aprovechaba todas las oportunidades: las explicaciones de clase, las pláticas o conferencias diarias, las conversaciones en las que siempre sabía introducir el elemento sobrenatural, las mismas salidas a paseo, que empezaba por la visita a la Santísima Virgen del Pilar y terminaban con la asistencia a las iglesias en que se celebraban las 40 horas, y se quedaban a la reserva o rezaban la estación, o se retiraban, según lo permitieran las ocupaciones. “Ut nihil pietatis sale inconditum ipsis ministrare,

³⁸⁴ Archivo de la Provincia de Aragón, consuetud del P. Vidaller, pág. 6.

³⁸⁵ *Ibídem*, nº 4.

recreationes ipsas quotidiis a domo exire licebat, pietatis operibus cummulabat, templis, scilicet duo, indefectibili ac lege invisendo, angelicum, nempe, Beatae Virginis Mariae de Columna in egressus et quo quadraginta horarum praxis habebatur in regressus”³⁸⁶. Para no propinarles nada que no estuviera condimentado con la sal de la piedad. Los mismos recreos de los días que salían de casa estaban acompañados de obras de piedad, visitando con esta ley indefectible dos templos, el angélico de la Bienaventurada Virgen María del Pilar a la salida y aquel en que se celebraban las Cuarenta Horas al regreso. Con esta educación adobada con una sólida piedad, se comprende que los escolapios formados por el P. León no habían de ser cañas frágiles que se quebraran fácilmente, ni veletas que giraran a todo viento de doctrina o de opinión, sino religiosos de hondas convicciones, ante las cuales se quebraran los malos ejemplos, hijos de Calasanz firmes en la observancia, que resistían como rocas los embates de las corruptelas y de los abusos.

Simultáneamente, con el difícil y espinoso cargo de Maestro de juniors, el P. Vidaller fue honrado con el nombramiento de Secretario del P. Provincial. Eugenio Torrente. Ya conoce el lector la figura prócer del P. Torrente, y no repetiremos aquí ideas, pero no podemos menos que considerar lo que de él sentía y pensaba el autor de la necrología del P. León, cuyas son estas palabras, que en su brevedad son todo un poema. Fue un varón venerable, si los ha habido, y en quien era de admirar la mismísima figura de San José de Calasanz. “Vir, si alias, venerabilis et quem ipsi iam Sacti Josephi Calasanti imaginem intuereris”³⁸⁷. Para tal Provincial, un Secretario de las prendas del P. León Vidaller; y para un Superior como el P. Torrente, solo el P. León era indicado como su colaborador íntimo en la Secretaría. Eran dos religiosos abrasados en el mismo fuego; dos escolapios que experimentaban los mismos anhelos y sentían iguales afanes; dos hombres que no buscaban otra cosa que la gloria de Dios, el esplendor de la Escuela Pía y el perfeccionamiento de sus miembros; y que pusieron al servicio de tan elevados ideales cuanto eran y cuanto valían: su inteligencia y su voluntad, sus buenas obras y su sacrificio, su acción y sus plegarias. Fue como Secretario, un colaborador fiel, inteligente y activo, y no hay duda de que en las ideas y en las iniciativas del P. Torrente había algo de las esperanzas y de los anhelos de su Secretario. Cuando hay personalidad, sale a la superficie hasta sin pretenderlo, y en todas las empresas queda marcada la impronta de quien la posee. En los años en que el P. Vidaller fue Secretario Provincial, se juntaron dos personalidades relevantes, y el gobierno del P. Torrente dejó honda huella. Eran dos mentalidades robustas, dos voluntades rectas, dos caracteres firmes que se completaban, y por eso fue fecunda la obra realizada y el gobierno del P. Eugenio de San José de Calasanz resultó digno de pasar a la historia. Parte de la gloria de ese provincialato le corresponde sin duda al P. León Vidaller en su carácter de Secretario del P. Torrente.

IV. El Director de Colegiales

Dondequiera que se lo coloque, el hombre de valía dará frutos abundantes, y brillará como el diamante, aun puesto en un muladar. Se irisa cuando lo hiere el Rayo de luz. La fuerza de las circunstancias y las necesidades del Colegio de Zaragoza obligaron a los Superiores a prescindir de la eficaz y fecunda colaboración del P. Vidaller en el juniorato, y a utilizar sus servicios en el internado. Era en los tiempos de la segunda Guerra Carlista, y los colegios estaban con muchos claros, porque unos religiosos habían emigrado para no verse obligados a ir a la milicia, y otros se habían incorporado voluntariamente al ejército

³⁸⁶ Necrología, pág. 6.

³⁸⁷ Elogio póstumo del P. León Vidaller, pág. 7

legitimista para luchar “pro aris et focus”, por Dios y por la patria. Ese trasiego de personal y los huecos producidos en los cuadros de los colegios, habían resentido la marcha del de Zaragoza, y su seminario decaía visiblemente, de suerte que amenazaba la ruina y el desprestigio. No había tiempo que perder y por mucho que sintiera desprenderse de su Secretario. El provincial no tuvo otra solución al problema de Zaragoza que poner al P. Vidaller al frente del internado. Trece años llevaba el P. León gobernando el juniorato, durante los cuales había acreditado su prudencia, dado muestras de tacto exquisito, y comprobado ser un excelente director de almas, por el profundo conocimiento que tenía del corazón humano, de los resortes que lo encauzan hacia la virtud, de las causas que lo encaminan por los derroteros del vicio.

Con esta experiencia, el P. León estaba en las mejores condiciones para dirigir el internado, extirpar completamente los abusos, ajustar lo que estuviese flojo, detener la decadencia, de inyectarle nueva vida que lo rejuveneciera y acrecentará. Quien había dirigido jóvenes en sus años más críticos, y los había mantenido en el cumplimiento del deber, tenía andada más de la mitad del camino para una garantía de éxito en la empresa que se le encomendaba. Como, por su parte, se le dieron colegas y colaboradores que, si no le igualaban, estaban dotados de muy bellas cualidades, y se le parecían mucho, la misión de elevar el crédito del Seminario estaba asegurada, en cuanto de los hombres dependía. Así fue, en efecto, y resultó tan resonante el éxito de su permanencia en ese centro educativo y docente que, siendo apenas treinta los alumnos que recibió, llegó a ciento la inscripción del año siguiente. No podía hacerse panegírico más elocuente de la disciplina, del orden, del nivel educativo y de la calidad de la enseñanza del Seminario, como ese de los guarismos. La aritmética tiene también su elocuencia, con la particularidad de que no se presta a engaños, ilusiones y apreciaciones personales. No es fácil tergiversar los números, y un educador que consigue más que triplicar sus educandos en un año es acreedor al aplauso de sus contemporáneos, y al fallo favorable de la historia. Ambos los consiguió el P. León Vidaller como premio a su labor de maestro y de forjador de almas en el internado de las Escuelas Pías de Zaragoza.

Somos un enamorado de la justicia, y nos basta, conforme al dictado de las distributiva, “suum quique tribuere”, dar a cada uno lo que le corresponde. La dirección del Seminario no fue obra personal y exclusiva del P. León, sino conjunta de él y de sus colaboradores. Su misma necrología hace la salvedad de que no todo el fruto y los brillantes resultados obtenidos pertenecían al P. Vidaller, sino que los compartía con los tres colegas que lo acompañaban y secundaban en el gobierno del internado, pues todos eran excelentes, “omnibus numeris absolutos”. La obra de los colegios es de cooperación, la resultante del impulso que el Rector le imprime, y del esfuerzo que sus subordinados ponen; y la marcha de un internado es la concreción de los intereses y del sacrificio que todos sus directores le dedican. Eso no obstante, un hombre excepcional que sabe captarse las voluntades y tiene la habilidad de ganarse el cariño de sus educandos, puede hacer mucho y ser en realidad el alma del Colegio, la fuerza que impulsa su progreso, el que lo eleve al cenit de su gloria. Algo de esto fue en Zaragoza el P. León, pues no obstante reconocer y poner de relieve la cooperación de sus compañeros, la necrología afirma que “él, con su autoridad, prudencia, sabiduría, benignidad y gravedad de costumbres, de tal manera se ganaba el cariño de los niños, que creciendo la fama del Seminario, acudieron a él de todas partes para pedir los beneficios de la educación calasancia”.³⁸⁸ El P. Vidaller era de los que creen

³⁸⁸ En el lugar dicho, página 7.

que siempre tienen algo que aprender, no han de los fatuos que piensan que han agotado los conocimientos. Por eso, en plan de estudio, para captar las novedades que los Padres de Cataluña habían introducido a su floreciente internado de San Antonio de Barcelona, y adaptar en nuestros seminarios lo que fuera más recomendable, los Superiores lo enviaron a ver sobre el terreno lo que hubiera de provecho.

No pudo cumplir, sin embargo, su cometido, pues apenas si pudo asistir al acto de la repartición de premios, y volver a su Provincia. Una orden tajante del P. Vicario General lo obligaba a abandonar Barcelona antes de iniciar las observaciones y de anotar lo que le parecía adaptable. Hay que elevarse hacia Dios, hasta esa Providencia que gobierna el mundo y dirige los acontecimientos a su gloria y a nuestro aprovechamiento espiritual, y descubrir en la orden urgente, en la rapidez con que el P. León la cumplió una traza divina, para que consolara y salvara muchas almas en la espantosa catástrofe ferroviaria en que se encontró y de la que salió ileso³⁸⁹. Cerca de Tárrega descarriló el tren con gran Estrago de cosas y de personas, particularmente el coche en que viajaba nuestro hermano, que en un abrir y cerrar de ojos se convirtió en un montón de astillas. El P. Vidaller, cosa realmente admirable, se halló sentado en medio de un campo próximo, ileso y con su pequeño equipaje al lado. Aquello fue, evidentemente, un premio a su obediencia; esto, una prenda de caridad, pues se entregó al arbitrio y a la ayuda de heridos y moribundos, confesando y absolviendo a estos, transportando y prestando los primeros auxilios a aquellos, y rezando los sufragios del caso por los muertos. Podía llamarse al P. León el símbolo de la ecuanimidad, por el admirable dominio de sí mismo, por su constancia inalterable, de manera que se le podía aplicar las palabras de Horacio: si el orbe se hiciese pedazos, las ruinas lo herirán impávido. “*Symbolum etiam vixeris aequanimitatis eius admirabilis semper suis compotis, sibique semper constantis, et cui verba Horatii plane crederes optanda : si fractus illabatur verbis, impavidum ferient ruinae*”.

V. El Rector y el Fundador

Había cumplido sus 40 años nuestro Padre León y estaba maduro para los cargos de superioridad, pues desde joven había dado muestras de una prudencia exquisita, y había sido dechado de observancia. Además, los años de maestro de juniors y de director del internado le habían servido de noviciado para las tareas de gobierno. El P. Vidaller demostró poseer condiciones de mando, y quien había sabido ser obediente, no ignoraría los resortes que debía usar para gobernar, llegado el caso. Y no fue un rectorado cualquiera que se confió al P. León de San José de Calasanz, pues prescindiendo de un interinato en Peralta, se le confió la delicada tarea de presidir un Colegio de nueva fundación en un país donde las Escuelas Pías eran absolutamente desconocidas, y donde el fracaso habría sido el desprestigio y cerrarnos las puertas para ulteriores fundaciones. Pero el P. Provincial Eugenio Torrente, que era un buen catador de hombres, conocía perfectamente al P. Vidaller y sabía que izaría bien alta la bandera escolapia en tierras guipuzcoanas, porque estaba bien empapado del espíritu de inteligencia y de piedad propio de la educación calasanciana; porque era celoso y prudente y poseía un tacto exquisito que le permitía tratar a todo el mundo con urbanidad y delicadeza con la experiencia que le habían dado los años y la práctica de la vida; con el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas que acuciaba su espíritu; con la conciencia que tenía de su responsabilidad, de lo que debía a los niños y a sus familias, a la Iglesia y a la Orden. El P. León Vidaller organizó el Colegio de

³⁸⁹ Se produjo esta catástrofe el 24 de junio de 1876. Se producen 14 muertes (algunas fuentes elevan la cifra a 21) y unos 60 heridos, de ellos 19 graves (Wikipedia, nota de JB).

Tolosa de tal forma, y le dio un impulso tan vigoroso, y le imprimió una marcha tan segura, y la mantuvo con tanto empeño y constancia, que no solo acreditó y arraigó en Guipúzcoa las Escuelas Pías, sino que hizo del Colegio un establecimiento de primer orden. No solo no defraudó las esperanzas que en él había cifrado los Superiores, sino que las ascendió extraordinariamente. “Tantumque abfuit ut spem illorum fallere quim potius exspectatione omnium longe superavit, optimi superioris partes cumulatissime adimplendo”³⁹⁰.

Sería cosa de nunca acabar si hubiéramos de seguir paso a paso la gestión rectoral de ese hombre eminente; baste decir que fue Rector y nada más que Rector, con lo que queremos significar que sacrificó en aras del cumplimiento de los deberes del cargo gustos y conveniencias particulares. Todo su triunfo y todo su talento, todas sus fuerzas y toda su luz, su ciencia y su piedad las puso al servicio del Colegio y de sus educandos. No rehuía trabajo y sacrificio a trueque de adelantar el colegio, de defender sus derechos, de inyectar en los niños principios sólidos de piedad cristiana.

Pretendió el párroco de Tolosa arrogarse el derecho no sólo de la primera comunión de nuestros alumnos, sino hasta la mensual, y atacó a nuestro Padre León con tal violencia que se podía creer que luchaba no un hombre, sino la pasión contra el razonamiento. Con aquel dominio de sí mismo que le era propio, y con aquella prudencia que le caracterizaba, el P. Vidaller se calló, fue a exponer el caso al Señor Obispo diocesano. Lo hizo con tal peso de razones y con tanta serenidad de rostro y modestia de ánimo, que se conquistó la admiración del Prelado y de los Curiales, que no sólo acedieron a lo que pedía, sino que en lo sucesivo lo consideraron como un varón dotado de exquisita prudencia y virtud, y como consejero en los asuntos arduos. “Adiit ergo Episcopum Reverendus Pater, tantoque ipsum alquutus est pondere rationum, tamque sereno vultu et animi modestis, ut episcopum et curiales omnes in admirationem rapuerit et medum ipsi aquieverint, rerum etiam illum in posterum utpote virum exquisita prudentia et virtute praeditum rebus in arduis consultum habuerint”³⁹¹. Hombre de tales prendas, que buscaba en todo a Dios y a las almas, que cuidaba de los niños con el interés de un padre, con el celo de un sacerdote y con la solicitud de un educador, forzosamente había de ganarse la veneración de las familias y el cariño de los educandos. Durante los once años que gobernó la Casa que él había fundado y encauzado, vio crecer constantemente su prestigio y el número de los alumnos, y la elevó a una altura envidiable. Es convicción general que el Colegio ha tenido muchos y óptimos Superiores, pero que ninguno no ya lo ha superado, pero ni se le puede comparar por el celo de la disciplina religiosa, por la propia abnegación y por los trabajos sobrellevados por el bien del Colegio.

No es el vasco muy amigo de exterioridades, pero sabe hacer sus excepciones, y en todas partes se recoge el fruto según es la semilla que se arroja al surco. Pues bien, en el Padre León Vidaller se verificó que la bondad de la semilla que depositó en el corazón de sus alumnos fructificó abundantemente, y estos le hicieron objeto de una magnífica manifestación de su cariño y de su reconocimiento. Aprovecharon para ello el fausto acontecimiento de su jubileo sacerdotal, y un día de octubre de 1912 se reunieron alrededor del venerable maestro y excelente educador más de un centenar de alumnos sobrevivientes, y que tenían comodidad para trasladarse a Tolosa desde los lugares de su residencia. Hubo misa cantada en la que habló el P. Valentín Caballero, banquete y ofrecimiento de obsequios y, sobre todo, reanudación de relaciones largo tiempo

³⁹⁰ Necrología del P. León Vidaller, lugar dicho, pág. 8.

³⁹¹ *Ibidem*, pág. 11

interrumpidas, y una reviviscencia del pasado. El P. León se sintió rejuvenecido en medio de sus primeros alumnos de Tolosa, y éstos creyeron que por un momento volvían a su infancia. Y como el escolapio de la calidad del P. Vidaller se siente siempre maestro y educador, aprovechó esa reunión de los viejos alumnos para hablar a su corazón y a su inteligencia, como cuando eran escolares, y les recordó sus deberes presentes y les dio saludables consejos para el futuro. Nos limitemos a esta rápida referencia, pues hemos tratado detenidamente de este hecho en la crónica del Colegio de Tolosa.

Parece, vistas las cosas de tejas abajo, que ciertas situaciones no debían modificarse. Una de ellas, diríase que era la del P. León en Tolosa. Bien quisto del vecindario, respetado por el Diocesano, querido por los niños, y estimado por sus familias, todo parecía indicarlo para el gobierno indefinido del Colegio tolosano. Sin embargo, llegó un momento en que los Superiores creyeron que haría mejor papel y prestaría mayores servicios a la Orden en otra parte. Y lo destinaron al rectorado de la Casa de Estudios de San Pedro de Cardeña. Era el centro natural para un hombre de las prendas del P. Vidaller: en aquel centro de formación se necesitaba un religioso austero como el P. León, de una fidelidad a las Reglas tan estricta como la suya, de un espíritu calasancio y arraigado como el suyo, de un celo de la observancia tan ardiente como el que a él lo devoraba. Pudo sentir abandonar el campo que el Padre de Familia había confiado a su vigilancia, pero no exteriorizó el sacrificio que pudiera costarle; pudo dejar pedazos de su alma en Tolosa, pero no lo manifestó de ninguna manera; y obediente como era, marchó a su nuevo destino alegre y satisfecho, como quien sabía que iba a cumplir la voluntad de Dios manifestada por los Superiores. Todo el comentario que puso a su nombramiento fue este, que lo retrata fielmente: “feliz, ¡ay de mí!, a quien finalmente le será permitido vivir una vida completamente religiosa”. Cuatro años nada más permaneció en Cardeña el P. León, siendo ejemplo de todos, edificando la Comunidad con su santa vida, aprovechando a los juniore con sus palabras y con sus consejos.

VI. El Visitador de América

A medida que el tiempo transcurría, se afianzaba más y más el prestigio del P. Vidaller, y quien en un principio no era conocido fuera de la Provincia de Aragón, cuando fue colocado sobre el candelero, brilló esplendoroso y se dio a conocer por sus obras como una esperanza de la Escuela Pía, y como una reserva de la Providencia para los tiempos, calamitosos que se avecinaban. Sus rectorados de Tolosa y de Cardeña, cada uno a su manera, fueron como dos pedestales de la gloria de este ilustre escolapio. En ellos dio la medida de su capacidad para el gobierno de las comunidades y de los colegios. Allí dejó bien patente los quilates de su virtud, los puntos de su paciencia y los grados de su celo; allí manifestó de qué talentos y prendas estaba dotado y cuánto se podía esperar del León de su amor a la Orden, de su interés por su progreso, de sus afanes por propagarla, de su fidelidad a las reglas y a los votos. El P. Vicario General, que lo conocía bien, echó, pues, mano del P. Vidaller, confiando en sus prendas naturales y sobrenaturales, en su experiencia y en sus virtudes, para el cargo de Vicario Provincial de Sudamérica, con el título, con las facultades y prerrogativas de Visitado General de los colegios allí existentes. No eran muchos ni boyantes, pero como Ezequiel hizo hombres de los huesos áridos, nuestro P. León haría de aquellas Casas en el aire algo orgánico y fuertemente aglutinado, que permitiera mirar el porvenir tranquilamente.

Era en los principios de nuestro establecimiento en el Nuevo Mundo, cuando no había habido tiempo ni oportunidad de dar a conocer al público americano qué eran capaces de

hacer y qué había derecho de esperar de las Escuelas Pías, de su educación y de su enseñanza. Francamente, no podemos comprender a qué puede referirse ni qué fundamento tendrá el autor de la consuetudine del P. Vidaller para escribir que “temporum ratione, aut si mavis, circumstantiarum omnis ibi pessunt irent, nec fere vitam agere liceret communem, nec religiosam”.³⁹² Por razón de los tiempos, o si se prefiere de las circunstancias, todo se perdía y no era casi posible hacer vida común y religiosa. Es la primera alusión que vemos a esta especie que honra, ciertamente muy poco, a los escasos escolapios que residían en el Nuevo Mundo en Sudamérica, que es lo que a nosotros nos interesa directamente. No existían a la sazón más que dos Casas, una en Chile y otra en Argentina, la de Concepción y la de Buenos Aires. Y si bien ambas estaban económicamente mal, lo que determinó la aceptación de las fundaciones de Córdoba y Santiago, que las apuntalaran, no tenemos la menor idea de que la vida común y la observancia religiosa tuvieran tan poca calidad como dan a entender las palabras transcritas. Tanto en Concepción como en Buenos Aires había Rectores de una vida regular recomendable: los Padres Guiu y Mirats respectivamente, y no creemos que ellos se permitieran ni consintieran a sus súbditos libertades reñidas con la vida común y con el cumplimiento de las obligaciones específicas de los religiosos.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que el Visitador de Sudamérica puso manos a la obra de consolidar aquellas fundaciones que estaban en el aire por otras razones, a nuestro juicio. No era el P. León hombre de lamentar estérilmente los males, sino de obrar y aplicar la segur a la raíz que los producía, y extirparlos de cuajo. Fue su obra de gobierno durante los cuatro años de su permanencia en aquellas tierras, y con su tesón, con su dulzura, con su inflexibilidad y fortaleza, con su vigilancia, con sus palabras y con su ejemplo, con sus medidas y disposiciones, con sus frecuentes visitas, no obstante las dificultades y las molestias de los viajes, puso aquellas casas en un gran pie de observancia, hizo de ellas escuelas verdaderamente calasancias, y realizó muchas otras cosas propias de un Superior diligente. “Suaviter certe ac simul fortiter novus Visitator omnia in regularem disciplinam subregit, domos saepissime invisit licet longisquam accessitque tunc tempore difficile, communitatem ad regularum normas erexit, scholas instituit vere calasanctianas, aliaque multa perfecit quae Superiorem decent diligentissimum”³⁹³.

Cuántos sudores debe le costara eso, y qué sacrificios tuviera que imponerse, es más fácil de adivinar que de decir. Pero lo histórico es que pronto cambió el aspecto de las cosas, y que aquellas dos Casas podían presentarse como dechados de observancia. Una vez más se ponía de relieve el Superior prudente y constante que, atento a la gloria de Dios y a la salvación de las almas, las busca incansable y las procura a toda cosa. El P. León, sin alharacas, sin perder su ecuanimidad ni desperdiciar el tiempo en disputas inútiles, llegaba a donde se había propuesto y restauraba la observancia allí donde algo se hubiera relajado.

Pero la obra cumbre del gobierno del P. Vidaller en la América Meridional fue la fundación de las Casas de Santiago de Chile y de Santo Tomás en Córdoba, de la República Argentina. Fueron un recurso para salvar las de Concepción y de Buenos Aires, porque los edificios de ambas se habían proyectado a base de empréstitos con los bancos. El primero estaba ya terminado, y el de Buenos Aires próximo a iniciarse, pero los dos en riesgo de perderse

³⁹² Necrología, pág. Citada. En carta particular nos dice su autor, que efectivamente es el Padre Valentín Caballero, que se refería a los asuntos del Colegio de Tucumán, que ya no existía.

³⁹³ En el mismo lugar y página.

por insolvencia, con gran descrédito de la Orden. De llegar a la bancarrota, seguramente nos habríamos cerrado de manera definitiva la entrada a aquellas naciones. En la Argentina era reciente el remate del Colegio de San Martín, que figuraba como de escolapios, y estaba más fresco aún el recuerdo del levantamiento del Colegio de Tucumán en forma bastante incorrecta, que dejó muy mal parado el nombre de las Escuelas Pías. Era, pues, cuestión de vida o muerte salvar el Colegio de la Capital Federal y con él nuestro prestigio.

Muy oportunamente llegó el ofrecimiento del Colegio de Santo Tomás de Córdoba, que se aceptó como don del cielo, y así debemos considerarlo, dadas las circunstancias, y como una reserva para responder con sus probables ahorros de los dividendos que semestralmente había que pagar al Banco Hipotecario. Y eso fue en realidad el Colegio de Santo Tomás: el que avalaba la deuda del de Buenos Aires, cuyas cuotas semestrales abonó en repetidas ocasiones. Con la misma finalidad respecto al Colegio de Concepción, se acertó la Casa de Huérfanos de Santiago. Esta debía ser, como si digamos, la banquera de aquel, porque de la noche a la mañana, por efecto de unos exámenes desastrosos, descendió de una situación brillante a una vida lánguida, muy parecida a la muerte. Bien que irrisorios, los sueldos del Rector y de los religiosos de la Casa de Huérfano representaban un ahorro, constituyan una reserva y estaban siempre a la orden del Superior Provincial, si se necesitaban para pagar algún dividendo de la deuda del Colegio. El de Santurce, en la isla de Puerto Rico, fue también obra del celo y del proselitismo del P. Vidaller; y si bien tuvo corta duración, no porque las circunstancias le fueran adversas, sino por la impaciencia y por la precipitación y por los temores que sucedieron a la pérdida de la isla para España, como ensayo y como realidad debe contarse en el haber de este escolapio insigne.

Los deberes de su cargo obligaban al León a realizar frecuentes viajes de la Argentina a Chile y viceversa. No siempre estaba expedito del camino terrestre a través de la cordillera de los Andes, que durante varios meses era impracticable por las nieves. Adviértase que entonces no existía el ferrocarril transandino, y que las comunicaciones entre ambos países de Santa Rosa de los Andes a Mendoza se hacían a lomo de mula. Los senderos quedaban borrados por las copiosas nevadas, y entonces se suspendían los viajes terrestres, y todo el tráfico entre ambas naciones se hacía por el estrecho de Magallanes. Cuando nuestros superiores mayores tenían necesidad de trasladarse de una nación a otra en esos meses, lo hacían por mar, y tenían que ir a embarcar o desembarcar según el rumbo, a Valparaíso. Con ese motivo, el P. Vidaller pidió alguna vez hospitalidad a los Padres de la Compañía de Jesús, que se la concedieron generosamente, y que se formaron de sus virtudes, de su prudencia, de su celo, de su modestia, un concepto muy elevado. Todo en su vida, en su conversación y en su porte, los edificaba y les agradaba. Así se lo manifestó uno de los Padres de aquella residencia al P. Mariano Guiu, Rector del Colegio de Concepción: “Vicarius incomparabilis, decía de él, negotiis Ordinis unice intentus, a rebus sive curiosis vel etiam inutilibus aut merae obiectationis prorsus alienus. Ipsum auscultantes maximopere delectamur, imo et aedificamur”³⁹⁴. Vicario incomparable, preocupado únicamente de los negocios de la Orden, completamente ajeno a las cosas curiosas o ya bien inútiles, por mero recreo. Escuchándole nos deleitábamos sumamente y nos edificábamos.

³⁹⁴ Necrología oficial del P. Vidaller, pág. citada.

VII. El P. León en el Consejo de la Vicaría

Solo cuatro años estuvo el P. Vidaller en la América del Sur, pero fueron muy bien aprovechados, puesto que salvó de la ruina los dos Casas existentes y las apuntaló fundando otras dos nuevas. Era entonces, sin duda, la personalidad de más relieve de la Provincia de Aragón; y no es, por eso, de extrañar que, a la muerte del P. Francisco Baroja, el P. Pedro Gómez, Vicario General, llamara al P. León a su lado, con el carácter de Asistente General, primero, y como Coadjutor suyo más adelante. Era en 1897, y se trasladó a España inmediatamente, a cumplir las obligaciones de su cargo. Fue el colaborador fiel y el consejero sereno e ilustrado del P. Vicario, que, impedido por sus dolencias, descargó el peso de su gobierno en su Coadjutor y Asistente. Difícilmente habría encontrado otro hombre más indicado: porque no había quien excediera al P. León Vidaller en experiencia, en destreza para el manejo de los negocios, en conocimiento de las personas, en celo de la observancia, en ductilidad y entereza, en autoridad y prestigio, en virtud y amor al Instituto. Las obligaciones de su empleo llevaron al P. León a la mayor parte de los Colegios de la Orden en España en misión oficial de Visitador delegado. En todas partes fue la edificación de las Comunidades que visitaba, y todas quedaron impregnadas del aroma de sus virtudes y de la luz de sus ejemplos. Donde las necesidades lo exigían, donde las circunstancias de la Visita lo reclamaban, dejó las advertencias que su celo y su prudencia le inspiraban. No faltó Colegio donde añadió a las prácticas ordinarias de la Visita una tanda de ejercicios espirituales.

Donde principalmente se hizo sentir la influencia del P. Asistente por Aragón fue en las reuniones de la Congregación General de la Vicaría. Su criterio ilustrado, su juicio ecuaníme, su dominio de los asuntos que en el seno de la misma concurrían, su larga experiencia en el gobierno, su conocimiento del corazón humano, y sus puntos de vista pesaban mucho, y en ocasiones eran factor decisivo en el temperamento que se adoptaba. Es que el P. Vidaller era muy ponderado en sus opiniones, y muy certero en sus juicios, y todos los problemas los afrontaba con criterio sobrenatural, y todos los asuntos los estudiaba y meditaba a los pies de Jesús Sacramentado. Diríase que el P. León carecía de pasiones, que vivía en el cielo más que en la tierra, y que recibía inspiraciones de lo alto, en vista de la elevación y justeza de sus juicios, y considerada la caridad que impregnaba todas sus acciones. Una persona como él en los consejos del Superior General y de su Instituto Religioso es una garantía de acierto, y creemos que durante los años de su asistentazgo sus luces sirvieron de mucho para hallar las soluciones más adecuadas a los negocios que se plantearon. El P. León Vidaller fue un Asistente modelo y un colaborador ideal de los tres Padres Vicarios Generales con los que le tocó compartir las responsabilidades del gobierno.

El Asistente de Aragón no conocía el ocio; siempre estaba santamente ocupado, porque siempre buscaba trabajo. Como las obligaciones de su cargo no eran muchas, le quedaba un buen margen de horas diarias libres que dedicó a realizar una serie de trabajos útiles a la Orden que prestigiaron su nombre. Primariamente catálogo y ordeno del Archivo de la Vicaría, lo que le permitió reunir documentos para la publicación de las obras que oportunamente enumeraremos. Tres de ellas tenían como objeto inmediato fomentar la observancia, dar a conocer a propios y extraños los derechos y los privilegios de las Escuelas Pías. En tanto, fue corriendo el tiempo, y llegó la época de los Capítulos, y para el General de Madrid en 1900, él realizó todos los trabajos preparatorios, y él tuvo, cuando se celebró, la oración latina de costumbre, que fue tan hermosa y tan rica de doctrina

canónica en citas de Doctores y de la Sagrada Escritura, que no solo fue del agrado de los capitulares, sino que determinaron que se imprimiera por separado. Pero oigamos el relato y el juicio de las Actas de la Asamblea. “Ita loquente habuit tanta ex canónico jure ex regulis nostris, sacrisque Doctoribus sententiarum copia feliciter exornavit, ut non modo oratori gaudentes gratularentur Patres, sed una voce typis mandari dignam orationem assuerint”³⁹⁵. Reelegido para el cargo, continúa al lado del P. Eduardo Lianas, relevado del carácter de Coadjutor del Vicario y cooperando con él en el gobierno de la Orden.

Se había producido entre tanto el movimiento de aproximación a Roma, y la Santa Sede promulgó el Motu proprio de Pío X “Singularitas regimenis” el 29 de junio de 1904, que, si no de hecho, suprimía de derecho el Vicariato General de España, y ponía las Escuelas Pías en nuestra patria bajo la jurisdicción del P. Prepósito, y daba la organización del Instituto Calasancio en España. Señalaba aquel histórico documento la celebración del Capítulo General en Roma para el año 1906, y el P. Vidaller asistió a él como vocal de la Provincia de Aragón y la reunión del interprovincial de España poco más tarde, y también asistió a él siendo una de las figuras descollantes del mismo. En virtud de las disposiciones vigentes, no podía ser reelegido Asistente, y quedó libre de todo empleo en la Curia Generalicia, por lo que regresó a su Provincia.

Había cumplido 68 años, de los que más de 30 años había estado ocupado en cargos de responsabilidad y de Superior, con gran prestigio de los Colegios, que había gobernado, con mucho provecho de la Orden, que experimentó los beneficios de su prudencia, de su celo y de su vigilancia, con no poca gloria para él, que parecía mejorar las cosas en que ponía sus manos. Era tiempo de que se le aliviara de las cargas del gobierno, y de que se le proporcionara la oportunidad de descansar un poco, después de una vida tan activa, después de tantos años de sacrificio y una acción tan intensa como la que desarrolló desde su iniciación en la enseñanza. Aunque exteriormente parecía fuerte, forzosamente tenía que estar gastado, y necesitaba reposo. Es lo que fue a buscar a Zaragoza, cuando cesó en su oficio de Asistente.

VIII. Últimos años del P. León Vidaller

Trece años vivió todavía el P. León después de regresar a la Provincia, pero esta no se resignó a prescindir de las luces de su talento y de la ayuda de su experiencia, y lo asoció a su gobierno como consejero del P. Provincial, a quien asesoró como Asistente. Sin ser meramente honorífico, es un cargo que no exige mayor actividad, y no involucra las responsabilidades propias de quien ejerce el gobierno de una Casa o Provincia. Además, en personas de las condiciones del P. Vidaller no se comprenden cargos meramente honoríficos. No era compatible con su ideología y con su carácter figurar como un objeto de lujo o de adorno. Si era Asistente, lo sería efectiva y realmente; no se avendría a ser una figura meramente decorativa. Fue, pues, un colaborador activo de los diferentes Padres Provinciales, y no escatimó el concurso de sus luces y de su experiencia para el mejor régimen de la Provincia. Estudiaba a fondo los asuntos que se presentaban a las deliberaciones de la Congregación, pesaba las razones que había en pro o en contra, exponía con sencillez y defendía con firmeza sus puntos de vista; y como no buscaba en todo más que la gloria de Dios, la salvación de las almas, y el progreso del Instituto por el imperio de la observancia, en esos altos intereses inspiraban todos sus actos, todas sus opiniones, todas sus voces. Trataba de agradar a Dios, no a las criaturas, y por eso

³⁹⁵ Necrología, pág. 12.

mantenía y defendía la independencia de su criterio y la libertad de su voto. Como había sido en su juventud y en su edad adulta, fue en su vejez: hombre que opinaba y obraba siguiendo condiciones propias, un consejero leal y sincero, pero que no enajenaba su libertad ni hipotecaba a su conciencia.

En Zaragoza llevó una vida retirada, permaneciendo habitualmente en su habitación, consagrado a los actos de la vida interior, a las ocupaciones manuales con ella relacionadas. Apenas si salía de su aposento para los actos de Comunidad, y rarísima vez pisaba la calle. Hacia una vida muy espiritual, que era como una antesala y preparación para el paraíso, de tal manera que “apenas si pensaba o hablaba más que de cosas espirituales; y mientras permanecía en su cuarto empleaba todo el tiempo en lecturas y ocupaciones piadosas, empeñado principalmente en expresar gráficamente los más altos documentos de la vida espiritual y en representarlos con símbolos mecánicos, con los que cubría las paredes del aposento”.³⁹⁶ Quien así vivía y tenía el pensamiento y el corazón en el cielo más que en la tierra, no solo no había de temer a la muerte, sino que la deseaba como a una amiga, y la esperaba como una libertadora que le había de permitir unirse con Cristo. Por eso le eran familiares ciertas jaculatorias tomadas de los salmos que expresaban y traducían el anhelo que lo devoraba para vivir y reinar con Cristo eternamente: “*Quemadmdum cervus desiderat...*” “*Quando veniat, et apparebo ante faciem dulcissimi Redemptoris mei...*” y otras semejantes. El alma del P. León Vidaller estaba madura para el cielo, y como las vírgenes prudentes, mantenía en alto y encendida su lámpara para que cuando viniera el Esposo celestial y lo llamara. No le sorprendería la muerte y le hallaría descuidado, falto del fuego de la caridad, de la luz de la fe, y del óleo de la esperanza.

No tardó mucho tiempo Nuestro Señor en escuchar los ruegos de su siervo y en llamarlo a recibir la corona de gloria que sus obras y sus virtudes le habían logrado en el cielo. Un ataque de hemiplejía lo postro en cama, pero no le privó del conocimiento. Eso le permitió recibir los últimos sacramentos y, como era de esperar de un escolapio tan fervoroso, lo hizo piadosísimamente. Mientras se le administraba la Santa Unción, el P. León tuvo un segundo ataque, que lo privó de los sentidos, y dos días después expiró plácidamente en Zaragoza, el 27 de enero de 1919. Fue la muerte del justo, tranquila, confiada, resignada, alegre. Se muere como se ha vivido y como la vida del P. Vidaller fue toda para Dios y para las almas, para la Iglesia y para la Escuela Pía, para la virtud y para el sacrificio, para las obras de celo y para el buen ejemplo, su muerte debía ser preciosa en la presencia del Señor como la de los santos; y envidiable a los ojos de los hombres, como la de quien había sido fiel en lo poco, y su Dios lo constituiría sobre lo mucho, haciéndole entrar en el gozo de su Señor. “*Euge, serve bone et fidelis; quia fuisti fidelis super pauca, ego te constituam super multa, intra in gaudium Domini tui*”. El P. Vidaller había entrado en los 81 años, y contaba 66 de vida religiosa.

Fuera de casa, el P. León no era conocido en Zaragoza, de donde había faltado treinta años, y cuando regresó el año 1906 no tuvo interés ni en reanudar antiguas amistades y relaciones, ni su edad era para pensar en esas cosas baladíes, ni su carácter se prestaba para ocuparse en asuntos de tan poco tono, y de ningún valor para la vida eterna. Se encerró en su colegio, y ni para visitar la Exposición Hispano-Francesa de 1908 salió a la calle. No la pisaba sino rarísimamente, y llevado por una necesidad verdadera. Por eso su

³⁹⁶ Lugar dicho, página 13.

fallecimiento no produjo la impresión que hubiera causado dada su valía si hubiera sido conocido en Zaragoza. Pasó punto menos que inadvertido, como permaneció los trece últimos años de su vida. Esas manifestaciones de pesar más o menos sinceras que se producen con motivo de la muerte de ciertas personas, más sirven para fomento de la vanidad de los parientes o cofrades del difunto que de provecho para el alma de este. Al muerto le es indiferente que se le alabe o que se le vitupere, que le canten loas, o que guarden silencio en torno suyo. Y al P. León Vidaller, que fue en vida tan libre y que vivía en el cielo más que en la tierra, no le importaba ni vivo ni muerto que hicieran ruido en torno suyo. Sabía el escaso valor que tienen en la tierra y que no sirven de nada para el cielo, y, por lo tanto, ni los ambicionaba ni los echaba de menos. Murió calladamente, como había vivido; Bien visto y amado en el cielo, como quien había vivido santamente, desconocido en el mundo, como quien estaba crucificado con él y había muerto a sus compas y vanidades.

IX. Dos retratos del P. León Vidaller

Mientras vivía, y en la época de su viaje al nuevo mundo, cuando había cumplido los 55 años, fue trazado el primero por quien conocía perfectamente al P. León, pues habían sido connovicios. En la curiosa correspondencia que el P. Miguel Villalta mantuvo con algunos escolapios italianos, especie de crónica de nuestras cosas que tan preciosa resulta ahora, trazó una hermosa y ceñida semblanza de nuestro P. Vidaller, que es una verdadera fotografía. Se fijó principalmente en lo físico e intelectual, desde un punto de vista humano, de suerte que es el complemento de la que después reproduciremos. Entre las dos nos proporcionan una visión acabada de este eminente escolapio, y es la razón de que la reproduzcamos. Ellas permitirán a quienes no alcanzaron a tan insignes religiosos, formarse una idea de él como si lo hubieran tratado. ¡Tan fieles son, tan acertados han estado ambos espíritus en la descripción que desde sus respectivos puntos de vista, han hecho de nuestro benemérito Padre Vidaller! La del P. Villalta la ha publicado recientemente “L’Ecco dei nostri Centenari”, y vamos a traducirla en beneficio de nuestros lectores. “El Padre León Vidaller de San José de Calasanz, Rector del gran juniorato de San Pedro de Cardeña, antiguo connovicio mío en Peralta, fue nombrado Provincial, primer Provincial de la América Meridional, y, en consecuencia, se embarcó en Cádiz el 7 del pasado mayo... Es de noble continente, de alta estatura, bueno y constante salud y vigor juvenil, índole suave y tranquila, y muy diplomático, grave y simpático, asceta y profundo conocedor de la vida espiritual, docto y universal en las ciencias sagradas y profanas, que muchos años ha enseñado. Superior del desierto de Cardeña, de muchos padres americanos, o profesor y maestro de jóvenes en el antiguo juniorato de Zaragoza, de otros de ellos, y uno de los más amantes del Instituto y observantes religiosos de esta Provincia de Aragón”.³⁹⁷ Así era, en efecto, el Padre Vidaller en lo físico, en lo moral, en lo religioso y en lo intelectual. Visto por fuera, no cabe una silueta más ceñida y más exacta que esta; revela el literato que había en el Padre Villalta y es un testimonio magnífico, como de un contemporáneo que además había compartido con él la vida del noviciado. En una carta particular, no había para qué penetrar en las interioridades de aquella alma selecta, y era oportuno hablar de ella cuando todavía era el Padre León del número de los vivientes. Eso vendría después, cuando se escribiera su elogio en la necrológica oficial de la Orden.

³⁹⁷ Nº 9-10, marzo-abril de 1948, carta del Padre Miguel Villalta al Padre Scannavino de 11 de junio de 1893, fechada en Tolosa.

Y así fue, en efecto. Le tocó en suerte. Al Padre Vidaller un biógrafo entusiasta, que tenía una noción de la graduación de valores de las personas, y que supo enfocar desde el verdadero ángulo visual la figura interesante de este gran escolapio. Obra anónima, su autor ha dejado en ella marcada la garra de león, y por su estilo, por el cariño que ha puesto en su redacción, por la importancia que ha dado a la vida interior del Padre León Vidaller, por lo que dice y por algo que omite, creemos no equivocarnos al atribuirle al Padre Valentín Caballero, que ha volcado en estas páginas vibrantes de amor y de admiración lo más delicado de sus sentimientos, y lo más acendrado de su respeto hacia quien fue su maestro. No vamos a trasladar aquí cuanto escribió para dar a conocer a su biografiado. Son 5 páginas que en parte ya hemos extractado, y solo nos fijaremos ahora en la que resume su vida interior, sin copiar más que algo que resuma su fisonomía espiritual y permita Conocer los quilates que ennoblecieron aquella alma privilegiada. Lo primero que nota y pone de relieve es la modesta y la gravedad que eran propiedad del Padre Vidaller. lo que no le impedía ser bondadoso y atento. Se conciliaban en el tan admirablemente la suavidad y la firmeza que, siempre constante, ecuánime, y tenacísimo en los propósitos, podían aplicársele aquellas palabras de la Sabiduría. “Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter”. Toca desde un extremo a otro fuertemente, y dispone suavemente todas las cosas.

Reproducía en su persona al Padre León, la vida de aquellos primeros escolapios que eran sabios en la cátedra y en su aposento parecían cartujos. Era un enamorado de la soledad, pero nunca incurrió en el vicio del ocio. Siempre tenía algo que hacer, bien leía libros espirituales, bien escribía y extractaba sus lecturas. “Pietatis et mortificationis operibus addictus, Sanctissimum Eucharistiae Sacramentum flexis genibus diuturno tempore venerari, Sacratissimi Cordis cultum assidue fovere, oratione quam maxime fidere censuevit”³⁹⁸. Muy aficionado a las obras de piedad y de mortificación, acostumbraba a venerar durante el día el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, hincado de rodillas, fomentar asiduamente el culto del Sacratísimo Corazón y vacar a la oración cuando le era posible. En esto fincaba el secreto de su intensa vida interior; y estas noticias levantan el velo que ocultaba el ignorado manantial que nutría las sólidas virtudes que adornaban aquella alma selecta. La oración, la lectura espiritual, la presencia de Dios, la vida oculta y el culto de la Eucaristía son el alimento de la espiritualidad, y la fuente inagotable de las obras y de las virtudes que florecen la vida religiosa. El Padre León usó abundantemente de estos medios de santificación, y por eso produjo frutos tan sabrosos.

Si consideramos al religioso, hallaremos en él a un hijo de San José de Calasanz, que hizo de las Reglas el eje de su vida y objeto de su culto. Jamás se dispensó de la más mínima, ni usó de ninguna clase de privilegio que su edad o los cargos que había desempeñado le permitían. Era el primero en todo. Cuando tocaban la campana para los actos piadosos comunes, era el primero en presentarse en el oratorio, si no es que se había adelantado. Y colocado, en la presencia de Dios, desaparecía para él cuanto la rodeaba. Se abstraía de las criaturas y no existía más que para Dios y su alma, que se derretía en deliquios de amor mientras trataba de extraer de la meditación el jugo que contenía y el alimento con que nutrir las virtudes. Ver en esas circunstancias al P. León era enfervorizarse, porque todo en él, su actitud, el acatamiento a la presencia de Dios, la fe que rezumaba, la devoción que mostraba, era una invitación a la vida interior, y un estímulo a unirse con Dios más íntimamente. Su ejemplo y su observancia escrupulosa autorizaban al Padre Vidaller para

³⁹⁸ Consueta, pág. 14.

amonestar, paternal y suavemente, a los que veía remisos en el cumplimiento de las santas Reglas. Nadie se lo llevaba a mal, porque todos sabían que solo la caridad y el celo de la observancia le movían a llamar la atención sobre esas transgresiones. El Padre León fue como un patriarca, y podemos creer que Dios lo dio a las Escuelas Pías para que fuera luz y espejo de los religiosos; y lo dotó de talentos y de virtudes que le facilitaron cumplir esa misión, y lo colocó en circunstancias que le permitieron encauzar las voluntades y guiar las almas por la vía de la regularidad más estricta.

Ha sido el Padre León Vidaller uno de los grandes escolapios de los tiempos modernos, uno de esos hombres que de vez en vez manda Nuestro Señor al mundo para que sean estímulo de los buenos y freno de los imperfectos; para que brillen como fanales, disipen las tinieblas del error y señalen el puerto de salvación; para que encarnen el espíritu de la clase a la que pertenecen, y con sus efluvios atraigan a los que anhelan su renovación, y los agrupen en torno de la bondad, de la verdad, y de la virtud que ellos enarbolan y mantienen iniesta. Todo esto fue el Padre León en las Escuelas Pías de Aragón, sin alharacas, sin estridencias, sin aires de reformador, sin patrocinar escisiones, sino buscando la observancia y propagando la fidelidad a la vocación con una vida santa y fervorosa. Para eso no hacen falta proselitismos que dividen y siembran el malestar, sino mucha disciplina y una fidelidad estricta a las Constituciones. El ejemplo es más eficaz que la palabra, y cuando el anhelo de reforma se funda en la austeridad de la vida y en la correspondencia a las gracias, es de una eficacia admirable. y se logra el mejoramiento general, sin choques violentos, sin faltas de caridad, sin sembrar la desconfianza en las Comunidades. Es lo que hizo y consiguió el Padre León, acaso en forma inconsciente. sin proponérselo, seguramente.

Tenía, pues, a los 80 años de una vida ejemplar bien ganado el descanso, y podía presentarse ante el justo Juez, seguro de que recibiría la corona de justicia que le era debida, puesto que había terminado el curso de su vida y había guardado la fe jurada. Hacemos nuestros los últimos conceptos que el autor de la necrología del Padre Vidaller estampó en ella: “Varón ciertamente recomendable. Descanse en paz, y que su morada esté en la celestial Jerusalén. Que su recuerdo sea para los venideros, consolación y ejemplo de vida”.³⁹⁹

X. Escritos del P. León Vidaller

Creemos que el Padre León no fue escritor de vocación, sino ocasional, porque las circunstancias le invitaron a trabajar para aprovechar el tiempo santamente. No busquemos, pues, en él ni el liderazgo ni el estilista, aparte de que sus producciones no fueron literarias. Fueron diversas colecciones que él ordenó, y en el mejor de los casos, prologó para explicar la procedencia de las piezas que las integraban. Es el trabajo del coleccionista y del ordenador que dispone los documentos en forma orgánica con sujeción a un plan lógico, ideológico o cronológico que da cierta sensación de homogeneidad a lo que es heterogéneo por naturaleza. Hombre ordenado en todo, el desorden mortificaba grandemente al padre Vidaller, y se propuso organizar con mejor método el archivo de la Vicaría, y fruto de esa labor de benedictino fueron algunas de las publicaciones a que vamos a referirnos. Su utilidad y conveniencia salta a la vista, bien que por no ser de prescripción del Capítulo General, su lectura cayó en desuso cuando cesó en el cargo quien había autorizado su publicación y mandado que se leyeran en determinados

³⁹⁹ En el mismo lugar.

tiempos. Fue tan efímera la duración de tal mandato que no recordamos bien cuándo debía leerse públicamente. ¿Habrá sido inútil esa publicación y perdido el dinero gastado en editarla? No lo creemos; porque ahí queda, coleccionado y ordenado cuanto en un momento dado puede interesarnos o sernos necesario para defender un derecho, o para fundamentar un privilegio. Sabemos que el Padre León Vidaller, publicó:

1. Reglas de novicios, conforme a un código antiguo, a las que agregó muchas cosas curiosas, Madrid.
2. Repertorio de las disposiciones más importantes sancionadas en los Capítulos, Congregaciones y Circulares Generales de las Escuelas Pías de España, Madrid.
3. Colección de leyes y decretos del Gobierno español en beneficio de las Escuelas Pías, Madrid.
4. Bullarium Religionis Scholarum Piarum, Madrid.
5. Guía del Cristiano, eucologio saturado de sapientísima, sentencias y cuajado de piadosas preces y meditaciones.
6. Oratio ad Capitulum Generalem. Madrid, 1906.
7. Manuscritos varios.

Capítulo XLVI. Padres Mariano Gimeno de la Virgen del Pilar y Manuel Laborda de la Virgen del Carmen, y Clérigo Máximo Plaza de San José de Calasanz.

PADRE MARIANO GIMENO DE LA VIRGEN DEL PILAR. Todo lo que la vida del Padre León Vidaller tuvo de brillante, fue de modesta la del Padre Gimeno. Hasta en la estatura debió ser humilde, pues todo el mundo lo nombraba con el diminutivo “Marianico”, a la aragonesa. Sin embargo, quien tan pequeño aparecía ante los hombres, era grande por sus virtudes, y mereció que se resumiera su vida en unas cuantas frases que son su mejor apología, y constituyen una corona envidiable: “Religioso verdaderamente obediente, obedeció siempre a los Superiores, aun en las cosas mínimas, hecho admirablemente para el decoro de la piedad cristiana, miró mucho a la observancia de las Reglas; sumamente dominado por el amor de Dios, nos dejó muchas cosas dignas de ser imitadas”.⁴⁰⁰ No podía ser un religioso vulgar quien se hizo acreedor a esos conceptos, por muy modesto que fuera, aunque no ocupara altos cargos, y por escaso que fuera su brillo. Los hombres vemos el rostro, dice la Sagrada Escritura; Dios sondea los corazones, y las cosas y las personas que parecen pequeñas y humildes a las criaturas, la suele escoger el Creador para confundir a los fuertes y grandes.

Vino nuestro Mariano al mundo en Zaragoza, el 14 de noviembre de 1847; y no bien despuntó en él el uso de la razón y estuvo en edad escolar, frecuentó nuestro Colegio, donde libó el néctar divino de la piedad, que, al ponerse en contacto con aquella alma, tan bien dispuesta para la virtud, germinó y fructificó generosamente en forma de obras santas y virtuosas. Lejos de condescender con los malos ejemplos, de hundirse en el fango del vicio en que tantos jóvenes dejan su inocencia, Mariano consagró su niñez y su adolescencia a las buenas obras y a los ejercicios piadosos, y aspiró a abrazar la vida perfecta, arrastrado en cierto modo por el ejemplo de sus maestros. Madurada la idea y consultada con Dios, pidió a los Superiores ser admitido en las Escuelas Pías, y despachada favorablemente su instancia, se trasladó a Peralta de la Sal, donde con gran

⁴⁰⁰ Necrologías del año 1926, número 24, página 42. Madrid, 1927.

contentamiento de su espíritu vistió la sotana el 13 de diciembre de 1804. Pocos habrán igualado a nuestro Mariano en el interés y cuidado que puso en adquirir las virtudes cristianas, y en correr como gigante por las vías de la perfección religiosa; porque si alguno ha tenido idea clara de sus deberes y se ha esforzado en cumplirlos, ha sido este novicio al que todo parecía poco con tal de responder al beneficio de la vocación recibida del cielo. En los dos años de noviciado, el joven Mariano Gimeno hizo admirables progresos en la vida religiosa, y daba la esperanza cierta de que no sería una caña frágil que con facilidad se quiebra, ni una veleta que gira a todo viento de doctrina. La experiencia de una vida de 79 años, consagrada sin eclipses ni decaimientos al servicio de Dios, demostró la exactitud del criterio de los Superiores y la solidez de la vida espiritual del joven. Mariano. Fue, por lo tanto, admitido a la profesión, emitida con toda la efusión de su espíritu en Peralta de la Sal el 16 de diciembre de 1866.

Inmediatamente recibió la orden de trasladarse a Zaragoza, donde realizó todos sus estudios eclesiásticos y profesionales con gran aplicación y no poco aprovechamiento. Se propuso, y logró, equilibrar el interés que le merecían con el cuidado de su santificación, de tal manera que no se estorbaran ni interfirieran. Así, dispuso su voluntad y su inteligencia para ser en su día un operario útil de los ministerios propios de las Escuelas Pías. Terminada su carrera, aplicado a cultivar una parcela de la heredad del Padre de Familias, puso en el desempeño de su cometido todo el celo de su alma, todo el fervor de su corazón y todo el interés que le inspiraban los niños. Alcañiz y Sos fueron las palestras en que hizo un sus primeras armas este novel apóstol de la escuela, con notable aprovechamiento de sus alumnos, en cuya alma destilaba la verdad y la piedad que había atesorado. “*Scholarum ministerio mox addictus puerorum et pietate et litteris eruditioni nihil non sedulitatis tribuit. Hos ille ingenii doctorum partus, quos alacriter in suam rem convertere, in discipulorum agellum summa sermonis affabilitate deduxit*”⁴⁰¹. Destinado luego al ministerio de las escuelas, puso todo su cuidado en instruir a los niños en la piedad y en las letras. Los frutos del ingenio de los datos que alegremente había hecho suyos los volcó con suma facilidad de palabra en la mente de sus alumnos.

Encargado de diferentes asignaturas del bachillerato, se acreditó de excelente profesor y de celoso pedagogo en los colegios en que trabajó; pero el centro de sus actividades, donde con sus enseñanzas y con sus ejemplos marcó honda huella fue Tafalla. Allí dejó sus mejores energías en las escuelas; su celo más activo en la oración continua; su experiencia en la dirección espiritual; y el perfume de sus virtudes en el buen ejemplo. Porque el P. Mariano fue escolapio hasta que le faltaron las fuerzas, y hallaba sus delicias en conducir a la iglesia grupos de niños a quienes enseñaba a rezar y las primeras nociones de la doctrina cristiana. Ese ejercicio tan caro a San José de Calasanz y tan grato al cielo, es el que sostiene nuestros colegios, y es como el pararrayos que descompone las tormentas de la impiedad, levanta contra las Escuelas Pías y convierte en lluvia benéfica lo que parecía una nube cargada de destrucción y muerte. De aquí que insistan tanto nuestros Capítulos en que no se descuide ese ejercicio, y en que se restablezca donde por una razón o por otra haya desaparecido. En Pamplona y en Tafalla fue ocupación favorita del P. Gimeno durante varios años, y esa ocupación sin brillo fue seguramente de más provecho que otras de mucho ruido y esplendor externos. Pero no olvidemos que Dios no

⁴⁰¹ En el mismo lugar, pág. 41.

se paga de exterioridades, y que el Señor no se halla donde hay agitación humana, pero sin espíritu religioso que la dirija e inspire.

En la atención del confesonario, el P. Gimeno era. Incansable, pero de tal manera coordinaba su celo con sus deberes que jamás sacrificó estos a aquel, sino que a él le dedicaba el tiempo libre y las horas de descanso. En vez de ir de paseo o de ocuparse en cosas mundanas, recibía las personas que buscaban su dirección espiritual, o a las que simplemente iban a confesarse, y prolongaba su apostolado por medio de los ministerios sacerdotales. Cuánto bien hiciera a las almas, es más fácil adivinarlo que de expresarlo, porque solo Dios conoce el fruto de nuestras obras. Pero no hay duda de que debió ser grande el saldo favorable de un ministerio servido con elevación y celo durante varios años. “Muy dado a administrar el sacramento de la Penitencia, empleaba horas casi innumerables en ayudar a las almas. De tal modo armonizaba todas las cosas, que hacía este oficio sin omitir las obligaciones que le eran propias, y sin quitar a la observancia y a la enseñanza”⁴⁰². Y quien despreciando las cosas humanas, se consagraba únicamente a las divinas, excitaba a los otros a la piedad, suave y dulcemente.

En tanto, los años iban cumpliendo su obra, y aquel cuerpo que nunca fue robusto empezó a decaer visiblemente; los miembros se entorpecieron; los sentidos se debilitaron; su piel se fue amarilleando y demacrando; su inteligencia se obnubiló hasta casi desaparecer, y le sobrevinieron muchos achaques precursores de la muerte. No tardó esta en presentarse, y le fueron administrados oportunamente al P. Mariano los auxilios espirituales. Reconfortado con ellos, expiró plácidamente, como había vivido, en Tafalla, el día 26 de noviembre de 1926. donde sus cenizas esperan la resurrección, mientras su alma goza, lo permite esperar su vida virtuosa, de la bienaventuranza eterna. Había cumplido 79 años de edad y contaba 62 de vida religiosa.

P. MANUEL LABORDA DE LA VIRGEN DEL CARMEN

Paraa nosotros, los barbastrinos, el P. Laborda fue siempre, y seguirá siendo mientras vivamos los que lo conocimos, el Padre Manolé, así, con el diminutivo vernáculo popular a secas. La mayor parte de los habitantes de Barbastro ignoraban quién era el P. Laborda, pero el P. Manolé era conocido y estimado por todos. Bajo de estatura, cenceño de cuerpo y sencillo en todo como un niño, bueno a carta cabal, era natural que él, en 56 años ininterrumpidos de permanencia en la población, se captara las simpatías y se conciliara el afecto de los barbastrenses, quienes cariñosamente lo llamaremos en la forma diminutiva expresada. Fue una vida consagrada por entero a Barbastro, a los niños, principalmente; al pueblo, secundariamente, y eso lo hizo popular y muy querido. Tenía el P. Laborda una hermosa condición inspirada por la caridad. Cumplía con todo el mundo, en momentos de aflicción especialmente. No había enfermo conocido al que no visitara, ni familia de nuestra relación a la que no consolara cuando la muerte le arrebatara a uno de sus miembros. Esto gana los corazones, y cuando uno se prodiga, un halo de popularidad circunda las sienes, y una oleada de simpatía rodea a la persona de quien así procede. El P. Laborda trataba con todo el mundo, conocía a casi todas las familias de la ciudad, entraban en todas las casas, y sin embargo, no era un visitero. Iba solo a impulsos de la caridad, y sus visitas eran sumamente corteses. ¡Hermoso ejemplo que no debemos olvidar, y edificante costumbre que recogemos y consignamos por lo que tiene de aleccionadora! Ni perdía el tiempo, ni lo hacía perder; y sus visitas, lejos de ser molestas,

⁴⁰² Necrología del P. Gimeno en el lugar dicho, página 42.

eran deseadas por lo consoladoras, y agradecidas por lo delicadas. No creemos que el P. Manuel fuera de grandes talentos, ni se distinguió por su elocuencia en el púlpito; no poseyó brillantes cualidades, pero eso no le impidió hacerse querer y crearse un nombre envidiable.

Hijo de una familia modesta pero virtuosa, vino al mundo en Borja, ciudad de la provincia de Zaragoza, perteneciente a la diócesis de Tarazona, el día 23 de junio de 1848. De índole suave, se apropió fácilmente los buenos ejemplos de sus padres, mamó la piedad y con la leche, y creció de virtud en virtud a medida que avanzaba en años, de tal suerte que llegó a la pubertad con un alma hermosa y con un corazón puro. A los 18 años, temeroso de los peligros del mundo y seguro de su vocación, golpeó en la puerta de las Escuelas Pías, pidiendo ser uno de sus religiosos, y los Superiores se la franquearon ampliamente. Pasó, pues, a su tiempo, al noviciado en Peralta de la Sal, donde recibió el hábito calasancio el 11 de noviembre de 1866, y desde ese día no pensó más que en santificarse por la adquisición y por la práctica de las virtudes religiosas. Había meditado ese paso antes de darlo, y afiliado a la familia calasancia, trabajó con empeño en adquirir el espíritu que le es propio y la distingue. “Inter nostrates adscriptus, propositi quam maxime tenax et suapte natura ad caelestis inclinatus, scripta observantia eruditus in ea tantum profecit, ut nemo dubitaverit quin postea de se fructus praeberet uberrimos”⁴⁰³. Recibido entre los nuestros, tenacísima en su propósito e inclinado por naturaleza a las cosas celestiales, e instruido en la estricta observancia, de tal modo adelantó en ella que nadie dudó que daría más adelante ubérrimos frutos. Quien así avanzó en la virtud, era natural que no hallara obstáculos en su voluntad ni en el criterio de los Superiores para formular sus votos, cumplido el bienio de noviciado. Y, en efecto, el 3 de noviembre de 1868 en circunstancias bien críticas, por cierto, cuando el porvenir se presentaba oscuro, henchido de incertidumbres y preñado de interrogantes, se consagró a Dios en forma indisoluble. Profesar en esos momentos, cuando la revolución atea es una amenaza, y el mañana se presenta incierto, es un heroísmo del que no todos son capaces; y quien, como nuestro Manuel, da ese paso definitivo, demuestra ser de madera de héroes, de los que buscan a Dios y la propia santificación al hacerse religiosos.

En el juniorato siguió la misma norma de vida que en el noviciado: afirmar las virtudes adquiridas y enriquecer su inteligencia con los conocimientos humanos y divinos que necesitaba como maestro y como sacerdote. Para esto dedicaba al estudio todo el tiempo señalado, prestaba suma atención a las enseñanzas de sus lectores, y trataba frecuentemente con sus compañeros de temas científicos y literarios, lo que le permitía aclarar dudas y fijar ideas. Para aquello, vigilaba y oraba, frecuentaba los sacramentos y guardaba la presencia de Dios; era avaro de las cosas espirituales, y leía excelentes libros que trataban de perfección. Y como la abeja industriosa, libando las flores del espíritu y sorbiendo en los campos de la ciencia fue amasando el panal de la virtud y posesionándose de los tesoros del saber humano. Si no hizo sus estudios con brillantez, el joven Laborda los reanudó con aprovechamiento; y si no fue un sabio, logró lo que vale más: ser un buen y edificante religioso.

El P. Manuel no tuvo más que un campo de acción durante su larga vida ministerial: Barbastro. Allí fue designado terminado sus estudios, y allí perseveró durante medio siglo, formando en la piedad y en las letras generaciones y generaciones de alumnos. Iniciado en

⁴⁰³ Necrologías del año 1929, número 12, página 39/40. Barcelona, 1930.

las escuelas inferiores, permaneció en ellas por espacio de ocho años, con notable aprovechamiento de sus discípulos, y con no poco renombre suyo y del Instituto. Es que para ser excelente maestro no se necesita ser sabio, sino poseer bien los conocimientos que deben enseñarse, y tener un concepto elevado de la misión docente, una conciencia clara de la responsabilidad, y un propósito decidido de trabajar con empeño en formar la mente y la voluntad de los educandos. Esto no le faltaba al P. Manuel, y por eso pudo recoger tan opimos frutos de sus enseñanzas. Dadas muestras de su capacidad para el magisterio, y acreditado como maestro celoso, el P. Laborda fue encargado de varias asignaturas del bachillerato, y también las desempeñó discretamente a satisfacción del público y de los Superiores. Le encomendaron las cátedras de Historia de España y Universal, primero y segundo curso de latín y castellano, religión y caligrafía, y en todas ellas dio muestras de celo y de competencia. Mientras tuvo fuerza, sirvió el P. Manuel Laborda esas asignaturas, y solo cuando su edad avanzada se lo impidió, abandonó ese apostolado en el que hallaba sus delicias, porque sabía el bien que puede hacer un maestro celoso.

Pero en el P. Manuel hay que buscar preferentemente al sacerdote y al religioso, que son las facetas principales de su vida. En el primer concepto, se preocupó de la limpieza de la casa de Dios, del esplendor del culto, de la observancia de las rúbricas, de la conservación y renovación de los ornamentos sagrados, de la atención del confesonario, de la asistencia de enfermos, del ejemplo de una vida santa. Era, en consecuencia, modesto en su porte, puro en sus costumbres, humilde y sencilla en sus gustos, fervoroso en sus palabras, Caritativo en sus obras. Durante muchos años, el P. Manuel celebró la misa del Rosario de la Aurora en los domingos y días festivos del invierno. Ese conjunto de cualidades, que lo acercaban a todas las clases sociales, conquistó al P. Laborda aquella honda y sincera simpatía que sentíamos por él los barbastrenses. Era el amigo de todos, y como el imán atrae los objetos metálicos, la bondad ingénita de este humilde escolapio le ganaba las voluntades. Nada extraño que, dentro y fuera del confesonario, las gentes acudieran a él en busca de un mejor consejo, en demanda de una orientación o en solicitud de una ayuda. Y para todos tenía el P. Manolé la palabra adecuada, la frase oportuna, el consejo necesario. Tal vez no prestaba el auxilio material porque carecía de medios, pero seguro que no le faltaría a nadie el consuelo espiritual que cicatriza heridas y calma dolores.

Como religioso se podría sintetizar toda la vida del P. Laborda en unas palabras: fue como la encarnación de la regla. Puntual al tañido de la campana, era el primero en asistir a los actos comunes; caritativo hasta el escrúpulo; jamás murmuraba de los Superiores o de los compañeros; amante del retiro y del silencio, permanecía en su aposento siempre que sus ocupaciones no le obligaban a abandonarlo, y nunca entraba en la habitación ajena sin un motivo justificado; respetuoso con los Superiores, en quienes veía la representación de Dios, les obedecía ciega y prontamente; cultor eximio de la pobreza, no se permitía lujos ni prendas reñidos con ella; devoto y fervoroso, hallaba en la oración y en los sacramentos el pábulo de su alma. Todo esto se resumía en una devoción acendrada al Santísimo Sacramento, en cuya presencia pasaba buenos ratos, y en un amor filial a la Santísima Virgen, a la que diariamente obsequiaba con el santo Rosario. No debe extrañarnos que quien así servía a Dios, y correspondía a las gracias del cielo, se esforzara en fomentar las vocaciones religiosas y sacerdotales. La mayor parte de los hijos de Barbastro que ingresaron en las Escuelas Pías desde 1880, y muchos de los sacerdotes seculares, fueron alumnos del P. Manuel, y algunos de ellos decidieron ese camino incitados por este ferviente escolapio.

Consumido por los años más que por la enfermedad, cuando ya era octogenario y contaba 62 años de vida religiosa, una neumonía lo puso en peligro de muerte, por lo que se le administró el Viático, que recibió con muestras de la mayor devoción y conformidad con los designios divinos. Confortado más tarde con la Santa Unción, expiró plácidamente en el Señor en Barbastro el 8 de mayo de 1829. el deceso del P. Manuel Laborda, del Padre Manolé, fue un día de duelo para la ciudad que tanto lo estimaba, para sus numerosos discípulos, para el pueblo entero que estimaba y respetaba a este humilde escolapio. “Difficile dictu est quanti eum facerent et civis alii ! Liquido patuit... in sepultura nummis discipulorum in perpetuum acquisita, in qua aeternum Valle, dilectionis litteris manet scriptum ab illis, apud quos perdurabilis manebit memoria tan benemeriti religionis civitatisque Patris”⁴⁰⁴. Es difícil de decir cuánto lo estimaban los ciudadanos y otros. Claramente se vio.... en la sepultura adquirida a perpetuidad con el dinero de los discípulos, en la que queda esculpida la eterna despedida con letras de amor por aquellos entre los que perdurará el recuerdo de tan benemérito Padre de la Religión y de la Ciudad.

Dos homenajes, en los que palpitaba su gratitud, rindieron al P. Manuel sus discípulos barbastrenses: en vida el primero; póstumo, el segundo. Como ya nos hemos ocupado de ellos en la crónica del Colegio de las Escuelas Pías de Barbastro no haremos ahora más que una rápida alusión a los mismos. El primero fue con motivo de su jubileo sacerdotal, en cuya ocasión se reunieron en torno del venerado maestro numerosos exalumnos de todas las clases sociales y de varias generaciones se sumaron a su regocijo, agradecieron a Dios los beneficios que en 50 años de vida sacerdotal había derramado sobre el P. Laborda y lo obsequiaron espiritual, literaria y materialmente. Fue para él uno de los días que jamás borrará el olvido, como dijo el Profeta. El homenaje póstumo al P. Manuel consistió en el solemnísimos funeral, en el nicho y en la lápida que lo cubre, costado por ellos, que es de un valor tan grande, puesto que se hizo a un difunto que ni en el cariño podía agradecerse. En el P. Manuel Laborda se cumplía una vez más la palabra divina: el que se humilla será ensalzado. Y se demuestra que no hay grandeza como la de la virtud, ni gloria como la que produce una vida santa.

CLÉRIGO MÁXIMO PLAZA DE SAN JOSÉ DE CALASANZ.

“Quien durante el tiempo de probación diera siempre ejemplos de buen religioso, jamás se desvió del camino recto que había seguido; siempre constante, siempre pronto a ejecutar los ejercicios religiosos, mostraba hilaridad y gracia en el hablar, con lo que se ganaba la buena voluntad de todos”.⁴⁰⁵ En estas palabras se resume la vida del joven escolapio Máximo Plaza, que brilló como el sol, y como el sol se eclipsó y pasó por el mundo como una sombra. Fue una de esas almas predilectas de Dios que, consumadas en breve tiempo, llenan muchos años. Y que apenas abiertas a la vida como un capullo, como los pétalos de éste por el cierzo, son helados por el frío de la muerte, y mientras la materia vuelve a la tierra de donde salió, el espíritu vuela a las regiones superiores a juntarse con los ángeles, sus hermanos. Solo siete años vivió entre nosotros, los suficientes para perfumar nuestros claustros con el aroma de sus virtudes y para que su vida fervorosa quedara como un ejemplo y como un estímulo para nuestros jóvenes religiosos. Porque el subdiácono Plaza, fiel a su vocación, puso el mejor empeño en santificarse y en embellecer su alma con aquellos carismas celestiales que la hacen grata a los ojos divinos.

⁴⁰⁴ Necrología del P. Laborda, pág. 41.

⁴⁰⁵ En el mismo cuaderno de necrologías, número 17, página 50.

Nacido en Hermosilla, pueblo de la provincia y archidiócesis de Burgos, en el seno de una familia de abolengo cristiano y de vida piadosa, ya desde la más tierna edad lo dedicaron al servicio de Dios, y lo educaron santamente. Respirando una atmósfera religiosa, y viendo los buenos ejemplos de sus progenitores, no es extraño que desde muy niño sintiera anhelos imprecisos e inconscientes de vida perfecta, que el tiempo y la gracia se encargaron de perfilar y definir, y que a su hora y sazón se cuajaran en un propósito decidido de ingresar en la Escuela Pía. “*Vix adolescens in Dei amorem et in Beatissimam Virginem pietatem mirifice praestitit; a saeculi vanitatem illecebisque abhorrens, sub vesillo Calasancianae Familiae, quem primum sibi licuit militare decrevit*”.⁴⁰⁶ Apenas adolescente, aborreciendo la vanidad y los atractivos del siglo, se destacó admirablemente por la piedad hacia Dios y a la Santísima Virgen, y determino militar bajo el estandarte de la familia calasancia cuanto antes le fuera permitido. Así lo hizo, y terminados en Cascajo los estudios elementales, cuando tuvo la edad competente vistió el santo hábito en Peralta de la Sal en 1921, a los 15 años apenas cumplidos, si no hay error en las fechas que da la consuetud, bastante imprecisas, por cierto. Según ellas, había nacido el 21 de agosto de 1908, y recibió la sotana en el año citado, sin indicación de mes ni de día. Tampoco se anota ni el año, ni el mes ni el día de sus profesiones simple y solemne, por lo que está todo en el aire. Lo único positivo es que el Hermano Plaza emprendió su noviciado animado de los más ardientes deseos de escalar las altas cumbres de la perfección, y que esos anhelos se cuajaron en hechos. No había de virtud que no cultivara con esmero, ni práctica piadosa que no ejecutara con devoción, ni humillaciones que no abrazara con amor, ni sacrificios que no consumara generosamente. Todo lo convertía en sustancia espiritual, y asimilaba las meditaciones, las lecturas, las pláticas, con lo que labraba sin cesar la margarita de su alma, y la hermoseaba con los más brillantes carismas de la gracia. No había, por lo tanto, novicio que le aventajara, y pocos eran los que le igualaran. Y cuando la llegó la hora de la profesión, fue aceptado sin reparos, porque ofrecía las mejores garantías de perseverancia, como lo demostró en el cumplimiento de las reglas y de los votos. Ligado a Dios por sus místicos desposorios, y trasladado al juniorato, el joven Plaza no decayó lo más mínimo de su fervor, y al mismo tiempo que se esforzaba en adquirir los conocimientos científicos y literarios que había de necesitar para el desempeño de sus ministerios, ponía el cuidado más exquisito en progresar en la vida espiritual con el mismo ritmo que en el noviciado. Sí fervoroso fue de novicio, fervoroso continuó siendo en el juniorato; y si en Peralta se esmeró en adquirir virtudes, en Irache y en Tafalla no descuidó un punto en afirmarlas, ahondarlas y aumentarlas. En el joven Máximo Plaza, el estudiante y el religioso constituían un todo homogéneo, de suerte que si el escolar era aplicado al estudio, el religioso se preocupaba seriamente de adquirir las virtudes propias de su estado.

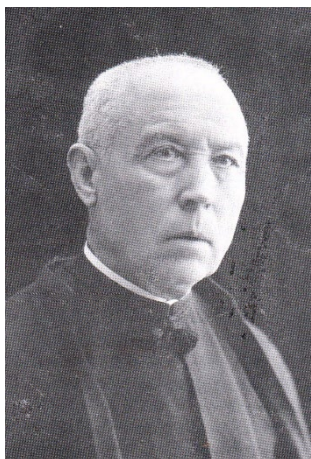
Así pudo decirse de él que su vida fue toda inocente y preclara, y que brillaron lo más espléndidamente las virtudes del novicio, del estudiante y del maestro. “*Hujus religiosi vita innocens fuit tota atque praeclara; tyronis, studentis et magistri virtutes splendidus eluxere*”⁴⁰⁷. Pero como maestro, apenas si tuvo tiempo que mostrarse como una promesa, pues no bien había iniciado su apostolado docente cuando empezó a manifestarse la enfermedad que en plena juventud lo condujo al sepulcro. Se hallaba de familia en el Colegio de Logroño, entregado a la educación y enseñanza de los niños con la fe del apóstol y con el interés del patriota, cuando se manifestaron los primeros síntomas de su

⁴⁰⁶ En el mismo lugar, pág. 48/50.

⁴⁰⁷ Ibidem, pág. 50.

dolencia. Sin pérdida de tiempo, se trasladó a Zaragoza con esperanza de sanar y poder consagrarse al ministerio educativo. Y puesto en manos de médicos peritísimos, fueron de opinión de que debía operársele, como se hizo. Y si por el momento parecía haberse conjurado el mal, no fueron más que apariencias. Porque muy poco después, en Cascajo donde se estaba reponiendo, empezó a sentir dolor de cabeza que, agravándose, lo redujo a los extremos, y administrada la Santa Unción, y ayudado con las oraciones de los hermanos, entregó plácidamente el alma al creador el mismo día en que cumplía 23 años. Hacía 7 que había interesado en la Orden.

Capítulo XLVII. M.R.P. Manuel Gazo de la Virgen de los Ángeles



Pertenecemos al número de los que tuvieron el honor y la suerte de ser iniciados por el P. Manuel Gazo en los secretos de la vida religiosa en el noviciado de Peralta. Acaso sean pocos los que han sido sometidos por él a una prueba tan ruda como la que nos reservó, y a la que nada tenemos que oponer al cabo de medio siglo. Estaba en su derecho, y damos gracias a Dios que puso en aquellas circunstancias un candado en nuestros labios. Fue el P. Gazo un Santo y humilde religioso que pasó por el mundo practicando el bien y dando a todos buen ejemplo. No hubo en el dolo ni claudicaciones, era la bondad y la regularidad personificadas, por lo que "nostra calasanciana familia Aragonensis tali cum luctu prosequitur, ut unanimis in ore omnium sic tan boni Patri laudatio"⁴⁰⁸. Nuestra familia calasancia de Aragón lo recuerda con tal dolor que es unánime la alabanza de tan buen Padre en la boca de todos. Así es, en efecto, porque además de ser un excelente religioso, con lo que se ganaba, el respeto de todos, era muy expansivo, y su conversación sumamente amena, lo que le valía la general estimación no solo dentro, sino también fuera de casa. Se contaba de él como una tradición viva en la Provincia que, trasladado a Zaragoza con su madre viuda cuando era un chicuelo, puesto de hinojos ante la imagen de la Virgen Santísima del Pilar, se ofreció por hijo suyo, y le rogó que lo admitiese como tal en todos los instantes de su vida.

Pedrola, población a orillas del Ebro, cerca de la Ciudad Imperial, vio nacer a ese hombre, que tan fielmente había de servir a Dios y a la Orden Calasancia, el 6 de diciembre de 1842, y ya mostró allí claros indicios de las virtudes que había de practicar en lo futuro, y ya se hizo estimar de sus conciudadanos. Huérfano de padre, como lo hemos dicho, y trasladado con su madre a Zaragoza, frecuentó nuestras escuelas, en las que cursó latín y humanidades. Entrado en la adolescencia, sintió el llamamiento divino, al que prestó atento oído, y solicitó ser admitido en las Escuelas Pías. Aceptada su instancia por el P. Provincial Juan Crisóstomo Sena de San Joaquín, que conocía los quilates de virtud y los grados de inteligencia del postulante, fue enviado a Peralta de la Sal, donde el 11 de abril de 1858 lo incorporó a la milicia calasancia el P. Rector Antonio Badías de San Cipriano. Un joven de las prendas del Hermano Gazo no podía ser un novicio mediocre y vulgar; tenía que sobresalir y destacarse de entre sus compañeros; y lo hizo de tal forma que el P. Maestro le confiaba en momentos de ausencia la guarda y vigilancia de los mismos. Desde entonces manifestó lo que sería en el correr de los años, y permitía presentir al futuro maestro de novicios, dada la facilidad y la hondura con que se saturó del espíritu

⁴⁰⁸ Efemerides Calasancias, año I, nº 2, marzo-abril de 1932, pág. 82

cansancio. “Quem quidem spiritum ita in Probationis Domo perfecit solidavitque, ut labentes annorum cursu, ipse dignus habitus sit, qui ibidem alios consodales in eodem spiritum paterne regeret atque custodire”⁴⁰⁹. Hermoseada, pues, su alma con las más eminentes virtudes, el Hermano Manuel de la Virgen de los Ángeles fue admitido a la profesión de votos simples en Peralta de la Sal el 4 de marzo de 1860. Delegado por el P. Sena, se la recibió el mismo P. Rector, Antonio de San Cipriano, que le había vestido la sotana.

Allí mismo inició sus estudios superiores, que coronó en Zaragoza después de una aplicación extraordinaria que no fue, sin embargo, óbice para su piedad, según lo advierte su necrología. “Quamvis ita se litteris daret, ut libros legendo, ut ita dicam contereret, semper tamen dixit, ac si solidam gloriam non alibi quam in virtute positam censaret”⁴¹⁰. Aunque se entregaba a las letras de tal modo que parecía gastar los libros leyendo, sin embargo siempre vivió como quien juzgaba que la gloria sólida no estriba en otra cosa que en las virtudes. Una vez que terminó su carrera, los superiores brindaron al cielo del novel profesor la palestra del Colegio y la tierra abonada de la Ciudad de Barbastro, donde perteneció por espacio de ocho años instruyendo a los niños en las escuelas primarias y secundarias, imbuyéndolos en la piedad y en la vida cristiana, enseñando a los internos las buenas maneras sociales, y edificando a los fieles con su palabra y con su ejemplo. El mismo tenor de vida observó el P. Gazo en Sos durante seis años, y en Tolosa uno, de cuyos fundadores fue, por otros siete. “Ubi omnes eum demirati sunt, sive artem rethoricam docentes, sive philosophiam explicantem, sive epheveum diligentem, omnia revere omnibus factus”, Donde todos lo admiraron, bien como maestro de retórica, bien como profesor de filosofía, bien en su carácter de director de colegiales, hecho todo para todos.

Con la bondad de su trato y la sencillez de su vida, el P. Manuel se concilió el cariño y la benevolencia de cuantos lo trataban, y no es de admira que los Superiores le invistieran de la dignidad del Rector de Sos, y años más tarde de Estella y de Peralta, donde se pusieron de manifiesto sus intereses en el cuidado y aumento de los bienes materiales, y el celo especialmente de la observancia regular que conservó incólume con el aplauso y la alegría de propios y de extraños. No era, sin embargo, en el gobierno de las Casas donde el P. Gazo había de dar la medida de su valor y poner de relieve las facetas características de su espíritu religioso. Una de las cualidades más estimables de los Superiores es la discreción de espíritus, el conocimiento que tienen de los talentos y de las habilidades de sus súbditos, y el acierto en colocarlos en el lugar más adecuado a sus condiciones, y en el oficio en que producirán mejores y más abundantes frutos. El P. Manuel Gazo estaba cortado para el cargo de Maestro de novicios, y para él lo eligieron, y en él lo mantuvieron durante trece años. Consciente del honor que los Superiores le dispensaban al confiarle oficio tan delicado, y de la responsabilidad que pesaba sobre él, trató de responder a esta y a aquel, consagrándose sin reservas a la formación de aquella juventud que era la esperanza de la Provincia. El Padre Maestro vivía para los novicios y para el noviciado, y no recordamos que faltara ni una vez a la quiete del mediodía y de la noche. Sus salidas del noviciado eran cortas y ocasionales, y los novicios podíamos tener la seguridad de encontrarlo en su habitación en todo momento, y de que en el instante más impensado se presentaría en medio de nosotros. Por más que esta vigilancia material que sentíamos sobre nosotros, y que podría interpretarse como desconfianza, lo que caracterizaba el

⁴⁰⁹ En el mismo lugar, página 3.

⁴¹⁰ Necrología del padre Gazo, en el mismo lugar.

magisterio del Padre Manuel de la Virgen de Los Ángeles era el celo que desplegaba en nuestra formación espiritual, y el cuidado que ponía en empaparnos en el espíritu escolapio. Frecuentes conferencias espirituales, cuenta de conciencia regular y periódica, lectura espiritual de la que pedía razón por la noche, capítulo de culpas tres veces a la semana, aparte de los que se tenían en el comedor, eran los resortes ordinarios que movía, y los pinceles que usaba para burilar las almas de sus novicios, acostumbrarlos a la vida religiosa y habituarlos a la observancia. No debemos de ser nosotros, formados en su escuela, los que hemos de ponderar los frutos que la Orden recogió de este trabajo del Padre Gazo con los novicios, porque en cierto modo somos interesados. La historia dará en su día su fallo, y dirá la palabra independiente sobre la labor que nuestro Padre Maestro realizó en el noviciado.

Cuando el Padre Manuel Gazo había llegado a una edad provecta, y parecía que no le quedaba más que descansar, fue elevado al gobierno de los destinos de la Provincia. Tuvo el acierto de elegirse un secretario joven y activo, inteligente y emprendedor, en el cual pudo descargar parte de las responsabilidades y de los trabajos que el oficio de Provincial lleva aparejados. Solo así podía un anciano de 70 años atender al despacho de los múltiples asuntos que reclaman la atención del Superior de una Provincia. Estaba en edad de descansar más que de gobernar; había llegado al tiempo del reposo, más que de la agitación, y sin embargo, hubo de afrontar las circunstancias y echar sobre sus cansados hombros la cruz del provincialato. Bien es verdad que físicamente aún le quedaban energías, y que sus facultades mentales mantenían la frescura de la juventud, y que la experiencia que tenía de los hombres y de las cosas facilitaba las tareas del gobierno. Una iniciativa suya que fue un hecho real en breve, y que ha sido sin duda la solución de la Provincia amenazada de muerte por la crisis de vocaciones, fue la creación del postulante. Era una inyección de vida al noviciado, y el crecimiento y la renovación del personal a plazo fijo. Solo por ese hecho es el Padre Gazo benemérito de la Provincia. Es este asunto que ya hemos tratado al estudiar el provincialato del Padre de Manuel de la Virgen de los Ángeles, por lo que nos concretaremos aquí a estas informaciones y consideraciones.

Pudiera creerse que terminado su trienio de Provincial se le permitiría descansar, habida cuenta de su edad avanzada. Así se hizo, pero no había empezado aún a gustar las delicias del descanso libre de cargos de responsabilidad cuando hubo de trasladarse a Madrid como asesor del Padre Vicario General en el oficio de Asistente. Poco permaneció en el puesto, porque presentada la renuncia, le fue aceptada y pudo regresar a Zaragoza, a cuya Curia Provincial fue incorporado. Solo en los últimos tiempos, cuando ya le rondaba la muerte, quedó libre de responsabilidades. Un ataque de apoplejía obligó a este hombre fuerte, amado de todos, que sirvió incansablemente al Instituto, a acostarse y cuidarse. Más que consumido por la enfermedad, cayó víctima de los años, después de recibidos devotamente todos los auxilios espirituales. Su fallecimiento ocurrió en Zaragoza el 8 de marzo de 1930, cumplidos los 87 años, los 72 de Religión, siendo el decano de la Provincia.

Si quisiéramos sintetizar en unas cuantas palabras la vida y las obras del Padre Manuel Gazo, diríamos con su necrología que fue “In consuetudine cum hilaritate facilis; in consiliis cum maturitate discretus; in monendo suadens; patiens in sufferendo; aequo animo semper sive in prospera, sive in adversa fortuna”⁴¹¹. Fácil en el trato con alegría,

⁴¹¹ Número dictado de las Efemérides, pág. 83.

discreto en aconsejar con madurez, persuasivo en las amonestaciones, paciente en los sufrimientos, siempre ecuánime, lo mismo en la próspera que en la adversa fortuna. No es posible mayor exactitud en la concisión de estas pocas palabras, que son una semblanza comprimida del Padre Gazo. Quieren le trató, conocía bien a este ilustre escolapio, y dominaba el idioma de Cicerón, de suerte que podía expresar en tan pocas frases y con exactitud matemática los rasgos predominantes de la fisonomía moral de tan excelente religioso. Podría completarse el retrato del Padre Gazo en estos otros conceptos con los que cerraremos este ensayo de biografía: “Juzgarás digno de la principal alabanza a este gran varón que mientras vivió, vivió para la Religión, y vivió en el ánimo de tantos cuantos fueron los que favoreció con la amistad, ayudó con el consejo, o gobernó con autoridad paterna”⁴¹².

Capítulo XLVIII. Clérigo José Cases de la Virgen de los Dolores, Padre Cirilo Cenoz de San Francisco Javier y Clérigo José Grau de la Virgen del Pilar

En este capítulo presentaremos a nuestros lectores tres almas blancas que Nuestro Señor se apresuró a sacar del mundo antes que la malicia las cambiara y los sentidos las extraviaran. Fueron tres frutas tempranas que luego estuvieron maduras para la vida eterna, y que el Divino Jardinero cortó antes de que se corrompieran con el hálito corruptor del mal ejemplo. El primero fue flor de un día, que nace a la mañana y a la noche ya se ha marchitado, pero que deja como recuerdo el aroma perfumado de sus virtudes. El segundo había vivido unos años más, pero también voló al cielo en plena juventud, antes de cumplir el tercer decenio de su vida. El tercero, en fin, apenas si abrió los ojos a la luz del mundo cuando los cerró y pasó a las mansiones eternas.

El Clérigo José Cases había nacido el 25 de mayo de 1913 en Tárrega, provincia de Lérida y diócesis de Solsona, y le habían tocado en suerte unos padres de excelente costumbres cristianas y no escasos de fortuna. De ellos libó a grandes sorvos la piedad y el desprecio de las riquezas. “*Horum pietatem toto hausit pectore, splendorem autem auri contempsit*”. Y más tarde arraigó esa piedad en su alma con las lecciones y con la práctica que adquirió en las Escuelas Pías de Barbastro. Añádase a esto que su misma índole parecía disponerlo para las cosas piadosas y para los ejercicios devotos, y se comprenderán los progresos maravillosos que realizó en la virtud y en las buenas costumbres. Diríase que lo conducía la mano de Dios, que lo apartaba de los peligros y lo llevaba por las vías seguras que lo conservaron virtuoso e inocente. “*Eum a pueritia pie innocenterque transacta, deduxisse Domnus per vias rectas visus est, et ut praeclara ac optima dotatus es indole, sic ipsa hortante atque impelente natura, quae virtutis sunt facile exequabatur, quae ingenii alacriter arripiebat*”⁴¹³. Parecía que el Señor lo conducía por los caminos rectos desde la infancia pasada piadosa e inocentemente; y dotado de una índole preclara para todo lo que era bueno, practicaba fácilmente las virtudes y asimilaba con la alegría los conocimientos como persuadido e impedido por la misma naturaleza.

Esas disposiciones del joven Cases, la inocencia angélica de sus costumbres, el fervor que inflamaba su corazón, y la piedad filial que mostraba en la recepción de sacramentos, presagiaban algo extraordinario, y eran indicios claros de que aquel muchacho era para Dios y no para el mundo. Y efectivamente, cuando cursaba humanidades en nuestro Colegio de Barbastro, y “pensaba seriamente en conocer la razón de la vida, pesadas todas

⁴¹² Necrología, pág. 84.

⁴¹³ Efemerides Calasancianas, año I, septiembre-octubre de 1932, nº 16, pág. 225.

las cosas, las que podía esperar del mundo y las que ofrecía Dios, se determinó a esconder su vida en Cristo en la Casa de San José de Calasanz”.⁴¹⁴ Sin pérdida de tiempo, solicitó el permiso y la bendición de sus progenitores, y pidió el ingreso a los Superiores, y obtenido cuanto deseaba, voló al noviciado de Peralta, donde recibió la librea de Calasanz el día 15 de julio de 1928, fiesta de San Pompilio. Como quien ingresaba en religión para perfeccionarse y practicarse la santificación, el Hermano Cases no desperdició ningún medio ni perdió ocasión alguna de adquirir las virtudes y desprenderse de sus defectos. Inició desde el primer día de su noviciado un fenómeno de metamorfosis espiritual, que transforma las buenas cualidades naturales en virtudes sobrenaturales, y así se verificó que en breve la educación del adolescente se transformó en caridad; la docilidad en obediencia; la piedad en devoción; la inocencia en santidad. Se comprende que un novicio de tan bellas prendas, y que tan a pasos agigantados avanzaba por los caminos de la perfección, no hallara de parte de los Superiores dificultad alguna para ofrecer a Dios sus votos y unirse con Él indisolublemente, como lo hizo en Peralta de la Sal el día 12 de septiembre de 1929.

El clérigo José Cases estaba ya maduro para el cielo, y, no bien inició sus estudios en Irache, se le declaró una tisis que le obligó a guardar cama, y que rápidamente lo llevó al sepulcro. Ni la consulta con los especialistas, ni la aplicación de los remedios más indicados, ni el cambio de aire ni de clima hicieron nada. Era un cirio que se alimentaba de la propia sustancia y se consumía rápidamente. Había llenado su misión en el mundo y tenía que ir al cielo, su verdadera patria, a recibir la corona que su inocencia angélica, su pureza sobrehumana, su devoción ferviente, su vida sincera, su calidad ardiente le había forjado. Recibió oportunamente todos los sacramentos de la Iglesia, y con la placidez del justo entregó su alma a Dios, adornada con las más hermosas virtudes, en Barbastro, el 15 de mayo de 1930, cuando no había salido de la adolescencia, pues no contaba todavía 17 años de edad y dos de vida religiosa.

PADRE CIRILO CENOZ DE SAN FRANCISCO JAVIER. Algunos años más que el clérigo Cases contaba el Padre Cenoz cuando fue llamado por Dios a rendir cuentas de su administración, pero todavía estaba en su primera juventud, pues había visto la luz en Muniaín el 28 de octubre de 1903. Hijo de un hogar en que la religión lo era todo, y en el que la piedad informaba toda la vida, su natural inclinado a todo lo que fuera virtud, halló en sus padres un pábulo abundante. Así fue que, unidos en íntimo consorcio los ejemplos domésticos, el ambiente del pueblo, y los anhelos e inclinaciones de la naturaleza, desde niño se manifestó piadoso y devoto, y sobresalió entre sus compañeros; y lo que vale más, no solo conservó, sino que acrecentó mientras vivió esa superioridad espiritual sobre sus iguales. “*Jam a pueritia inter aequales prae lucebat quam quidem animi promptitudinem non modo quamdiu vixit, retinuit, sed valde auxit*”⁴¹⁵. Su aplicación al estudio y su aptitud para las ciencias corrían parejas con estas disposiciones de su alma para la virtud, a tal grado que se ha dicho de él que todo lo tomaba como quien recordaba, más como quien aprendía.

Animado, tal vez, por el ejemplo de dos tíos suyos carnales, anheló ingresar en las Escuelas Pías para dedicarse al apostolado de la enseñanza, y habiéndolo solicitado, a los 17 años vistió la sotana calasanciana en Peralta de la Sal el 4 de agosto de 1920. Convencido nuestro Cirilo de las obligaciones inherentes al novicio, no hubo virtud que no practicara, ni

⁴¹⁴ En el mismo lugar y página.

⁴¹⁵ Efemerides Calasancianas, año II, nº 3, mayo-junio de 1933, nº 19, pág. 128.

perfección que no emulara, ni actos de piedad que no realizara, ni sacrificio que no consumara. Bien persuadido de que la meta que debía alcanzar estaba muy alta, y de que sus esfuerzos eran impotentes, pero con la certeza plena de que donde él no alcanzara llegaría la gracia divina, se consagró sin reserva a la obra de su santificación, y se propuso volar cual águila caudal hasta las cimas inaccesibles a los espíritus vulgares, pero que Nuestro Señor reserva para los que real y sinceramente se proponen alcanzarlas. El joven Cenoz puso, pues, su empeño en hermosear su alma y enriquecerla con los carismas de la gracia, y desde el momento en que fue inscrito en las milicias calasancias, inició la ascensión hasta el monte santo de la perfección, erizado sin duda de dificultades, pero no inaccesible para los que sinceramente se proponen escalarlo. “Incoepta vitae ratione, sodalibus exemplo praeri, vestemque pie docentium quasi angelitis moribus, totis viribus decorare conatur”⁴¹⁶. Empezado el género de vida, se esforzó en preceder a sus hermanos en el ejemplo, y en honrar con todas sus fuerzas el hábito de los escolapios, como con costumbres angélicas. Y tanto adelantó en la virtud, que en agosto de 1921, el día de la Asunción de la Santísima Virgen María, fue admitido a los votos simples.

Era su anhelo, constituía su afán, y en eso se cifraba la ilusión más cara, de suerte que desde que se unió a Dios ya no corrió, sino que voló por los caminos de la perfección religiosa. Tuvo la obsesión de los estudios, y se consagró a ellos con fervoroso entusiasmo, como quien sabía cuán necesarios le son al escolapio, que es maestro y sacerdote, pero sin decaer un punto de su empeño en adquirir las virtudes propias de su estado. Los años de juniorato fueron, pues, para nuestro Cirilo de una actividad extraordinaria en lo espiritual y en lo literario, y durante ellos se verificó una profunda metamorfosis en su espíritu, parecida a la que se produce en la crisálida hasta que se convierte en mariposa. Salió, pues, de él transformado y transfigurado en lo científico y en lo religioso, y adornada su inteligencia con aquellos conocimientos y hermoseada su alma con aquellas virtudes que tanto había de necesitar en el cumplimiento de sus ministerios. Se inició en estos el año 1925, y ejerció el apostolado de la educación con fervoroso celo en Molina, Zaragoza y Pamplona, de manera que la Orden podía esperar de él una labor inteligente y muy provechosa; pero Dios, Nuestro Señor, lo tenía ordenado de otra manera. “Bene de eo sperare Calasanciana poterat Congregatio; sed Deus, in cuius voluntate sita sunt omnis, serum bonum ac fidelem voluit ad aeterna gaudia vocare”⁴¹⁷. La Orden Calasancia podía esperar bien de él, pero Dios, en cuya voluntad están todas las cosas, quiso llamar al siervo bueno y fiel a los gozos eternos.

Una dolencia crónica de nefritis se le irritó de tal forma que todos los remedios resultaron inútiles, y hubo que administrarle los sacramentos, que recibió fervorosamente, con total entrega a la voluntad divina, mientras se acercaba y ofrecía a Dios los terribles dolores. “Nostrum Cyrillum... norte praematura arripuit, morte in conspectu Domini pretiosa, in conspectu hominum plena meritis, et non annorum numero computati”⁴¹⁸.

CLÉRIGO JOSÉ GRAU DE LA VIRGEN DEL PILAR. Se puede considerar a este piadosísimo joven como un hermoso trillizo de los dos anteriores, espiritualmente, considerado. Puro, como el perfume de las flores, y limpio de corazón, como el agua que brota de la roca, su alma era a manera de una lira que vibraba de amor a impulso de los beneficios recibidos. Era un ángel transportado del cielo, y no podía. permanecer en la tierra, más que de paso,

⁴¹⁶ Consueta dicha.

⁴¹⁷ Consueta del P. Cenoz en el lugar dicho, pág. 128.

⁴¹⁸ Ibídem pág. 128/129.

como quien no tiene en ella una morada permanente. Y, a la verdad, duró lo que la luz del relámpago, que ilumina el horizonte un momento y luego desaparece. Era paisano de San José de Calasanz, pues como él había venido al mundo en Peralta de la Sal, el 10 de noviembre de 1909. Educado en nuestras escuelas, demostró buen ingenio para el estudio y felices disposiciones para la virtud que parecía brotar espontáneamente en él, como las flores en el campo. “In collegio nostro edoctus est litteris humanioribus, quarum studiis deditus, progressu non paenitendo, ingenio claro, moribusque clarissimis, iam fulgida a teneris annis patuit luce illum esse ad honestatem pactum, naturamque ad virtutem peperisse”⁴¹⁹. Instruido en nuestro colegio en las letras humanas, y consagrado a su estudio, con aprovechamiento no despreciable, de ingenio claro y purísimas costumbres, desde sus tiernos años se vio con luz fulgurante que estaba hecho para la honestidad, y que la naturaleza lo había dispuesto para la virtud.

Vida tan virtuosa y talento tan aprovechado indicaban con bastante claridad el camino que había de seguir un niño de tales prendas. El mundo, con su corrupción y con su hálito corrompido, había de asfixiar un alma tan pura como la de Grau adolescente; y era de esperar que huiría de él, temeroso de ser contagiado con sus pútridas emanaciones. Hay plantas que no pueden vivir en los pantanos de aguas mefíticas, y existen personas que se ahogan en el ambiente enrarecido y en las costumbres libres de la sociedad moderna. Es lo que le sucedía al joven José Grau, y no bien entrado en la adolescencia, buscó donde hallar un refugio seguro para su inocencia. Lo halló en las Escuelas Pías, en la Orden fundada por San José de Calasanz, su ilustre paisano. “Calasanctiis institutionibus, quas puer elementarius delibaverat alacri studio deditus, Divi item Calasanctii semitas ut semel apprehendi, nunquam non est constanter persecutus, ideo sub vexillo tam caro Capitis militare perpetuo decrevit”⁴²⁰. Consagrado con ánimo alegre a las enseñanzas calasansias que había libado como alumno elemental, en cuanto conoció los caminos de San José de Calasar no dejó de seguirlos constantemente, y por eso determinó militar toda su vida bajo los estandartes de tan querido Capitán, y obtenidos todos los permisos exigidos por el Derecho Canónico, el día de la Visitación de la Virgen de 1925 recibió en Peralta de la Sal el hábito de la esclarecida milicia calasancia.

Su fervor no tuvo límites, y se propuso seguir las huellas de su Padre y paisano, San José de Calasanz, para llegar a la perfección del amor de Dios y de la vida religiosa. Fue humilde, como el que más; fervoroso como un serafín; devoto como un enamorado de Dios; mortificado, como una anacoreta; caritativo como un ángel; candoroso como un niño; modesto como lo que era, como un novicio. Así elaboró el panel de su virtud y se remontó hacia las cumbres por donde se ciernen las águilas, y en breve tiempo hizo lo que muchos no realizan en toda la vida. La consuetudine del Clérigo Grau se hace eco de estas disposiciones, y de los progresos que hacía, con estas palabras: “Despreocupado de las cosas terrenas, adelantó admirablemente en el amor de Dios y en la piedad hacia la Santísima Virgen, de tal forma que arrebatava también el ánimo de todos con el candor de su mente y con ardentísima caridad hacia sus hermanos”. De esta suerte, siguiendo de virtud en virtud, y desprendiéndose de un defecto hoy, y mañana de una imperfección, fue perfeccionando su alma, y cuando llegó el tiempo de formular sus votos al Señor, con el contento de su alma que sus sentimientos prometían. Este suceso tan venturoso para nuestro novicio tuvo lugar el día 16 de agosto de 1926, cumplido el año de noviciado.

⁴¹⁹ Necrología del hermano Grau en el lugar dicho, página 179.

⁴²⁰ En el mismo lugar y página dichos.

Sin novedad en su vida y en sus costumbres, transcurrieron los años de juniorato del hermano José Grau, consagrado a su santificación y a sus estudios, que realizó en Irache y en Albelda, donde se unió a Dios de manera indisoluble por los votos solemnes. Había sonado para él la hora tan deseada de trabajar en la heredad que el Padre celestial ha señalado a las Escuelas Pías; le iba a ser dado por fin el honor y el consuelo de cultivar esas flores de la humanidad que son los niños, y el corazón de nuestro joven educador palpitaba de gozo con entusiasmo, y las fibras de este novel apóstol vibraban de celo, pero ¡ah! estaba escrito que como Moisés no hizo más que otear la tierra prometida, él no conseguiría otra cosa que ver el campo de apostolado con que soñaba. Muy pocos meses pudo durante el verano derramar entre los vigilados más inocentes del Colegio de Zaragoza la semilla de la virtud y del saber, porque muy pronto le acometió una tos insidiosa que degeneró en una tuberculosis galopante. Tuvo que ponerse en cama, pero se llegó pronto



al convencimiento de que se trataba de un caso desesperado. Se agotaron, sin embargo, todos los recursos que resultaron impotentes para restituir la salud, y al fin se le remitió a su pueblo natal para consuelo de los suyos, más que para alivio de su dolencia, que se sabía incurable. “Mirando la muerte que los rodeaba con ánimo alegre, lo único que deseaba el piadoso joven, que permaneció con los suyos, era vivir solo hasta que, robustecido con la virtud de los Sacramentos, y ayuado por obra e intercesión de la piadosísima Madre de Dios, pudiera presentarse confiadamente ante Cristo, Juez Supremo”.⁴²¹ Nuestro Señor satisfizo los anhelos de su siervo, y recibidos todos los

auxilios espirituales, expiró plácidamente en la casa paterna de Peralta de la Sal el día 13 de septiembre de 1962, cuando estaba cumpliendo los 21 años de edad y los 6 de religioso.

Capítulo XLIX. Muy Reverendo Padre Federico Vicente de la Virgen del Carmen

Cerramos esta galería de CLAROS VARONES DE LA PROVINCIA con el nombre y con la semblanza de esta venerable figura de las Escuelas Pías contemporáneas. Lo conocimos de joven, lo amamos y le procesamos una veneración que los años fueron acentuando. El 12 de octubre de 1897 nos adoptó como escudero de las huestes calasancias al vestirnos la gloriosa librea. Durante los dos años de nuestra permanencia en Peralta de la Sal, el Padre Rector, que no era otro que este escolapio ilustre, hacía algunas visitas al noviciado, que era como un rayo de luz que ilumina y calienta. Lo iluminaba con su sonrisa y lo calentaba con su bondad Ingénita, que además al despedirse tomaba siempre formas tangibles, pues nos dejaba una merienda o le encargaba al Padre Maestro que nos la proporcionara. Unos años más tarde nos encontramos en América, él de Visitador y nosotros de súbdito, y entonces recibimos de él el más hermoso ejemplo que nos ha sido dado admirar en la Orden. Faltaba en el Colegio de Santo Tomás, a cuya Comunidad pertenecíamos, un profesor de primera enseñanza, y el Padre Federico no disponía de ningún religioso que se hiciera cargo de la escuela. Pues bien, antes de introducir un maestro seglar, se vino de Buenos Aires, y el Visitador, hombre de más de 60 años, cargó con el grado, y todos los días, por espacio de cinco meses, hizo puntualmente la clase, con

⁴²¹ Ibídem.

edificación de propios y extraños. ¡Y aún le quedaba tiempo para dirigir almas por las vías de la perfección cristiana!

Mezquita de Loscos, pueblecito de la provincia de Teruel, pero de la diócesis de Zaragoza, fue el lugar de su nacimiento, el 16 de noviembre de 1848. Pertenecía a una familia distinguida y acomodada, en la que la virtud y las buenas costumbres parecían hereditarias. Si se agrega a esto la buena índole y la como predisposición para todo lo bueno que recibió del cielo, y la ayuda de la gracia a la que correspondió fielmente, se explicará aquella niñez inocente que era el encanto de cuantos lo conocían, aquella piedad que alimentaba en su pecho, aquella devoción que se trasuntaba en todos los actos religiosos, y que fueron como el carácter de su vida entera. Era natural que esa devoción, y esa piedad, y aquella inocencia, florecieran en el anhelo de la perfección, se cuajaran en un amor filial a Dios y se canalizaran hacia la vida religiosa. Un alma, como la del joven Vicente y Pastor, no era para el mundo, cuyo halito corrompido y corruptor lo habría asfixiado inmediatamente. Y fiel a la vocación divina que lo llevaba a las Escuelas Pías, golpeó a sus puertas pidiendo su admisión, y despachada favorablemente su instancia, pasó a Peralta de la Sal, donde vistió la sotana calasancia con los más puros transportes de su alma, el día 21 de noviembre de 1863, cuando había cumplido los tres lustros.

Desde aquel momento, el Hermano Federico se propuso ser religioso no solo por el hábito, sino por la realidad de la vida, “*intus et in cute*”, serlo en los hechos, no solo en la apariencia. Seguir con fidelidad las huellas luminosas que dejó marcadas San José de Calasanz, y no omitir nada de lo que pudiera conducirlo a la perfección a que aspiraba. Como lo pensó, lo hizo, y no hubo novicio que le aventajara en la piedad, que cumpliera las reglas más exactamente que él, que fuera más humilde que él, que le ganara en obediencia, que le excediera en el ejercicio de la caridad, que diera muestras de una devoción más tierna, que mortificara como él los sentidos. Tampoco hubo quien avanzara como él a velas desplegadas por las vías de la perfección, quien se remontara tan alto como él en pos de la santidad propia de su estado; y como los hábitos que se adquieren en la adolescencia ordinariamente perduran toda la vida, en frases de la Sagrada Escritura, lo que fue de novicio, eso mismo fue de profeso, y durante su larga y gloriosa existencia de 83 años. Quien así había aprovechado el bienio de probación, no había de encontrar obstáculos para consagrarse a Dios de parte de sus Superiores, quienes posiblemente presentían en aquel novicio fervoroso y adornado con tantas virtudes, al escolapio observante que había de ser dechado de religiosos. En consecuencia, fue admitido a los votos simples, que emitió fervorosamente en Peralta el 10 de diciembre de 1865.

Entonces fue trasladado al juniorato de Zaragoza, donde se dedicó con afán a la adquisición de los conocimientos que necesitaba para ser un excelente profesor y un sacerdote ilustrado, pero sin remitir un punto en la obra de su santificación, pues no perdía de vista que esto es lo principal en un cristiano, cuanto más en un religioso, y no olvidaba aquellas palabras: “*Adveniente día iudicii non quaeretur a nobis, quid legimus, sed quid fecimus; nec quam bene didicimus, sed quam religiose viximus*”⁴²². En el día del juicio no se nos preguntará qué leímos y lo que hicimos, ni cuán bien aprendimos, sino cuán religiosamente vivimos. Simultaneó, pues el junior Federico el estudio de las ciencias humanas y divinas con el empeño decidido y eficaz de adquirir y asimilar las virtudes específicas del religioso y del sacerdote. Los frutos del estudio superaron a las esperanzas,

⁴²² De Imitatione Christi, lib. I, Cap. 3, nº 26.

y eso que no eran escasas las que se habían puesto en aquel joven de tan bellas partes de inteligencia y de carácter. Paralelamente trabajó en el perfeccionamiento de su alma, por la adquisición de las virtudes y por la extirpación de los defectos inherentes a la debilidad humana. De tal suerte avanzó nuestro Federico por las vías de la perfección religiosa, y de tal manera aprovechó en los estudios, que, llegado el tiempo canónico, pudo ser admitido sin inconvenientes a la profesión solemne, y oportunamente recibir las órdenes sagradas.

Por espacio de diez años desempeñó, con celo y competencia, escuelas de primera y segunda enseñanza; y fueron teatro de su habilidad de maestro, de su experiencia de educador y de su fervor de sacerdote, Jaca, Daroca, Zaragoza y Caspe. Cuatro ciudades que edificó con la luz de sus ejemplos, que mejoró con la unción de sus palabras, y que ilustró con el brillo de sus enseñanzas. Porque el Padre Federico Vicente fue eso, un sacerdote celoso, dotado por Dios de una gracia especial para la dirección de almas, y un maestro inteligente que tenía la virtud de comunicar a sus discípulos los conocimientos que enseñaba. Como, por otra parte, la bondad de su corazón rezumaba por todos los poros de su cuerpo, y se manifestaba en sus palabras, en su continente, en sus maneras, en todas partes se ganó el cariño de los niños y se captó las simpatías de los adultos. Sembraba el bien en todas las formas, y recogía su fruto en la gratitud del cariño y el reconocimiento que todos le profesaban. Es el secreto de esas almas selectas que, sin pretenderlo, ponen en todas sus empresas, hasta en las más sencillas, el sello de su personalidad, y dejan rastros de su carácter que las torna inconfundibles. Por eso el Padre Federico de la Virgen del Carmen, que donde quiera que estuviera sembró el bien y se sacrificó por Dios y por las almas, dejó un recuerdo gratísimo de su paso en las poblaciones en que ejerció su ministerio de maestro y de sacerdote. Diríase que estos conceptos, inspirados en lo que sabemos y conocemos del Padre Federico por observación directa y por noticias adquiridas a lo largo de los años, nos los hubiera susurrado el autor del elogio póstumo de tan insigne escolarpio.

Hemos recurrido a él, escrito lo que precede, y observamos que no solo coincidimos en las ideas, sino que casi en las palabras. Tenemos gran placer en esa coincidencia, que indica que no nos hemos equivocado en el juicio, y nos honramos de reproducir las palabras del necrólogo oficial del Padre Vicente y Pastor. “Atraía a los niños con su bondad; instruía a todos según su capacidad, con mucha paciencia y constancia en la piedad y en las letras, pero ardiendo en el deseo de la gloria divina y del decoro del materno Instituto Calasancio, estimando en poco cuanto por ellos hiciera, con licencias para confesar y predicar, constante en la tarea, se impuso a sí mismo incansablemente esas cargas. Con esa conducta se concilió la benevolencia y la admiración de todos”⁴²³.

Dados el espíritu que animaba al Padre Federico, los quilates de virtud que poseía y las excelentes dotes de director espiritual que lo adornaban, estaba indicado para las Casas de Formación de nuestros juniores. Por eso, cuando el año 1879 se abrió el Colegio Central de León para educar a la juventud escolapia de toda España, entre el personal seleccionado que se reclutó en todas las provincias, el Padre Vicente fue uno de los que la superioridad señaló para llenar aquel hermoso cometido. Fue, naturalmente, enviado con el cargo de profesor, pero que en aquellas casas llevaba anexo como algo sustancial el de director de muchos de aquellos juniores. Hemos considerado siempre como un honor el hecho de pertenecer a una de esas comunidades de las Casas de Formación,

⁴²³ Sufragio de nuestros religiosos, Roma 1932, nº 29, pág. 18.

porque creemos que sus componentes deben ser seleccionados entre los mejores, pero en aquel primer ensayo, del que dependía que las Casas Centrales de estudios adquirieran carta de naturaleza entre nosotros o fracasaran ruidosamente, se necesitaban hombres de condiciones especiales de virtud, talento, discreción de espíritus, conocimiento del corazón humano y de los resortes de la vida espiritual que ofrecieran toda suerte de garantía de acierto en la organización del juniorato y en el manejo de aquel conjunto heterogéneo de jóvenes de todas las provincias de España. Los religiosos a quienes se confió esta difícil misión fueron figuras brillantes y destacadas de la Escuela Pía, y nuestro Padre Federico se cuenta entre ellas. Lástima que por razones de salud no pudiera echar raíces en León, y que su permanencia en San Marcos no durara más que cuatro años.

Otra de las ocasiones en que se necesitan religiosos de dotes especiales de virtud y de exquisitas formas sociales es en las fundaciones, cuando se necesita acreditar el hábito donde es nuevo, y asegurar y arraigar la Orden en un terreno desconocido. También le tocó ese honor y le cupo esa responsabilidad al Padre Federico Vicente cuando en 1883 se abrió el Colegio de Tafalla, el primero de la Escuela Pía en Navarra. Los Superiores pensaron en nuestro Padre Federico para que fuera una de las piedras angulares sobre las que descansara la flamante Casa, y allí fue como fundador, quiere decir como bandera y como ejemplo, porque de las dos naturalezas debe participar el individuo que va a erigir y consolidar una fundación nueva. Debe ser a manera de bandera, que señale el emplazamiento de la Comunidad y atraiga y cobije bajo sus pliegues las multitudes de fieles, la que se dedique a los ministerios de niños, lo que está consagrada a la educación y en la enseñanza de estos y de aquellos, la que en mayor o menor escala, abarque ambas formas de apostolado. Pero no basta la atracción; es necesaria la adhesión de esas muchedumbres, y esa es la obra del ejemplo y el fruto de una santa vida. El Padre Federico tenía condiciones para atraerse las voluntades y gracias para mantenerlas firmemente unidas, no a las personas, a los individuos, que son cambiantes e inestables, sino a lo estable y permanente, que es la institución a la que pertenecen. En la fundación de Tafalla, el Padre Federico las confirmó ampliamente, y fue una de las columnas de la misma.

Aún le esperaba, apenas llegado a la edad canónica, otro cargo de gran honor y suma responsabilidad, el gobierno del noviciado. Nos repetiremos conceptos ya expresados en otras biografías, pero no podemos menos que poner de relieve que, a pesar de su juventud, el Padre Vicente y Pastor inspiraba confianza como para poner en sus manos el porvenir de la Provincia. Satisfizo plenamente a los Superiores en la forma de conducir la Casa de Probación y en la manera de educar a los novicios. No ha habido madre más solicitada del bienestar de sus hijos, que lo era el Padre Maestro, del contento, interior y del cuidado de sus novicios. Pero tampoco ha existido padre más severo y exigente con los pedazos de su corazón, que lo era el Padre Federico de la Virgen del Carmen, con los suyos cuando se trataba de su perfección y del bien de la Orden. Los conducía suave y amablemente por las vías de la virtud, y esgrimía la fuerza del ejemplo más que la elocuencia de la palabra, pues la experiencia le había enseñado que los ejemplos arrastran y los discursos, en el mejor de los casos, solo conmueven. “Magister novitiorum renunciatus, haud facile dictu est quo studio ad omne virtutum genus tyrones alliciebat et morum gravitate et vitae suae exemplo, quo omnes ante ibat”⁴²⁴. Nombrado Maestro de novicios, no es fácil decir con qué cariño los atraía a todo género de virtudes, con la gravedad de sus costumbres y el ejemplo de su vida, en el que precedía a todos. Tres años perseveró el Padre Federico de la Virgen del

⁴²⁴ En el lugar citado, pág. 8/9.

Carmen en ese cargo, al cabo de los cuales empezó otra etapa de la vida, después de una permanencia de dos años en el Colegio de Zaragoza.

El año 1890, a los 42 de su edad, empezó el Padre Federico a desempeñar cargos de Superior en los que había de persistir más de cuatro lustros, con leves interrupciones. Ocupó sucesiva, pero no continuamente, los rectorados de Tafalla, Jaca, Peralta, Daroca, y por último, Pamplona. Y en todos ellos fue el padre comprensivo y compasivo de sus súbditos, y el Superior celoso de que la observancia y la disciplina floreciera. “In omnibus praelationibus prae oculis habuit, subditos carissimos diligere tanquam vere filios, noctu diuque satagens ne cibo, vestitu, animique laetitia aliquando carerent”⁴²⁵. En todas las prelaturas jamás perdido de vista amar como verdaderos hijos a los súbditos carísimos, preocupándose constantemente de que no les faltara ni el alimento, ni el vestido, ni la alegría del alma. Esto por lo que hace a su acción rectoral de puertas adentro, que por lo que referente a su apostolado de puertas afuera fue beneficioso y fecundo, porque además del buen ejemplo constante en que se cuajaba su vida, del don de consejo por el que iluminaba a los que le consultaban, el confesonario era un horno en el que se incubaban muy elevadas y sólidas virtudes; un plantel en el que nacían, se cultivaban y crecían excedentes vocaciones religiosas, una escuela perfecta y fervorosa de vida cristiana. Creemos que esa es la faceta característica del Padre Federico Vicente: la discreción de espíritus y el tacto para conducir las almas hacia Dios por las vías más adecuadas al temperamento de cada una. Acudían a su confesonario y le confiaban la dirección de su conciencia personas de todos los sexos y condiciones, desde las más elevadas hasta las más humildes, y a todas señalaba normas de vida espiritual sanas y seguras. En Jaca y en Pamplona fue confesor de los respectivos señores Obispos.

Cuatro años tuvo confiado el gobierno de las Casas de la América Meridional, y en la última parte de esta obra haremos la historia de sus empresas como Visitador, que era el título que oficialmente ostentaba. Como un avance de lo que allí ha de escribirse, diremos que fue el Padre de todos los religiosos, que los alentaba con circulares plenas de doctrina, que los edificaba con sus ejemplos y los estimulaba con su palabra. El primero en la observancia, era el último en el descanso; y cuando había necesidad no rehusaba, como lo hemos recordado al principio, encargarse de una escuela de primera enseñanza. Recordemos también que el Padre Federico tomó la iniciativa de que los colegios de su jurisdicción contribuyeran a los gastos de la Provincia con un tanto por ciento de sus entradas. Era justo que, si se beneficiaban del personal que esta formaba, ayudaran proporcionalmente al sustento del noviciado y del juniorato. Hombre sumamente equilibrado y con el pleno dominio de sus sentimientos, jamás perdió la serenidad, y siempre esgrimía la dulzura hasta con los individuos más osados. Jamás se habría rebajado a proceder bajo el imperio de la pasión, lo que no era obstáculo para que obrara con firmeza cuando habían fracasado los recursos de la caridad, de la persuasión y de la condescendencia. Entonces, sin alharacas, pero con decisión, aplicaba la ley con todas sus sanciones a los elementos escandalosos o recalcitrantes. Es que era muy padre, pero no era un padre ciego y apasionado, y, llegado el caso, sabía revestirse de la serenidad del juez, que debe velar por la observancia de la ley, cuya guarda y defensa le ha sido confiada. Tenía muy en cuenta aquellas terribles palabras de la sabiduría. “Judicium durissimum his, qui praesunt, fiet”⁴²⁶. Se hará un juicio durísimo a aquellos que gobiernan; y no queráis

⁴²⁵ Necrología del Padre Federico en el lugar dicho, página 90.

⁴²⁶ Sb 6, 6.

exponer su salvación eterna viendo calladamente avanzar los abusos y tomar cartas de naturaleza, las corruptelas.

Había cumplido los 64 años y podía creerse que había sonado la hora de su descanso cuando terminado su periodo, regresó a España y fue destinado al Colegio de Alcañiz. Y si bien es cierto que los Superiores lo dejaron libre de cargos y de cargas para que pudiese vacar a Dios y a la oración, como aún se sentía con fuerzas, se encargó de las clases de religión y consagró sus horas libres al confesonario. En Alcañiz tuvo la misma aceptación que en todas partes, y bien pronto fue el director predilecto de las personas piadosas. “Vimos muchas almas que, bajo la dirección de tan excedente varón, seguían el camino de la paz, y que ponían los rudimentos de la virtud”. No obstante su venerada ancianidad, todavía predicaba con bastante frecuencia. En eso estaba el Padre Federico, ni envidiado ni envidioso, sin otro anhelo que el de santificarse sirviendo a Dios y observando las Santas Reglas, cuando el Capítulo interprovincial del año 1922 lo eligió como uno de los Asistentes. Solo un año pudo servir a la Orden en este cargo, porque en 1923 fue llamado a Roma a la Curia Generalicia, en la que asistió con sus luces y con su experiencia al Padre Prepósito General durante un quinquenio. Libre al fin de cargos honoríficos y de responsabilidad, pudo regresar a España y recogerse en Zaragoza a pensar únicamente en Dios y en su alma, como quien sabía, estaba cercano el día de su muerte.”*Ex tunc, leemos en la necrología del Padre Vicente Pastor, ne toto meritorum acervum in unius horae discrimen dederit, nihil aliud quam patientis animum munire, caelestibus delectari, Deo intimus adherere, iisque omnibus esse intentus, quae tutam solent sternere ad caelum viam*”⁴²⁷. Desde entonces, para no poner en peligro en una hora el acervo de tantos méritos, no pensaba en otra cosa que en fortalecer el ánimo con la paciencia, deleitarse con las cosas celestiales, en unirse a Dios más íntimamente, consagrarse a aquellos menesteres que facilitan y aseguran el camino del cielo.

Eso fueron los últimos años de la vida del Padre Federico Vicente: una preparación para el paso a la eternidad, un desprendimiento de las criaturas para unirse más con Dios, un anhelar el cielo y alejarse de la tierra, a la que ya no pertenecía más que materialmente. Los buenos ejemplos de religiosidad, virtud y observancia que había dado durante toda su vida, los multiplicó en esos últimos años, cuando era como el modelo y el espejo de sus hermanos. Fue como una vela que se extingue y se consumía de vejez más que de enfermedad, si bien tuvo un ataque gastrobilioso complicado con bronquitis y congestión pulmonar que lo redujo a los extremos. Se le administraron los Santos Sacramentos, que recibió con particular fervor, y en el momento de recibir la Santísima Eucaristía, con la autoridad que le daban los años, los honores que había alcanzado en la Orden, sus servicios a la misma y sus virtudes, “exhortó a todos ardentísimamente a trabajar por el honor calasancio a conservar la paz, el amor y la concordia como verdaderos hermanos, recomendando a todos, particularmente a los jóvenes, el honor y el amor a la Provincia de Aragón, para que en la hora de la muerte tuvieran segura y tranquila la conciencia.”⁴²⁸ El Padre Federico Vicente de la Virgen del Pilar voló al cielo el 30 de diciembre de 1930, cuando había cumplido ya 83 años. Llevaba 67 de vida religiosa. Lleno de años y de méritos, su recuerdo será imperecedero entre nosotros.

⁴²⁷ Consueta citada, pág. 9.

⁴²⁸ En el mismo lugar y página.

Bibliografía

- Ángel Aznar P. Artículos en la revista “El Pilar”.
- Blanquer Pantaleón P. Fasciculus Disciplinae Religiosae. Manuscrito.
- Contamina, Conde de. Elogio del M.R.P. Benito Feliu de San Pedro. Valencia, imprenta de Benito Monfort, 1802.
- Feliu de San Pedro Benito P. Arte del romance castellano. Valencia, Benito Monfort, año 1769.
- Feliu de San Pedro Benito P. Monumentos sagrados de Arias Montano, traducidos en verso castellano, Valencia, en la oficina de Benito Monfort, 1774.
- Garrigos Fernando P. Las Escuelas Pías y el Estado Español, Valencia, sin año.
- Izquierdo Troll Francisco D. Artículos en la revista “El Pilar”.
- Lasalde Carlos. Historia literaria y bibliografía de las Escuelas Pías de España, Madrid, 1893.
- Latasa-Gómez Uriel, Biblioteca antiguos y nueva de escritores aragoneses, aumentada y refundida en forma de diccionario bibliográfico-biográfico. Zaragoza, 1834-1836, imprenta de Calixto Ariña, Coso 100, planta baja, 3 volúmenes.
- Llanas Eduardo P. Escolapios Insignes, Madrid, 1900.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. Historia de los heterodoxos españoles, segunda edición, Buenos Aires, 1945.
- Miralles, Felipe Dr. D. Sermón fúnebre en la solemnes obsequias que celebraron en la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia su Arzobispo y Cabildo, en sufragio por el alma de su difunto Prelado, el señor Francisco Fabián y Fuero. Zaragoza, 1802.
- Platina, Antonio. Carta a D. Antonio Gobeyos. Valencia, José y Tomás de Orga, 1780.
- Rabaza Calasanz P. Historia de las Escuelas Pías en España. Valencia.
- Ramo de San Juan Bautista Cayetano P. Catecismo de la doctrina cristiana, prólogo.
- Ramo de San Juan Bautista Cayetano P. Constituciones de la Orden, Roma, 1781, prólogo.